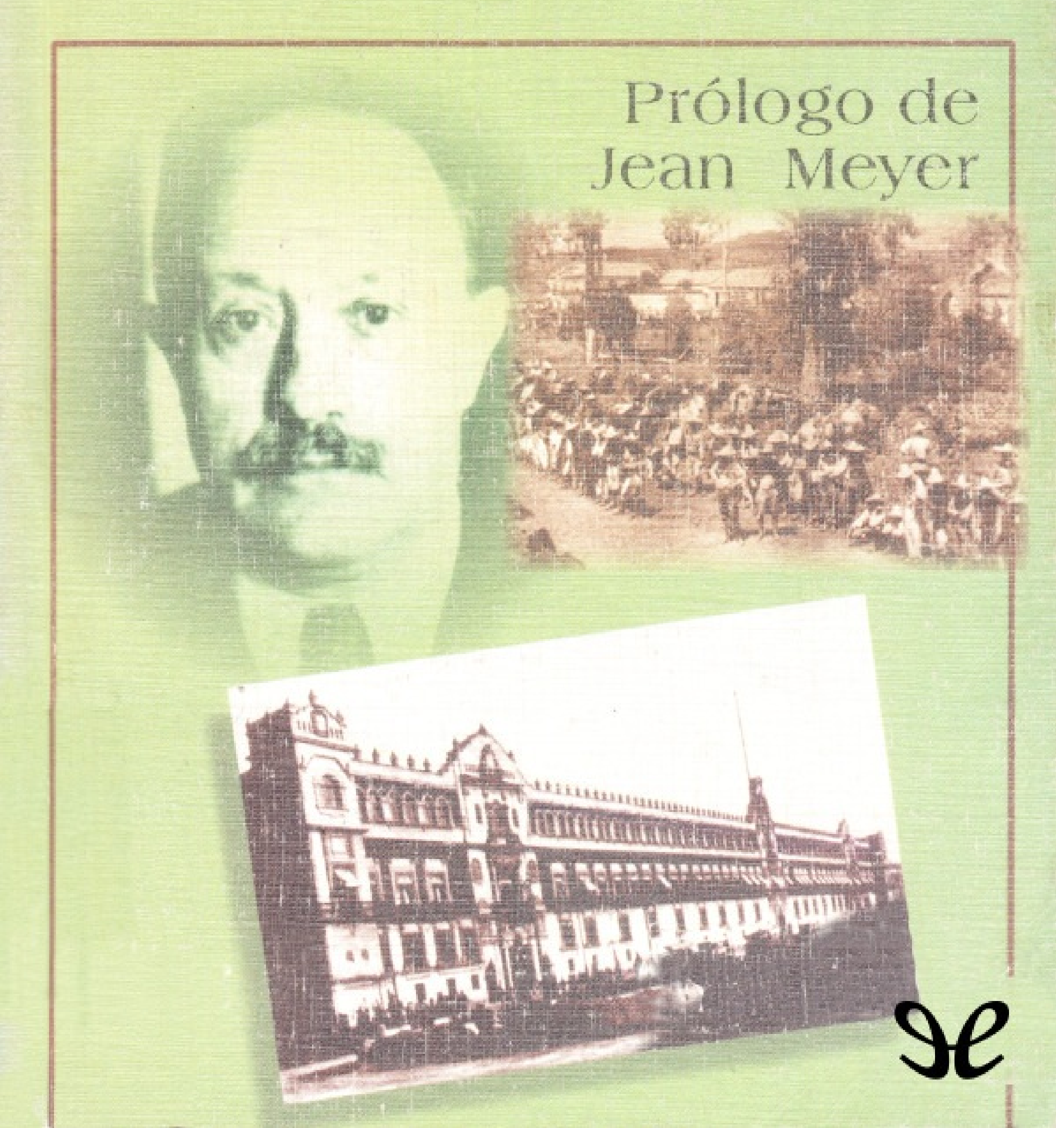
El Proconsulado

José Vasconcelos

Prólogo de Jean Meyer



En 1928 José Vasconcelos era en el mundo Iberoamericano el reconocido autor del proyecto educativo de México. La energía y el talento empleados en cuatro años de ejercicio en el ámbito de la educación, le habían asegurado el reconocimiento de sus compatriotas. Sobre estas bases aceptó el reto de la candidatura presidencial, cuando, muerto Obregón, se produjo un vacío de poder cuyo mayor riesgo era la continuidad, frente o tras las bambalinas, del dominio de Calles.

El Proconsulado es el relato, con frecuencia minucioso, de su trayecto en la campaña, desde la aceptación en Los Ángeles y a través del avance hacia México por los estados del norte y hacia el sur de la República. El testimonio de este recorrido por ciudades y pueblos, que entrañaba discursos, conversaciones privadas, incidencias y hasta artículos publicados en la prensa, constituye la documentación del ideario político vasconcelista que, a partir de los preceptos de Madero, propuso para México un proyecto de nación basado en dos pilares: la cultura y la soberanía.

Al sobrevenir el fraude electoral, en una maniobra diseñada por el «Procónsul» Dwright Morrow, embajador de Estados Unidos, fracasaron las aspiraciones de Vasconcelos y de nuevo se convirtió en viajero; primero por Sudamérica y Cuba, hasta recalar como otras veces en París, donde el reencuentro con Valeria, su fiel colaboradora y amiga durante la campaña, lo sumerge en uno de los pasajes más dolorosos de su existencia. Él la había calificado como «una de las mas grandes mexicanas de todos los tiempos» y al recordar lo que sintió frente a su suicidio

en la catedral de Nôtre Dame, escribió: «Era como si la patria misma se me hubiese ausentado, negándome.»

Libro vertiginoso como su vida en tales tiempos; imprescindible a la historia del siglo XX mexicano; pleno de visiones sobre el futuro de México; testimonio esencial de una época en la que se gestaban los males que después asediaron al país. Podremos llegar a sus últimas páginas con la certeza de que Vasconcelos los vio y la amargura de no haberlos podido conjurar fue la pesada cruz que llevó sobre sí hasta el final de sus días.



José Vasconcelos

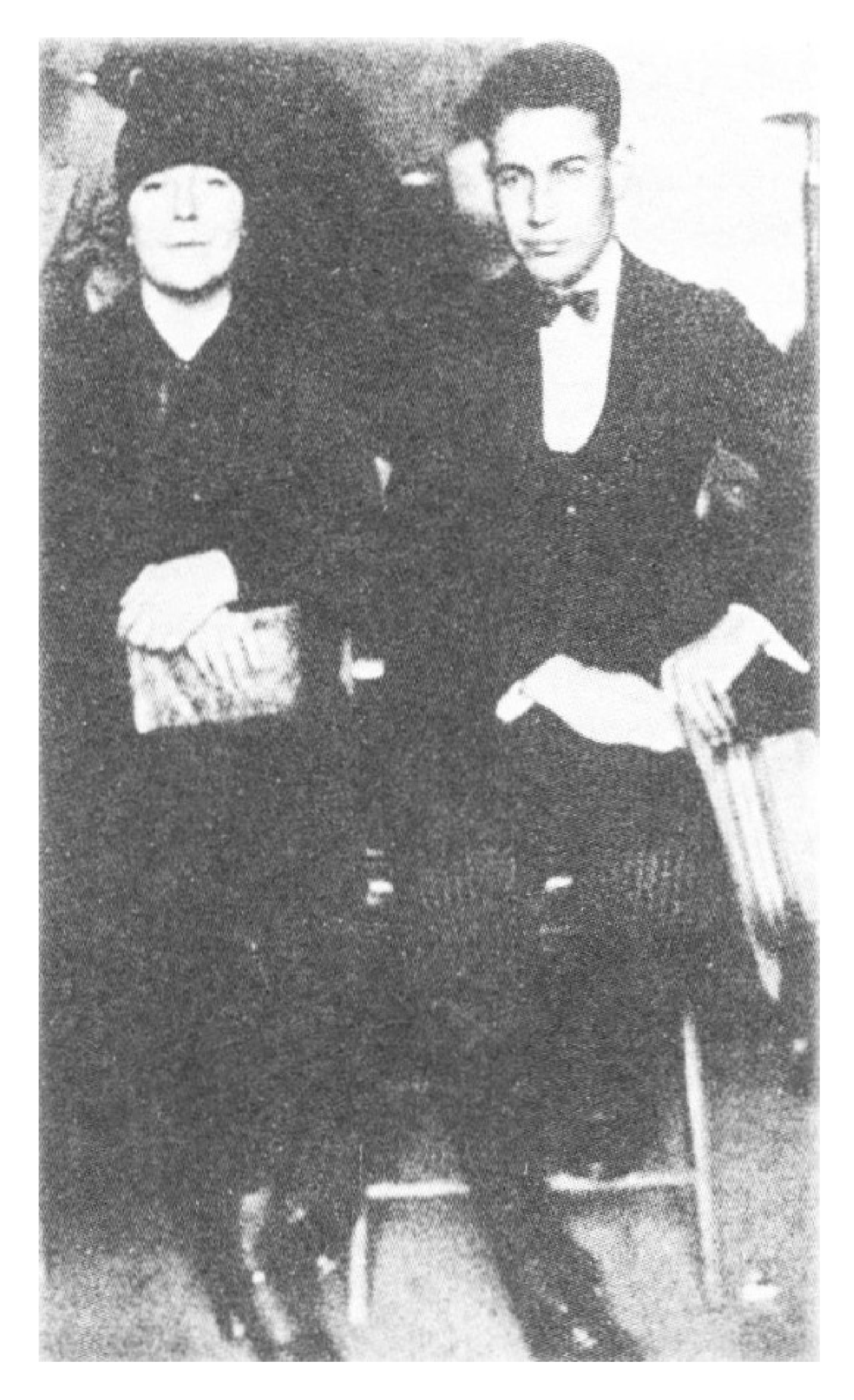
El Proconsulado

ePub r1.0
Titivillus 23.02.17
EDICIÓN DIGITAL

Título original: *El Proconsulado*
José Vasconcelos, 1939
Prólogo: Jean Meyer
Ilustraciones: Archivo José Vasconcelos, Archivo General de la Nación, Archivo Editorial Trillas
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre (EPL), 2017
Conversión a pdf: FS, 2019







José de León Toral y la madre Conchita.

J. de L. Toral, el 17 de julio de 1928 aprovechó el banquete de «La Bombilla»: se acercó a Obregón para mostrarle su caricatura y le disparó a la cabeza

Prólogo

La épica vasconcelista

POR JEAN MEYER[*]

José Vasconcelos no mintió. «Arquitectura», ejerció «la artesanía de lo inmaterial»,[1] dio su versión de los hechos al mismo tiempo que elaboraba su versión de la historia nacional de 1500 a 1936; pero no mintió. Le consta al historiador, quien puede señalar inexactitudes, equivocaciones pero no dolo ni fraude. Le seguí la pista a Vasconcelos en los archivos mexicanos, franceses y norteamericanos de 1920 a 1929 y mi testimonio, frágil como todo testimonio, no deja de fundamentarse en documentos impresionantes.

La derrota del movimiento vasconcelista fue la derrota reiterada de los esfuerzos democratizadores en el primer México moderno. El testimonio apasionado que ofrece el autor de *La cristiada* viene a subrayar su importancia y a confirmar la versión del propio José Vasconcelos luego de la persecución callista y el triunfo de la revolución institucionalizada.

El vasconcelismo, epopeya y tragedia, nació de la pistola de José de León Toral cuando, muerto Obregón, se abrió para México la posibilidad de la democracia y para Vasconcelos la de repetir la hazaña nacional de Madero. Vasconcelos decidió tomar al pie de la letra el discurso de Calles que anunciaba el fin del caudillismo y la era de las instituciones; retar a elecciones democráticas, manifestar el fraude, recurrir a las armas, como Madero tres veces.

La propuesta de Calles era que a la oposición se le dejase hablar, se le permitiese gritar, todo menos tomar el rifle.

Vasconcelos no quería caer en esa trampa y repitió a lo largo de su intensa campaña electoral: la consigna es «esperar las elecciones y votar en ellas, pero resueltos a defender después su voto, arma en mano, contra todo y contra todos».

Por lo mismo la gran pregunta, la dolorosa interrogación que vibra a lo largo del libro, diez años después: «¿Por qué no hubo levantamiento?», que se puede entender como: «¿Por qué me dejaron solo? ¿Por qué no cumplieron?»

El mismo Vasconcelos da elementos de explicación y para el historiador no hay ningún misterio, antes es sorprendente que haya habido algunos pocos levantamientos aislados.

Vasconcelos quedó preso del calendario institucional: su campaña empieza al final de 1928 para unas elecciones previstas para noviembre de 1929. En dos etapas perdió toda base militar fuerte: en marzo-abril de 1929, la rebelión de los generales obregonistas, rápidamente derrotada por Calles, con la ayuda de los Estados Unidos, no solamente le quitó una posible alianza militar, sino el apoyo efectivo de quienes hubieran podido ser grandes guerrilleros, como Eulalio Gutiérrez, ex presidente de la Convención (1915), como el general Ochoa de Sinaloa y otros más que se dejaron llevar por el escobarismo y quedaron desarmados para el otoño de 1929.

En una segunda etapa perdió la fuerte base cristera: en junio de 1929 el gobierno anunció a la nación que había concluido «arreglos» con la Iglesia, se reanudó el culto, se acabó la guerra y 40 mil cristeros se fueron para su casa. «La noticia de la forzada rendición de los cristeros me produjo calosfrío en la espalda. Vi en ello la mano de Morrow

[Dwight Morrow, el embajador norteamericano, “el Procónsul”].»

Vasconcelos pensó seriamente en desistir, si bien es cierto que después, frente al entusiasmo de las muchedumbres civiles, «aún procuré engañarme». No se engañaron los Eulalio Gutiérrez y otros veteranos revolucionarios quienes advirtieron: «Se quedará usted gritando en el vacío, el país está cansado.» Cansado y desarmado, frente a un Estado más fuerte que nunca, sin generales ni cristeros que combatir en el campo de batalla. Fue en este momento preciso, después de los «arreglos», que la represión, contenida más de seis meses, se desató contra el vasconcelismo. Fue cuando el procónsul «aconsejó» a Vasconcelos: «Usted sabe de la maquinaria oficial. A última hora los cómputos pueden dar muchas sorpresas. Pero usted está haciendo una obra importante, educando al pueblo en la democracia. En la próxima, de aquí a cuatro años, su triunfo será seguro, siempre que no cometan ustedes el error de intentar una rebelión.»

Pero sin anticiparnos, hablemos del vasconcelismo. En sus *Memorias*,[2] Daniel Cosío Villegas apunta que la candidatura de Vasconcelos, «ese simple hecho quería decir dos cosas importantísimas. La primera, que el país estaba ya harto del clan sonorense (…) Y la segunda, que Vasconcelos era el personaje ideal, ahora sí que “ni mandado a hacer”, para encarnar esa renovación, pues no pertenecía a esa familia, antes bien, había chocado con Calles, y se había expatriado para no sancionar ni siquiera con su presencia física ese gobierno».

«Antes de que volviera a entrar José Vasconcelos en territorio nacional, el 10 de noviembre de 1928, estaba formado el Comité Pro-Vasconcelos (…) Todo lo que en el

México de 1928 representaba a los intelectuales no comprometidos con la familia revolucionaria, en pocas palabras. Como buenos profesionistas de la clase media —de la que habían salido y a la que se sentían pertenecer—, la defensa del individualismo social, político y económico, así como la de las libertades formales, era el centro de sus preocupaciones.»[3]

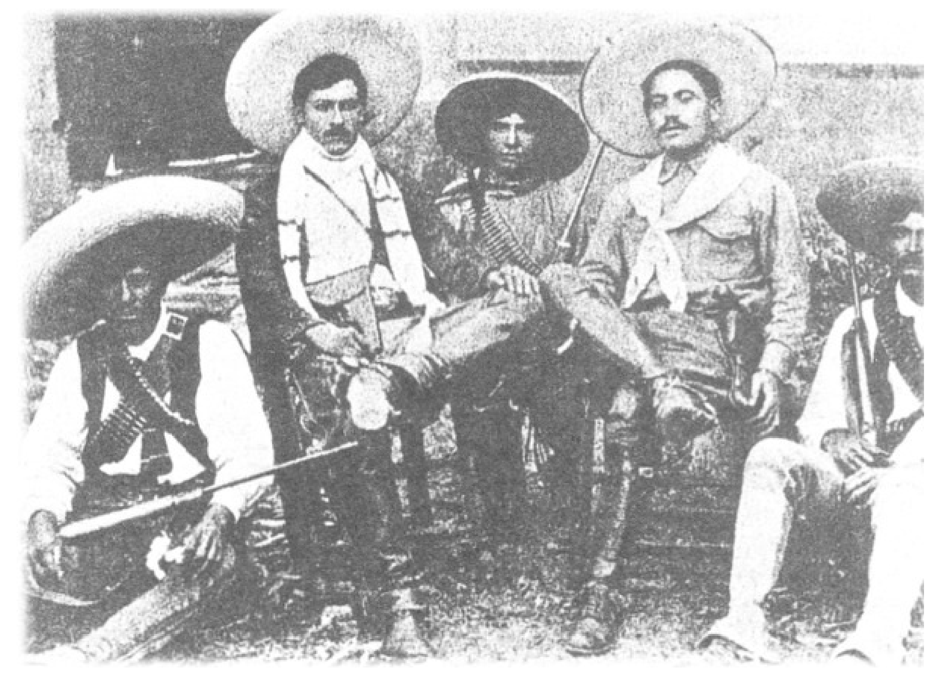
Mencionemos, en desorden, para no ser injustos, algunos de los «muchachos» vasconcelistas: el poeta Gutiérrez Hermosillo, Octavio Medellín Ostos, los Magdaleno, Raúl Pous, Bustillo Oro, Herminio Ahumada, Alfonso Taracena, Alejandro Gómez Arias, Manuel Moreno Sánchez, Carlos Pellicer, Samuel Ramos, Adolfo López Mateos, Salvador Azuela, Rodolfo Uranga, Méndez Rivas, Enrique González Rubio, Germán de Campo, Vázquez del Mercado, Miguel Palacios Macedo, Manuel Gómez Morín, Luis Calderón, Andrés Henestrosa, Roberto Medellín, José C. Valadés, y ¿por qué no? Úrsulo Galván y Luis Cabrera que ya no eran muchachos, pero sí «buenos».

¿Su «único apoyo»? Desde luego que no. El país estaba cansado de los sonorenses y veinte años de violencia. Existía una profunda aspiración civilista y Vasconcelos, como Madero, podía unificar revolucionarios «buenos» y católicos. Antes de los «arreglos», el régimen parecía sin aliento.

Vasconcelos tenía a su favor el elemento popular urbano, las clases medias políticamente activas, los católicos, las mujeres, ciertos gremios como el ferrocarrilero y regiones enteras como Veracruz, Tampico y todo el norte de Torreón y Mazatlán para arriba.

El gobierno presentía el peligro de esta conjunción entre el elemento popular urbano, las clases medias políticamente

activas y los campesinos en armas. La debilidad política y por ende militar de los cristeros procedía de su aislamiento, de la ausencia de aliados urbanos. El vasconcelismo iba a proporcionárselos, recibiendo a cambio el medio militar para vencer. Era preciso, pues, desmovilizar a los cristeros antes de las elecciones, y para eso hacer la paz con la Iglesia.



Jefes de diferentes regimientos cristeros (tomada de la obra *La Cristiada*)

Los cristeros y Vasconcelos

No iba a ser la primera vez que se alteraran los resultados de un voto: pero la presencia de los cristeros en armas modificaba los datos del problema, ya que el vasconcelismo, si obtenía el apoyo de éstos, dejaba de ser un movimiento popular pacífico y vulnerable para convertirse en una formidable insurrección. Tanto Vasconcelos como el general cristero Gorostieta lo comprendieron. También lo comprendió el gobierno. Vasconcelos cuenta cómo,

hallándose de paso en Guadalajara, se entrevistó con los representantes de Gorostieta, les preguntó cuánto tiempo podrían resistir («dos años y más, si es preciso…»), y se citó con ellos para el día siguiente a las elecciones. Gorostieta pensaba que Vasconcelos hubiese debido echarse inmediatamente al monte; pero éste juzgaba necesario movilizar al pueblo durante toda la campaña y recurrir al inevitable levantamiento, después de haber probado que la tiranía no podía ser derribada mas que por la fuerza, ya que escarnecía la voluntad nacional.

Sobre este episodio mis investigaciones demuestran la veracidad de lo dicho por Vasconcelos. Eso ocurría en febrero de 1929.

A principios de marzo de 1929, los generales Manzo y Escobar se rebelaron contra el gobierno Calles-Portes Gil, con los jefes militares de Sonora, Chihuahua, Coahuila, Durango y Veracruz. Trataron de ganarse a los católicos aboliendo la legislación de Calles en su zona y estableciendo un pacto con Gorostieta.

El general Gorostieta hizo de la situación un análisis frío: Manzo y Escobar no eran más que unos generales sin escrúpulos y unos políticos hundidos, cuya improbable victoria no habría cambiado en nada la situación de la República, sino agravándola. Sin embargo, una alianza táctica no comprometía a nada y podría permitir conseguir al fin las municiones tan codiciadas desde hacía tres años, así como la entrada de los cristeros en los arsenales federales.

De hecho, los escobaristas contaban con utilizar a los cristeros en provecho propio, y la colaboración no tuvo éxito sino en algunos casos individuales. No sólo las tropas y los jefes rebeldes se hallaban desmoralizados, no sólo «Escobar

robó los bancos y entregó la campaña», sino que, sobre todo, no dio un solo cartucho a los cristeros, cuando hubiera podido darles trenes enteros de municiones. En eso también Vasconcelos dice la verdad.

Del 3 de marzo al 15 de mayo, los cristeros, en plena ofensiva desde diciembre de 1928, aplastaron a las tropas auxiliares abandonadas por la federación y se apoderaron de todo el oeste de México, de Durango a Coalcomán, con excepción de las ciudades más grandes, que como otras tantas islas permanecieron en poder de las guarniciones federales atrincheradas.

Mientras, Estados Unidos abrieron sus arsenales al ejército federal y le proporcionaron artillería, aviones, camiones, morteros, armas y parque, sin contar caballos, alimentos, gasolina, etc… Quien tenga dudas podrá averiguar lo dicho en la documentación publicada por el Departamento de Estado norteamericano: *The Insurrection in Mexico*, March 3 to May 1, 1929 (U. S. Government printing office, Washington 1929, México núm. 1) y Lorenzo Meyer (*op. cit.*, 206).

Los «arreglos»

Al comenzar el año subrayaba Morrow el fracaso del último gran esfuerzo de guerra federal y telefoneaba al Departamento de Estado que su mayor preocupación la constituían los cristeros.



El general Plutarco Elías Calles, presidente de México de 1924 a 1928, luchó contra Huerta a favor de Carranza para más tarde ayudar a Obregón, al que sucedió como presidente

Si Morrow tenía prisa por llegar a un acuerdo era porque, pasado el peligro escobarista, veía al gobierno amenazado por un asunto más serio, cuando el fin a que había tendido toda la política norteamericana había sido asegurar el mantenimiento del régimen callista. «Si los Estados Unidos persisten en su política de sostener al gobierno legalmente constituido, México, sin duda alguna, se librará de la revolución organizada. Inculcar a los mexicanos el pensamiento de que ninguna revolución puede triunfar tiene mucho más valor que toda otra consideración, tal como la del problema de la Iglesia o de la tierra, y echa los cimientos del progreso verdadero.»[4]

O sea que Morrow sabía perfectamente, como Vasconcelos, que la alianza entre el vasconcelismo político y los cristeros como su brazo armado, era una amenaza formidable para el gobierno.

Morrow, hombre realista, quería encontrar «un *modus vivendi* para entendemos bien con los mexicanos». Para esto tuvo que combatir con la intransigencia de los petroleros y de algunos diplomáticos estadounidenses; pero lo consiguió tan bien que la política de Calles, a partir de su llegada, cesó de inquietar los intereses económicos extranjeros, a tal grado que llegaron a pensar que «Calles es el mejor presidente del país desde Díaz».

Morrow, personalidad brillante en extremo, había leído antes de interesarse por México, los clásicos sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado: Stubbs, Creighton, Lord Acton y, como dice su biógrafo, Nicholson, «la tentación de ver el caso mexicano como un problema de historia aplicada era para él casi irresistible».

Tras de haber estudiado todos los documentos referentes al asunto, Morrow se formó muy rápidamente una opinión:

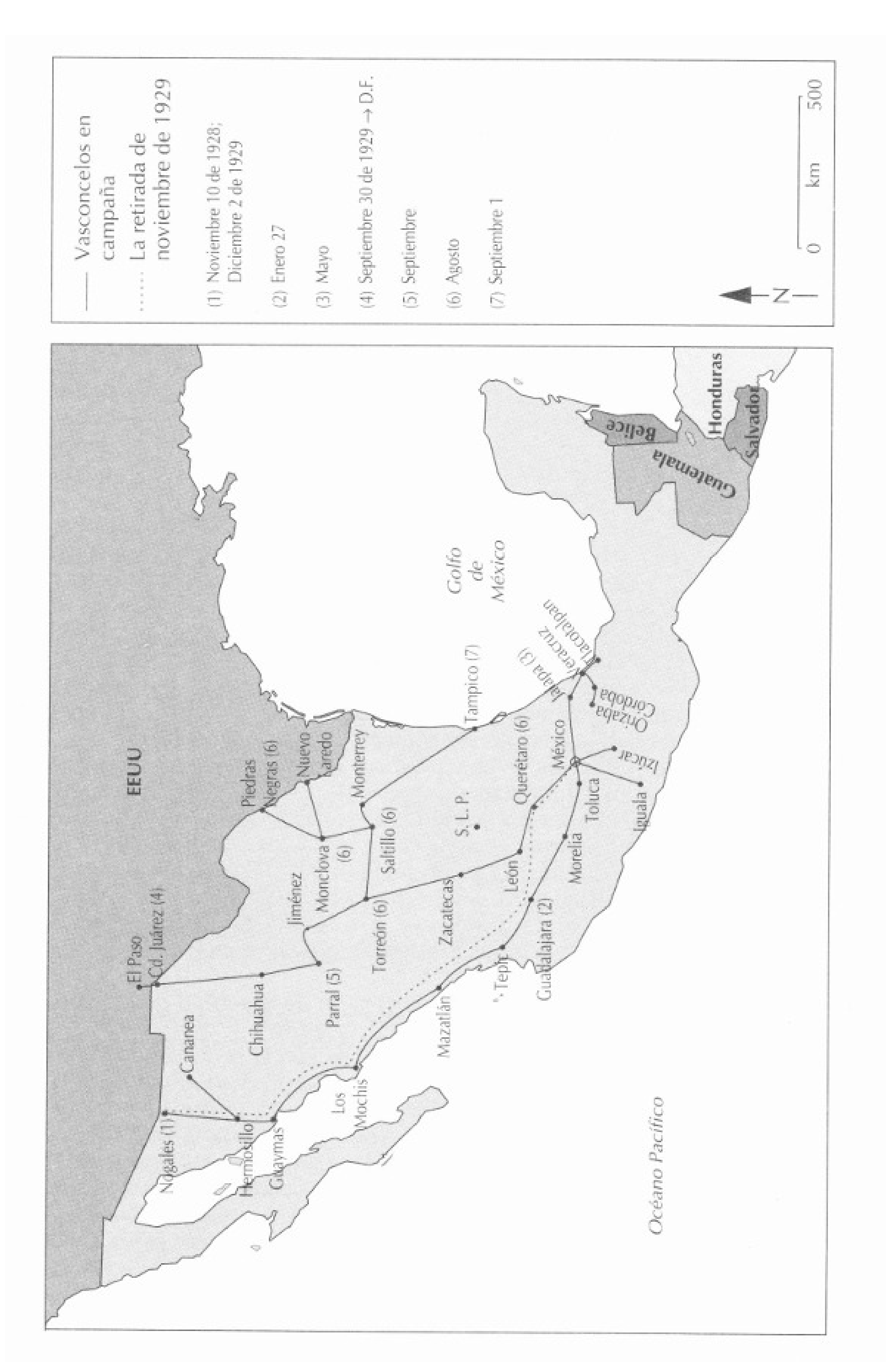
«Nadie que no sea un loco trataría de arreglar la cuestión de principios entre la Iglesia y México. Esta cuestión de principios está muy bien subrayada en el documento que los obispos han enviado al presidente Calles, el 16 de agosto de 1926, y en la respuesta del Presidente, el 20 de agosto… Si comprendo la carta [de los obispos], lo que buscaban era “una tolerancia mutua suficiente para mantener la paz pública y que permitiera a la Iglesia una libertad relativa para vivir y actuar”.

»Al parecer, las únicas leyes específicas criticadas son aquellas que condicionan el ministerio y fijan el número de los sacerdotes… La carta del Presidente se consagra por extenso a la teoría y a la filosofía, lo cual no es, ni de lejos, su fuerte… insiste sobre el párrafo 5 del artículo 130 (negativa de personalidad a las Iglesias) y parece decir que “los ministros religiosos serán considerados únicamente como profesionales”. Yo creo, naturalmente, que la Iglesia no podrá jamás aceptar tal principio, y que todas las demás Iglesias coincidirán con ella en esta posición.»

Roma comprendió inmediatamente el valor de la actitud de Morrow y volvió a negociar. En 40 días todo fue «arreglado.»[5]

El 12 de junio los obispos se entrevistaron con el presidente, y todo marchó muy bien; pero el 13 los prelados salieron desalentados de la segunda entrevista, pues Portes Gil manifestó un nerviosismo muy grande, por el temor a las posibles reacciones de sus radicales. El 14 recibió un telegrama de Tejeda, que prohibió que la prensa publicara, en el que aquél deploraba la vuelta inminente del «cochino clero que quiere reanudar su tarea monstruosa de deformar las conciencias y la moralidad del pueblo… No vais a permitir que las leyes de Reforma y la Constitución sean

violadas». Los masones y la CROM multiplicaban los telegramas, y Portes Gil declaró a la prensa que no había ni qué hablar de transigir.



Morrow juzgó llegado el momento de intervenir, y decidió que antes de volver a entrevistarse de nuevo cada parte

debía leer y aprobar un memorándum redactado por la parte contraria; él mismo se encargó de redactar los dos textos, y los obispos aprobaron, a condición de que Roma los autorizara, el memorándum en cinco puntos que Morrow les presentó, y que el P. Walsh telegrafió a Roma.

El 21 de julio entrevistáronse los obispos y Portes Gil, en presencia de Canales, secretario de Gobernación, y firmaron los acuerdos redactados por Morrow, que al día siguiente publicó la prensa. Portes Gil prometía verbalmente la amnistía para los rebeldes, la restitución de las iglesias, obispados y casas parroquiales, y su palabra de no volver atrás sobre lo que acababa de tratarse.

Inmediatamente los prelados marcharon a la basílica de la Virgen de Guadalupe para dar gracias; allí Monseñor Ruiz y Flores comunicó a Monseñor Díaz que Roma lo nombraba arzobispo de México.

Inmediatamente, los gobernadores recibieron la orden de poner en libertad a todos los prisioneros, los generales la de dar fin a la guerra y conceder salvoconductos a todos los cristeros que se presentaran.

Las campanas tocaban a vuelo en el país para anunciar la reanudación del culto.

Los aviones dejaban caer sobre los campos millares de volantes para anunciar a los cristeros el término de las hostilidades, y los obispos les enviaban sacerdotes para persuadirlos a deponer las armas.

Espontáneamente, los soldados comenzaron a desbandarse, convencidos de haber obtenido la victoria, ya que aquello por lo que se batían de manera inmediata, el culto, se había reanudado.

Después de los arreglos: el Procónsul otra vez

«Todo está perdido, salvo el honor», pudo haber dicho Vasconcelos. Varios amigos, como Manuel Gómez Morín, o simpatizantes como aquel inglés corresponsal del *Times* argumentaron que el honor no necesitaba sangre, que el fraude sería absoluto —bien lo sabía Vasconcelos— y que no había esperanza militar. No podía escuchar la voz de esa razón y el consejo de fundar un partido para lanzar una lucha cívica a largo plazo (¿una, dos, tres generaciones?), no podía escucharla porque el Procónsul utilizaba el mismo lenguaje. Morrow insistía en disuadir a Vasconcelos de levantarse en armas. Vasconcelos cuenta cómo, después de las elecciones, incomunicado en Guaymas, perdidas las esperanzas insurgentes, recibió la visita de John Lloyd, emisario del embajador estadounidense. Morrow le ofrecía, a cambio de la paciencia, la rectoría de la UNAM y una o dos secretarías en el gabinete para sus partidarios. En tales condiciones, no llamar a las armas hubiera sido, para Vasconcelos, perder hasta el honor. No podía entender las virtudes de la larga, terca, oscura lucha cívica que emprendieron en aquel entonces muchos de sus partidarios, contra la persecución religiosa en los treinta, en la universidad, en la fundación de Acción Nacional, etc. Su negativa fue rotunda.

¿Inventa Vasconcelos? No. En los archivos de Manuel Gómez Morín está la carta siguiente:

México, octubre 17, 1933.

Sr. Edward G. Lewy,

Estate of Dwight W. Morrow,

Englewood, New Jersey.

Muy estimado señor Lewy…

Su carta del 5 de los corrientes.

Aparte de algunas reuniones accidentales con el finado señor Morrow, sólo tuve con él oportunidad de trato más cercano en dos ocasiones; una con motivo del

establecimiento de la sucursal del National City Bank of New York en México; otra con motivo de la campaña presidencial de 1929.

Respecto de la primera de las ocasiones dichas, tengo el gusto de enviarle los siguientes documentos: original de la carta que me envió el señor Morrow; copia de mi contestación a esa carta, y original de la respuesta que por encargo y en nombre del Señor Morrow dio a mi contestación el señor…

Respecto de la ocasión en que hablé con el señor Morrow a propósito de la campaña presidencial de 1929, no conservo documento alguno. Los hechos ocurrieron así: desde los primeros meses del año de 1929, frente a la candidatura oficial del señor Ortiz Rubio para Presidente de la República, se organizó un movimiento de oposición postulando la candidatura del Lic. José Vasconcelos. Durante la campaña, los partidarios del señor Vasconcelos hicieron frecuentes alusiones al Embajador, indicándolo como instrumento de la imposición del candidato oficial señor Ortiz Rubio y diciendo, por tanto, que el Embajador se inmiscuía con ello en los asuntos de política interior de México. El señor Morrow, conociendo las ligas de afecto y de partido que me ligaban con el señor Lic. Vasconcelos, habló conmigo pidiéndome le dijera por qué se le atribuía una intervención favorable al señor Ortiz Rubio, pues, me dijo, él no tenía el menor interés en apoyar un candidato cualquiera en México y se limitaba a desear fervientemente la organización estable de la política mexicana. Le expliqué entonces cómo entendía el público sus actos y los interpretaba como actos de intervención indebida en favor del Ing. Ortiz Rubio, ya que los partidarios de éste y los propagandistas del gobierno del Gral. Calles no vacilaban en decir que el Gobierno de los Estados Unidos impulsaba la candidatura de Ortiz Rubio, fundándose en la amistad del mismo señor Morrow con el Gral. Calles, amistad que el señor Morrow ostentaba públicamente en una forma que no se limitaba a manifestarse en actos oficiales.

El señor Morrow me autorizó para decir al Lic. Vasconcelos que ni el Gobierno Norteamericano, ni él en lo personal, tenían el menor interés en el triunfo de Ortiz Rubio o de cualquier otro candidato; que sólo deseaban —y esto me lo repitió varias veces— la creación

de una organización política estable en México y que su amistad y su apoyo al Gral. Calles [se debía a que] era el único que había mostrado capacidad para crear y mantener un gobierno estable en la República. Le contesté diciendo que el partido Vasconcelista reconocía la necesidad de un régimen estable y por eso trataba de desarrollar una actividad electoral dentro de la Constitución; pero que además de la mera estabilidad política, el partido Vasconcelista y el país entero estaban deseando otras muchas cosas para cuya realización se hacía indispensable un cambio completo de hombres y de métodos en el gobierno; que, además no obstante el buen propósito que el partido abriga de mantener la lucha política en el terreno puramente democrático y constitucional, la actitud del gobierno tratando de imponer la candidatura del señor Ortiz Rubio, gastando en ello los fondos públicos y haciendo uso de la fuerza para reprimir el libre desarrollo de la propaganda de oposición, hacía ver claramente, de antemano, la imposibilidad de lograr por el camino puramente democrático la renovación deseada, dándose con ello lugar al desarrollo de acontecimientos violentos, precisamente destructores de la deseada estabilidad. Se preocupó grandemente con esta conversación; me dijo que, consecuente con su deseo fundamental de evitar hechos que pudieran imposibilitar la existencia de un gobierno estable en México y fundándose en su demostrado afecto a este país, él haría, privadamente, un esfuerzo para convencer a los jefes de los dos grupos políticos en pugna de la necesidad de entenderse, y me autorizó de nuevo para decir al Lic. Vasconcelos que ni por su representación oficial, ni por sus deseos personales, él (el Embajador) estaba inclinado en favor de Ortiz Rubio, aun cuando tampoco creía que fuera posible para el Lic. Vasconcelos organizar un gobierno que no tomara en cuenta sino que tratara de aniquilar totalmente al grupo callista y al partido político que servía de base al Gobierno del Gral. Calles.

Poco tiempo después supe que el señor Embajador, por conducto de alguno de sus consejeros privados, bien conocido en México, dijo al señor Lic. Vasconcelos lo mismo que por mi conducto había expresado y que, meses más tarde, cuando fue ya evidente que el Gobierno del señor Portes Gil, bajo la presión del partido político

callista, impediría o no reconocería una elección a favor de Vasconcelos, por conducto de su mismo amigo y consejero privado, dijo al señor Lic. Vasconcelos, en Guaymas, que para evitar una fricción violenta, podría hacerse un arreglo en virtud del cual el Lic. Vasconcelos y alguno o algunos de los jefes del partido de oposición entraran a formar parte del gabinete del señor Ortiz Rubio, cosa que el Lic. Vasconcelos no quiso siquiera discutir.

Suplicándole se sirva devolverme los documentos anexos una vez que los haya utilizado, quedo su atto. y S. S.

Manuel Gómez Morín



Manuel Gómez Morín formó parte del grupo de jóvenes conocido como «Los siete sabios». Consejero de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles

No pudo convencer a Vasconcelos de integrarse a la «familia revolucionaria» pero se cuidó mucho de proteger su vida. No quería que el general Amaro diera al país otro mártir; él no quería ser el H. L. Wilson que diera un nuevo Madero. Su emisario Lloyd acompañó personalmente a Vasconcelos hasta la frontera de Nogales mientras que Unamuno, Gabriela Mistral y Romain Rolland pedían a Portes Gil por la vida de Vasconcelos.

Así Romain Rolland telegrafiaba:

> Favor trasmitir a presidente Portes Gil mis ruegos instantes para que sea preservada a cualquier precio la vida de José Vasconcelos, valiosa para la humanidad y para que le sea permitido salir de México bajo la protección cortesa del gobierno.

Comentaba Rolland: «El acto de Vasconcelos me parece una locura y le había mandado decir que no entendía que buscara una victoria imposible y vana, en el terreno político, que su verdadera misión (para México y para América entera) estaba en otra parte.

»Pero está rodeado de partidarios (y partidarias) cuya exaltación mesiánica debió contagiarlo. Recibí de ellos (o de ellas) cartas ebrias que no lo llaman más que “nuestro Mahatma” y a todas las preguntas sobre su programa político contestan: “El Maestro habló. Hay que creer”.

»Tengo idea de que el propio Vasconcelos cree en su misión mística y que buscaría, más que huiría, ahora el martirio. Piensa que su muerte, ahora, sería la coronación de su vida. Y muy posiblemente su memoria se volvería muy pronto legendaria» (4 de diciembre de 1929).[6]

¿Y las elecciones?

Su gira triunfal parecía un plebiscito; el gobierno, entonces, decidió cambiar de actitud y la tolerancia del principio se convirtió en una serie de atentados contra

Vasconcelos y sus partidarios; las manifestaciones y reuniones fueron disueltas por la policía y el ejército, ametralladas por pistoleros.

Vasconcelos afirma que ganó las elecciones. No cabe duda que las ganó. Encontré documentación en los archivos del Departamento de Estado de Estados Unidos de su inteligencia militar que afirma: «Los vasconcelistas han logrado penetrar en las filas inferiores del ejército. Se espera la defección de numerosos oficiales jóvenes del grado de mayor para abajo. Los estudiantes y las mujeres causarán problemas en la capital y en las ciudades.»

Un informe escrito una semana antes de las elecciones sintetiza: «Vasconcelos tiene a su favor a todos los descontentos y a todos los *outs*. Es fuerte en los centros industriales, pero débil en el campo. Tiene en contra suya la maquinaria gubernamental, el miedo de la gente de orden, del *business* satisfecho de la ley favorable a la cooperación capital-trabajo, y de la Iglesia. Vasconcelos tiene probablemente el mayor número de partidarios en todo el país, pero parece evidente que será eliminado (...) Ortiz Rubio es realmente un candidato impuesto.» Así fue. Las elecciones tuvieron lugar el 17 de noviembre. Fueron una farsa. El ejército controló todas las mesas en todo el país y patrulló en las calles como si el país estuviese en estado de sitio. Cuando fue necesario se robó las urnas para llevárselas. A Ortiz Rubio le dieron 93.58% de los votos, 5.42% a Vasconcelos. Sin comentarios.

La tragedia

Cuando el periodista inglés trató de convencer a Vasconcelos de la inutilidad del recurso insurgente, terminó prediciéndole a Vasconcelos: «Será el día más triste de su vida aquel en que delante de usted le fusilen a 30 o 40 de los

suyos, víctimas inútiles de un movimiento sin posibilidades de triunfo.» El gobierno y el ejército habían desatado el terror para prevenir todo intento de levantamiento. De hecho no hubo levantamiento real —el intento de Carlos Bouquet, antiguo cristero, fue aniquilado antes de empezar— porque la única posibilidad, en ese momento preciso, era la lucha cívica. Eso, en su paranoia, no lo entendieron los responsables del orden; cuando un joven desconocido, Daniel Flores, hirió de gravedad al presidente Ortiz Rubio, perdieron los estribos. Dejo la palabra a José Emilio Pacheco:

Ortiz Rubio ocultó su convalecencia en Chapultepec. No hubo ningún vacío de poder, pues el único e indivisible lo ejercía el general Calles. De modo que debe cargarse a su cuenta el crimen de Topilejo. Se inició la *razzia* de los desafectos, en especial vasconcelistas y comunistas. Se afirmó que otro complot se urdía en el despacho de Octavio Medellín Ostos, ex director del Comité pro Vasconcelos. Agentes de la «reservada» se hicieron pasar por vasconcelistas que pensaban alzarse en armas y apresaron a cuantos cayeron en la trampa. A otros los detuvieron en sus casas sin mediar pretexto alguno. Varios negaron a su redentor antes que cantara el gallo. Fueron liberados a cambio de alabanzas al régimen callista y al siniestro «Güero Ulogio»: Eulogio Ortiz, ex villista que como jefe de las operaciones militares en el Valle de México representó en 1930 el papel de verdugo.

Algunos vasconcelistas, como Carlos Pellicer, tuvieron una actitud admirable. Encerrado en el cuartel de San Diego (Tacubaya), Pellicer encontró por compañero de celda a un adolescente comunista de 16 años llamado José Revueltas. Pellicer no se doblegó ni siquiera ante Ortiz quien lo acusaba de haber vuelto de Europa a fin de matar a Calles.

Genaro Estrada, secretario de Relaciones, salvó de la muerte a Pellicer. Convenció a Calles de que ese joven vasconcelista era un gran poeta y su ejecución dañaría internacionalmente al país. Calles respetaba a los escritores (como Obregón y Ortiz Rubio, el «jefe máximo» escribía versos poetastróficos) y Pellicer quedó libre. Revueltas fue enviado a las Islas Marías.

Muchos otros vasconcelistas no gozaron del privilegio de clerecía. Fueron concentrados en la hacienda de Narvarte, cuartel del 51 regimiento de caballería a las órdenes del general Maximino Ávila Camacho. Se cree que sumaban aproximadamente unos cien, se ignora si todos ellos o nada más entre veinte y treinta resultaron asesinados.

El 14 de febrero a medianoche se ordenó sacar a los presos de Narvarte. Ávila Camacho se conmovió y mientras ataba a las víctimas de dos en dos, con alambre de púas a cambio de cuerda, decía: «Pobrecitos, pobrecitos. Ya se los llevó la

chingada. Pero qué quieren que yo haga, si cumplo órdenes del superior.»



Pascual Ortiz Rubio. Presidente sucesor de Portes Gil de 1930-1932. Museo Nacional de Historia, México, D. F.

Soldados al mando de un teniente al que apodaban «El Gato» subieron a los vasconcelistas a varias camionetas. Al llegar al kilómetro 28 de la carretera a Cuernavaca entraron por una brecha hasta las cercanías de Topilejo en las estribaciones del Ajusco. Se detuvieron en un llano húmedo próximo a una milpa. «El Gato» les ordenó bajar. Un jardinero japonés del cuartel dio picos y palas a los vasconcelistas. «El Gato» los obligó a cavar sus tumbas. Cuando estuvieron abiertas «El Gato» preparó un lazo, escogió un ailé o aliso de unos quince metros de altura y cogió entre injurias al general León Ibarra, antiguo revolucionario magonista. Un soldado se balanceó de las piernas de Ibarra para garantizar el ahorcamiento. Ya en tierra, deshicieron el cadáver a culatazos.

Son inimaginables la angustia y la tortura de los prisioneros con quienes se siguió, uno por uno, este procedimiento. De ellos no se sabe el número exacto y sólo se conservan unos cuantos nombres: el general Ibarra, Ricardo González Villa, Roberto Cruz Zequeira, Macario Hernández, Vicente Nava, ingeniero Domínguez, Carlos Olea y Casamadrid, Toribio Ortega, Manuel Elizondo, Jorge Martínez, Pedro Mota, Carlos Manrique, Félix Trejo. Quienes llevaban anillos o piezas dentarias de oro fueron descuartizados para saquearlos.

Aunque parezca increíble sobrevivió Vicente Nava. José Vasconcelos («Topilejo» en *La sonata mágica*) sugiere que Nava pagó el precio de ayudar a los verdugos. Acaso fue Nava quien hizo a Alfonso Taracena el relato gracias al cual conocemos lo ocurrido esa noche (*Los vasconcelistas sacrificados en Topilejo*,[7] 1958: *La verdadera Revolución Mexicana*, decimosexta etapa (1930): *La tragedia vasconcelista*[8] (1965). De Nava no volvió a saberse. Otro sobreviviente, el italiano Carlos Verardo Lucio, habló con

Taracena en 1932 y antes de ser asesinado en 1939 dejó un testimonio que se publicó en *Hoy* (7 de marzo de 1940). Si Verardo estuvo en Narvarte pero no en Topilejo, ¿cómo ha llegado hasta nosotros lo que ocurrió en el Ajusco? También desaparecieron el jardinero japonés y el propio «Gato». Quizá algunos de los soldados habló, o bien Taracena pudo reconstruir los sucesos a partir de la autopsia de los cadáveres.

El 9 de marzo el perro de unos campesinos encontró un brazo humano. Los campesinos avisaron al delegado de Tlalpan y la Cruz Verde llegó a desenterrar, se dice, unos cien cadáveres. Por su descomposición muy pocos eran identificables. Las autoridades dijeron a los deudos que preguntaban por ellos que los muertos sin rostro no estaban muertos: eran simplemente «desaparecidos». El Partido Antirreeleccionista pidió una investigación oficial y culpó de los asesinatos a Ortiz. El «Güero Ulogio» respondió que eran calumnias de la reacción para «desestabilizar» las grandes conquistas revolucionarias. Ávila Camacho contestó que en el cuartel de Narvarte nunca había habido prisioneros: se trataba de una inadmisible calumnia contra el Ejército Nacional.

La investigación no se hizo nunca. Las Cámaras guardaron su acostumbrado silencio. Se ordenó a la prensa no publicar una línea más sobre Topilejo y se suspendió por un tiempo la «nota roja». Acosada por los agentes, la más activa voz de la protesta: la hija del general Ibarra se suicidó en 1932.[9]

«El clavel encendido, rojo sangre, flor del vasconcelismo»

La fórmula es de Antonieta Rivas Mercado, la «Valeria» del *Proconsulado*, tan largamente citada en este libro que de

hecho es coautora. Ella escribió *La campaña de Vasconcelos*, publicada en fragmentos en *La antorcha* y *El Proconsulado*. Hubo que esperar muchos años para que la editorial Oasis publicara el texto completo, incluido en 1987 en las *Obras completas* de Antonieta Rivas Mercado (SEP, Lecturas mexicanas, núm. 93, 466 pp., pp. 33-180).

Remito al lector a las páginas que le dedica Vasconcelos y no puedo más que callar la emoción resentida frente al destino de esta joven mujer, trágicamente desaparecida a principios de 1931. En sus *Obras completas* se encuentran las hermosas líneas que ella escribió en diciembre de 1930 y en febrero de 1931 sobre sus relaciones con Vasconcelos. La citaré dos veces para ayudar a entender lo que fue el vasconcelismo:

> El fenómeno de contagiar, provocado por la presencia de Vasconcelos en un medio determinado. Contagio o mejor, incitación. Fue como un vino añejo, del cual breves gotas bastan para embriagar a la gente. Y la gente que se embriaga así es gente profundamente insatisfecha de la realidad cotidiana, que está dispuesta a soñar el sueno que la anima, en cuanto la realidad le da la menor base. (*Obras completas*, p. 442).



José Vasconcelos, mural de E. Castellanos, restaurante Prendes, México, D. F. «Si México cae con Vasconcelos, tendremos que agradecerle habernos dado, en lugar de una última vergüenza, un primer título de honra»

Y, «si México cae con Vasconcelos, tendremos que agradecerle habernos dado, en lugar de una última vergüenza, un primer título de honra». (Carta del 1.º de septiembre de 1929, en campaña cerca de Tampico, a Manuel Rodríguez Lozano.)

«A ti que dejaste una cicatriz de fuego en la conciencia»

Oración fúnebre. Alfonso Reyes, 1959.



Alfonso Reyes, E. Castellanos, mural del restaurante Prendes, México, D. F.

Su influencia como intelectual se dejó sentir en toda hispanoamérica

Como lo dijo Jorge Cuesta, «la biografía de Vasconcelos es

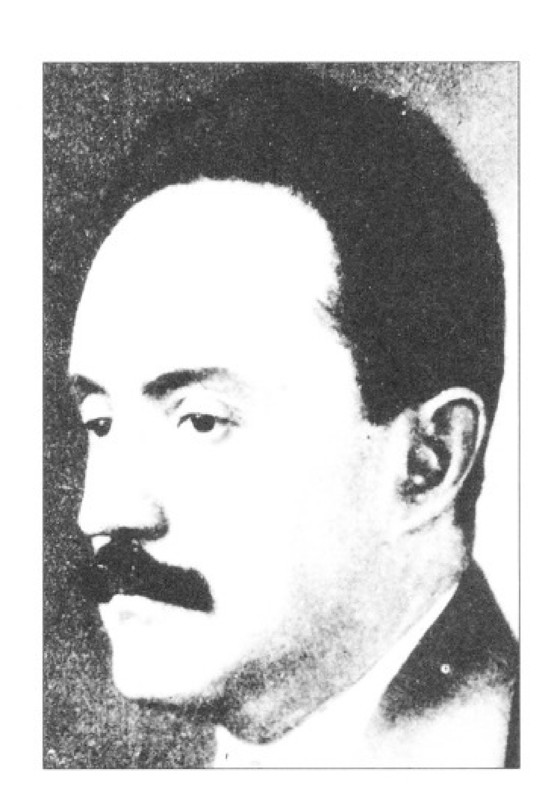
la biografía de sus ideas. Este hombre no ha tenido sino ideas que viven: ideas que aman, que sufren, que gozan, que sienten, que odian y se embriagan; las ideas que sólo piensan, le son indiferentes y hasta odiosas». Por lo mismo José Emilio Pacheco está en lo cierto cuando dice que las memorias de Vasconcelos son «el más grande monumento de amor que existe en la literatura mexicana». Es al mismo tiempo un valioso texto histórico.

En Irapuato, en noviembre de 1985, un vasconcelista, Carmelo Vega me dijo:

> Vasconcelos representa la ortodoxia de la Revolución Mexicana que es el maderismo; por tal motivo los que han presidido la vida pública de México no deben cubrirse con el manto de Vasconcelos porque les queda grande y lo manchan; él, que entró y salió pobre del poder no debe ser la bandera política de ningún arribista ni el testimonio justificatorio de ningún rico aparecido.
>
> Los que fueron sus discípulos no lo han traicionado; porque los verdaderos discípulos no traicionan, son apostólicos y los que nunca lo fueron han inventado que hay dos o varios Vasconcelos: el de antes y el de después de las elecciones de veintinueve; que era un romántico o que era un idealista; como si los enriquecidos personales a través del ejercicio de las funciones públicas fueran clásicos o realistas, porque saben cuándo robar, porque para ello les sirve la «praxis» política en medio del sueño de los justos.



EL PROCONSULADO



José Vasconcelos

Dedico este volumen a la memoria de doña A. R. M. y de todos los que cayeron por el ideal de un México regenerado.

Introducción

En el Prólogo del tomo tercero de estas memorias dije con cierta irreflexiva arrogancia que toda vida completa es un *crescendo* de sinfonía, un tema de tono mayor en ascenso, desde la cuna hasta la muerte. Y que la muerte misma no es otra cosa que la antesala de la resurrección. No es ese mismo el estado de ánimo de quien penetra en la vejez, sino uno mucho más lúgubre que contempla el tránsito como una prolongada experiencia hecha de altos y bajos, dichas engreídas y profundas, pero falaces, y caídas de abismo, etapas de desconsuelo y horas de tormento. Una suerte de marcha fúnebre heroica; lúgubre por el nacer que contiene el *ananké* de todos los fracasos; distraída con el tóxico de todos los apetitos, libertada a ratos por las iluminaciones de la esperanza. Y en resumen, sombra y luz, dicha y quebranto, en misteriosa, inevitable concatenación de indescifrable propósito. Larga lamentación entrecortada de jubilosos arpegios. Y en el fondo, confianza, ya no en el propio arranque, sí en la piedad del Dios Padre que, pese al enojo del mal uso que hicimos de nuestro pobre arbitrio, tendrá que perdonar, llevado del mismo impulso que nos hace sonreír de los yerros y los aciertos, las maldades y las ternuras de los infantes.

Cierta piedad, como la que esperamos del Creador Omnipotente, ayuda a tolerar lo que somos, sin destruirnos por asco. De otro modo, renegaríamos de toda acción y

prescindiríamos también del más leve deseo de justificarnos. Nada valen en sí las mejores ocurrencias de un destino cuya esencia es el error; pero algo valioso se esconde en él, quizá la ambición del infinito que nos empuja.

De la vanidad de la creación literaria se ha dicho que consuela porque nos da la ilusión de que salva del olvido una parte de los sucesos, los pensamientos, los sentimientos que, en el balance general de la existencia, nos parecen dignos del esfuerzo que levanta un tesoro a punto de perderse. Sin embargo, en lo que tiene de lucha contra la disolución, fácil es advertir el engaño del artista y la vanidad de su vanidad. Pues ¿qué importa, por ejemplo, a Platón, desligado de nosotros por los siglos y los acontecimientos, que sus *Diálogos* sobrevivan o desaparezcan, sean leídos o permanezcan ignorados? Y aunque la obra de un Platón interesa a generaciones sucesivas, ¿qué son esas mismas generaciones, y los dos o tres millones de años que la ciencia más ambiciosa les da de vida, frente a la eternidad en que el Cosmos mismo se hace y se deshace sin aparente finalidad?

El afán de gloria póstuma no basta, en todo caso, a explicar el anhelo de poner a salvo, por intermedio del arte, siquiera una porción del recuerdo que con nosotros se ausenta del mundo. Y lo cierto es que en este caso, como en todos los demás, procedemos como si más allá de la muerte hubiese todavía objetivos. Y este instinto que contradice la experiencia material de nuestra desaparición es sólo una parte del anhelo general del alma, que opera como si contase con la certeza de la transformación, la transfiguración de la conciencia humana, autora de la cultura, en otra que ha de establecerse en la eternidad. Para este ser del mañana que nos espera, juntamos con cariño los recuerdos, revisamos con terror los tropiezos, vagamente convencidos de que el sentido de la marcha cambiará con la muerte, pero sin

ruptura total de la cadena de nuestro acontecer; de allí el amor, la necesidad del recuerdo.

Y ya sea que nos limitemos a pensar nuestro pasado, lo que nadie deja de hacer, o que nos pongamos a rescatarlo por alguno de los medios que enseña el arte, la pintura, la escultura, la poesía, lo cierto es que cumplimos una exigencia espiritual profunda cuando arquitecturamos, por la virtud del recuerdo, un mundo pensado, sentido, incorruptible, sobre el mundo positivo en que tuvieron asiento los acaecimientos recordados. Y el acaecer mismo adquiere entonces una significación fugitiva, subordinada, intrascendente. Y llegamos a sentir que la realidad verdadera no está en lo que fue: se sostiene apenas efímeramente en el presente y se prolonga segura por el futuro. Las distintas formas del arte y la literatura tienen, ante esta evidencia, el valor de una técnica de lo espiritual incorruptible, comparable, pero superior, a la artesanía que nos construye los instrumentos de lo material y lo útil. Y, desde luego, vale más este ejercicio de la artesanía de lo inmaterial que la satisfacción que pueda producirnos el juicio de los contemporáneos o la opinión de los pósteros. Se hallarán estos últimos ante nuestra obra tan perplejos como nosotros mismos y, más aún, indiferentes y preocupados de sus propias venturas y adversidades.

Juega con sus muñecas la niña que quizá será madre, y un instinto parecido nos lleva a nosotros a soñar con un vivir reconstruido en la eternidad, en compañía de los que amamos. A esta patria nueva remitimos el afán noble que quizá se depuró en el mundo y, en todo caso, dejamos que la fantasía nos compense de lo que niega el torpe inmediato presente. Y tal es el juego del arte, juego que por otra parte no es privilegio de escritores y artistas. Cada alma noble, con sólo soñar despierta, evoca amorosamente las personas

y los episodios de su particular acaecer y disfruta la ilusión de que todo ha de recobrarse en lo eterno. Repudiamos, por tanto, las pretensiones del mandarinato, o sea la presunción del intelectual, el profesional de las letras o el arte que se cree colocado por encima del común de las gentes. La destreza para la expresión no es precisamente el signo de los elegidos, sino un azar, una ventaja técnica; pero la auténtica elección está reservada a los buenos y los nobles por el carácter. No reclamo, pues, privilegios, ni me jacto de dones.

Un poco como a Job, la vida me ha dado a conocer dicha infinita y penas que agobian. En el ritmo de mi lamentación alternan quejas y júbilos. Y mi ruego pide la nada, que es reposo y es término, o la ventura final compartida con los que amé y con los que amaré. Y entre tanto, de nuevo con Job, proclamo:

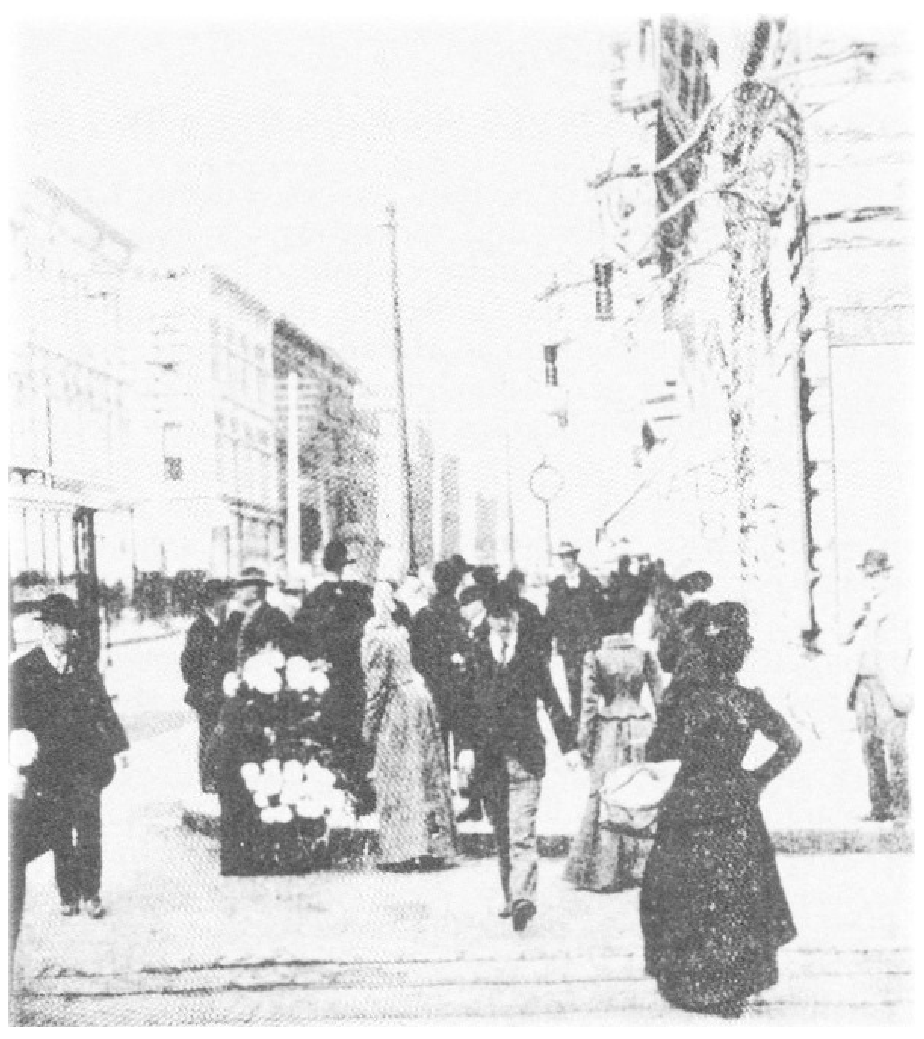
> *Hirieron mis mejillas con afrenta. Se juntaron todos contra mí./ Háme entregado Dios al mentiroso. Y en las manos de los impíos me hizo estremecer. / Próspero estaba y desmenuzóme. Y arrebatóme por la cerviz y despedazóme... Y púsome por blanco suyo... / Y positivamente se extrañaron de mí mis conocidos... / Y los que yo amaba se tornaron contra mí... / ¡Quién diese ahora que mis palabras fueran escritas; quién diese que se escribieran en un libro...!/ Porque sobreviene el furor de la espada a causa de las injusticias y para que sepáis que hay un juicio.*

Y prosiguiendo, en fin, el paralelo consolador, repito: «Mi justicia tengo asida y no la cederé.» Y también por todo lo que en estas mis quejas hubiere de jactancia y vanidad, pido clemencia. Y confieso con el Profeta: «Yo denunciaba lo que no entendía. Cosas que me eran ocultas y que no las sabía.» Pues nadie ha alcanzado aún a descifrar el misterio del encadenamiento de los sucesos. Y el que ha de hablar siente otra vez con Job: «Oye mi ruego, Señor, y hablaré. Te preguntaré y Tú me enseñarás. De oídas te había oído. He pecado y me arrepiento y me aborrezco en el polvo y en la ceniza.»

Y sean cuales fueren los motivos del escritor profesional, tengo yo particular deber de proclamar ciertos hechos referentes a la vida pública de mi país. En épocas angustiosas de su historia fui parte a que se levantaran esperanzas que únicamente provocaron crímenes. Y como siguen victoriosos los criminales, mi clamor es el único homenaje que puedo tributar a las víctimas de una causa derrotada, no vencida, porque no sabe de victorias firmes la iniquidad. Mi testimonio recuerda los heroísmos; mi gratitud busca complacer a los amigos; mi condenación persigue a los traidores; mi intransigencia subsiste frente a los enemigos que fueron desleales.

Despiadado parecerá, quizá, el libro que sigue para con los malvados: en cambio, piadoso para con todos los que algo supieron sacrificar en interés colectivo. Y será natural que, a ratos, el lector se contagie del vértigo que a nosotros nos derribó en tierra, de la pasión que logró exaltarnos; pero, en fin, dejemos de hacer autocrítica, que ni para la simple crítica tiene sosiego el que está urgido por la magnitud de su destino, la fascinación de su relato, y se halla, además, perplejo ante la impenetrabilidad del misterio que envuelve los ires y venires, los disparates y los aciertos del humano acontecer.

Hermosillo, Sonora, 1939.



San Francisco: «Dos o tres días pasé en San Francisco, acompañado siempre del buen doctor Urrea»

Los «Diablos Viejos»

Cuando al doctor don José María Urrea le llegaba un cliente, apartábase de los amigos que, reclinados en el diván de la consulta o en torno a la mesa de primeros auxilios, discutían y bromeaban, y en tono impaciente preguntaba: «¿Qué le urge mucho? ¿No podría darse mejor una vueltecita a la tarde o mañana? Ya ve usted que estoy muy

ocupado con los señores»…

—Poco le falta a usted —observé—, para identificarse con el tendero aquel de Pérez Galdós que, empeñado en su tertulia, recomendaba a los compradores presuntos: «Mire, en el almacén de allá enfrente venden las mismas telas, yo ahora no quiero, no puedo atenderlos»…

—¡Pues si ya lo he hecho, no crea! —asintió el doctor—; ahora con la política estoy tan preocupado que a veces los casos engorrosos se los paso a un colega.

—Así es, así es —confirmaron uno o dos de los íntimos, y todos reímos.

Más bien bajo de cuerpo y no muy grueso, el doctor Urrea empezaba a encanecer; vestía con descuido, conversaba con ingenio y gracia, tirando de su piocha gris, o paseándose, cambiando de sitio, luminoso el mirar, despejado el ceño, franco el ademán. Ejercía su profesión en San Francisco, después de haber sido en Mazatlán, su tierra, uno de los precursores maderistas; por eso mismo le asqueó la racha de salvajismo en que degeneró la revolución bajo los carrancistas. Así se alejaron tantos: unos por necesidades económicas; otros, por persecución del gobierno; otros más, por repugnancia de los gobernantes, y más de tres millones contaban los mexicanos arrojados por el militarismo fuera de la patria. Y en todos había encendido la oportunidad de mi candidatura una chispa de ilusión.

El doctor Urrea era mi partidario convencido y me preparaba el terreno con sus parientes, sus amigos de todo el territorio sinaloense. «Será Sinaloa el baluarte de su candidatura», pronosticaba. Oportunamente, acompañado del general Ruelas, otro refugiado distinguido, me había sacado de Stanford, me había llevado a San Francisco para iniciarme en la Sociedad de los Diablos Viejos de California.

Especie de fraternidad libre, formada con los mejores elementos de la colonia hispanoamericana del puerto. El rito periódico era la comida fraternal, con vino adquirido de lance, burlando la prohibición que pesaba sobre el país. El discurso de mi ingreso y bautizo había estado a cargo del general Ruelas, perito en matemáticas y en historia. Y el nombre que se me dio dentro del concilio, mitad en broma, mitad en serio, fue uno de gloriosa leyenda: el Hermano Ilhuicamina, el flechador del cielo. Era yo, pues, el neófito Ilhuicamina, y a mi lado estuvo sentado un Cacama, y así sucesivamente todos adoptábamos nombres aztecas.

Estrecha amistad ligaba en el seno de los Diablos Viejos a los mexicanos desterrados, sin perjuicio de las facciones a que habían pertenecido en la patria, y a los hijos de Panamá, El Salvador, Cuba y Argentina. En pequeño, anticipábamos de esta suerte la era de cooperación de todas las clases dentro de cada país y de todos los países dentro del continente hispánico. Y no fueron vanas, según se verá en el curso del presente relato, las promesas de auxilio mutuo y de cooperación en la tarea racial que se adelantaron el día de mi recepción. El doctor Carlos Leyva, que en los días de su destierro en San Francisco había sido socio fundador, telegrafió desde Washington, en donde a la sazón representaba a su Gobierno, su voto favorable a mi admisión.

El general Obarrio, allí presente, me había de servir más tarde de introductor en la hospitalaria nación panameña. Su hermano, el doctor Obarrio, dijo en broma a los postres, con respecto a la empresa que iniciábamos en México: «Vaya usted confiado, siga adelante, que nosotros lo acompañamos, pero desde aquí, con buenos deseos; ya verá usted a la hora de la prueba lo poco que valen simples promesas», etc., etc. Reímos y comentamos el pro y el contra de las adhesiones y

la amistad; pero el doctor Urrea no se dejaba desanimar y vaticinaba: «Ya verá usted qué estado viril es Sinaloa; siempre con las buenas causas. Usted se va a conquistar Sinaloa. Y aunque sea desde aquí podremos ayudarlo.»

Dos o tres días pasé en San Francisco, acompañado siempre del buen doctor Urrea. No salíamos del barrio mexicano, un barrio mezquino y, peor aún, ni siquiera autónomo, subordinado políticamente a los italianos, que lo tienen de arrabal. En todas partes, los nuestros en lo más bajo de la escala. Muchas veces había dicho: «Si no sabemos darnos garantías y educación en nuestra patria, ¿cómo vamos a esperar que en el extranjero se nos trate como civilizados?»

¿Estaríamos en vísperas de una era reconstructiva? De un extremo a otro de Estados Unidos, de Chicago a Texas y de Texas a California, soplaban hálitos de esperanza, cundían exigencias de redención. Espontáneamente se creaban clubes destinados al fomento de la lucha cívica que culminaría con mi candidatura. Entre los repatriados se creyó que había llegado el momento del retorno a la patria, pero no para someterse a los mismos que les habían matado al hermano, perseguido y vejado en persona, sino a fin de imponer, entre todos, un orden favorable a la cultura y a la libertad. Y se les aconsejaba: «Escriban a sus familiares y a sus amigos que residan en México, díganles que trabajen por la justicia mientras ustedes regresan.» Y cumplieron. Y se alzó clamor nacional de tal magnitud que, a no aplastarlo las balas del ejército, acaso ya no quedaran colonias de mexicanos en Estados Unidos; la patria se habría regenerado. Muchos compatriotas de la emigración se habrían repatriado con capitales propios. Perdida la batalla patriótica, desistieron, pues ¿cómo iban a llegar con dinero allí donde seguían mandando los impostores, los despojadores disfrazados de

revolucionarios?

Por la unión nacional

En Los Ángeles —la más populosa ciudad mexicana después de México la llamaban entonces, gracias a sus doscientos mil compatriotas arrumbados en un extenso arrabal miserable— brotaron los clubes destinados al sostén de mi candidatura. Las logias de la Alianza Hispanoamericana, capitaneadas fervorosamente por don Brígido Caro, empezaron a congregar millares de compatriotas; organizaron bailes y actos de propaganda extraordinariamente lucidos. Hubo domingo en que tuve que asistir a una recepción por la tarde y otra por la noche, todas animadas de muchachas bonitas y confeti, músicas y cantos, aclamaciones y discursos. Refugiados políticos de todos los bandos ofrendaban su ayuda desinteresada para la empresa que prometía congregar a los mexicanos bajo una bandera de trabajo y de cultura. Conversé con el general Enrique Estrada. La dura prueba de su prisión por haberse enfrentado al callismo le había aumentado la fuerza moral; el estudio le había redondeado el carácter. Con desinterés afilió a nuestro bando a todos sus amigos. Roque, su hermano, viejo maderista y escritor, proclamó desde La Habana que había llegado el momento de la unión nacional. Rápidamente se unificaban los buenos de la revolución y frente a nosotros iban quedando los pícaros, los asesinos, los descalificados que, según el texto de cualquier ley civilizada, merecían horca o presidio.



EL UNIVERSAL

EL GRAN DIARIO DE MEXICO

ASESINATO DEL SEÑOR
NERAL ALVARO OBREGON

...ública ha Perdido a su más Alto
...ntativo, Dice el General Calles

GRAL. ALVARO OBREGON

Como y por Quien
fue Cometido est...
Crimen Tre...

...nsación en
...ngton la
...oticia

General Álvaro Obregón, presidente de México de 1920 a 1924

Una sociedad de ritos burlescos, pero nutrida de gente buena, creada no sé si por Nicolás Rodríguez, el de Chihuahua, me dio una cena muy concurrida. En ella se afirmó la adhesión de todos sus miembros, en su mayoría oficiales retirados, desterrados tras de la derrota en las luchas de facción. Se hacían llamar Águilas Negras, o cosa parecida, y prometían concurso utilísimo para una lucha que en seguida se equiparó al movimiento de Madero contra el porfirismo. Un nuevo esfuerzo nacional debería librarnos de los pretorianos, que habían usurpado, corrompido,

defraudado las esencias mismas de la originaria revolución.

De Los Ángeles salí despedido por millares de compatriotas; algunos entraron más tarde a México para tomar parte en la campaña política; otros, asociados a don Brígido Caro y a los comerciantes hermanos Mayo y al señor Baca, mantuvieron salas de conferencias y clubes repartidos por California.

En Colton era tan crecido el número de mexicanos que se acercaron a la estación para expresar sus votos en favor de nuestro éxito, que la empresa accedió a parar el tren diez minutos a fin de dar tiempo a los discursos y a los saludos. En Tucson me detuvieron para hablarle a la colonia mexicana en un teatro espacioso, y hubo números de concierto y disertaciones entusiastas. Según me retiraba de allí al término del acto, una dama vestida de negro, blanca y dulce, apostrofó: «¡Vaya con Dios y no desmaye; está con usted el país; hay que salvar a México!»

Sobre la situación general en aquellos momentos, transcribo a continuación el escrito de la gran mujer a quien está dedicado este volumen y que en el curso de nuestro relato será designada únicamente con el nombre literario y familiar de Valeria.

MÉXICO EN 1928

Eh! n'en ai-je pas vu tomber deux tyrans? Je verrai la chute du troisième; elle sera la plus prompte et la plus honteuse.

Prométhée. ESCHYLE.

Naus allions au devant d'une défaite inmédiate, préparant avec assurance notre victorie idéologique dans un plus lointain avenir.

MA VIE. L. TROTSKY.

El año de 1928 había comenzado. En la límpida meseta mexicana, cuya transparencia ha cantado el poeta, el eco de los acontecimientos políticos se apagaba en la insensibilidad, negligencia y desencanto a la vez de la gran *mayoría.* Tanto intento de revolución frustrada, tanto seudorrevolucionario entronizado había hecho perder el hilo de la esperanza; la confusión reinaba, traduciéndose en la decepción de la gente de buena fe, en el recrudecimiento de hostilidad de los

conservadores que sufrían persecución, en la docilidad ejemplar de los radicales satisfechos del gobierno «callista» que estaba adoptando las medidas necesarias para instalar una dictadura pretoriana.

Plutarco Elías Calles había surgido en el horizonte político como un oscuro protegido de Obregón, núcleo hermético. En 1920 caía el presidente Venustiano Carranza, culpable, como otras tantas primeras figuras de la revolución de 1910, de haberla traicionado, desvirtuándola. Álvaro Obregón, el caudillo triunfante, nombró a Adolfo de la Huerta jefe del gobierno provisional, mientras que él asumía el mando un medio año después. Un cuatrienio más tarde, en el momento de abandonar el poder, imponía el vencedor de Pancho Villa, como sucesor inmediato, a Calles, su Ministro de Gobernación.

En 1928, el presidente impuesto a la República Mexicana estaba por terminar su periodo. El balance general de su gestión era, a grandes rasgos, el siguiente: dos asonadas militares ahogadas en sangre y una rebelión persistente, la católica, que desgarraba y anemiaba al país. Fruto de la aplicación de leyes arbitrarias, la persecución sistemática a los católicos, provocada por una reglamentación absurda, había lanzado al despeñadero de la revuelta a millares de mexicanos en la defensa de la libertad de creencias. La nación, atormentada, empobrecida, estaba dispuesta a aceptar, a cambio de su tranquilidad, el yugo que fuera menester.

Cuando el general Obregón entregó a su continuador la presidencia, conocíalo perverso, pero lo hizo con el propósito deliberado de asegurar su propia reelección. Hombres sin principios, levantados en la cresta del movimiento profundo de un pueblo que busca su camino, mareados por el mando supremo, no tienen más preocupación que afianzar el mal habido bien, rematando, uno a uno, los postulados revolucionarios de la masa cuya fuerza les hizo ascender: *basura* que el viento levantó. El general mexicano, verdadero tipo de jefe de banda, acostumbró hacerse de fondos con el sistema de préstamos forzosos con que estrangulaba las ciudades ocupadas. Siguiendo esa extraña usanza, siendo jefe de Estado, el señor Obregón había transferido su campo de operaciones a las instituciones bancarias. Su deuda con el Agrícola y Nacional de México ascendía a varios millones de pesos. Ese dinero, que fue votado, o por lo menos así se dijo, con objeto de aliviar la situación dificilísima del país arruinado, apenas *le había permitido representar el papel de pequeño millonario* entre las grandes fortunas de Los Ángeles (California). Tragicomedia mexicana. La deuda del presidente, contraída en el secreto de los poderes especiales, hace imperativo el continuismo. La misión de Calles consistía, ya lo hemos dicho, en responder a título de gran fiador oficial de una reelección vedada por la Constitución. En efecto, el artículo 83 encerraba este anhelo clarividente del pueblo que fue a la lucha en 1910: la renovación periódica del cuerpo directivo de la nación, el principio de la «no reelección», a un tiempo lema de combate y adquisición sangrienta. Para que Obregón ascendiera nuevamente al puesto que aspiraba era preciso tachar la Constitución. Calles estaba para eso; para legalizar la tachada. A una seña suya, la gangrena viva que son los diputados se apresuró, con una genuflexión, a satisfacer el mandato del amo. Y el país, confuso, desorientado por la sucesión de brotes

rebeldes sin bandera revolucionaria, agotado por el conflicto religioso, lastimosamente hastiado por tan larga vigilia, anhelando tan sólo paz para poder vivir, vio perderse el voto que había conquistado para poner coto al entronizamiento de castas predominantes, la «no reelección». Y es que ante el régimen callista que había provocado la persecución religiosa, intensificando la emigración a Estados Unidos del Norte,[1] entregado la educación pública en manos de protestantes extranjerizantes, el futuro régimen obregonista resultaba promesa de alivio.

La situación imperante en México era de confusión. País que al romper los viejos moldes, sin tener aún los nuevos en que verter su contenido vital, parece haberse contentado con regar sus propias entrañas por la tierra, girando, como ciega mula de noria, en un círculo vicioso. Esa perturbación es la que ha hecho posible que se burle sistemáticamente el derecho, se pisotee la ley, se disfrace el bandido de socialista o estadista, careta con la cual sale al exterior. Así, bajo el peso de idéntica persecución, un instante se llegaron a sentir hermanos el liberal y el conservador; *confusión*, elemento ambiente en 1928. Y subrayándolo todo con una mortecina línea opaca, el desencanto de la masa traicionada.

La farsa de las elecciones democráticas es, en el mundo entero, demasiado conocida para que precise insistir. México da en América la nota sangrienta y, en semejantes ocasiones, no desmerece. Acababa de ocurrir el asesinato de los contrincantes del candidato oficial: Francisco Serrano y Arnulfo R. Gómez. Una de tantas páginas bochornosas de la historia de un país lamentable. Aterrorizada, la gente veía el desfile desvergonzado del superviviente, quien con el fausto de un cortejo real hacía una gira de propaganda «democrática» sufragada con el dinero de las arcas públicas, pantomima que los pretorianos se creen obligados a representar. Los parásitos en torno del futuro magistrado cantaban ya el *Hosanna*; la dictadura despuntaba bien enclavada; todos, ya por una, ya por otra razón, contaban con futuros años de quietud servil. Los católicos, por estar en tratos con el candidato preelecto para el arreglo del conflicto religioso; el capital extranjero, por tenerle bien cogido en sus mallas; sus partidarios, por las canonjías; el pueblo, por su gran fatiga, esperaba una era de abundancia. Los únicos que con ese arreglo nada tenían que ganar y sí todo que perder eran Plutarco Calles y los suyos.

José de León Toral

Qu'ai-je à redouter? Le destin m'a fait immortel.

Prométhée. Eschyle.

De pronto, una noticia arremolinó a la gente. Obregón, el presidente electo, acababa de morir. Estamos en el 17 de julio de 1928. Quién no creía en la veracidad de la nueva porque realizaba los votos de su corazón; quién, porque destruía sus más caras esperanzas. Instantáneamente se alteraron los valores políticos. Los satélites del muerto perdieron el equilibrio.

José de León Toral, el hombre que cortó la vida del futuro dictador en el preciso instante en que todo estaba listo para su advenimiento, merece un estudio aparte que desgraciadamente no cabe en el esquema de este libro. Su talla moral es rara

en América, donde hay pocas convicciones y abundan los arraigos en la tibia neutralidad o las conveniencias directas. Católico fervoroso, obró como nihilista de principios de siglo. Místico de una sola pieza, mató movido por el amor que las dolencias del pueblo despertaron en él; buscaba un atajo que llevara rápidamente al arreglo del lacerante conflicto religioso; quería mover a compunción a los poderosos del momento, hiriendo como un rayo de justicia divina. Entregó su vida a cambio de la que quitaba, convencido de que la firmeza que impidió a su mano temblar venía de Dios. De la confusión del ambiente saltó él a la conclusión, demasiado sencilla para ser justa: que bastaría que rodaran unas cuantas de las testas de los hombres que a porfía atormentaban al pueblo para que éste, sin más ayuda, diera con el camino recto, olvidando que las cabezas de la hidra renacían incesantes en tanto Hércules no hubo aplastado la última. Tal es el desorden de valores reinante que hace que, por el acto, los mejores se asemejen a los criminales, desprendiéndose tan poderosa sugestión que los capaces de abnegación prefieran el sacrificio de sí mismos a seguir sufriendo el tormento de una situación bochornosa. El acto de Toral fue de místico, no de político.[2] Los católicos lo aclamaron; los satélites del muerto desenterraron las viejas prácticas de la Inquisición para someter al tormento al matador del ídolo. Calles siguió dueño del poder y el país tendió el oído para percibir quién sabe qué vibración ignota que en el aire principiaba a modular distinta tonalidad espiritual…



«José de León Toral, el hombre que cortó la vida del futuro dictador»

México es tierra de abortos donde el libertador se llama, casi invariablemente: Iturbide, Santa Anna, Obregón. Caudillos traidores a la masa que los encumbra, ribeteadas figuras de opereta si tras ellos no se alzara, trágico, el pueblo; el miserable pueblo hambriento, sin cesar vendido, atado a la columna desde la cual, en tanto recibe los azotes, se oye llamar «libre» y «soberano».

Al caer el caudillo de la hora, herido por el rayo justiciero, la pregunta en todos los labios era: «¿Quién le sucederá?»

Interesaba profundamente a los obregonistas que no fuera Calles, por la razón evidente que, de serlo, ellos no participarían del poder. Esta facción, como casi todas las que cruzan el horizonte en nuestros pueblos, no estaba cimentada por ideas en común, sino por un denominador, la simpatía y adhesión personal al jefe; de ahí que entre nosotros jueguen papel preponderante las personalidades, no los partidos, prácticamente inexistentes. En coro, pero *sotto voce*, lo acusaron de ser el instigador del reciente asesinato, porque, políticamente, era el único ganancioso. En respuesta, Calles simuló entregarles la investigación del crimen; puso la Inspección General de Policía en sus manos y les dejó hacer lo que quisieron con Toral. El Tribunal del Santo Oficio de los siglos XVI y XVII nada habría tenido que reprocharle a los obregonistas: sus métodos fueron rigurosamente idénticos.

Ved en la prensa diaria de la capital mexicana, *El Universal* y el *Excélsior*, de noviembre y diciembre de 1928, el juicio de Toral. Versión taquigráfica. Allí se adivinan complicidades tan notorias, que el proceso se interrumpió con el asalto de los callistas al local del jurado. Los obregonistas se desahogaron implicando en el crimen a una veintena de inocentes y condenando a una mujer, la madre Concepción, a veinte años de prisión en la Guayana de México. Pero no conformes ante la evidencia de una culpabilidad que no podían castigar, amenazaron a Calles sordamente, interponiendo una prohibición: había de abandonar el puesto supremo. Los obregonistas constaban con una treintena de generales con mando de tropa, casi todos los jefes de las divisiones del Norte, y el desagrado de esos militares podía ser decisivo. El presidente contemporizó. Había que hacer que las Cámaras eligieran gobernante provisional para que éste convocase a nueva justa electoral. Sólo esto explica que Calles no conservase el poder directamente, pero logró conservarlo por interpósita persona, mediante el nombramiento de Portes Gil y el mando de las tropas confiado a Amaro.



Plutarco Elías Calles: … «llegaron a discernir a Calles el título

de “ambicioso de gloria”»…

Emilio Portes Gil, abogado sin más relieve que el que su falta de probidad le presta,[3] quien en época lejana había sido huertista, es decir, de la facción que asesinó al apóstol Madero haciendo naufragar la revolución, fue el escogido por el presidente saliente para regir los destinos de la nación en momentos de transición crítica. Hombre de pasado dudoso, ávido de ganancia, cubrió mal, bajo el antifaz comunista, su infinita impreparación y su máximo servilismo.

El primero de septiembre de 1928, cuando la apertura anual de las Cámaras, es costumbre que el primer magistrado rinda el informe del año administrativo de su gobierno. Ese día, Calles leyó, en vez de la exposición habitual, un documento que él llamó «testamento político» y que quedará en definitiva en la historia mexicana por entrañar el reto a la dignidad nacional, reto que determinó el regreso de José Vasconcelos para participar en la política activa del país.

En esencia, éstas fueron las palabras del jefe de Estado:

«Obregón ha muerto. Esto, en un país como el nuestro, *antes* hubiera significado “muerto el rey, viva el rey”. Inversamente, desaparecido el hombre fuerte del momento, hubiera quedado yo, quien tiene las riendas del poder. Pero esto hubiese sido *antes; ahora*, no. A pesar de la insistencia con que muchos me han hablado, unos sugiriendo, otros haciendo presión en vista de las circunstancias difíciles para que retenga el poder, otra es mi íntima convicción. Creo firmemente que México ha dejado de ser un país de caudillismo para entrar francamente en la era de las instituciones, por lo cual expresamente renuncio al poder, prometo dedicarme a la vida privada, para así no influenciar ni a los unos ni a los otros, y dejar al país en libertad absoluta para que elija de aquí a un año al ciudadano que mejor le parezca. Doy mi palabra de no volver a participar en la política activa y de que el gobierno del Lic. Portes Gil dará toda clase de facilidades y garantías para que las próximas elecciones se hagan con apego absoluto a la ley, respetando escrupulosamente la voluntad popular.»[4]

Es interesante analizar este documento a la luz de acontecimientos posteriores, pues da la clave de la política interna; pero es igualmente instructivo acercarse a él directamente, aun ignorando lo que entrañaba, porque despide un olorcillo peculiar de allende el Bravo. Esta frase: «El país ha entrado en la era de las instituciones», recuerda extrañamente el lenguaje demagógico norteamericano, donde la democracia ha alcanzado suavidades por nosotros insospechadas. Y cuando se recuerda el evidente beneplácito con que el embajador norteamericano, Mr. Dwight W. Morrow, en el propio recinto de la Cámara de Diputados de México y ante la concurrencia asombrada, aplaudió al orador después de la lectura, se impone la imagen del maestro que subraya la buena dicción del educando. El público, al conocer el contenido del testamento, insólito en nuestros anales y tan ajeno al verdadero sentir antes del 1.º de septiembre de 1928 como después, dudaba haber oído bien. Hubo estupor. Las opiniones se dividieron. Los de buena fe, su generosidad sorprendida, llegaron a discernir a Calles el título de «ambicioso de gloria»; otros se reservaron, los prudentes, a juzgarlo a la luz de acontecimientos posteriores, y los más perspicaces admiraron, desde luego, la

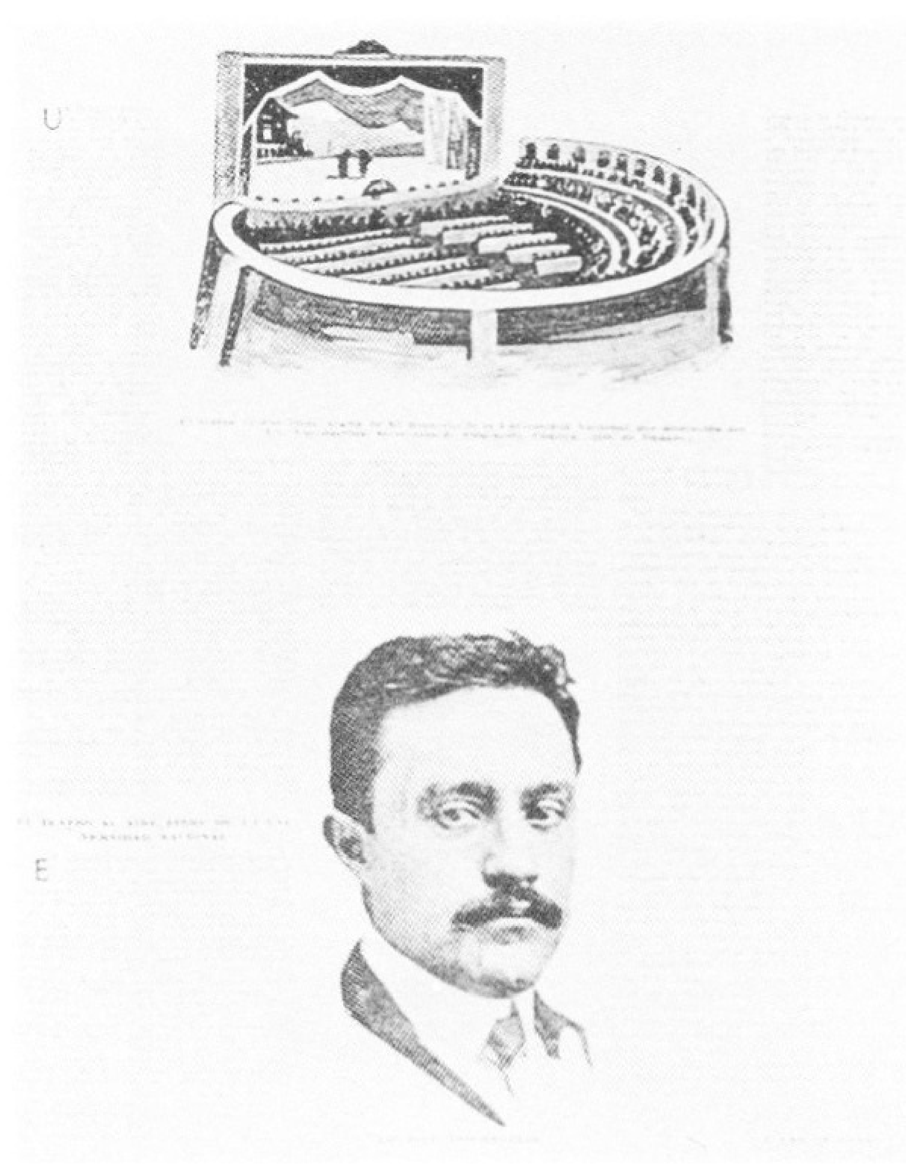
fineza política del discurso. Hechos unos escaparates de alamares de oro, la treintena de divisionarios cuya fuerza bruta podía constituir una amenaza, en primera fila de la sala habían escuchado las afirmaciones categóricas del hombre a quien deseaban ver depuesto. La rapidez mental no es atributo de nuestros generales. Oscilaban y el mandatario seguía ganando tiempo. Los representantes de la prensa extranjera, dóciles instrumentos que reciben indicaciones minuciosas día por día en los Ministerios y las ratifican con la sanción de la embajada americana, dieron la importancia deseada al desprendimiento de un gobernante que convenía hacer pasar por uno de los más grandes en América: ¡Plutarco Elías Calles había resistido victoriosamente la tentación del poder y, en obediencia a una convicción de orden moral, confiaba la elección al pueblo!

José Vasconcelos, en nombre del pueblo mexicano, acepta el reto

> *Il est aisé, du port, d'exhorter et de conseiller ceux qui sont dans la tourmente. J'avais tout prévu, je l'ai voulu. Pour secourir les mortels, je me suis perdu moi même…*
>
> Prométhée. Eschyle.

Al estupor del testamento político sucedió en breve otro: de Los Ángeles California, en donde se hallaba en ese momento, José Vasconcelos aceptaba la invitación de participar en la próxima campaña electoral. Aceptaría la candidatura que le ofrecían diversos grupos si después de pulsar la opinión pública confirmaba que la mayoría del pueblo lo reclamaba. La noticia levantó en el círculo oficial una nube de saetas burlonas. Sin dinero que gastar a manos llenas entre los partidarios de alquiler, sin influencias ocultas en Norteamérica, sin militares de alta graduación dispuestos al cuartelazo, ¿quién lo había de tomar en serio? Para entrar a la batalla política en semejantes condiciones precisaba que fuese «el loco Vasconcelos».

Hacía dos años que ocupaba la cátedra de sociología hispanoamericana, primero en la Universidad de Chicago, subsecuentemente en una de California. Con anterioridad se había sabido que el gobierno brasileño le invitaba en calidad de «Consejero de Educación». ¿Qué era lo que impulsaba a ese hombre, consagrado como educador, para abandonar el curso sereno que tenía ante sí y preferir disputar la presidencia de su patria? ¿Era ambición? ¿Era desequilibrio? Hacía cuatro años no pisaba su suelo, desterrado voluntario del país al cual su labor había dado fama continental. Desde el extranjero, Europa, Asia, América, había proseguido su labor, discutiendo en artículos, entonces publicados sin traba en los diarios tanto mexicanos como de las repúblicas del Sur, los problemas vitales de una raza y una cultura, carcomida gravemente en el interior, severamente amenazada del exterior. Ese hombre iba a comprometer en una aventura que parecía descabellada su bien asentada reputación. ¿Qué trazo profundo del espíritu seguía para echar por sobrecubierta todo lo adquirido? ¿Qué fuerza le movía?



José Vasconcelos

En el suroeste de Estados Unidos vive un huésped llegado sin invitación, un México pequeño, extraviado. Es la consecuencia de los odios políticos veinte años atizados que cargan de cerrojos la puerta de la patria única, es el resultado de una miseria cada vez mayor. Ninguna voluntad de amor ha habido para rescatar a los que desde allá, en la amargura de la tierra extraña, siguen atentos a los acontecimientos, quienes esperan, con la persistente fe de un perro maltratado y fiel, que la patria grande, madre olvidadiza y descastada, pero a la cual, no obstante, aman, vuelva a abrirles el calor de su regazo. Los desterrados fueron los

primeros en escuchar la voz de Vasconcelos, precandidato. La primera adhesión, el óbolo inicial, el destello de fe, fueron suyos. El *leit motiv* alucinante que había de ser el espejismo presente en todo espíritu mexicano, allá despuntó. Era el «si acaso triunfara», cuerpo de anhelo, certeza de redención.

> *Et comme excitant leur naatture engourdie, je leur donnai l'essor, et l'ardeur et la vie.*
>
> Prométhée. ESCHYLE.

Esencial es no perder de vista que el enemigo real de la democracia en México, aquel contra el cual se enfrentó este hombre fuerte, no fue su contrincante aparente, Pascual Ortiz Rubio, muñeco de hule inflado por el director de la política imposicionista, Plutarco Elías Calles. Ni siquiera este mismo, sino el delegado del capitalismo inmiscuido en asuntos locales: el embajador americano Dwight W. Morrow.

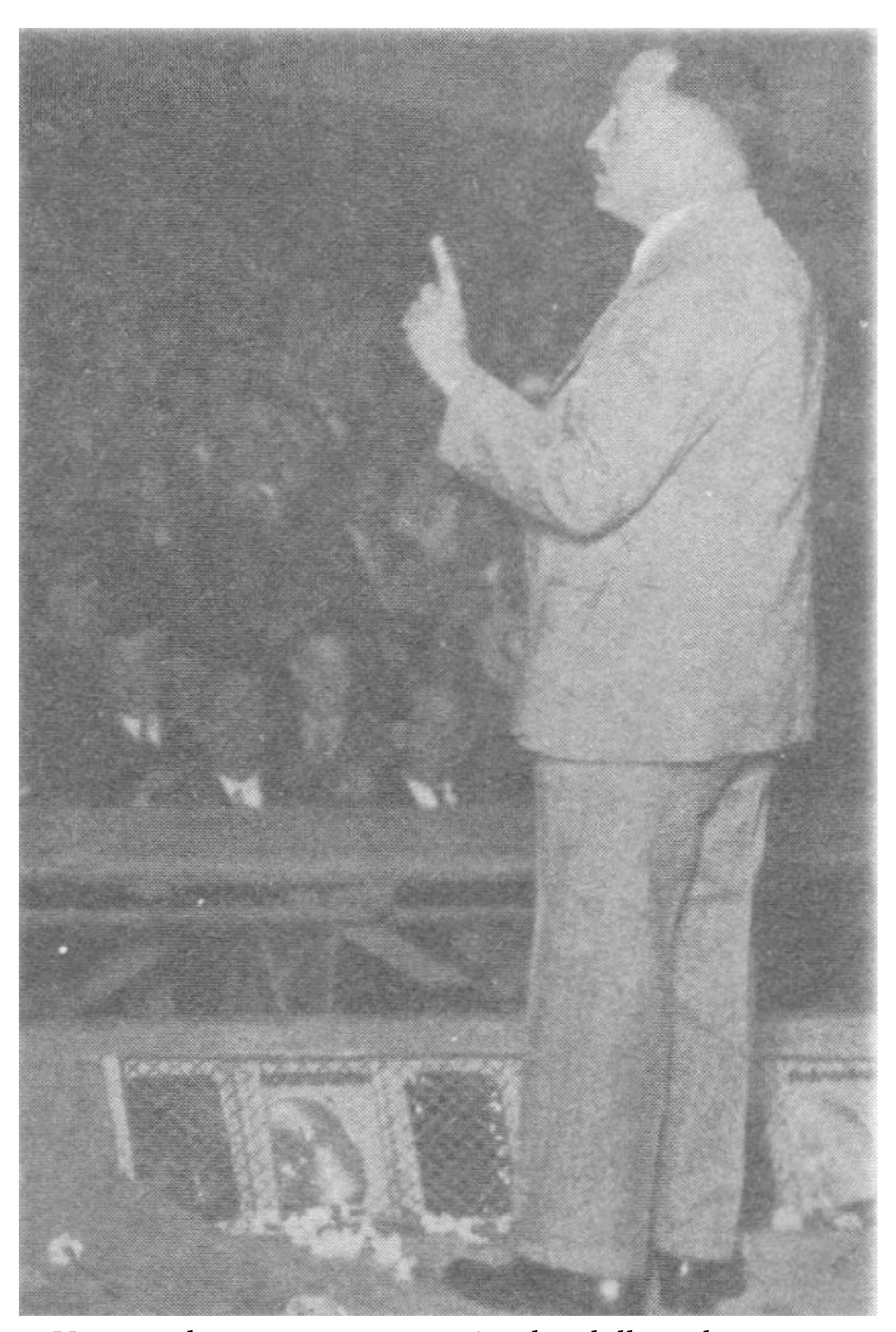
Para medirse con tan temible adversario, el futuro candidato sólo contaba con una fe inquebrantable en el pueblo mexicano y el imperativo del propio destino que cumplir. Sabía que se iba a jugar en una carta postrera la independencia de su patria y que sólo la conciencia activa del pueblo podría impedir la consumación de un atentado cuya cuidadosa preparación, en la que habían sido aprovechadas todas nuestras fallas, parecía totalmente irremediable. Ese enemigo oculto prestó su fuerza para romper en dos la voluntad del pueblo y para amordazar la prensa de dos continentes.

El propósito que guiaba los pasos de aquel hombre bajo de cuerpo, de espalda ancha, cuya amplia frente abrigaba el peso de la contienda desigual, era despertar y mantener tendida la conciencia tantas veces perezosa de nuestra raza, que sufre la amnesia de su grandeza extinta o se conforma, al recordar, con dejar que las lágrimas humedezcan los ojos, sin convertir el sentimiento en convicción, la convicción en propósito y éste en acto dinámico.

(Hasta aquí, Valeria.)

Las puertas se abrieron a la ilusión

Un oleaje humano empujó nuestros pasos a través de las garitas, fronteras una de otra, que en Nogales vigilan el tránsito internacional. Llevados casi en peso, asomamos a una plaza. Cediendo al público clamor, intento hablar, pero alguien grita: «Al teatro, al teatro.» La multitud se impone, invade la principal sala de espectáculos sin resistencia de los propietarios. Es mediodía, pero el comercio ha cerrado sus puertas; en un instante se ocupan todas las sillas, se quedan en pie otros, apretados en los pasillos; en los palcos rebosa el entusiasmo. Ante la expectación de caras desconocidas pero amables, digo unas cuantas palabras de salutación y saco mis cuartillas:



Vasconcelos en campaña: «Acudo al llamado y no me importa el carácter en que haya de figurar en definitiva

entre vosotros…»

Discurso de Nogales

Vuelvo a la patria después de uno de esos lapsos de dolorosa ausencia y me sorprende la fortuna al llegar… para revelarme la fuerza que late en el pueblo… para decirme por la voz de los compatriotas aquí reunidos y por las voces de otros muchos hermanos que es la hora del destino la que vuelve a ofrendarnos una ocasión salvadora. Y hay razón para que nos preguntemos todos afanosamente si va a pasar otra vez en balde la ocasión.

Acudo al llamado y no me importa el carácter en que haya de figurar en definitiva entre vosotros… Forzosamente he de hablar como precandidato presidencial, pero si más tarde llego al puesto más alto de la Administración, lo mismo que si ocupo el más bajo o ninguno, ciudadano siempre, hombre libre siempre, gustoso cederé las responsabilidades a quien logre juntar en el puño mayor número de voluntades ciudadanas, pero en cambio no acataré el resultado ni de la intriga, ni de la imposición, ni de la fuerza… Venimos a convocar al pueblo mexicano y es preciso definirle nuestros propósitos; excitaremos al pueblo a que vaya a votar y por lo mismo es necesario precisar qué es lo que va a imponer con su voto…

Los fariseos de la revolución, en todo el mundo, se distinguen por la complacencia y el aplauso que otorgan a las dictaduras con el pretexto de que mediante ellas se pueden implantar tales o cuales reformas, pero la práctica enseña que la dictadura corrompe aun a los mejores… Y se vuelve el predominio de una facción lo que debió ser victoria de todo un pueblo. De semejante fatal pendiente sólo puede librarnos un retorno al programa integral de la revolución.



Fundación del Partido de la Revolución en 1929

Hay que añadir, en el programa económico de distribución agraria y de reivindicación obrera, también la libertad que obtiene el castigo de los malos

funcionarios y desenmascara a los revolucionarios falsos… Se necesita que el sufragio sea efectivo, porque nadie debe remplazar el juicio del pueblo cuando se trata de elegir a los aptos…; para asegurar la efectividad del sufragio es necesario que el pueblo entero salga de su apatía y exprese su voluntad. Entendamos que sólo una leal contienda de votos podrá libertarnos de la fatalidad de nuevas contiendas armadas.

El principio glorioso de la «No reelección», consagrado con la sangre de tantos mártires, debe ser inscrito de nuevo en nuestra Carta fundamental… Un plazo irrevocablemente limitado para el mando vuelve cauto al poderoso y torna humano al gobernante. Además, junto con la no reelección, es urgente fijar las responsabilidades de ese amo absoluto que es entre nosotros el presidente… Es bochornoso que se le tolere un grado de irresponsabilidad que no tienen los reyes en los países civilizados… Urge, pues, reformar la Constitución en el sentido de que el presidente sea enjuiciable en casos como los de violación electoral manifiesta, o cuando se consumen fusilamientos, prisiones arbitrarias o expulsión de ciudadanos…

Lo que distingue la charlatanería de la reforma es que la primera no tiene sino palabras en tanto que la segunda refuerza cada palabra con la norma que la ennoblece y la consuma… No hay patriotismo sin laboriosidad, ni libertad sin responsabilidad y, por último, no es posible la vida civilizada ahí donde la usurpación y el atropello quedan impunes. No debemos prescindir del rigor de la ley para combatir el delito, pero en cambio debemos hacer derroche de tolerancia para juzgar opiniones ajenas. En otros términos, cuidaremos de otorgar impunidad a las opiniones, pero sin olvidar que, en lo que hace a los actos, no hay más recurso que el Código Penal, y hace muchos años que la pena se aplica por cuestión de opiniones, no de delitos. Tan grave estado de cosas requiere que ahora comencemos intentando una reforma en nuestra propia conciencia. *La revolución necesita, por fin, llegar a los espíritus.*

Lo primero que urge cambiar es nuestra disposición ante la vida, sustituyendo al encono con la disposición generosa. Sólo el amor entiende y por eso sólo el amor corrige. Quien no se mueve por amor verá que la misma justicia se le torna venganza. Y sólo saliendo de este círculo, el círculo del odio, solamente iniciándose una nueva disposición de concordia, podremos abordar situaciones como la religiosa, que lleva años de estar desgarrando las entrañas de la patria. Para empezar, proclamemos que el fanatismo se combate con libros, no con ametralladoras…, que toca al Estado mediar en los conflictos de todos los fanatismos en vez de abrazarse a uno de ellos. En seguida, y como condición indispensable para tratar el asunto, es necesario que recordemos, que sintamos que los católicos son nuestros hermanos y que es traición a la patria seguirlos exterminando… Determinadas taxativas recientes, como la que se refiere a la denegación del derecho de enseñanza, se explican acaso como represalia de guerra, pero no pueden perdurar en un régimen normal… Exageración que nos ha conducido al bochornoso espectáculo del privilegio que a costa del católico ha ido ganando el protestante… Y así, México se queda sin religión castiza… sucede que

entre nosotros sólo la secta extranjera puede acercarse a las almas…, porque su bandera no es la humilde tricolor, sino otra que se respalda con escuadras navales y con ejércitos.

Relacionado con la cuestión de tolerancia religiosa y la necesidad de otorgar garantías a la vida, está el problema de la emigración de nuestros compatriotas. Suman ya millones los que en los últimos años se han visto obligados a cambiar de hogar; unos, porque a semejanza de los antiguos cuáqueros se expatrían para adorar a Dios a su manera, y otros, empujados por la presión local; lo cierto es que con ello pierde la patria mexicana una verdadera selección de su propia raza… El día en que este tercio de la población mexicana que ahora padece destierro inicie su retorno, será el más feliz de nuestra historia. Pero ese día no asomará en los tiempos si antes no abolimos las carnicerías que han llegado a constituir un baldón para el nombre mismo de México.

En el orden de nuestras relaciones internacionales, la República ha sufrido penosas desgarraduras. Unas veces en virtud de fallos judiciales; otras, por causas de convenios tristemente célebres; otras, por derogación de leyes, como la del petróleo, que intentó salvaguardar nuestros intereses; lo cierto es que la mayor parte de nuestras ilusiones revolucionarias han quedado deshechas; y era natural que así ocurriese, porque un país dividido no puede hacer frente a los intereses rivales del exterior. Tampoco tenemos poder suficiente para denunciar tratados o acuerdos ya concertados. Pacto firmado es pacto irrevocable para las naciones débiles; pero si no podemos revocar esos pactos, sí podemos cumplirlos. Podemos hacernos ricos con el trabajo, la perseverancia y la economía, y ya después será fácil, en una o dos generaciones, liquidar todos estos compromisos de la discordia. Pagar a nuestros acreedores será entonces rescatar nuestra soberanía.

El hombre que animado de paz y de justicia ponga a trabajar a los mexicanos, ése será su salvador. Necesitamos ponernos a jornada doble en toda la nación, pero el trabajo requiere la tranquilidad que emana de la justicia y la libertad que garantiza la acción. Así como a la hora de las catástrofes cada uno se apresura al salvamento indispensable, de suerte igual la patria necesita ahora el concurso de todos sus hijos. Están gravemente amenazados nuestros destinos… Si el pueblo no se apresta a designar y a defender un candidato, entonces la intriga creará candidatos que, faltos de todo prestigio, procurarán imponerse con el auxilio de las finanzas internacionales. El caso de otras naciones nos enseña que un pueblo que no es capaz de hacer sus propias elecciones, tarde o temprano sufre el bochorno de que vengan a hacérselas de fuera… El peligro, el único peligro está en que el pueblo no llegue a sentir el llamado, en que el pueblo no llegue a moverse; pero yo tengo fe en el pueblo, por eso confío… Yo sé que el pueblo va a erguirse ahora para darnos un gobierno libre y mexicano, sin contaminaciones con extrañas banderías. Señores, si es verdad que la fe mueve a ejemplo, seamos los primeros en demostrar que está viva la patria y que es la voz de la patria la que va a estar hablando por nuestros labios y así será mañana la voluntad de la patria la que resuelva esta noche en alborada de gloria.

¡México, levántate!… La más grave de las amenazas de toda tu historia se urde

en estos instantes en la sombra; pero aún hay fuerza en tus hijos para la reconquista del destino. Deja que los menguados vacilen... tus hombres están ya en pie, y por el viento pasan himnos de regeneración y de victoria. ¡Adelante! ¡A la victoria!

Sentados en primera fila nos habían escuchado correctamente numerosos militares de uniforme, que no vacilaron en unir sus aplausos a los que prodigó el público en determinados pasajes de la declaración preinserta. Y no faltó quien viera en esos aplausos el cansancio de los mismos militares con la política que tan desastrosamente han impuesto a la patria. La conducta posterior de la mayoría de ellos me obliga, sin embargo, a dudar de sus motivos. Lo probable es que nos lisonjeaban, porque siendo ellos en su mayoría de la facción obregonista veían en nosotros un aliado frente al enemigo común, que era el callismo. No estarían con el civil sino hasta en tanto les sirviera para debilitar, derrocar a sus rivales de la otra rama militarista. Lo cierto es que no nos preocupó por entonces lo que pensaran. Creimos que el empuje popular los arrollaría en la nación con la misma fuerza con que allí, en el teatro, los contagiaba de júbilo cívico.

En la calma de la noche, y mientras buscábamos reposo después del ajetreo de la feliz jornada, Juanito, que con mi hijo Pepe me había acompañado desde Los Ángeles, mostrábase alborozado. Y le reproché amablemente:

—¿Qué tal si sigo su consejo y me pongo a hablar del progreso del Brasil?

En efecto, ante el ambiente de amenaza que había precedido a nuestra entrada por Sonora, mi amigo, preocupado por nuestra seguridad, había opinado que no nos presentásemos en acción política franca sin antes explorar el estado de los ánimos. Ni había faltado quien asegurase que el público mismo, habituado al terror, nos

daría la espalda en cuanto se enterase de que condenábamos la situación imperante. Contra casi todos, en Los Ángeles informé a la prensa: «Si no hallamos teatro, ni plaza, ni público que nos escuche, ante un poste de telégrafo leeré mi discurso»... El resultado obtenido no podía ser más halagador. Los corresponsales internacionales, según vimos en los diarios del día siguiente, se habían visto forzados a informar que el pueblo entero de Nogales nos había aclamado. ¿Qué dirían ahora los tímidos y los escépticos? Mi posición de candidato independiente, proclamado ya como tal por numerosos grupos en todo el país, quedaba consolidada.

El efecto que lo ocurrido en Nogales aquel memorable 10 de noviembre de 28 causó en todo el país se advierte de modo magistral en el párrafo que sigue, debido, como la cita primera, a la pluma de Valeria, la gran mexicana:

¡Cuán hondo resonó en el corazón mexicano, hastiado de sus propios odios, la nota de amor que ligaba todas las palabras cuyo fruto había de ser la concordia y el aprovechamiento de las fuerzas vivas! Casi estamos tentados a decir que es preciso haber nacido en aquella tierra desventurada para saber hasta qué punto eran apremiantes cada una de las reformas indicadas. Por eso fue que la resignación sin aliento que había aceptado la reelección de Álvaro Obregón pocos meses antes, al entrar en contacto con la misión enérgica, se transformó en una dinámica espiritual que elevó el fenómeno colectivo a categoría de hecho trascendente. México, al sentir su redención posible al alcance de su mano, se entregó al hombre que, implacable y clarividente, puso su empeño en señalar la labor inmediata, ofreciendo como única recompensa, en caso de triunfo, uncir a la nación al trabajo purificador, encerrándola en una jornada doble para saldar el pasado desastroso y preparar en seguida, y consumar luego, a marchas forzadas, la reconquista de la independencia.

Con la exaltada compunción del ciego que comienza a percibir bajo la luz matinal el contorno de las cosas, el país se fundió en la conciencia viril que cada día con mayor precisión había de marcar, en todo el año de 1929, la pulsación de una voluntad renovadora. Cuando se trató de crear una patria, una, nadie, excepto los sordos y ciegos, los vendidos previamente al enemigo de la raza; nadie, repetimos, nadie se rehusó, se abstuvo. Por primera vez en la historia de la patria, México, unificado, tuvo una sola fe, un solo blanco, y para alcanzarlo acorde, el pueblo se puso en tensión. El manifiesto de Nogales milagrosamente había ligado

las voluntades dispersas. Los doce meses que siguieron marcan el vía crucis. *Animus meminisse horret.*

Mucho contribuyó al éxito inmediato la reacción provocada entre los sonorenses por las versiones que circularon en el sentido de que sería apaleado, echado fuera del estado a causa de mis ataques al obregonismo, y porque Sonora era considerado el feudo de los hombres del poder, Calles y sus amigos, Obregón y los suyos. Callistas no encontramos en el estado, pero los obregonistas que estaban todavía en el poder, distanciados de Calles, se mostraron imparciales. Y entre los hombres independientes del estado hubo empeño de mostrar cordialidad y de dar un mentís a los que suponían que no era posible hablar libremente en su tierra.

Se me adelantó en Los Ángeles un partidario que, por la tarde, sin más preámbulo, me invitó a que visitara las oficinas que acababa de instalar en un departamento del mismo hotel en que nos hospedábamos. Hallé una media docena de máquinas de escribir y tres o cuatro empleados en plena actividad de oficios y papeleo.

—¿Y quién va a pagar todo esto? —pregunté a mi improvisado secretario, un ex coronel que decía haber acompañado al general Flores en su campaña presidencial, sujeto alto y fornido, que quizá obraba de buena fe.

Alegó que lo habían comisionado los Águilas Negras, de Los Ángeles, para escoltarme. Tuve que licenciarlo con todo su personal costoso, porque comprobé que se había dedicado a hacer colecta, a mi nombre, en la plaza de Nogales, sin pedirme siquiera la necesaria autorización.

Ayudado de Juanita estuve atendiendo a los visitantes, en general personas aptas y bien intencionadas, movidas del más completo desinterés. El periodista local, señor Siqueiros, había sido designado jefe de mi naciente partido en la

ciudad. Para cubrir los primeros gastos dimos una conferencia de paga en que se revelaron oradores jóvenes como García Rodríguez. Las entradas, de más de cuatrocientos pesos, sirvieron para pagar los dispendios de la recepción y dos o tres días de hotel. Al cruzar la frontera traía por todo capital unos cuarenta dólares que no fue necesario usar. Entre las adhesiones que llegaban, una causó cierto regocijo. Era de Herminio Ahumada, el estudiante y deportista que encabezaba un grupo independiente de la capital, y a fuer de sonorense, me decía: «Cuente con Sonora, que lo espera con los brazos abiertos.» El bravo muchacho había puesto este mensaje para contribuir a la destrucción del infundio de que todo Sonora era gobiernista y nos repudiaría, pero resultaba un tanto irónico que nos ofreciera el pan y la sal de la hospitalidad un estudiante que en su patria chica era casi un proscrito porque había roto con el callismo y el obregonismo.

Pronto vimos, sin embargo, que no había sido impulso juvenil sin fundamento el telegrama de Herminio, sino intuición certera. Su padre, don Herminio Ahumada *senior*, a la sazón presidente de la Cámara de Comercio de Nogales, se me presentó para invitarme a cenar y para hacer buena, hasta donde él pudiese, la invitación de su hijo. Un sinnúmero de personas distinguidas hizo lo propio. El pueblo de Nogales, sin distinción de clases, los cargadores de la Aduana, los choferes, los comerciantes en pequeño, la población entera patrocinó nuestros mítines; se inscribió, en gran proporción, en el club que en seguida crearon Juanito y sus amigos locales, como Roberto Piña y Leoncio Pérez, el mismo Siqueiros, Íñigo, Zeferino Rodríguez, y no sé quiénes más. Por el nombre raro recuerdo al notario del lugar, Espersgencio Montijo, más que maduro de años, blanco de tez, bigotudo y despreocupado. Subió a mi cuarto, mandó

traer cervezas, tomó y pagó, conversando. En su automóvil hicimos el viaje hasta Magdalena, límite por entonces de la carretera.

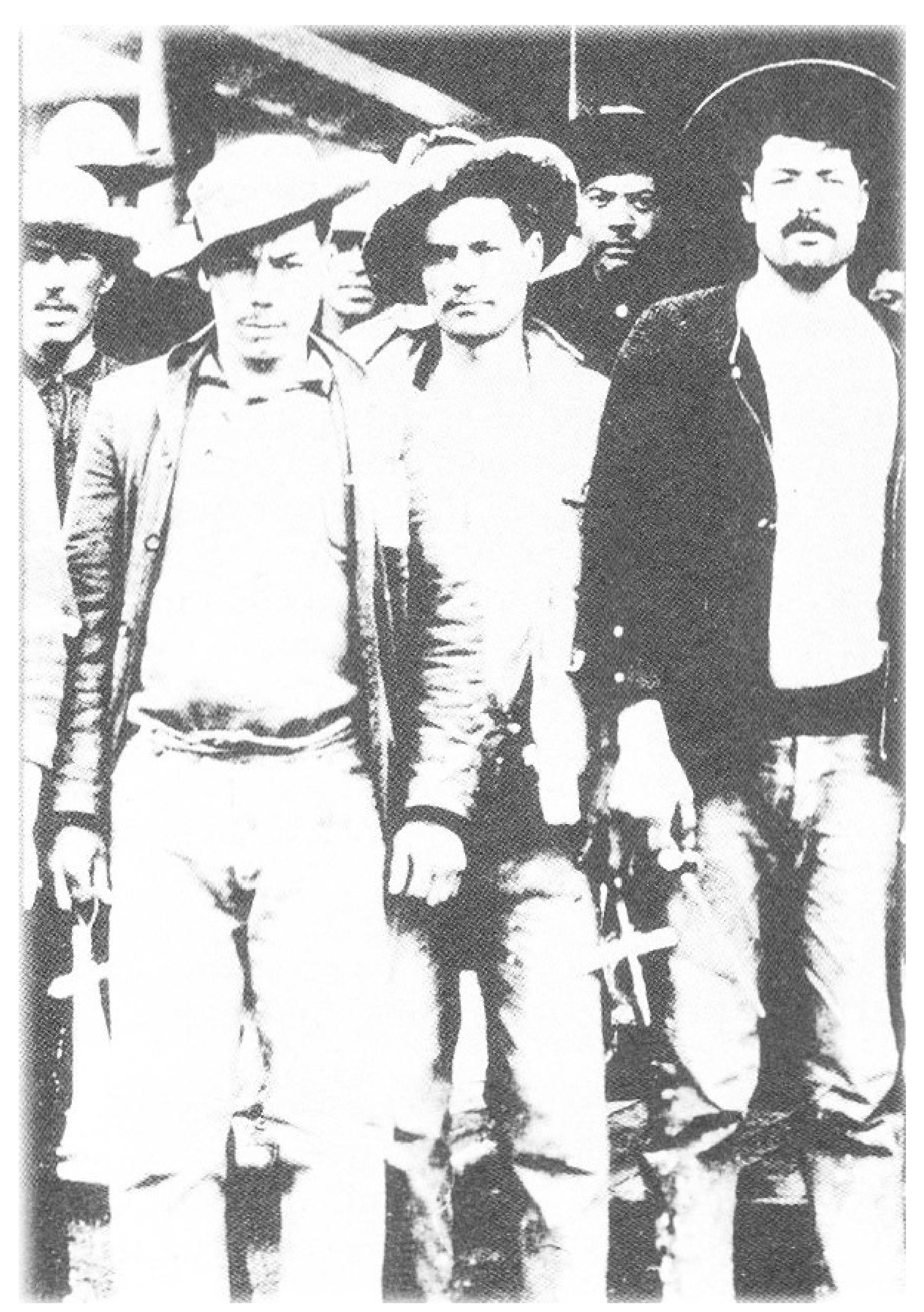
—Yo le ayudo con mis amigos —expresó el notario—, a condición de que durante su gira por Sonora no ataque la memoria del general Obregón. Esto, además, le producirá muchos amigos —añadió, y acepté.

—No puedo retractarme —le dije— de los cargos justos que hice al Obregón que impuso a Calles y luego se hizo candidato reeleccionista y anticonstitucional, pero declararemos una tregua mientras dure la elección.

El general Topete, gobernador obregonista, deponiendo rivalidades de facción, me había mandado ofrecer garantías en su estado. Y así comenzó, en luna de miel democrática, nuestra campaña política sonorense. Al mismo Calles no lo atacábamos, porque en sus declaraciones oficiales había prometido retirarse de la política y respetar el resultado del voto, fuese el que fuese.

En Cananea

Al mismo gobierno le interesaba, según se advertía, la simulación del ejercicio democrático para mejor consolidar sus planes del futuro; así es que con ánimo confiado partimos para Cananea, el importante mineral que dio tantos revolucionarios de acción al maderismo. En anticipación a nuestra llegada, los ingenieros mexicanos de la empresa, entre los cuales se hallaba mi antiguo condiscípulo y excelente varón, de Hoyos, y diversos líderes obreros, como Izaguirre, y pequeños comerciantes de la localidad, crearon el club político que había de encargarse de nuestra recepción y de los trabajos posteriores, tales como registro de socios, cobro de cuotas y preparación electoral. «Aquí no tienes rival», me dijo de Hoyos. «Aquí no entra la imposición», afirmaban otros. Y fue de simple organización el trabajo que realizaron nuestros amigos. Sin embargo, las autoridades no estaban dormidas, según lo demuestra el relato que inserto de mi amigo Juan Ruiz:



Mineros de Cananea: «Después de dos o tres días de visitas y discursos dejamos Cananea, convencidos de que era aquél un baluarte»...

> Afirmada la situación en Nogales, donde el elemento popular se adelantó a sumarse a nuestra causa, me dirigí a Cananea. Con obreros quedó organizado el comité. Al llegar Vasconcelos, hubo un mitin en el teatro y otro al aire libre. Las señoras de Cananea organizaron una Alianza y dieron un baile al cual asistimos. Discutía Méndez Rivas la conveniencia de sacar a bailar a las damas cuando ellas se adelantaron, nos invitaron a danzar. En general, fue entusiasta la acogida que nos brindara la mujer sonorense. De la fiesta salimos complacidos, pero según Vasconcelos y Méndez Rivas se adelantaron con el ingeniero De Hoyos y el doctor Brid y líderes obreros, un tipo patibulario, agente del gobierno del estado, me puso enfrente la pistola, diciendo: «Ustedes son unos reaccionarios desgraciados.» Al ver esto, un muchacho Marcor, sobrino de don Adrián, les gritó a los mineros, que resueltamente se echaron encima del bruto, lo hicieron a un lado, amenazándolo con sus puñales. En seguida me escoltaron al hotel. Otra noche, esbirros del gobierno me asaltaron en el hotel, registraron mis ropas y papeles; por fin se largaron después de insultarme. Al referirles a los amigos todo esto al día siguiente, el doctor Brid, médico de la localidad, nos alojó en el Hospital de la Compañía como huéspedes suyos. Yo exigía a todos que instaláramos partidos vasconcelistas. Algunas personas nos aconsejaban que no nos detuviéramos en Hermosillo, que suponían era la Meca del callismo; Vasconcelos alegó que no era posible saltar la capital del estado. Me adelanté entonces, primero a Magdalena, después a Hermosillo.

Después de dos o tres días de visitas y discursos dejamos Cananea, convencidos de que era aquél un baluarte, un refugio a la hora de la prueba, así tuviese ella que ser sangrienta. Pasó lo que en Nogales. Las clases todas de la población se afiliaron al club vasconcelista, salvo los que permanecían indiferentes o tenían empleo público, pero nunca lograron los contrarios un club, un registro de partidarios, ni se atrevió a presentarse por allí el candidato gubernamental. Había en perspectiva un candidato sonorense: el licenciado Gilberto Valenzuela, apoyado por los obregonistas disidentes del callismo. Había sido Valenzuela ministro y sostenedor de Calles, y en sitios obreros como Cananea, Calles siempre fue odiado. En Hermosillo, Valenzuela había sido magistrado; el propio Calles lo había perseguido en ese cargo, aunque más tarde lo llevó a su confianza. De todos modos, contaba con amigos

en su estado nativo, donde se conocían su honradez personal y su capacidad.

Y no habíamos salido del estado cuando uno de nuestros amigos, un líder ferrocarrilero, definió la situación de este modo: «Por ahora, Sonora está con Vasconcelos; dentro de cuatro años esperamos que Vasconcelos esté con Sonora», significando con esto que la candidatura de Valenzuela, por lo que hacía a Sonora, quedaba aplazada, no repudiada.

Magdalena

En poblaciones como Nogales y Cananea, inmediatas a la línea divisoria, el ambiente de terror no era ostensible. En Magdalena, situada sesenta kilómetros al interior, las cosas cambiaban. Una plaza, buena iglesia, el indispensable cuartel sobreponiéndose al municipio, y largas calles de construcción colonial pobre, pero no desprovista de encanto. En los vecinos se descubría esa cautela nacional, esa vaga desconfianza que engendran las tiranías prolongadas. Cualquier censura al régimen, trasmitida por soplones oficiosos al jefe de las armas, al comisario de policía, dejaba catalogado al imprudente con los reaccionarios y, por tanto, a merced de las venganzas del teniente o del polizonte. En el único hotel regularmente montado, un teniente coronel se hacía servir de numerosos asistentes; rodeado de su familia, usurpaba la cabecera de la mesa. La esposa, a su lado, no pronunciaba palabra, y los huéspedes, intimidados, también ensayaban sonrisas cada vez que el héroe glorioso se dignaba soltar algún araste burdo, algún lugar común pomposo. ¡Desventuradas poblaciones! Nunca pasan de treinta o cuarenta los de la guarnición, ni son más de veinte los policías mal armados y, sin embargo, el vecindario sin armas soporta humillaciones cotidianas. Allí mismo me llevaron a la tumba de un periodista, buen revolucionario por cierto, pero de facción vencida; lo habían asesinado meses antes por orden superior. Y le hicieron sus paisanos funerales suntuosos, pero la familia se quedó clamando

justicia. Los asesinos, incorporados a la casta de los *intocables*, se pavoneaban, amenazando con nueva ejemplaridad al que tornase a perturbar el orden. Y lo peor es que cuando ha habido poblaciones que repiten lo de Fuenteovejuna y acaban con la guarnición —el caso se ha dado una o dos veces en Tabasco—, el resto del país grita, pero no se mueve en defensa de los vecinos y en solidaridad con su justicia. Los del mando se dan tiempo para organizar punitivas que, a mansalva, llegan y exterminan el poblado entero. Uno tras otro, también los vecinos que demuestran un poco de entereza son perseguidos, desterrados, acribillados.



Aarón Sáenz, gobernador de Nuevo León de 1927 a 1930

El primer grito adverso lo escuché mientras paseaba por la plaza de Magdalena, acompañado de don Serapio Dávila. El grito partió de una ventana de la cárcel que mira al jardín público. Procedía, según me dijo mi acompañante, de un reo de asesinato, recién capturado. «¡Viva Sáenz!», gritó dos o tres veces, a cada vuelta que dábamos por el cuadro del

jardín. Todo el vecindario nos había manifestado simpatía, pero había un augurio nefasto en el grito de aquel beodo culpable, a quien azuzaba el teniente. Mandaban los asesinos, y para nada contaba la población. «A ése —advirtió Dávila— pronto lo indultan y, lo verá usted, se lo va a encontrar por allí de coronel o de comandante de policía. Esos "vivas" que grita le valdrán el indulto y el ascenso. No sacan en este momento las uñas, pero ya los verá usted en la hora oportuna.» No había en Magdalena persona independiente, hombre de trabajo, que no tuviera que sentir de los miserables que usurpaban el poder público.

Siqueiros, Dávila y otros vecinos supieron hallarnos amigos en las aldeas cercanas que, como Imuris, visitamos juntos, bebiendo el ardiente bacanora en las tabernas, en rueda de altos, blancos, fornidos rancheros, que sacando de pronto el cuchillo se meten por la cocina de la casa desmantelada; de las vigas del techo primitivo pende un lomo de res; corta el que llega un tajo y lo tira en las brasas del fogón; las moscas vuelven a juntarse sobre el lomo; chirría en la parrilla la carne asada que, repartida en trozos, devoramos con ayuda de más bacanora servido en vasitos, como si fuera un jerez y no fuego líquido. Acudiendo a menudo al pañuelo para arrojar las libaciones excesivas, tragando otras veces el alcohol para no dar impresión de catrín enclenque, logro sostenerme en la interminable orgía de tragos. El vigor extraordinario de esta gente y su vida campestre los salvan de perecer con el hábito del aguardiente, que con toda ingenuidad llaman vino. Por mi parte, hacía de tripas corazón y portándome en Roma como en Roma, ya casi me gustaba, pero por la noche, ya en el lecho, me ardía el esófago. Mi único desquite fue lo que escribí, para colaboración de *El Universal*, contra el aguardiente, el tequila, todos los infames alcoholes que una

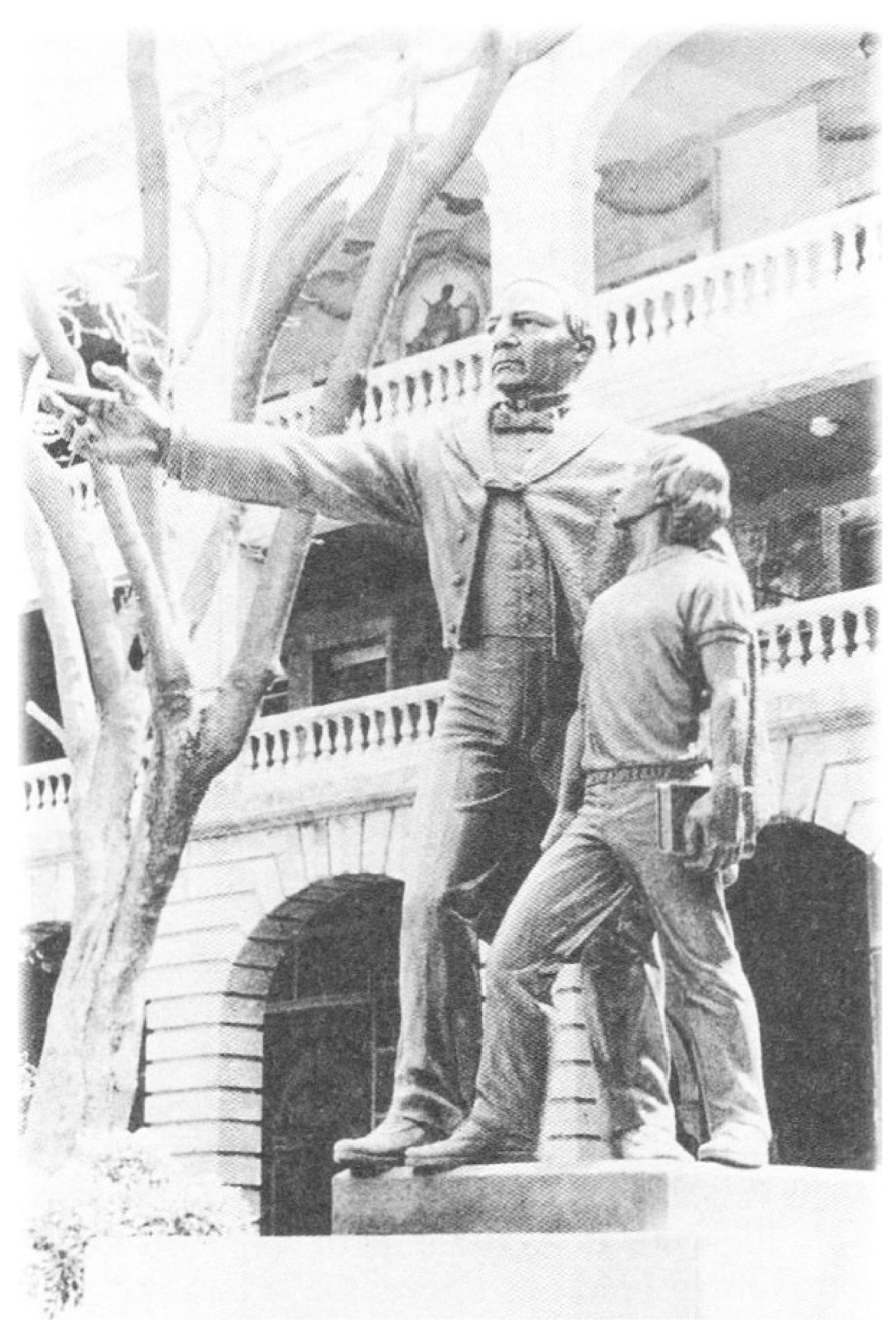
época degenerada consume como castigo de que no supo conservar, desarrollar, las vides que importara el español. En ninguno de los mítines que celebrábamos aparecían opositores; sólo cuando pasábamos por la prisión, se levantaba lúgubre, salvaje, el grito: «¡Viva Sáenz! ¡Muera la reacción!»

De este Sáenz, aclamado por el homicida, me he ocupado ya en volumen anterior de este relato, pero el lector lo habrá olvidado y yo también. Por el momento, Sáenz se había vuelto importante. Revistas norteamericanas de calidad, como el *Current History*, presagiaban para México una administración encabezada por Sáenz. El embajador de Norteamérica, *mister* Morrow, le había dado el espaldarazo: «Hará un buen presidente», había dicho. En la nación nadie advertía los méritos de Sáenz; en cambio, en el extranjero, o por mejor decir, en Estados Unidos, se le estimaba, primero como hermano del ex obispo protestante que había regenteado la educación pública bajo Calles; segundo, como el subsecretario de Relaciones que activara, por el lado de México, la aprobación de los convenios de Bucareli, gratos a los terratenientes extranjeros, a las compañías petroleras. Además, entre la pandilla gubernamental, Sáenz exhibía el título de los tirulos para la estimación política: parentesco de afinidad con el general Calles, quien, al amparo de Morrow, rápidamente se apoderaba de todos los resortes del mando, sueltos desde la muerte del caudillo Obregón. En Magdalena, por ejemplo, sólo el borracho encarcelado por homicidio hallábase enterado de los merecimientos del señor Sáenz. Y a señas del teniente, instalado en el zaguán de la prisión, lo vivaba cada vez que, con los vecinos patriotas, pasábamos por los andenes de la placita. La consigna había circulado ya entre los polizontes, esbirros y rufianes; éramos nosotros la reacción. Ellos, los de la pandilla oficial, eran los salvadores

del pueblo, los reformadores. Nada les importaba la indiferencia de las poblaciones civiles desarmadas. Contaban en toda la nación con los tipos como el de la celda de la prisión pueblerina, emboscados del Código Penal, para apoyo de los ahijados políticos del embajador de Norteamérica.

Santa Ana

La tarea se iba haciendo sola; resultaba mucho más fácil de lo que en un principio imagináramos. Ya fuese un fruto de la obra de la Secretaría de Educación de mi época, o efecto de cuatro años de colaboraciones semanarias en diarios de gran circulación (enfocando casi siempre problemas nacionales, combatiendo al régimen que todo el mundo odiaba), lo cierto es que sin preparación alguna hallábamos espontáneos simpatizadores. En barberías y boticas se comentaba, se discutía nuestra actividad, y ya para cuando llegábamos, unos cuantos recados congregaban a la gente en la plaza y empezaban los discursos. Y no sé si fue en Magdalena donde, al terminar un discurso y según bajaba del kiosco mezclándome al público, un buen señor se detuvo y me dijo: «No estoy de acuerdo con usted señor V..., no soy su partidario, pero quiero estrecharle la mano.» Se la di, naturalmente, encantado de aquella franqueza varonil.



Monumento a Benito Juárez en el patio interior de la SEP

En Santa Ana, el panorama es de silos y de bodegas a la

orilla de una humilde pero laboriosa estación de la vía férrea. Carros con sacos de harina descargan y cargan. Pasa una voz entre los obreros y, aprovechando que es fin de jornada, acuden a la placita tristona a donde todos vamos concurriendo. Esperamos a que llegue el caudillo local de la oposición, un señor rico, inteligente, famoso por sus claridades: don Agustín Rodríguez. No saben si querrá colaborar; convendría que él me presentara ante el pueblo, porque es admirado y es creído. Cuando comenzábamos a sentir impaciencia, llega un caballero alto, entrecano, grueso, de tez clara, semblante despejado: «No crea que me he hecho del rogar —dice—. Apenas me formularon invitación para que lo presentara, acepté; sino que tardaron en dar conmigo; sabe usted, vivo apartado de toda esta inmundicia. Y creo que usted anda perdiendo su tiempo: este pueblo ya no responderá a la hora de la prueba; los valientes ya se murieron; sabe usted, eso va por generaciones: hay que esperar otra; pero, en fin, le ayudaré, aquí me tiene.» Subió a la tribuna, habló muy bien, con despejo y con valentía, y recogió esos aplausos engañosos de un pueblo que se consuela con escuchar la verdad sin moverse. Partimos con la ilusión de que quedaba por allí un grupo de partidarios firmes. Luego ocurrió tal como don Agustín me previniera. Fugaz fue su entusiasmo, fugaz me resultó también aquel recuerdo.

Hermosillo

Escribe Juan Ruiz:

En Hermosillo, gracias a la ayuda de los obreros, obtuve un éxito que no había soñado y que usted pudo contemplar a su llegada. Desde el principio fundé un comité organizador. Me fue inapreciable la ayuda de Israel González, que tan valientes discursos pronunciara después, y tan buena campaña desarrollara en su diario *El Pueblo*, y también el líder Marcos Coronado. Todos los clubes instalados en Hermosillo precisaban que trabajarían por la candidatura de usted; yo hacía las actas personalmente. Pude comprobar que de México los antirreeleccionistas aconsejaban que se trabajara por Villarreal. En Sonora no contaba el llamado antirreeleccionismo de los gomistas. El estado había sido maderista y seguía siéndolo, y usted oyó cómo le gritaron en la noche de su conferencia en el teatro de Hermosillo: «¡Viva el Madero culto!» En la estación de Hermosillo pudimos congregar, para su llegada, más de dos mil personas. A los obreros les hicimos ver el peligro de que el gobierno los destituyera de servicios como la limpia de la ciudad, etc., etc., y respondieron: «Vendemos al gobierno nuestro trabajo, no nuestra conciencia.» Cayó esa noche sobre la ciudad una onda fría que helaba hasta los huesos. Daba pena ver a los más humildes vestidos con ropas delgadas, apretarse unos contra otros para calentar sus cuerpos. Apenado, y además intranquilo porque el tren venía retrasado, pensé comprar menudo y algunas botellas de bacanora para aquellas pobres gentes que tan generosas se mostraban. Pero el dinero de que disponía era insuficiente para ello, aparte de que recordaba lo que había dicho usted al sujeto aquel que en Los Ángeles le pidió dinero para iniciar trabajos a su favor y que más tarde nos traicionó escribiendo un folleto infamante y afiliándose a Ortiz Rubio, que le dio un buen puesto: «Éste es un movimiento que pide, no da...» Por fin, a las tres de la mañana llegó el tren. Nos acercamos todos en silencio hasta el vagón en que usted venía. Formamos valla y, al aparecer usted, todos al unísono gritamos: «¡Viva Vasconcelos!» Fue un grito estentóreo de aviso, de lucha, de desafío. Se organizó en seguida la manifestación, que nos acompañó hasta el centro de la ciudad; los choferes haciendo sonar sus bocinas; las gentes asomaban por las ventanas y balcones. Llamaba la atención que a los vivas a usted, se mezclaban las aclamaciones de «¡Viva León Toral!», preso a la sazón por haber quitado la vida al general Obregón.



José Vasconcelos fue nombrado candidato el 5 de julio de 1929: «¡Viva el Madero culto!»

Un caballero ciego, don Conrado Gaxiola, se instaló desde la primera mañana al lado de mi lecho y a todas horas nos acompañó a todas partes. Por instancias suyas se formaron clubes en Villa de Seris y comunidades de la comarca. «Yo he soñado que México iba a salvarse», decía el ciego, apresurando el paso, sostenido por un criado, activo todo el día con el pensamiento y con su voluntad. Numerosos vecinos se presentaron, trabajaron, con el resultado de que el primer domingo de nuestra estancia en Hermosillo pudimos alquilar un galerón para celebrar asamblea y organizar un partido. Acudieron de doscientas a trescientas personas, artesanos en su mayoría, y en la forma usual se aprobaron bases de acción; apoyo a la candidatura independiente por mí representada; programa revolucionario sincero; reformas económicas con miras al beneficio de la mayoría nacional; defensa de nuestros intereses frente a la absorción extranjera; eliminación de las

intromisiones de la embajada americana en la política electoral. Se nombró directiva y se formuló la protesta usual de comprometer vida y hacienda en beneficio de la causa. Afuera, el sol encendía el ambiente. El piso del local era de tierra apenas apisonada. El nuevo partido, que debía englobar a todos los clubes que habíamos formado por el Norte y los que surgieran por el Sur, se llamó Partido Democrático Sonorense. Intencionalmente nos abstuvimos de sumarlo a los partidos de directivas que existían en la capital, como el Antirreeleccionista. Con los señores del Antireeleccionista mantenía, sin embargo, y por correspondencia, relaciones cordiales, dado que en su directiva se hallaban personas que, en lo privado y aun en público, ya se habían expresado en favor de mi candidatura, por ejemplo, Vito Alessio Robles, que me mandaba recados de que no apoyaría a Villarreal, y el grupo de nobles muchachos que encabezaba Herminio Ahumada.

Acompañado de cinco o seis partidarios, recorrimos por las tardes Hermosillo y sus alrededores. Desde lo alto del cerro granítico de La Campana, de tonos claros, mírase el valle y la ciudad; techados planos en su mayoría y fachadas de rosa y de blanco, de amarillo; el cuadro del jardín con su iglesia catedral estimable y su Palacio de Gobierno. A lo largo del río de arena, huertas de naranjos. La tierra, amarillenta, es seca, pero laborable allí donde un chorro de agua alcanza a irrigarla. Famosas son las naranjas de Hermosillo, tan buenas que Estados Unidos les cerró su mercado a pretexto de una plaga. De otro modo, el producto desabrido similar de California se queda a podrir en los huertos. La falta de mercado en grande, junto con todo el caos administrativo, ha detenido la producción. La política agraria todo lo ha deshecho. El buen cieguito Gaxiola insistió una tarde y me llevó a visitar una de las huertas más

famosas. Los dueños se escondieron para excusarse de recibirnos, pero pudimos recorrer el arbolado y robar unos cuantos frutos deliciosos.

Los humildes se afiliaron desde el comienzo, cansados del abuso de la soldadesca burocratizada. Pero entre los de arriba predominaban familias que, con el régimen, habían llegado a la abundancia. Transportadas súbitamente de la oscuridad de la provincia al boato de un funcionarismo sin escrúpulos, se dieron a la baraja y al dispendio. Pero también alentaban las familias de los despojados, los justamente agraviados. El hecho es que, cuando se presentaban los de mi comitiva a los bailes de sociedad, se producían aclamaciones, y pronto, estimulados por las novias, muchos jóvenes comenzaron a usar el distintivo vasconcelista. Noble entre los mejores, el pueblo de Sonora repugna el servilismo y es quizá, dentro de la República, el más bien preparado para la democracia. Hasta antes de las brutales represiones del salvaje Elías, usual era que los candidatos a las diputaciones locales o al municipio contendiesen en la plaza pública. Y, en general, el voto se hacía respetar…

A Juan Ruiz *junior* y al ingeniero Méndez Rivas, que me acompañaron desde Los Ángeles haciendo sus propios gastos, se añadieron en Hermosillo tres jóvenes que llevaban una larga temporada aprendiendo los secretos de Hollywood: Alfonso Sánchez Tello, Villagrán y un hijo de Chucho Urueta. Les informamos que no contábamos con fondos para pagar comitiva y que sólo aceptábamos colaboración de quienes atendían sus propios dispendios. Aceptaron arbitrarse ellos mismos los recursos; les dimos credenciales de organizadores y nos fueron de gran utilidad. Méndez Rivas, amigo de las expresiones militares, los habilitó de «escuadrón volante». Se lanzaban, en efecto, por los pueblos pequeños, o de avanzada a las ciudades,

provocaban mítines, creaban clubes de filiación independiente con el compromiso de mi candidatura. Iban advertidos y encargados de avisar que no aceptábamos compromisos, sino condicionales, con los partidos ya existentes. Pretendíamos cambiarlo todo, enterrar el pasado. Mi idea era la de provocar una especie de plebiscito nacional que, logrado desde la oposición, es la única forma limpia de acceder al poder, sin compromisos de camarilla, sin legado de facciones en descomposición.

Guaymas

El señor Vallejo se me presentó en el lavabo del *pullman* que nos acercaba, de madrugada, a Guaymas. Era agente de la Lotería Nacional; no le importaba perder el puesto; hallábase decidido a ayudarnos. «No se inquiete por Guaymas; todos aprueban allá su candidatura.» Regresaba de un corto viaje y descendió del tren a mi lado. Ya no se nos desprendió; nos fue degradando utilidad. En los andenes, Juan Ruiz esperaba con su cosecha de más de trescientos partidarios. Guaymas fue en un tiempo centro comercial activo, relacionado por mar directamente con Europa. Todavía en sitios como el Casino hallaba el visitante vinos europeos de marcas costosas y conservas finas. Y la vida social mantenía cierto brillo, a pesar de la decadencia evidente. Méndez Rivas, que empezó a asistir a reuniones y bailes, se confesaba deslumbrado; en pocos lugares, en efecto, eran más bonitas, más distinguidas y elegantes las damas. Y ya no era Guaymas la sombra de lo que fue. Y le echaban la culpa a Calles. No quería el dictador al pueblecillo que vio sus primeros años de oscuro maestro, sin título, de escuelas particulares. Y le atribuían el dicho: «He de ver a Guaymas convertido en un pueblo de pescadores.» Lo cierto es que el ferrocarril anuló el tráfico marítimo y la irrupción de mercancías *yankees* arruinó a los comisionistas del artículo europeo. Y hallóse Guaymas amenazado de convertirse en otro Nogales, burgo simpático por la buena calidad de la gente, pero sede pocha entre las más fieles,

igual que Laredo o que El Paso. Pochismo, ya se sabe, es mestizaje fronterizo de lo mediocre de las dos culturas, la anglosajona y la mexicana; una ramplonería sintética.



Ángel Zárraga, *Retrato de mujer*: «… en pocos lugares, en

efecto, eran más bonitas, más distinguidas y elegantes las damas»

Para nosotros fue Guaymas unánimemente cordial. Una o dos conferencias dimos, con teatro lleno. En ellas nos ganamos amigos tan importantes como el poeta Iberri, distinguido como escritor y como caballero. El periódico local, *La Gaceta*, lo dirigía el señor Escobar, apodado cariñosamente «El Cabezón». Y desde antes de nuestra llegada, y por su tradición de independencia, se hizo portavoz de nuestra candidatura. Fue un auxiliar desinteresado, constante y firme. En su periódico di respuesta a un cuestionario que de la capital enviaba el representante de la Prensa Unida de América. Decía, en resumen, como sigue: «La Secretaría de Gobernación ha dado a luz un mensaje en que líderes obreros de Los Ángeles, California, piden no se autorice su campaña, porque será un peligro para la paz y porque cuenta usted con ayuda económica de los clericales.» Respondí: «Los que piden se me niegue la entrada al país no son obreros, sino agentes del consulado de México en Los Ángeles. Y no se equivocan al afirmar que mi campaña es un peligro; lo es para los que quisieran conquistar el poder en las camarillas de los políticos en vez de ir al pueblo a pedirle su voto. Por otra parte, los obreros de la República comienzan ya a desmentirlos. Llevo tres semanas en el país y ya hay clubes formales, y otros en proyecto, en todo Sonora, dedicados a trabajar mi candidatura a la presidencia. En todos estos clubes, la mayoría es de obreros auténticos, es decir, de aquellos que no dependen del gobierno para su manutención. Mi partido lo forman elementos de todas las clases sociales, particularmente los pobres, las clases trabajadoras y los intelectuales no corrompidos. En cuanto al cargo de clericalismo, repito que condeno el

derramamiento de sangre que, por motivos religiosos, lleva adelante el gobierno, y condeno, además, la preponderancia de los protestantes en la educación nacional. Condeno, asimismo, el intento protestante de elevar a la presidencia al señor Aarón Sáenz, que no tiene otras credenciales que la recomendación del embajador Morrow. Si esto es ser clerical, lo soy; pero los clericales no me reconocen; muchos de ellos me tienen por ateo y radical.»

Pregunta: «Se dice que usted celebró pactos con los expatriados, a cambio de otorgarles amnistía política si triunfa.»

Respuesta: «Los expatriados, así como los antirreeleccionistas y los patriotas todos, son partidarios de mi candidatura porque desean ver en la presidencia un hombre que en los puestos públicos ha hecho labor constructiva, y no política. En cuanto a los diversos pretendientes al poder, declaro que no soy opuesto a ninguno de ellos, pero tampoco he buscado que me apoyen. Mi candidatura no cuenta, en general, con los políticos, pero sí con los hombres de trabajo y buena voluntad. Y no necesito prometer amnistías, porque si yo fuese presidente, nadie necesitaría ser amnistiado, ya que no cometería yo el atentado de expulsar a nadie fuera del territorio patrio. En cuanto a los fondos de mi campaña, es el pueblo mismo quien la está sufragando.»

Pronto se vio, en el mitin que convocamos para formalizar la instalación del partido vasconcelista guaymense, que los obreros del puerto, los bogas, los marineros, los pescadores, voluntariamente se presentaban a inscribirse y se mantuvieron firmes hasta el fin de la campaña. Por su parte, los principales comerciantes y vecinos, don Torcuato Marcor, don Zeferino Torres, el doctor Farfán, el señor

Escalante, el señor Rico, y otros más, nos regalaron paseos por la bahía, comidas, reuniones; nos comprobaron la vieja tradición guaymense de la hospitalidad generosa y franca.

Inmediato a Guaymas está Empalme, un centro ferrocarrilero próspero y bullicioso. En el mitin de la plaza pública que allí celebramos en auténtica lid democrática, un obrero se puso a interrogarme desde el público: «¿Qué hará usted, si triunfa, con los colegios católicos que se han refugiado en el extranjero?» «Los traeré a México, los invitaré a que regresen de la frontera americana, en donde se han instalado por falta de garantías en México. Se evitará, de ese modo, la vergüenza de que el mexicano tenga que mandar sus hijos a la escuela extranjera. Y recobraremos, así, los capitales que han construido los hermosos edificios educativos del sur de Texas, levantados con dinero de mexicanos echados fuera de su país.» Aplaudieron sin reservas los del riel, que son, siempre han sido, la aristocracia del trabajador. En seguida, Juanito se puso a recoger adhesiones, ayudado de Méndez Rivas. El líder Corrales, incitando espontáneamente a sus camaradas para que firmaran, dictaminó: «Compañeros: apoyaremos a Vasconcelos porque no es de Sonora… Los de Sonora, cuando han ido a la presidencia, no se han vuelto a acordar de nosotros; veremos si éste, que no es del estado, hace algo mañana por nuestra región y por nuestros hijos, que necesitan escuelas.»

Risas y aplausos premiaron la ocurrencia, y en medio de voces de hombres libres y los acordes de una murga se reunieron centenares de firmas. Esto era la democracia sonorense antes que los militares echaran sobre ella el terror.

Cajeme

A Cajeme lo llaman hoy Ciudad Obregón, mudanza de mal gusto y peor servilismo, porque Cajeme es el nombre de un jefe indígena que peleó por su raza. Los norteamericanos, procediendo con alta justicia, han dedicado un monumento al indio Gerónimo, que con su rendición dio término a la guerra apache en Arizona. Y aunque tienen los norteamericanos generales y estrategas un poquito mejores que los nuestros, algunos de fama mundial, no se les ha ocurrido ir a borrar el nombre de Gerónimo para sustituirlo, pongo por caso, con el de Pershing. La desleal mala jugada al indio Cajeme estaba reservada a un gobierno que presume de indigenista y está constituido por mestizos, menos considerados de la fama de un buen indio que los americanos, que no tienen cruza de sangre autóctona. En los días de nuestra visita, el pueblo se llamaba todavía Cajeme, pero era ya el feudo de la familia Obregón. Cabecera comercial y política de la zona agrícola que fertiliza el río Yaqui, en Cajeme habita población mexicana, blanca y mestiza. Los grandes negocios agrícolas los regenteaban los jefes de las empresas americanas que, por viejas concesiones gubernamentales, construyeron los canales, iniciaron los grandes plantíos de arroz, de trigo, de chícharo. Y la sucesión del general Obregón se batía en retirada, comprometida en el negocio disparatado y mal habido de las tierras que se hizo ceder el caudillo sonorense en proporciones de latifundio. Al apoderamiento de las tierras

había añadido el caudillo agrosocialista un monopolio burdo que compraba a los productores su garbanzo a bajo precio, obligados por los aranceles de exportación elevados. Luego que Obregón compraba la cosecha, por valor de varios millones anuales, el arancel bajaba, a pretexto de excedentes en el mercado. Con la muerte de Obregón el abuso no había cesado, simplemente había pasado a otras manos. Y si alguna resistencia habíamos de encontrar en Sonora, ella procedía de terratenientes, que compran lo mismo al militar que tiene ranchos que al líder obrero que hace la propaganda soviética. En el caso nuestro, los empleados y familiares de Obregón se mantuvieron al margen de la política nuestra. Y, oportunamente también, corrimos las órdenes para que no fuesen molestados en los discursos. Pero no pudimos evitar uno que otro «muera» de los numerosos labradores ofendidos, en una u otra forma, por el extenso latifundio del caudillo máximo de la revolución ultrasocialista. El pueblo humilde nos acogió con entusiasmo, y numerosos vecinos se aprestaron a la propaganda en los pueblos inmediatos. Un yaqui de sangre pura, buen orador, se internó por las aldeas, hablando en su lengua a los indios, prometiéndoles la devolución de las tierras que les habían usurpado las compañías y Obregón. Y es claro que contaba con nuestra autorización; nuestra promesa era devolver todo lo mal habido a sus dueños legítimos. Se reveló en Cajeme, como orador y valeroso político, el joven José Moreno Almada, un guapo muchacho que prolongó durante años la lucha, para caer, al fin, como víctima de los acaudalados de la región y dueños eternos de su política. La mafia estuvo con Obregón y lo alentó en sus despojos; se hizo después callista y ayudó a los nuevos monopolizadores, y así sucesivamente. Perdió a Moreno Almada el haber ganado una elección municipal. Días antes, en vez de entregarle el mando, lo hicieron matar

en plena sala del cabildo, según asistía a una cita amistosa. Sus asesinos andan todavía impunes.



General Álvaro Obregón: «Con la muerte de Obregón el abuso no había cesado, simplemente había pasado a otras manos»

Visitamos en Cajeme determinadas explotaciones. Un grupo de los ingenieros del gobierno tuvo la gentileza de

mostrarnos el plano de los repartos de tierras proyectados. Con Moreno Almada, el alma de nuestro movimiento en toda la zona fue doña Sofía Ayala de Contreras, patriota ardiente, luchadora infatigable para enfrentarse con la injusticia. Su padre, casi anciano, era un liberal sonorense de inmaculado abolengo político; su marido la respaldaba en su acometividad. Aprovechando su trabajo de vendedora de mercancías al por menor, recorría en su pequeño auto los ranchos y aldeas de la comarca, colocando su mercancía y despertando la esperanza cívica. Nunca tuvimos mejor aliado ni más perseverante adhesión que la de esta buena mujer, que encarna la nobleza y la franqueza, la decisión y la constancia de los sonorenses.

Precisa hablar de gentes; no teníamos tiempo para advertir el paisaje. Apenas si bajo el sol quemante y a través del camino polvoriento asomábamos a mirar los canales de riego. Anchas, generosas corrientes, contenidas por sus bordos de arcilla y fecundantes del llano inmenso. En los ranchos, casas risueñas, pintadas de nuevo y, en torno, siembras que hacen horizontes. En las casas de labor, en los molinos, Moreno Almada, doña Sofía o el yaqui orador nos concertaban entrevistas con los trabajadores; nos presentaban con los mayordomos. No andábamos organizando obreros contra patrones, sino buscando el apoyo de los obreros para crear un gobierno que les diese mejoría, ventajas legítimas, sinceras y factibles. De la prosperidad general, fundada en la justicia y en una economía adaptable a las circunstancias, esperaban todos beneficio, y no de doctrinas descabelladas y mal digeridas, que más tarde los militares propagaron para justificar de algún modo la supresión de todas las libertades públicas. Nuestra tesis era que sin libertad no podía haber gobierno responsable, y no existiendo responsabilidad, el mejor de los

hombres se corrompe. Los más humildes demostraban una comprensión inmediata y gustosos firmaban las actas, los registros que los incorporaban a la lucha democrática. No estaba por entonces el obrero atado por el alma y por el tributo al sindicato que nada o poco le adelanta en materia de jornal, pero, en cambio, le ha robado el derecho de opinar, de por sí, en la política.

Una tarde visitamos pueblos remotos, próximos ya a la serranía, que aún dominaban los yaquis; el regreso se hizo a medianoche por caminos apenas pasables. Estuvimos en Bácum, lleno de huertas; en la plaza de edificios desmantelados se caían de maduras las naranjas, sin que nadie se ocupase de cortar las que colgaban de los arbolitos. Daba la impresión de estar abandonada, pero de algunas ventanas asomaban rostros blancos de mujeres enlutadas. Y según nos lo habían prevenido, después de las seis empezaron a juntarse en la plaza algunos hombres; llegaban otros a sus casas después del día de labor en el campo. Era necesario aprovechar el oscurecer para hablarles. Así lo hicimos. Al regreso, mientras daba tumbos el auto, la conversación con el yaqui y con Moreno Almada evocó imágenes de las tribus que asaltaban al blanco. Lentamente habían pasado al ejército y mandaban sobre la población desarmada. Y los que fueran fermento de rebelión se hallaban en connivencia con el régimen, bien pagados y satisfechos. No faltaban, sin embargo, jefes menores y grupos que prometían cooperación, mandaban recados, insinuaban promesas. Ni por un momento, ni en una sola de nuestras entrevistas dejamos de señalar la necesidad de que se esperase en posición bélica el resultado de las elecciones presidenciales, dado que era lo más probable que un gobierno que había matado candidatos no se dejaría arrebatar sin lucha el poder usurpado. Gradualmente, sin

omitir la visita de rancherías de importancia, y saludando en persona a todos los que se nos recomendaban como adictos, bajamos hacia Navojoa. En todas partes, grupos numerosos de pueblo y clase media acudían a la estación del ferrocarril a recibirnos. Pero la recepción inicial era lo de menos. «Me importa más cómo salgo de un pueblo que cómo entro», les repetíamos en los mítines.

A Navojoa le debo uno de los héroes y mártires de la campaña del 29. Pedro Salazar Félix, conocido en todo el estado como vendedor de máquinas de coser, alto, fornido, feo, simpático, franco el gesto, imperioso el ademán desde que lo conocimos en Navojoa hasta que cayó peleando por una causa, perdida por la indiferencia pública, traicionada por tantos, Salazar Félix fue mi amigo, mi correligionario, mi brazo derecho y el eco de mi pensamiento. En Navojoa no se hizo notable sino porque ya no se despegó de nosotros y resultó electo para la directiva de nuestro club. Otros parecían más útiles; la posición de Salazar era modesta, aunque su familia, reputada y numerosa, era ya de por sí una fuerza. Pero fue en la hora de la prueba cuando nuestro amigo se creció, se excedió. Si en México hubiera conciencia cívica, Navojoa se llamaría Salazar Félix, o simplemente Salazar.

En Navojoa, como en las otras poblaciones del estado, obtuvimos, aparte de la adhesión popular, el compromiso de vecinos importantes. Los hombres de negocios nos sonrieron, sin duda porque palpaban el arrastre del movimiento apenas iniciado. Y en nuestra última noche, en la ciudad, hasta una docena de caballeros de lo más bien arraigado en la comarca nos dio una cena de despedida. No aceptaba homenajes que no fueran estrictamente de adhesión política. Así lo gritábamos en los discursos de la plaza pública. No tenemos tiempo que dedicar a los curiosos,

decíamos; convocamos a los patriotas, a los resueltos, a los convencidos. De suerte que todos los discursos de sobremesa versaron sobre la situación del país y la necesidad de que se juntasen los hombres de bien para salvarlo. Hubo en la mesa cordialidad. Y el último orador, en rapto de lírico heroísmo, clamó: «Vaya usted tranquilo, señor Vasconcelos, que aquí quedan en Navojoa corazones firmes que lo respaldan. Prosiga usted con entereza, pero entienda que si usted llegase a flaquear, lo haremos a un lado para seguir nosotros en la lucha; el pueblo entero seguiría sin usted, si usted retrocediese.» Encantado salí de Navojoa, y en no pocos discursos de los meses que siguieron cité al orador de mi despedida: si yo retrocediese, en Navojoa hay hombres dispuestos a recoger la bandera; en otras partes del país ocurrirá lo mismo. No hay peligro de que se hunda nuestra causa… No quiero adelantar lo que, menos de un año después, ocurrió con el de la promesa de que seguiría él adelante si yo fallaba.

En camino del sur

Desde Navojoa se está geográficamente en Sinaloa, es decir, al extremo Norte de una faja fértil tendida entre el mar y las montañas, surcada por once o más ríos de caudal considerable. A la izquierda, según se desciende del Norte, queda el valladar de la serranía. A la derecha, el campo se abre extenso y acogedor, perdida la vista en magníficas llanadas que periódicamente se parten para dejar paso a corrientes perennes. Los vados se hacían en chalán con auto y pasajeros. Huele bien la tierra y en el aire hay carga de vitalidad: los músculos se distienden y la imaginación elabora su fermento de ilusiones. Un vejestorio de auto, que Salazar consiguió prestado de los agraristas de las inmediaciones, nos transportó a Juanito Ruiz, a Méndez Rivas, al propio Salazar Félix y al que escribe. No hay propiamente carretera, pero se avanza sin mayores dificultades, gracias al terreno seco y casi a nivel. El sol anega de claridad los campos: se ve a gran distancia por el llano y por la distante cordillera. «Detrás de esas cumbres azules, serenas, está Álamos», apunta Salazar. «El camino sube por allá. Es una lástima que no deba usted desviarse demasiado: le gustaría Álamos. Ahora que, políticamente, no vale la pena, se halla casi despoblado»…



El Álamo, Texas: «¡Álamos!... Bello nombre con alma, por lo menos la que se contiene en el rumor de los follajes»

¡Álamos!... Bello nombre con alma, por lo menos la que se contiene en el rumor de los follajes. Inviolada para nosotros y misteriosa se quedó la ilustre ciudad colonial. Y en la somnolencia de las once de la mañana, semicerrados los ojos, divagamos: ¿Por qué hemos decaído tanto? ¿Qué se hizo la raza poderosa que en lo alto de aquellas montañas y en tantos otros sitios rellenó cimientos, levantó fachadas y torres, encuadró nobles plazas, produjo el oro y la plata que en moneda acuñada en el país llevó el nombre de México por todo el planeta? Mucho me han contado, posteriormente, de la belleza deteriorada y el abandono de Álamos, que fuera avanzada de la civilización española del continente, punto de partida de los misioneros y exploradores. Y en esta época vil de turismo, se habla de que Álamos podría ser otro Taxco, la ciudad guerrerense puesta de moda por homosexuales, hebreos y poinsettistas. Como si precisara el espaldarazo extranjero para que sea reconocido

como *ville d'art* una ciudad de las nuestras. Por lo pronto, en Álamos —lo dice una guía oficial— han echado abajo soportales para ensanchar calles por las que nadie circula. Y está en ruinas: convertidas las iglesias en cuarteles; las mansiones, en corrales. El desastre de Álamos es imagen reducida del desastre nacional. La herencia de nuestros padres se nos ha hecho arqueología para extranjeros. Y entre las ruinas vegeta, inicia revoluciones y predica absurdos una casta degenerada que ya no recuerda quién hizo los palacios que suelen ser asombro del extranjero.

Con Juan Ruiz y Méndez Rivas repasábamos los incidentes de la naciente gira. De los apuntes que me ha remitido Juan Ruiz, tomo algunos:

> En Cajeme, en una rinconada popular y a la luz de hachones improvisados, se creó el club, que la gente del lugar quiso llamar «Baraja Nueva», en honor de uno de los artículos de usted en *El Universal*, en que recomendaba un cambio total de hombres y de sistemas.

Y sigue escribiendo Juan Ruiz:

> Ya desde Cajeme, y según crecía el movimiento, empezaron a llegar rumores de que usted no llegaría a Tepic. Apenas concluida la instalación del club «Baraja Nueva», como a las nueve de la noche, se nos acercaron dos jóvenes morenos de tipo yaqui. Lo invitaban para ir a hablar a un mitin que estaba citado en Estación Esperanza. Me pareció misteriosa la invitación, temí una celada y les dije: «No sabemos con quiénes vamos; creo peligroso aventurarnos a estas horas de la noche.» Usted me respondió: «Quédese, Juanito, a acabar de recoger las firmas y yo me voy con los señores»... Inmediatamente subí al auto de los desconocidos, en el asiento delantero. Méndez Rivas se sentó atrás, con usted. En su fordcito tembloroso nos llevaron los dos sujetos por un camino largo y tenebroso. Los árboles, repartidos al azar, simulaban fantasmas y contribuían al aspecto tétrico de la excursión. Al fin llegamos a una explanada. En el centro de un poste, alto y solitario, pendía un foquillo de luz eléctrica que iluminaba a medias las caras de los congregados, pero en seguida notamos una mayoría de kepis de la tropa y gorras militares. «Mal anda la cosa», me dijo al oído Méndez Rivas, y mientras marchábamos, me alargó una pistola diciendo: «Póngase delante del licenciado; yo estaré detrás para cuidarles la espalda. Y dispare a matar si hay algo serio.» Hecha a un lado la multitud, se nos llevó bajo el poste, donde había una mesa adornada con papel de China. Un obrero dijo un discurso de bienvenida, y en seguida, sobre una silla, se puso usted a perorar. En esos

instantes, Méndez Rivas se apartó de nosotros y se fue a un lado en unión de un coronel, que resultó ser el jefe del destacamento, viejo conocido del ingeniero, que lo llamó para decirle que pensaba hacer colecta entre la oficialidad para ayudarnos a los gastos de la campaña y le ofreció su propia contribución. Añadió que él mismo había dado licencia a la tropa para que asistiera al mitin, porque usted se lo merecía.

Sinaloa

Insensiblemente, y después de pasar no sé qué río, Salazar nos participó que nos encontrábamos en Sinaloa. ¡Para lo que interesan los límites entre los estados! Siempre he creído que sería más cuerdo constituir una república de municipios, un centralismo a la francesa, ya que somos una sola raza homogénea y no como España, veinte regiones con tradición y fisonomía singularizada. En todo caso, no hay nada más absurdo que los límites que impone, sobre el papel, la política. Los límites nacionales han de ser geográficos y étnicos. La peor trastada que los norteamericanos nos hicieron no es habernos robado la California. Si no se apoderan de ella los *yankees*, nosotros ya la hubiéramos destruido con todo y misiones; sobre todo las misiones, que habrían ofendido a los progresistas del liberalismo; el peor daño no es el del Tratado de Guadalupe, imposición de la fuerza. Lo inicuo fue el tratado de la Mesilla, firmado en plena paz, y por el cual el más grande de nuestros generales, Santa Anna, vendió, sin consulta con la nación (¿cuándo consultan ellos a la nación?), todo un río con sus vegas; nos dejó una frontera sin recursos de vida, a merced, en consecuencia, del país más poderoso.



El general Santa Anna: … «vendió, sin consulta con la nación […], todo un río con sus vegas»…

Hicimos en Ahome la primera parada. La recepción que se nos acordó fue fría, tanto que bromeábamos con Juanito y le decíamos: «¿Qué pasó con su Sinaloa? ¿No era aquí donde íbamos a levantar hasta las piedras?» Sucedió que los vecinos se hallaban divididos por causa de esos rencores

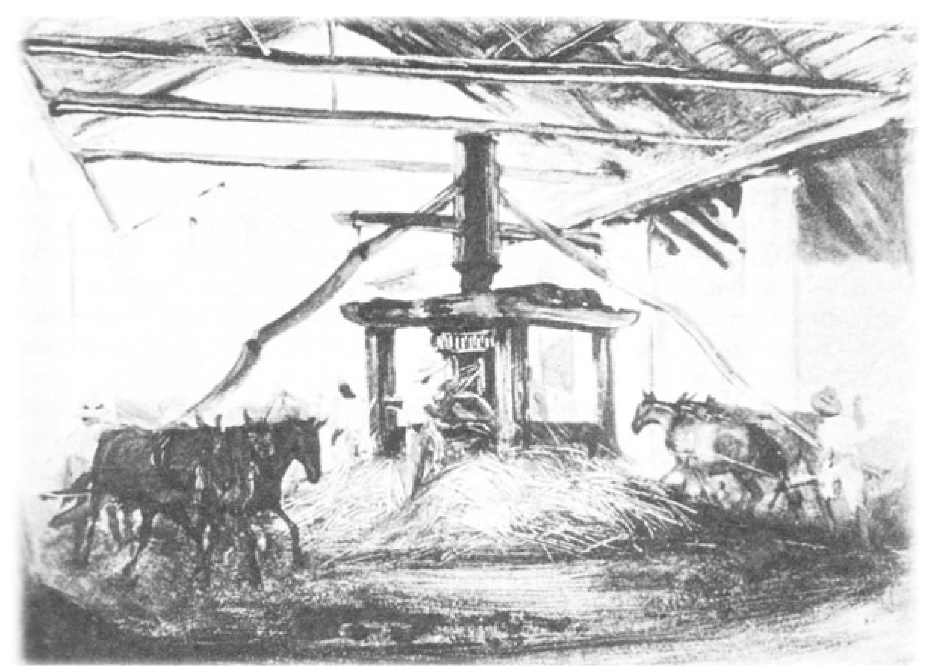
hondos que son la maldición de nuestras aldeas. Los del mando acababan de consumar media docena de asesinatos que, como siempre, se hallaban impunes. La gente mejor, la que por razón natural tenía que sumarse al partido independiente, se hallaba capitaneada por un general Ochoa, honesto y patriota. Después de vagar por la plaza, solos y desconsolados de aquel terrorífico ambiente, los amigos que Salazar Félix había lanzado de exploradores llegaron con la buena nueva de que nos esperaba en su casa el general Ochoa, viejo maderista. En ese momento bebíamos en la plaza unos rompopes magníficos, que venden al aire libre. Ochoa era tipo delgado, bigotón, franco, bien educado, y no sólo nos mandó preparar cena con sus familiares, sino que citó a sus amigos para un baile de confianza esa misma noche. El objeto era, según nos explicó, que tuviéramos ocasión de conocer a los principales del pueblo y exponerles nuestros propósitos. Pasó la velada sin incidentes, concurrió mucha gente, y en limpio se sacó algo que por el momento parecía más importante que un gran mitin en la plaza con adhesiones públicas. El general nos dio a conocer la situación en que se hallaba el pueblo, hostilizado por los callistas, a tal punto que no nos aconsejaban hiciésemos reunión en descubierto. Podrían aprovechar aquello para provocarnos y no convenía romper tan pronto las hostilidades. El general contaba en el distrito con unos dos mil adictos armados y formalmente me ofrecía que, cuando llegara el momento, y dado que la elección no sería reconocida por el gobierno, él se echaría al campo con sus hombres, procurando dominar Sinaloa, de acuerdo con nuestro movimiento nacional. Aquello me gustó más que un centenar de clubes. Bebimos cerveza, abrazamos a muchos simpáticos desconocidos y al día siguiente salimos para Los Mochis. Añadiré de una vez que el general Ochoa cumplió

su ofrecimiento de lanzarse al campo, sólo que se adelantó y cambio de bandera. Se sumó a la rebelión de Escobar, que teniendo por jefe al propio Escobar, uno de los más manchados del mismo ejército que combatíamos, fue derrotada fácilmente por el gobierno con ayuda de Morrow y los cañones norteamericanos. Otra hubiera sido la suerte del general Ochoa, y de nosotros también y del país en general, si en vez de suicidarse con el escobarismo espera el movimiento nuestro, al que se adhirió formalmente.

Los Mochis

En el distrito de Sinaloa está el ingenio de Los Mochis. En torno a la gran negociación extranjera se ha creado una ciudad. La región toda era una factoría *yankee*. El alto costo del transporte del azúcar de Luisiana o de Filipinas hasta California obligó a busca sitios más cercanos de explotación. Tendieron entonces sus ojos los empresarios hacia la semicolonia que somos nosotros, y se establecieron en Los Mochis. A tiro de cañón de los navíos de guerra *yankees* está el gran ingenio y no pocos plantíos de caña. En una instalación mecánicamente perfecta, producen esa azúcar blanquísima, purificada con hueso y químicamente pura, dañosa a la salud. Pero el público necio prefiere el azúcar blanqueada, porque se la dan en paquetitos caros y monos. El gerente de la empresa es un personaje con más poder real que el gobernador. Cambian éstos, cambian también los jefes de armas, pero cada uno viene a parar en lo mismo, en una suerte de asalariado de la gran empresa que, si no los pone directamente en la nómina, los gana empleando parientes o prestando oportunidad para pequeños negocios. En treinta o cuarenta millones se calculaba por entonces el valor nominal del negocio, y su presupuesto era mayor que el del estado. Un tesoro, este último, siempre adeudado con los maestros y servidores medios, aunque siempre abierto a las exigencias y voracidades de los políticos y los militares. Había en Los Mochis una población obrera de varios millares, mal pagada y desnutrida y a merced de agitadores que les organizan

sindicatos, que para el obrero ordinario sólo representan una mengua en el mísero salario. Sublevaba verlos minados por el paludismo, desencantados de la existencia, en tanto que en los mítines y en la jerga oficial se deslenguaban los doctrinarios de marxismos y seudorradicalismos. Visitamos todas las plantas en compañía de obreros o jefes de taller. Los altos empleados de la empresa no los conocimos, no se nos presentaron. Siempre neutrales en política, esperan a ver quién gana para en seguida dedicarse a sobornarlo. Entre el personal de clase media afiliado a la empresa y entre los pequeños cultivadores hallamos acogida excelente. Nos llevaron los vecinos a sus sociedades y casinos. Hubo un baile organizado en nuestro honor y dejamos allí un club que se mantuvo firme hasta el día de las elecciones. En todos estos lugares de tráfico comercial y dinero hallamos un tipo de colaboración que nos fue utilísimo, y es el de los agentes o viajantes de comercio. Hablaban con nosotros, se proveían de nuestros manifiestos y propaganda, y en todo su recorrido por aldeas y ciudades divulgaban la doctrina, despertaban conciencias, nos creaban amigos que en muchos casos fueron Utilísimos. Sin ayudas espontáneas de esa índole no se explica el aparente milagro que hicimos de remover la conciencia de una nacionalidad numerosa y repartida o aislada en un territorio inmenso.



Ingenio azucarero, óleo de Ramón Cano Manilla.

Entre todos nuestros nuevos amigos se distinguió un caballero de unos treinta y cinco años, de hablar pausado, buena presencia, leal y activo: Andrés Quiñones, asesinado por nuestros enemigos en vísperas de la elección. Quiñones había hecho estudios en el Colegio Rosales y era pequeño cultivador de tomate. Hizo de presidente de nuestro partido, reunió en torno suyo a los patriotas de la región y no le perdonaron su éxito.

En Los Mochis hablamos en el teatro lleno y en el local de la CROM, sucursal obrera de México, que no pidió consulta para invitarnos a su casa y expresarnos sus simpatías. En general, toda la mejor gente del distrito de Sinaloa nos dio seguridades de apoyo. Muchos permanecieron leales.

Sobre las jornadas siguientes, Juan Ruiz me escribe:

Sinaloa estaba en aquella época dominado por un cacique, don Blas Valenzuela, inculto agricultor de Guasave, que hizo a Obregón servicios de dinero. Tan temido era don Blas, que en el banquete que nos dieron los amigos de Los Mochis, tanto el valiente Quiñones como don Cosme Álvarez y otros, aconsejaban que no nos

detuviéramos en Guasave, y repetían: «Cuidado con don Blas, que tiene a sus órdenes polizontes y pistoleros.» Usted observó en broma: «Pues yo voy a donde me lleve Juanito.» Y respondí: «Pues vamos a Guasave, licenciado.» Y como algunos rostros nos miraron con asombro, añadí: «No solo, sino que en la plaza pública atacaremos directamente al cacicazgo de don Blas y prometeremos destruirlo.» Así se hizo. En el automóvil de uno de los muchachos Cervantes tomamos el camino. A orillas de la población, y gracias a avisos que mandé circular, nos esperaba nutrido grupo. La música estalló como de costumbre y los cohetes atronaron. Entre vivas y gritos de entusiasmo llegamos a la plaza. Empinados en bancas, lanzamos dardos a los amos del estado, que era digno de mejor suerte. Sucedió que los numerosos enemigos de Valenzuela veían en nuestra campaña una esperanza de liberación.

Me dice usted que ya no recuerda ciertos detalles menores. Le refrescaré los datos de nuestro paso por Angostura, pueblo de pequeños propietarios muy influyentes en la política del estado. De la Angostura era el gobernador del momento Macario Gaxiola, un ranchero bueno y honrado, pero que colaboraba con los callistas, más bien por falta de cultura. El caso es que ya en la Angostura, a eso de las cuatro de la tarde, no aparece la gente. Atravesó nuestro automóvil algunas calles; luego lo hice parar a efecto de entablar conversación con un antiguo amigo de mi padre que acertaba a pasar y me reconoció. «¿Cómo está, don Manuel, qué tal por acá? El pueblo parece dormido. ¿Qué se dice de Vasconcelos?» «Pues hombre —repuso el sujeto—, de política por aquí todavía no se dice nada. Es que don Macario anda por México y cuando él regrese sabremos a quién vamos a apoyar»... «Vámonos de aquí», gritó usted desde el fondo del auto, y agregó: «Pueblos que esperan a que se les diga por quién han de votar están perdidos y no venimos a tratar con ellos.» Dormimos esa noche en Guamúchil, pueblo que usted no quería porque lo había hallado atemorizado, pero unos tres españoles, agentes viajeros que conocían allí a todo el mundo, se pusieron a trabajar y esa misma noche nos llevaron al hotel a vecinos decididos y al día siguiente temprano se pudo celebrar un mitin y se dejó constituido un comité.

Topolobampo

La costa del Pacífico es panorámicamente una de las más notables del mundo. En particular, el golfo de Cortés, que una estúpida pedagogía llama golfo de California, es admirable por la suntuosidad de sus paisajes, la variedad de sus peces, la riqueza de sus yacimientos perlíferos. En nuestros días es el mar de recreo de los millonarios norteamericanos. Y en tanto que nosotros ni llegamos a enterarnos, el Museo Zoológico de Nueva York luce, a la entrada de la sección oceanográfica, vistas tomadas en nuestro golfo y ejemplares de mantarrayas enormes, nacaradas valvas de madreperla, conchas de abulón y estrellas de mar californiano, cortesiano. El abandono de todo lo que es cultura impide que nosotros tengamos en algún colegio de la costa, por ejemplo, alguna buena colección. Bien es verdad que ni colegios van quedando después del largo dominio pretoriano. Ni siquiera la pesca valiosísima la hacemos nosotros en grande, sino los japoneses y los portugueses de la Alta California. Sin embargo, hay en el Distrito Sur de la Baja California una población bien castiza y patriota, y no la olvidamos. Desde Guaymas enviamos recados a Mulejé y a La Paz y no quedó poblado del litoral de la Baja California sin club vasconcelista. En Tijuana y Mexicali, feudos de un sujeto que después tuvo figuración increíble, Abelardo Rodríguez, valido de Calles, amigos nuestros, como el profesor Domínguez y el periodista don José Castanedo, se ocuparon

de la propaganda, crearon clubes, y en su oportunidad ganaron la elección. No quedó, pues, fuera de nuestra acción la remota península; pero sí perdimos la ocasión de visitarla.



… «Tijuana y Mexicali, feudos de un sujeto que después tuvo figuración increíble, Abelardo Rodríguez…»

En Topolobampo nos dimos unos días de vacaciones. Aguas tranquilas, azules, profundas y traidoras por sus resacas. Una herradura de colinas crea un puerto protegido, además, por un islote, que al centro divide las aguas en dos canales anchísimos. Los montes se hallan cubiertos de verdura tropical que interrumpen la casa del vigía, la del resguardo. El caserío del puerto desborda por una playa interior, estrechado entre el agua y las colinas. Un río en ancho delta parte las montañas en cañón, forma ciénagas. Los manglares obstruyen la navegación, dan guarida a los mosquitos. El peligro palúdico aleja a la gente; la belleza infinita de los elementos fascina con toda la plenitud de sus potencias. Los trabajadores de una cooperativa pusieron a nuestras órdenes una lancha, nos enseñaron la pesca del camarón; se quejaron de que el negocio beneficia a los políticos mangoneadores de sindicatos. En todas estas tiranías, así se disfracen de bolchevismo, son los trabajadores más humildes las víctimas primeras y las más indefensas. La desesperación los lleva a favorecer a todo el que promete un cambio. Oficialmente se hallaban inscritos a las uniones obreras de la metrópoli, pero todavía no se llegaba al servilismo actual, en que las mayorías se someten a las órdenes y conveniencias de los liderzuelos. La prueba de ello es que nos agasajaban y se comprometían con nuestra visita. Todo el día, y según el vaivén de la marea, anduvimos por el estero espiando al camarón bajo las aguas y pescando un tipo de calamar duro, corriente. A trechos, en la margen del río, hay pirámides de camarón que se seca al sol antes de ser empacado en sacos para el mercado del interior.

A nuestro lado, los jefes de la cooperativa nos daban

explicaciones; nos advertían de los males a corregir, en caso de triunfo. Pero habrá que pelear, preveníamos a nuestra vez, en cada uno de esos casos. Habrá que repetir la hazaña nacional de cuando Madero, que todo el pueblo se levantó en armas contra el ejército. Ahora son más los del ejército, comentábamos, y están mejor preparados y tienen menos escrúpulos y cuentan con decididos apoyos del extranjero... «Razón de más para darle duro, mi jefe, no más usted no se achique y ya verá si respondemos»... Sí, muy cierto es aquello de que el prometer no empobrece. Y no dirijo esta observación en particular a los de Topolobampo, sino a todos los que habiéndose comprometido no se movieron. En el pecado han llevado la penitencia, y basta.

Por lo pronto, aquella noche, en vez del buen descanso que reclamaba el largo día a la intemperie y las conferencias con los jefes de los distintos grupos, nos acostamos tarde y madrugamos escandalosamente. Un caballero norteamericano muy amablemente nos alojó en su casa, situada sobre una loma inmediata al embarcadero. Antes del amanecer navegábamos en un pequeño chalán de mal motor poco más de treinta personas. Nos amaneció por el canal mayor, al punto que entraba a la bahía uno de los barcos mercantes que hoy corren o corrían a cargo del gobierno. El capitán, formado en la Naval de Veracruz, se enteró, por aviso de los marineros, de que íbamos a bordo y en seguida, de sus pistolas y a riesgo a disgustar al Ministerio y excediendo la ordenanza, mandó izar la bandera y nos rindió un saludo presidencial. Los marineros en la borda aclamaron, y el capitán, desde el puente, alzó el brazo sin ocultarse. Y más tarde lo comentó: «Ya sé que no lo dejarán ser presidente, pero no me importa; él lo merece y los que están contra él son unos tales...» No era raro encontrar, entre el elemento joven del ejército, adhesiones espontáneas

parecidas. En corporación tan numerosa no todos eran perversos. No lo eran por lo menos entonces, puesto que todavía hubo una rebelión, disparatada, pero rebelión al fin, contra aquel orden de cosas infame. Pero el triunfo repetido de la iniquidad, apoyada siempre en Norteamérica, ha ido lanzando del ejército a los mejores y lo ha convertido en selección de poinsettistas, por no decir algo peor y suponiendo que no todos sean responsables de los asesinatos políticos, las imposiciones y el mal gobierno. La excursión al Farallón nos tomó todo un día espléndido.

Dulzura sinaloense

De Topolobampo pasamos a Sinaloa, población que lleva el mismo nombre que el estado, así como México designa el país y su capital. Esto crea confusiones, obliga a repeticiones y denota pobreza de ingenio. Además, desconcierta al extranjero escuchar que tanto la capital como el país se llamen México. Más lógica la Colonia, hasta en eso, al país lo llamaba Nueva España. En Sinaloa, Sinaloa, pues, nos recibieron decentemente un atardecer; música pueblerina y cohetes, banderolas, gentío y el kiosco para los discursos. En seguida, según ritual que ya se había hecho de rigor, vecinos voluntarios, aleccionados por Juanito, levantaban el acta de constitución del club comprometido a sostener mi candidatura. Firmaban los que querían, advertido cada quien de que debía contribuir para los gastos locales y prepararse para todos los sacrificios futuros. Mientras desfilaban los buenos vecinos asentado sus firmas, sonreíamos pensando en los politicastros de la oposición profesional que en México, la capital, presumían de dirigir partidos con la plana mayor de personajes gastados; «desecho de todos los naufragios», les había llamado, con justicia, Obregón y, naturalmente, no contaban con infanterías ni en el interior ni en la metrópoli. ¿Qué me importaban las envidias de todos ellos? Llegaría a México desentendido de su existencia, respaldado por millares y millares de firmas que, si valían poco, eran algo más que lo que pudiese presentar cualquier otro de los candidatos presidenciales que surgiesen.



Casco de una antigua hacienda sinaloense

Mi plebiscito avanzaba. En diversos discursos hice ver con franqueza que buscaba el apoyo directo de los votantes a fin de librarme de todo género de compromisos con partidos que no lo eran. Se trataba de barrer corrupciones; ningún pasado de nuestra turbia política merecía resucitar. En cuanto a programas, ya lo sabían: mi programa y mi promesa se ejemplificaban en la obra que había realizado durante mi única gestión pública. Si mis oyentes hallaban obra administrativa y constructora superior a la mía, que se apresurasen a retirarme su apoyo a fin de prestarlo a quien más valiese. Por encima de todo hacía falta que el país designase para su gobierno a los mejores, no a los peores como se venía haciendo; a los ilustrados, no a los palurdos.

De gobernador de Sinaloa estaba un sujeto cuyo nombre completo no recuerdo y que no se portó ni bien ni mal. Un hermano suyo se inscribió en nuestros clubes. En Sinaloa se nos separó Salazar Félix para continuar organizando el sur

de Sonora. Y quedamos encomendados a los Cervantes, muchachos excelentes que comenzaron a pilotearnos por recomendación de Herminio Ahumada *junior*, de quien son primos. Y nos llevaron a su rancho del Amole a Juanito, a Méndez Rivas y a mí. Con discreta, generosa hospitalidad, nos proporcionaron un breve descanso en ambiente de familia, después de casi dos meses de tarea intensa. En el Amole nos alcanzó Herminio Ahumada *junior*. Nos comunicó su decisión de acompañarnos en toda la campaña. Su hermano Pancho sufragaría sus gastos. Después de una visita rápida a sus padres, que residían en Nogales, regresaría para ya no separarse de nosotros. El sencillo, importante compromiso, quedó sellado en la mesa del desayuno, bien provista de quesos y golosinas. Esa misma mañana nos metimos al mar inmediato, después de correr por una playa kilométrica, limpia, arenosa y desierta.

Por la noche, en la biblioteca de los Cervantes, me puse a hojear los últimos números de la *Revista de Occidente*. «¿Qué hace aquí la fenomenología? —pregunté; y añadí—: Yo no entiendo esto, ni quiero.» Luego, ya solo, reflexioné: «¿Acaso era envidia mi dicho?» En las maletas llevaba los originales de mi *Metafísica*, listos ya para la imprenta. Aquello valía para mí más que la presidencia de la República. Lo de la política representaba un deber del momento, pero, según mi destino profundo, no era otra cosa que una aventura, útil quizá para los demás, para mí peligrosa por lo que embrutece, empequeñece poner la atención en obstáculos menores y ruines contiendas. Me preocupaba también el efecto que el poder ejercería sobre mi temperamento, ya de por sí predispuesto a cierta soberbia... ¿Me convertiría en un insoportable pedante? Según avanzaba la gira democrática, me sentía más dueño de mi posición, más diestro en el manejo de esa potencia hipnótica

que el orador ejerce sobre su público. De mudo que antes era, me había transformado en uno que dice lo que quiere con facilidad y decisión, aunque sin elegancia. Y ya sea por el mito que en torno al personaje se va formando y a uno mismo contagia, ya fuese porque la grandeza del propósito nos exalta, el hecho es que adquiría un dominio colectivo casi físico por medio de la palabra y el gesto que hacen de la multitud el eco de nuestras emociones, el brazo de nuestras fobias, el empuje de nuestros ideales.

En la pequeña población de Tamazula, los maestros sacaron a los niños de las escuelas para recibirnos al atardecer; también el municipio se echó a la calle y resultó un desfile glorioso, izadas en alto centenares de banderitas en brazos infantiles; a retaguardia, los rancheros a caballo. Herminio, que contemplaba, exclamó: «Esto lo había soñado», y se le llenaron de agua los ojos. Por un instante tuvimos todos la ilusión de que era México, por fin, un pueblo civilizado. ¡No había en el pueblecillo guarnición militar!

En cambio, donde la había, ¡cómo cambiaba hasta el gesto de los habitantes! Los sinaloenses, blancos en su mayoría y de costumbres tropicales, tienen fácil el trato, agudo el ingenio; les gusta la broma sutil, el discurso claro. Y una gente así de culta y libre por temperamento tenía que soportar vejaciones como la que vi por primera vez, creo que en Guaymas, luego en cierto municipio sinaloense. Camina el forastero por alguna de las calles céntricas, distraído y confiado; las moradas pacíficas, el arroyo desierto, la paz del ambiente condúcenle a creer que se halla dentro de las blanduras de la civilización. Pero, de pronto, el vecino que nos dirige nos tira de la manga y señala hacia adelante; nos volvemos a él con sorpresa: se ha bajado de la acera donde marchaba a nuestro lado y, en silencio, insiste que veamos

hacia el frente. Sobre la acera y ante el zaguán de una casa particular, dos centinelas. «Es la casa del comandante militar», susurra... Desconfiando, como todo el mundo, de los dos irresponsables armados de rifle, calada la bayoneta, nos apeamos de la acera, seguimos al atento vecino, y en silencio sagrado desfilamos frente a las vidrieras, mal ajustadas, que guardan al amo del lugar, el jefe de la zona o el comandante. Un amo que, a la vez, resulta esclavo de la jerarquía que, según costumbre del Ministro de la Guerra de entonces, se manejaba interiormente a base de injurias y fuetazos al rostro. «Es comandante», se oye decir en voz baja en los pueblos, y todo el mundo se escurre para ocultarse o ensaya la sonrisa de la sumisión. Y uno se queda pensando que acaso tengan razón teóricos como Frazer, el filósofo de la magia, que asegura está fundado en el terror el instinto religioso de los primitivos.

Camino adelante

En el auto de los Cervantes atravesamos llanuras y lomeríos, perdido el sendero entre los troncos de escaso follaje, poca altura, que llaman «palo blanco», aromado el ambiente con la vinorama de florecitas amarillas. En las aldeas y los ranchos, los tabachines, enormes árboles copudos, daban la nota vernácula, reposaban el ánimo con su fuerza armoniosa y benéfica. Como era tiempo de secas, los caminos estaban pasables y ninguno era otra cosa que vereda, a veces una simple picada entre ramazones escasas. Andar así, entre boscaje, interrumpida la reflexión por el vuelo de pájaros exóticos, era un placer vivo y singular. Y nos daba pereza descubrir la proximidad de los poblados, en donde era preciso volver a tomar la máscara del político.



«La industria rutinaria de la caña de azúcar», detalle del mural *Ignorancia y cultura*, de Ramón Cano Manilla

Mocorito es una decorosa capital de municipio; sus antiguas construcciones son recias, espaciosas y bien proporcionadas. Ni uno solo de esos horribles *bungalows* de Cajeme y Navojoa o Los Mochis. Civilización establecida o, por lo menos, restos de una verdadera civilización. En la plaza pública, sombreada, pavimentada y con bancos, celebramos el mitin anunciado. Hablaron oradores locales; en seguida Méndez Rivas, que dijo un buen discurso, y Juanita Ruiz. El club lo integraron amigos de los Rivero, viejos maderistas. Mientras yo decía mi discurso, advertí en la multitud a un leproso alto, de clase pobre; tenía el rostro tumefacto y las manos deformes por la hinchazón. Siempre he padecido en exceso de esa reacción, poco investigada en psicología, que es el asco. Tan poco advertida, que idiomas como el inglés no tienen para ella un nombre especial. Varias veces he proyectado estudiar lo necesario para escribir una monografía sobre el asco. En sus aspectos

físicos, me ha provocado efectos tan violentos, irreprimibles, que fui abogado y no médico porque no hubiera podido habituarme al trato del cuerpo humano que, visto sin la aureola del amor o la incitación del sexo, es cosa bien miserable, digna de compasión y, además, origen de humores y calamidades que producen el asco; ese salto que damos hacia el arroyo si en la acera hallamos una inmundicia, y que nos causa angustia si no podemos exteriorizar la repugnancia y apartarnos de lo que asquea. Tiene esta condición del asqueroso o, más bien dicho, del asqueriento —como se ve, ni la palabra existe para designar la víctima del asco—, tiene, decía, el asco un reflejo o contraefecto paralelo en lo moral, que nos obliga a rebelarnos contra los casos poco nobles, sucios, de la conducta. El que es inmune al asco quizá es también inmune a la injusticia, la felonía, y viceversa. Rápidamente, y mientras desarrollaba mi arenga popular, en segundo plano de la conciencia repensaba todo esto y me prometía aprovechar el primer ocio para mi tesis sobre el asco. Al terminar de hablar, muchos del público subían la mano hasta el barandal del kiosco en que nos hallábamos para estrechármela. Luego, como creciera el grupo, hubo un desfile de apretones cordiales, y en él tomó sitio el leproso. De reojo vi su mano grande y manchada, y reflexioné: «¿Voy a dar el espectáculo de tenerle miedo a una piel enferma? ¿Voy a ofender, además, a este pobre hombre, negándole un gesto humano?» Antes de responderme interiormente le tocó su turno al leproso, que tendió su mano; al instante, con un impulso decidido, fácil, se la tomé, y no me limité a tocarla, sino que la sacudí, seguro ya de que no puede haber contagio, ni siquiera asco, cuando una efusión de simpatía vence las circunstancias físicas que han determinado el mal. A propósito del caso de san Francisco y

los leprosos, había imaginado, con anterioridad, una teoría psicológica sobre la imposibilidad del contagio cuando la fuerza espiritual del amor se impone a la enfermedad y la convierte en motivo de prueba de los sentimientos superiores. Vence el espíritu y hace del asco mismo una suerte de aureola y de la llaga una flor, como dicen las leyendas santas. Sin embargo, es doloroso recordar que al padre Damián, de los belgas, lo contagiaron al fin después de varios años de convivencia con los lazarinos de Hawai. Y murió del terrible padecimiento. De suerte que se queda uno, como siempre, interrogando en vano: ¿En dónde está, pues, la verdad, Señor? ¿Se debe o no se debe dar la mano al leproso? Más frecuente de lo que se sabe es este mal en Sinaloa, tierra de encanto por su naturaleza cálida y feraz y por sus mujeres dulces, suaves, graciosas, bien españolas, con su talle elástico y sus ojos negros. Pero de pronto, y como nos ocurrió en otra aldea, frente a un óvalo femenino, juvenil, gracioso, enlutado, y según se excitaban y acercaban mis compañeros mozos, advirtiónos un susurro: «Es la leprosa, es la leprosa.» No se apartaba ella de su ventana, viendo desfilar el mundo que retrocedía de su contacto. Desgarrantes injusticias de hecho, que dejan una sutil laceración, incurable en todo el que medita en la esencia vil de nuestra naturaleza. Maldita naturaleza; precisamente por eso es grande el cristianismo, que no se conforma con ella, sino que en todos los órdenes se empeña en vencerla y superarla. Y quizá lo que pasó al padre Damián es que en tan prolongado contacto no siempre mantuvo (por ejemplo, en el sueño) viva la flama de la caridad que defiende del contagio.

Tuvimos que prescindir de una gran comida que los amigos de Mocorito nos habían dispuesto, porque urgía tomar otra vez la ruta para estar temprano, esa misma

noche, en Culiacán. Nuestra llegada a la capital del estado había sido anunciada para aquel domingo y no convenía echar a perder los preparativos, cansar al público con una demora no inevitable. Sabíamos que en Culiacán habríamos de hallar ciertos tropiezos. Aunque el gobernador en funciones no se mostraba ni hostil ni favorable, detrás estaba el sujeto designado ya por el callismo como heredero del poder: un boticario de mala índole, incondicional de los poderosos. También se movían en contra nuestra los senadores del obregonismo. En general, nos habían advertido que existía temor en el pueblo y que sería dura la tarea de despertar los ánimos. Tanto, que Herminio Ahumada desistió de marchar al Norte y se unió a nuestro grupo para la entrada en Culiacán. Oscuro ya el terreno, atravesamos a pie un río pedregoso; a la orilla había gente apostada para recibirnos y entramos a la ciudad a la cabeza de una multitud que a cada paso engrosaba. La reunimos en la plaza y, sin más trámites, abordamos el kiosco. Habló Ahumada, con voz clara y ademán convincente. Manifestó que era un estudiante que venía de la capital para decirle al pueblo de Sinaloa que toda la República estaba en pie de lucha. En términos precisos, con lenguaje directo, expresó: «Ya es tiempo de sacudir el miedo, compatriotas», y se disparó contra Obregón, difunto, y contra Calles, vivo. Esto animó a Juan Ruiz, que en seguida lanzó ataques personales a Páez, el boticario, su colega y candidato a gobernador de los imposicionistas. Para cuando me tocó hablar, ya los ánimos estaban caldeados con aquel tirar el guante y hablar sin reparos. Aullaba la multitud que, en seguida, nos acompañó a la hospedería. Los viejos maderistas del lugar, que no hay que confundir con los antirreeleccionistas del general Gómez, se habían constituido en partido. Un hombre independiente y de todos estimado en la localidad, el señor

Leyva, ofreció su casa para las juntas; resultó electo para presidente del partido local. Invitado que fui a una asamblea, allí mismo se proclamó mi candidatura y quedé incorporado al partido recién constituido. Los señores Zazueta, propietarios del diario de la ciudad, siguiendo el ejemplo que habían puesto los directores de periódicos de Sonora, se sumaron públicamente a nuestra causa. Los abogados más prominentes, los de independencia y prestigio, dueños de bibliotecas y de antecedentes irreprochables, ostentáronse como amigos. En la conferencia que en seguida se empezó a preparar, el más reputado intelectual del estado, el ingeniero Ponce de León, se ofreció a hacer la presentación de mi candidatura. Los estudiantes del Colegio Rosales, instituto de abolengo nacional, no se limitaron a adherirse, sino que me invitaron a visitar el colegio. Y la visita resultó una sorpresa agradable, porque se convirtió en mitin. Aun los profesores se hicieron presentes y, al final de los discursos, en la sala de actos, una música inició el himno nacional y el público coreó las estrofas.

La víspera de la conferencia pública de paga, cuya organización tomaron a cargo los comités estudiantiles, llegó a Culiacán un telegrama del ex ministro callista y ex subsecretario mío en Educación, el doctor Bernardo Gastélum. Me mostraron el telegrama los jefes de la directiva estudiantil, que lo hicieron objeto de guasa. Decía más o menos:

> Enterado de que próximamente llegará a ésa el Lic. José Vasconcelos, juzgo de mi deber, como antiguo alumno y profesor del Colegio Rosales, prevenir a la juventud a fin de que no se deje arrastrar por las peligrosas facultades de fascinación que posee el indicado señor, a quien en otro tiempo he estimado, pero que anda ahora en una empresa de lamentable extravío.

Aconsejé a los estudiantes que leyeran el telegrama en la conferencia del teatro, y entiendo que así se hizo entre las risas del público. La conferencia resultó una de las más

logradas de cuantas habíamos organizado hasta la fecha. Lamento no tener a mano el discurso del ingeniero Ponce de León, una pieza razonada y alta, conmovedora de patriotismo. Hablaron oradores en representación del Colegio Rosales, que era orgullo de los sinaloenses. Y en el teatro estuvieron todas las clases sociales. Aprovechando Juanito sus parentescos y relaciones en la ciudad, así como el ambiente en general favorable, hizo que durante la semana de nuestra permanencia en la localidad no faltásemos a baile ni reunión, y frecuentamos lo mismo la sociedad alta que los barrios y el mercado, en donde muchas noches cenamos para tratar a los humildes, y dejamos relaciones que parecían firmes.

Es famoso el chocolate de la plaza de Culiacán, pero buen chocolate y bizcochos los hay, también, en otros sitios del país. Lo que en Culiacán es único es una ensalada de tomates rebanados, con buen aceite y vinagre. En general el tomate es insípido y bueno apenas para el guiso; pero el tomate de Sinaloa tiene la pulpa en el interior tierna y dulce, sin la sensación desabrida del tomate ordinario.

Un contingente importante recibimos en Culiacán en la persona de dos muchachos del estudiantado de la capital, que se adelantaron para incorporarse a nuestra comitiva. Andrés Pedrero, tabasqueño, de elocuencia sobria y vigorosa, presencia varonil distinguida, y Ernesto Carpy Manzano, de buena cepa oaxaqueña, alto y fuerte, pelo aborregado, tez blanca, nariz agresiva, voz tonante y ánimo esforzado y generoso. Tranquilizado con este refuerzo de sus dos amigos, Ahumada tomó camino del Norte, entendido de que más tarde se nos volvería a reunir.

El profesor Manuel Hernández Ramírez nos dio una fiesta en su colegio y se mantuvo leal y activo aun después de la

derrota.

Consecuentes con nuestra política de no dejarnos marear por la Capua de las ciudades grandes, donde las fiestas sociales y la adhesión de las clases cultas hacían de narcótico, en cada región tendía nuestro esfuerzo hacia el campo y por lo sitios industriales que congregaban al elemento humilde y trabajador. El ingeniero Ramón Ponce de León, nuestro buen aliado de Culiacán, era uno de los técnicos del ingenio El Dorado. Con él visitamos la negociación. No nos limitamos a recorrer los departamentos comerciales para hablar con uno que otro jefe, sino que hablamos a los obreros, congregados en un tablado espacioso. Detalladamente y en lenguaje simple explicamos a los trabajadores nuestros propósitos y recibimos no sólo sus aplausos, sino muchas adhesiones firmadas. En general, de las firmas de calzón blanco estaban hechas nuestras listas. Los propietarios del ingenio no se dignaron enviar representantes al banquete que nos dieron los trabajadores, pero tampoco nos hostilizaron. El médico de la empresa, un joven muy estimado del personal humilde, habló a nuestro favor en el mitin, y en la comida me dijo: «Conmigo cuente usted en absoluto, sobre todo para cuando llegue la lucha armada, pues me ha matado el gobierno a un hermano y es mi más vivo deseo vengarme de esos miserables.» Por el estilo, hicimos excursiones a fábricas y haciendas de mucho personal, hallando siempre eco entre los de abajo, indiferencia en los de arriba que, en su mayoría, esperan a ver quién gana confiando en que, a última hora, el cohecho les resuelve sus dificultades. Nunca quisieron darse cuenta de que el soborno conduce, a la postre, a la expropiación, según les ha ocurrido, pues clase propietaria que no se defiende es clase perdida. Y la única defensa eficaz es adelantarse a los acontecimientos sociales y procurar

crearlos. De otra manera, el que gana el poder, sobre todo si lo gana a la mala, acaba por apoderarse, asimismo, de los bienes. Con Leyva y Verdugo, el jefe de nuestros correligionarios de Culiacán lo fue el doctor Clicerio García, que fuera el médico privado del general Flores, y mucho contribuyó a conseguirnos la adhesión de todos los antiguos partidarios del malogrado ex candidato a la presidencia. Nos confirmaba el doctor Clicerio García, de un modo completamente probatorio, la versión de que el general Flores fue envenenado por agentes del gobierno obregonista-callista. Y no se limitaba el doctor a lamentar lo pasado, sino que de su peculio habilitó propagandistas de la rebelión armada, que debió ocurrir al fin del año al consumarse la violación electoral que todos preveíamos. Ningún directivo de nuestra recién formada organización política de Culiacán estuvo ocioso. De su seno partían organizadores de los distritos y de la serranía. Entre los antiguos partidarios de un célebre caudillo de la región, asesinado en los principios del carrancismo, el general Carrasco, se hizo colecta de voluntades y entre los indios descontentos de las inmediaciones. Por su parte, los oradores estudiantiles, seducidos por el encanto de las señoritas de Culiacán, no querían dejar la ciudad, frecuentaban reuniones y bailes, y nos afirmaban las simpatías de la mujer sinaloense, tan despierta y acostumbrada a la indirecta intervención en la política nacional.

Y la crónica de Juan Ruiz dice:

> De Culiacán nos fuimos rumbo al Sur. En la estación La Cruz, mitad del camino, llegaron a saludarlo comisiones de campesinos y obreros de todos los pueblos comarcanos, a pesar de que eran las cinco de la mañana. En la estación Modesto dejamos el tren para dirigirnos al Quelite. Por todas las rancherías, maestras y maestros nos esperaron a la orilla del poblado, con los niños que llevaban banderitas de papel tricolor y nos arrojaban flores silvestres. En El Quelite, las muchachas adornaron calles y casas. Nos hospedó don Modesto Aramburu y allí conocimos la canción *El Quelite*, que hoy se ha vuelto

nacional. Esta canción la escogió Nacho Lizárraga como el himno del vasconcelismo, en Mazatlán. Nos acercamos a Mazatlán.

«Qué bonito es El Quelite»

Don Modesto Aramburu era un patriarca de origen vasco, en cuyo honor lleva el nombre de Modesto una de las paradas de la vía férrea. Se había creado, años atrás, un latifundio a la buena, ganando terreno a la selva más bien que quitándolo a los indios. Había sembrado, había poblado, y al declinar su vida, reducido su haber por ventas y despojos, se le veía fornido, alto, rubicundo y de buen humor, rodeado de una familia numerosa. Una hija, viuda, joven y guapa, bailó una jota muy lucida. La mesa larga del almuerzo ocupaba los corredores de su antigua y bien instalada casa de rancho. Manteles blancos y abundancia de leche, quesos y requesones, panecillos y dulces, fruta, café, carne asada, vino tinto, la abundancia campestre, en fin, con toda su gula sana.



Mujer española: «Una hija, viuda, joven y guapa, bailó una jota muy lucida.»

Hastiados de la política, fatigados de tanto cambiar de sitio y de rostros, la caída en aquel hogar fue reposante y como un paréntesis delicioso, un apartamiento súbito de las asperezas, las vulgaridades de la propaganda. Los principales jóvenes del lugar bailaban a ratos en la sala, que con no ser muy grande y contener piano y ajuar, todavía dejaba sitio por la ancha puerta del zaguán para un apretado grupo de curiosos y amigos. Seducía la gracia, la naturalidad de aquellas pueblerinas de raza española, casi pura, simiente de primera, soltada por España en una costa que nada produjo con anterioridad. Llegó a ella gastado el esfuerzo y se quedó sin desarrollar; sin embargo, fue enorme, según lo revela el mapa. De Vancouver, o más allá, y hasta el cabo de Hornos, todo lo descubrió, lo colonizó el español. Ningún pueblo ha igualado su hazaña, pero faltó gente, se despobló la península ibérica y no pudo llenar la inmensidad que había conquistado. Y se quedaron los vástagos, que somos nosotros, perdidos por el desierto, la pampa y la costa, vencidos por la naturaleza y el tiempo, minados en el carácter, decaídos hasta en lo físico. Y sin embargo, qué garridos se veían aquellos mozos de barbas negras con quienes ya nos habíamos cruzado en el campo y que ahora asomaban por la casa de don Modesto, saludaban, se mantenían silenciosos, risueños, presto el labio a la broma, el brazo a la generosidad. Buena raza la de Sinaloa. Había llegado el momento de congregarla en favor de una causa, esforzada como las antiguas, causa de la salvación y regeneración de toda una estirpe. Entre las maestras, aun entre los campesinos, se me decía, ha despertado curiosidad esa teoría suya de la raza cósmica con México haciendo de eje de una nueva cultura. La labor de Educación también trascendió hasta aquellas rancherías, y los artículos de *El Universal*, cada semana, habían inyectado esperanzas. «Llegó

la hora», parecían decir las voces de los cornetines de una orquesta local que don Modesto había contratado por tres días consecutivos y tocaba y tocaba, en el portalillo, por frente a las ventanas rasgadas de la mansión rústica. Y entre el repertorio, variado porque es rica la región mazatleca en sones y cantares, uno se repetía intermitente, lo coreaban las muchachas: «¡Qué bonito es El Quelite, / bien haya quien lo plantó. / Camino de San Ignacio, / camino de San Javier, / no dejes amor pendiente / como me dejaste ayer!»... Tonada pegajosa, pero de extraordinaria dulzura, enternecía misteriosamente. Los del lugar la cantaban como un tema de sentimiento local. De mi séquito, alguien pasó a la orquesta la pieza popular que ya desde Sonora habíamos procurado introducir como representativa del movimiento, la vieja canción, un tanto agresiva y alegre, titulada *¡Me importa madre!*, que procuramos suavizar por *¡Me importa poco!* Era el himno de la campaña vasconcelista; se corrió la voz, y los músicos más humildes, con esa facilidad propia de nuestra raza, pescaban en seguida el ritmo, tocaban y tocaban el militante son, alternando con *El Quelite* y con otras piezas del repertorio de la costa. Se ufana ésta de un valioso folklore y también de haberle dado al mundo la gran cantante de fama italiana Ángela Peralta, nacida y criada en Mazatlán.

A la usanza de los pueblos, se repartía en el zaguán el aguardiente; la música no cedía y adentro las conversaciones, las presentaciones no terminaban. El viejo enérgico don Modesto procuraba que cada uno del lugar y los contornos se hiciese presente y se comprometiese. «De aquí saca usted —aseguraba— por lo menos trescientos hombres bien montados.» Y por lo pronto se convino que los principales muchachos del lugar, con gentes de la comarca, me dieran escolta el día de la entrada a Mazatlán.

Al atardecer nos bañamos en el río, escoltados por Aramburu hijo. En el pueblo siguió el rebumbio. A eso de las diez, metido ya dentro de sábanas, los sones de algún cantar distante evocaban la imagen de los rostros amigos; dulces sonrisas de mujeres que nos animaban con su simpatía. Y, por fin, todo se perdió en la habitual pero siempre misteriosa catástrofe de los segundos que preceden a la caída en el abismo de un buen dormir.

Las Chicuras

«Este Nacho, desde que estudia en Guadalajara, por lo menos ha aprendido a dormirse. Allí lo tiene usted, eran las ocho cuando partimos y él todavía acostado; en fin, ya no ha de tardar en alcanzarnos.» Así se expresó don Modesto, mientras torcía sobre su caballo, mirando camino atrás, y agregó: «Después de todo, quizá tengan razón los de las ciudades: aquí en el campo el poco sueño de madrugada nos hace tontos, nos seca el cerebro.» Sin quererlo, me acordé yo del Quijote y su alegato de que el mucho leer las aventuras de la andante caballería le había «secado el cerebelo». Más razón tenía don Modesto: no es el leer lo que seca el cerebelo, sino el poco dormir a que obliga el mucho leer o la simple necesidad de las conversaciones ociosas, los juegos de cartas o de salón, que inducen a desveladas inútiles. En todo caso, bien o mal dormidos, se veían robustos y alegres todos aquellos numerosos rancheros, viejos o jóvenes. Caballos magníficos y monturas charras de lujo, en número de quince o veinte, avanzamos jinetes en dirección del rancho de Las Chicuras, propiedad de los Lizárraga, emparentados con don Modesto por el matrimonio de la hija viuda. Y el Nacho a que aludía el diálogo anotado al principio tenía veinticinco años, estudiaba derecho y se hallaba empeñado en vengar al hermano, yerno difunto de don Modesto, asesinado por los callistas uno o dos años antes. Desde Los Ángeles se me había presentado Nacho Lizárraga, en la botica de Juanita, para ofrecerme apoyo en

Sinaloa. Por recomendación suya nos había atendido tan gentilmente don Modesto. La víspera se nos reunió Nacho en El Quelite, a fin de conducirnos a la casa de sus padres, en el rancho de Las Chicuras, inmediato a Mazatlán. Y los dueños habían echado la casa por la ventana para recibirnos.



Don Quijote, ilustración de Merreros: «… el mucho leer las aventuras de la andante caballería le había “secado el cerebelo”»

En la mansión de Las Chicuras el patio había sido convertido en comedor a fin de poder servir, a un tiempo, a no menos de cincuenta comensales. Pues aunque me acompañaban únicamente Pedrero, Méndez Rivas y Juanito, se nos habían agregado los hijos de don Modesto, con no sé cuántos primos, más el clan de los Lizárraga y amigos llegados de Mazatlán; por ejemplo, Chano Urueta y Villagrán, que regresaban para informar de sus gestiones para nuestra recepción mazatleca. La madre de Nacho Lizárraga, señora despejada y activa, muy católica, igual que toda la gente del rumbo, había salido a recibirnos en el lindero de su propiedad, rodeada de señoritas que llevaban ramos de flores. Inició palabras de bienvenida y se puso a llorar. El recuerdo de su hijo, sacrificado a la política turbia, le desgarraba el corazón. Allí estaba, dijo, con todo lo que valía, dispuesta a tomar revancha noble, apoyando a un movimiento que juzgaba salvador de la nacionalidad. La música que nos recibió en seguida animó el convite; era la mejor orquesta pública de Mazatlán, contratada ex profeso por la generosa dama. Durante el banquete se tocaron las piezas más en boga, pero con exclusión de *fox trots* y el *jazz*. Música mexicana y española, señalaba el programa oficial. Y era un contraste la dulzura sentimental de los compositores nativos y la crueldad de nuestro ambiente político cargado de sombras. La sorpresa de la fiesta la dieron los músicos al presentar, formalmente orquestada por el maestro director mazatleco, la canción que era ya el símbolo guerrero del movimiento: *Me importa poco*. Alcanzó, de esta suerte, el ingenuo son popular la categoría de la estilización. Los vivas, los gritos, los abrazos y los brindis premiaron la labor del joven maestro, que empezó a repartir entre mis muchachos copias de su versión. «Para que las hagan circular entre las orquestas del interior», proponía.

La Navidad del año 28 la pasamos tranquilamente en Las Chicuras. De Mazatlán mandamos traer unos juguetes para los nietecitos de la señora Lizárraga. Nuestros amigos, en su mayoría, se dirigieron al puerto. Iban y venían otros con recados y noticias halagadoras. Campesinos de toda la comarca empezaron a comprometerse a entrar con nosotros a Mazatlán, acompañados de las murgas de sus aldeas. Por su parte Juanito, como jefe de mis delegados, informaba desde Mazatlán:

> Aquí recuerdan que al pasar Obregón, como candidato reeleccionista, le tiraron con mangos y le silbaron en el mitin de la plazuela. En nuestro caso, la situación es inversa. El pueblo bajo está con nosotros y las muchachas de los clubes sociales colaboran con entusiasmo. Encabeza los preparativos don Manuel Bonilla y toda la vieja guardia maderista. Asimismo, don Victoriano Siordia y el Lic. Rosendo Rodríguez. El obrero Ibarra Díaz se está revelando como orador de lengua de fuego. El comerciante joven, don Miguel Ángel Beltrán, congrega los mejores elementos de la nueva generación. El Lic. Leonardo Álvarez organiza a los profesionistas. Los maestros se afilian con unanimidad.

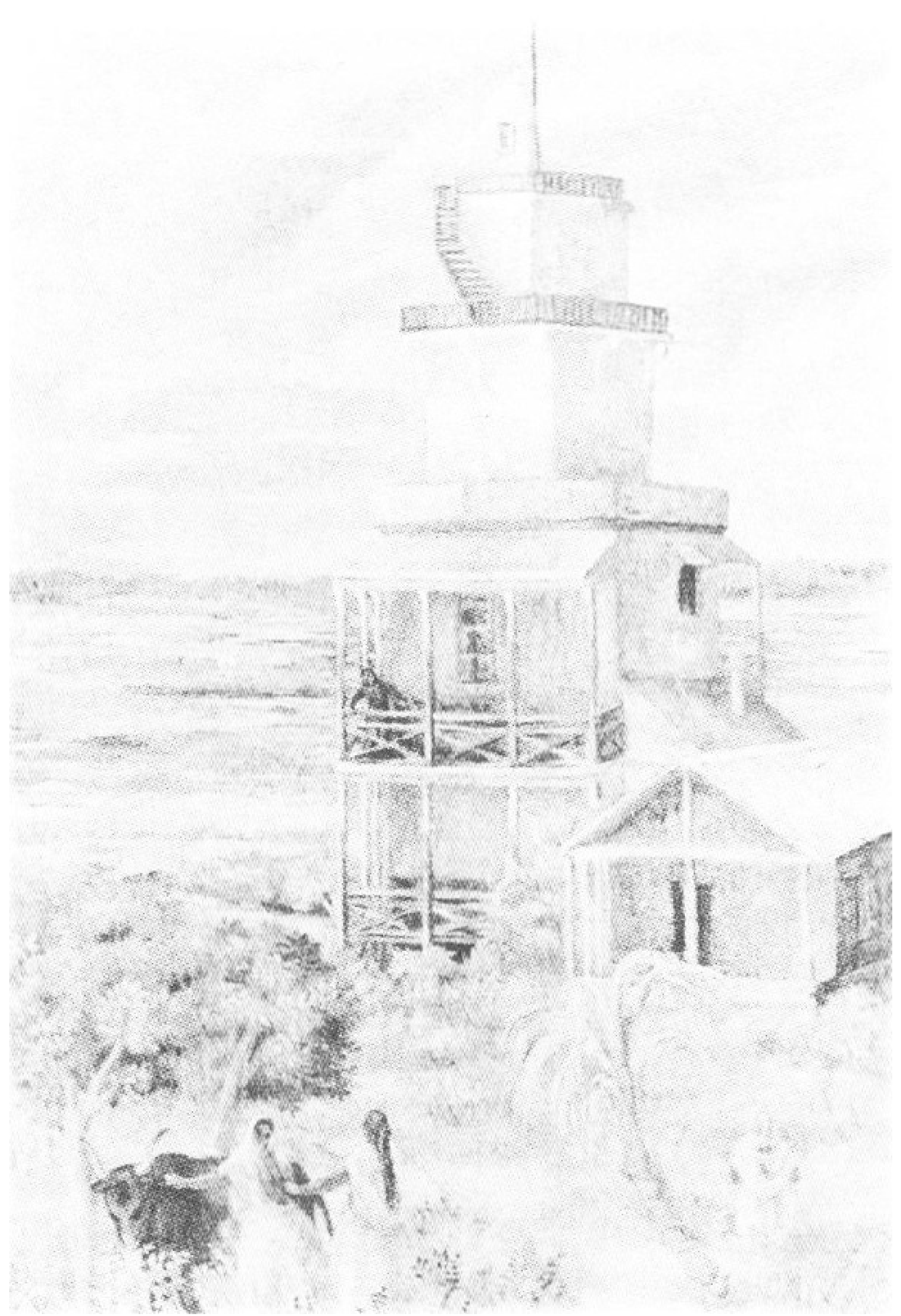
En la plaza de un pueblecito inmediato a Mazatlán, se bailó la Nochebuena. Adornada como para kermesse, con farolitos chinos y expendios de refrescos, divirtiéronse los vecinos, en tanto la torre única y solitaria del templo en ruinas elevaba su plegaria inmortal. Una luna romántica rodó entre nubes dispersas, con alternativas de luz y sombras, despertando la ternura que estrecha el abrazo de las parejas…

El 25, al amanecer, ensillamos para dirigirnos al puerto.

Mazatlán

Seguidos de músicas regionales, penetrados de la fragancia del trópico, faldeamos la montaña y asomamos a la lengua de tierra que liga la minúscula península de Mazatlán con el continente. Formaban la columna varios centenares de jinetes y número incontable de carros, autos y carretas enflorados, peatones, multitud en marcha, en ejercicio del rito de la libertad. En la estación del ferrocarril, al extremo de la tierra angosta, se juntaban los grupos que acudían del campo a la ciudad y los que de la ciudad se habían adelantado a nuestro encuentro. Allí saludamos a los directores de un partido improvisado: Miguel Ángel Beltrán y sus amigos, con Pedrero, Carpy, Urueta, Sánchez Tello, Villagrán, Juan Ruiz y Méndez Rivas. En vano procuraban los jefes organizar el desfile. Pero como todos manifestaban buen humor y sana voluntad, fácilmente se impuso el orden instintivo derivado de la topografía y el común deseo de lucimiento. Los charros de El Quelite se adelantaron. Seguía un automóvil con los del comité de recepción y en seguida nuestro auto, con Miguel Ángel Beltrán, Juan Ruiz, Méndez Rivas. Flotaban al sol las banderolas de manifestantes que, aglomerados a lo largo del trayecto por asociaciones señaladas por sus estandartes, aclamaban nuestro paso; luego se unían, por detrás, al cortejo. Las calles de los suburbios aparecieron de fiesta, decoradas con festones y colgaduras de papel de China. En los quicios de puertas y ventanas, guirnaldas frescas; en rejas y zaguanes, rostros de

mujeres, de niños, en aire de día de júbilo patriótico. En algunos lienzos de pared, la efigie del candidato hallábase orlada de flores humildes. El comercio, cerrado por la fiesta de Navidad, asimismo, en su mayoría, ostentaba señales de bienvenida. En el centro, la aglomeración detuvo la marcha. Rogando, saludando, hacíase avanzar nuestro coche. En una de las esquinas principales alguien pidió discursos; se trepó uno de los muchachos, no sé si Pedrero, al techo de una camioneta particular y arengó a la masa. Luego, apremiado por las aclamaciones, hube de trepar sobre un capacete. Esforzando la voz, agradecí vivamente la cordialidad tumultuosa. Una o dos cuadras adelantamos, puesto yo de pie sobre la móvil plataforma del vehículo. Una fotografía ampliamente difundida recuerda este instante: sobre la cabeza se ven los letreros de la bienvenida, tendidos de balcón a balcón, calle de por medio; debajo, la multitud en remolinos vivientes. Juan Ruiz se apeó y estuvo tomando fotografías personalmente y tratando las de los corresponsales. Con su disciplina de hombre de negocios culto, cuidaba de recoger el testimonio de la estampa que más tarde hacía publicar en la capital y en Estados Unidos. También ordenaba tarjeteros con las señas y pormenores de las personas que, en todo el recorrido, aceptaban encargarse de nuestro asunto político; y archivaba copias de cada una de las actas de formación de clubes, con nota y señas de cada firma. Todo a fin de llegar a la capital con la evidencia de que contábamos con adhesiones de masas y no con simples directivas de políticos.



El faro, óleo de Juan Soriano

El balcón volado, largo, de una esquina que es confluencia

de las arterias principales, había sido elegido para el saludo al pueblo y los discursos formales. Al lado mío estuvieron don Manuel Bonilla y todos los de la vieja guardia maderista de Mazatlán. Hombres puros, que entraban a la acción política con desinterés a la hora de la lucha, luego se eclipsaban a la hora de las recompensas. Desde Carranza se habían apartado muchos de ellos de la política, pero no sin antes ayudar a Carranza a su triunfo. El tema de los discursos fue que el país vivía un segundo periodo maderista, que la revolución se purificaba para llevar adelante sus propósitos de mejoramiento social, pero sin la plaga de los líderes rapaces, los soldados asesinos, los defraudadores de todo género.

Cuando me tocó perorar, la emoción del espectáculo, el recuerdo del día en que nos hallábamos, la gratitud que sentía, todo contribuyó a penetrarme de no sé qué mística unción. En mi discurso, sobre el capacete del auto, había dicho que la gloria de aquella recepción no me movía la vanidad, como pudiera acontecerle a un joven sin experiencia; despertaba mi responsabilidad, me legaba la esperanza, las exigencias del pueblo. Ahora, en el balcón, ante la aparente unanimidad de aquella acogida, sentí el deseo de lanzar un llamado a la concordia y lo hice en nombre del Jesús Divino, cuyo aniversario estábamos viviendo. Alguien, entonces, gritó desde el montón de la acera de enfrente: «Cuidado con la bondad y no le pase lo que a Madero.» Se quedó el público suspenso y yo también. Luego, repuesto, expresé: «Tiene mucha razón mi interruptor. Pero hay algo que debemos meditar: ordena el mandato perdonar al que nos ofende en nuestra persona; no podemos, no debemos, en cambio, perdonar al que ofende a la colectividad. El error maderista, error de inexperiencia y de generosidad, fue no hacer distinción entre los que

hostilizaban a Madero y los que hacían daño al país. Por mi parte, yo me comprometo —concluí— a no perdonar a los que notoriamente han sido infieles a la revolución, perjudiciales a la patria, ladrones de la política, los que han asesinado al hermano, han traicionado los principios.»

Al terminarse los discursos, el grueso de la manifestación se repartió en fracciones que siguieron recorriendo las calles, acompañados de sus músicas. En nuestro hospedaje hallamos dos bandas que alternaban estruendosas y una infinidad de amigos y de curiosos, sentados en las mesillas del patio, tomando cervezas y conversando. Otros, por el corredor alto, aprovechaban la oportunidad de ser presentados, de ofrecer sus servicios.

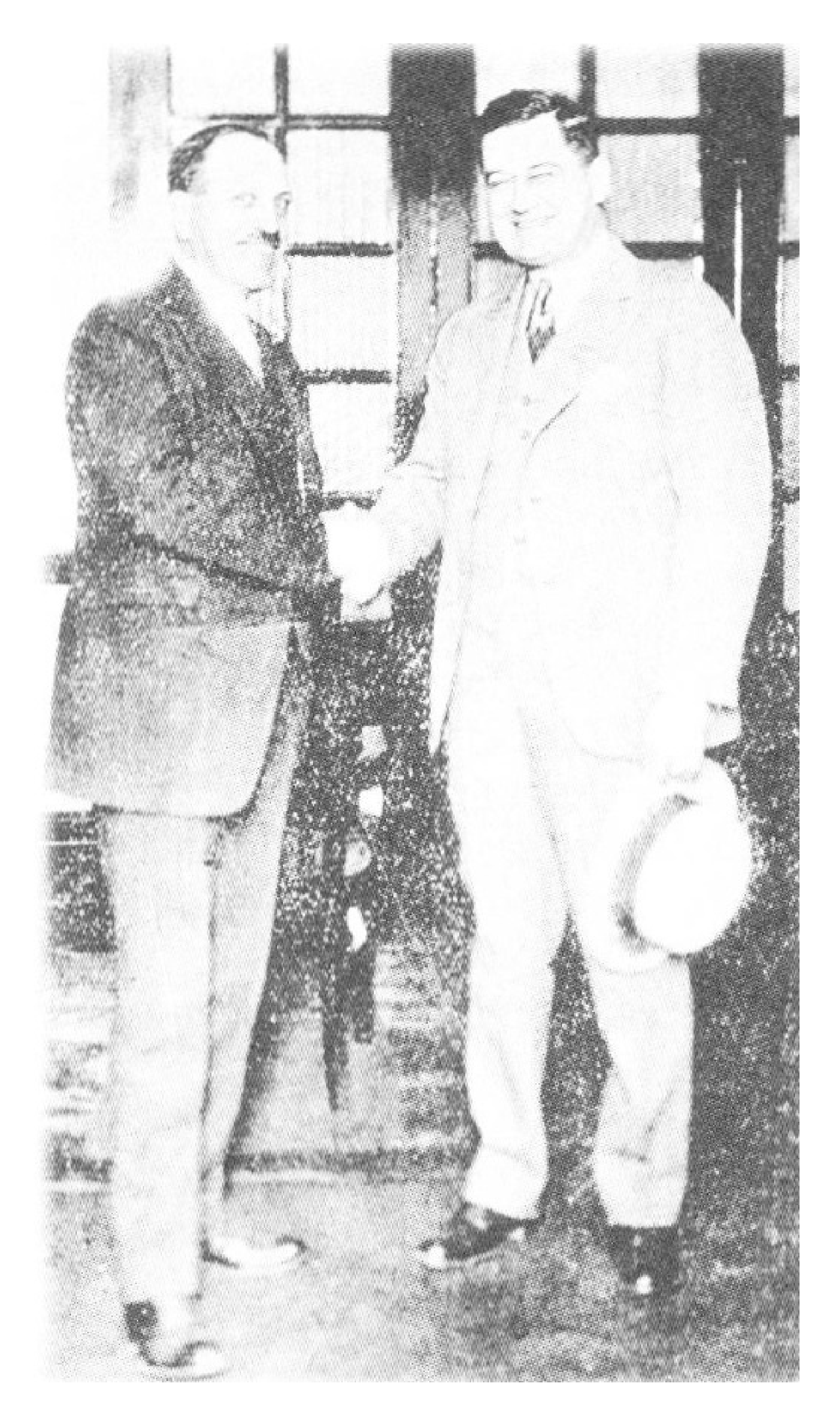
Por la tarde, para escapar un poco a la presión de los visitantes, don Manuel Bonilla, con Beltrán y otros caballeros del lugar, me hizo recorrer los puntos de interés; subimos por la inalámbrica y el faro, disfrutamos las brisas y los panoramas sublimes del paseo de las Olas Altas. Al anochecer, celebramos entrevistas con jefes de clubes de poblaciones inmediatas que debían partir al día siguiente. Y toda la noche pasaron bajo nuestros balcones grupos de celebrantes en autos, en trocas y a pie, bebiendo y cantando. A intervalos, una música estallaba en la acera, tocaba una o dos piezas y luego se marchaba; pero como había tantas repartidas por la ciudad y era general la decisión de seguir la juerga, la noche entera resultó de serenata. Serían las seis de la mañana y en el patio mismo del hotel irrumpió toda una orquesta. Soporté una o dos piezas; luego, entreabriendo la puerta que daba al corredor, quise llamar un mozo para exponer mi queja y se me echó encima, efusivamente, un joven alto, bien vestido, un tanto desencajado. Lo seguía un criado con una bandeja, copas y una botella de champaña. Cuando me di cuenta, estábamos los dos en mi alcoba, con

Méndez Rivas, que se había incorporado de la habitación contigua, brindando en pijamas. «Toda la noche —nos dijo el intruso— he traído esa orquesta, llevándole el gallo a las muchachas y vitoreando al candidato independiente.» Luego explicó que iba de retirada, tenía que acostarse a descansar, pero antes, otra copa, y alargaba la bebida cintilante. Buena, pero no a esa hora. Y no se marchaba. Revistiéndome de energía, le dije: «Usted dormirá toda la mañana, ¿verdad? ¡Quizá todo el día!» «Sí, mi licenciado.» «Bien, pero nosotros no podemos reposar; para eso de las diez ya tenemos que estar bañados, afeitados, desayunados, a fin de dar comienzo a un programa de todo el día; así es que, si usted es nuestro amigo, déjenos dormir un par de horas, retírese y muchas gracias por todo.» Aunque estaba bien subido en tragos, no se ofendió; tomó el sombrero, brindó una última copa, que rehusamos; luego, por fin dándonos un abrazo, se largó, indeciso en el paso.

El saldo

Hecho el recuento de las fuerzas con que contábamos, aparecía que eran todas las del lugar. No había enemigo al frente y, en cambio, estaban comprometidos y formalmente afiliados a nuestras organizaciones los de la clase media y los trabajadores, con uno que otro de los acomodados. De suerte que si viniesen más tarde propagandistas de otras candidaturas hallarían el terreno totalmente ocupado. Nuestro enemigo emboscado era el ejército. Por allí andaban los oficiales y los jefes muy corteses, pero herméticos. En los círculos sociales tenían lugar usurpado, pero prominente, y cuando nos presentábamos nosotros, según ocurrió en cierta cena y baile del Hotel Belmar, los jefes militares allí presentes tuvieron que ponerse de pie junto con la concurrencia que entonaba el himno vasconcelista. *Me importa poco.* La letra, recién adaptada, decía:

Me importa poco que Calles no lo quiera…



Wilson y Luis Cabrera: «La idea de subvenir de esta manera los gastos de la campaña me la había dado un discurso del presidente Wilson»…

En esta reunión pudimos apreciar, por la primera vez, la gracia y la elegancia de la sociedad mazatleca, tan justamente alabadas. Amabilidad con sencillez, sin el exceso de cortesanías de ciertos círculos de clase media de la capital y el interior; buen gusto en los trajes, de colores claros, estrictamente a la moda. Y alegría fogosa, sin perjuicio del recato, de la buena educación. Una prima de Nacho Lizárraga, jovencita muy despierta y elegante, me tocó de compañera de mesa. Luego, en la tertulia que siguió, nos presentaron con parientes del doctor Urrea, de San Francisco. Y se bailó, se recitó y se hizo hablar a mis oradores de la universidad metropolitana. La oratoria seducía a las damas. El porte varonil de Carpy Manzano y su estilo galano, un tanto rebuscado, eran de efecto seguro. Procedían todos aquellos tribunos de los concursos nacionales de oratoria. Se sentían seguros de su cultura puesta al servicio de una causa noble, y la sociedad los premiaba con aplausos y consideraciones ilimitadas. Hábilmente, Miguel Ángel Beltrán, muchacho de sociedad, uno de los mejores partidos matrimoniales del puerto, reposado y bien parecido, aprovechaba el efecto de las reuniones para ir preparando las conferencias que dimos en el teatro. Resultaron muy solemnes, patrocinadas por lo mejor del público, lucidos los palcos de hermosas damas, apretada de varones la sillería baja, y en las galerías, incluso público de soldados. Y todos pagaban por entrar. La idea de subvenir de esta manera los gastos de la campaña me la había dado un discurso del presidente Wilson, cuando tuvo que enfrentarse a los *trusts* y los ricos que apoyaban a los republicanos, y acudió a la suscripción popular. Irritaba

mucho a mis rivales este medio de obtener recursos, pues ellos no podían moverse sin sustraer del Tesoro Público el precio de los pasajes y las comilonas con que obsequiaban a los vagos de cada región. Mejor entrada que la de la primera conferencia en Mazatlán no volvimos a obtenerla. Cuando se hizo la liquidación, Miguel Ángel, que fungió de empresario, me entregó un cheque por novecientos dólares, diciendo: «Hemos resuelto que este dinero sea para usted, para que lo mande a Estados Unidos a su familia, porque los gastos locales los hemos cubierto ya, por suscripción, un grupo de amigos.» Las entradas de la segunda conferencia, también crecidas, las dedicamos a la beneficencia local. En la segunda conferencia dijo un buen discurso el hijo de Urueta, que ya en Hermosillo había saboreado los primeros aplausos en la plaza pública. Le ayudaba su nombre y su figura nerviosa, delgada, inteligente.

Por vía de descanso, nos obsequiaron Beltrán y sus amigos del comercio con un paseo en lanchas a la isla de Los Chivos. Nos bañamos en una playa de aguas verdes, arenas limpias. Cerca de cincuenta comensales nos reunimos a la mesa, servida con lujo de vinos y viandas.

En el hotel teníamos constante guardia de voluntarios escogidos por la central del partido. Cada noche sesionaba éste en una casa de las afueras. Cuando la visitamos había no menos de seiscientas personas, todas inscritas y activas. El tema de los discursos era la necesidad de resucitar el partido maderista en su pureza; la ocasión que se presentaba al pueblo de tomar en sus manos el destino de la nación. La exigencia de salvar los postulados de la revolución, asegurando al pequeño propietario sus derechos, al obrero sus ventajas, al capital mexicano sus prerrogativas. Un nacionalismo sin agresividad, pero consciente plenamente de sus problemas y sus recursos, imprimía su aliento

generoso a las resoluciones. Y como medidas inmediatas, la organización para la lucha electoral, en seguida la preparación necesaria para hacer respetar el voto. En el deporte también estaban inmiscuidos los militares. No pudieron impedir, sin embargo, que en el campeonato de *base-ball* que se celebraba el domingo de nuestra permanencia en la ciudad fuese yo el invitado de honor que lanzaría la primera bola. Recibí la pelota de manos de un militar muy cortés. La lancé al ruedo y aplaudió todo el público. La sociedad entera veía, en los homenajes que se nos prodigaban, el signo de su liberación. Pues subterránea fermentaba la indignación contra el gobierno y contra los militares. Nos explicamos el sentimiento reprimido una tarde que, paseando por la avenida de un lomerío que contiene las casas principales del lugar, de pronto nuestro auto se detuvo y retrocedió. No se podía llegar al extremo de la calle; la finca más lujosa era la mansión del jefe de las armas. Sólo con su permiso se podía transitar por enfrente. La mejor vista sobre el mar quedaba, de este modo, interrumpida por un capricho inusitado de la comandancia. En un pueblo ufano de su independencia, acostumbrado a vivir de sus propios recursos, estas pequeñas vejaciones dejaban huella. En los mejores círculos, al jefe militar lo llamaban «Varita de Nardo», el título de una canción en boga, sentimental y socarrona para los que estaban en el secreto.

Se nos aconsejó que partiésemos después del primero del año, para aprovechar la ocasión que darían las fiestas. En el baile de año nuevo del Casino, introducidos por el padre de Miguel Ángel Beltrán, nos pusimos al habla con los adinerados, casta inútil hasta para la propia defensa, incapaz de patriotismo y de iniciativa. Recibimos el saludo de los cónsules y el de Norteamérica se esmeró en mostrarnos

atención. Uno de nuestros amigos, el doctor Vallejo Arizmendi, tenía allí la novia, una de las más bonitas y elegantes. Mis muchachos bailaron con las más hermosas. En el bar, me refugié yo con los viejos.

Méndez Rivas, inflamable, volvió a enamorarse, lo mismo que en Guaymas, y en las pocas noches que allí seguimos gastó un buen pico en orquestas para el gallo, a estilo del lugar, y ramos de flores, que según parece no pasaron del balcón.

A medianoche dejamos el Casino, acompañados de la comisión que nos llevó al Club del Comercio, sitio de reunión de la clase media. La concurrencia era allí numerosísima, bien ataviada, y no temía comprometerse. Nos recibió con el *Me importa poco*; luego, con ironía, cantaron el *Varita de Nardo*. Llovía el confeti, hacían arcada las serpentinas. Después de los discursos obligados, mi estado mayor se entregó a la danza. Serían las tres cuando nos recordaron que era indispensable presentarse al Club de los Marineros, situado en el barrio popular. Allí nos acogió una verdadera multitud. Los salones, nada lujosos, pero muy amplios, rebosaban de parejas. Bailando alegremente, con chicas del puerto, vimos a unos marineros *yankees*. Alguien los enteró y se acercaron a saludarme como *the next President*, un poco ebrios, pero muy cordiales. Aprovechando un entreacto, uno de los socios anunció, en voz alta, que se suspendía el baile para escuchar nuestros discursos. Aplaudió el concurso, pero se atravesó un capitán o coronel, nunca he podido distinguir los grados, y se puso a hablar en privado con el proponente. Se formó un corro y se oían las voces, pero no lo que hablaban. Por fin, el militar vino hacia mí y me dijo: «No me opongo a que ustedes hablen, están en su casa, pero soy de la Directiva del Club y el reglamento nos prohíbe celebrar actos políticos. Si ustedes insisten —

añadió dirigiéndose a los socios que nos patrocinaban—, yo me retiro y renuncio a mi puesto en la directiva.» «Que renuncie y se largue», pensé dentro de mí, pero en seguida, viendo que el militar estaba en minoría y que no era prudente provocar incidentes menores, resolví: «Respetaremos el reglamento.» Entonces el coronel se vino hacia mí y me abrazó; luego, insistiendo, nos llevó a una mesa, nos obsequió de beber. Repercutieron una vez más los vivas a mi candidatura y a los pocos minutos rendí la jornada, corriendo presuroso tras la dicha, no muy segura, de unas cuantas horas de buen sueño en la cama de mi hotel, expuesta a todos los ruidos por la calle y por el patio.

Trabajo me costó sacar de aquella Capua a los muchachos de mi comitiva. Por fin salieron, en su mayoría, con rumbo a Tepic. Antes de partir nosotros, conversamos extensamente con los principales de la zona mazatleca. La elección sería fácil ganarla, pero después, ya sabíamos la costumbre de los militares. Sería necesario repetir el esfuerzo de cuando Madero. La región se prestaba admirablemente para servir de base a un empeño bélico por la unanimidad de la opinión que habíamos creado, por la sierra próvida, poblada por una raza aguerrida, habituada a ser el sostén de las mejores causas. Todos estuvieron de acuerdo. Y como daba la feliz coincidencia de que Beltrán, en su casa de comercio, era también importador de armas, quedó convenido que, desde luego, empezaría a colectar fondos para repartir unos centenares de rifles entre el campesinaje adicto, y docenas de pistolas. Quizá al final del año allí me verían de nuevo, pero ya no para bailes y fiestas...

Caracteres de contagio

«La soberbia recepción de Mazatlán va tomando caracteres de contagio», escribe Juan Ruiz en su crónica de los recorridos de occidente, que aprovecho en parte para animar el relato. Abandonando sus ocupaciones, don Manuel Bonilla nos acompañó a la visita de San Ignacio, importante distrito minero y solar de viejas familias educadas. Y escribe Juanito:



Chinacos, de Daniel Thomas Egerton: «Por todo el camino se nos presentaron grupos de rancheros a caballo»…

En el primer alto que hicimos en El Limón, grupos de vecinos y los chicos de las escuelas salieron a agasajarnos. Por todo el camino se nos presentaron grupos de rancheros a caballo que Nacho Lizárraga y Ramón Aramburu, el hijo de don Modesto, habían prevenido. Y se nos unieron los más, de suerte que cuando llegamos, al anochecer, al casco de San Ignacio, nuestro cortejo era imponente. El vecindario, alineado en las aceras, alumbró nuestro paso con hachones. Bellas muchachas de la mejor sociedad, mezcladas al pueblo, nos acompañaban cantando y gritando con entusiasmo patriótico inusitado.

«¡Es extraordinario este bullicio!», afirmamos, y nos dijeron: «El diputado federal estuvo aquí hace dos días. Traía la pretensión de que negásemos a ustedes hasta el saludo. En respuesta, aquí está todo el pueblo de San

Ignacio.» El presidente municipal se acercó en eso, abordándonos en plena calle para ofrecer no sólo el kiosco de la plaza, según costumbre, sino el salón del municipio para que, a falta de teatro, allí celebrásemos los actos que nos vinieran en gana. Bailamos y discurseamos esa misma noche en el municipio. El diputado, previendo el desastre, se había mandado mudar… Ya regresarían los malditos con sus escoltas de militares a imponer el terror; por lo pronto se escabulleron los del gobierno. Y aprovechando la tregua, se instaló allí por primera vez un club de mujeres en apoyo de nuestra candidatura. Y una de las afiliadas de ese club, la hermosa señorita Iduarte, resultó heroína y tuvo que expatriarse del lugar al final de la campaña y después de exhortar a los hombres que nos abandonaban en masa, se retractaban, cuando volvió a imperar el terror.

Camino de San Ignacio, camino de San Javier —decía la copla—: *Camino de San Ignacio…*

La crónica de Juan Ruiz prosigue:

En Aguacaliente, Sinaloa, comimos a la vez que se instalaba otro club y las campanas tocaban a vuelo y atronaban los cohetes. En Escuinapa, de nuevo, la gente nos esperó a orillas de la población y hubo mitin; lo mismo ocurrió en Concordia, El Verde y Zavala, pueblos todos enemigos del callismo y habitados por viejos soldados del general Flores, del general Carrasco, que se hallaban por allí cultivando sus tierras, esperando la oportunidad, cada uno con su caballo y su rifle. Ellos habían hecho la revolución en Sinaloa y los del régimen eran sus explotadores. En Rosario hubo otra vez cariñosa recepción, conferencia en el teatro y baile en la Sociedad Miguel Hidalgo.

El entusiasmo no se detuvo en los límites de Sinaloa. En Acaponeta nos dieron un baile y fundaron un club. Visitamos también Tecuala, centro tabaquero importante. Luego abordamos el tren en modesto coche de primera. En el *pullman* venía el diputado Ricardo Topete, por entonces jefe de la Cámara, líder obregonista muy temido. En estación Ruiz tuvimos, el indicado líder y nosotros, una sorpresa: la gente llenaba los andenes y arrojaba flores, tocaban músicas. Nos hicieron bajar y recorrimos las calles que estaban adornadas con hojas de plátano. Asomó Topete a una ventana y, habiéndolo visto Carpy, aprovechó para lanzar un discurso que hizo sonrojar a los pobres diputados de su corte, que le debían el

puesto a nombramiento gubernamental.

En estación Ruiz lo dejé para seguir a Tepic, mientras usted visitaba Santiago. Me hallaba yo preocupado por los rumores insistentes de un atentado que pondría fin a nuestra gira, precisamente en Tepic.

En Santiago, prácticamente no conocíamos a nadie, pero había clase media próspera, y ésta era nuestra aliada natural. Un numeroso grupo de pequeños cultivadores había dedicado sus tierras al tabaco, refaccionados por un *trust yankee*. Eran, en su mayoría, jóvenes entre los treinta y los cuarenta, y ellos nos tomaron a su cargo. En un hotel bastante cómodo, en cuyo patio se daban papayas, les explicamos que se trataba de organizarse en partido, de fundar clubes y de prepararse para una lucha formal. Así se hizo, pero según los métodos de la costa, es decir, previa la invitación a comidas y la celebración de bailes. En uno de éstos se ganó a la concurrencia femenina, muy distinguida, Carpy Manzano con su oratoria brillante. Después, en un tejabán, con música y cerveza proporcionadas por el grupo espontáneamente formado, se levantaron las actas del club, se recogieron firmas.

Nos llevaron a visitar los plantíos de tabaco. En el trayecto deteníamos nuestro auto para hablar con aquellos campesinos, conocidos en la región como gente de pelo en pecho. El tabaco de Nayarit es de planta baja y hoja ancha, que se pone oscura y sirve más bien para relleno, pero estaba dejando utilidad crecida. En parrandas pueblerinas y bailes se les iban las utilidades a los muchachos. Detrás de nosotros iba el carro con las provisiones, la comida y las cajas de cerveza. En una excursión que hicimos a San Blas conocí unos ostiones, o más bien, ostras pequeñitas, de tallo azulado, que venden por la calle en jarras fragantes, positivamente deliciosas. Tanto a la ida como al regreso gozamos al atravesar una selva tropical de árboles

gigantescos, menos tupida que la manigua veracruzana, mi conocida vieja, pero imponente por la corpulencia de los troncos, la altura increíble de los ramajes. En un alto, hecho para solazarnos en la espesura, alguien me prestó un rifle y por casualidad eché abajo un guacamayo enorme y precioso, todo azul y verde, que quise guardar para hacerlo disecar en recuerdo del paseo, pero, según me lo advirtieron, el animal desapareció a causa de que no era yo el único interesado en la conservación de aquella presa sin otro valor que el afectivo.

Con un pretexto y otro nos retuvieron en Santiago varios días. El último lo empleamos en una excursión por el río, que por esa región es caudaloso y abriga caimanes en gran número. Desde la ribera boscosa y alta se mira la corriente ancha entre arenales fangosos. A flor de agua asoman sus lomos corrugados los lagartos, y desperdicia sus tiros el que, como yo, no acierta a pegar en los ojos. Pero el goce del paisaje bárbaro es singular y fortificante. Abruma el calor en la siesta, pero es muy grato atravesar el río en canoa, por la mañana y en el atardecer.

De regreso por estación Ruiz, recuerdo una aldea, irregular, que tenía decoradas las calles con grandes arcos de hojas de palma enormes qué con cruzarse al apoyo de dos postes ya forman ornamento triunfal. Se empacaba allí el coco de palma que se usa para aceite. Los cultivadores nos organizaron un mitin en un gran tablado semidescubierto. El público numeroso, de caras trigueñas, estaba formado principalmente de trabajadores. Y como en todas partes, hubo música, que no nos costó un centavo, y colecta de firmas. Un médico encabezó allí el comité y nos hospedó en su casa.

Tepic

La capital de Nayarit es una ciudad de tipo colonial, pequeña pero muy pulcra, habitada por un buen núcleo de población criolla. La mujer, como en el resto de occidente, ejerce allí influencia considerable, pero sin ambiciones feministas.



H. Roland Holst Vander, escritora sueca, óleo de Shalk: «La mujer, como en el resto de occidente, ejerce allí influencia considerable»…

Nuestra condena abierta de las persecuciones a los católicos nos ganaba de antemano la opinión, pero no por eso se puede decir que fuésemos el candidato de los católicos. Ninguno de nuestros dirigentes era católico. Y nuestro número abrumador se reclutaba en las masas sedientas de pan y justicia, no en las esferas de los acomodados. Se limitaban éstos, como siempre, a desearnos el triunfo, pero a la hora de las contribuciones abrían el bolsillo a los políticos del gobierno; a nosotros nos dedicaban los aplausos. En el pecado han llevado la penitencia aquellas gentes menguadas, que en cada provincia se creían de sangre azul, pero ignoran el deber primario de toda aristocracia, que es saber morir por sus ideales, sacrificar a ellos cuanto se tiene. Y es que no son verdadera aristocracia, sino burguesía de segunda en el Sur y en el Norte, una colección de pochos y apochados que de Estados Unidos toman la prédica optimista de los rotarios, pero no el empuje constructor. A la hora de levantar los muertos de las hecatombes gubernamentales, y en deliberada complicidad póstuma, se organizan en cámaras o mueven sus clubes para servir al vencedor, y claman: «Hay que olvidar el pasado, seamos optimistas, sólo existe el futuro.» Y el que sigue alimentando una ambición de justicia es para ellos un despechado. La salud de la patria la miden por el alza y baja de sus cuentas comerciales. El ideal lo tienen en ver que los hijos se eduquen en el extranjero para lacayos del imperialismo. De todos los gobiernos sacan ventaja mediocre y en el labio tienen la prédica de la hora, ya democrática, ya socialista, ya bolchevique, siempre militarista, y según la consigna de la logia o de la bolsa

extranjera. Ninguno de éstos, por supuesto, se nos acercó en nuestra gira. Los ataques al embajador *yankee* y a todo ese rotarismo, que no es otra cosa que vergonzante coloniaje, les sonaba a blasfemia. Por excepción, nos mandaban a sus hijos a asomarse a nuestros clubes, pero dando a entender en cómplice, canalla actitud, que era cosa de chicos y de estudiantes todo aquel juego nuestro a la democracia. ¡Una democracia sin permiso del embajador, que es el jefe inconfesado de la mexicana rotarianidad! Sin contar con tal gente hubiéramos podido barrer la ignominia, pues ella no cuenta, ni la deseábamos a nuestro lado, ni podía estar con nosotros, pero nos falló lo que parecía nuestra médula nacional, que es la clase media inerme —aplastada en cada sitio por el militar—. Por esa clase, única esperanza de una nación sin esperanza, lamentamos el triste fin de aquel esfuerzo, no por los que nacidos con alma de esclavos se hallan bien bajo cualquier dominación que les tolera provechos mediocres, y si es extranjera, mejor. No tenían influencia en Tepic estas gentes. Eso lo vimos desde el principio. Y también que ni siquiera el gobierno local nos iba a hostilizar. Juanito, que en la estación nos aguardó un domingo por la mañana, relata:

En Tepic, el presidente municipal, un ex maestro y hombre de primera, puso a mi disposición quince policías para que lo escoltaran a usted desde que se apease del vagón. Al pisar usted tierra, en medio de las aclamaciones de costumbre, le informé rápidamente de esto. Y usted se me enfureció y me dijo: «¿Qué le parecería a usted ver mi fotografía en medio de polizontes? Retire usted esa gente y que me dé escolta el pueblo.» En la estación había, aparte de cientos de peatones, unos cien agraristas a caballo que iniciaron el largo desfile de la estación al Hotel Bola de Oro, frente a la plaza. En el largo cortejo sobresalían los estandartes de asociaciones privadas y abundaban las mujeres de todas edades. Un caballero alto, entrecano, delgado, el señor Paniagua, antiguo maderista y organizador local, nos detuvo frente a su casa, nos hizo pasar unos minutos, venciendo mi resistencia, ya que no parecía justo detener la columna para un acto intermedio. El zaguán de la casa estaba adornado con flores y banderas.

Desde los corredores del Hotel Bola de Oro, que daban sobre la plaza repleta

con varios millares de almas, Carpy Manzano, Pedrero y un nuevo orador, llegado de la capital, Pacheco Calvo, lucieron sus galas. El público escuchaba embelesado, contento.

Y añade Juan Ruiz:

Ocurrió en seguida un incidente significativo. En los bajos del hotel había una cantina; cuando pasamos rumbo al comedor, escuchamos dentro del bar ruido de voces y copas. Un mozo del hotel nos interrumpe; nos dice que unos señores desean verlo, saludarlo, en la cantina. Usted, sin vacilar, penetra al local; detrás vamos Méndez Rivas y yo. Grande fue nuestra sorpresa al darnos cuenta de que estaban allí doce o quince oficiales de la guarnición de la plaza, todos uniformados. Apenas entramos, uno de ellos ordenó al mozo que cerrara las puertas. Méndez Rivas llevó la mano a la pistola y yo me puse a su lado. Pero otro oficial, en tono comedido, se acercó a usted y le dijo: «Señor licenciado, perdone que lo hayamos mandado llamar, pero no podíamos subir a saludarlo por estar uniformados. Queremos que se tome un coñac con nosotros, que somos sus amigos y simpatizadores.» Aceptó usted complacido y se sirvió más de una ronda. Luego lo invitaron a una retreta que daba en la plaza de armas la música del batallón, y fuimos los tres, por la noche, a dar una vuelta a la retreta…

Otro incidente recuerdo que demuestra el estado de ánimo del público.

Estando yo, antes de su llegada, en una librería, a donde fui a comprar unos periódicos, entró un mayor del Ejército en busca de papel de China y otras pequeñas cosas. «¿Para qué quiere papel de China? —preguntó la vendedora—, ¿va a tener fiesta en su casa?» «No, señora, es que las mujeres han venido a suplicarnos que adornemos la fachada de la casa porque mañana entra Vasconcelos a Tepic. Y ya ve usted, uno no puede rehusarse»…

Se le ha acusado a usted, es cierto que por gentes sin responsabilidad, de que lucró con el producto de las conferencias. Yo me encargué de organizar todas las de la costa. El producto de la de Nogales fue como de quinientos pesos y se usó en Nogales para pagar la fiesta de recepción. La conferencia de Hermosillo fue brillante, con asistencia de todas las clases sociales, incluso militares, y con un efecto tan notorio que de allí salió usted aclamado como un «Madero culto». Produjo menos de quinientos pesos, que se emplearon en los gastos del lugar. Las conferencias de lugares como Cajeme, Navojoa, Guaymas, producían de noventa a ciento cincuenta pesos, apenas para los gastos del hotel y transportes. En Culiacán, la conferencia del teatro fue muy lucida en la concurrencia y en la oratoria, pero apenas produjo unos cuatrocientos pesos, que se gastaron en las excursiones comarcanas. En Mazatlán tuvimos desahogo; la comisión pagó el hotel de todos sus acompañantes. La primera conferencia, de muy buen producto, fue para usted; la segunda, para la beneficencia. Pero ya cuando recibió esta ayuda, su cortejo había aumentado y con él los gastos. En Tepic, económicamente, no nos fue muy bien. Y recuerdo que como en Guadalajara no pudo usted dar conferencia, salió de allí quebrado a tal punto, que estando usted en La Piedad me pidió auxilio; le mandé ciento cincuenta dólares de colectas de Los Ángeles, y con

ese dinero usted se equilibró.

Los temas de sus conferencias eran no sólo políticos, sino también instructivos. Defendía usted el civismo, comparaba los gastos de guerra de Brasil, Argentina y México, en relación con los gastos de escuelas. Repudiaba usted la tesis que propagaban los del gobierno, que no se atrevían a atacarlo a usted de frente y afirmaban que usted estaba bueno para presidente de Francia, pero no para México, que requería mano dura y un general fusilador. Recuerdo que muchos pueblos escuchaban atentamente sus palabras, como si las meditaran; luego se convertían en furiosos partidarios. En general, fue la suya una obra de persuasión directa, después de la preparación consumada por sus libros y sus artículos semanarios.

Desde el principio quedó entendido que el movimiento democrático que desarrollábamos era preparación para la revolución, inevitable donde no se respeta el voto. Gráficamente decía usted en todas partes que estaba dando legalidad a la revolución que habría de venir. Y es esto lo que la gente pedía. Recuerdo, por ejemplo, que estando en Culiacán llegaron a verlo gentes de la sierra de Tamazula, Durango, y de Badiraguato en Chihuahua, rancheros de a caballo que ofrecían sus servicios y pedían que hubiese balazos para acabar con el régimen que azotaba el país. A todos les decía usted que estaba de acuerdo, pero que era necesario no caer en el yerro de Gómez y de otros, que se vieron forzados a levantarse en armas antes de la elección. Que debían esperar las elecciones y votar en ellas, pero resueltos a defender después su voto, arma en mano, contra todo y contra todos.

Y los militares no estaban entonces, en su totalidad, del lado del mal gobierno. Así lo prueba el episodio, ya referido, de Tepic, junto con otros muchos, y éste que me he reservado para el final de mi nota, por lo gracioso que resultó: Estábamos en Mazatlán, en el hotel, y abajo en la cantina se hallaban reunidos empleados del gobierno, que, tal como ocurrió en Tepic, deseaban saludarlo, como por casualidad, temerosos de las consecuencias de una visita formal. Me pidieron que lo bajara a usted a tomar una copa con ellos. Usted accedió. Nos hallábamos en completa camaradería cuando asomó un capitán del ejército. Nos mira y vacila. Méndez Rivas, siempre en acecho, se coloca detrás de usted. Se retira el capitán, pero a pocos instantes regresa. Entonces, resueltamente avanzó hacia él Méndez Rivas y preguntó: «¿Qué desea, señor capitán?» «Quiero saludar al señor Vasconcelos», dice, y colocándose al centro de la sala, afirma que es su partidario y le ofrece un abrazo que usted se apresura a corresponder. Alguien le pasa una copa al oficial y éste brinda: «Soy capitán, pero también soy maestro y elevo esta copa en honor del candidato de los maestros.» Al instante, un borrachito que había pasado inadvertido, dormido en un rincón, añade: «Y por el maestro de los candidatos.» Grandes risas y aplausos.

Aquí termina la crónica de Juanita, que en Tepic se despidió de nosotros para continuar ayudándonos desde Los Ángeles.

Una distinguida señorita de Tepic, que encabezaba a todos los clubes femeninos, organizó un baile y comenzó a ponernos en contacto con todo el mundo. Y se me informó: cuenta usted con todos, a excepción de los militares. Tenían allí mucha influencia los militares en sociedad, pero no eran queridos. Había, en el momento, seria división a causa de un concurso para reina de no sé qué fiestas, y existía la candidata de los civiles y la candidata de los militares. Con este motivo se exteriorizaban rivalidades que no pudimos impedir trascendieran a nuestros mítines y nuestras reuniones. Un boticario y un médico homeópata habían creado clubes; la masa de nuestros adherentes estaba compuesta de empleados de comercio, gente humilde que no podía ver en los militares sino a verdugos, y eso que, bajo el ministro Amaro, se empeñaban en mostrarse decentes, jugaban polo a la inglesa los domingos, sin perjuicio de fusilar entre semana cada vez que así se les ordenaba. Con todo, el ramo de oliva lo tendieron los militares y en forma muy galante. La que tenían por reina se exhibía a caballo entre los oficiales de la guarnición y me mandó recado de que ella también quería contribuir a colocar algunos palcos para una conferencia anunciada. Aceptamos, por supuesto, y procuré demostrar que no tomábamos parte en la pugna local de las dos candidatas. En sana paz continuamos así nuestros trabajos, pero no acabábamos de marcharnos porque comenzaron a llegar noticias adversas del Sur. Nacho Lizárraga, que se había adelantado como mi representante especial en Guadalajara, escribió que contábamos con los estudiantes de la universidad y con el pueblo, pero que a pesar de eso no esperara recepción decorosa en la capital de Jalisco. La presión del gobierno local era terrible. La gente, diezmada y aterrorizada por la guerra cristera que tenía su centro en el estado, se mostraba recelosa, y por último, de la

capital iban a enviar elementos que nos atacarían en plena calle, nos impedirían realizar mítines. De pronto no le dimos importancia a la información y le escribí a Lizárraga que preparase todo lo mejor que se pudiese y que yo estaría allí el domingo próximo. Y que pusiera de acuerdo a los manifestantes para que, si nos dispersaban por la estación, volviesen todos a reunirse en la plaza, frente a la Universidad, a fin de que, de cualquier manera, el mitin se realizase.

Un nuevo tropiezo vino a demostrarnos que los del gobierno empezaban a moverse con decisión en contra nuestra. El joven Villagrán, a quien siempre daba las comisiones difíciles porque tenía tacto y mucha tenacidad, regresó de Compostela, a donde había ido bien provisto de cartas, para decirme que el presidente municipal, una especie de facineroso, lo había expulsado físicamente y había amenazado a todas las personas que se presentasen a recibirnos. Una escolta de matones era todo lo que circulaba por las calles de la vieja población, que yo deseaba conocer por su nombre tan castizo. Pero como lograse confirmar del todo las informaciones de Villagrán, por consejo unánime de los amigos de Tepic desistimos de la parada en Compostela, pues no convenía echar a perder la gira con un incidente oscuro en población de escasa importancia electoral.

Esperamos unos días y de Guadalajara siguieron llegando avisos alarmantes. Los senadores del estado y los diputados se hallaban en la ciudad, organizando porristas. El gobierno, en un conciliábulo de Sáenz, el candidato oficial, Amaro, el Ministro de Guerra, y no sé quién otro, había asegurado que de Guadalajara no pasaríamos. Y era en efecto peligroso para el gobierno dejarnos acción libre en un estado tan decisivo para la política nacional y tan ofendido por el régimen, donde seguramente habríamos levantado hasta las piedras.

Siguieron días aburridos y amargos. El dinero nos escaseaba; la cuenta del hotel vine a pagarla un mes más tarde, ya que estábamos en Guadalajara. Y no hacíamos nada, de suerte que un buen día puse a Lizárraga un telegrama, diciendo: «El domingo tantos estaré en ésa, suceda lo que suceda.» Decidí salir de Tepic de inmediato y esperar el fin de la semana en Ixtlán, última población de Nayarit. Exteriormente procuré ocultar los malos augurios, pero el señor Paniagua tenía algo de vidente; lo supo todo y tomó la resolución de adelantarse a Guadalajara con dos o tres hombres de su confianza. A la vez, Paniagua, que había sido electo jefe de nuestro partido en Nayarit, comenzó a preparar las cosas a fin de que Tepic nos acordase una despedida todavía más rumbosa que la bienvenida, «de acuerdo —me decía el buen amigo— con lo que usted ha dicho en algunos de sus discursos, que no le preocupa tanto cómo lo reciben, sino cómo lo despiden». Para colmo de fortuna, la última noche me invitó a cenar el gobernador. Era éste el general Esteban Baca Calderón, de abolengo maderista y hombre recto a carta cabal. Como funcionario se había mantenido neutral, pero según me mandó decir, «nadie puede impedirme que ofrezca una cena privada en mi casa al viejo correligionario». El tren partía a las dos de la mañana, más o menos; la cena era a las ocho. Me paseaba ese atardecer por los anchos portales del hotel que da a la plaza. Sentía alivio de marcharme. Muchas horas había pasado caminando de un extremo a otro de aquel corredor, preocupado y entristecido, en aquel ambiente de soledad provinciana, con su plaza un tanto desmantelada, casi siempre desierta, y con más bancas que gente. Las noches habían resultado particularmente lúgubres por causa de unos mariachis que se ponían a tocar en una esquina para los borrachos que les arrojaban monedas. Y se estaban toca y

toca el mismo dolido son casi hasta la madrugada. Tristeza indígena que nuestra nacionalidad todavía no ha podido sacudir apenas se avanza en el interior y se nos pega a los huesos… Llegó de pronto el coche oficial… «De parte del gobernador, que ya lo están esperando.» Subí solo y a los pocos minutos me recibía de abrazo el simpático hombre grandote que es don Esteban que, aunque Calderón, no es mi pariente. Su señora, una ex profesora, se mostró francamente partidaria. El viejo, más discreto, llevó la conversación a los antiguos recuerdos del maderismo, lejos de la hora. Se prolongó la velada hasta cerca de medianoche, hora en que no se limitó el buen amigo a despedirme a la puerta, sino que, subiendo al coche conmigo, dio orden de que nos trasladáramos al hotel. Cuando desembocamos a la plaza me di cuenta de la magnitud de la sorpresa que nos deparara Paniagua. Todo el extenso hexágono estaba repleto de gente que ostentaba antorchas de brea y mantenía un murmullo de fiesta. Se abrió paso el automóvil y el gobernador subió conmigo. Luego, cuando asomamos juntos a uno de los arcos del portal sobre la plaza, entre la multitud hubo delirio. Resonaron músicas y cohetes. Paniagua peroró presentando al pueblo libre de Tepic. Hablaron dos o tres de los amigos locales que se habían mostrado más activos, y al pronunciar yo mi despedida tuve buen cuidado de no referirme al gobernador, allí presente, para no comprometerlo. Sin embargo, ya lo habían aclamado, pues era querido por honrado y justiciero, y todos temíamos lo que sucedió a los pocos meses: aquel gesto de hombre le costó el puesto.

Se acercaba la hora de la partida; se despidió el gobernador. En seguida nuestro presidente, Paniagua, exhortó: «Ahora, compañeros, hombres, mujeres y niños, a la estación todos, para decir adiós a nuestro candidato.» Y

comenzó a desbordar el gentío en columnas improvisadas. A pie, seguimos con el montón entre gritos festivos, aclamaciones y el son de la música. Cuando pasamos por enfrente de la comandancia militar hubo cierto silencio, pero ni un grito adverso; en nuestra improvisada formación iban soldados y corrió la voz de que el mismo jefe de armas los había dado libres para que se mezclaran con el pueblo a su antojo. Y pronosticaban los más optimistas: «Lo mismo va a ocurrir en Guadalajara. También se decía que de Tepic no pasábamos y he aquí cómo salimos en verdadera apoteosis.» Sobre la ancha explanada de la estación parecían haberse concentrado todos los habitantes.

Llegó el convoy y, ya en el andén, alguien dio vivas a la reina de los civiles, y yo pedí, en voz alta, un viva para la reina de los militares. Un grupo de oficiales se acercó y nos estrechó la mano. Dos o tres de ellos se habían hecho amigos de mis oradores jóvenes. Por último, el presidente municipal, culto, afable, cuyo hijo inscrito en nuestros clubes había trabajado activamente en nuestro favor, se acercó a despedirme «en su carácter oficial», añadió…

Tenían razón los políticos de la capital que preparaban el atentado de Guadalajara; el movimiento libertador había prendido con una fuerza que no soñó ni el maderismo, y no quedaba para pararlo otro recurso que el atropello a mano armada, el salvajismo que no usa otra razón que la fuerza.



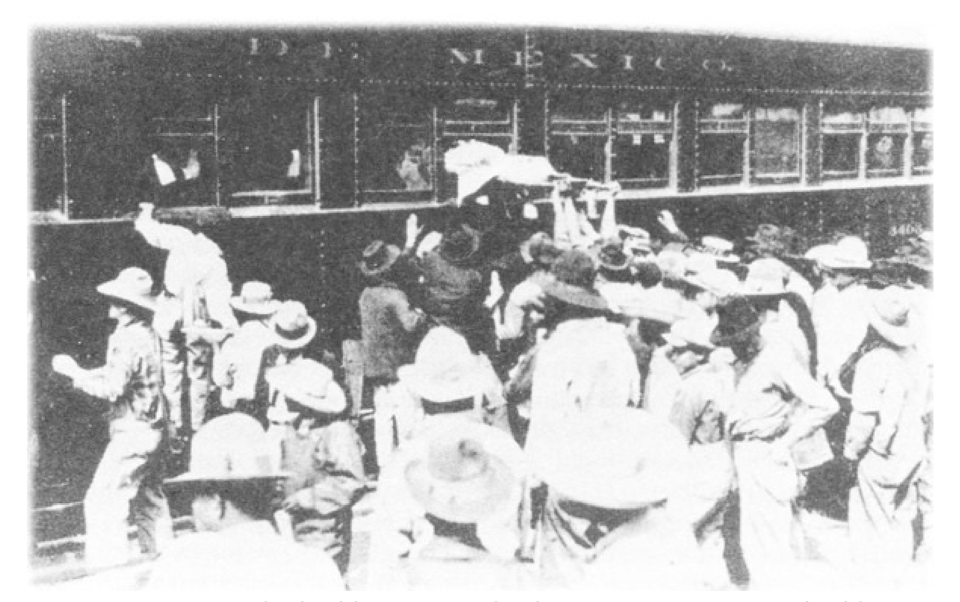
La abuela, óleo de Francisco Zúñiga: «Y de la escasa concurrencia, toda de calzón blanco, recogimos, a pesar de todo, más de cien firmas.»

Ixtlán

Por primera vez nadie acudía a recibirnos. El poblado es pequeño y ruin, triste y frío. Sin embargo, Pedrero empezó a moverse y al día siguiente, por la tarde, hicimos mitin en la plaza, sin solicitar permiso y convocando al público con unos cohetes que dos o tres vecinos de buena voluntad echaron al aire. Y de la escasa concurrencia, toda de calzón blanco, recogimos, a pesar de todo, más de cien firmas. Dos o tres comerciantes de la localidad nos visitaron tímidamente. Y el dueño del hotelito en que nos hospedábamos, un fronterizo colorado, de por Coahuila o Nuevo León, se constituyó en nuestro adalid. Un teniente borracho, al mando de unos cuarenta hombres, tenía aterrorizado al vecindario. Prometió que sin más trámite nos haría fusilar. Y una noche mandó tres soldados ebrios, que se apostaron algunas horas al lado de nuestra ventana colmándonos de insultos. Permanecimos allí dos días Méndez Rivas, Pedrero y yo, hasta que llegó el domingo por la mañana, en que abordamos el tren que esa misma tarde debía dejarnos en Guadalajara. Buen augurio, entre tantos malos, fue que en el convoy venía de regreso de su vacación Herminio Ahumada, que volvió a ponerse a nuestras órdenes. Ya conocía los rumores adversos, pero, por eso mismo, explicó, «me entró inquietud, me sentí obligado, y aquí estoy para lo que se ofrezca»...

La primera emboscada

Según resbaló el convoy por la planicie un tanto árida en que se asienta la muelle Guadalajara, una luz amarillenta bañaba las casas, filtrada de la sombra de un cordón de nubes suspendido sobre el horizonte. Un calosfrío de presentimientos nefastos dejó su tristeza en el ánimo. Éramos cuatro o cinco: Méndez Rivas, Herminio Ahumada, Pedrero, el que esto escribe; ninguno se hallaba tranquilo. Antes de penetrar a la ciudad la vía férrea se bifurca en una «Y» griega, que sirve para meter los vagones por delante, la locomotora por detrás. Dista la «Y» uno o dos kilómetros de la estación y hace en ella el tren una breve parada. La aprovecharon los amigos que venían a nuestro encuentro para trepar en número de catorce o quince. Rápidamente nos previnieron: era menester que nos apeásemos allí mismo, la estación estaba ocupada por nuestros enemigos; podíamos entrar a Guadalajara por uno de sus barrios sin ser vistos. Nuestras fuerzas estaban dispersas, sus jefes apaleados; en prueba de ello, Carpy Manzano exhibía la cara sanguinolenta; otros estaban descalabrados, casi todos mostraban las huellas de una refriega innoble. Bandas de pistoleros y de porristas habían deshecho todo intento de manifestación. El gobernador en persona y los diputados, la policía, dirigían los asaltos, habían jurado que al llegar yo a la estación me matarían...



Transportando heridos a Guadalajara: «Uno que otro herido halló refugio en algún zaguán abierto por excepción»…

Y como no me moviese del asiento, insistían; el conductor, aliado espontáneo, demoraba la señal de partida; todo estaba dispuesto, un automóvil esperaba, burlaríamos a nuestros perseguidores… Simulando, más que sintiendo, una calma perfecta, pero con rabia contenida por la vileza del enemigo, expuse: «Yo no entro por la trastienda; si me matan, será en la estación», e indiqué al conductor que dejara seguir el tren. Los conductores y empleados de la línea eran adictos nuestros, comprometidos formalmente desde la asamblea de Empalme, Sonora. Además, era público el descontento del gremio ferrocarrilero con aquel gobierno de asesinos. Pero había excepciones entre los altos jefes del personal, que, por soborno, el gobierno había logrado atraerse. Un simple ex garrotero era el gobernador de Jalisco: un tal Margarita Ramírez, el mismo que capitaneaba las porras hostiles.

Hombres del tipo de Margarita, divorciados aun de sus propios gremios, eran los funcionarios de la hora. El bandidaje en masa se había pasado al gobierno; nada tenía

que temer el particular como no fuese de parte del funcionario. El jefe de estación de Guadalajara era otro adicto a Margarito. Y, según nos fueron informando, desde por la mañana se había prohibido el acceso del público a los andenes. La estación estaba en poder de las tropas, que sólo dejaban entrar a los del gobierno, de suerte que al llegar caeríamos en manos de una banda sin escrúpulos.

Sin embargo, no hubo quien desertara. Allí estaban algunos que no había visto en muchos años y que de la capital habían venido a Guadalajara para recibirnos. Recuerdo a Raúl Pous, aguerrido y atlético; a Bustillo Oro, sonrosado, bajito, valiente sin ostentación; a los Magdaleno, muchachos agresivos; a Carpy, arrogante pese a sus dos o tres palizas; a un muchacho White, rubicundo y bravo; a Sánchez Tello, Magaña, a Chano Urueta y a Nacho Lizárraga, que era jefe de los estudiantes locales. Con Méndez Rivas, Pedrero y Ahumada, que yo traía, era bastante para una escolta. Y bromeábamos, pero sin seguridad. Los pasajeros se nos apartaron. «¿Y el pueblo?», pregunté. «Ha respondido, pero apenas se junta un centenar de secuaces lo dispersan a tiros al aire y a palos.»

Toda la noche anterior, los llegados de México, encabezados por Raúl Pous, ayudados de Enrique González Rubio, de gran influencia en su ciudad, la habían pasado en choques con la policía, que echaba abajo los cartelones de nuestra propaganda a medida que nuestros muchachos los plantaban en las esquinas. Por la mañana, varios centenares de simpatizadores habían recorrido los barrios populosos comunicando mi arribo e invitando para la estación. Con los estudiantes, confirmó Nacho Lizárraga, se contaba por entero; quizá, a pesar de todo, podríamos celebrar mitin. «Pero habrá palos, quizá algo más grave; los policías, disfrazados de paisanos, y los pistoleros de la capital,

dirigían la emboscada. Por ningún motivo desfilaremos por la avenida principal, allí está instalado el partido de Sáenz y nos harían fuego con rifles. Quieren provocar una refriega para matarlo a usted»… «Sí, maestro —y apuntaba Carpy a su cara—, le pueden hacer a usted lo que a mí esta mañana, que se me echaron encima a garrotazos, me caí, y si no es por éste… (y apuntó a uno de los muchachos), no estaría yo aquí contándolo»…

Los pasajeros, en sus asientos, habían corrido las vidrieras y las cortinas, temiendo una pedriza o una descarga. De pie, o sobre los brazos del afelpado, los muchachos, terminada la parte grave del relato, hacían bromas, fumaban, recobraban por entero el ánimo. Penetró el convoy bajo el toldo metálico, se paró al lado de su andén. Esperamos a que bajara el pasaje: no queríamos aprovechar confusiones; salieron por delante las señoras, los niños; así que se habían alejado, bajamos nosotros, no más de quince, uno tras otro, sin prisa. Ni un alma en el andén, pero alineados contra el muro, un poco distantes, una fila de polizontes, capitaneada por los malencarados de la mafia gubernamental. Al bajar yo, Carpy, que había recobrado del todo la audacia, pegó un grito estentóreo: «¡Viva Vasconcelos, tales por cuales!»…

Nadie hizo uso de las pistolas ni respondió al reto; no le convenía al gobierno atacarnos públicamente. En la calle querían herirnos, a mansalva, escudados en el pretexto de un choque populachero. Caminamos a la derecha en dirección a la salida, que estaba guardada por una escolta. Los militares no nos detuvieron y desembocamos a plena calle. En toda la acera de enfrente, en una extensión que apenas dominaba la vista, hallábase la muchedumbre. Una fila de soldados la contenía. En los rostros se notaba ansiedad; había corrido la versión de que habíamos desembarcado en la «Y» griega. Sin embargo, un instinto de lealtad y desconfianza de todo lo

que decía el gobierno retuvo aquellos millares de personas. Por nuestra parte, en el primer instante no sabíamos si aquella gente era amiga o enemiga. El mismo Nacho, que había visto disolverse a los que juntaba, no parecía seguro. Pero no duró nuestra indecisión: alguien acertó a reconocerme y un grito lo aclaró todo. Un «¡Viva Vasconcelos!» provocó que la muchedumbre, rebasando aun a las tropas, se echara sobre nosotros y nos rodeara, en medio de aclamaciones delirantes. Inmediatamente, a todos nos contagió el entusiasmo y en triunfo avanzamos dos o tres calles. De entre la masa surgió nuestro amigo de Tepic, el señor Paniagua, alto y sereno, valeroso a pesar de sus canas; se me acercó, diciendo sencillamente: «Aquí estoy.» A mi lado, Nacho explicaba: «Ningún hotel quiso darme alojamiento, salvo el Roma, de unos españoles, que le tienen reservado cuarto desafiando las amenazas del gobierno»... «Sí, pero no se trata de alojamiento, sino de mitin, ¿qué pasó con el mitin? Marcharemos a la plaza de la Universidad, según está anunciado»... «Pues dudo que nos dejen llegar —advirtió Nacho—, porque, ya verá usted, no crea que ya todo ha concluido. Están resueltos los enemigos, y luego que asomen por alguna bocacalle, usted verá que esta gente que nos sigue se dispersa.» Y previno: «Si hay disparos, échese al suelo, fínjase el muerto, porque van a tratar de cazarlo... En fin, voy a adelantarme.» Y Nacho, posesionado otra vez de su papel de jefe de plaza, se dirigió al frente de la enorme columna que ya formábamos. El tumulto provocaba a la gente a asomarse a sus balcones; se nos aplaudía; pareció por un momento que nos habíamos enseñoreado de la situación...

Al desembocar nuestra columna por el jardín de San Francisco, un grueso núcleo de hombres de overol, que en seguida identificaron nuestros amigos como policías y

barrenderos del servicio municipal, nos detuvo el paso. Erguían macanas, proferían insultos, arrojaban aceite hirviendo…

Los de la primera fila se sorprendieron, vacilaron, pero eran muchos los que venían detrás y materialmente nos empujaron, nos obligaron al encuentro que, una vez convertido en cuerpo a cuerpo, era fácilmente ganado por la gente sana y vigorosa que iba con nosotros. Ya los teníamos en fuga cuando se abrió paso un camión del ejército con treinta o cuarenta soldados al mando de un teniente, calada la bayoneta de los rifles. De pronto creímos que los de la tropa se dirigían contra los que, garrote en mano, nos habían asaltado y no contra los que iban desarmados. Pero sucedió lo contrario. Obrando en realidad como avanzada de los porristas, el camión se echó sobre nosotros, partiendo en dos y fraccionando en grupos nuestra columna. Alguien reconoció al oficial y me dijo: «Hace dos horas vi cómo le entregaban a ése un rollo de hidalgos (monedas de oro). Uno de los diputados repartía, desde esta mañana, dinero.» La maniobra del militar produjo entre nosotros efecto catastrófico. Ya no se volvió a juntar gente en cantidad. Mandé seguir adelante, pero ya no éramos más de doscientos cuando acabamos de atravesar el jardín. En uno de los prados, unas buenas mujeres, probablemente de las dispersas, se acercaron con flores; les dijimos: «Corran la voz de que vamos todos a la Universidad»… Al entrar por la calle que conduce a la plaza principal nuestras filas se miraban exiguas; a mi lado, algunos sangraban; otros se hallaban magullados. Uno que otro herido halló refugio en algún zaguán abierto por excepción, pues ya para ese instante todo el mundo había cerrado sus puertas y nadie asomaba por las ventanas. En torno mío quedaban treinta o cuarenta leales, con Pedrero, Solís, el obrero de Veracruz,

Ahumada, Méndez Rivas, Paniagua. Nos hallábamos copados, sin saber exactamente quién era amigo, quién enemigo. A los que se acercaban amenazantes, Herminio Ahumada, apoyándose en los hombros de otro muchacho, los volteaba de un puntapié. Sánchez Tello y Pous, también garridos, obraban de manera parecida; pero ya la fatiga vencía a los más. Y cuentan que detrás de mí, Méndez Rivas, la mano en la pistola, decía: «Antes de que caiga el jefe y lo vejen, le doy un tiro de gracia y me mato yo.» Por el frente, el enemigo seguía acosando, y entre los que detrás de nosotros llenaban el arroyo empezaron a escucharse gritos hostiles. A media cuadra, los que íbamos empujando en nuestro avance se revolvieron en ataque furioso que diezmó nuestra vanguardia.

En este momento, Nacho, que iba adelante, acercóse y me dijo: «Les ha llegado refuerzo a los de enfrente; por detrás también estamos copados. Métase usted en el primer zaguán abierto; seguiremos nosotros resistiendo hasta que usted se halle a salvo», y él avanzó de nuevo. Admirábamos su valor, su presencia de ánimo. En efecto, avanzar hubiera sido suicida, pero... eso de meterse en un zaguán resultaba ridículo... Unos pasos al frente vimos, abierta todavía, la entrada de la redacción de un diario local, de esos de política entre dos aguas. Allí mandé resguardar dos o tres heridos, seguidos de otros que voluntariamente escapaban. El alto y la confusión hicieron creer que yo también me había refugiado allí. Esto nos sirvió. Varias veces he relatado que, en aquel instante, cerrado el avance por el frente y dudosa la espalda, tuve una suerte de iluminación y recordé uno de esos pasajes de Homero en que Minerva desciende y con su escudo, que ciega a los perseguidores, protege la fuga de sus favoritos. Inopinadamente, decidí volver hacia atrás. Los de la retaguardia, sorprendidos, abrieron valla. Algunos que me

reconocieron se limitaron a exclamar: «Allí va Vasconcelos», pero nadie se atravesó para atajarnos. Consumamos así una tranquila escapatoria a la vista del enemigo paralizado. Y según caminaba, separando a veces a los grupos con un simple «Con permiso», pensé como en broma: «La diosa me auxilia porque le levanté una estatua en la capital; su poder, ahora, es poder que protege al cristiano… santa Minerva», repetí mentalmente, un tanto risueño. Y así llegamos otra vez al jardín. Lo que yo buscaba con ansiedad era el letrero de algún hotel. Alguien propuso que tomáramos uno de los taxis de punto en la plazuela. «Pero —pensé— lo del taxi va a parecer huida precipitada y se nos echarán encima; vale más a pie», y a los que caminaban de prisa, les gritaba: «¡Despacio, despacio!»; ya se sabe que el que corre se echa detrás a los perros, los pone nerviosos. Y detrás, ya empezaba a rehacerse el enemigo, y aullaba: «Allá va, allá va, no lo dejen escapar.»

Entonces, la luz de Minerva señaló al extremo del parquecillo un letrero: «Hotel», y buen hotel, por cierto, patrocinado por extranjeros. Hacia allá nos fuimos, despacio, seguidos a veinte metros por los atacantes, alcanzados por uno que otro guijarro… Bajo el dintel de la hospedería pasé revista veloz: Méndez Rivas y yo, intactos; Carpy, maltratado; heridos, tres o cuatro estudiantes de la universidad local. Un obrero, que llevaba una puñalada en la tetilla, nos acompañó hasta el fin, entró con nosotros. Adelantando, llegué al despacho del hotel, pedí un cuarto. No se dio cuenta el empleado de quiénes éramos y preguntó, según la rutina: «¿Con baño o sin baño?» «Con baño», respondí con calma; recogí la llave y seguido del pequeño grupo subí al tercer piso. Días antes, la gerencia del mismo hotel se había negado a apartarnos cuartos, y con razón. Apenas asomamos al corredor del tercer piso, vimos cómo

era lapidado el zaguán y rotas sus vidrieras, entre gritos y maldiciones. Lograron los del hotel cerrar la puerta; no se daban cuenta de la situación. El diputado que dirigía a los asaltantes les informó. Inmediatamente mandaron recado que debíamos desocupar. «Vengan a sacarnos —contestamos —, estamos armados.» Entre tanto, abajo cedía el tumulto. La puerta de hierro sirvió de barrera; en el hotel había extranjeros: esto contuvo a los que azuzaban a la multitud. El gerente telefoneó a la guarnición de la plaza y media hora después se presentó una escolta pachorruda que, de acuerdo con la hipocresía que era entonces su táctica, se aprestó a dar garantías. La tragicomedia, por lo pronto, había terminado. En nuestra alcoba, los heridos lavaban sus llagas y todos contaban anécdotas, conversaban, bromeaban, reían. Entre todos llamaba la atención un guapo muchacho jalisciense, el poeta Gutiérrez Hermosilla, que en una de las refriegas de por la mañana había quedado descalabrado. Llegó a su casa, lo curaron, lo vendaron y el papá, caballero a la antigua, le dijo: «Ahora ya estás listo para esta tarde; ve a la estación a esperar a Vasconcelos.» Así cumplió como los mejores el bravo muchacho de genio, sin darle importancia a su actitud.

Tan pronto como la escolta dejó franca la entrada, empezaron a acudir los dispersos. También no pocos curiosos que dejábamos entrar hasta el dormitorio, y los corresponsales de los diarios de la capital, Prensa Asociada, etc. Al representante de *Excélsior* le hice mal gesto, porque ese diario, con disfraz de independiente, hacía campaña solapada en favor del candidato gubernamental. En no pocos mítines habíamos recomendado que se le boicoteara. Por otra parte, ya andaba en apuros financieros, entregadas sus finanzas al gobierno. Pero al de *El Universal* y a todos los demás los recibimos cordialmente. Debo añadir que el

corresponsal de *Excélsior* se portó muy bien al dar su crónica. El tono de la crónica del día siguiente era lo que me preocupaba. En estos casos, la versión inicial suele ser más importante que los hechos mismos. «Haremos nosotros esta historia y no el enemigo» dije, y redacté más o menos lo que dejo transcrito, y terminé con esta frase, que recogieron todos: «Terminó la *kermesse* y empieza la tragedia, pero a todo venimos dispuestos»... Acusé en concreto al gobernador, a los diputados que ostensiblemente habían dirigido los asaltos. Luego redacté un telegrama para el presidente de paja, Portes Gil, denunciando al gobernador, etc., y avisando que al día siguiente, ante el juez de distrito, presentaríamos acusación formal, pruebas, etc., para exigir el desafuero de todos los culpables.

No me quejo de las crónicas que al día siguiente, en primera plana y a grandes caracteres, dieron todos los diarios de la capital. Existía un cierto decoro en la prensa y no se mentía con el descaro que más tarde ha sido usual.

Los del gobierno, en su propia versión, pretendieron hacernos pasar como los agresores, pero no lograron convencer a la opinión, en gran parte porque no contaron en aquel caso con la complicidad de la prensa. Y como el gobierno seguía la comedia de la legalidad, Portes contestó que haría justicia y nosotros llevamos ante el juez federal las pruebas de nuestros alegatos. Era por cierto el juez una gran persona, el licenciado Mendoza López Schwertger, liberal, austero, conocido mío y de la escuela de Díaz Soto y Gama. Se había refugiado en la judicatura como un mal menor en aquel desastre, y se portaba en ella con tanto apego a la ley que meses después fue destituido. «Pero —nos dijo—, por lo que a mí hace, yo meto a la cárcel a todos estos bandidos, no me importa que sean diputados o gobernadores»... Naturalmente, no era él todo el personal de justicia y la cosa

quedó en papeleo. Ni nos ocupamos nosotros de seguirla, pues era evidente que sólo una revolución podía poner coto a aquellos abusos de cínicos. Pero se logró lo que deseábamos, o sea, ir poniendo la legalidad de nuestra parte a fin de que el día que llamásemos a las armas fuesen nuestros enemigos los que se colocaran fuera de la ley. Su propia casa me ofreció Mendoza López como refugio, si se hacía necesario.

Vito asoma

Dos o tres horas después de los sucesos, y cuando departíamos despreocupadamente, asomó por nuestras habitaciones don Vito Alessio Robles. Ya nos habían dicho que andaba por la ciudad y que traía comisión del grupo que en la capital se denominaba Partido Nacional Antirreeleccionista y del cual no habíamos hallado un solo club en funciones en todo el trayecto, ni lo había en Guadalajara. Pero se trataba de un amigo personal, distinguido, y, por otra parte, el momento no era para rechazar alianzas; así es que lo acogimos con el calor de un seguro correligionario. Me felicitó por mi serenidad; felicitó a los muchachos por valientes. Iba, como siempre, obsequioso y jovial, y a poco me llamó aparte; le urgía mucho hablar conmigo, pero a solas; únicamente por verme venía desde México... ¿Por qué no dejaba yo a todas aquellas personas y nos marchábamos en auto fuera de la ciudad, a conversar? «Mire —le dije—, de la ciudad no salgo porque van a decir que voy de huida.» Reímos. No, explicó, sólo se trataba de una excursión de una hora; nos detendríamos en la Barranca y en el camino hablaríamos. Eran todavía como las cinco, la luz estaba espléndida, se antojaba salir al sol, así es que al instante tomé el sombrero, y acompañados Vito y yo de tres o cuatro de los muchachos, bajamos. Alguien se adelantó, contrató un auto de alquiler. Cuando aparecí en la calle, un pequeño grupo de curiosos que se hallaba en la puerta del hotel aplaudió. Enfrente, en un coche grande,

unas señoritas acompañadas de caballeros amigos saludaron, se acercaron a presentarse; eran de uno de los clubes organizados por Nacho y se proponían seguirnos a distancia por donde fuésemos, para correr aviso en caso de que algo ocurriese. Nos siguieron unas calles; poco después, por la carretera, nos pasaron raudas; luego regresaron y ya no las vimos más esa tarde, pero nos quedó en la retina, y un poco en el corazón, la nota de color de las gasas mujeriles flotantes al vuelo del coche, bajo la tarde luminosa y tranquila; testimonio vivo de que había en la ciudad quien se preocupaba por nuestra suerte y nos deseaba el bien.



Vito Alessio Robles: … «aquel grupo que pretendía monopolizar

la memoria de Madero y estaba encabezado por Vito Alessio»…

Hicimos alto en un mirador natural, desde donde se abarca el espectáculo de la Barranca, un poco abrupto, pero imponente. Cerca de mil metros, si mal no recuerdo, baja la quebrada, cubiertas sus dos laderas de vegetación de diversos climas; en torno, la extensión es desierta, salpicada de arbustos, la tierra amarillosa. Uno de esos panoramas inhumanos y grandiosos, tan frecuentes en nuestro desamparado territorio. Vito, en un aparte, me decía: «No se preocupe por lo de Villarreal, lo tenemos dominado; todo el partido está con usted, de eso no hay duda; pero conviene que usted se subordine, que haga pública su decisión de acatar nuestros acuerdos»…

«Oiga, Vito —le dije en voz alta, y para que me escuchasen mis amigos—: Si he de decirle la verdad, el partido no me importa, ni lo que haga o no haga Villarreal. Yo tengo mi partido, y si mañana hay otro que tenga más fuerza electoral que yo, tanto mejor, sobre otro caerán los palos. Pero basta que usted esté de por medio para que yo me sienta obligado a buscar el modo de entendernos. No me importa el partido, pero me importa usted», insistí, echándole el brazo al hombro. Se regodeó él, complacido, y ya no se habló más. Se convino que esa noche cenaríamos juntos.

Volvimos prontamente al hotel, porque no convenía perder el contacto con los visitantes, que en buen número acudían. Más tarde, para borrar toda impresión de que nos ocultábamos, salí a dar una vuelta por la plaza, que estaba de serenata. Indiferentes a lo ocurrido horas antes, paseaban los endomingados; tocaba la banda militar, ¡pobres engreídos con su desgracia! En la plaza hicimos un encuentro dichoso en la persona de Salvador Azuela, que ya nos había buscado en el hotel. Lo había traído el tren una hora antes,

procedente de Morelia, y se reunió con nosotros. Enterado de los sucesos recientes, opinó que en Michoacán, el gobernador, general Cárdenas, aunque callista del todo, nos daría garantías. Me dio mucho gusto ver a Azuela decidido a jugar su suerte con la nuestra. Ningún interés lo movía; en el gobierno de su estado tenía consideraciones y amigos. Su natural generoso lo llevaba a ligarse con quien había atacado de ministro y ahora seguía en una aventura dudosa, pero evidentemente patriótica. Había esperanza en México, puesto que tal juventud se aprestaba a la lucha. En nuevas declaraciones de por la noche, hice notar que nos había salvado la vida, defendiéndonos de la barbarie, la juventud heroica de Jalisco. Esto repitieron los diarios, al siguiente día, en primera plana, en justo homenaje a los valientes de Guadalajara.

A la cena con Vito llevé varios amigos para que presenciaran el diálogo. En resumen, Vito quería un compromiso de que yo subordinara mi campaña al resultado de una convención del Partido Antirreeleccionista de la capital, mismo que postuló a Gómez. De esta pretensión me reía en sus barbas, pero no nos convenía tampoco aparecer divorciados del Antirreeleccionista después del fracaso de esa tarde. Al contrario, era el momento de dar un golpe político anunciando una fusión con los antirreeleccionistas, así fuesen ex gomistas. En la República, el partido no tenía prestigio alguno, pero fuera del país se le mencionaba como el viejo partido de Madero. El anuncio de que el Antirreeleccionista se nos sumaba me haría bien en el extranjero. Pero era necesario no herir a los que dentro de México lo conocían y detestaban. Y, entre éstos, no eran los menos los maderistas puros, que contemplaban el escarnio de aquel grupo que pretendía monopolizar la memoria de Madero y estaba encabezado por Vito Alessio, por ejemplo,

que cuando el maderismo estuvo de federal en la batalla de Casas Grandes, en la que hubiera sido fusilado Madero si llegan a cogerlo. Cierto que más tarde, Vito, protegido por Madero, había desempeñado cargos en la policía, para luego, cuando el huertismo, quedarse no sé cuántos meses con comisiones de Huerta en el ejército… En suma, la solución que hallé, y que ya llevaba escrita, fue saludar al partido, agradecerle el envío de la misión que encabezaba Vito y prometer que mi candidatura sería sometida a una convención, pero convención de partidos coaligados, entre los cuales el Antirreeleccionista de la capital tendría puesto de honor, pero no dominación.

Aparentemente, Vito quedó satisfecho y así lo demuestran, por lo menos, las declaraciones encendidas que en mi favor dio a los diarios y que circularon ampliamente. En ellas atacaba a Margarito Ramírez, el gobernador, y a los esbirros que se habían atrevido a arrojar sobre Guadalajara «la mancha —dijo— de recibir bárbaramente a un filósofo de [mi] categoría, reconocida en el exterior». Vea quien quiera los periódicos de esos días…

Haciendo balance, la jornada resultó favorable. El escándalo de las agresiones, y salvo la pena de los heridos, valía, según dijo alguien, un millón de pesos de publicidad. De suerte que dormimos a pierna suelta, en limpia alcoba del tercer piso de un hotel decente de la sin par Guadalajara.

Los cristeros

La situación en que nos hallábamos era, en realidad, inmejorable. Y así lo probaba el mismo atraco de que habíamos sido objeto la víspera. Además, el golpe les había fallado, pues todos los diarios, sin excepción, condenaron en términos violentos el atropello, y el gobierno del centro se apresuró a dar excusas y a prometer el castigo de los responsables. Sáenz, el candidato oficial y de los norteamericanos, contaba en su haber una mala partida moral, o sea el apoyo declarado del embajador Morrow. El grupo obregonista hablaba de lanzar la candidatura del señor Valenzuela, pero en realidad preparaba un golpe militar de escasas posibilidades de éxito, puesto que ya nadie quería volver a oír hablar de Obregón, menos de su pandilla. Se hallaba, en consecuencia, el enemigo dividido e incierto y nosotros hacíamos progresos decisivos en el ánimo del público. Tuve visitas importantes toda la mañana, pero la que de preferencia buscaba vino de por sí. Solicitando hablar a solas, un par de muchachos, altos, fuertes, buenos mozos, de apariencia francamente militar, aunque vestidos de paisanos, se me acercaron en el corredor del hotel. Así que me encerré con ellos; del cinto de víbora sacaron un papel de seda, bien escrito a máquina, que los acreditaba representantes del general Gorostieta, jefe de los cristeros de Jalisco y alzado en armas por Los Altos. Me traían su saludo y el recado de que si llegaba a verme comprometido, que me fuese con ellos y me tendrían a salvo en las montañas.

«Díganle a su general —repuse— que quiero me mande decir qué tanto tiempo puede sostenerme en pie de guerra, pues —expliqué— no quiero hacer lo que Gómez y Serrano, levantarme en armas antes de las elecciones; quiero que cuando ande en el campo sea un presidente electo y no un candidato quien encabece el movimiento.» «Esa pregunta —explicaron— se la podemos contestar de inmediato: podemos sostenernos no sólo hasta el fin de año y pasadas las elecciones, sino dos años, si es necesario.» «Pues bien, díganle al general que después de las elecciones escapo con rumbo a su campamento»... Y de esta manera sencilla cerróse un pacto que, para mí, era salvador y para la oposición también, pues yo preveía que todo lo que iba a necesitar era una base para dar comienzo. La rebelión, en seguida, se haría nacional. Parece que el único que pensaba entre mis enemigos, y todo lo dirigía con astucia, el embajador Morrow, vio eso mismo; de allí el empeño que tuvo en rendir a los cristeros antes de las elecciones, según más tarde se verá. Pero por lo pronto me sentía tranquilo. Ya podíamos echar discursos buenos o malos; a su tiempo hablarían las armas, única manera de echar abajo una tiranía enraizada en la fuerza y en la usurpación. Una porción de señoras de clase media, muy católicas, nos visitaron, o nos mandaron amistosos recados y se pusieron a organizar clubes. Guadalajara se llenó de centros vasconcelistas. De unas señoras de la clase alta recibí un recado, no sé si auténtico o falso; sabían que nos hallábamos escasos de fondos (en efecto, la cuenta del hotel crecía y nos preocupaba); ellas estaban dispuestas a contribuir siempre y cuando incluyese en mi plataforma la decisión de devolverles las tierras de que habían sido privadas. Me excusé de escucharlas.



Ejército cristero

El pelele

La gente le decía el Pelele, porque Calles lo había sacado de la oscuridad, y venciendo su mala fama en los negocios de Tampico y sus antecedentes de abogadillo al servicio de Victoriano Huerta, y en tal carácter injuriador a sueldo de los revolucionarios, lo había elevado nada menos que a la presidencia provisional, encargada de celebrar las elecciones para presidente definitivo. Personalmente lo conocí siendo yo ministro y él diputado de segundo orden, agente de uno de esos partidillos que se organizan en la capital, el Cooperatista creo que se llamaba, y era famoso por su manejo impuro del municipio. Y en los días que yo hacía votar mi presupuesto en la Cámara, sin necesidad de *úkase* del Ejecutivo, Portes, astuto para meterse con cualquier personaje, se hizo presente para ofrecer su voto. Acompañólo Ezequiel Padilla, entonces un joven obsequioso, que también ocultaba un pasado bochornoso ante la revolución, como que había sido diputado de Victoriano Huerta. Méndez Rivas, el poeta, los introdujo, recomendando a Padilla, que presumía de intelectual. El porte de Portes era más encogido aún porque se decía abogado, y creo que tenía título, pero de una escuela llamada libre, que aunque siempre ha contado con cierto número de profesores eminentes, ha sido o fue la Meca de alumnos que, en los estados, no habían pagado preparatoria y no eran admitidos en la escuela oficial por falta de adecuada preparación. Después de sufragar de conformidad, igual que

casi toda la Cámara, Padilla y Portes me invitaron a comer con Méndez Rivas y tuve la piedad de aceptar. Nos recibieron en una especie de *garçonnière*, digámoslo en francés, que habitaban juntos, y entonces pude observarlos de cerca. El diputado Padilla, ex diputado huertista, no se metía en enredos de política, hablaba de Ford y los maestros de energía *yankees*, recitando sus consejos para hacer dinero: «Comprar terreno al occidente, que es por donde crecen las ciudades», y consejas por el estilo. Era trigueño subido, delgado y con cierto aire *gigoló*: otra vez, que el francés nos auxilie a paliar los términos. Por su parte, Portes era francamente feo, obeso desde la juventud; grueso y chaparro, negro como un jamaiquino, tenía en la cara unas pintas que ya desde entonces motivaban que le llamasen el «Manchado». De sobremesa, y cuando la conversación derivó al tema femenino, Portes habló para insinuar en forma sutil lo conveniente de su *garçonnière* para citas clandestinas. Y se extasiaron ambos en la alabanza de sus amistades del otro sexo. Sin darme por aludido de la insinuación, terminamos la comida, que, por fortuna, no volvió a repetirse. Cuando se vino la campaña callista, Portes pertenecía al Partido Cooperatista, que se declaró en masa en favor de De la Huerta, con Prieto Laurens a la cabeza. Entonces Portes vio su oportunidad y la aprovechó. En unión del propio Padilla y del otro ex huertista, Puig Casauranc, organizó un cisma y creó en la Cámara un grupo callista. Sobre el modo como se deshicieron los callistas de sus enemigos de la Cámara, creo que ya he recomendado en otro volumen la notable novela de don Martín Luis Guzmán *La sombra del caudillo*. Al triunfo del callismo, Portes resultó gobernador de Tamaulipas. En ese puesto creó un partido ultrarradical, ultrasocialista, y forzó a los estibadores de Tampico en un sindicato que dejaba ingresos crecidos.

Estando yo en Europa, escribiendo en *El Universal* y en *El Mundo*, de Tampico, artículos contra el gobierno de Calles, Portes ordenó al sindicato que boicoteara a los diarios que publicaban mis artículos, porque, afirmó: «Yo ya no era socialista ni revolucionario; me había vuelto reaccionario». «El general Calles encarnaba, él solo, toda la revolución». Premio de este servilismo fue que Calles, al decir que se retiraba, al invitar al país a que celebrara elecciones libres, hizo de Portes Gil su presidente de paja. En cada discurso suyo, Portes hablaba de su afecto filial por el general Calles, se proclamaba discípulo de la doctrina callista. Morrow, también, el embajador *yankee*, había tomado bajo su custodia a Portes. A tal punto que le obligó a proscribir de Chapultepec el vino, y a brindar con agua helada. Y encarcelaba sacerdotes católicos por decir misa, pero asistía a las fiestas de propaganda protestante que realzaba con su presencia augusta la esposa del embajador de Norteamérica. A pesar de todo, no mandaba Portes. Apenas si en el Ministerio de Educación le obedecía aquel Padilla de la cintura de *gigoló*. En el gobierno mandaba el Ministro de la Guerra, Amaro; en el país, disponía el general Calles y, por encima de todos, el señor embajador imponía su suave consejo. Y era parte de la táctica del señor embajador que a la oposición se le dejase hablar, se le permitiese gritar, todo menos tomar el rifle, según irá viendo quien lea.

No la Hará el Congreso Cuando Designe al Presidente Provisional

[illegible]

... motivo a confusiones en los acuerdos que tienen los partidos que llevan el mismo nombre.

Los socialistas campillistas no están de acuerdo con la postulación hecha en favor del Ingeniero Tejeda y esto dará motivo tal vez para que su partido cambie hasta de denominación.

Los socialistas tejedistas de Córdoba proclamaron la candidatura del señor Tejeda después de una junta que se celebró en el Casino Cordobés, presidida por el sobrino del ex Secretario de Gobernación, diputado Gabriel Aguillón Guzmán.

Se cree extemporáneo hacer labor para futuro Presidente de la República, cuando todavía no se designa al Presidente Provisional siquiera.

EL CORRESPONSAL.

Hoy se Designará al Lic. Portes Gil Presidente

Es Llegado el Caso de que se Convoque a Elecciones Extraordinarias

Los diputados se reunieron ayer en sesión de bloque, a medio día, y tomaron conocimiento del dictamen de la Gran Comisión sobre las elecciones del primero de julio último, y que declara que en aquellos comicios resultó electo Presidente Constitucional de la República el [illegible]

[illegible] y terminará su encargo el [illegible] de noviembre de 1934.

DICTAMEN DE LA GRAN COMISION

[illegible]

El Universal: a la muerte de Álvaro Obregón, Emilio Portes Gil fue designado por el Congreso para asumir la primera magistratura de modo provisional

Mitin sí, conferencia no

Celebramos mitin el domingo siguiente al del atraco. En la plazuela de la Universidad, como había yo querido, y con asistencia nutrida. Bastó con que en las bocacalles se apostara un teniente con dos soldados que bolseaban a los sospechosos, quitando puñales o pistolas y garrotes. Todo el mundo aplaudió cuando di las gracias al pueblo de la ciudad que nos había defendido de un ataque de rufianes. Allí estaba, dije, el verdadero Jalisco, sumado a nuestra causa, lo mismo que Sinaloa, lo mismo que el país entero, pero con la diferencia de que allí, en Jalisco, se sufría más, era más terrible la tiranía, por eso era más meritorio el esfuerzo de los patriotas. La lucha empezaba apenas y habían de estar prevenidos. Guadalajara debía volver a convertirse en ejemplo y orgullo de la patria. Nos llevaríamos un sentimiento, el de no haber podido citar a conferencia en local cerrado, porque todos los dueños de teatro habían sido amenazados por las autoridades locales y se negaban a rentar sus salones. Hablaron estudiantes y un líder obrero muy fogoso, excelente orador de masas. Luego, en formación cerrada de más de dos mil personas, atravesamos la ciudad para dirigirnos a las oficinas de nuestro partido, instaladas en una casa por detrás de la cárcel. Al pasar por frente a la cárcel, la guardia, los empleados, la policía, salieron a gritarnos denuestos, acompañados de vivas a Sáenz. ¡Pobres diablos, no sabían que a Sáenz ya lo habían degollado entre los suyos!



Vicente Blasco Ibáñez, novelista español (1867-1928).

… «camino de Brasil venía Ortiz Rubio, el que le ofreció más datos a Blasco Ibáñez; luego se arrepintió»

Por las noches, en auto, por barrios apartados, conversaba con Zuño, el ex gobernador, caído porque los callistas nunca le perdonaron sus vacilaciones cuando lo de Estrada. Pero se había quedado con dinero y me había dicho: «Retiran a Sáenz, no cuajó, es obregonista, y ponen en su lugar, ¡imagínese!, a Ortiz Rubio.» Nos reíamos los dos de la peregrina designación. Y en efecto, camino de Brasil venía Ortiz Rubio, el que le ofreció más datos a Blasco Ibáñez; luego se arrepintió. Se cuenta que cuando lo llamaron de Brasil, a donde había volado poco después de la muerte de Obregón, creyó que lo destituían. Al llegar a Nueva York, le dijeron: «Prepárate, porque vas a ocupar un gran puesto»... Y preguntó, incrédulo: «¿Ministro?» «No, Presidente.» Y no salía del pasmo. Por el momento, tampoco nosotros. ¡Y los de la cárcel todavía vitoreando al pobre de Sáenz!... En todas partes contaba con presos y polizontes como afiliados...

De regreso del partido, reducidos ya a unos treinta, volvimos a atravesar la ciudad con rumbo hacia mi hotel, en doble o triple fila de diez o doce, a medio arroyo, gritando vivas. De uno de los balcones de un club comercial nos aplaudieron; algunos balcones se abrían, luego se cerraban temiendo otra pedriza.

Dos o tres días después salimos con dirección al interior. El valiente muchacho Ernesto López, que estuvo en los estacazos del domingo, se embarcó con nosotros; luego se apeó en La Barca para tratar de instalar allí un club, pese al terror.

Retrospección

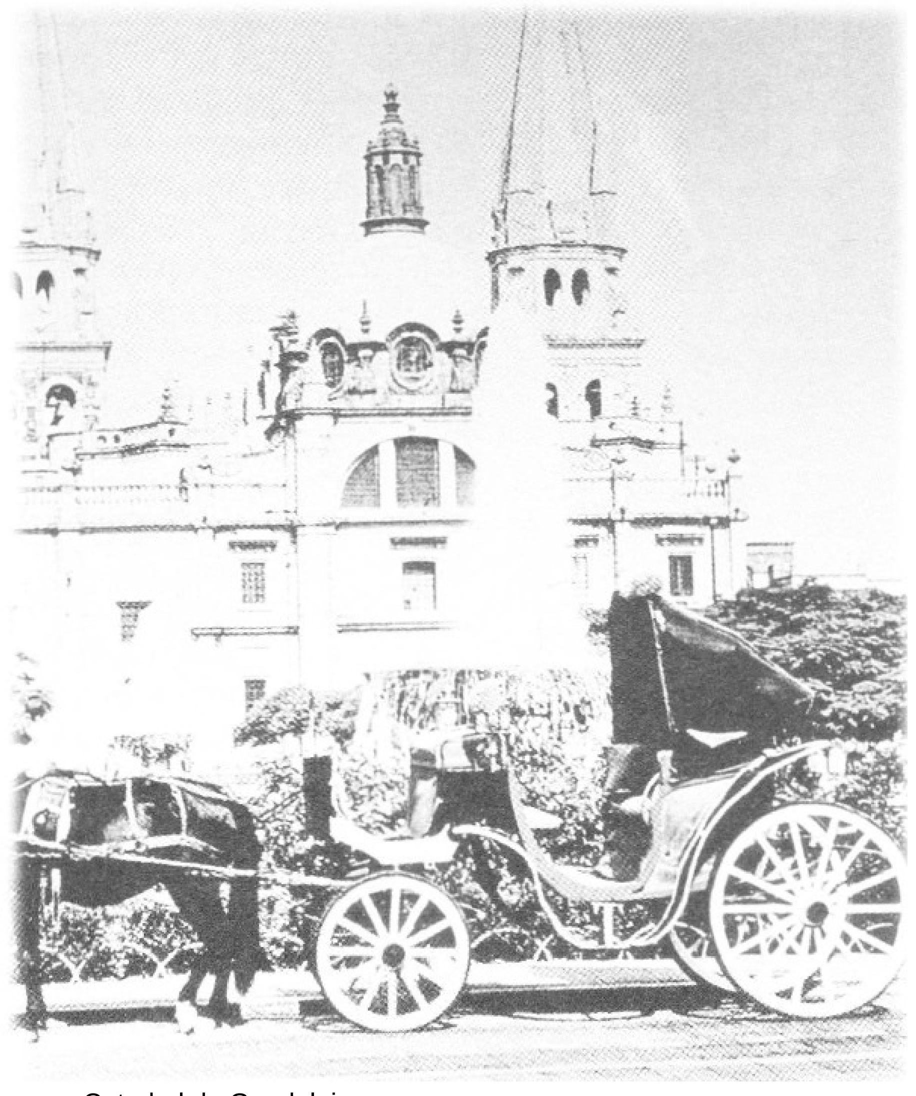
No sólo del político se ocupó la ciudad, también del viejo amigo se acordaron algunos, y del hombre de estudio. Carlos Basave, inteligente, cortés, y con el mismo afecto que cuando visité la ciudad en tren de ministro, se presentaba a diario. Regresaba de un viaje a Europa y se dolía del contraste que ofrecía la patria. Un día me entregó de su modesto peculio cincuenta pesos. Otro más, me llamó aparte y me dijo: «¿Qué ha hecho usted para convertirse en casi un mito? Suceda lo que haya de suceder, gane o no gane esta partida, está usted tomando perfiles de leyenda.» «Lo peor es —le contesté, después de reflexionar— que ya no seré en lo de adelante completamente yo mismo, porque cada uno se convierte, en cierta medida, en esclavo de su leyenda. Por interés personal quisiera sacudirme los compromisos que voy contrayendo, pero será en vano. En el futuro tendré que obrar conforme a mis compromisos, esclavo de mi propio mito.»

Una tarde se reunió en mi hotel un grupo de más de veinte de los principales poetas y escritores locales, gente talentosa, de todas edades. Leyeron algunos trabajos inéditos y todos discurrimos en cordial camaradería.

Con gratitud en el pecho abandonamos la capital de occidente, y sin querer la comparábamos con Puebla, la otra ciudad culta del país. En tanto que Guadalajara ha luchado con tesón, ha dado sangre en abundancia para defenderse de

la barbarie que nos oprime, Puebla ha preferido encerrarse en sus claustros, ya sin Dios. Y su juventud, con excepciones raras, se ha sumado a la farsa.

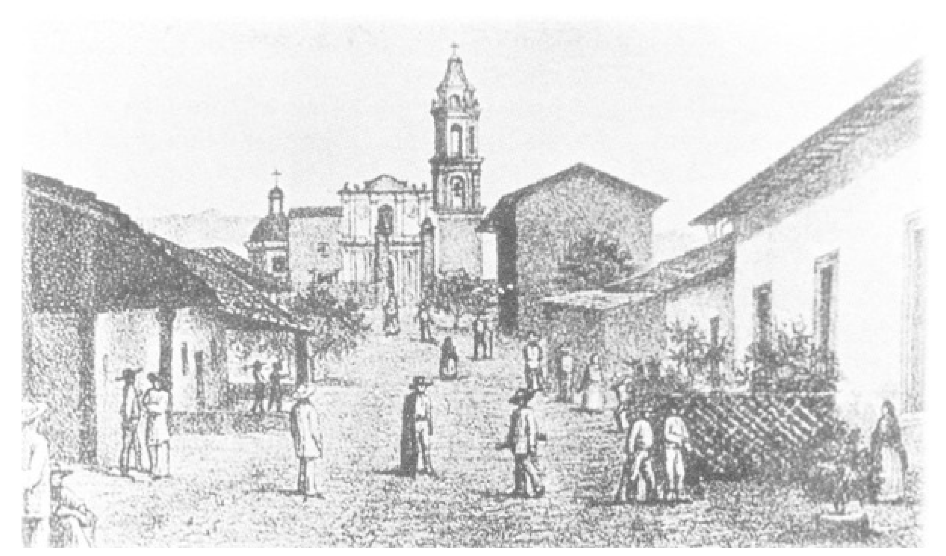
Encabezando nuestro partido en Guadalajara quedaron Enrique González Rubio, el licenciado Michel, un líder obrero, Flores, y Lizárraga, por los estudiantes.



Catedral de Guadalajara.

La Piedad Cabadas

En La Piedad nos esperaba una de esas recepciones unánimes y pacíficas que habían sido nuestra rutina. El enemigo no aparecía; estaba emboscado en los despachos del gobierno y en los cuarteles y no le había llegado la orden de pegar. Se simulaba la democracia. Ocupamos las calles, la plaza. Se crearon clubes. Con todo, no advertíamos el entusiasmo sostenido de la costa. La gente de la meseta fría es grave, inconstante; nos vio, nos aplaudió; luego no volvió a acordarse de nosotros. ¡A excepción del bravo grupo de jóvenes que encabezaba el doctor Aceves y se mantuvo fiel hasta el final! En La Piedad empezamos a preparar la recepción de la capital, saliendo para allá, al efecto, Méndez Rivas. Otros muchachos se repartieron por Zamora y por Morelia. En Zamora tuvimos una recepción mediocre; la población estaba desierta, porque siendo muy católica, los vecinos habían sido perseguidos, exterminados casi. Después de la inevitable manifestación en que dominaron las mujeres, unos miembros del Ayuntamiento local nos visitaron, conversando cortésmente, pero aclarando que estaban con el gobierno. Se mostraban muy ufanos de una ley que prohibía tocar las campanas de los templos... Si no fuera por algunos edificios coloniales, bastante hermosos, y por los panoramas del valle, fondo azul de montañas y dibujo fino de los árboles, esta visita habría resultado un fracaso.


Huetamo, Michoacán.

Irapuato y León

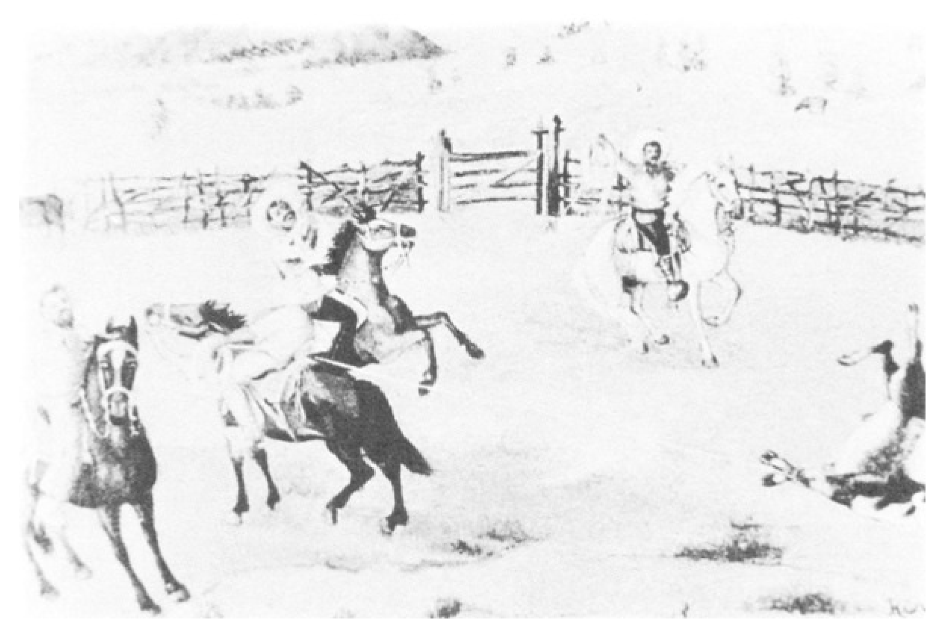
Dejamos La Piedad cuando ya estaba todo listo en Irapuato para asegurarnos la gran recepción que nos fue acordada. Antes de seguir a la capital de Michoacán, en donde Azuela hacía imposibles para procurarnos gente decidida, recorrimos las ciudades populosas, importantes por su voto, de toda la zona conocida con el nombre de El Bajío; es el corazón geográfico de México y, en cierta época, también su entraña nacional. Población culta en su mayoría, patriota y católica —esencia de la mexicanidad, la llamaría un modernista—, se halla, sin embargo, decaída por la sobrepoblación, minada por la miseria, estragados sus cultivos, en ruinas los templos y edificios de las viejas ciudades. Imagen de la nacionalidad entera, que así ha bajado desde la categoría de primera nación del continente a su carácter actual de factoría sumisa a un procónsul. Logramos, con todo, alborotar a la gente. Fotografías sinnúmero, publicadas en revistas y diarios, pueden dar fe de las multitudes de ensombrerados que nos daban la bienvenida, nos empujaban a la acción sin costo alguno de nuestra parte. Al revés del gobierno, que juntaba a veces doscientos o trescientos dizque campesinos, plebe de sombrero ancho y forzados de los campos que hacen la comparsa a peso por cabeza.

En El Bajío, fue Irapuato nuestro cuartel general. Azotada la región por la guerra cristera, no era sorprendente que a

nuestra llegada a Irapuato, a Silao, a León, a Salvatierra, las multitudes provistas de banderas, cartelones, estandartes, nos aguardasen con músicas, nos acompañasen al hotel para escuchar discursos y para pronunciarlos. Un gran orador se reveló en Irapuato en la persona de Alberto Cendejas, comerciante modesto, que mantuvo la llama aun en la época en que yo andaba ya desterrado. Los parientes de mi difunto cuñado García, influyentes en Irapuato, y el señor Banda ayudaron con desinterés y con efusión; los ferrocarrileros de Irapuato nos llevaron a hacer un mitin al centro ferrocarrilero de Acámbaro. Como por nuestra casa, anduvimos por todo El Bajío, a excepción de la capital, Guanajuato, que no visitamos porque estaba dominada por un asesino de la intimidad de Calles y habitada por empleados de gobierno que no hubieran osado expresar su convicción. Espontáneamente se nos presentaban enviados de las poblaciones que no visitamos, listos para divulgar la propaganda impresa y crear organizaciones. Del manifiesto de Nogales, de otros documentos de la campaña, se imprimían en diversas partes del país cientos de miles, pagados por organizaciones locales o por particulares adictos. Nunca hubo en el país propaganda política más bien difundida y sin que nos costase un solo centavo. En El Bajío, sin embargo, la pobreza general nos traía a mal traer; dábamos una conferencia de paga en la plaza de toros (en Irapuato) y asistían ochenta personas; en cambio, al mitin gratuito, acudía toda la población.

Terminamos en León un gran mitin en la plaza y se presentó de visita el jefe de las armas, antiguo conocido, general ex federal, seco y alto, conversador ocurrente, que me abrió los brazos. En los días que siguieron me recogía del hotel de mañana, me llevaba a dar una vuelta en su auto por la ciudad y sus alrededores. Como ocasionalmente, me

preguntó mi opinión sobre los obregonistas que preparaban su rebelión, y yo le repetía: «A Calles le debo el haber eliminado a Obregón; los obregonistas, en cambio, nada pueden darme.» Reímos y luego se hablaba... de mujeres... «¡Si viera unas que cortejo por allí!... Son dos... Lástima que usted se marche tan pronto... —y luego, cambiando de tema —: si se queda unos días, le haremos un paseo campestre.» Quiñones, su segundo, un indiazo ágil y bien plantado, en el jaripeo del domingo, que allí pasé, me brindó un toro, lo coleó, echándolo abajo, precisamente frente a mi tribuna; luego se acercó bromeando: «Y para que no crea que es chiripa le voy a colear otro.» Y repitió puntualmente la hazaña, entre los aplausos del público. Al terminar la fiesta, el charro general me invitó a comer y cargó con unas pobres señoritas que, después de su baile de chinas poblanas que cerró el programa, se vieron comprometidas a seguirnos. Repartidos en la mesa larga de la fonda, era una pena mirarlas, muy blancas, de rostro agraciado y finos modales, teniendo que soportar compañía de alcohólicos y, todavía más, a intervalos bailando ante el público, indiferente y desharrapado, que asomaba por las puertas. El aire de irreparable melancolía las señalaba, quizá, como hermanas o novias de algunos de los caídos en las hecatombes que el general Amaro ejecutó por la comarca. Conversando con los militares se averiguaba que por entonces tenían un solo dios: el mismo Amaro, el Ministro de la Guerra.

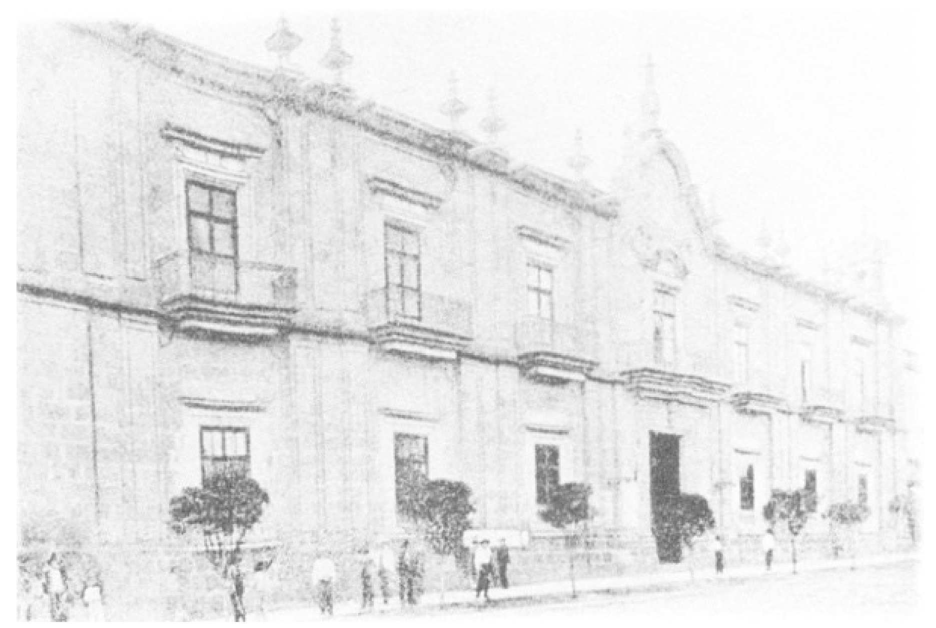


La vaquería, óleo de R. Cano Manilla.

Como las noticias de Querétaro no eran muy favorables, a causa de la presión de cierto gobernadorcillo, y no queríamos llegar a México sin una cadena de buenas recepciones, resolvimos entrar por Irapuato a Morelia, recorrer lo que faltaba de Michoacán y acercarnos después a la capital por Toluca.

Morelia

Ambiente hipócrita. Garantías a medias. Palabras melosas de tolerancia y, por debajo, presión implacable para dominar la votación por el terror. Salvador Azuela se sobrepasó. Lo ayudaron muchachos generosos de la localidad, como los Anguiano y otros que no recuerdo, pero nos dio trabajo hallar quien quisiera hacerse cargo del club permanente. En confianza, se nos decía: «No se crea. Aquí impera el terror, lo mismo que en todas partes.» El general Cárdenas, hombre taciturno, venera a Calles como a un dios. Lo cree un estadista, le debe favores de padre. Y en silencio ejerce un poder absoluto.

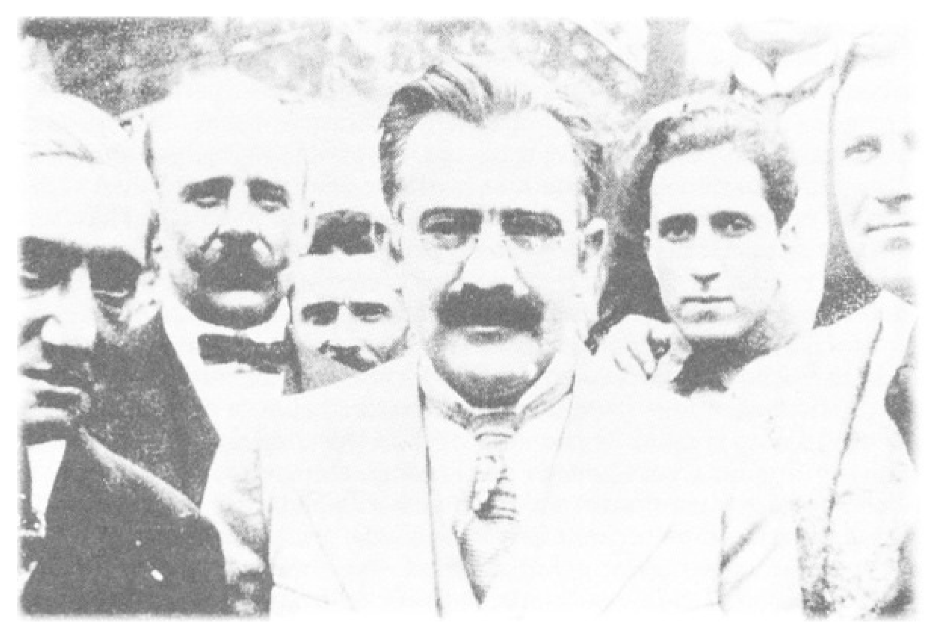


Palacio de Gobierno de Morelia, Michoacán

La recepción misma había sido escasa y, aun así, los brazos fuertes de mi estado mayor habían tenido que amenazar con los puños a unos tipos valentones que quisieron interrumpir a los oradores; eran gente oficial disimulada. Un grupo de intelectuales sostenía una peña o círculo en un café. No se daban ellos cuenta, pero vivían aplastados. Elogiaban unánimes la prudencia del gobernador. Luego prevenían: «Eso sí, no hay que tocarle a Calles.» Y se hacía el silencio... Aquello pasaba por centro literario. Las familias generosas, a estilo de la costa, ¿dónde estaban? Si existían, no asomaron; el pueblo nos miraba con azoro y los mismos manifestantes del día de la llegada ya no se hacían presentes.

Avisos dudosos

El mejor hotel nos albergaba y carecía de huéspedes. En el rincón del comedor un sujeto de anteojos negros comía solo. La dueña de la casa me dijo, al azar, señalándolo: «Quiere hablarle». Miré al desconocido y desvió el rostro. Al rato, insistió la señora: «Dice que a la noche tocará a su cuarto»... Por el zaguán asomaban tipos policiacos; no hablaban, no se decidían a entrar, se marchaban. Por fin, el de los anteojos negros se franqueó: era un agente secreto, me dijo, pero no del gobierno, sino de los revolucionarios. «¿Cuáles revolucionarios?» «Los del golpe que viene, ¿no ve? Los de Obregón contra Calles, para vengar al jefe muerto y hacer después elecciones.» «¿Elecciones en favor de Valenzuela?», inquirí. «Es por eso que no se presenta al pueblo. ¿Quiere que le hagan la elección los militares?» «Pues yo lo que sé es que el golpe va a estallar, y se lo aviso por amistad, para que no le tome desprevenido.» Además, pretendió hablar a nombre de Eulalio Gutiérrez. Eulalio, desde el principio, había creado clubes vasconcelistas en Coahuila. «Dice Eulalio que se vaya para el Norte, que no conviene que se quede cortado. El movimiento estallará en Torreón.»



Antonio Villarreal, candidato a la presidencia de la República en 1929

Estos avisos resultaron, poco después, completamente exactos, pero yo ¿por qué iba a desviar mi itinerario, que ya estaba anunciado rumbo a la capital, sólo porque un grupo de militares se insubordinaba para ganar a pulso el poder? Ni era el modo de que se nos acercasen, si querían hacerlo. ¿Por qué no me escribía Valenzuela?

Justamente Valenzuela había pretextado asuntos de familia para un viaje a Sonora; se había ausentado de la capital, casi en fuga, por la vía de Chihuahua. Ya en Chihuahua, al amparo de militares de su grupo, había hecho terribles declaraciones contra Calles. Afirmaba tener pruebas de que Calles era el asesino de Obregón. No sé que haya publicado tales pruebas, pero lo cierto es que abandonó su candidatura para seguir a los militares del obregonismo. Villarreal también, avisado quizá como yo, se había marchado al Norte, pero en postura de candidato presidencial. En Monterrey le habían hecho recibimiento

decoroso, pero luego, en Torreón, se encontró dividido el partido, más de la mitad a mi favor, y le gritaban: «¡Viva Villarreal, pero Vasconcelos es el candidato!…»

Total, que en vez de jalar intempestivamente para el Norte, según me aconsejaba el misterioso sujeto, salí con Ahumada, con Anguiano y no sé quiénes más para Uruapan. Nos aconsejaron que no nos detuviéramos en Pátzcuaro, porque allí el caciquismo era absoluto, la opresión irrompible. Le han hecho, le hemos hecho, mucho bombo a eso de los lagos de Michoacán, pero la verdad es que a mí no me resultan gratos. Se hallan demasiado altos sobre el mar. Los regímenes bárbaros han acabado con los bosques; los mismos pinos de la comarca, pobres oyameles, carecen de frondosidad; hace en ella mucho frío y el aire es tenue, desnutriente. Es, por lo mismo, un alivio bajar hacia Uruapan, ésa sí tierra sabrosa. Se halla apenas a ochocientos metros de altura, lo que permite disfrutar el calor. La vegetación vuelve a ser exuberante. La gente es más abierta que en la meseta. Las huertas son pedazos de paraíso. El chocolate, que en el mercado venden en jícaras, es aromático y sabe a delicia. El café caracolillo de la región lo sirven en pozuelos con asientos a la turca. Y, además, nos otorgaron recepción decente, vigorosa, con música y gentío. Un sólido club quedó instalado en seguida y citamos a conferencia pública.

Me disponía a presentarme en el escenario, tras de la presentación que hizo Anguiano, cuando se nos comunicó el parte oficial de sublevación militar en Coahuila, capitaneada por Escobar, el matador de Gómez, y no sé cuántos más. Sumados al movimiento se hallaban, prácticamente, todos los obregonistas con su candidato Valenzuela. Hice mi plática, y al final advertí de un modo un tanto humorístico: «Ya comenzó, en el Norte, una rebelión, pero ésa no es la

buena; se trata de una disputa de militares callistas contra militares obregonistas. Revolución es la que el pueblo tendrá que hacer después de las elecciones si no se respeta el voto.» Y recomendé que no se interrumpieran los trabajos electorales, que no se participase en la confusión de una lucha armada sin bandera. Al día siguiente me vieron los corresponsales en el hotel de Uruapan y confirmé dichas declaraciones, recomendé que se apoyara al gobierno de Portes Gil que, con todos sus defectos, representaba un puente hacia la legalidad que crearían las elecciones. Además, reconocí, existía un compromiso tácito entre nosotros y el gobierno, desde el momento que lo acatamos al estar desarrollando la campaña electoral. Y no seríamos nosotros desleales a ese pacto, no actuaríamos como conspiradores aunque el gobierno procediese con felonía. En México, mis nuevos aliados, los del Partido Antirreeleccionista ex gomista, se escondieron para evitar pronunciarse en uno u otro sentido. No querían comprometer al partido, explicaron, y decidieron esperar a ver quién ganaba. Los que más mala voluntad me tenían murmuraron que mis declaraciones contra los escobaristas y en favor del gobierno significaban mi suicidio político, pues imaginaban que la rebelión triunfaría. El grupo de los villarrealistas se quedó pendiente de lo que hacía Villarreal en el Norte. Y pronto se supo que Villarreal, olvidándose de que era nada menos que candidato a la presidencia, se sumó a Escobar, se puso a sus órdenes, le recibió mando. Quedaba, pues, despejado el campo. De los cuatro candidatos que comenzamos la competencia, tres quedaban fuera de combate. A Sáenz también lo habían eliminado los suyos. Precisamente el brote rebelde empezó mientras se celebraba en Querétaro una convención con elementos oficiales, en la que por orden del general Calles se hizo a un lado a Sáenz,

sin ceremonias, y se designó candidato de los gobiernistas al señor Ortiz Rubio, de mala fama por Michoacán, donde andábamos. En Querétaro, los cien o doscientos diputados y políticos que designaron a Ortiz Rubio acabaron con las existencias de las cantinas de la vieja ciudad; escandalizaron con sus orgías vulgares, y luego, ya al retirarse triunfantes, se llevaron las sábanas de las hospederías que ocuparon; y no pudiendo acarrear también con los colchones, los destriparon para vengarse de la población «reaccionaria».

No pensé mucho la resolución de repudiar a los rebeldes, aunque ello beneficiase a los callistas; pero discutiéndola más tarde con amigos y enemigos, aparecían las razones obvias, incontrovertibles. Con los obregonistas, reeleccionistas, los verdaderos creadores de la tiranía existente, nada teníamos que ver. De triunfar ellos, no habría habido elecciones. Escobar, otro matón, se habría hecho del mando. Por su parte Calles había prestado el servicio de eliminar a Obregón, que ese sí era peligroso y se hubiera perpetuado en el poder. Sus lugartenientes, en cambio, no irían a ninguna parte. Y como era de esperarse, no tuve yo que hacer nada para avisar a los partidarios de las distintas regiones del país que debían permanecer neutrales, que deberían esperar la elección; el gobierno mismo se encargó de difundir mis puntos de vista, y lo hizo aun por el cinema, en el país y en el extranjero. Desgraciadamente, muchos no me hicieron caso y se dejaron arrastrar por el aparato de fuerza que al principio demostró el escobarismo. En una semana, Escobar dominó Chihuahua, dio un asalto a Monterrey; saqueó Torreón, y en Sonora, Topete lo secundó eficazmente. Cuando pasó la borrasca, deshecha en forma lamentable —¿y qué otra cosa podía esperarse de un Escobar?—, lo que sentía más era la pérdida de amigos, como el general Ochoa, de Ahome, que eran la

base de mis futuros planes. La estúpida aventura escobarista le costó a Ochoa su posición; no volvió a levantar cabeza. Por el estilo, otros muchos elementos apresurados se perdieron en la aventura escobarista. Quien más falta llegaría a hacernos era Eulalio Gutiérrez, que arrastrado por su hermano se dejó complicar y a los pocos meses resultó desterrado en San Antonio, Texas. De la pugna, ganada por los callistas con apoyo moral y material de Washington, habían de salir ellos poderosos, pero sólo militarmente. La opinión se les siguió mostrando adversa.

Con mis declaraciones, los militares de por Michoacán se pusieron muy afables. Les tocaba ser callistas y se aprestaban a batir a los escobaristas, con éxito aún dudoso. Ya sacarían las uñas apenas volviesen triunfantes.

Partiendo de Uruapan, recorrimos, como de costumbre, pueblos comarcanos y rancherías; también las pequeñas ciudades de la ruta de regreso. La impresión que en todas partes se recibía era la de un país habitado por gentes que no se merecen las bellas casas con aleros, los edificios señoriales de la época colonial. Embrutecidos por el alcohol, aterrorizados por un caciquismo de matones, los rancheros se divierten con carreras de jamelgos en que un pobre gallo, pendiente de una cuerda entre dos postes, es descabezado por jinetes que corren un centenar de metros sobre una pista polvorienta. Exclamaciones brutales corean la suerte. ¿Qué civismo puede existir en tales medios? La orden del centro, trasmitida al jefe de pandilla, que por el momento es dueño de vidas y haciendas, basta para el cumplimiento de la fórmula hipócrita de ir a votar… «por quien manda la autoridad».

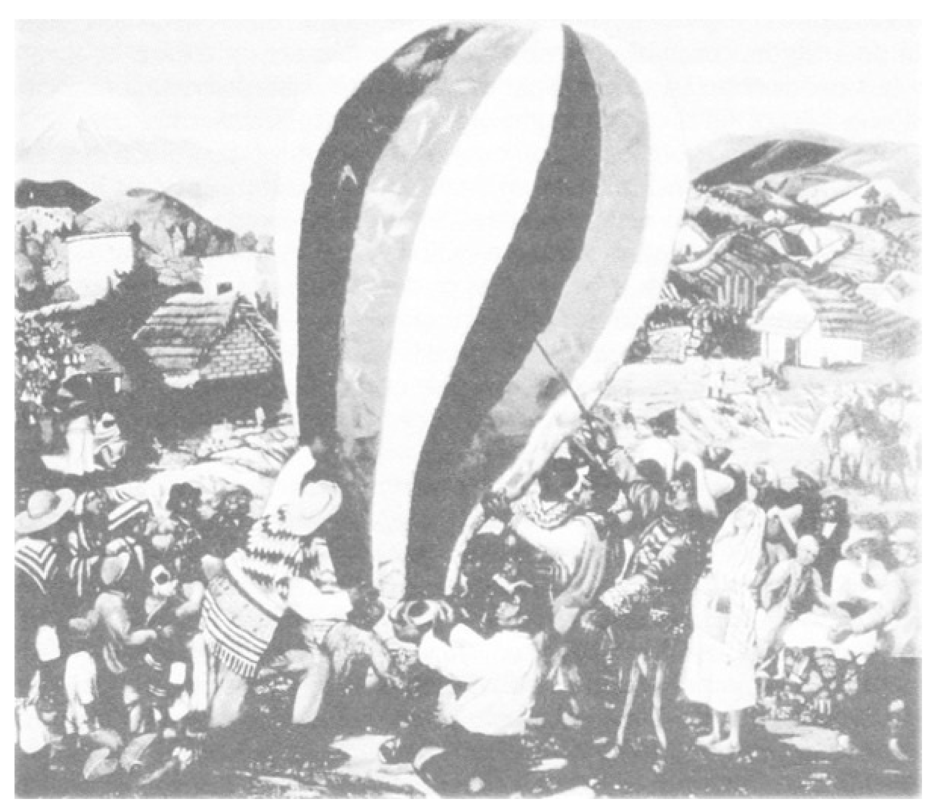
En un poblado de relativa importancia, el dueño del hotel previno a mis acompañantes: «Por ahí anda un grupo de

ebrios, encabezado por un diputado local, asegurando que han de matarlos.» Pasaron, en efecto, al poco rato, unos quince tipos con caras que habrían interesado vivamente a Lombroso. Iban todos ebrios, echado para atrás el sombrero. A mí me apodaban «el candidato sin pistola»; pero nunca me faltó el arma y siempre estuve dispuesto a usarla para un incidente personal inevitable. Mis acompañantes eran unos seis, todos valientes y armados. Así es que se pasaron de largo los de la banda temible.

El Comité Orientador de la capital

En Morelia esperaba nuestro regreso el licenciado Octavio Medellín Ostos. Era de la generación de Gómez Morín y los llamados «Siete sabios»: excelentes muchachos todos ellos, capaces, honrados. El único cargo que yo les hacía es que muy pronto, siendo todavía muy jóvenes, habían alcanzado puestos políticos importantes, aprovechando la *razzia* que el carrancismo hizo de la generación madura. *Razzia* consumada con objeto de asegurar adictos y no por afán de depuración. A Medellín Ostos lo había tratado poco, no me debía ningún servicio. Sin embargo, regenteaba con decisión el primer centro político que lanzó mi candidatura desde que me hallaba en Los Ángeles: el ilustre Comité Orientador, y, naturalmente, lo recibimos con el afecto, la consideración del caso. Me informó primero del personal brillante que constituía el centro y de la labor activísima y eficaz que ya habían realizado. Lo mejor del profesionismo joven de México se les había unido. Y se estaban improvisando oradores y políticos. Dando conferencias en todos los barrios de la capital y poblaciones vecinas, contaban ya con un arrastre superior al de cualquiera de los llamados partidos. No habían reñido con el antirreeleccionismo, pero trabajaban independientes, no se ocupaban de él, aunque algunos pertenecieron a las dos instituciones. La lista de los que sobresalían va en seguida, con el ruego de que se me perdone algún involuntario olvido; también omitimos uno que otro que por su conducta posterior ha perdido el

derecho a la fama: Octavio Medellín Ostos, Raúl Pous Ortiz, Germán de Campo, Antonio Helú, White Morquecho, Toussaint, López Mateos, el periodista Mora, Luis Calderón, Guillermina Ruiz, Chuchita López, hoy señora de Pacheco Calvo, Alfonso Acosta, Andrés Henestrosa. Temía Medellín que, distraída la gente con la rebelión del Norte, la recepción de la capital no resultase todo lo solemne que era de desearse. Por nuestra parte, contábamos con datos favorables. Méndez Rivas escribía que todo iba bien. Roberto Medellín, mi antiguo condiscípulo y colaborador, me informaba que contara con los maestros, de quienes había sido jefe y que espontáneamente se le habían ofrecido; también con un sindicato de electricistas. Fácilmente convencimos a Medellín Ostos. Regresó él directamente a la capital para proseguir los preparativos y nosotros nos acercamos a la metrópoli por Toluca. Ya un adivino de Los Ángeles me había predicho una entrada triunfal en la antigua Tenochtitlan. Pero, a fuer de buen realista, no había descuidado el «ayuda el Señor a quien se ayuda». Y nos tranquilizaron los que a Toluca llegaban pidiendo instrucciones. Cada uno confirmaba que hallaríamos calor popular, no sólo en la capital, sino en poblaciones comarcanas como Cuajimalpa y sus rancherías; Atzcapotzalco y Tacuba.



Nevado de Toluca, óleo de Ramón Cano Manilla: «De propaganda en Toluca no me ocupé, y era inútil»

En todas partes, la actividad generosa de los del Comité Orientador, la solicitud de los amigos viejos y de simpatizadores anónimos, lograba lo que para un candidato oficial resultaba imposible: congregar multitudes con músicas, carteles, cohetes, banderitas, jinetes, carruajes y autos, sin sacar un centavo del bolsillo. «El honor de ser vasconcelista se paga», era uno de los lemas de la campaña; *slogan*, decimos en pocho. Y: «Nuestro candidato no promete, sabrá cumplir.» A los que me urgían que formulara un programa concreto, les decía: «Los Diez Mandamientos son mi programa, por encima de la Constitución.» La Constitución, en todo caso, era obra de facciones armadas, un documento que exigía, sigue exigiendo a gritos, la

reforma. Y, remedando a san Pablo, cuando en algún poblado nos recibían con tibieza, vuelto contra él a la salida, sin siquiera sacudir el polvo de los zapatos, lo imprecaba, lo condenaba a la ignominia. Fuerza para todo esto salía, y de sobra, de las aclamaciones sinceras de muchedumbres repartidas en todo el ámbito de la nación.

Debo reconocer que durante toda la campaña tuve lo que se llama buena prensa. Algunos diarios, por interés comercial que se deriva de seguir la corriente y dar al público lo que pide, nos dedicaban planas y aun explotaban concursos. Otros, por patriotismo y amistad, como *La Gaceta* de Guaymas, *El Pueblo* de Hermosillo, *El Demócrata Sinaloense* de Mazatlán, de don Ernesto López; el periódico de Zazueta, en Culiacán, *La Palabra* de Tuxpan, del valiente Raziel de Lugo, *El Hombre Libre* y el *Omega*, de la capital, con algunos más que sin duda olvido involuntariamente. Cito con gratitud tan sólo a los que se mantuvieron fieles y ardidos de indignación por la derrota injusta, no a los que, al día siguiente de la elección, y cuando debió empezar de verdad la lucha, se declararon pacifistas, condenaron mis excitaciones a la rebelión y, a la postre, se pusieron al servicio del régimen que había fingido combatir. La prensa grande, en general, siguió esta última táctica, llevándola, en muchos casos, al servilismo gratuito, innecesario y ni siquiera agradecido de los adulados.

Uno de mis visitantes toluqueños fue mi ex primo y ex amigo Eduardo Vasconcelos. Estaba de Secretario de Gobierno de un pulquero que, aparte de explotar el Estado de México como feudo propio, tenía vara alta en la Administración central. Me refiero al Riva Palacio aquel del cuento del agente de cervezas que me entrevistó en Nueva York, y creo haber transcrito en anterior volumen: el que mantenía la casa de placer del gabinete callista, a medio

camino de Toluca y México. Para la fecha en que nos hallábamos, ya aquel sujeto sonaba como candidato presidencial. Y parece que mi querido ex primo no era ajeno a estas esperanzas. La parte, diremos técnica, de la administración local, él la llevaba, y me insinuó la conveniencia de que fuésemos prudentes en nuestros discursos. Por último, me preguntó por mis planes: «Son muy sencillos —le dije—, ganar la elección como no puedo menos de hacerlo; en seguida, repetir la hazaña de Madero, que levantó al pueblo para castigar la imposición. Esta segunda parte —añadí— ya no la garantizo, porque no depende de mí, pero estoy poniendo los medios para que el movimiento exceda al maderista. Y a todos los que se opongan a reconocer un triunfo legítimo deseo verlos colgar de los postes.» Se retiró cortésmente el novel funcionario, pero supe después que habían dicho que estaba dolido, decepcionado de mí. Yo me había vuelto «reaccionario»; «era esto una pérdida para la revolución, pero, por fortuna, había otros muchos capaces de llenar mi puesto».

De propaganda en Toluca no me ocupé, y era inútil. En el pequeño lugar frío, habitado en su mayoría por empleados de gobierno, por hacendados temerosos que se coluden con el poder, vanas habrían sido las exhortaciones de los muchachos del Comité Orientador, que arriesgando palizas de la policía local habían hablado en domingos anteriores en plazas y mercados toluqueños. De los distritos, en cambio, nos llegaron enviados con noticias de que había descontento profundo y seguridad casi de que, en una rebelión nacional, los indios del Estado de México no se quedarían atrás.

El Instituto y los colegios, que cuando era yo ministro me habían agasajado con brillo, se mantuvieron en prudente abstención. ¡Pese a las instancias de los maestros de la capital y del resto del país, que en su inmensa mayoría

arriesgaron todo para ayudarme!

Aparece Valeria

La llamaremos con un segundo nombre, que ella gustaba de usar, aunque no tenemos por qué hacer ocultación de su identidad. Se trata de una de las más grandes mujeres que el país ha producido en los últimos tiempos. Hallábase, cuando se nos presentó en Toluca, en el ocaso de una carrera social ilustrada con su talento, su hermosura y una fortuna de bastante consideración, que había despilfarrado, parte en malos negocios, parte en dádivas, ya para el sostenimiento de una sinfónica, ya para la edición de revistas literarias selectas, o para los trabajos de un teatro de minorías titulado «Ulises». Morena, bien hecha y elástica, ejemplar de fina raza nativa, su fuerza, sin embargo, estaba en su espíritu. De ojos grandes, comprensivos, conversación atrayente, seducía, no obstante cierta ironía escéptica, agravada con el prurito de frivolidad que enfermó a su generación turbia de la posguerra. La réplica mexicana de aquellos grupos que Ortega y Gasset, con petulancia sublime, llamó equipos de selección, tenía a Valeria por musa. Pero valía más que eso y que todo el grupo. Un divorcio pendiente la había lanzado entre las que se dicen emancipadas. Lo cierto es que hacía vida de trabajo y de estudio, acompañada siempre de un hijo de diez años, preciosa criatura, despierta y fina. Y según les precisó, cierta ocasión, a unos murmuradores: «Si yo quisiera divertirme, no andaría con intelectuales, que son tan feos, sino con pelotaris.» A Toluca llegó el sábado anterior a nuestra entrada a la capital en su automóvil, que

era de los más lujosos, y acompañada de un estado mayor de artistas; como sobresaliente, el caballero sin tacha que es Manuel Rodríguez Lozano, amigo predilecto de Valeria.



Antonieta Rivas Mercado y Manuel Rodríguez Lozano, el pintor que marcó su vida

El vestíbulo del hotel se tornó luminoso cuando me la presentaron. Aunque nos conocíamos de nombre, era la primera vez que nos encontrábamos. La misión generosa que llevaba hizo que con naturalidad se estableciese de inmediato una inteligencia perfecta entre nosotros. Agotados los tópicos de la ocasión, los detalles de la procesión cívica del día siguiente, nos fuimos por los portales semidesiertos de la triste Toluca. Y no hallando otro obsequio que hacerle, me metí con ella a una de las dulcerías, orgullo postrero del toluqueño, y empecé a pedir naranjas cubiertas, limones azucarados, verdes y transparentes. «¿Para qué quiere usted tanto dulce, si no tiene casa en México?» inquirió, y respondí: «No, si son para usted.» Y se rió mucho de aquella ocurrencia ingenua. Por la tarde partió.

Un sapo, que es a la vez un gran pintor, envidioso del boato de mi amiga, soltó la versión «entre los obreros» de que yo haría el viaje a la metrópoli en el auto de una burguesa de la capital.

Mintió, porque la noche del sábado llegaron comisiones presididas por Roberto Medellín que pusieron a mi disposición un auto perteneciente a uno de los jefes obreros de la Compañía de Luz y Fuerza, miembro de la organización vasconcelista de ese gremio.

Sobre lo que fue aquella jornada gloriosa dejo la palabra a la propia Valeria, que nadie podrá superarla en el estilo severo que capta por el fondo las situaciones más complicadas y, a la vez, sorprende con la novedad del giro, el acierto y lucidez de las imágenes.

En la ciudad muerta

Prométhée: *J'ai placé chez eux l'espérance aveugle.*

Le Choeur: *Don précieux que tu as fait aux mortels!*

Prométhée: *De plus, je leur ai fait part du feu céleste.*

Le Choeur: *Le feu! Les mortels possédent ce brillant trésor?*

Toluca es la capital del Estado de México, ciudad que anida en su propio valle, tras el Ajusco sombroso, al pie de su volcán frío, casi nevado. Una mañana despejada del mes de marzo, bajo el cielo transparente que rinde minucioso el contorno de los objetos lejanos, recortando con fino bisturí la mole eternamente azul de la cordillera distante, salía de aquella villa una comitiva exigua: apenas unos cuantos automóviles que bien podían haber conducido un grupo de turistas curiosos de la infinita majestad de la meseta mexicana. Tomaron la carretera larga que se enreda entre los troncos de los pinos, ebrios de soledad y elevación, y dejando a un lado las cimas donde murmura la frescura de los arroyos, siguieron rumbo a la capital.



Instituto de Ciencias de Toluca

Desde la altura que se antoja fuera de alguna nube, en el primer puerto de la ruta, donde se entrevé en lontananza la amplitud del valle, el candidato debe de haber sentido que brotaba de su alma algo que bien pudo haber sido uno de sus «Himnos breves». Volvía, cegando la ausencia de años, amo de una verdad que sacudía la entraña de su patria, y enderezaba aquel día sus pasos hacía la meta de tantas aspiraciones, la ciudad que yace en terrenos de fango, remate de afanes, burocrático albergue de cientos de miles de empleados esclavizados.

Era el 10 de marzo de 1929. Un domingo luminoso. La metrópoli había despertado matinal, ella que de todo el territorio apático es símbolo y sublimación. Ciudad mortecina en la que pesa atmósfera rarificada, que sin arder consume.

Parece que sus propios contornos, antaño rientes, al volverse enjutos, restada la savia que corría por sus canales, sufre el castigo del polvo perenne que todo endurece, petrificándolo. Tiene el alma doliente de melancólica incuriosidad, diríase que lánguida se abandonó en el poniente lívido de algún atardecer en el cual el cielo prendía lenguas de cirio con sus ráfagas verdes en el ocaso ceniciento. Desde entonces, fría, sin cordialidad, adquirió el hábito de tolerar indiferente el tráfago que por sus arterias han traído y llevado en sus idas y venidas las revueltas, para ella igualmente insensatas. ¿Qué recibimiento tributaría al hombre que volvía dueño de su mensaje y que en esos momentos bajaba la ladera del monte?

La distancia que media entre Toluca y México se cubre fácilmente en tres horas, pero el viajero hubo de detenerse en cada uno de los pueblos que corta la carretera. Los pobladores, en fiesta, le esperaron. En la venta de Cuajimalpa, última estación antes de iniciar el descenso que conduce a la villa de Tacubaya, suburbio de la capital, estaban amigos fieles que, impacientes, se habían adelantado para ser los primeros en estrechar su mano. A lo largo del camino, la gente se agregaba; arroyo que pronto sería río. Cuando llegó a la cabecera del Paseo de la Reforma, amplia avenida que une el centro con el Bosque de Chapultepec, trazada por los arquitectos de Maximiliano, cerraba el paso la multitud.

Todo México se había dado cita. Y desde allí hasta la plaza de Santo Domingo, siete kilómetros que tardó en recorrer cuatro horas, tan espesa era la valla flexible que milímetro a milímetro hubo de surcar en el coche donde, de pie, descubierto, rompiéndose los ejes bajo el racimo humano que intentaba acercarse más a él, entró Vasconcelos a la antigua Tenochtitlan, envuelto en el delirio de la multitud que agitaba en las manos palmas triunfantes. Multitud loca, de locura divina que arrebataba a la patria entera. La sonoridad de las bandas anegada por los gritos, sólo de cuando en vez, en silencios que puntuaban, hacía oír la alacridad de las trompetas: el clamor humano tenía de plegaria, de aleluya, de resurrección. Al llover las flores, un dulzor desconocido rebosaba en los corazones: era el sol de la bienvenida. México palpitaba; México vivía. En uno de los tantos altos, la intuición traspasó la boca de un orador con esta frase: «Hoy que es Domingo de Ramos»... Llegaba a la Jerusalén mexicana, como aquélla levítica, ésta burocrática, el hombre sencillo que después de inflamar en la llanura con su prédica el alma profunda de los humildes ascendía, como el Cristo lo hiciera, trasponiendo, al alcance de su gente, el verbo inspirado y terrible del Nazareno. Venía de andar por tierras impregnadas de sangre, entre seres torcidos por odios, hablando de un reinado de amor bajo la amenaza de los puñales. Y sucedió que en aquel domingo, que era de ramos, no hubo mano femenina que al arrojar su puñado de flores, ¡benditas manos de mujer!, no esbozara en lo íntimo suave gesto de protección hacia aquel que había revivido la esperanza. Ni hubo madre que dejara de alzar en brazos el hijo pequeño para mostrarle al justo que pasaba, ni hombre que no sintiera el orgullo de su virilidad al oír aclamar a uno que encarnaba la realeza humana. La ciudad, sin reserva, se echó a la calle, conmovedora respuesta a quien la cruzaba

siguiendo la línea recta de su destino; lo recibió con el triunfo de Roma a sus emperadores, acogimiento insólito y desgarrador, porque así como hay ciudades, París, Nueva York, que tienen el espíritu abundantemente dispuesto a la fiesta, pues aman a los héroes y a despecho de sus hondas preocupaciones tienen margen para el regocijo, México sólo sabe ser comunicativo cuando está ebrio, anegados los vivos temores que vedan toda expansión.

En la más colonial de las donosas plazas de la ciudad, la de Santo Domingo, a un paso de la Secretaría de Educación que él levantara, habló Vasconcelos. Dijo lo que ya estaba vibrando en la emoción de los oyentes, masa humana que rebasaba el espacio abierto, y que ignoró el sol, la fatiga, el hambre.

Recordó el antiguo mito de Quetzalcóatl, Prometeo, protector de las artes, de la paz, fomentador de la civilización a quien castigaron, no los dioses, sino los propios mortales favorecidos, adversario eterno del sangriento Huitzilopochtli, guerrero cruento: batalladores que se disputan aún la tierra del águila y la serpiente. La presencia del pueblo subrayó con su comprensión el sentido de la leyenda, acentuó las frases con su silencio, arrebató con sus vivas el eco de la voz. Y era que el espejismo alucinante percibido por los desterrados resultaba ya, para todo mexicano, más real que la otra realidad, como lo son, en los frescos de Delacroix, los fantásticos jinetes victoriosos. ¡Oh potencia del deseo!

Terminando el mitin, la multitud, lentamente, se disolvía, y cuando Vasconcelos, a pie por una de las calles cercanas se alejó, una mujer del pueblo, anciana indígena envuelta en el cincuate oscuro (falda liada con gruesos pliegues al frente, de burda tela, que usan las mujeres de la meseta), cubierta la cabeza por el sobrio rebozo que da a la mexicana aspecto bíblico, le salió al paso. Gota de agua de la inmensa muchedumbre. Se echó a sus pies, y abrazando sus rodillas repitió, inconsciente, el gesto con que Tetis saluda al padre de los dioses, y una sola palabra llenó su boca, humedeció sus ojos: «Padre.» Padre, el que es fuerte y todo lo sabe, el que guía, el que defiende al hijo contra la vida inclemente. ¡Padre!

Los mítines

Prométhée: *Soit, je suis préparé à tout.*

En el crucero de dos calles de arrabal que el foco de la esquina mal alumbra, sentada a la orilla de la acera, una humilde mujer tiene ante sí su negocio ambulante, una hornilla en que humea el jarro de hojas o el de café aguado. Es casi la medianoche y pocos son los transeúntes. Contra el fondo del cielo nocturno levanta un edificio cercano, mástiles de piedra, las torres de sus hornos con sus caudas de humo y chispas, manchas opacas en la negrura. Sopla un viento frío, penetrante viento de meseta. Cerca de la vendedora, cubiertos con gabanes de verano, con los cuellos volteados, puestos los sombreros, las manos en los bolsillos, charla alegremente un grupo de jóvenes. Esperan.

Un silbato agudo que suspende una tarea. Era la señal, pero por su brusquedad, sorprende. Rápidamente el grupo se deshace, van hacia la puerta de la fábrica que señala en la vecina cuadra algún farol, y buscando una tribuna improvisada descubren el bote de basura, caja de metal cerrada que boquea los desperdicios del

vecindario. Los obreros han comenzado a salir, cansados del trabajo, el cuerpo sudoroso aún.



Fragmento del mural *Hacia un México mejor*, de Ramón Cano Manilla: «Está en manos del pueblo, en nuestras manos, enderezar el camino torcido…»

Uno de los muchachos ha saltado sobre la plataforma, y, hollándola, interpela: «Compañeros.» La voz invita e impone; es clara y ardorosa. Curiosos, algunos se han detenido, otros prosiguen, pensando en el changarro donde el trago de tequila (aguardiente de maguey) les dé fuerza ficticia, o en la mujer que aguarda. Pero en la boca juvenil el alma ha florecido: «Hemos venido, compañeros, porque es indispensable que todo hombre sepa cuál es en estos momentos su obligación, su responsabilidad. La patria está en peligro. El instante es solemne; en las elecciones venideras juega México su destino, su independencia»…, y los hombres de azul overol, de grueso suéter de lana, los antes fatigados, detenidos, se dejan enlazar por el ritmo misterioso de palabras ignotas que abren perspectivas: «Patria, destino, independencia». La sustancia misma de la lengua, salvando la inteligencia, conmueve, retiene. El orador trasmite su convicción, cuya frescura alivia, cuyo entusiasmo penetra. Se adivina que pretende compartir la hostia indestructible de una fe, que el sentido de su existencia está en seguir la corriente avasalladora que invade, inundando con sus aguas, como las del Nilo, fecundas: «Está en manos del pueblo, en nuestras manos, enderezar el camino torcido por donde nos han traído hasta una encrucijada. Hay que elegir el derrotero, que conocer la meta. Somos juguetes de una pesadilla que está acabando gracias a la presencia de un hombre que con su honradez despeja el ambiente, y es preciso que la pesadilla no vuelva; para evitarlo hemos de usar derechos que nos han arrebatado. Hemos de votar y saber lo que a cambio de nuestro voto tendremos. Si

el pueblo quiere gobierno honrado, puede dárselo; si quiere una patria sana en la cual en vez de militares haya escuelas y maestros, y en vez de diputados y ladrones, carreteras blancas; si quiere nuevas tierras labradías donde crezca el maíz de su pan, en vez de haciendas para los generales; si quiere que no sea el americano el que impere, sino su propia voluntad, ha de ir a elecciones dándose gobierno mexicano, nacido en su corazón, afianzado por su voluntad. ¿A quién designar? Dos candidatos quedan en pie: Ortiz Rubio, traído de Brasil por ser el más vano de los fantasmas; Vasconcelos, que es maestro en América, quien ha vuelto para luchar con el pueblo y demostrar que no es él (el pueblo) quien está descalificado para la democracia, sino que descalificados y para siempre están los que con la careta del socialismo lo entregan liado al *yankee* capitalista; los que nos ofrecieron respetar la elección que el pueblo haga y ya se parapetan tras las precauciones que permitan su violación. Nadie puede permanecer indiferente. La abstención es criminal. Mexicanos, se nos ha dicho que podemos elegir sin traba presidente; debemos, para no ser tildados de rebeldes, esperar hasta el día de las elecciones para demostrar que queremos el camino de la paz, pero no aceptaremos el fraude; habrá que ir a votar sabiendo que la imposición ha de ser combatida en todos los terrenos; llevando, para defender nuestra libre decisión, el arma que castigue, y nadie debe ignorar que hay de por medio peligro de muerte. Vasconcelos defiende la honra mexicana; estar en contra suya es traicionar nuestro propio destino y sólo lo hacen los vendidos; Vasconcelos es la revolución verdadera, la que trasmuta la existencia cambiando los valores; en vez de apetito, *conciencia*; en lugar de fraude, *responsabilidad*. Los dueños del poder abusan, nos amenazan de muerte porque queremos gobierno honrado, pero aun nuestra muerte constituirá una victoria, porque la sangre inocente que derramen manchará sus manos indeleblemente, y por dondequiera que vayan se les ha de señalar con el dedo, murmurando con horror: "Ahí van los Calles, los Santos, los Amaros, asesinos de la juventud, asesinos del pueblo." Ciudadanos, con Vasconcelos vamos a crear la patria nueva, purgándola de sus fiebres malignas, echando, con el látigo en lo alto, a los traficantes que huelgan en nuestra miseria. No necesitamos denunciar más a nuestros contrincantes, son bien conocidos; donde alientan, oprimen. Hemos venido a ustedes para confirmar nuestra visión en su fortaleza, para compartir este pan de vida, la luz traída por Vasconcelos a nuestras conciencias y repasar las razones simples que hacen de él el candidato único, el verdadero, el popular. *Porque es honrado, porque es verídico* y será justiciero. En la hora decisiva, a la imposición del gobierno hemos de responder con la de Vasconcelos, presidente electo desde ahora»... El alto voltaje del mitin, repetido en todos los rincones de la ciudad, en todas las encrucijadas de la provincia donde la juventud acorde vertía su fe, cortaba el vuelo de la palabra con un «Vasconcelos, presidente Vasconcelos»..., indefinible promesa, decisión y pacto.

Quetzalcóatl *versus* Huichilobos

Elegí la plazuela de Santo Domingo para mi discurso de entrada a la capital, por el ambiente de hispanidad que aquel viejo rincón encierra. Ningún sitio mejor para proclamar el sentido de la lucha que se desarrollaba; combate que inició Hernán Cortés, abanderado del Dios cristiano y en cierto modo reivindicador de Quetzalcóatl, contra el funesto dios azteca Huitzilopochtli, reencarnado en Amaro, el jefe de los ejércitos de la imposición, al servicio del poinsettismo renovado por Morrow, el embajador *yankee*. Gracias a la generosidad de un fotógrafo que ocupaba un departamento sobre el antiguo portal de los memorialistas pudimos disponer de un balcón, cargado a la esquina. Dominamos desde allí el jardín y tres bocacalles. Abajo se apretaba la multitud, y en puertas y azoteas de las viejas casas escuchaban, ávidos, niños y mujeres, jóvenes y viejos. La ciudad entera palpitó; la ciudad que es resumen del alma mexicana y también su porción más ilustrada y más libre, pese a las injurias que suelen dedicarle caudillos despechados de que no rinde pleitesía a la ignorancia. El día que la ciudad se arme para no dejarse dominar del campo nuestra historia tomará otro rumbo. Algo de esto me bullía en la mente y comencé proclamándome audazmente la viva reencarnación del Quetzalcóatl de la leyenda. Sin rubor adoptaba estos desplantes, porque ellos son necesarios para el mito indispensable a las grandes transformaciones y, además, porque la irritación que todo ello provocaba en mis

enemigos me divertía extraordinariamente. Gozando de antemano al imaginar los artículos en que se me acusaría de paranoico, me afirmé el elegido por la Providencia por la vía del plebiscito nacional para sacar a la nación de su vergüenza de sus últimos años. Los que se nos oponían eran traidores a la civilización, no sólo a la patria. Allí estaban agazapados en torno de *mister* Morrow… Bastaba pronunciar el nombre de Morrow para que la sorna estallase clamorosa… Hipnotizábase el auditorio, porque al ir pronunciando la verdad me contagiaba de ella, y no en vano se vierten en un corazón las inquietudes y las esperanzas de toda una patria. Sería menguado quien no se sintiese, en tales circunstancias, un gigante. Todo el que encarna un anhelo colectivo siéntese por eso mismo levantado por encima de su propia estatura. Esto no lo comprenden críticos enanos, ni hace falta.



Vasconcelos en campaña. «Los cines no pudieron evitar la exhibición del rollo en que aparecía nuestro cortejo llenando la avenida Madero»…

El apoderamiento de garra que sobre la masa capitalina fuimos logrando no lo han destruido del todo diez años de calumnias y de fracasos.

Diversos oradores me habían precedido a nombre de agrupaciones que se hallaban en actividad. Así es que, cuando concluyó mi discurso, casi a las tres de la tarde, el gentío se dispersó lentamente.

Desde las seis de la mañana habíamos estado en pie. Con mi costumbre de no cenar y el desayuno ligero, sentía en ese momento un hambre voraz. Hubiera querido comer en una fonda oscura con un grupo de íntimos, pero se me avisó que la directiva del Antirreeleccionista me tenía dispuesto banquete formal, y allá fuimos al Colón, a presidir una mesa un tanto solemne y a escuchar más discursos. En el grupo descubrí uno con quien había de entenderme lealmente, el ingeniero Góngora, hombre de principios, ilustrado, sereno, que desde luego me cautivó.

Por la tarde, en el hospedaje del Hotel Princess, que había de ser mi domicilio de varios meses, las visitas no cesaron. Estaba yo metido en la cama, a las diez, cuando llegó un corresponsal de origen centroamericano, uno de los que más favorecí en mis tiempos del ministerio. Quería telegrafiar a los periódicos de la América del Sur. «¿No me parecía que la cifra de los manifestantes, comunicada ya al exterior por la Associated Press, era exacta, quince mil manifestantes?» «¡Ah! —le respondí—, ¿conque ésa es la cifra que ha autorizado Morrow?» «¡Usted sabe que los corresponsales extranjeros redactan sus despachos en la embajada!» «Haga usted lo que guste, no me importa la opinión de las agencias. Me importa lo que la ciudad vio y ha quedado en las fotografías y en el film.»

Los cines no pudieron evitar la exhibición del rollo en que

aparecía nuestro cortejo llenando la avenida Madero, desbordando por la plaza principal. Quedan estos documentos visuales para el que quiera rectificarme o confirmarme, y los rotograbados de no pocos grandes dominicales. El sujeto aquel no volvió a presentárseme. Hoy es una autoridad en asuntos mexicanos en toda la prensa iberoamericana, o como dice él en protestante: «Indoamericana.» Esto del indoamericanismo es un ardid de la Smithsonian y su sección antropológica, empeñada en borrar toda huella española aun de sus clasificaciones étnicas. Al designársenos indoamericanos, en vez de iberoamericanos o latinoamericanos, se nos reduce a la categoría de subcasta, aparte de que se incurre en un pleonasmo, pues lo indio es ya americano. Sin embargo, es consigna de la mafia poinsettista usar la voz indoamericano, a tal punto que la incorporaron a la Constitución vigente y la usan por el Sur los contaminados. En cambio, en la frontera de Estados Unidos y México, los mismos poinsettistas jamás usan el indoamericano, ni siquiera el *Mexican*. Allí todos se titulan *latinamericans*, los latinos... ¿Se creerán acaso franceses?, ¿o, por lo menos, haitianos afrofranceses? ¿Qué es de nosotros, pobres diablos, si nos quitamos lo *Spanish*, si nos causa sonrojo que nos digan indios?

Pelea por el botín

Los militares en el Norte peleaban por el botín de la patria. Escobar, tras de asaltar los bancos, mandó al Canadá un fuerte depósito en oro a su cuenta personal; después de eso, ya no se preocupó sino de ponerse a salvo. Pero con Escobar, aparte de dos candidatos presidenciales, habían hecho causa común algunos hombres de pelea que no iban a dejarse destrozar fácilmente. Por ejemplo, Caraveo, en Chihuahua, era de cuidado. Un delegado de Caraveo había conferenciado conmigo periódicamente. De sus pláticas deduje que Caraveo se unió al escobarismo con la esperanza de dominarlo, desde su ínsula de Chihuahua, y así estuvo jugando, doble o triple; a Querétaro mandó delegados que votaron por Ortiz Rubio; luego se unió al escobarismo, y ya en el destierro, Caraveo se comunicaba conmigo. Siempre he lamentado que, a la postre, no se decidiese, según se verá después. El hecho es que estando yo en México ocupado en la organización del partido, en el Norte se dieron las llamadas batallas de Torreón y de Jiménez, con Calles de general en jefe, en un carro *pullman* a cincuenta leguas del lugar del combate, y a su lado el coronel MacNabbe, perito militar norteamericano y agregado de la embajada. En el frente de batalla, Andrew Almazán mandó a los gobiernistas, pero no se decidió la batalla en el frente; se decidió por el aire, y a retaguardia. Doce aviones de guerra salidos de Fort Bliss, piloteados por norteamericanos, bombardearon los trenes que garantizaban la retirada de los escobaristas en

Jimulco. Ataque tan inopinado produjo desmoralización tal entre los enemigos del gobierno, que con trabajo ganaron la frontera los jefes principales y las tropas sublevadas se rindieron en masa. Los candidatos presidenciales Valenzuela y Villarreal se convirtieron en exiliados. El candidato oficial, Ortiz Rubio, se estuvo en su casa mientras se libraban en el Norte los encuentros decisivos. Ni a una plazuela asomaba, porque un par de gritos lo habrían puesto en fuga. Y los pistoleros, que más tarde le infundían ánimo, matando en su presencia a los oposicionistas, andaban atareados por el Norte, recogiendo el botín, matando escobaristas dispersos.



El general Escobar, jefe de las operaciones de La Laguna y reconocido por los rebeldes como jefe del movimiento armado

Una vez más, Estados Unidos había salvado al gobierno. Por esos días, en unos mítines muy lucidos que logramos realizar por Xochimilco y Texcoco, entre los indios puros y los criollos antiguos, renové, subí de tono mis denuncias del embajador *yankee* por la intervención descarada que él y los suyos tomaban en la política nacional. Y empezaron a

circular rumores de que el embajador quería hablar conmigo. Manifesté que no tenía inconveniente en hacerlo, pero evité buscar yo la entrevista. El discurso de Xochimilco, de 31 de marzo de 1929, dice así:

Estar en Xochimilco es como encontrarse en el corazón de la patria mexicana y en el seno mismo de la raza indígena. Pueblo que ha sabido conservar su carácter autóctono durante siglos, a él venimos siempre los que queremos darnos cuenta de cómo es en verdad el indio cuando trabaja y cuando prospera. Y hoy que nos encontramos aquí en un mitin político, vengo a deciros, indios de Xochimilco, que también vuestra ayuda es necesaria. Juntos debemos romper el mito de la imposición, ese mito de nuestros enemigos que constantemente nos están afirmando que si es cierto que no cuentan ellos con nadie en las ciudades, sin duda porque las gentes de las ciudades conocen bien la caterva de bribones que componen el partido de la imposición, en cambio cuentan, dicen ellos, en toda la República con los campesinos y los obreros.

Yo vengo a preguntar a los indios y a los campesinos de Xochimilco si es cierto que están con la imposición. (*Voces: ¡No! ¡Muera la imposición! ¡Abajo la imposición!*) Aquí estamos rompiendo el famoso mito de que por la candidatura del gobierno votan los obreros y los campesinos. Aquí están los campesinos de verdad, desmintiendo a los farsantes de la revolución. Lo único que tengo que agregar a este testimonio vuestro es que, así como en Xochimilco no es cierto que los indios y los campesinos estén apoyando a los falsos revolucionarios, en el resto de la República, desde Sonora hasta esta ciudad, el mito de la adhesión a ellos de los campesinos y de los obreros se desmenuza y se derrumba como un fantasma. En ninguna parte he encontrado campesinos de verdad al servicio de la imposición. En todas partes he descubierto que el indio no está dispuesto a ser carne de cañón; en todas partes he encontrado al labrador decidido a hacer cumplir su voluntad, a exigir cuentas a los que hicieron bancos para atender a la agricultura, pero que luego se repartieron el dinero en beneficio de sus propias haciendas.

Aquí, en Xochimilco, yo os pregunto: ¿Cuánto dinero se ha prestado a los indios para mejorar sus labores? ¿Cuánto dinero se os ha entregado para vuestros campos? Ni un centavo; pero sí habéis visto surgir las haciendas de los explotadores. Por aquí cerca está Santa Bárbara (el latifundio de Calles); allí se han ido los dineros de la nación.

Si queréis saber por qué vuestros hermanos los indios de Sonora, los indios de las regiones yaqui y maya, tampoco están con los impositores, os daré la razón: tampoco a aquellos indios les ha tocado un solo centavo de los dineros del banco. Por allá fue otro el amo, fue otro el caudillo, fue otro el explotador; por allá todo el dinero que debió ser de los labradores fue a fomentar los latifundios de Náinari, propiedad del extinto general Obregón. (*Aplausos.*) Por eso veis que no hay un solo hombre honrado en la República que tenga el descaro de presentarse como

partidario de las gentes de la imposición.

Sin embargo, apenas pase este instante de aturdimiento, veréis que vuelven a hablarnos en los periódicos que ellos controlan con la amenaza o con el dinero; nos hablarán de los fantásticos partidos que apoyan a los candidatos de la imposición; volverán a inventarnos agrupaciones políticas de Xochimilco que, sin conocer al señor Ortiz Rubio, seguramente van a postularlo. Creo que no veréis pasar siquiera por aquí la figura de Ortiz Rubio, porque esas gentes no necesitan acercarse al pueblo para ganar votos, porque los ganan en las antesalas de los palacios, y ahora también quieren ganarlos en las antesalas de los cuarteles.

Pero hoy que la raza indígena se levanta para demostrar que está capacitada para la democracia hoy que los indios se preparan a demostrar que sí están resueltos y que sí son capaces de hacer respetar el voto, nada nos importan estas ridículas farsas de la imposición. Una vez, dos, tres veces nos han engañado con el mito de los campesinos y los obreros. Hoy vamos nosotros, con los campesinos y los obreros al frente, a mostrar a la nación cuál es la voluntad de los obreros y los campesinos.

Yo pido a los que aquí están presentes que se repartan para hacer saber a sus compañeros —me refiero a los que por trabajar en las canoas no han podido venir — que su nombre va a ser usado en vano por los explotadores del pueblo; que hagan saber a todos los indios que de un extremo a otro de la República se está organizando el partido independiente, se están organizando todas las gentes honradas para poner un «hasta aquí» a los falsarios de la revolución, a los falsarios que hoy se disputan un botín que el pueblo va a arrebatarles en noviembre por medio del voto.

Yo os emplazo para que organicéis vuestras fuerzas y en el instante de la elección vayáis todos con fe a depositar vuestro voto; pero al hacer este depósito estad seguros de que no estaréis solos, de que en todas partes los buenos mexicanos, los mexicanos limpios, los mexicanos honrados, van a votar en el mismo sentido que vosotros; y así, todos unidos, formaremos una fuerza tan grande que hará temblar a la gente de la imposición; pero los hará temblar como no han temblado ante una revolución que estaba condenada de antemano, sino como se tiembla ante el peligro de la caída definitiva. Y si en noviembre no logramos crear un nuevo estado de cosas, la República caerá entre las manos de algún candidato, instrumento de *mister* Morrow, el embajador de Estados Unidos.

No hay en estos instantes más que dos maneras de hacer candidaturas: la que hace el pueblo, la que hacéis vosotros en estos momentos, y la que hace Morrow en sus antesalas. Que el pueblo mexicano decida; pero yo sé ya cuál es la resolución del pueblo mexicano, y a todos estos hombres que están dispuestos a seguirnos a costa de toda clase de sacrificios, solamente les decimos que no sufrirán en balde, que no se trata de elevar al poder a una nueva camarilla que se enriquezca como las anteriores y ejercite venganza. No vamos a tener tiempo de vengarnos porque no nos va a quedar un instante para recordar a nuestros enemigos. La tarea de la reconstrucción es tan urgente y tan vasta que demandará todos nuestros esfuerzos y toda nuestra atención.

Los hombres humildes, la gente que más va a beneficiarse con este nuevo programa, he allí el apoyo de nuestra candidatura en todo el país. Responded entonces a los que os vengan a decir que nosotros somos reaccionarios: «Si reaccionarios son los que están con los hombres de blusa azul, con los hombres que usan pantalón blanco, entonces los que siguen a Vasconcelos son reaccionarios, porque el partido de Vasconcelos está hecho con hombres de blusa azul y pantalón blanco del pueblo de Xochimilco.» ¿Y cómo no había yo de tener confianza en mi pueblo si lo he visto triunfar en las lides del trabajo, que son, al fin y al cabo, las lides que ponen a prueba el esfuerzo? Por eso tengo confianza en el indio mexicano y en el vigor de su raza y no tengo ni puedo tener ninguna confianza en los bribones que llevan no sé cuántos años de estar explotando este pueblo, gentes que se caracterizan porque no saben ganarse el pan con su trabajo y tienen que ganárselo en la aventura revolucionaria, en la explotación de los humildes. (*Aplausos.*)

Por eso, mientras otros apoyan sus candidaturas en alianzas oscuras y cobardes con los delegados de nuestro enemigo, el capital norteamericano, nosotros la apoyamos en el pueblo humilde; la apoyamos en el verdadero pueblo, desdeñando a *mister* Morrow, ese embajador de Estados Unidos que tiene sus antecedentes y sus antecesores en Poinsett, el ministro extranjero que vino a dividir a la familia mexicana; desdeñando a Morrow, al que yo he mandado decir que otros candidatos buscarán su ayuda pero yo nada le pido, y sólo le doy veinticuatro horas para que haga sus maletas después de que el pueblo mexicano haya triunfado. (*Aplausos estruendosos.*)

Esta revolución que venimos trayendo desde la frontera, esta revolución que es sólo de ideas y que hacemos con dinamita espiritual para derribar los palacios de todas las infamias, hará estallar esos palacios. Confiamos en que la voluntad del pueblo será respetada, pero si no lo fuese, yo sé que esta gente mía, yo sé que estos indios no se van a dejar burlar. Ellos van a decir al mundo: «Nosotros tenemos voluntad propia; no nos importan los traidores, así se pongan la máscara de la revolución.»

Contra los traidores vamos, contra todos los que en nombre del agrarismo se han hecho latifundistas, contra todos los que en nombre del bolchevismo o diciéndose defensores y apóstoles del nacionalismo se han entregado en manos del extranjero; contra todos esos vamos, no nos importa la posición en que se encuentren, porque es necesario salvar a la patria, y aquí venimos a Xochimilco a dar este grito de alerta a la raza mexicana, a fin de que se levante y se imponga, cueste lo que cueste, para salvar a México. (*Aplausos.*)

Los alcoholes, las grasas de tanta comida en fondas y lugares diferentes, la agrura del clima de la meseta, que me llevó a escribir aquel artículo sobre el mal no catalogado por la medicina de la «altiplanitis», produjeron al fin su efecto. Y empecé a sentir las molestias de un ataque de gota que me

inflamó el pie izquierdo. Era la primera vez de mi vida que hacía cama. También mi primer encuentro con el dolor físico prolongado de día y de noche. ¿Será cierto que no es completa la experiencia del vivir para quien no conoce la enfermedad y el sufrimiento? Tesis terrible, absurda, que, sin embargo, ha dado toda su profundidad a la obra literaria de Dostoievski y también parte de su grandeza al cristianismo.

En lo que a mí hace, siempre había preferido creer que la enfermedad y el dolor eran simples consecuencias del atraso científico. Y que el avance de la medicina podría eliminar si no la enfermedad, sí, por lo menos, sus aspectos desagradables, consumando, en último caso y para los incurables, la eutanasia, la pronta liquidación antes que el sufrimiento largo.

Hay en esto cobardía, sin duda, pero ya se ha dicho que por ser el hombre el más cobarde de los animales ha podido consumar progresos que no sospecha el animal. Por supuesto, no es el miedo la causa de estos progresos, sino la conciencia, pero el miedo estimula el ingenio. Y sólo el porvenir podrá resolver el problema. Se consideraba muy varonil la prueba de una amputación quirúrgica, pero desde que se aplican los anestésicos a nadie se le ocurre que sea valentía operarse sin éter. Y así va nuestra especie, haciendo de la necesidad virtud y aliviando sus males con el antídoto, tantas veces engañoso, de la esperanza.

En cama, seguí recibiendo visitas y celebrando acuerdos. Para la preparación de la gira por Veracruz, hablé con jefes agrarios, como Úrsulo Galván, que estuvo a verme. Y por fin, gracias a los cuidados amistosos y competentes del doctor Gea y el doctor González Herrejón, fui recobrando la salud.

En la cama corregí las pruebas de mi *Metafísica*, que gracias al empeño de Manuel Gómez Morín pude

encomendar a una editorial que él mismo iniciaba. Entre grito y grito de las punzadas, escuché la lectura que alguno de los amigos jóvenes hacía de las galeras de imprenta. Cierto renacuajo, que no es del caso mencionar, escribió, después de la derrota, que en vez de atender yo a la campaña me había dedicado a escribir una *Estética*. La idiotez del cargo se iguala con su mala intención. Cualquiera comprende que no hubiera sido posible escribir libro como la *Metafísica* en carros de ferrocarril o en automóvil. Y, por otra parte, la nación fue testigo de una actividad continua que hacía contraste con la inactividad absoluta de mi primer opositor y la muy relativa de mi afortunado contrincante, a quien le hacían aun los más vulgares discursos. Enfermo todavía del pie, pálido de un mes de cama, me vieron llegar millares de personas a Puebla. En esta ciudad, gracias a los esfuerzos de los veteranos maderistas, los hermanos Roussek y otros muchos amigos, logramos una recepción numerosa, decorosa, no obstante que el gobernadorcillo local se había declarado, igual que Portes Gil, «discípulo del general Calles». En torno suyo, un corto grupo de estudiantes locales deshonraba a la juventud fingiendo entusiasmo gobiernista. Y, peor aún, el matonismo, enseñoreado del estado, creaba tal terror que meses después el propio gobernador fue asaltado y tuvo que salir huyendo de su estado. En general, el Sur estaba entregado de esta suerte a un pistolerismo irresponsable y cínico. Por eso ni pretendimos acercarnos a Oaxaca. Y la consideración era obvia. Ningún oaxaqueño de honor podía estar en contra de nosotros, no hacía falta irlos a convencer. Y respecto a los otros, sólo había un remedio, la rebelión, que debió barrerlos de la escena política.

Y no dejó de correr sangre en Oaxaca. La capital del estado, un oasis de cultura en medio del océano del

analfabetismo indígena, insistió en manifestarse. Y desafiando a los militares y pistoleros locales, los estudiantes, con los ferrocarrileros de la zona, celebraron cierto domingo un gran mitin. Los viles del poder se irritaron de que todo el pueblo se agregaba, y mandaron disparar. Dos obreros y tres estudiantes resultaron muertos. Hubo no sé cuántos heridos. Después de eso quedó libre el campo para las maniobras descaradas de la imposición. A Tehuacán sí lo visitamos, obteniendo excelente acogida.

De regreso de Puebla, y para obsequiar invitaciones, estuvimos en Otumba y Apizaco… De orador me acompañó el excelente muchacho Germán de Campo. Pude entonces apreciarlo de cerca y verlo actuar. Fogoso, franco, en la tribuna se imponía pese a su estatura corta. Sanguíneo y optimista, no conocía el miedo y era todo generosidad. El orgullo de su grupo, a todos seducía con su ejemplo de valor dedicado al bien de los hombres. Mientras él vivió, no pudo poner un club en la capital el partido del gobierno.

El discurso de Apizaco, de fecha 8 de junio de 1929, dice así:

Me causa la más viva satisfacción dirigirme a esta multitud en la que hay personas venidas de los más poblados distritos de este mismo Apizaco y de Huamantla, Santa Ana y Tlaxcala y Tlaxco; complace que hayáis acudido al llamado de la libertad.

La República entera se sentirá tranquila al saber que los tlaxcaltecas no van a votar como un rebaño, no van a votar conforme lo indiquen uno que otro de esos caciques que todavía andan soñando en las épocas oscuras de la tiranía. Yo vengo a deciros que la imposición está vencida desde antes de que se acabe de organizar; está vencida porque el empuje de los pueblos en todos los rumbos de la República le está echando lodo al rostro, como acaba de ocurrir en Acámbaro, como tiene que ocurrir en todo lugar donde haya hombres libres.

Pero vengo también a deciros que la imposición está vencida porque acaba de cometer suicidio; está vencida porque en un rapto de sinceridad acaba de descubrirnos su juego el candidato de los imposicionistas; se descubrió cuando dijo lo que acaba de decir en Toluca, que era amigo del latifundio, amigo de la gran propiedad.

Y ¿cómo no habría de tener simpatías por la gran propiedad, si además de simpatía tiene posesión de una buena finca el que se dice candidato de los campesinos? ¿Cómo habría de repudiar la gran propiedad el candidato Ortiz Rubio, si los que lo acompañan disfrutan, por tolerancia de la revolución, de algunas de las más grandes propiedades de la República?

Enhorabuena, señores, que disfruten de las fincas con que se han hecho pagar sus supuestos servicios a la revolución; pero que no pretendan, ahora que ellos son ya terratenientes, cambiarnos también el credo de la revolución, que no pretendan esconder su codicia de reaccionarios enriquecidos sin trabajar debajo del manto sagrado y vengativo de la revolución.

El candidato de la infamia de Querétaro anda desprestigiando a quienes cita: elogia a Obregón, pero el Obregón a quien admira es el Obregón de Cajeme, latifundio que merece todas las simpatías del de Querétaro; pero nosotros, los revolucionarios, admiramos al Obregón de Santa Rosa, ni siquiera al de Celaya. Bien es cierto que cuando se dio en Sonora la batalla de Santa Rosa, el actual ingeniero Ortiz Rubio estaba de coronel con los antirrevolucionarios, en las filas de Victoriano Huerta.

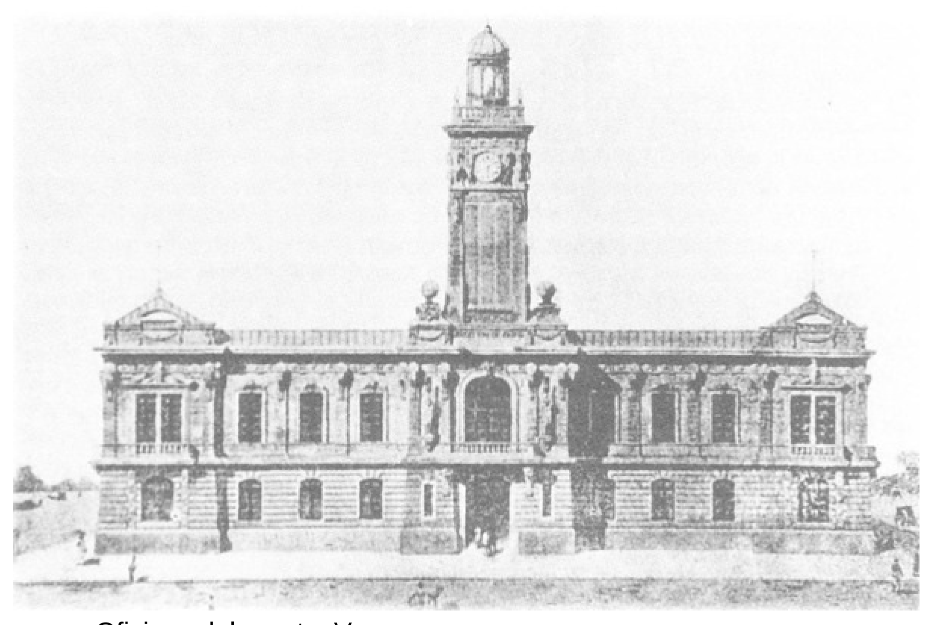
Por fortuna, y a despecho de todas estas miserias, aquí está el pueblo mexicano, aquí está reunido hoy como ayer, y cada vez que hay una causa noble que respaldar, aquí está el pueblo para decir que no es cierto, como lo dijo Ortiz Rubio, que el ejido sea una forma transitoria. Id por doquiera, compatriotas, a decir al indio que se apreste a defender su ejido, que se apreste a contestar a Ortiz Rubio que no es transitoria la posesión de las tierras comunales repartidas por la revolución. Decidle también, campesinos en masa, decidle al candidato de la burguesía revolucionaria, decidle que el latifundio no volverá a establecer su dictadura de miseria sobre la población campesina. Decidle que la revolución no se hizo para que Pérez Treviño adquiriese haciendas, ni para que los fracasados en su profesión escalen la presidencia. El ejido no es transitorio, como no es transitoria la obra de la revolución, como no son transitorios los derechos de los obreros consignados en el artículo 123, como no es transitorio el progreso. Transitoria es la fortuna de todos estos traficantes, que ayer no más dejaron la mesa de juego y hablan ahora de moralidad. Enfermos están de la mente, y así, la Providencia primero los ciega, les trastorna el seso y, después, los envanece y en seguida los pierde. La revolución debe anotar en sus listas negras a todos éstos que andan con Ortiz Rubio. No son todo el gobierno, como ellos pretenden hacer creer. También en el gobierno hay hombres honrados. Con los hombres honrados, con los buenos revolucionarios del gobierno, con todos los que respetan el voto estaremos nosotros; estaremos lealmente. Pero ellos, los otros, son, en realidad, contados; ved, si no, la mojiganga que pasean por los poblados donde ejercen mando; cientos de automóviles comprados con los dineros del Tesoro; pobres peones de haciendas, en que ellos son amos, forman para verlos. Pero no agachéis la cabeza, campesinos humildes, no volváis el rostro cuando ellos pasen; miradlos bien, retened sus facciones: son unos cuantos gobernadores que saquean el Tesoro local soñando con ministerios para mañana, son unos cuantos diputados a quienes

habéis pagado para que legislen, no para que impongan caudillajes políticos. Y mientras tanto, y en seguida y con toda urgencia, organizáos en partidos, venid y apretad las filas, las filas ya rebosantes de los hombres libres de México que se aprestan a ir a las elecciones sin esperar consigna, llevando ellos mismos en el corazón la consigna del pueblo. Yo os agradezco, gentes de Apizaco, gentes de Tlaxcala, os prometo purificar la revolución y consolidarle las conquistas legítimas. Yo os invito a seguir firmes, os invito a poner todo vuestro empeño en la campaña presente, que es campaña de salvamento nacional. De un lado, las ambiciones, la inmoralidad, el cinismo, la venta de los más caros intereses de la patria; del otro, nosotros, el pueblo entero, ansioso de prosperidad, ansioso de redención y, lo que es más, resuelto a salvarse, resuelto a redimirse, resuelto a imponerse. Levantad muy alto el grito de Tlaxcala, que ya no es, como antaño, grito de división en la raza, sino grito de solidaridad, grito de liberación.

A los pocos días de publicado este último discurso, Vito Alessio me congratuló, diciendo: «Con tres discursos como ése tira usted al gobierno»...

Veracruz

La región veracruzana nos era propicia. Contaba en ella con amigos de cuando fui ministro. Entre los viejos del antirreeleccionismo no faltó quien sugiriera que suspendiera las giras hasta que la campaña del Norte estuviese concluida. Al contrario, me pareció que era el momento de avanzar en la propaganda y de atar compromisos. El Antirreeleccionista no produjo sino intrigas. Los de Villarreal se habían separado, al quedar excluido, por obra propia, su candidato. Pero antes habían echado fuera de la directiva a Vito Alessio. Con el apoyo de los muchachos que eran, a la vez, socios del Antirreeleccionista y del Orientador, lo reinstalamos en el viejo local del llamado partido. El Comité Orientador llevó el peso de la campaña y contaba con más afiliados que el antiguo grupito gomista. Sin embargo, entre los de la vieja guardia antirreleccionista merece honrosa mención el ingeniero Góngora. Generosamente se nos adelantó a Veracruz, en donde tenía gran influencia entre el elemento radical y obrero, para ayudar a prepararnos las recepciones.



Oficinas del puerto, Veracruz

Los obreros de Orizaba, pese a su carácter independiente, habían sido forzados durante la administración de Calles a enlistarse en la CROM, sindicato oficial dominado por el turbio Morones. Y no faltó quien creyese que no nos dejarían hablar en sus centros. Procedimos como cuando nos decían que era inútil penetrar a Sonora. Nos presentamos casi de improviso en los centros fabriles de Nogales, Santa Rosa y Orizaba. A la salida de los obreros de la fábrica, Medellín Ostos repartía las hojas sueltas, citando a mitin; luego los invitaba en persona. De esta suerte pude hablarles en tres o cuatro mítines. Además, en una conferencia que los obreros escucharon y aplaudieron. El comentario de uno de los líderes fue significativo. «Vasconcelos convence y quisiera uno estar con él; todo lo que dice es cierto; es una lástima que ya nosotros estemos comprometidos.» Estaban no sólo comprometidos, estaban forzados. La CROM, no de muy buen grado, por cierto, giró sus órdenes de que se apoyara al candidato oficial Ortiz Rubio. Y aun así, las

órdenes fueron desobedecidas. Los cómputos del mismo gobierno, según puede verse en la prensa diaria, nos reconocieron el triunfo en el estado de Veracruz. Confirmó con ello su tradición de rabiosa independencia política. En los centros obreros nunca logró el callismo hacerse querer, no obstante su antifaz de laborista. A mí, por lo menos, me debían una Escuela de Oficios en Orizaba y dos o tres primarias obreras; a los callistas les debían el despotismo del lideraje.

En Jalapa, desde los balcones de un hotel situado entre el Palacio de Gobierno y la catedral, hablamos un domingo a mediodía. La víspera por la noche había habido conferencia pública. Con plaza llena, procuró hacerse oír, entre otros oradores, el licenciado González Aparicio. Al rato, mientras yo hablaba, de un grupo de unos cuarenta comunistas que se habían colocado aparte en un ángulo, salió una voz que decía: «¡Pero estás rodeado de burgueses!» Referíanse a González Aparicio, nativo del lugar y procedente de lo que, entre nosotros, se llama la reacción; por lo que sospechaban de él los obreros. Mi respuesta inmediata provocó hilaridad y aplausos. «Si estoy mal rodeado, ¿por qué no vienen ustedes a colaborar?» No hubo encono entre los comunistas y nuestros correligionarios. Sin duda porque los comunistas de entonces eran gente de lucha que todavía no se pegaba al presupuesto.

Visité al gobernador Tejeda; me ofreció neutralidad, que observó durante la propaganda; luego la violó en las elecciones. Me aseguró que no era ortiz-rubista, y se lo creí de corazón; nadie lo era; pero se tragó a la postre a Ortiz Rubio. De Jalapa nos trasladamos a Veracruz, donde la gente bien se escondió, pero no hizo falta. Los trabajadores del puerto me conocían. Muy cerca de allí, un líder obrero del puerto, el negro García, alcalde por muchos años, levantó

dos edificios para escuela primaria a los cuales había puesto mi nombre. En el local de los estibadores dimos el mitin y despachamos a los que acudían a vernos.

Más tarde, invitados por el gremio de tabaqueros, visitamos Coatepec. Inmediatamente después, tomando por la costa, hicimos mítines estruendosos entre el pueblo libre y ardoroso de Alvarado y llegamos hasta Tlacotalpan. En todas partes, la impresión era la misma: no había rival, no era posible que el enemigo inventase gente y, de otro modo, no podría formar clubes, no llegaría a simular la existencia de partidos.

Aparte de mi antiguo colega, el licenciado Zamora de Veracruz, viejo maderista, y de Raúl Pous (que me acompañaba y me presentaba con las gentes de cierta representación social) y del líder obrero Solís, nuestro éxito por toda esta costa se debió exclusivamente al trabajador común: los pescadores de Alvarado, los estibadores de Veracruz, los labradores de Tlacotalpan. Insisto en esta circunstancia, porque, posteriormente, y en particular escritores extranjeros de izquierda, como Waldo Frank, liberales como Blanco Fombona, repitieron la excusa del gobierno callista: «Yo había sido candidato de la burguesía.» En cambio, según la mentira oficial, los millonarios de la revolución encarnaban las aspiraciones de las masas. De haber contado ellos con las masas, no llegamos a decir discursos ni en las academias literarias. Éstas sí, en su mayoría, y por el hambre crónica del intelectual mexicano, siempre apegado al presupuesto, se afiliaron silenciosamente a los embaucadores de la cosa pública. Por lo demás, no deseo convertir este libro en alegato. Nunca he concedido el honor del diálogo a los adversarios que no conocen el honor. Escribo por gusto mi verdad y sin mayor esfuerzo de recoger todo cuanto ocurrió. Y sólo lamento, en ocasiones, el olvido

injusto de los nombres propios de ciertas personas que de tan buena fe ayudaron. Reciban, los que en tal caso se hallaren, la excusa que se deriva de una debilidad de la naturaleza humana. Bien sabido es que el olvido de los patronímicos es uno de los primeros síntomas de que la vejez empieza a invadirnos por el lado de la mente.

A golpes de multitud

Nos hallábamos satisfechos de la gira por el estado y dispuestos a rematarla con una buena penetración de Córdoba, con sus ranchos y aldeas inmediatas. Domina en todo el rumbo la sangre española. Y es curioso que, a la hora de los cómputos electorales, las zonas del país en que la votación fue numerosa, abrumadora a tal punto que no pudieron negarla los del gobierno, fueron la región veracruzana, el Norte de Nuevo León y Sonora, Sinaloa y Coahuila, que son también, conforme a estadísticas, los territorios de más reducido porcentaje de analfabetas. Y no es que los analfabetas votasen por el gobierno, sino que es más fácil inventarles opinión, defraudarles la voluntad a los analfabetas que a los letrados. Habíamos hablado en Córdoba, en salones de sociedades obreras, y preparábamos una gran manifestación de despedida, a la cual prometieron asistir delegaciones y grupos comarcanos, cuando el general, jefe de las armas en el estado, Acosta, si mal no recuerdo, creyó deber humanitario mandarnos decir que era preferible suspendiésemos el gran mitin citado para la plaza principal, a las nueve de la noche, porque había recibido órdenes de México en el sentido de que «ya había llegado el tiempo de echar bala» y no quería perjudicarnos; él «de corazón» estaba con el pueblo, pero las órdenes eran órdenes.


El pico de Orizaba

Sin responder al oficioso y secreto mensaje, que quizá no tenía otro propósito que amedrentarnos, lo hice circular, lo hice saber en todas nuestras secciones, en todos los centros. Y sirvió de excitante, pues nunca había presentado Córdoba el espectáculo democrático magnífico de aquella plaza atestada de público heterogéneo, pero compacto y decidido, enardecido. Hombres vigorosos del campo hallábanse allí dispuestos a responder la agresión con la agresión, pese a que llevaban apenas unas cuantas pistolas, unos puñales, pero eran muchos y tenían a su favor la opinión. Disertó allí Medellín Ostos, que se nos había vuelto a reunir después de consolidar el partido en Orizaba.

Me tocó la palabra en seguida de él, y entusiasmado por el soplo que agitaba los ánimos, denuncié la amenaza militar, elogié el valor del pueblo que desafiaba, y precisé: «Así respondemos, democráticamente, a nuestros enemigos, que preparan golpes en la sombra; con "golpes de multitud". Así,

como hoy Córdoba, deberá levantarse el país entero —añadí— a la hora siniestra en que los del mando intenten la violación del voto nacional.» Risas y aplausos, gritos vigorosos, respondieron a la excitación, y luego, lentamente y por columnas que llevaban por delante músicas y antorchas, el vecindario retornó a sus casas.

Las intrigas de la metrópoli

Abre sus compuertas la memoria y zonas enteras de hechos completamente olvidados resucitan esclarecidos, en el orden y topografía de su pretérito acaecer. Fluye entonces el relato, sin necesidad de orientarse en apuntes y notas, que, por otra parte, nunca he cuidado de reunir. Era mi preocupación no dejarme llevar de los acontecimientos, sino irlos creando y aprovechando. Y sentía que había llegado la hora de plasmar la acción de tanta popularidad, un tanto dispersa, en una convención nacional y un partido que formulase, adoptase un ideario simple y práctico. Y procurando siempre conciliar intereses, mantener armonía dentro de nuestro personal por lo menos, no hice lo obvio: citar desde el Comité Orientador a todos los clubes que en la República respondían a nuestra voz, sino que mandé llamar a Vito, recién reinstalado por los nuestros en la directiva del viejo Antirreeleccionista, y le dije, con la campechanía que siempre dominó nuestras relaciones: «Ahora sí, llegó el momento de citar a convención.» Y fue ésta la primera vez que sostuvimos un diálogo hiriente, porque me sorprendió diciendo que el Partido Antirreeleccionista no estaba en condiciones de hacer convención ni creía él oportuno celebrarla. Los ánimos no estaban calmados aún, había que esperar; por último, alegó: «¿Usted sabe lo que cuesta una convención? ¿De dónde saco yo treinta mil pesos, que es la suma mínima que habrá que gastar?» En seguida se lanzó a formular quejas contra los del Comité Orientador… Ellos

cobraban cuotas, obtenían fondos para la campaña, con perjuicio del viejo partido, que se veía en apuros para pagar la renta del local. «Cierren su local —le dije a Vito, sin malicia— y les daremos un cuarto en el Comité; allí nos sobra espacio y nuestra renta está al día.» Esto lo irritó. Aquellos muchachos insubordinados, expresó, no le guardaban las consideraciones debidas. Él era el jefe del partido, yo el candidato. «Sí —repuse con calma—, usted es el jefe del viejo grupo antirreeleccionista»... «El glorioso Partido Antirreeleccionista», repuso... «Sí, glorioso, si usted quiere, pero es más importante, cuenta con mil veces mayor número de afiliados el partido nuevo que los del Comité y yo hemos organizado»... Por último expuse, poniendo fin a la conferencia: «Está bien, si los del Anti creen, como usted, que no hay lugar a convención, dispongan lo que les parezca; querrá decir que iremos a convención sin ustedes... En fin, Vito, por dinero tampoco se afane: la convención de ustedes, cuando Gómez, le costó mucho a Gómez. ¿Treinta mil pesos, dice usted?... Yo le voy a hacer a usted una convención de a cuartilla... no se preocupe.»



Comentando este incidente con amigos de confianza, no faltó quien dijera: «Ese Vito no es amigo de nosotros; hicimos mal de restaurarlo cuando ya los mismos suyos lo habían despedido»… Yo defendí a Vito, de su lealtad no tenía dudas; sólo que debían tener en cuenta, Vito era ya un veterano, merecía ser tratado con miramientos; le ofendía que los jóvenes no lo tomasen en cuenta. Que procurasen lisonjearlo y atraerlo, recomendé. Bastante poderoso era el enemigo político para que pudiésemos darnos el lujo de «purgas» y divisiones entre los de casa.

El problema capital de nuestra proyectada convención era conseguir un local bastante grande para contener a los delegados, que sabíamos no iban a ser menos de dos o tres mil. Cada organización provinciana, en efecto, había sido advertida meses antes de que ella costearía los gastos de su delegación. Clubes ricos, como el de Mazatlán, nos hubieran pagado, de ser necesario, el costo entero de la asamblea. De Estados Unidos ya nos habían anunciado delegaciones numerosas, pagadas con los tributos del trabajador mexicano modesto, pero despejado y patriota, del exilio. La colonia mexicana de Chicago, que entonces contaba con más de treinta mil asalariados, esperaba nuestro aviso para poner en marcha una docena de representantes. Y así, de cada sitio, y con la sola excepción de las regiones completamente sometidas a régimen de cafrería, por ejemplo, Yucatán, siempre subyugado por el militar, y Tabasco, Chiapas, Oaxaca. En San Luis Potosí, el general Cedillo, después de asolar los distritos de su estado, usufructuaba la capital, o sea San Luis Potosí, convertida en satrapía pavorosa.

Con todo, y a fin de no dejar piedra sin remover, recurso por intentar y recordando la vieja simpatía que aquel rebelde

anticarrancista me demostrara en más de una ocasión, le puse un telegrama. Le recordaba en él sus antecedentes de hombre libre y le pedía seguridades para mis correligionarios y la cesación de los atropellos cometidos por su policía en la persona de maestros de escuela que habían intentado organizar el vasconcelismo en su feudo. Me quedé esperando la respuesta y tuvimos que poner tinta negra sobre el mapa de aquella provincia, junto con las otras ya nombradas. Pero respondía abiertamente a nuestro influjo todo el resto del país. Y a todas partes se mandaron circulares, con las firmas del Comité Orientador en su mayoría. Vito reflexionó y mal que bien se puso a colaborar, reconociendo, sin oposición, mi exigencia de que la convención no sería obra del Antirreeleccionista de la capital, sino de partidos coaligados, que representasen los intereses de la patria. De la convención saldría un partido nuevo y éste era también el más vivo deseo de los mejores entre los jóvenes. Para todos ellos resultaba anticuado, inaceptable, el programa rancio y negativo de los llamados antirreeleccionistas.

Quedaba el problema de las delegaciones pobres. Por ejemplo, en Jalisco y en Puebla contábamos con propagandistas activos de la clase obrera, que no estaban respaldados, como en Sinaloa o Tepic, por comités de clase media relativamente desahogada. Les escribimos garantizándoles sus gastos. En la misma forma procedimos con delegados que procedían de las zonas negras, escapados de la cárcel o mal curados todavía de los magullones o las heridas de algún atraco oficial. Gracias a ello, hubo delegaciones de Yucatán, Oaxaca, San Luis. En resumen, todos estos gastos, como los del local y las circulares y de escritorio, quedaron cubiertos gracias a la vigilancia amistosa de Gómez Morín, que aunque no estaba inscrito en

ningún club, me visitaba constantemente, ayudaba cuanto podía y, en este caso, suscribiendo de su peculio y recogiendo colecta de amigos suyos adinerados, me reunió cinco o seis mil pesos.

Después de muchos intentos fallidos, los del Orientador encontraron un local que llenaba todas las condiciones: se llamaba la Arena no sé cuántos y estaba destinado al juego del frontón. Lo rentaban barato por cinco o seis días y tenía un cupo enorme. Me convenció el trato porque los nombres «Arena», «Frontón», nombres castizos, me fingían un buen augurio.

La situación general del país en aquellos días fue descrita por Valeria en los capítulos que siguen.

Panorama continental



Cartel cristero

En 1929 México tenía un solo enemigo: el *yankee*. La Iglesia Católica, independiente del Estado, hacía más de medio siglo no constituía políticamente

peligro alguno. Sin embargo, los caudillos que jamás han tenido empacho en violar los principios liberales de la Constitución, so pretexto de hacerla respetar, provocaron y mantuvieron una persecución religiosa cuya inhumanidad el extranjero no ha querido ver, *velada* como estuvo por las supuestas opiniones *avanzadas* de los instigadores. Y el sentimiento que hasta ahora impide que se levante un monumento a Hernán Cortés floreció ese mismo año, bajo la forma de ataques, publicados a la sombra de la Secretaría de Educación, incitando a una San Bartolomé a la inversa, o sea no con los protestantes, sino contra los católicos. Y era que casi el único obstáculo serio que se oponía al proceso de expansión de la América protestante con su inmenso poder mecánico han sido los moldes de concepto y sensibilidad forjados por la Iglesia y por España; espirituales baluartes de independencia. Atacarlos equivalía a allanar asperezas en el camino de la conquista, a cegar la diferencia, en verdad irreconocible, de la civilización potentísima del sajón, entre cuyos prejuicios, pústula purulenta, está el paria negro, el *intocable* de la civilización nórdica. La nuestra, no obstante sus fallas, reconoció en todas las criaturas una sola procedencia espiritual, hermanándose con sangres oscuras y recogiendo el peso de sus herencias. Orgullo es, entre tanto bochorno, que nuestra América no sufra la fobia vergonzosa de las razas, error que no puede cometer pueblo que ha recibido la influencia fecundante de Assur, Tyro y Medina. Culturas opuestas, actitudes vitales diversas, la suya y la nuestra se desenvuelven en intensa lucha incesante, descrita en frases incisoras por una fuerte personalidad contemporánea. (N. I. León Trotsky.) Nuestra civilización, «basada en contradicciones que son insolencias del discípulo al maestro; en los salones, propósitos acerbos de la envidia, que se deslizan bajo amabilidad aparente, incesante concurrencia comercial, enconada emulación en todas las carreras de la técnica, de la ciencia, del arte, del deporte, escaramuzas parlamentarias en las cuales se puede tocar el fondo de hondos antagonismos de intereses; lucha cotidiana y furiosa de la prensa; huelgas obreras; fuego abierto contra las manifestaciones; petacas llenas de piroxilina que por vía aérea se remiten vecinos civilizados, lenguas de fuego de la guerra civil que casi nunca se apaga sobre nuestro planeta; son las formas diversas que asume la "polémica social" desde la más usual, cotidiana, normal, casi imperceptible, a pesar de su intensidad, hasta la extraordinaria explosión volcánica de las guerras y revoluciones. Tal es nuestra época. Hemos crecido con ella, la aspiramos, la vivimos». Después de poner nuestro índice sobre la arteria de esta pulsación vital, lenta o acelerada, que en nuestro continente se desdobla intensa en la antinomia de intereses, extraño es el efecto que nos causan ciertos mensajes de intelectuales norteamericanos dirigidos a nuestra raza. Involuntariamente nos hacen pensar en la sosería de una secta, la Christian Science, la cual, frente al dolor, a la injusticia, a la enfermedad, a la muerte, afirma sin ironía, como el *Candide* volteriano, «*que tout est pour le mieux dans le meilleur des mondes*», y que nuestro infinito malestar resulta de leves, insignificantes y despreciables errores de apreciación. Empalagosamente nos dicen que la futura civilización americana ha de resultar del entronque del Norte con el Sur, de la fusión de las dos Américas, para la cual nosotros hemos de aportar algo que definen como «nuestra honda verdad», sin

precisar si el proceso que ha de conducirnos *a la armonía resultante* ha de seguir siendo el que les asegura protectorados y preeminencias adquiridas no muy legalmente. Y los vemos aliándose con lo más turbio en nuestras gentes, sofocando todo intento nuestro de reforma social. El día que estos predicadores de concordia panamericana, en vez de despedir sutiles emanaciones con las que pretendan cloroformarnos bajo la sonrisa de la amistad, se vuelvan hacia sus compatriotas y tengan la entereza de echarles en cara su impúdico apetito, nos restarán el derecho de considerarlos como instrumentos del imperialismo; hasta entonces nos seguiremos imaginando la codicia hecha órbita de los banqueros, sus comanditarios, cuando ante ellos los ilusorios propagandistas rindan su informe, de regreso de alguna de esas giras que nuestra proverbial hospitalidad engalana. Han de decirles: «Halagando la inclinación excesivamente literaria de los pueblos hispánicos, desenvolví ante sus ojos perspectivas rientes. Me creyeron y me ensalzaron. Con frases he velado la verdad; pueden ustedes dar otra vuelta al garrote.» Nuestra denuncia no es sino el dolor consciente de una situación que precisa no encubrir, porque toda vaguedad nuestra, todo margen de indecisión, todo indicio de flaqueza es punto ganado por el contrario.

Hemos de repetirnos que la lucha es a muerte y que se impone echar mano de todas las reservas vigorosas de nuestra civilización si queremos subsistir bajo la presión del émbolo gigante. Por eso Vasconcelos, que no es católico practicante, comprendió, y la juventud lo entendió así, que más vale a México un retorno al catolicismo acendrado, un españolismo cabal, que seguirse desliendo en un protestantismo americanizante, y que la lucha había de ser sin tregua, en todos los terrenos, para todos los seres y porque para salvarnos hemos de bañarnos una vez más, fuente de Juvencia, en nuestros orígenes, impregnándonos en el sentido de la cultura que en vano la alocada independencia renegó. En resumen, que había que combatir nuestra anemia con el tónico capaz de nutrirnos: España. No sonría nadie con falsa superioridad: ahí está nuestra fuerza. No es retroceso, sino dieta asimilable. El progreso como lo entendió el siglo XIX está desprestigiado; era una recta en terreno plano. La humildad, principio de toda verdadera sabiduría, nos hace admitir que retrocedimos en el sentido real de nuestro destino cuando, al romper ataduras políticas que era imperativo desvincular, herimos de muerte arterias espirituales que había que preservar. Tan terrible herida puso en peligro nuestra existencia misma. Y nótese que la Colonia inglesa rebelde jamás cometió igual atentado, que es netamente suicida. Se separó del Reino, pero no destruyó la herencia de cultura que le correspondía, dándose el caso de que jamás dejó de honrar y leer a Shakespeare y a Milton, en tanto que entre nosotros raro es quien haya seguido la estela de los clásicos castellanos. Estamos en álgido periodo de rectificaciones, y de todas las que hay que hacer, la esencial es la revaloración de España y de la Iglesia en su obra civilizadora en el Nuevo Mundo. De este fecundo acto espiritual ha de proceder, acaso, el refrendo de nuestra supervivencia. Tenemos que aprender de la España llamada oscurantista el secreto de los grandes constructores de este continente, cuyas obras ni siquiera hemos sido capaces de resanar en nuestra independencia.

En cuanto al papel que espiritualmente juega la Iglesia, es definitivo aun en la vida de aquellos que se han desentendido de ella, plasma las almas, inmunizando los espíritus contra la varicela del protestantismo, pues éste, una vez terminado su papel histórico como campeón del libre arbitrio, por exageración individualista engendra el sistema capitalista contemporáneo. Tal es que todo hispánico puede ser católico o ateo, pero protestante no, por lo que cuanto las denominaciones protestantes recojan en nuestros países es tan sólo cosecha de almas de antemano trituradas. Dejar a México su religión castiza, volverla hada el corazón de su propio espíritu español, era levantar muralla impenetrable.

El conocimiento de esta situación, toda claridad en la visión vasconcelista, fue el terreno de la lucha que sostuvo ayudado por la juventud generosa; conflicto que ayer estalló en heroísmo y muerte que hoy subsiste, igualmente aguda, aun cuando no sea patente. La juventud percibió de golpe que la candidatura de Vasconcelos era enaltecimiento del acervo de la patria grande; que incendiar al pueblo equivaldría a prender otra hoguera con que anunciar el peligro inminente. Aquella generación que avanzó valerosa para recibir la conciencia de su propio país, ¿dónde está? ¿Qué hace de sí misma con el cilicio que día y noche lacera sus carnes? ¿Tendrá la fortaleza necesaria para mantenerse en contacto con la verdad desnuda, que hará brotar, desgarradora como un parto, vital como un recién nacido, la obra que es necesaria, de rectificación, de revaloración, sostenida, rasgo a rasgo, por la voluntad honrada al servicio de la América española? Generación que ha visto retroceder las fronteras de la patria chica y que ante la opresión ve caminos de destierro que la enlazan, al tocar idénticos problemas en todo el continente, con las generaciones nuevas que alientan en el Plata o la meseta andina. ¡Juventud que es siempre esperanza!

Valeria

Los intransigentes

Al lado de los que predicaban la sumisión ante el fraude que preparaba el gobierno, hubo almas enteras que se dieron cuenta del problema nacional y mostraron resolución para abordarlo. Las páginas que siguen, tomadas de la crónica de Valeria, dan idea exacta de este aspecto de la opinión pública:



Zafarrancho vasconcelista, en la avenida Juárez

No fue partidario Vasconcelos de que en las ciudades se expusiera a las masas a la fácil carnicería de las ametralladoras del gobierno; de acuerdo con su plan, la acción armada debía comenzar en los campos, lo mismo que lo ha hecho el país en otras ocasiones. Eso no quita, sin embargo, que en todos los discursos se insistiera en la necesidad de la colaboración de las ciudades en el movimiento que sin duda hubiera dado en tierra con la traición si no hubiese faltado súbitamente energía a los millares de comprometidos. Las ciudades tenían instrucciones de colaborar a la

rebelión por medio de la huelga de todos los servicios. En los discursos de Vasconcelos, que pueden verse todos recorriendo las páginas de los diarios mexicanos de aquel año, se marca el plan de acción que más tarde se ha visto realizado con éxito en la India y en tantos otros lugares: el plan avasallador de la resistencia pacífica. Los ferrocarrileros, que de un extremo a otro del país ayudaron a Vasconcelos, a veces públicamente, siempre de hecho, y aunque fuese en secreto, se habían comprometido a interrumpir el tráfico. Los ferrocarrileros fueron el último refugio de Vasconcelos cuando, ya éste prisionero de los militares, estaba en Guaymas; los ferrocarrileros de Empalme lo rodearon y le dedicaron fiestas, bailes, reuniones, pero el tráfico no llegó a interrumpirse. ¿Se esperaba el pretexto, el primer levantamiento, se esperaba la chispa? Sí y no, porque hubo la chispa en distintos lugares del país: después de las elecciones fueron algunos patriotas al sacrificio de una rebelión no secundada. En Torreón, en Sinaloa, en Jalisco, en la Huasteca veracruzana, en Coahuila, fueron ametrallados algunos valientes. Faltó nada más el empuje colectivo. Faltó la nación.

Aparte de las huelgas, Vasconcelos había recomendado que no se pagaran contribuciones al gobierno imposicionista desde el día siguiente de la elección. Cuando Vasconcelos anunció esta política en discurso pronunciado en la ciudad de México meses antes de las elecciones, los diputados contestaron que se trataría como rebeldes a los que no pagaran. Según parece, bastó con la amenaza, porque el gobierno no careció de recursos para seguir matando a sus enemigos. La falta de espíritu público envalentona a los más cobardes.

Finalmente, Vasconcelos aconsejó la no colaboración de todos los patriotas con el gobierno que traicionara el voto. Salvo contadas excepciones, salvo muy nobles ejemplos que los directores del antirreeleccionismo dieron en muchos lugares, lo cierto es que la masa de la población, los mismos que aplaudieron a Vasconcelos en las plazas, fueron a ofrendarse al gobierno al día siguiente del atentado electoral, muy ansiosos de no aparecer complicados. Deseosos, según decían, de darle una oportunidad al gobierno… «Ya perdimos… —agregaban—. Ahora trabajaremos por la patria, no por la política»… Oportunidad al crimen… Patria… la cobardía… Así fue el epílogo…; pero estamos todavía lejos de esta asquerosa *débacle*… Sigamos narrando los días de la ilusión y la esperanza.

La Convención

Las personas mal informadas o, lo que es peor, los escritores y propagandistas alquilados en una u otra forma al callismo en el extranjero han pretendido hacer tragar la mentira de que los enemigos de Vasconcelos constituyen un partido representativo de la revolución mexicana, en tanto que el candidato independiente sólo estuvo apoyado por una opinión más o menos dispersa. La verdad es, precisamente, lo contrario. El candidato de Calles no se formó en las luchas de ningún partido, sino que Calles organizó un partido a fin de poder improvisar un candidato. El llamado Partido Nacional Revolucionario, hechura de Calles, banda de salteadores capitaneada por analfabetos, no existía tres meses antes de la designación de Ortiz Rubio. Ni Calles ha pertenecido jamás a ningún partido, pero sí a una partida: a la partida en que degeneró el obregonismo cuando Obregón se separó del poder. En cambio, la candidatura de Vasconcelos se inició desde el año de 1927 en el seno de la convención del Partido Antirreeleccionista, que hizo candidato al general Gómez, víctima después de Obregón y Calles. En dicha convención, Vasconcelos fue uno de los candidatos del Partido Antirreeleccionista, y muchos años antes, cuando Calles regenteaba un expendio de bebidas en Arizona y cuando Obregón era jefe político de la dictadura porfirista, Vasconcelos fue secretario del Club Antirreeleccionista, que organizara Madero en la ciudad de México en 1909.

Desde entonces, el Partido Antirreeleccionista, en cuyo seno se formuló el plan de San Luis, base de la reforma agraria, ha sido un partido respetado no sólo por veteranos, sino porque nunca se ha prestado a servir de instrumento a los gobiernos, pero siempre ha estado dispuesto a izar la bandera rebelde cada vez que un gobierno espurio se ha puesto a burlar los postulados de la revolución. Desde un principio, entonces, la candidatura de Vasconcelos tuvo el respaldo del viejo Partido Antirreeleccionista, aparte de los partidos locales que se organizaban para la campaña política del momento. Y toda la nación mexicana sabe que Vasconcelos no era el buen maestro, pero improvisado político, que los escritores vendidos a Calles dan a suponer. Vasconcelos fue conocido en toda la nación desde su temprana juventud y al lado de Madero, en una época en que Obregón y Calles no eran conocidos como políticos ni en sus respectivas aldeas. Y el Partido Antirreeleccionista existió antes de Obregón y Calles y seguirá existiendo después de que Calles sea arrastrado por las calles de algún poblado de la República Mexicana, como se arrastra a un traidor.



Pascual Ortiz Rubio, presidente de México en el periodo comprendido entre el 5 de febrero de 1930 y el 30 de noviembre de 1934

El Partido Antirreeleccionista, sin embargo, no sabía de candidatos, no podía proclamar un candidato hasta en tanto que se verificara una convención. Semideshecho el partido en su parte material por el gobierno, se dudaba de si podrían obtenerse los fondos necesarios para reunir en convención delegados procedentes de todas las regiones del país. Se resolvió, finalmente, invitar al pueblo de todas las comarcas para que enviase delegados a costa suya. Así es como llegaron a juntarse más de cuatrocientos enviados, con poderes refrendados con firmas de casi un millón; prácticamente, todos los votantes del país. Y así se celebró en el vasto local de un frontón, en la ciudad de México, la convención antirreeleccionista de 1929, que ratificó el programa de la revolución, prometió al país castigar a los ladrones de tierras surgidos del seno revolucionario y nombró su candidato a Vasconcelos. El programa y las resoluciones se publicaron en todos los diarios principales del mundo. Lo que no obstó para que ciertos rufianes de la pluma insistieran de cuando en cuando en la versión de los protestantes de Norteamérica y los callistas del continente, la versión suave, hipócrita, calculada para anticiparse a la justificación del crimen: la versión de que Vasconcelos obraba fuera de la revolución y apoyado por los reaccionarios.

Las conferencias

LE CHOEUR: *Ton désir fait ta prédiction.*

PROMÉTHÉE: *Je prédis, et ce que je désire est ce qui sera.*

«Aun siendo su enemigo personal, tendría *ahora* que estar con él», exclamó después de enterarse del manifiesto de Nogales un joven y distinguido hombre de letras español, y agregó: «Comprendo por qué el pueblo de México le sigue como si hubiese sido fascinado por él. Es que en su ejemplo está su salvación.» Este parecer era el de la masa limpia de prejuicios, capaz de afirmación; pero no fue, y que esto poco extrañe, el de «los intelectuales». Salvo raras y brillantes excepciones, se confundieron con el sentir oficial en todos puntos, al grado de hacer pensar, por momentos, que habían sido cegados con alguna venda dorada; pero, en honor de ellos, apresurémonos a decir que las cosas no pasaron así. De antemano estaban atados a un denominador común: la envidia.



Seguidores de Vasconcelos, después de la conferencia en el Teatro Politeama

Cuentan que años atrás un poeta de México dejó nuestras riberas para desafiar

los tifones del mar de la China, y que, después de saturarse de exóticos ensueños, volvió, trayendo consigo la visión magnífica del Extremo Oriente cerrada en breves y bien cinceladas rimas, para nosotros novedosas. Los dones de su espíritu eran frutos de oro en bandeja de laca carmesí. Y sus amigos, para recibirle, dolientes de una ausencia no compartida y de un enriquecimiento que les deprimía, se pusieron de acuerdo para cegar, como tema de conversación, el verbo recamado de preciosos arcaísmos. Procedieron como si el poeta amigo volviese de un Viernes de Dolores en la barriada de Santa Anita. La anécdota da el diapasón de las relaciones entre los intelectuales, quienes cuentan entre sus más amenos pasatiempos lanzar saetas en las que consumen lo mejor de su ingenio; crear reputaciones ficticias, no por el placer de imaginar, sino para encubrir con ellas otras de méritos reales y olvidados de cuajar en obra formal. Todos los valores giran en torbellino, confundidos. La existencia es precaria, los puntos de apoyo hacen falta. Y el instinto vital se afirma poniendo a todos en guardia vanamente, dolorosamente, lo que hace que las relaciones sean frágiles hebras de hilo, quebradizas. La gente no sabe, no puede ser cordial en su trato porque desconfía, y es incapaz de abandono porque está atenta a la palabra envenenada que pueden lanzarle, al acto infiel con que pueden zaherirla. Hay un sabor de bilis en toda boca y un soplo frío, un *toluco* helado (aire del volcán nevado de Toluca) corta la temperatura indispensable para que sea posible el trato humano. Negación de valores, exaltación de nulidades, basándose en el dolor del bien ajeno, no son las cualidades requeridas para reconocer y proclamar, no el significado de Vasconcelos en el momento político que se vivía, sino la trascendencia del momento que sintetizaba para todo hombre que se llamara mexicano. A esto añádase que, quien más, quien menos, algo que tenía que agradecer al ex Ministro de Educación, dispensador de tareas, incitador de obras durante su estancia en el ministerio, y se comprenderá sin desgastar la imaginación por qué hubo empeño en negarlo, justificando así el no compartir con él el riesgo. Esta campaña de desvirtuación comenzó al tiempo en que cesó su liga con los dueños del poder. Cuando, peregrino en países lejanos, sólo llegaban de él de vez en cuando noticias fragmentarias, ya la carta que había recibido un amigo, ya algún viajero que había tenido ocasión de cruzarse con él, la pregunta consagrada a quien le había visto era: «¿Y el licenciado?» A lo cual invariablemente respondían los que estaban interesándose en borrar su recuerdo: «Ya no sirve para nada. Lo de Educación fue una carambola. Anda con lo peor. Es un hombre acabado. No hay que esperar nada de él.»

Ninguna pretensión de intelectual tenía el pueblo que llenó las salas para escuchar las tres conferencias que dictó Vasconcelos en la capital, no obstante que entre los presentes, muchos por su rica cultura y obra discreta y justa tenían derecho a ese título, si no estuviese tan deshonrado en México. Eran, en las butacas, profesionistas, empleados públicos; en las galerías, henchidas, el pueblo. El clavel encendido, rojo sangre, flor del vasconcelismo, daba su nota vivísima.

Cuando el candidato aparecía en escena producía sobre el auditorio el efecto que a él le causan ciertas obras vitales: sacarlo de los sillones; minutos largos

duraba la ovación, en tanto que, a la luz de las candilejas, Vasconcelos desdibujaba la parte superior del rostro, subrayando con una sonrisa fija su inmovilidad asiática; avanzaba recibiendo la salva de flores y serpentinas que volaban de la altura. En el proscenio había de aguardar a que la sed de oírle amortiguara el clamor, y por fin acababa por esfumar el rumor de las voces extendiendo el brazo derecho, que apagaba todo sonido en las gargantas. Una imperceptible vibración agitaba los dedos tendidos, fascinando al auditorio, cuyo silencio profundo contrastaba con el vivo acogimiento. Sus palabras, claras, desgajadas una a una en el pensamiento, caían en el regazo de la multitud. Hombre para quien, aun cuando escribe, la forma es secundaria, dejando las atenciones del acabado al corrector de pruebas, que viste al pensamiento sin cinceladuras de orfebre, carente de preocupaciones de estilo, que hacía saltar, bajo el golpe de su martillo, a pedazos la realidad de una situación para todos evidente. En frases desnudas, en ráfagas luminosas, exponía el camino que quedaba abierto para la renovación, desfiladero por el cual la menor piedrecilla falsa bajo el pie lanzaría hacia el abismo. Y sembrada la confianza necesaria que había de hacer con un acto de voluntad tabla rasa de la imposición, y a veces, sacudido por cólera potente, cuyo ejemplo ha de irse a buscar en los profetas terribles del Antiguo Testamento, atacaba, no la fruta podrida que se desprendía de la rama, sino la tibieza, la inercia de sus partidarios, incapaces de convertir en acto fecundo el anhelo cierto. De los campos del Norte, victorioso, acababa de regresar el general Calles. Nadie ignoraba que el margen estrecho de garantías dado hasta ese instante a los antirreeleccionistas iba a convertirse, como el espacio de la celda que encerraba al prisionero de aquel cuento de Poe, por instantes más exiguo, colocándolos, como al héroe del relato, atados sobre un potro de tormento, ante la fosa abierta, cercados por murallas ardientes que se cerraban sobre él, en tanto que descendía, milímetro a milímetro, el péndulo gigante, la cuchilla que había de decapitar. Presagios de tormenta ensombrecían las almas. Entonces fue cuando Vasconcelos comenzó a pronunciar esa frase, que repitió hasta el momento en que se le hizo prisionero: «Os emplazo para el 17 de noviembre. Que el pueblo demuestre en plebiscito magno cuál es su voluntad y que después la sostenga.» Volvió más claro su consejo de desobediencia civil, de no cooperación con la facción sin vergüenza, para dejar de sostener la normalidad aparente de una condición cuya abyección amargaba la existencia misma.

La situación del gobierno

En realidad, quien tenía razón para sentirse optimista era el gobierno. La ayuda decisiva de Estados Unidos en la batalla de Jiménez había bastado para poner en dispersión a los rebeldes, según ocurre cuando no se combate por una doctrina.

La opinión popular no había secundado a los escobaristas por dos razones igualmente obvias: conocía a los obregonistas y no quería verlos de nuevo triunfantes. En segundo lugar, porque estaba con nosotros y había recibido órdenes de reservar su protesta para el momento de la violación electoral.

Entre mis partidarios no faltaron ingenuos que se acercaron a Calles para preguntarle si, ganada por el gobierno la partida contra el obregonismo, subsistían sus promesas de libertad electoral. Como era lo obvio, Calles respondió que los vasconcelistas estaban dentro de la ley, puesto que no habían secundado la rebelión, y que en las elecciones ganaría el que tuviese más votos; pero al público dio ciertas declaraciones confesando que el partido oficial estaba lleno de pillos y rufianes. Se quejó de no contar con hombres honrados. Ésta es queja común de todo déspota. Así que ha hecho colgar a los firmes, luego que ha desterrado o puesto en silencio a los honrados, se lamenta de que no hay patriotas. Como quiera que sea, y como la fe en el tirano es otra característica general, cierto médico amigo,

que a la sazón atendía a Calles de una dolencia, aprovechó la buena disposición que suponían aquellas declaraciones para sugerirle las ventajas que vendrían al país de un entendimiento entre la fuerza militar, que en aquel momento él representaba, y el sentimiento público que yo encarnaba. Cuéntase que Calles guardó silencio, pareció no haber escuchado. Por mi parte, a los que me hablaron en el mismo sentido les manifesté que ante una conveniencia patriótica yo depondría toda personal antipatía, todo punto de amor propio. Y allí quedaron las cosas. En la Secretaría de Guerra, el generalísimo Amaro, rehabilitado físicamente en la clínica *yankee* de Rochester de un pelotazo que le vació un ojo, desarrollaba planes propios, bastante ajenos a la concordia.



Caricatura del presidente Hoover

Hasta entonces, la campaña, aunque franca, había sido moderada en el decir. Se había criticado a Calles duramente por sus métodos sanguinarios y por su enriquecimiento, pero de un modo particular había recomendado a nuestros oradores que evitasen descender al insulto, que se defendiesen de la tendencia a la procacidad. Pronto, la provocación, la burla, la agresión armada, la felonía, el asesinato, iban a obligarnos a echar mano de la única arma que nos fue quedando: la injuria, la maldición, la condenación verbal que clama justicia y mueve a los hombres a dársela.

Insolentado por su triunfo sin gloria, el ejército miraba en Amaro su símbolo, su ambición y su fetiche. Los aristócratas de la ciudad, casta anémica y vil, que siempre anda en busca de un amo salvaje, a lo Victoriano Huerta o a lo Cedillo, corrían la versión de que Amaro estaba civilizándose; tomaba, decían, clases de alemán. Por supuesto, andaba en lecciones de escritura, en materia de castellano. Y se afirmaba que ni a las elecciones llegábamos, porque Amaro se proclamaría dictador.

Pero el partido oficial, recién creado por Calles, estuvo alerta para seguir al pie de la letra el plan Morrow: engañar al pueblo con un cambio de persona que hiciese más soportable la prolongación de un sistema. Y empezaron a sacar de su encierro a Ortiz Rubio. Lo llevaron a Toluca, el feudo del pulquero, donde administraba lo menudo mi ex primo Eduardo Vasconcelos. No pudimos evitar que se descolgaran ese domingo a Toluca muchachos del Comité Orientador para presenciar el desfile de inditos de la serranía con que el gobierno local obsequió al novel candidato. No eran más de trescientos, y se gastaron la broma, mis muchachos, de decir a los inditos que debían gritar: «¡Viva Vasconcelos!», y así lo hicieron. Pero en el

caso, con sorpresa amarga, descubrieron los míos que el enemigo estaba preparado, y en vez de recoger carcajadas por su broma, empezaron a recibir en las costillas terrible carga de palos y azotes, propinados por los policías que formaban con los manifestantes indígenas. Y así comenzó una pugna.

A los ocho días, para adelantarnos y ganar el terreno, acudimos a Pachuca, centro minero inmediato a la capital. Un doctor Vázquez, maestros e ingenieros amigos, pasaron la voz entre los mineros. En las afueras nos apearon del auto, nos hicieron desfilar hasta el balcón de un hotel que da a la plaza. De México nos siguieron camiones y trocas con partidarios que aclamaban. Se impuso la multitud a las autoridades y se consumó el mitin con exceso de pirotécnica verbal. De allí le salió a Ortiz Rubio el mote de «Tutankamon», o sea la momia política que los del gobierno andaban exhibiendo. Los polizontes del lugar, reunidos en hosca pandilla, estuvieron bajo el balcón, escuchando los denuestos. A las dos horas, cuando todo había terminado y ya los mineros estaban en sus casas y nuestros amigos de México en camino de regreso, vino el desquite. Con pretexto de un cambio de palabras con una de las facciones que sé retiraba, la tropa arremetió a culatazos y apresó mis acompañantes Adelor Sala y Andrés Pedrero. Desde mi balcón presencié impotente y solo el atropello. Por no haber escándalo, me comuniqué por telégrafo con Portes Gil, que a regañadientes tuvo que ordenar la libertad de los golpeados. En lo de adelante, se hizo regla que no podía hablar uno de los nuestros si no estaba protegido, materialmente, por la multitud. Apenas aparecían por cualquier sitio mis amigos, se les echaba encima el pistolerismo que el gobierno sostenía en todos los poblados del país.

Por la noche, la conferencia anunciada pudo celebrarse

gracias a que era jefe de las armas un hombre digno, el general, o creo todavía por entonces coronel, Fortunato Zuazua. Tanto él como su lugarteniente nos brindaron apoyo sincero, alejaron del lugar de nuestra reunión a los alborotadores. Exhibían éstos sus credenciales de agentes del gobierno y no les valió; llenamos el teatro de paga. A los dos meses, el general Zuazua perdió la comandancia, tuvo que pedir un retiro temporal del ejército. No le vi más, pero nunca es tarde para reconocer y proclamar un acto de hombría.

Lentamente, según se verá, fueron quedando separados del ejército los que denunciaban el menor signo de pundonor.

El Procónsul, alerta

Fue un golpe bajo el cinto y completamente inesperado. Los cristeros, invulnerables en sus posiciones de Guanajuato y Jalisco, habían crecido mientras las dos facciones del ejército luchaban divididos en callistas y escobaristas. La situación de la Iglesia con los obispos desterrados, los templos en clausura, era motivo fundamental del alzamiento católico. Tan ciegos o tan menguados fueron los escobaristas, que no se les ocurrió obsequiar un cargamento de municiones a sublevados que les hubieran podido prestar valioso apoyo militar. Quizá las influencias secretas del poinsettismo, que dominan todas las facciones gubernamentales, decidieron a los escobaristas a perder la guerra antes que celebrar una alianza que parecía obvia.



Leopoldo Ruiz Flores, delegado del Vaticano en México

Con todo, se hallaban los rebeldes católicos en la época de su mayor fuerza combativa, cuando cayó como bomba sobre el país la noticia de que estaba arreglado el asunto religioso. Regresaron de improviso los prelados, y aunque nunca se publicó texto alguno de arreglo, en declaraciones del delegado apostólico, monseñor Ruiz y Flores, y del arzobispo de México, don Pascual Díaz, se afirmaba que «todo estaba bien, que confiaban en el gobierno». Más lejos fueron, llegaron al elogio de la «magnanimidad del general Calles»; se establecieron en sus diócesis, pero ni uno solo de los reglamentos que habían dado motivo al exilio de los sacerdotes y la matanza de tantos fieles fue modificado. El gobierno, por su parte, nada dijo, a nada se comprometió. Pero exigió y obtuvo una orden de rendición de los católicos alzados en armas. Se cuenta que, al principio, los jefes de los levantados, conocedores de lo que realmente era la magnanimidad del régimen, se oponían a acatar las órdenes; pero las organizaciones que los auxiliaban con elementos de

guerra cesaron de funcionar, los voluntarios comenzaron a desertar y no quedó otro recurso que la rendición incondicional. Y el epílogo fue el asesinato a mansalva de la mayor parte de los jefes rendidos. El más notorio de todos ellos, el general Gorostieta, viéndose abandonado de los suyos, aceptó parlamentar. Se le prometieron garantías de vida para él y sus hombres; se le dijo que se presentara con su Estado Mayor en tal o cual sitio. Y fue recibido a tiros en emboscada, aniquilado por una fracción del ejército. Sea cual fuere el motivo que obligó a los altos dignatarios de la Iglesia a desistir de su rebeldía, resulta inexcusable que no requiriesen alguna garantía escrita a cambio de la orden de suspensión de hostilidades que comunicaron. Peor aún fue su silencio después de la matanza. Sin una protesta de sus correligionarios y rodeado nada más de sus familiares, el cadáver de Gorostieta llegó a la capital, víctima de los famosos arreglos. Morrow, imperturbable, siguió prometiendo que habría tolerancia en la aplicación de los reglamentos religiosos y entregó la Iglesia mexicana en manos de sus enemigos. Y puso de escarmiento el de Gorostieta, o sea el final sin gloria que espera a todos los rebeldes al plan Poinsett.

Otra víctima confirmó con su sangre la supremacía indiscutible de los del régimen. León Toral, después de un proceso escandaloso en que fueron violentados los defensores y los jueces, cayó en la penitenciaría, fusilado como traidor. Una serie de cómplices, a lo largo de varios años, fueron pagando también con su vida o con la cárcel la audacia de querer libertar a los mexicanos. El terror triunfaba y *mister* Morrow organizaba fiestas de beneficencia en favor de los colegios y fundaciones de los protestantes de Norteamérica.

Heredamos los rumores

La noticia de la forzada rendición de los cristeros me produjo calosfrío en la espalda. Vi en ello la mano de Morrow, que así nos privaba de toda base para la rebelión que el desconocimiento del resultado del voto lógicamente debería traer. La inoportuna revolución de los escobaristas había fortalecido material y moralmente al gobierno. Ahora, la rendición de las últimas partidas de rebeldes tenaces traería la desmoralización completa de los oposicionistas. Sin embargo, persistían los rumores y me llegaban las ofertas. En tal sitio había una partida que aún andaba a salto de mata, pero dispuesta a esperar. Tal o cual jefe rebelde se había rendido, pero conservando sus armas, manteniendo contacto con sus secuaces. Y como no podía desistir de la campaña ya iniciada, a pretexto de que otros, sin intervención alguna de nuestra parte, nos habían cambiado las condiciones del juego, tuve que apechugar y callar. Y aun procuré engañarme, imaginando que tal vez se trataba de una tregua en la indignación nacional y no de un desistimiento, una claudicación que aún no termina. Tres acontecimientos ajenos a nuestra voluntad, y dos de ellos controlados por *mister* Morrow, habían modificado de raíz las condiciones en que se nos había formulado el reto electoral. Los tres contribuían a hacer casi imposible la consumación de nuestra campaña mediante una revolución popular justiciera. Primero, la rebelión escobarista tenía que ocurrir, pero hubiera sido más eficaz si se produce después

de las elecciones, como protesta contra la violación electoral. Segundo, los arreglos desleales en la cuestión religiosa fueron provocados, de intento, meses antes de la prueba electoral. Y tercero, la curación de Amaro, que recién empezada nuestra campaña, al perder el ojo en el frontón, se apartó del ministerio. Pero sanó y allí estaba de regreso, ansioso de desquitarse, ambicioso de personal poderío, resuelto, más que nadie, a aplastar toda acción electoral, porque sus planes eran tomar a Ortiz Rubio como un escalafón para su propio ascenso al poder. A nadie hablé de este cambio de la suerte, en que vi un aviso de que se alejaba la hora de la regeneración de los mexicanos. Salir con honor del enredo sangriento era lo único que nos quedaba por hacer. Y, por lo pronto, no dar a conocer juicios que hubieran hecho cundir el desaliento.



El embajador Morrow: «Vi en ello la mano de Morrow, que así nos privaba de toda base para la rebelión»…

La Convención Nacional

En la capital nadie nos puso obstáculo para llevar adelante nuestra Convención. Entraba en el plan de Morrow simular una contienda electoral que dejara otra vez al callismo limpio del cargo de dictadura, por lo menos ante el extranjero. Aunque yo veía en la Convención una formalidad democrática indispensable y nada más, fue tal la sinceridad y la fe de los delegados, venidos muchos de ellos de lugares remotos, pasando privaciones, que acabé por sentirme contagiado de fervor y me mantuve en contacto con cada una de las delegaciones. A los debates sobre programa no asistí. Nunca he creído que pueda salir cosa notable o siquiera orgánica de los debates de una asamblea numerosa, en que las resoluciones se aprueban al calor de la oratoria y por juicio de mayorías, siempre impresionables. Desde el principio tracé mi plan, que consistió en desentenderme de los puntos de programa que allí se votaron. Para remplazarlos formulé un discurso-programa de mi propia manufactura, que leí al aceptar la designación votada en mi favor. Manifestó ese discurso el conjunto de condiciones con que aceptaba la candidatura. Ni me preocupé de averiguar si había divergencias serias entre lo que había votado la asamblea y lo que yo definí como mi convicción y compromiso. Ni habría habido, por otra parte, quien advirtiera estas minucias, dado el ambiente de clamoroso entusiasmo que a todos nos unió, pese a una que otra intriga íntima. Pues no dejó de hacer de las suyas Vito,

que presentándose como dueño de mi confianza, y la verdad es que en gran parte la tenía, logró derrotar a mis amigos en dos proposiciones de importancia. Era anhelo de los jóvenes, compartido del todo por mí, que saliera de la Convención un verdadero partido nacional, con programa amplio y nombre nuevo, que habíamos proyectado fuese: Partido Nacional del Trabajo, o cosa parecida. Vito intrigó, rogó, lloró y amenazó con retirarse de la asamblea si no se conservaba el viejo nombre negativo de Partido Nacional Antirreeleccionista. En vano fue hacerle ver que ya ni se trataba de reeleccionismo, sino de elecciones. Cuando me expusieron mis amigos la situación, recomendé que no hicieran disputa grande por cuestión de nombres. Salvé a Vito. Pero no entendía su empeño. Más tarde, mucho más tarde, la actitud de Vito, al regresar amnistiado para expulsarme a mí del partido, rodeado otra vez de una fracción de la directiva de la capital, me reveló muchas cosas. Pero eso es materia de capítulo aparte. Por lo pronto no hice caso de la ocurrencia.



La segunda dificultad, creada también por Vito, fue más grave. El caso reciente de Gómez, el de Serrano, el de todos los partidos a estilo nuestro, en que desaparecido el jefe se disuelve el movimiento, me llevó al propósito de crear un segundo candidato o vicecandidato que recogiese la bandera si desaparecía el primer designado. Ahora bien, políticamente es obvio que no resultaba leal escoger este segundo sin la anuencia perfecta del primer nombrado, que, de otra manera, tendría una amenaza viva al lado suyo. Y también era obvio que para el puesto debía elegirse un hombre de representación nacional y no un figurón improvisado. El hombre yo lo tenía, y apenas di su nombre, lo acogió todo el mundo con beneplácito. Únicamente Vito opuso reparos. Sí, don Manuel Bonilla era intachable, pero, ¿por qué limitarse a una sola candidatura? ¡Que la Convención escogiese entre él y don Calixto Maldonado, colega de Vito en los días de la candidatura Gómez! Al principio, no le hicimos caso. Luego, en la Convención, Vito empezó a trabajar de tal modo entre los delegados menos expertos, que fue necesario desistir de la vicecandidatura para evitar divisiones o, por lo menos, escándalo. Y Vito se apuntó su segunda victoria en contra de los intereses del movimiento.

Contraste con esta política pequeña del ex huertista lo dio el patriotismo del doctor Francisco Vázquez Gómez, que prestó a la Convención su nombre para que figurara como candidato al lado mío, y más bien como un homenaje a sus antecedentes dentro de la revolución. Por otra parte, la entrada en acción del doctor nos trajo mucho elemento antiguo que andaba disperso, nos dio la oportunidad de presentar un frente único revolucionario. Al lado de Ortiz

Rubio no quedaron desde entonces sino los tránsfugas y los ex huertistas como Portes Gil, el presidente, y Padilla y Puig, los ministros, con los generales que se habían olvidado de que la revolución, originalmente, postulaba el libre sufragio como una de sus conquistas. Tan notorio fue el indicado lineamiento que, sin figurar abiertamente, el mismo Luis Cabrera no hizo misterio de sus preferencias y contribuyó de su peculio con algunas sumas para los gastos del partido después de la Convención.

Y alcanzó majestad la sesión de clausura, con mi juramento y discurso, y las aclamaciones de varios millares de almas inflamadas de patriotismo combativo. La prensa en general dio las crónicas de un modo leal. Y la ciudad vivió horas de esperanza en un futuro civilizado.

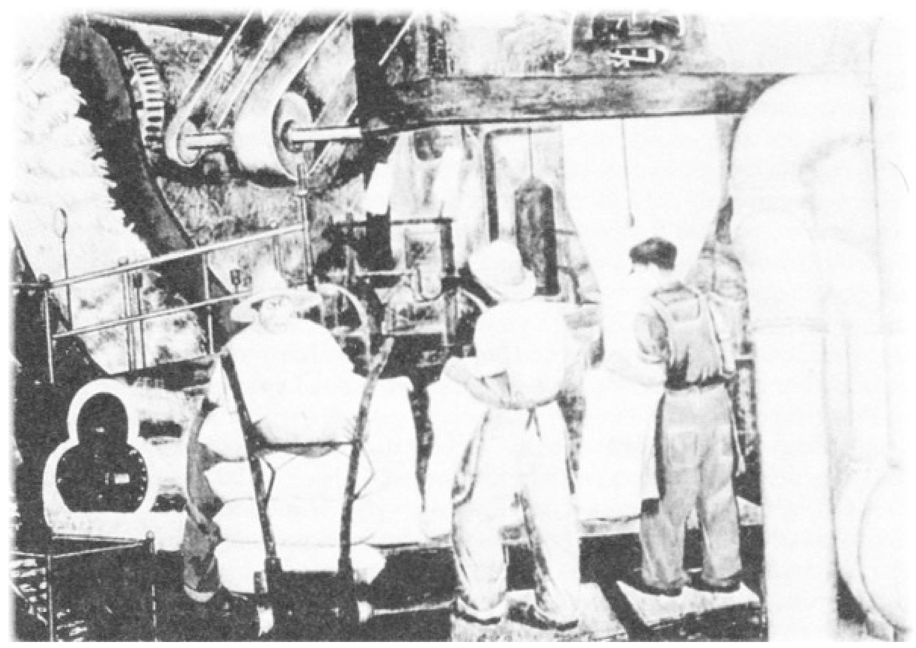
Es de advertirse, por lo que ocurrió más tarde, que la Convención me nombró, por el noventa y tantos por ciento de sus votos, no sólo candidato presidencial, también jefe del partido hasta que volviese a reunirse otra Convención Nacional.

También eligió la Convención una Directiva, cuyos miembros no podían ser destituidos sino también por una Asamblea nacional.

Aconseja el Procónsul

Hubo un acercamiento previo que dejó bien definida la situación. En Chicago había tenido como oyente del seminario sobre legislación mexicana que dirigí el año 28 al profesor Eyler Simpson, destinado por una fundación de su país al estudio de México en los aspectos legal y económico. Joven todavía, *mister* Simpson llevaba dos años dedicado a documentarse sobre México. Desde entonces proyectaba vivir en México tres años consecutivos a fin de continuar sus estudios sobre el terreno. Dos estudiantes más pagaba la fundación para especialidades mexicanas y una docena tenía repartidos por la América del Sur. El propósito de la fundación es crear personal experto de categoría universitaria para el servicio del Departamento de Estado en sus relaciones con nuestras nacionalidades hispánicas. Aparte de laborioso y concienzudo, *mister* Simpson es bien parecido y bien educado, inteligente sin brillo, pero disciplinado y preciso; el tipo ideal del perito, el especialista. En México se hallaba Simpson agregado a la embajada americana, aunque quizá no sostenido por ella, pero sí en íntimo contacto, que no me ocultó. Dos o tres veces me visitó *mister* Simpson, reanudando una amistad que ya desde Chicago se había fortalecido en comidas y paseos, animados con la compañía de *mistress* Simpson, una bellísima dama y artista. Valeria, que era en todo deslumbrante y hablaba como idiomas propios el inglés y el francés, me ayudó en el agasajo de *mistress* Simpson. Y en cierta ocasión, por la

tarde, mientras contemplábamos Simpson y yo desde el balcón de las oficinas del Comité vasconcelista la arquitectura llena de gracia de ese palacio latino y tan mexicano que es el Teatro Nacional, hoy deformado con el nombre de Palacio de Bellas Artes, construcción neobarroca, recia como las de la Colonia y preciosa como la orfebrería de los viejos plateros, Simpson me dijo, hecha a un lado toda reserva: «Cuenta usted con todo para triunfar; tiene usted la opinión a su favor, pero le falta algo que en los actuales momentos es importante: le falta la buena voluntad de la embajada *yankee.*» «¿Por qué no me quiere la embajada?», pregunté, con franqueza equivalente a la buena intención del aviso.



Detalle del mural *Actividades de fábrica*, de Manuel Cano Manilla

Entonces, con la precisión de su temperamento de técnico, mi antiguo discípulo expresó: «Estados Unidos es un país eminentemente industrial que necesita mercados; el

mercado natural de Estados Unidos está en la América Latina. Una buena colaboración continental supone que Estados Unidos fabrique mercancías, que México y los países del Sur produzcan las materias primas; también los productos tropicales que no se dan o se dan mal en Estados Unidos.» Inmediatamente me vino a la memoria el vasto plan azucarero en que *mister* Morrow había embarcado a los del gobierno, por el Mante, negocio del clan de los Calles, y por Morelos, donde se decía que Calles y Morrow eran los promotores. Y Simpson prosiguió: «Cualquier gobierno que garantice a Estados Unidos una política de cooperación económica racional, según he expresado, que se comprometa, además, a respetar los tratados recientemente concluidos, será un gobierno grato. Y yo dudo que usted, con sus ambiciones de construir un México autónomo, pueda alguna vez contar con la simpatía de la embajada.»

¿Era aquello advertencia? ¿Era simple confesión amistosa sin alcance?… En todo caso me pareció ocioso, improcedente, ponerme a discutir, y me limité a contestar: «Sí, yo también lo dudo.» Y cambiamos de tema.

En México, las legaciones latinoamericanas por lo común sólo se preocupan de ofrecer comidas al triunfador de la hora, sea quien sea; pero hubo en mi caso dos excepciones notorias y muy dignas de mi recuerdo agradecido. La legación de Perú, a cargo del ministro Pardo y la señora Álvarez Calderón de Pardo, de quienes ya hice mención en volumen anterior, y la legación de El Salvador, encomendada al culto y diligente diplomático y buen amigo, ya difunto, don Enrique Gutiérrez. Con frecuencia, el automóvil de la señora Álvarez Calderón, sin despojarse de sus placas, nos sirvió para trasladarnos a sitios donde urgía nuestra presencia. Constantemente, la casa de la ilustre dama estuvo abierta para el consejo sano, la hospitalidad

reconfortante. En la legación de El Salvador, Juan Coto, el poeta, era una suerte de hijo adoptivo. Él se encargaba de preparar cocteles, según recetas francesas deliciosas que a nadie comunicaba; luego, el ministro y su señora nos sentaban a una mesa insuperable. Ninguna de estas dos legaciones, que frecuentaba, me allanó la comunicación que *mister* Morrow buscaba, y más bien la peruana, astuta, previo que nada bueno podía esperar del personaje *yankee.*

Fue por conducto del pintor Adolfo Best como al fin se concertó la entrevista. Tenía Best de madrina y admiradora de su arte a una dama Norteamericana finísima, que si mal no recuerdo era la esposa de *mister* Rublee, consejero jurídico oficial de la embajada. Y Best me prevenía: «Verá usted qué hombre tan dulce es este *mister* Rublee»... Confirmé esa dulzura al tratarlo. «Se le llenan los ojos de agua al hablar de México», me había advertido Best, y pronto, viéndolo enternecido casi, pensé que le dolía lo que Morrow y su país hacían con nosotros. El caso es que almorcé en casa de *mister* Rublee (cada vez escribo de distinto modo su nombre, no me importa). Y de antemesa, en un salón puesto con lujo, la distinguida *mistress* Rublee, ya un poco entrada en años, pero encantadora (o sea *charming*, los adjetivos que nos caracterizan debieran seguirnos fieles en nuestro propio idioma), opinó que sin duda, y dada mi influencia intelectual, tan decisiva en el país, yo debía estar muy preocupado por la cuestión universitaria. La andaban removiendo los del gobierno, en efecto, para distraer la atención del estudiantado en cuestiones secundarias, como la autonomía universitaria, cuando el tema de la hora era el porvenir de la nacionalidad. «No me importa la Universidad ni lo que hagan con ella estos salvajes», contesté, no sin dureza, y añadí: «Una vez que el país sea cambiado por nosotros, de *comble en fond*, ya habrá tiempo de hacer una

universidad como Dios manda.»

En esto llegó el embajador. Ruin de apariencia, más bajo que yo, que soy casi *undersized.* Miope y curvo de las piernas, en vano busqué en su rostro la flama de la inteligencia que, según la conseja, lo caracterizaba. Con urbanidad sencilla, *mistress* Rublee señaló a cada quien su sitio, y resulté a su lado. La señora Morrow no era mal parecida en su madurez, un poco delgada; pero su temperamento austero, distante, no inclinaba a la simpatía. Ofrecieron cocteles y me apresuré a tomar el mío, en debida protesta de la ley seca que la señora había logrado imponer en la corte de Portes Gil. *Mister* Morrow y *mistress* Rublee bebieron su copa conmigo. La señora de Morrow se abstuvo. En su oportunidad, me despaché vino tinto en abundancia. Morrow le echaba agua al suyo y la señora Morrow bebía pura agua. Adolfo Best no disimulaba su curiosidad por el duelo latente de aquella entrevista. En cuanto a *mister* Rublee, pronto pude convencerme de que el agua en los ojos no le venía de la ternura que Best le suponía, sino de la edad ya bastante avanzada. En diálogos triviales se pasó la hora del yantar y luego, de sobremesa, nos dejaron solos al señor embajador y a mí. No discutimos sino tópicos generales y quedó concertada una nueva entrevista a la hora del *lunch*, en la embajada. En la comida, a pesar de su urbanidad, la señora Morrow no había podido disimular su despego, casi su antipatía...

El edificio de la embajada ocupa una manzana entera, pero es, por fuera, bien modesto, de un solo piso, con balcones anchos y en el muro trepadoras que rompen la monotonía del blanqueado a la antigua. Interiormente, los vestíbulos espaciosos, las nobles salas, el patio en cuadro de columnas de cantería, y el decorado de brocados rojo y oro, el piso de baldosas con valiosos tapetes de colores suaves,

los muebles anchos y reposantes, todo da la impresión de un palacio privado, a estilo de Roma en la época de su poderío.

A su sangre inglesa deben los americanos cierto abolengo imperial que, añadido a su potencia recién conquistada, les permite reconocer y ocupar sin desdoro las viejas mansiones que los españoles de la época gloriosa se construyeron en México, la segunda capital de su imperio. Y mientras los riquillos de nuestro México degenerado alquilan casas como la de la embajada, para construir *chalets* llamativos de interiores ruines, los norteamericanos acomodados se establecen con naturalidad en las alcobas señoriales, tras de ponerlas al día con auxilio de plomeros y técnicos de la calefacción, la refrigeración. Y las habitan, según corresponde a los herederos del imperio, los señores de la conquista nueva.

La comida escasa, no obstante que era el mediodía, la sirvieron en el despacho privado de Su Excelencia, en mesilla removible. Los libros que había sobre la mesa de trabajo no daban idea de un gusto refinado; eran obras de colegas abogados o banqueros, jerga comercial del capitalismo, sin el simulado amor por el arte y la literatura que caracteriza a banqueros como el patrón de Morrow, *mister* Morgan. Se veía que Morrow, *nouveau riche*, no llegaba aún a la categoría del coleccionador de cosas de arte. En las repisas tenía Morrow, junto con retratos de amigos suyos, uno del general Calles. «Hace falta —pensé— otro de Amaro para que se interese Lombroso.» De inmediato abordamos el asunto del día y le formulé el cargo de que, bajo capa de amistad por México, él y su gobierno ayudaban a sostener en el poder gentes que, en su tierra, procurarían poner en presidio. No defendió a los aludidos. Únicamente cuando precisé que eran asesinos y ladrones expresó: «No sé lo que, conforme a los *standards* de ustedes, sean un asesino

y un ladrón de la política.» Irritado, repuse: «Cuando un individuo entra a la política sin un centavo y en ella se hace rico, cuando un sujeto para sostenerse en el poder manda matar a sus rivales, en castellano, tal sujeto es un asesino y un ladrón; en inglés, no es otra cosa que un *gangster* y un *murderer*, y en todos los idiomas civilizados lleva nombre equivalente. Y tal caso no es opinable, es notorio y no tiene excusa quien lo defiende»...

Se quedó tranquilo, inconmovible, y al cabo de un instante repuso: «No es el primer caso en la historia en que una banda de forajidos armados se impone por toda una generación o por varias a toda una nación que está desarmada»... «Pero no es tampoco acto de amistad internacional —opuse— que el vecino poderoso ayude a esa banda con armas y con créditos cada vez que se ve amenazada por la revuelta»... A esto último me dio respuesta evasiva, pero difícil de rebatir: «Yo no tengo la culpa —dijo— de haberme encontrado a tal clase de gente en el poder... Yo no dudo que haya en su país hombres honrados, pero yo tengo que tratar con los que representan oficialmente al país; no me toca cambiarlos», etc., etc.... La respuesta era especiosa; nadie le pedía que los cambiara, lo único que exigía la decencia internacional, el sentido mismo de humanidad, es que no los cobijase.

¡Y de qué modo lo hacía! Conocida es la declaración que meses después, y actuando Morrow de candidato a senador en su estado de Nueva Jersey, hizo su *attaché* militar, propagandista, el coronel MacNabbe. Morrow no sólo había arreglado todas las diferencias con México, afirmó MacNabbe, sino que reorganizó el país, le puso en orden sus finanzas y al Ministro de Hacienda, Montes de Oca... *he took him under his wing*, lo tomó bajo el ala. Era sabido, en efecto, que el acuerdo hacendarlo no se tomaba ya en Palacio, se

tomaba en la embajada. Y en seguida de Morrow, los asuntos de hacienda de nuestro país ya no se refieren a la embajada *yankee*; un avión lleva, periódicamente, al Ministro de Hacienda mexicano a Washington, a Nueva York.

«Va a ser difícil que usted reúna muchos votos —me dijo Morrow, en párrafo final de la entrevista— porque, aunque yo no niego su popularidad, usted sabe el poder de la maquinaria oficial. A última hora los cómputos pueden dar muchas sorpresas... Pero —añadió— usted está haciendo una obra importante; usted está educando al pueblo en la democracia; le enseñará usted a votar; y aunque esta elección la perderán ustedes, porque el gobierno está muy fuerte, en la próxima, de aquí a cuatro años, su triunfo será seguro... Siempre que no cometan ustedes el error de intentar una rebelión»...

Al decir esto Morrow, descubrí quién era el que había dado al partido oficial su tesis hipócrita de que no nos veían con malos ojos y que no triunfaríamos, pero que estábamos educando al pueblo... En labios del mismo Portes Gil habían escuchado, amigos nuestros, la necedad apuntada... y la repetían los diputados. No cabía, pues, duda. Un país gobernado por malvados y por ineptos tenía que tomar del procónsul no sólo el programa nacional, también el argumento que se cree válido contra los opositores.

No volví a acordarme de la comida con Morrow, pero una semana después, y siempre por conducto de *mistress* Rublee, me llegó un obsequio del señor embajador: un libro por él prologado. No llevaba dedicatoria, no atestiguaba constancia de sus relaciones conmigo, pero el prólogo contenía la tesis de que me hablara en la comida: que los partidos de oposición eran la válvula que evitaba las revoluciones, que en organizar la oposición estaba la salud. La tesis de Morrow

cundió más de lo que se cree. Muchos amigos míos, del género tímido, o del género complaciente, aconsejaban lo mismo: dejarse derrotar, apresurarse a reconocer la derrota y hacer las paces con el vencedor. Esto nos traería una fracción del poder y una colaboración que podía servir de base para un nuevo esfuerzo electoral en el periodo siguiente.

La mentira, la cobardía de toda esta tesis, se advierte reflexionando que no es lo mismo una derrota leal que una derrota injusta. El que transige con el fraude ya no vuelve a ser creído ni merece otra cosa que el que lo vuelvan a defraudar. La teoría de los partidos tiene por base la buena fe relativa en el recuento de los votos. Nosotros no necesitábamos recuento, nuestra mayoría era patente; de ahí que los del gobierno no se ocuparan de organizar votantes, sino de armar pistoleros. Amaro no se preocupaba de hacer discursos, sino de girar circulares, como una que nos dio a conocer un jefe amigo: «Hagan como que dan garantías, pero obstruccionen al vasconcelismo por todos los medios.»

Lentamente, en efecto, el ejército se descaraba. Y nosotros, con clara visión del momento y del porvenir, advertimos una y otra vez al pueblo de la patria: «Si dejas pasar esta ocasión de darte gobierno propio, si no sabes hacer respetar tu voto, en el periodo electoral próximo la imposición será todavía más descarada. Más aún, probablemente ya no habrá ni quien encarne la oposición, o se creará una oposición que sea cómoda farsa y nada más.» En suma, México se jugaba, con nuestra causa, su destino como nación independiente, y el pueblo lo sentía. Por eso desbordaba cada vez que acudía a nuestras citas. Desgraciadamente se cansó. Y en la hora de prueba prefirió adoptar la tesis de *mister* Morrow.

La colaboración de los católicos

A la Convención habían concurrido delegados de organizaciones católicas de todo el país. Al concluir la Convención sus labores, los católicos, declinando incorporarse al partido que allí se había formado, se aprestaron, sin embargo, a trabajar para la campaña electoral, dentro de los suyos y con sus propios recursos. La Convención, en efecto, había sido una coalición de partidos, sumados por un programa mínimo común y por la necesidad de dar fuerza a una candidatura. Es decir, que la unión de los grupos, los partidos, la había provocado la coincidencia en el hombre elegido para encarnar las necesidades de la hora. La Convención era una cristalización del plebiscito. Y eso fue mi candidatura, un plebiscito y no la designación partidarista de grupo alguno. Y esto, en la historia, se llama el Consulado. El caso en que las fuerzas todas de una democracia en peligro plasman y se hacen voluntad en la conciencia de un caudillo civil, un jefe temporal, pero absoluto. Por instinto, los elementos sanos de la nación, la mayoría anónima y las minorías selectas, por encima de los marbetes de partiditos y grupos de políticos, habían puesto en ejercicio estas dos formas políticas civilizadas y salvadoras, el plebiscito, el Consulado. Despreciables ambas cuando es materia del plebiscito quien está ya en el poder y pretende consolidarlo, apropiándose las firmas de un rebaño servil. Altamente democráticos y gloriosos, en cambio, tanto el plebiscito como el Consulado, cuando se trata de elegir,

desde la oposición arriesgada, el abanderado capaz de conducir al pueblo a la redención y a la libertad. Este segundo era nuestro caso y él explica que funcionasen aparte, como entidades electorales del vasconcelismo, partidos de distintos nombres y de programas a veces divergentes. Partidos demócratas, en Sinaloa y Sonora; antirreeleccionistas, en Coahuila, que por causa de la tradición maderista preferían el viejo nombre; partidos socialistas, entre los grupos de Tampico y Veracruz, y partido católico, hasta donde abarcaba, por todo el país.



El candidato José Vasconcelos en un mitin por el barrio de La

Merced organizado por sus partidarios

El centro católico más activo, más importante, funcionaba en la capital y realizaba un trabajo sin el cual todos los discursos, todos los planes de la Convención, hubieran resultado inútiles: la elaboración del padrón electoral, que puede decirse no existía. Obraban en el gobierno listas engrosadas con nombres de ciudadanos difuntos que ya no pueden protestar contra el fraude electoral. La tarea de acudir de casa en casa para hacer el registro de ciudadanos, comprobar su filiación, estaba virgen en el país. Un amigo norteamericano me insistía, y con razón: «Deberían imponer el *poll-tax*, impuesto sobre elecciones, porque esto obliga al colector de rentas a llevar registros que no es fácil falsificar.» En cualquier forma, de alguna manera debería estar limitado, controlado, vigilado el sufragio, según se hace en todas las democracias del mundo, ya sea excluyendo a los analfabetas, ya sea suspendiendo el derecho al voto de los que no pagan el debido impuesto, según se practica en Estados Unidos. La verdad es que el sufragio sin cortapisas es un disparate que mantienen aquellos a quienes beneficia el fraude. Una verdadera anarquía del voto permite al que está en el poder la usual recluta de analfabetas que, conducidos por vagonadas, como ganado, van de aldea en aldea, de ciudad en ciudad, duplicando, triplicando cédulas de votación, una y diez veces, según la conveniencia gubernamental.

Convencido de que otra vez se repetiría la misma farsa, poco me preocupé de los requisitos de la votación, y la poca esperanza que me quedaba, después de la rendición de los cristeros y la derrota de los escobaristas, la puse en crear un estado de opinión favorable al alzamiento. Producir un golpe de masa, que se impusiese en todo el país, así como a menudo nos imponíamos al llegar a una ciudad obligando a

los habitantes a rendirnos pleitesía, tal era la única táctica factible: cualquiera otra resultaba irrisoria. Al mismo tiempo, en todas nuestras disertaciones públicas hablábamos de los distintos medios de que dispone un pueblo que de verdad quiere sacudirse a un régimen; por ejemplo, las huelgas, la suspensión del pago de los impuestos, la suspensión de los servicios profesionales, el paro general. Todo como auxiliar del viejo recurso nuestro que es consecuencia obligada de la falta de respeto al voto, la sublevación, al principio informe, a la postre unánime, que da en tierra con los usurpadores. El caso Madero, etc., etcétera.

Sin embargo, daba gusto ver el trabajo de las cuarenta taquimecanógrafas, todas voluntarias, sin sueldo, que bajo la dirección de los jefes católicos organizaban las listas del primer padrón electoral de la República. El noble espectáculo sugería la posibilidad de un porvenir regido por las instituciones, suprimida la lucha caníbal a lo Huichilobos y remplazada por la maquinaria inteligente de la democracia que primero persuade, luego cuenta los votos, en seguida obedece al que triunfó con lealtad para gobernar por tiempo limitado y conforme a rigurosa responsabilidad.

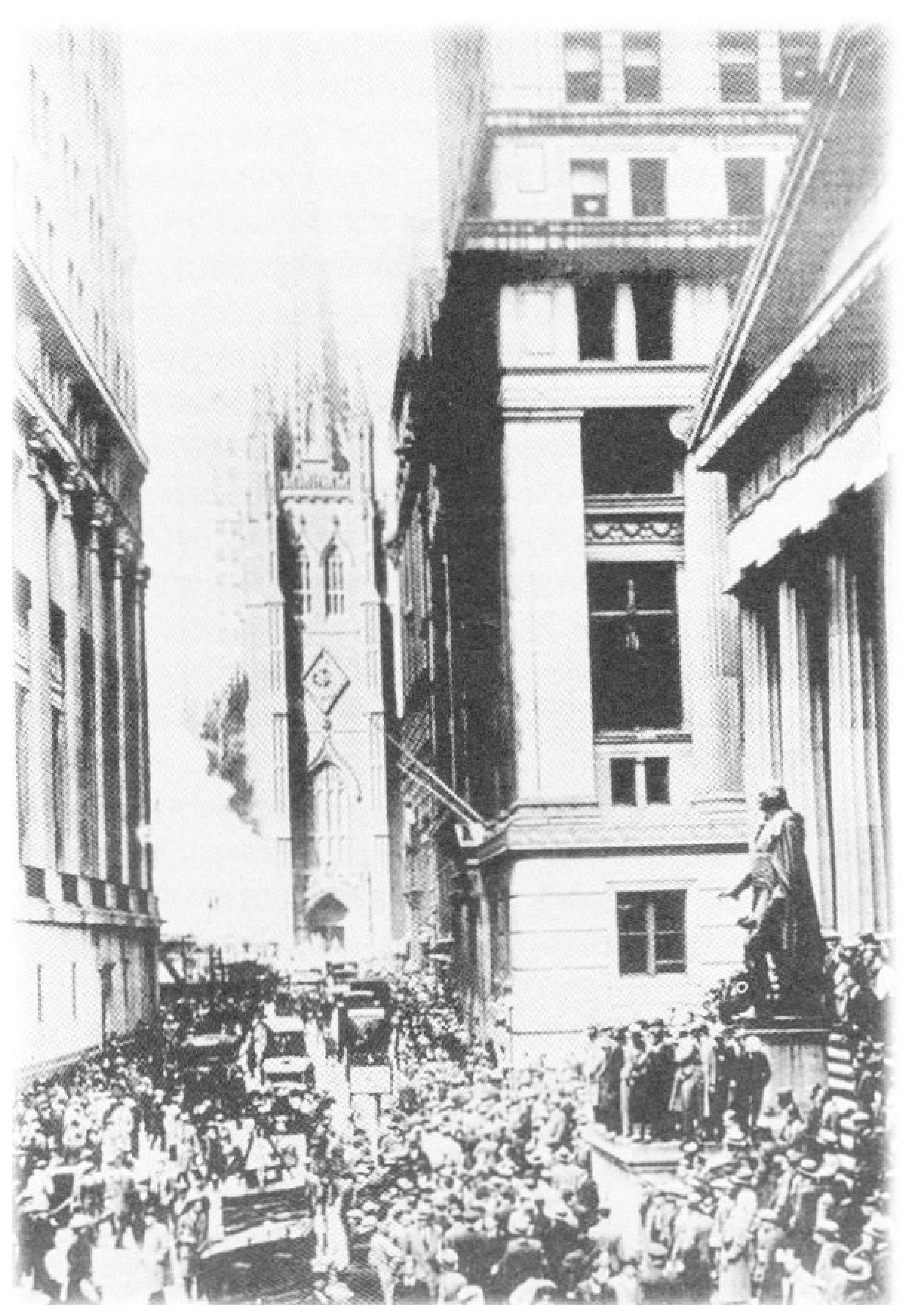
Algo más agradecía vivamente a los católicos, y es que ayudaban con tesón sin haberme exigido promesas, ni siquiera verbales; atenidos a mi palabra contenida en manifiestos y discursos de poner a la Iglesia mexicana en condiciones parecidas a las que disfruta en Estados Unidos o en Francia, países liberales. Muchos católicos demostraban igual indignación que la mía por los arreglos religiosos, que habían obligado a rendirse a los cristeros, los habían entregado atados a sus enemigos. Y detrás del partido cívico, que se ocupaba del padrón y de las elecciones, estaba la Liga, entonces benemérita, porque la dirigía el gran ciudadano

que fue el licenciado Ceniceros y Villarreal. Este patricio de extracción liberal, cuando lo visité en su escondite, se limitó a tomar la fecha que di para el levantamiento: el día siguiente de la elección presidencial. Y se comprometió a procurar que en esa fecha y a pesar de las recomendaciones pacifistas de los obispos, los que todavía estaban remontados y otros que les seguirían habrían de proclamar la exigencia de llevarme al poder. Desgraciadamente, el licenciado Ceniceros no fue obedecido. Otros menos perspicaces negáronse a ver que la suerte de la liberación religiosa de los mexicanos estaba ligada con la nuestra por toda una generación.

La organización de los católicos, así como cada una de las coaligadas, atendía sus propios gastos, disponía de fuentes propias de ingresos. En el nuevo Antirreeleccionista, la Mesa Directiva Nacional, presidida por el ingeniero Góngora hasta que una asamblea nacional pudiese remover o confirmar a sus miembros, abrió Tesorería propia, a cargo del honorable ingeniero Ortiz. Pero sus ingresos seguían siendo mezquinos. En diversas ocasiones y para objetos especiales tuvimos que acudir en auxilio de la Tesorería del partido, en vez de que éste nos suministrase en alguna forma recursos.

A propósito de finanzas

Todo lo que era suscripciones regulares, hasta donde había dependido de mí, lo había cedido primero al Orientador, después al tesorero, señor Ortiz; por ejemplo, y como simple ejemplo, treinta pesos mensuales que daba mi personal amigo el licenciado Joaquín Moreno, y así por el estilo. En cambio, ciertas contribuciones excepcionales debidas a amigos míos las manejé en persona y las usé en los gastos de mis viajes y el envío de delegados, más pequeños auxilios a correligionarios, siempre para el desempeño de servicios, nunca para su personal sostenimiento.



Wall Street: «Al fin de la campaña, este dinero lo situé en Nueva York»

Los más importantes contribuyentes fueron: el licenciado

Gómez Morín, que ya he citado y citaré todavía más, pues encima de los seis mil pesos de la Convención, se quedó, más tarde, con la carga de conseguir el dinero para las boletas electorales, ya que ni esa suma pudo recaudar el famoso Antirreeleccionista. En segundo lugar, por la cuantía, nos ayudó un caballero de apellido Rodríguez, amigo de Raúl Pous, que en diversas ocasiones me entregó quinientos, ya seiscientos, sin que todo ello pasara de unos tres mil. El licenciado Federico González Garza, mi viejo y admirado colega del maderismo, me mandó un día una bolsa con quinientos pesos en plata, descontados de sus modestos ahorros y que me llegaron en momentos en que me preocupaba la cuenta del hotel, donde a menudo tenía a la mesa hasta una docena de comensales. Un amigo, que me pidió el secreto, y que ya había ayudado con mil pesos de acciones cuando fundé *La Antorcha*, hombre adinerado y patriota, de apellido extranjero, muy conocido, me mandó mil pesos en respuesta al recado que le mandé diciendo que quería pagarle lo de *La Antorcha*, puesto que aquel negocio se había derrumbado. Y aunque ese derrumbe se debiera a trabas opuestas por el gobierno, me seguía considerando responsable del valor de las suscripciones. Ingresos en pequeña escala debí a un caballero que explotaba una línea de camiones México-Puebla y que periódicamente, y con una devoción que nos enternecía, llevaba hoy los veinte pesos, mañana cincuenta, y además servicio gratuito de trocas para manifestantes cada vez que se ofrecía. Envidiosos de que el Comité no se había sumado al Anti al principio de la campaña, insinuaron que en el Comité había derroche y hubieran querido quitarle la facultad de recibir colectas. Lo cierto es que a menudo tuvieron dificultades para pagar la renta de su local, que era también mi oficina. En cambio, los de Comité dedicaron su tiempo, su talento, su

fervor a la causa, con el resultado brillante que contempló la metrópoli con sus poblados vecinos. Actividad democrática inusitada en México que celebraba, diariamente, mítines o conferencias y que no dejó penetrar el enemigo en el Distrito Federal. Cuando los de Ortiz Rubio quisieron hablar en la capital, tuvieron que traer gente engañada y pagada de las haciendas vecinas, pobres peones de los nuevos ricos de la revolución, que desfilaron desconcertados, gritando vivas según la señal del capataz. A las contribuciones de la capital, que fueron directamente a mis manos, debo añadir pequeñas sumas que el dueño del periódico *El Hombre Libre*, un fronterizo muy leal, me entregaba también periódicamente, de colectas que él hacía, de no más de veinte o treinta pesos de cuando en cuando. El producto de dos o tres conferencias públicas de la capital se aplicó a los gastos del Comité en la primera ocasión, y debo haber cobrado las otras dos, que no produjeron en junto ni mil pesos.

Fuera de la capital no teníamos ingresos regulares. A la delegación más generosa, que era la de Mazatlán y que seguramente habría acudido en nuestro auxilio, en caso necesario, le cedí todos sus ingresos, que Miguel Ángel Beltrán dedicaba a la compra y reparto de armas en la zona rural, donde esperábamos crear la base de nuestro levantamiento armado. Aprovechando la gira de Coahuila, el licenciado Joaquín Moreno me ganó la ayuda del licenciado Joaquín Baranda, que intentó hacer una colecta seria entre los algodoneros. Acostumbrados éstos a no ver el porvenir, a someterse ciegamente al que manda y a ganárselo por el cohecho, no quisieron hacer esfuerzo alguno en nuestro favor. Contribuyendo de su peculio, el licenciado Baranda me reunió creo que tres mil pesos, que me entregó en Torreón. La conferencia de Torreón produjo unos ochocientos pesos, que me abonó el caballeroso doctor Lara,

jefe de nuestro partido en la región. Uno de los Madero me obsequió un cheque de mil pesos.

En toda la zona del Bajío, de Querétaro a Torreón, los gastos fueron de nuestra cuenta exclusiva. Luego, en Monterrey, uno de los ricos del lugar dio mil pesos, que no alcanzaron a cubrir la cuenta del hotel. En Ciudad Victoria, de Tamaulipas, capital del estado, sometida al terror, tuvimos que pagar nosotros el hotel. En Tampico, en una noche, reunimos doce mil almas, que pagaban por entrar a oír los discursos un mínimo de veinte centavos por cabeza, y obtuvimos unos setecientos pesos, que se fueron en los gastos del entierro de los muertos que allí mismo nos hizo el gobierno. En Chihuahua, don Alfonso Madero nos juntó cerca de ochocientos pesos.

Mi ventaja era que había vivido del movimiento y había logrado ahorrar el producto de mis artículos en *El Universal* y *El Mundo*, de Tampico, por casi un año. Al fin de la campaña, este dinero lo situé en Nueva York. Hallándome en Aguascalientes, en la gira del Norte, sin previa advertencia, *El Universal* se permitió un comentario sobre sus relaciones conmigo, que me obligó a mandar mi renuncia como colaborador. Es de advertirse que, en una comida en su casa, Lanz Duret me había brindado adhesión política y ayuda de partidario, porque dijo suscribir mi programa. Debe haber sido terrible la presión ejercida en su contra, puesto que se olvidó del colaborador y del jefe para licenciarme sin abono de los tres meses de ley. No quise mandar cobrar los honorarios del último artículo que publicó, titulándolo: «El último artículo de Vasconcelos.» Me lo vedó el asco. Y me quedó la sospecha de que seguiría escribiendo artículos, a pesar de que *El Universal* me daba por muerto como escritor. Lo más repugnante es que el diario siguió titulándose «independiente.» Comprendí que se me sitiaba por hambre.

Sabían mis enemigos, y lo sabía yo, que después de mi desenmascaramiento de las influencias de la política *yankee* en México no podría volver a ganar un peso de Estados Unidos, en donde las universidades habían sido anteriormente mi refugio.

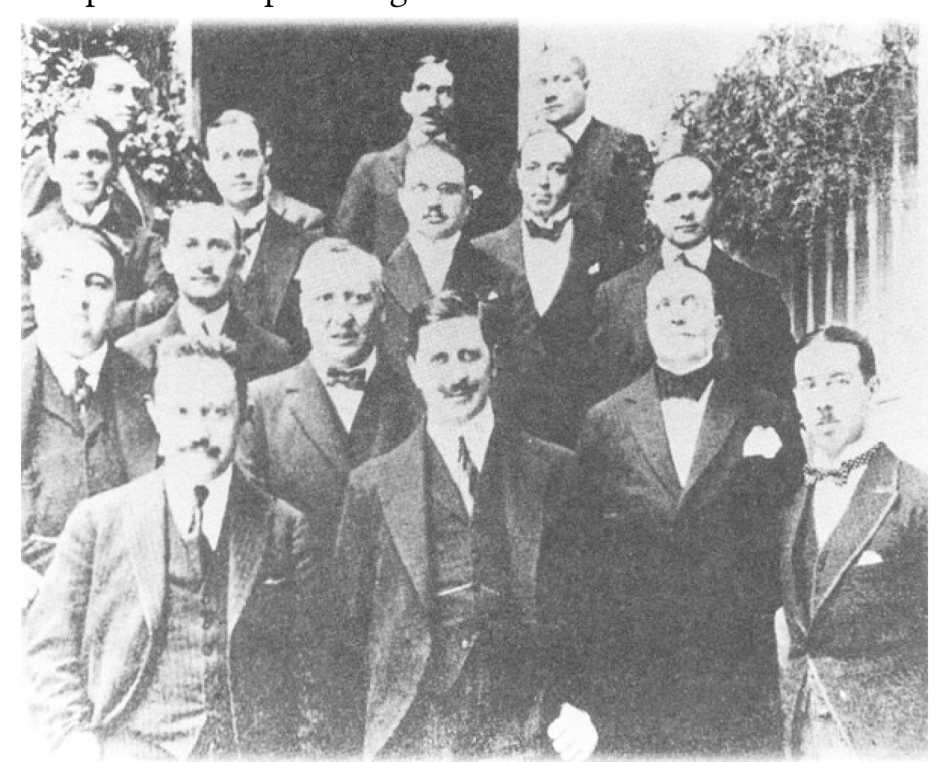
Contra todo, me sostenía la confianza interior en la Providencia; el «Hágase tu voluntad, Señor» vale más que las previsiones de toda la fortuna que pueden acumular los hombres. Estaba en manos de Dios, como Job, como tantos otros que han renunciado al humano favor y se entregan a la Divina Superioridad.

De allí que ni siquiera economizaba lo poco que tenía… Haga sumas, entre tanto, quien quiera, de las cifras que dejo anotadas y responda si hay ejemplo de una campaña presidencial más barata, para un pueblo de dieciséis millones, en toda la historia de la democracia contemporánea.

Vito se corta

En nuestro léxico militar se dice que se corta el que sin órdenes se aparta de la marcha, se desvía, ya para desertar, ya porque la fatiga, la desidia o la sed pudieron en él más que la disciplina. Sin aviso previo, sin consulta conmigo, aceptó, si no es que buscó, una candidatura gubernamental en Coahuila. Por los diarios me enteré de su compromiso y aguardé a que quisiera avisarme de sus planes. Y como había quedado muy dolido de los jóvenes que en la Convención exigían rompimiento con el pasado, disolución de camarillas profesionales y nuevos sistemas políticos, con frecuencia acudía a verlo a su domicilio. A todos mis principales colaboradores los buscaba en persona cuando se trataba de pedirles un servicio o manifestarles aprecio. Mi trato con Vito, pese a los continuos incidentes que provocaba, seguía siendo cordial; más aún, le reía sus sarcasmos, siempre enconados, pero a menudo ingeniosos; le tenía no por un amigo personal, si no por un político útil. No lo era, porque a quien quería destruirlo le bastaba con recordarle sus antecedentes de huertista; peor entonces que andaba Vito exhibiéndole al candidato oficial Ortiz Rubio las pruebas documentales de que también había servido a Victoriano Huerta como asimilado del ejército en que Vito era profesional. Se conocían los viejos lobos, y se odiaban. Esto era a la vez garantía de la fidelidad de Vito, según pensamos. Y nunca di crédito a la versión insistente de que operaba entre nosotros como agente provocador. Fui, pues, a

tranquilizarlo y a reafirmarle mi confianza. Y lo hallé efusivo; siempre con la ironía a flor de labio, pero dirigida contra el adversario. Había decidido presentarse candidato en Coahuila, porque —explicó— con los trabajos allí avanzados para la campaña presidencial, su candidatura correría al lado de la mía como sobre rieles. Suponía que no me parecería mal. «Al contrario —respondí con sinceridad—, quizá sea eso lo mejor.» Y aquél me pareció el momento oportuno para hablarle de una vieja deuda, que ya en otras ocasiones me había vedado que le recordara. «Pongo a sus órdenes —le dije— un cheque por aquellos mil pesos que suscribió usted para *La Antorcha*; esto es deuda personal que quiero liquidarle, ahora que puedo hacerlo sin sacrificio; no sé mañana... En último caso, acéptelos como contribución mía para su campaña de gobernador»...



Vasconcelos, Vito Alessio Robles y colaboradores

Se quedó pensando Vito; luego, expresó: «Mire, yo no he contribuido en lo personal para la campaña de usted, ¿por qué ha de contribuir usted para la mía? Pero vamos a hacer un trato: usted se queda con esos mil pesos, que representarán mi suscripción a la campaña política suya, y en cambio, usted me autoriza para que yo colecte, incluso entre los vasconcelistas, todo lo que sea necesario en Coahuila para el financiamiento de la elección de gobernador»...

En vista de lo dicho, y sabiendo que era desahogada la posición económica de mi amigo, no tuve inconveniente en aceptar y desde entonces consideré liquidada esa deuda. Cuando más tarde la ha esgrimido para difamarme, me he limitado a alzarme de hombros. Y me he dicho para mis adentros: «¡Así grites, está seguro de que no te he de pagar ese dinero mientras no pruebes que la elección de Coahuila te significó un desfalco y no un ingreso!»

Volví a ver a Vito, perdido entre el mar de cabezas que me recibió en Torreón; luego en Saltillo y, más tarde, en la junta que celebramos en el partido, en presencia del señor Góngora y otros, en que se convino que, de todos modos, proclamaríamos la rebelión después de las elecciones. En aquella ocasión, Vito razonó: «Las elecciones en Coahuila se verificarán dos semanas antes de la elección presidencial; me van a derrotar oficialmente, lo mismo que a usted. Entonces, en esas dos semanas, yo preparo el estado de Coahuila para que sea el primero que se lance a la rebelión, por causa de las dos violaciones electorales»...

«Esto está bien —pensé ingenuamente—. El general Vito Alessio no se va a dejar arrebatar la elección... Y luego dicen por allí las malas lenguas que no contamos sino con maestritas, estudiantes y mujeres... Ya verán la sorpresa que

dará en Coahuila el general Vito Alessio»…

Los dos campos

Con motivo de uno de mis regresos a la capital, o porque se publicó la *Metafísica*, no recuerdo exactamente la causa, pero es lo cierto que a un grupo de intelectuales le entró la idea de ofrecerme un banquete. Y circuló la invitación respectiva para recogerme adhesiones. Se contaba con buen recaudo de firmas cuando mi fiel amigo Coto me enteró del texto de la convocatoria. Se hacía constar en ella que el homenaje se rendiría al intelectual, no al político. Al instante me creí obligado a protestar, y como no deseaba herir a los que, aunque sea a medias, creyeron oportuno agasajarme, rogué a Coto se entrevistara con los principales y les pidiera retiraran la circular. «No puedo —expliqué a Coto— aceptar que se me tome con doble personalidad. En estos momentos soy político y no puedo, no debo asistir a lugar alguno público, ni siquiera privado, sin que se me acoja con mi carácter en la política nacional. No acepto homenajes ambiguos. Más aún —le dije—, ni la amistad quiero, de hoy en adelante, de los que no estén afiliados expresamente al partido, que en estos momentos representa el honor de la nacionalidad. Del otro lado no hay adversarios, no hay rivales. Contra nosotros están la mala fe y el delito. No es caso opinable, sino deber patriótico obvio, sumarse a nuestra campaña. Por eso —le refería a Coto— tengo hoy tanta estimación por personas como don Candor Guajardo, que figuraba en la directiva del Antirreeleccionista; no me quería, aún creo que había recibido de mí algún perjuicio,

cuando mi campaña contra el grupo protestante y carrancista (al principio de mi gestión educativa); y sin embargo, a pesar de que sus colegas del villarrealismo y de otros ismos se separaron del Antirreeleccionista. Candor Guajardo expresó: “No quiero a Vasconcelos, pero es mi deber apoyarlo.” Y se quedó con nosotros y nunca ni siquiera buscó la ocasión de venderme en alguna forma el sacrificio.» De su posición supe después.



Manifestación estudiantil en protesta contra las autoridades

La campaña política que se desarrollaba dividía al país en dos bandos irreconciliables: el de la camarilla obediente a Morrow, apoyada en una mayoría del ejército, y la masa honrada y patriota. No era serio eso de aceptar homenajes al intelectual con reservas para el político. Por lo demás, eso de los homenajes y la retórica del banquete siempre me ha disgustado.

Una nueva familia tenía en México, y así lo manifesté en una comida íntima que me ofrecieron los muchachos del Orientador: la familia que ellos constituían. Y vaya que entre

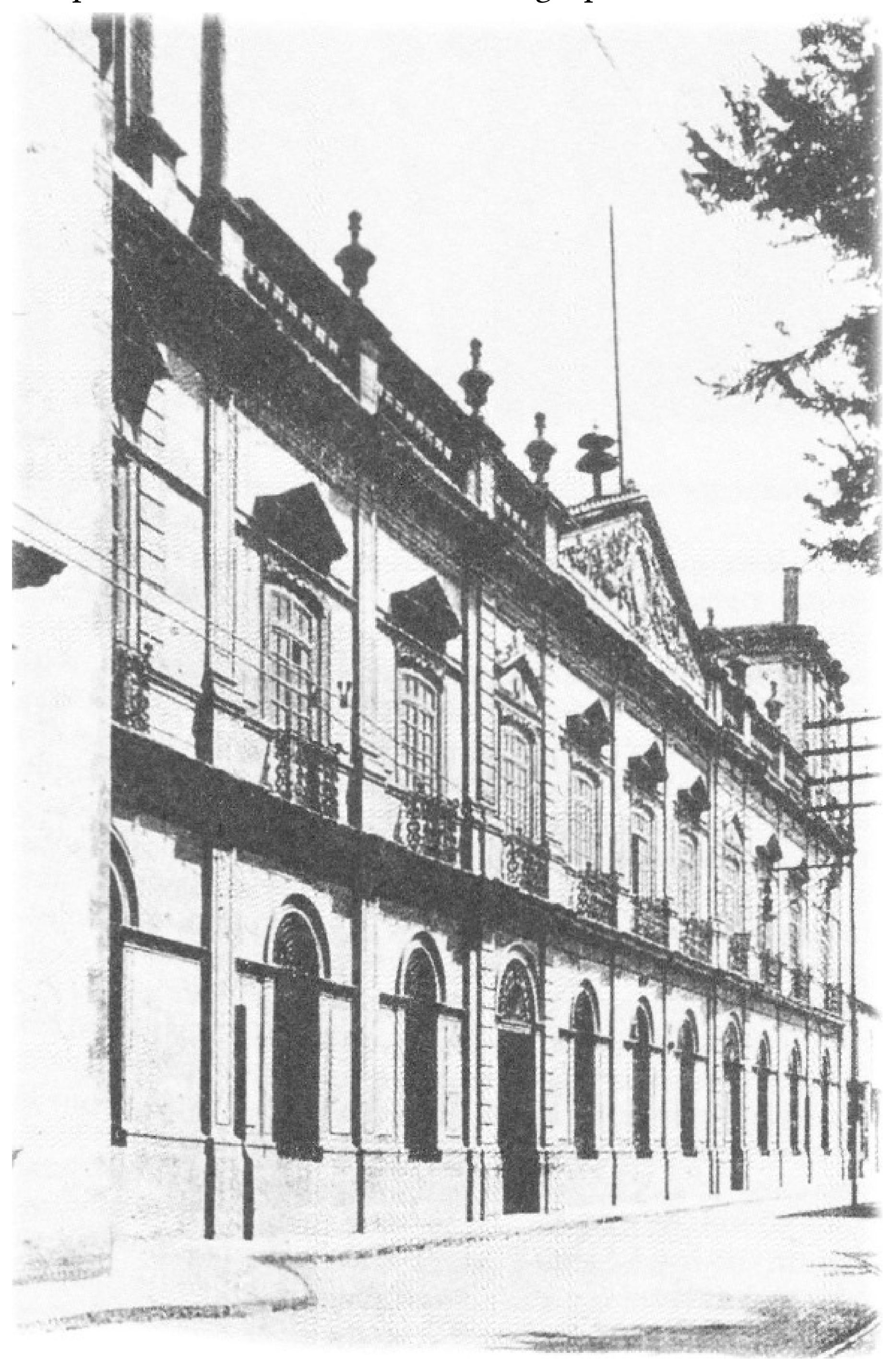
ellos la mayoría estaba en el caso de Azuela, en el caso del mismo Germán de Campo, que cuando el ministerio, desde sus sociedades estudiantiles me habían combatido. Y no sólo en México, fuera de México también, los amigos literarios, los simpatizadores y los colegas de todo género, tendrían que aceptarme en mi posición intransigente o renegar de mí para siempre.

Pronto iba a correr sangre inocente y esa sangre ahondaría el abismo que me separaba de todos aquellos que, en lo de adelante, quisieran distinguir entre el político y el intelectual, entre el candidato del pueblo mexicano y el Maestro de la Juventud, amable título que puse a un lado al entrar por Nogales en busca del apoyo campesino y del apoyo de todas las clases de la nación. «Se acabó el maestro, si es que existió —expresé a menudo—, y ahora no queda sino uno que se apoyará en salteadores de trenes, si así es necesario, para derribar a la pandilla que estrangula a la patria.»

Juventud generosa

Como es natural, en un movimiento creado por hombres libres, y dentro del cual el jefe no tiene otro poder que el de la adhesión desinteresada de los correligionarios (adhesión susceptible a las antipatías momentáneas y las divergencias, al mismo tiempo que a la simpatía), no todo era balsa de aceite dentro del Orientador. Al Antirreeleccionista pagaba una que otra visita de fórmula, pero en el Orientador despachaba a diario y convivía con sus miembros. Y como tuviesen la ambición loable de crecer, entre otras actividades idearon la de publicar una hoja periódica. Me oponía yo a esta iniciativa por temor de crearle competencia a las dos publicaciones independientes, *El Hombre Libre* y *El Omega*, que de modo tan desinteresado nos ayudaban. Sin embargo, no me atreví a prohibir, me conformé con rogar. La hoja salió y tuvo éxito escaso. Éste y algún otro incidente de menor importancia me llevó a escribir en mi colaboración de *El Universal* un artículo en que tomaba como tema el juego escolar norteamericano: *Follow the leader*, juego que es simbólico de la disciplina necesaria a la democracia y que consiste en obrar libremente cuando se trata de elegir un jefe, pero en seguida compromete a obedecer al jefe por toda la ruta y sus tropiezos, mientras no se tome el acuerdo de destituirlo. A los pocos días de publicado el artículo, Medellín, que era el capitán del Orientador, me dijo, sonriendo: «Ya nos enteramos de la leccioncita; nos damos por notificados, no tenga cuidado.» Sonreí yo también,

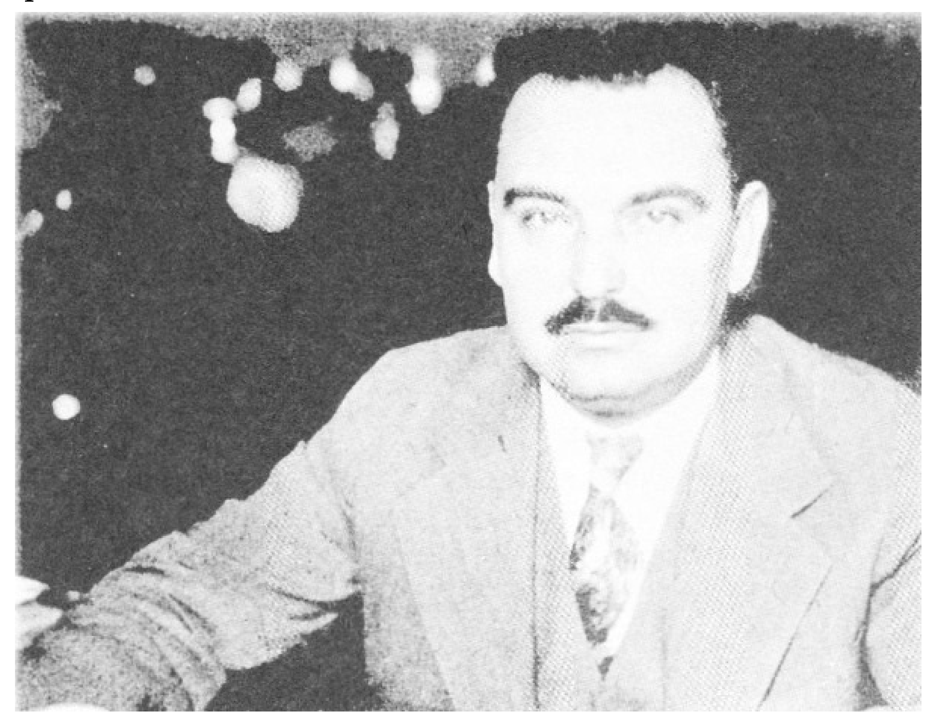
complacido, de la nobleza de todo el grupo.



Cierta noche se me presentaron en pleno. Con dificultad los acomodé en la sala estrecha de mi departamento del Princess. Iban a hacerme cargos, a exigirme tal y cual cosa. «Bueno —les dije—, vayan uno por uno acusando, me constituyo en reo de gran jurado.» Los líos de la hojita suelta motivaban casi todas las quejas, y que yo no los respaldaba debidamente. «No me hagan cargos genéricos —pedí—, precísenme circunstancias, hechos.» Al cabo de una hora de pláticas se retiraron todos, creo que convencidos por lo menos del afecto que a cada uno tenía y estimación de sus virtudes. Con lo que llamaremos el subgrupo de Germán de Campo, de modo especial mantuve relaciones de cariño. En un café de chinos, que ellos frecuentaban, estuve a menudo como huésped para la taza de chocolate con buen pan. Eran todos muchachos sobrios, inteligentes, laboriosos; cada uno era sostén de familia. Todos habían tenido la oportunidad de sumarse al gobierno en cargos bien pagados, y allí estaban, dichosos como colegiales y útiles como patriotas. Cada vez que vuelvo a leer la queja de los tiranos, que no hay hombres honrados de que echar mano, me acuerdo del grupo juvenil del Orientador, me acuerdo de tantos otros equipos similares del país y me duele la suerte de la patria. Pues existe en el país buena madera, conciencias limpias y altas, y lo que nos trae la maldición es el hecho prolongado, a través de nuestra historia, de que constantemente los honrados, los competentes y los patriotas se miran desplazados, aplastados por los bribones, los ineptos y los traidores.

Preparación por el sur

No permanecí semana entera en la capital. Constantemente alternábamos los trabajos de la metrópoli con excursiones de propaganda electoral por los sitios más poblados y de acceso fácil. En los párrafos que siguen, debidos a la pluma de Herminio Ahumada, que fungía como mi secretario, se verá el estado de los ánimos por los lugares que allí mismo se mencionan.



Aarón Sáenz: «Primero nos metieron a un señor Sáenz; ahora nos quieren meter a ese viejo de Ortiz-Rubio»…

IGUALA DE LA INDEPENDENCIA

Digna de su nombre al recibir a Vasconcelos

Artículo-crónica de Herminio Ahumada, publicado en la época en uno de los periódicos vasconcelistas.

Les digo que esto se va a poner bueno. Amigos y enemigos están entusiasmados con la venida del licenciado. Ya verán ustedes lo que es Iguala. Ya nadie está con la imposición. El otro día fui a Cocula, un pueblo de agraristas próximo. Empecé a repartir la propaganda que me dejaron ustedes. Cuando se dieron cuenta de que era de Vasconcelos, sonrieron con simpatía y comenzaron a rodearme: «Que si venía Vasconcelos, querían conocerlo... Ya estamos cansados de que nos digan: "Ése es el candidato." Ya no queremos imposición. Primero nos metieron a un señor Sáenz; ahora nos quieren meter a ese viejo de Ortiz Rubio; dicen que no sirve para nada»... Y así como ésos de Cocula están los agraristas de los demás pueblos de por aquí.

En Iguala ni se diga. Ayer andaba repartiendo los volantes. Uno de los jefes agraristas, que fue regidor el año pasado, me dijo: «¿Ora qué trais, Chaconcito?» Y le contesté: «Píldoras de vida para la salud de la patria, es decir, propaganda vasconcelista.» Le di el volante, se enteró y se entusiasmó. Luego, dirigiéndose a un grupo de los suyos, exclama: «Vasconcelos. ¿No les dije que venía, muchachos? Ése es el bueno»...

Los empleados del rastro, cuando los fui a invitar para el recibimiento de Vasconcelos, me dijeron: «Sí vamos y por nuestra voluntad, no como cuando fuimos a la Convención de Chilpancingo, obligados, y la verdad, porque nos dieron... usted sabe, la necesidad; pero no es Ortiz Rubio nuestro candidato... A la hora de la hora, ya verán»...



Palacio Nacional de México

Y siguen, por el estilo, los relatos sencillos y pintorescos de Genaro Chacón,

hombre humilde que vive de un puestecito de cháccharas, según él mismo dice, en el mercado de Iguala y que espontáneamente se ha convertido en propagandista de Vasconcelos. Él y su familia desarrollan la propaganda, y de su peculio pagan volantes, adornan fachadas.

Para el domingo 21, a las cuatro de la tarde, hora de la llegada del candidato, toda Iguala está engalanada. Hombres, mujeres y niños, el pueblo en masa, acude a la estación y entre ruidos y cohetes, música y vítores, desciende Vasconcelos del vagón del ferrocarril.

El profesor Rafael Gamma, miembro fundador de la Unión Suriana de Obreros y Campesinos, dio la bienvenida al candidato en nombre de su organización. Luego, el desfile alcanza proporciones de avalancha. Con dificultad nos abrimos paso para avanzar hasta el centro. A medio camino, el señor Arturo de Martini, a nombre del Partido Liberal Guerrerense, dice: «Este pueblo, que heredara la libertad de los Guerrero y de los Bravo, no es servil, no es vendido. (*La multitud lo interrumpe*: "Nunca lo será"...) Por eso, señor Vasconcelos, Iguala no está con la imposición..., este pueblo libre está con usted... Entre toda esta gente del Sur, en los actuales momentos, libre quiere decir: vasconcelista»...

Concluida una atronadora ovación, seguimos con la multitud hacia el jardín Juárez. Todos se atropellan para ganar sitio... Desde el kiosco habló el señor licenciado Bruno Rosas; presenta al candidato; asegura a los agraristas que el candidato no sólo respetará sus tierras, sino que las titulará a su favor; creará la pequeña propiedad, que asegura la subsistencia del campesino; también lo libertará de los falsos líderes y de la tiranía del gobierno mismo, constituido en gran propietario... Uno de los acompañantes del candidato invita al pueblo a formar, allí mismo, un club electoral, y en medio de entusiasmo delirante se levantan las actas, se recogen millares de firmas para el club, que se denomina, allí mismo, Partido Nicolás Bravo. Para jefe se elige, por plebiscito, al señor Jesús Rueda, conocido y prestigiado luchador, que será honra del vasconcelismo en el estado de Guerrero.

En las estaciones de todo el trayecto, desde que se pisó tierra guerrerense, la gente acudía para aclamarnos. Notable fue, entre todas, la recepción que se nos hizo en Buena Vista. A la llegada del tren nos sorprendieron los cohetes, las aclamaciones.

Al despedirnos fue a la estación de Iguala todo el pueblo. Entre los amigos figuraba el ameritado general Figueroa, que rompió con Obregón por causa de la imposición callista y que había puesto toda su influencia, que en Iguala era todavía considerable, para el lucimiento de la acogida que se nos dispensó.



Vasconcelos, nombrado candidato, con sus seguidores

MATAMOROS IZÚCAR Y TEHUACÁN

Demuestran que el Sur, lo mismo que el Norte, está con Vasconcelos

Crónica de Herminio Ahumada.

Hemos vuelto a vivir días como aquellos inolvidables en que Sonora, Sinaloa y Nayarit se levantaron en un solo grito a favor del candidato Vasconcelos. Matamoros Izúcar y Tehuacán, del estado de Puebla, quedaron grabados en

nuestra mente como una evidencia de que no es una ilusión, una loca esperanza, que un hombre como Vasconcelos llegue a constituirse en salvador de la patria. Lunes 17 de julio será fecha inolvidable para el pueblo de Matamoros Izúcar. ¡Qué espectáculo alentador presentaba la estación del ferrocarril! Bullir de sombreros de petate y blancas indumentarias; conglomerado vibrante de gritos, cohetes y vítores: «Abajo la imposición. Viva Vasconcelos» (que se limpien los ojos los contrarios). Dos bandas se turnan. El himno vasconcelista, que ha corrido ya por toda la República, difunde sus alegres sones. Luego, tras un instante de silencio en que se produce una suerte de espasmo colectivo, estalla en el viento el Himno Nacional. Llueve confeti, que ciega los ojos, pone colores vivos en el aire. Las flores, las serpentinas, cruzan por sobre nuestras cabezas. Todas las casas están engalanadas, de las aceras se desprenden grupos que interrumpen la marcha para saludar, abrazar al candidato. Un arco triunfal, enflorado, levanta un saludo: «Al Ilustre Maestro»... Abajo, en el círculo rojo, la condenación de los gobiernistas: «No Imposición.» A lo largo de la calle principal hay arbolitos que, ¡oh milagro!, se hallan cargados de frutos. Luego nos explican que los campesinos, con gran cuidado, los han trasplantado, los han traído a la fiesta; luego los reintegrarán a sus huertos.

Desde un balcón que domina la plaza del mercado, ancha explanada que desborda gentío, el señor Heriberto Vázquez, del Partido Antirreeleccionista local, exclama: «Pueblo de Matamoros, tú que has visto desfilar la tragedia de la patria y que has permanecido indiferente al llamado de los falsos revolucionarios, te reúnes ahora para vitorear a José Vasconcelos, que es el símbolo de los ideales de la nación»...

En seguida, el líder Alberto Iglesias da la bienvenida a nombre de los trabajadores de la comarca.

Llega el momento en que hablará el candidato. No puede hacerlo porque duran varios minutos los aplausos, las aclamaciones. Por sobre las cabezas tremolan los estandartes, los carteles con leyendas que expresan el sentir en las municipalidades próximas. Se hace, por fin, el silencio, y el candidato, con palabra llena, emotiva, expresa: «Esta manifestación de un pueblo del Sur de la República me estimula profundamente, porque tengo también sangre suriana. Se decía que la democracia sólo actuaba en el Norte; aquí estáis vosotros para demostrar que también el Sur ama la libertad. Paso la mirada sobre incontables cabezas de campesinos indígenas y pienso que estáis desmintiendo a los neorrevolucionarios latifundistas, que aseguran contar con la masa indígena, acaso porque la siguen explotando como siempre. Quiero que cada uno de los hombres de sombrero de petate que me escucha vaya por los pueblos y los campos a decir que, así como ayer en la escuela puse atención al indio, mañana también, si me prestáis el debido apoyo, haré que los bancos refaccionen al pequeño cultivador, en vez de que los préstamos en grande se vayan, como hoy, a fomentar los latifundios de los hombres del poder... Pero antes os pido que respondáis: ¿Estáis con los farsantes de la revolución o estáis con nosotros, que pretendemos librar a la patria de sus verdugos?» (*Voces innúmeras contestan*: «Estamos con usted, señor

Vasconcelos...»)

Y prosigue el candidato: «El campesino debe ser nuestro aliado; si no estuviera con nosotros, abandonaría yo la lucha. Pero yo sé que esta pobre raza nuestra todavía ha de dar sorpresas al mundo»... Después de algunos otros conceptos, el candidato termina: «Hagamos que estos árboles, que ayer se plantaron en broma por la avenida, para celebrar esta fiesta de la esperanza, sean el símbolo de los frutos definitivos que mañana nos dará la libertad.»

Lentamente se disolvieron los manifestantes, camino de sus aldeas muchos de ellos; de regreso a sus hogares, otros. Y los de las comisiones, con el candidato, fuimos llevados a la casa del señor Luis Aparicio, que sirvió una comida de homenaje de más de cien cubiertos. Numerosas señoritas que habían tomado parte en el desfile nos acompañaron al convite. Los generales maderistas Gaspar Cantú y Rafael Mendoza honraron la comida con su presencia. Y en discursos vibrantes se proclamó la unión de los veteranos de 1910 con las juventudes del vasconcelismo.

Terminada la comida, el candidato quiso dar las gracias a los principales del pueblo que habían contribuido a la recepción, y al efecto recorrió los puestos del mercado, deteniéndose a conversar con los propietarios. «Aquí hasta los perros son vasconcelistas», exclamaban en los grupos que nos siguieron hasta la estación. Y todavía allí, a instancias del público, se dijeron más discursos, se improvisó otro mitin.

Inglaterra también aconseja

Mi distinguida amiga Arcelia Villaseñor se hallaba activa. Su hermana mayor, Nachita, se había casado con José María Lozano, el brillante compañero de escuela que un error de juventud llevó al campo llamado reaccionario, primero con los porfiristas y, más tarde, y eso fue lo malo, con los de Victoriano Huerta. Envejeció prematuramente el buen amigo que siempre fue Lozano, pero su talento se hizo más grande. Su generosidad había vuelto a acercarnos. Se hallaba arruinado después de derrochar una fortuna y todavía se daba el lujo de mandar obsequiar los cien pesos al Comité vasconcelista cada vez que a su bufete de abogado llegaba algún dinero. Y en su casa recibía opíparamente. En ese hogar reanudé amistades con su cuñada Arcelia, que me avisó:

—Quiero presentarlo con un corresponsal del *Times* de Londres...

—¿Para qué perdemos el tiempo, Arcelia?... Nada bueno puede venirnos de esas gentes.

—No diga eso, mire que mi amigo es un caballero; además, le interesará lo que tiene que decirle; no debe usted cerrarse a la opinión ajena... Por fin, acepté.

Era un oscurecer, y en su salita elegante, Arcelia, de mantón de Manila, ojos negros, pálida y de cabellos muy oscuros, era buen ejemplar de la Carmen criolla. Y creo que el inglés, joven todavía y muy bien parecido, no era

indiferente a aquel encanto. Muy inteligente el inglés, y atractivo por ese aire de franqueza absoluta que suelen tomar los anglosajones, me manifestó, sin preámbulos, que mi campaña le parecía heroica, pero condenada al fracaso.

—No le contarán siquiera los votos —decía—, falsificarán la elección.

—Eso ya lo sabemos —repuse—, pero en todo país en que no se cuentan los votos funciona como válvula de escape el derecho a la rebelión, el hábito de las revoluciones. Las revoluciones son santas cuando tienen por objeto derrocar un mandato ilegítimo.

—No llegará usted a hacer la revolución —replicó—, porque el gobierno es fuerte militarmente y cuenta, además, con el apoyo decidido de Estados Unidos; cuenta también con el apoyo inglés... Eso es lo que quería decirle con entera franqueza y porque simpatizo con su posición y no quiero verla echada a perder. Usted debería resignarse de antemano a perder y preparar el futuro...



La lechera de Burdeos, óleo de Francisco Goya: «Arcelia, de mantón de Manila, ojos negros, pálida y de cabellos muy oscuros, era buen ejemplar de la Carmen criolla»

—Si ahora no triunfamos —contesté—, mañana menos. La

imposición consentida sentará jurisprudencia. Matará la esperanza misma de la nación…

Entonces el inglés, con frase conmovida, que resultó profética, expuso:

—Será el día más triste de su vida aquel en que delante de usted le fusilen a treinta o cuarenta de los suyos, víctimas inútiles de un movimiento sin posibilidades de triunfo…

Confieso que me dejó callado. Luego ofreció su periódico, el *Times.*

—Queremos hacerle justicia a México, ¿qué quiere usted que diga de parte suya?

—Diga la verdad de lo que ha visto —repuse—, lo que le diga Arcelia, lo que le diga el primero con quien hable en la calle. Todo el mundo le confirmará que represento a un pueblo entero en contra de la dominación de un canalla. Usted ha visto las caras de esas gentes: esos presidentes, esos ministros, esos generales; con eso basta. ¿Es rostro humano el que portan? ¿Acaso no están marcados?

Semanas después, Arcelia me dijo que, en efecto, su amigo había escrito en el *Times* un artículo justiciero.

—Ande, Arcelia —bromeaba yo—, parecía usted una Malinche moderna, tomando partido con el extranjero.

Tal vez no era así, pero me irritaba todo el que me hablaba de ceder. Horror de la sangre yo también lo tenía, pero me daba horror la sangre inocente que seguía y seguiría corriendo sin ser vengada. Al país le hacía falta que corriera sangre de verdugos. Un pacifismo incondicional no conduce a la libertad, sino a la abyección. El político no es el santo. El político no tiene derecho de prescindir de los medios con que cuenta el proceso social para su mejoramiento, su desenvolvimiento. La guerra es un maldito recurso que a veces puede ser convertido en beneficio de las gentes. El

mismo credo cristiano ha tenido que reconocer la justicia de ciertas guerras, como cuando se trata de defender un modo de vida, una civilización contra una barbarie; el cristianismo contra el musulmanismo, por ejemplo. Guerras santas siempre habrá motivo para librarlas. Y México necesitaba librarse de un ejército desleal a su destino. Hacía falta destruir el ejército, lo mismo que cuando Madero, lo mismo que cuando Victoriano Huerta, lo mismo que siempre en nuestra historia de condenados…

Pero, ¿qué sería de México el día que ya no hubiera el aseo periódico de la acción armada? Caeríamos en la política de serrallo, o sea el cuartelazo y la intriga, que deja caer el mando en quien traiciona a su jefe. Entraríamos así a regímenes de terror y de hipocresía, en que los mismos hombres, sucesivamente, cambiarían la careta, declarándose anticallistas los callistas de ayer, pero vigente el programa inepto, destructor…

La pesadilla de la conversación con el inglés me persiguió muchos días. Una fila de treinta o cuarenta de mis nobles amigos y correligionarios, de pie frente al paredón, pálidos del rostro, pero todavía arrogante el ademán. Muriendo todos ellos por un pueblo imbécil que no se quería dar cuenta de su sacrificio, que se apresuraría a aplaudir a los victimadores con pretexto de los desfiles de la fiesta nacional…

A los pocos días, y no sé si también por mediación de Arcelia, que frecuentaba los medios diplomáticos, recibí una invitación para cenar en la embajada inglesa. El embajador, fino y prudente, no habló sino de generalidades, pero su *attaché* militar, joven campechano y hablantín, echó hasta por los codos. Él había estado en la reciente campaña del Norte, al lado del general Calles. No habría ya ocasión de

hacer otra revuelta porque el pueblo estaba cansado, desilusionado con el fracaso del sector militar de la oposición. Ahora el gobierno contaba con un ejército numeroso y fuertemente unido. Además, con el apoyo decidido, vigoroso, no sólo de Estados Unidos, también de Inglaterra… En suma, quedé notificado de que estaban en contra mía las potencias extranjeras, únicas que dominan México: Inglaterra, que nos hizo la independencia; Estados Unidos, que han usufructuado esa independencia…

El panorama exterior

Si sólo se hubiese tratado de vanidad personal, tenía de qué estar satisfecho. A mi rival político nadie lo conocía siquiera y peor era cuando lo conocían. En cambio, buenos amigos desinteresados, hispanoamericanos en su mayoría, como Deambrosis Martins, el uruguayo, y Morillo, el dominicano; Arroyo, el ecuatoriano, y argentinos del tipo de Alfredo Palacios, habían logrado mantener mi nombre en las columnas de las mejores revistas, aprovechando siempre la gran difusión que, torcidas y todo, daba a sus informaciones la Prensa Asociada, la United Press, etc. Y eso que todas estas agencias eran enemigas; cada uno de sus corresponsales sometía sus notas a la previa censura de la embajada *yankee*. Las mejores revistas liberales, órganos como el *Repertorio* de García Monge, en Costa Rica, etc., etc., hablaban con calor del caso, útil para la América hispánica, de un intelectual que se ponía al frente de un movimiento político de trascendencia. Sin duda, lo que más disgustaba en ciertos medios del panamericanismo *yankee* era la idea exacta que se tenía del gran movimiento hispánico a que daría lugar mi elección en todo el continente. De allí que la prensa norteamericana se mostrara fría.



Ezequiel Padilla, secretario de Educación Pública durante el gobierno de Emilio Portes Gil.

La noticia de atentados como el de Guadalajara y los que vinieron después daba lugar a protestas de intelectuales, con firmas tan notables como la de Romain Rolland. En París, los de la Asociación de Estudiantes Latinoamericanos se movían en mi favor, dirigidos por los venezolanos, que sabían de sobra que mi ascenso al poder significaba una expedición importante contra la tiranía venezolana. En Colombia y Perú, y aun en la remota Argentina, mis amigos estudiantes, todavía no envenenados por la propaganda que después se hizo en mi contra, saludaban nuestro movimiento mexicano como el comienzo de una era nueva para todo el continente.

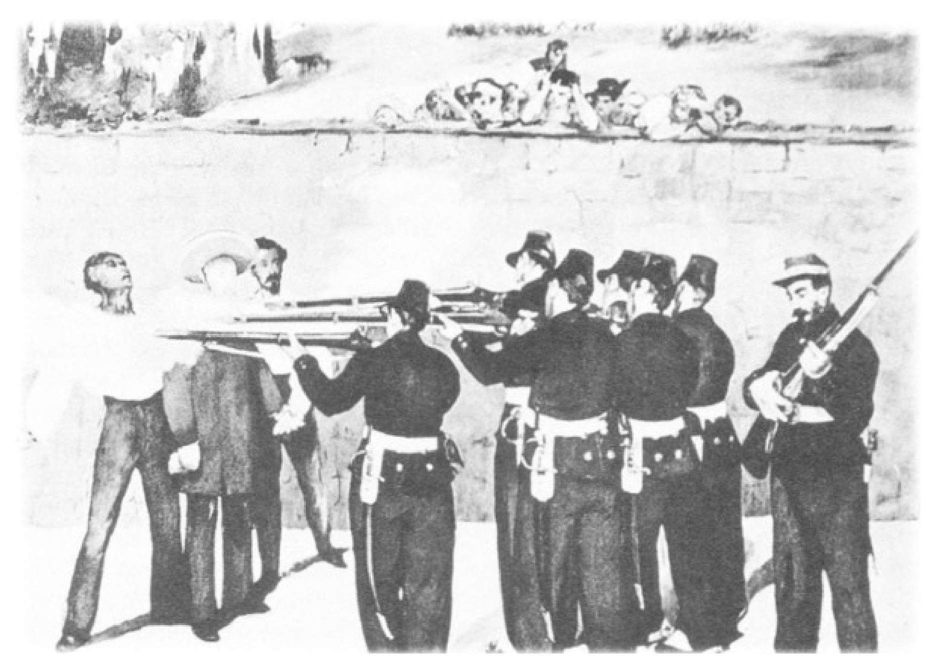
Por el Sur, a nadie le parecía absurda una repetición del caso de Sarmiento, que del ministerio de Educación pasó a la presidencia. Únicamente en Estados Unidos y en los medios poinsettistas de nuestro país se sostenía la tesis injuriosa de que México necesitaba de amo un soldadón ignorante, un sin escrúpulos para el asesinato. La mano de hierro que corresponde al régimen de factoría.

Esta general aceptación exterior de mi candidatura presidencial preocupaba a los del gobierno que, abundantes en recursos de todo género, empezaron a mover el poinsettismo de España. Los principales izquierdistas de la península, comprometidos con Calles por favores especiales, guardaron en su mayoría silencio prudente, elogiaron otras veces a los «agrarios», como les llamaba el señor De los Ríos, testigo conmovido de «los asesinatos callistas» y, sin embargo, muy disciplinado en el elogio de la revolución mexicana, que era para ellos el grupo de huertistas que Calles había encumbrado… los Portes Gil, los Padilla, los Puig Casauranc y la tropa ambiciosa que se había tornado pretoriana, igual que la de Victoriano Huerta. Y hubo uno en

España que me dio la clave. Hombre tan independiente como Blanco Fombona escribió un artículo reconociendo mi popularidad, pero lamentando que yo estuviese «en manos del clero»… Por allí le dolía al izquierdismo y no por la cuestión agraria, que yo abordaba en forma más concisa, justa y radical que los neohacendados de la revolución. Pero había yo cometido el sacrilegio de querer poner término a la guerra religiosa en el país. Había prometido una política de cultos como la de Estados Unidos y eso no les bastaba a los de Poinsett y la reforma judeo-luterana. No quieren ellos la paz, sino la destrucción de la idea cristiana en todo el orbe. Mejor que la misma Iglesia mexicana, que no quiso darme apoyo firme, comprendían los izquierdistas la trascendencia de una reforma que en México se limitase a poner las cosas en posición racional y humana, por lo mismo, patriótica. El compromiso del lenguaje común, la cultura idéntica, nada importa a los obcecados, fanáticos, jacobinos del ateísmo seudocientífico. De la idea de raza se burlaban ya los judeo-izquierdistas de España, muy a gusto con su monopolio de las cátedras de español de las universidades *yankees* y, en secreto, dispuestos a llevar el juego de Poinsett a la metrópoli misma, al Madrid de Felipe II, según lo demostraron, años más tarde, en su aventura de la República… Bien me daba yo cuenta de que estaba removiendo una cuestión que provocaba repercusiones en dos continentes. Y era episodio de la lucha secular de sajones y latinos, trasplantada a la América que es patrimonio de ambos. Lucha en que los sajones nos han impuesto su credo con la complicidad de grandes sectores equivocados de nuestra misma gente, que se puso a negar la raza, la lengua, la religión, en la misma época en que los sajones consolidaban su raza, propagaban sus religiones reformadas, imponían por todo el planeta su lengua…

Cultura y decadencia

En el interior del país, el antigobiernismo es profundo desde que mandan los ex mayordomos de hacienda convertidos en generales. Una población culta vive allí, venida a menos a partir de la independencia. Palacios en ruinas, habitados por bárbaros que habrían sido incapaces de construirlos, es el panorama de cada ciudad; los bárbaros se renuevan con cada cambio de régimen, pero abajo, la plebe se empobrece y degrada. En medio, una clase media llena de ambiciones insatisfechas, leída, pero ayuna de técnica, incapaz de ganarse la vida, se conforma con la disputa de los puestos burocráticos ínfimos. Se odia en estos medios al caudillo militar, pero se le rinde pleitesía. Como en una Capua se solazaban por allí Obregón y Calles. Un cacicazgo desvergonzado aterrorizaba a Querétaro, tanto casi como a San Luis. Fue necesario que Abraham Arellano removiera a los maestros, resucitara viejas amistades y simpatías, pusiera ejemplos de audacia, para que la población urbana, sacudiendo recelos, acudiera a la estación. El director del antirreeleccionismo local, un abogado patriota y ameritado, se esforzó también por el lucimiento de la demostración, y mal que bien se juntó gente para el ritual desfile, de la estación a pie hasta el centro; luego, discursos en un balcón, aplausos, enhorabuenas. En seguida, los patriotas perseguidos que dan cuenta de las amenazas, los atropellos de que se hace víctima a los correligionarios.



Fusilamiento de Maximiliano, óleo de Manet: «Ejercen de guías para el viajero del Norte, que se solaza contemplando el sitio de los fusilamientos de Maximiliano, Miramón y Mejía»…

Triste ambiente el de Querétaro, la bella ciudad maldita, donde cambiamos el falso poderío de un imperio mexicano por la república poinsettista restaurada con rifles, cañones y oficialidad del *yankee*. Es luminoso el aire, pero tiene suspendido un peso de memorias turbias. Se anhela el soplo de un huracán purificador. Los hermosos palacios, las lindas iglesias, que fueran la flor de una cultura, están hoy convertidos en número de programa turístico. Y los habitantes, empobrecidos de cuerpo y de alma, tienen algo del gesto del *lazzarone* napolitano de antes del fascismo. Ejercen de guías para el viajero del Norte, que se solaza contemplando el sitio de los fusilamientos de Maximiliano, Miramón y Mejía, uno de los episodios de su expansión por el continente que en una época fuera español. Le quedaba todavía a la ciudad la injuria de la visita de los doscientos delegados que declararon candidato a Ortiz Rubio. Digno

heredero, el protegido de Morrow, de los que allí mismo mataron mexicanos con las armas que obsequiaba Seward. Acaso pensando con benevolencia se puede excusar a los que con Juárez aceptaron la ayuda anglosajona para echar fuera un imperio que, aunque latino, representaba una invasión extranjera. Pero lo que no se puede perdonar es que lo que pudo ser ocasional ayuda para salvar una etapa histórica confusa se haya convertido en jurisprudencia que otorga al *yankee* la decisión en todos nuestros conflictos internos.

A fin de no repetir visitas, y también porque ya en León el machete del militar, la felonía del polizonte, habían disuelto nuestra directiva, caminamos de noche y amanecimos en Aguascalientes. Allí el sentir público pudo expresarse y lo hizo en forma manifiesta, porque el gobernador local era un servil, pero también un inútil, y principalmente porque estaba de jefe de armas de la zona un hombre de honor: el general Pineda, mi viejo amigo de la campaña de Oaxaca.

El buen soldado, que riñó con Obregón a causa de la imposición oaxaqueña y le dijo: «Se me figura que usted se opone a Vasconcelos gobernador, porque lo teme como candidato presidencial»..., me había mandado decir: «Si me convenzo de que el ejército va a ser empleado otra vez para defraudar el voto, pediré mi baja, me dedicaré a la vida privada en el istmo.» Sus amigos y parientes del istmo se habían hecho presentes, habían organizado clubes. Juchitán estaba de pie, como en los días de la campaña para gobernador. Con la diferencia de que ya no contábamos con las dos facciones del pueblo. La facción del general Charis ya no era nuestra, no era tampoco de Ortiz Rubio. Con misterio declararon los de Charis que no era el momento de actuar, que aún no aparecía el verdadero candidato... el verdadero candidato de los de Charis era... el Ministro de Guerra,

Amaro, pero en la sombra.

Toda la mañana tocaron las músicas en la plaza principal de Aguascalientes y se sucedieron los discursos. Los mismos empleados de la casa de gobierno, situada enfrente de nuestro hotel, asomaban por las vidrieras de sus balcones a curiosear. Se resistían a creer lo que veían. Que un sujeto, acompañado de media docena de oradores, sin dinero, sin escoltas, era capaz de reunir multitudes, allí donde se presentaba, en tanto que ellos, los desventurados, tenían que echar mano de la peonada esclava de las haciendas para poder simular la popularidad de sus mandones ignaros, mudos por estupidez, hoscos por remordimiento, recelosos de tanto delito impune…

En Aguascalientes me llegó la mala noticia del cambio de frente de *El Universal*. Me herían económicamente los enemigos, pero allí estaba el pueblo mexicano, grité, y en él ponía toda mi confianza. Y no daríamos tregua a la lucha, aun cuando se suprimiesen todos los periódicos, aun cuando toda la prensa se volviese contra nosotros; para eso íbamos de pueblo en pueblo, para informar a cada ciudadano y pedirle la colaboración en la obra de salvamento público. Estaba el país en manos de asesinos y traidores. Y todo el mundo lo sabía. Y sólo hacía falta saber si el pueblo iba a seguir tolerando.

Y como siempre, gritos y aplausos, asomos de organización, promesa electoral, pero muy pocas esperanzas de movimiento armado justiciero. Perduraban por el estado algunas partidas rebeldes y con todas ellas logramos comunicarnos. Y en justicia y homenaje debo decir que el jefe Velasco, después de las elecciones, izó nuestra bandera, por larga temporada, en todas sus correrías rebeldes por la comarca.

Esto basta para justificar el alto que hicimos en Aguascalientes.

A mediodía, después del mitin, un joven oficial de la guarnición pidió entrevista. Lo recibí en seguida. Era sobrino del general Pineda y me invitaba a visitar a su jefe por la noche, en su campamento. Le dije que no era otro mi deseo. Y quedó convenido que me recogería a las diez de la noche en un auto que se cruzaría con el mío en esquina determinada de la ciudad.

A las diez subí, solo, al auto del oficial, que empezó a dar vueltas por calles retiradas del centro; estaba convenido que la entrevista sería secreta para evitar murmuraciones. Por lo mismo, no me llamó la atención una maniobra que tenía por objeto despistar al que pudiera habernos seguido. Pero el oficial, de pronto, me dijo:

—Usted es muy confiado, ¿verdad?

—¿Por qué dice eso? —inquirí.

—Pues figúrese usted; apenas esta mañana habló usted conmigo, y bien podía tratarse de una celada y ni siquiera pregunta usted a dónde lo llevo.

—¡Ah! —respondí con presunción burlona—: es que yo trasparentó a los que me hablan.

Era, en verdad, un buen muchacho.

El general habitaba una modesta casita dentro de la zona militar, a un lado de cuartel. Presentaron los guardias las armas y pronto estreché entre los brazos a mi antiguo amigo, de rostro moreno y noble mirada, inteligente. A su lado, su esposa, una profesora distinguida, nos hizo sentar; nos obsequió una copa de jerez. No hallé nada optimista a mi mejor amigo del ejército. Me manifestó que estaba resuelto a pedir su baja porque se les exigía apoyar a Ortiz Rubio. Él había confesado a la superioridad que era

vasconcelista y antes de que lo separaran pediría licencia indefinida. Pero, de todos modos, en Juchitán estaría pendiente de la situación. Por allá le quedaban amigos personales.

—¿Supongo que está usted decidido a pelear? —preguntó, y respondí:

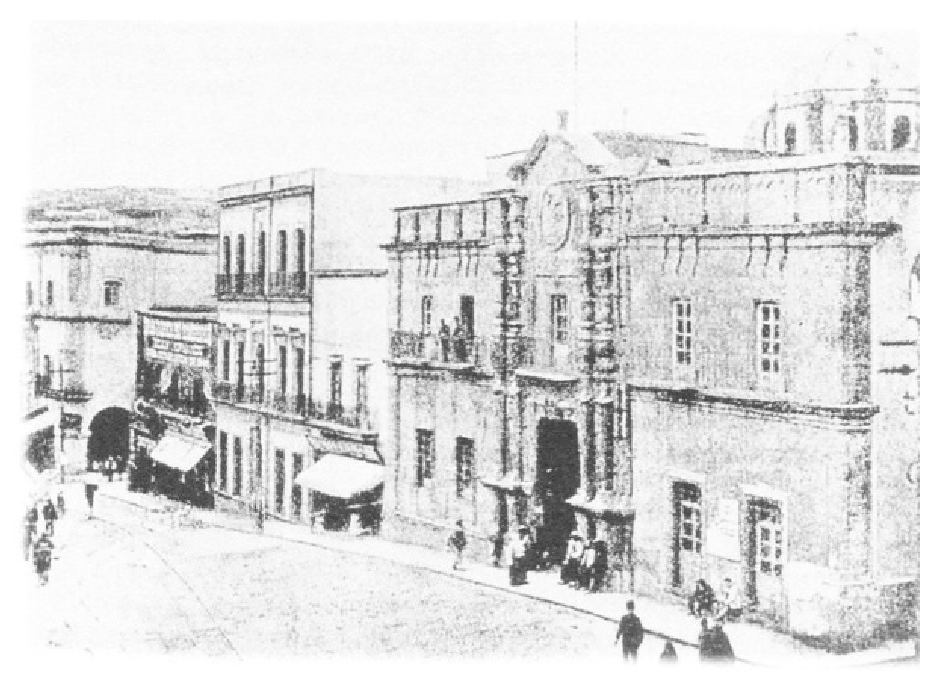
—Eso ando diciendo en todos los tonos, pero, por supuesto, ya usted lo sabe, eso no depende de un hombre, mucho menos del jefe de un movimiento… Al terminarse la campaña política me proclamaré presidente electo. Después de eso, toca a mis partidarios darme a respetar. Si me toman preso, procuraré escapar a fin de no constituir rehenes que impidan que la rebelión estalle. Si encuentro un grupo armado que en seguida me ampare, a él me acogeré. Si no lo hallo, me largaré al extranjero, como Madero, en tanto que puedo entrar a unirme con los que hagan la guerra al gobierno…

A los dos meses pasó por México, ya licenciado, el general Pineda. Volví a verlo en su casa, a medianoche. Confirmamos el compromiso ya indicado. En vísperas de la elección, se ratificó a todos los partidarios el aviso de que no había lugar a esperar aviso. Al día siguiente de la elección me proclamaría presidente electo. No habría prensa que diera publicidad a esa proclama, pero podían contar con ella.

¿Por qué no hubo levantamiento? Esta pregunta no la hago limitadamente al caso del general Pineda, sino a toda la nación. En todo caso, el general Pineda demostró sus convicciones pidiendo su baja del ejército.

Zacatecas

No quedan en la ciudad semidesierta y ruinosa sino mendigos, policías y militares, más uno que otro comerciante en pequeño, flaco de tanta exacción a su negocio, tanta vejación en su alma. En consecuencia, no se había podido organizar allí un club vasconcelista. Por eso nos apeamos, para ver si nuestra visita despertaba siquiera un centenar de dormidos. Y aunque había en la plaza más soldados que habitantes, acudieron a la estación unas doscientas personas. Por indicación de amigos ahí avecindados, que habían empezado algunos trabajos de propaganda, en la misma estación hablamos a los que se reunieron y los citamos para celebrar un mitin en el centro, una hora después. Y como no había público para una gran manifestación al aire libre, se tuvo la idea de ocupar el Teatro Calderón, que es del municipio.



La ciudad de Zacatecas, litografía de principios de siglo.

Lo tomamos, no sé si por sorpresa o con permiso de alguien. Se llenó a medias la sala, pero apenas iniciados los discursos comprendimos que, si eran pocos nuestros amigos de Zacatecas, en cambio valían por muchos a causa de su decisión. De la asamblea nació un club de valientes. Lo eran, puesto que tenían que habérselas con uno de los jefes de armas más salvajes. Si mal no recuerdo, a Carpy y Chano Urueta, que se adelantaron para preparar mi recepción, los maltrató de palabra el aludido milite. Y tenía a toda la población justamente aterrorizada: de ahí que cada uno cuyo nombre era propuesto para un cargo de la directiva y aceptaba recibía una ovación como la que se tributa a los héroes. En mi discurso me limité a hablar con asco del gobierno local y a decir que debían tener confianza los correligionarios de la capital de Zacatecas, porque no estaban solos; el país entero los secundaba junto con muchas secciones del mismo Zacatecas, menos oprimidas y más

pobladas. Por ejemplo, en el distrito de Jerez, Arellano y otros amigos habían instalado clubes con éxito lisonjero y sin mayores obstáculos.

Un simpático agente de comercio fronterizo encabezó el comité zacatecano; se hizo cargo de nuestros intereses políticos; creo que se llamaba el señor Díaz. Trabajó como los buenos. Un día los militares lo asaltaron en el hotel, lo golpearon y Díaz escapó de la ciudad. Retomó más tarde con nuevos bríos y creo que fue de los pocos que, pasada la elección, urgía a la gente a que cumpliera con su deber de acudir a las armas. De temple parecido eran los otros directores de nuestra organización.

Y como no había más que hacer en Zacatecas y nos invitaban de Fresnillo, en un auto particular salimos después del almuerzo, a eso de las tres, con mi hija, que había venido a visitarme a México un mes antes y regresaba a reunirse con el resto de la familia establecido en Los Ángeles de California. Eran de la comitiva Herminio Ahumada, Andrés Pedrero y creo que también Miguel Ángel Beltrán, que llegó de Mazatlán a contarme los detalles de la preparación que hacía, a efecto de que fuese la zona mazatleca el punto de partida de la sublevación general, que debía ocurrir a fin de año.

Fresnillo

Fresnillo, población minera, rica, independiente, nos recibió en grande. A distancia de varios kilómetros se divisa la montaña, rebanada casi a la mitad, enorme veta al descubierto que la maquinaria tritura en tarea ciclópea. En el valle se reparte una ciudad con su placita no desprovista de encanto y su población de clase media, limpia, bien vestida y urbana. Una comisión de señoras se llevó a mi hija para un agasajo en privado, y nosotros, con música al frente y multitud detrás, avanzamos hasta el centro para el rito de los discursos, el desahogo verbal que tanto seduce a los pueblos oprimidos, aunque sepan que no les va a conducir a ninguna parte. Era un sábado en la noche y la retreta que siguió nos fue dedicada. No había allí contrincante, me dijeron. Los del gobierno no se habían ocupado de fingir que instalaban clubes. La votación era cosa segura... ¡Bien, pero ya se sabe que no sólo se trata de votación! «¡Ah!, en cuanto a eso, cuente usted con el valor de los mineros; Zacatecas nunca ha fallado, siempre al frente de todas las causas nobles»... El provincialismo habla el mismo lenguaje, de Sonora a Yucatán...



La cuadrilla, óleo de Joaquín Sorolla: «Cubrían los muros de las esquinas grandes carteles con el anuncio de una corrida de toros para el día siguiente»

Pero una cosa me disgustó, me decepcionó del lugar y, por desgracia, el lugar no era sino miniatura del sentir de toda la

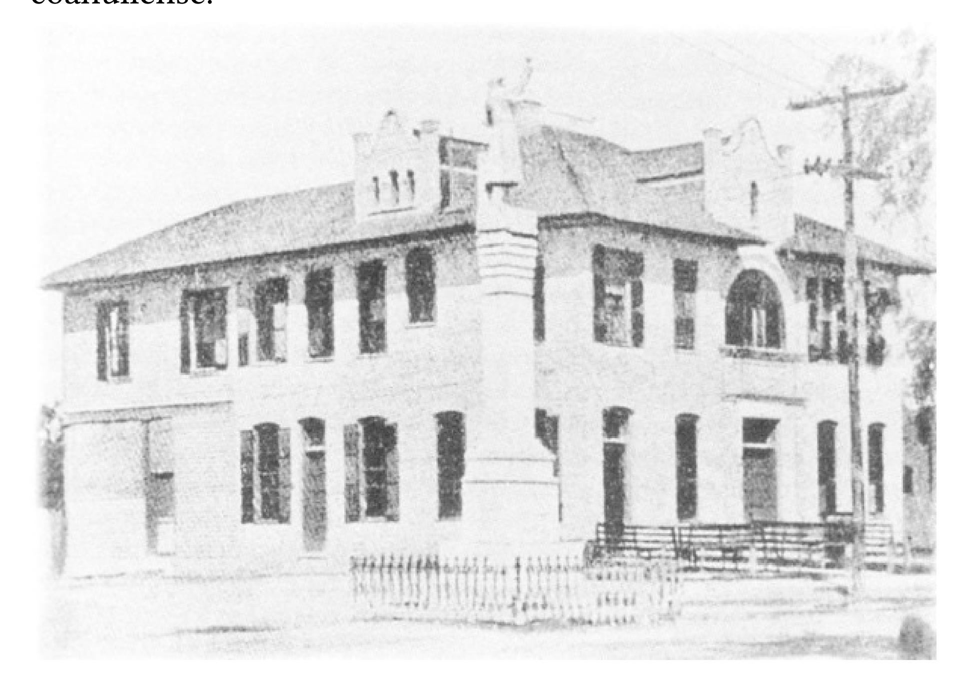
nación en este periodo de su decadencia. Cubrían los muros de las esquinas grandes carteles con el anuncio de una corrida de toros para el día siguiente. Y el diestro, un torero nacional, con fama de valiente, merecía desprestigio en grado de linchamiento porque dos veces consecutivas, por simple contagio del matonismo, que era la regla de los del gobierno, había asesinado choferes por gusto. Después de ocho días en la cárcel y mucho escándalo periodístico y afirmaciones de que la justicia sería implacable, el torero, protegido directo del régimen, salió a la calle bajo fianza y el proceso fue echado en olvido. Y lo que es peor, el público de toros, que es casi todo el público nacional, le aplaudía a rabiar sus desplantes de muleta y espada. Era también notorio que los del partido oficial lo usaban como propagandista. Y los mismos que se tomaron la molestia de andar un par de kilómetros para esperarnos a la entrada del lugar, al día siguiente llenarían el coso para tributar ovaciones al torero y al propagandista de mis contrarios. No me quedé callado y se lo dije a los que hicieron de comisión de recepción, muy amables personas y bienintencionadas. Pues bien, se mostraron sorprendidas, no sabían nada: «¡Ah!, sí, ¡no me diga usted! ¡Qué caramba!»... Ésta es la excusa, no sabían... No quieren saber los países subyugados, deshonrados por el despotismo. Prefieren no enterarse y acaso tengan razón. Aumentaría el número de los suicidios si las gentes de verdad se dieran cuenta de la extensión de la ignominia en que se vive.

No quise averiguar si los que habían hablado conmigo y se habían convencido de la monstruosidad de aquellas dos reuniones sucesivas, la del mitin y la de la plaza de toros, concurrieron también ellos a los toros. Nos salimos del lugar el domingo a buena hora, para tomar el tren que esa misma tarde, como a las cuatro, debía dejarnos en Torreón.

En Coahuila

Estábamos seguros del éxito en Coahuila, porque desde el principio del año Eulalio Gutiérrez y sus amigos habían creado clubes vasconcelistas. Y aunque Eulalio se hallaba desterrado, porque no pudo evitar verse envuelto en lo de Escobar, las organizaciones quedaron en pie. Y aún más: engrosadas por muchos que, por error, se habían afiliado a los de Escobar y ahora hallaban en nosotros el cauce natural para un nuevo esfuerzo liberador. Amigos personales como Abraham Ojeda y Abraham Arellano habían organizado centros y asociaciones. El elemento profesional de la ciudad se había agrupado en valiosa organización, presidida por el doctor Lara, de buena fama, capacidad y valentía. Muchos generales y coroneles villistas, que nunca habían perdonado a Calles lo de Pancho Villa, se sumaron entusiastamente al movimiento, así como todo el viejo maderismo, muy influyente aún en la región. Murmuraciones de envidiosos pronosticaron que de parte del elemento carrancista iba yo a encontrar oposición enconada. Esto resultó falso. La mayor parte de los carrancistas se afilió con nosotros porque supo anteponer los principios a los sentimientos personales. Notorio había sido el caso de Candor Guajardo, coahuilense y carrancista, además lastimado por mí involuntariamente, y que todo lo había olvidado para servir la causa que representaba la justicia. Y así muchos. Por ejemplo, don Pablo González, desde Laredo, recomendaba a sus amigos que se nos apoyase, a pesar de mi viejo encono gratuito.

Había yo hecho las paces con don Pablo antes de entrar al país, en una visita que le hice en San Antonio. Y lo había encontrado generoso, desinteresado, sereno. Me ofreció ayuda sin que la pidiera y por pura nobleza, y cumplió. Otro carrancista distinguido, el licenciado Cuén, había transigido al grado de formar parte de la directiva nueva del antirreeleccionismo. El general Breceda también nos brindó apoyo desinteresado. Todo esto me obligaba profundamente y me mantuvo callado respecto a Carranza durante toda la campaña. Además no era nuestro propósito revivir ni discutir, por el momento, situaciones ya liquidadas. Lo que nos preocupaba era crear un presente y preparar un porvenir más limpio, más creador, que todos los tristes pasados. No nos estorbó, pues, en Coahuila ni en otro lugar, el carrancismo. Y sí, en cambio, mi reconocido maderismo contribuyó mucho al acatamiento general que nuestros propósitos hallaban en el aguerrido y generoso pueblo coahuilense.



Piedras Negras, Coahuila.

Por su parte, el gobierno comprendía la importancia de un estado como Coahuila, y allá me concentró lo peor de sus esbirros, sus políticos perversos, sus matones de alquiler. La lucha iba a ser dura en el Norte; ya el propio Denegri me lo había advertido. Era Denegri el único ministro de Portes Gil que yo visitaba. Y ya sea por su independencia de carácter, ya sea por antigua amistad, el hecho es que me prestaba pequeños servicios; por ejemplo, darle algún cargo, de sueldo corto, a alguno de los muchachos que en la ciudad de México trabajaban en nuestros comités. En la conversación de despedida, Denegri me había informado: «Se admite que tendrá usted éxito en su gira del Norte y es allí donde va a comenzar la represión. Hasta ahora han andado ustedes por campos de rosas, pese a uno que otro tropiezo. Pero esta gente empieza a alarmarse y ya sabe usted que no se detendrán ni ante el asesinato para impedir su triunfo. El calor de las recepciones que van a ofrecerle aumentará el peligro de su persona.»

Todo esto se olvida y la aprensión se convierte en optimismo a la hora en que se contempla uno de esos movimientos nacidos de la entraña popular, clamorosos y avasalladores, que prometen resurgimientos. Varias estaciones antes de la llegada empezaron a subir emisarios, comisionados. Se preveía una demostración imponente; toda la noche habían estado llegando aldeanos; unos polizontes, situados por el camino de Gómez Palacio, habían querido disuadirlos, los habían engañado: «No llegaba el candidato el domingo»; «Se había aplazado la recepción»; pero todo fue en vano. Las calles de Torreón bullían de forasteros. Fuera del vagón, un sol quemante encendía el arenal; manchas de verdura señalaban sitios de cultivo; aumentaron los caseríos; por fin la estación, a orillas de la ciudad mal construida, pero

extensa, interminable en su riqueza de huertos y sembrados. Los ferrocarrileros, siempre fieles, en Torreón echaron el resto. Silbatos de las locomotoras dieron la señal. Y se advirtió un clamor de esos que perturban el ánimo, lo conmueven y lo contagian. Grito multiplicado que parece expresar la angustia y la dicha, el anhelo humano, en la anticipación de sus victorias. Descendimos del vagón; las cabezas fingían marejada que desborda; gritos, ovaciones. Agítase un sector de la multitud en ola que se deshace y reaparece en la masa lejana. Sobre los sombreros lucen insignias; en lo alto se leen carteles de bienvenida. Abajo, el piso mismo desaparece, porque los brazos tendidos para el saludo se han estrechado, se han apoderado de nosotros. Y allá vamos en hombros de la muchedumbre, sostenidos por las piernas, ensayando con la mano saludos y en la cara el sol y las nubes de confeti. Difícilmente, a empellones de los que nos conducen, vamos partiendo la masa compacta que se abre, luego cierra brecha; nadie quiere perder sitio. En los balcones distantes y sobre las locomotoras próximas, los que están en alto aclaman jubilosos. A tres cuadras está el hotel, pero la marcha se prolonga, sudorosa. Suplicando y sostenido en alto por puños firmes que se remudan, avanzamos a media calle. Por ambas aceras, balcones y ventanas se hallan atestados. Se calcula que no menos de cuarenta mil personas ocuparon el trayecto, llenaron las bocacalles. Al Hotel Salvador no entramos por la puerta. Lo impedía la muchedumbre que obstruía la entrada, llenaba el vestíbulo. Entonces, los que me habían traído en vilo se empinaron levantándome; otros brazos me tomaron y me subieron a la terraza del feo portalillo a la tejana que cubre el frente del monstruoso edificio.

En la terraza estaban ya las comisiones de bienvenida y se pronunciaron discursos. Di yo las gracias brevemente y

como pude, pues sucede que el poco poder oratorio con que cuento se anula ante el éxito. Siéntese inútil añadir palabras cuando todos manifiestan aquiescencia, identidad en el sentir. La palabra, instrumento de persuasión, resulta ociosa ante el espasmo del acuerdo colectivo. Con razón mis amigos solían decir: «Háganlo enojar para que hable bien.» Ante aquella apoteosis sólo procedía sonreír. Pero mal que bien di las gracias, rematando: «¡Coahuila nunca se queda atrás; Coahuila sigue siendo el baluarte de las libertades patrias!»

El público no se conformó con tan poco. No habían esperado horas bajo el sol, no habían venido de sus labranzas remotas para obtener una impresión cinematográfica del candidato, sus oradores y sus propósitos. Con aclamaciones y bullicio pidieron más discursos. Y como era estrecho el sitio que dejaba la calle, alguien sugirió que nos trasladásemos de inmediato al jardín más amplio de la ciudad. Es claro que esto debió hacerse desde el principio. Pero no habíamos intervenido, en esta ocasión, en el programa. Era el momento de asegurar la fidelidad de aquella multitud mediante un contacto despejado a plaza abierta. Un vocero anunció la cita en el jardín y allá nos fuimos en imponente marcha abigarrada, hombres, mujeres, niños. Y hubo lugar a que hablaran, con la vehemencia, la elocuencia que les es habitual, los muchachos que iban de turno conmigo: Herminio Ahumada, Pacheco Calvo, Pedrero.

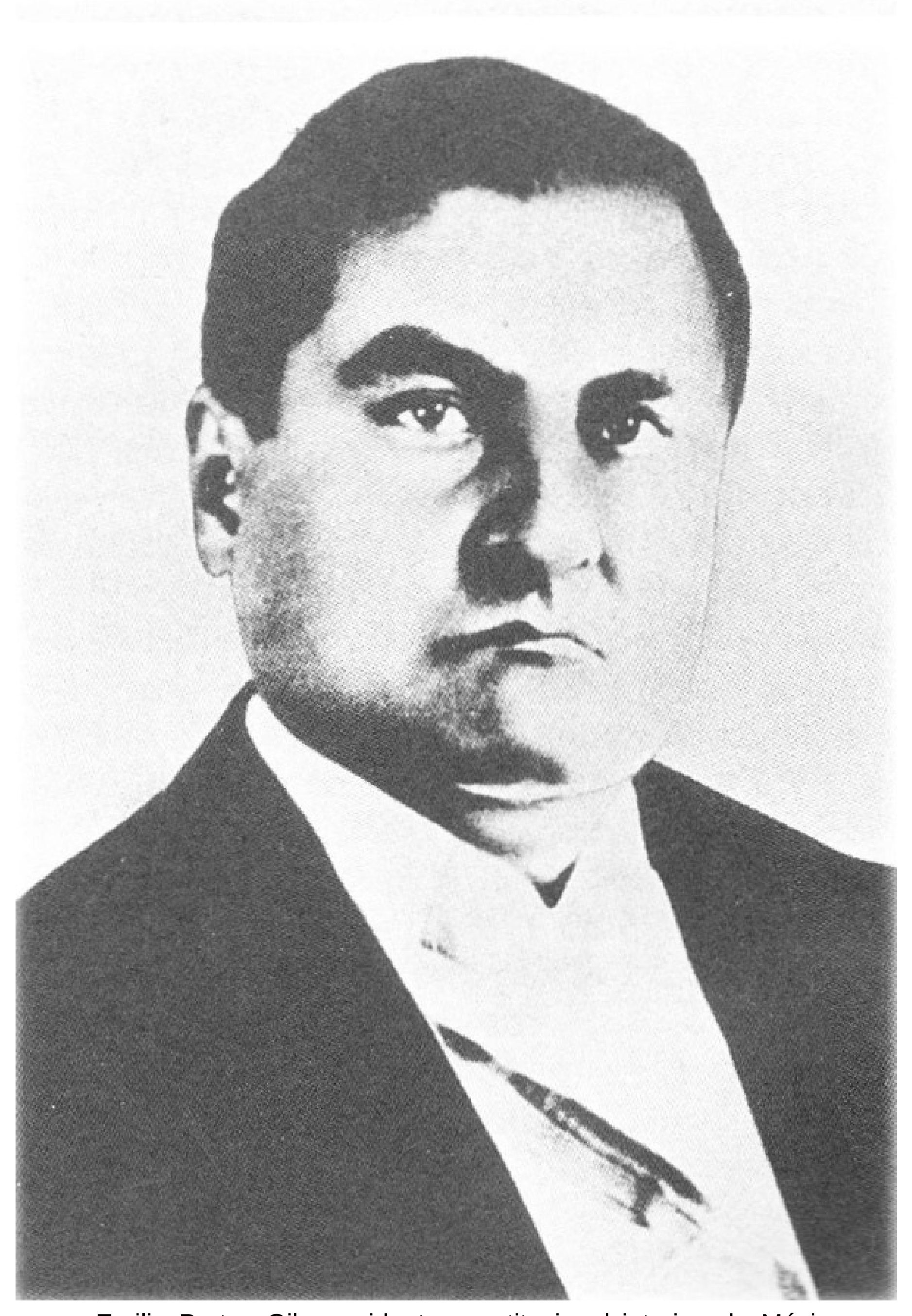
Al regreso, rumbo al hotel, todavía en columna apretada, una comisión de vecinos nos cerró el paso y una linda señorita me entregó un ramo de flores, «a nombre de Coahuila», y no fue sino hasta que oscureció cuando pudimos usar las habitaciones de la hospedería en busca del baño, más necesario, en el caso, que la comida o la bebida.

Al día siguiente, los dueños del hotel pretendieron cargarme a la cuenta una mesa vieja que resultó hecha pedazos en el vestíbulo, a causa de las apreturas de la tarde anterior. Les contesté que me saldría en seguida del establecimiento a efecto de que no se hiciera más grande la cuenta que yo tenía contra ellos por el anuncio y honor que nuestra presencia les derivaba.

En cambio, en el Hotel España, a donde nos trasladamos, la dueña, una española valiente, nos cobró barato, nos atendió con esmero y soportó denodada los riesgos, las molestias y hasta los tiros que pronto había de originarle nuestra permanencia en su hospedaje.

Revancha sangrienta

Los telegramas de prensa que dieron cuenta de nuestro triunfo en Torreón animaron a todo el país, pero llenaron de ira a nuestros adversarios. Aprovechando cada hora, aceptando sin reservas cada invitación recibida, concurrimos a un mitin en la vecina población de Lerdo. Se había hecho Lerdo el centro de nuestros trabajos en Durango. De la capital del estado, dominada por un salvaje, habían sido arrojados nuestros propagandistas, amenazados nuestros amigos. Y en el camino de Torreón a Lerdo iniciaron los del gobierno su revancha con ardid pueril. Arrojaron clavos en el asfalto para picar las llantas de los automóviles. Pero sucedió que habiéndonos adelantado nosotros a la hora de la reunión, sirvieron los clavos más bien para detener a las porras oficiales, que llegaron tarde y no pudieron deslucir la fiesta democrática de Ciudad Lerdo. Sin embargo, allí mismo la policía nos dio un disgusto aprehendiendo a nuestro lado a dos o tres correligionarios, a pretexto de que eran prófugos de la rebelión escobarista. En efecto, el escobarismo, falto de jefe, o más bien dicho, desilusionado del jefe, que se fue con el oro y no volvió a acordarse de los suyos, se nos sumó en gran parte y trabajó lealmente.



Emilio Portes Gil, presidente constitucional interino de México en 1928

Un segundo mitin se dio esa noche en Torreón, muy hermoso, en vasta plaza de los suburbios, concurrido por millares de personas. Terminado el programa no querían marcharse; exigían despliegue oratorio. Accedimos por la sinceridad, la ingenuidad de la demanda.

Pronto el enemigo respondió con la agresión. Cenábamos en el Casino Español. A disgusto había concurrido al sitio y sólo por instancias de Vito Alessio, que alegó tener allí vara alta. Lo cierto es que se nos dejó solos en un extremo de la terraza que da a la calle. Jardín de por medio se veía nuestro hotel y me hallaba impaciente porque muchos amigos a esa hora nos buscaban. Y corrió la voz de que se acercaba una manifestación improvisada por los contrarios. Gente de la nuestra se amontonó en las esquinas para verla pasar. Otros, en mayor número, hicieron lo indicado, que fue trasladarse al hotel en que parábamos para darnos compañía. Vito pretendió que desde los balcones del Casino viésemos pasar a los contrarios que, nos dijeron, no pasaban de doscientos o trescientos, entre policías y soldados disfrazados de paisanos, más uno que otro borracho de alquiler y rateros conocidos.

El propósito de ocupar un balcón protegido por bandera extranjera me pareció inaceptable. Y no porque esa bandera diese garantías, sino porque, al contrario, ostentarnos allí nosotros era lo mismo que avivar el odio siempre latente contra españoles, que ninguna culpa tenían de nuestra presencia en aquella casa. Así, pues, dejando a Vito con un par de amigos, hice uno de esos disparates que nacen del impulso. Bajé y metiéndome entre los grupos de correligionarios y contrarios y respondiendo uno que otro «Muera Vasconcelos», haciendo a un lado con los brazos a los más próximos, grité: «Aquí está Vasconcelos, ¿qué le quieren?» Tal estupor se produjo que se apartaron los

agresores y acto continuo los del público empezaron a rodearme, aprestándose a la defensa. Protegido entonces por unos treinta o cuarenta, marché al frente, por toda la calle que conducía a nuestro hotel al otro extremo de la plaza. Según avanzamos aumentaron los nuestros, que por instinto, o esperando que más tarde saliésemos al balcón a hablar, se hallaban repartidos por el contorno. A media calle me abordó un ingeniero emparentado con los Madero, buen amigo a quien no veía desde hacía mucho tiempo. Alto y grueso, fácilmente sobresalía. Me tomó del brazo y, mientras marchaba a nuestro lado, me hizo entrega de un portamonedas con cien pesos en oro, diciendo: «Es mi contribución personal, guárdela.»

En torno al hotel, la gente era nuestra y cómodamente nos abrimos paso. Gané el balcón, que daba a la esquina, cortada sobre la plaza y dos bocacalles, y empezamos a discursear, haciendo burla de la manifestación gobiernista. Por su parte, los del gobierno, que venían instruidos para provocar un choque, se apoderaron del kiosco de la placita y empezaron a vociferar en forma injuriosa. Un piquete de caballería se interpuso entre ellos y los nuestros, protegiendo a los de la minoría, que eran los del gobierno, intimidando a la masa que, debajo de nuestros balcones, no obstante la alarma, se mantuvo firme, no se dispersó sino después de que los otros se cansaron de gritar y escandalizar.

Dos noches después, y con motivo de un mitin a que nosotros habíamos citado, cambió el gobierno su táctica. En vez del ridículo de sus tres centenares de adictos, esperó a que estuviese llena la plaza con los nuestros. En seguida, por las afueras del gentío, por la calle menos transitada de la plaza, un automóvil oficial con cuatro individuos y una pistola Thompson ametralló a la multitud. Se produjo el pánico; sacaron de allí algunas mujeres desmayadas, se

llevaron a los heridos vecinos piadosos, y un manifestante cayó muerto en la esquina de nuestro hotel. Pero la mayoría no se dispersó. Se replegó hacia el hotel, en tanto que nosotros, desde el balcón, procurábamos crear confianza. Nuevamente atacaron los de la policía. Hubo no sé cuántos disparos, según lo demostró al día siguiente la fachada de nuestro domicilio, cubierta de impactos. Parece que pistoleros mezclados a la multitud habían hecho uso de sus armas después del ataque de la ametralladora. Más tarde se supo que en el auto de la ametralladora iban dos diputados. Media hora después todo estaba en calma. Entonces bajo nuestros balcones resonaron los cascos de la caballería federal, que muy ufana se paseó a pretexto de dar garantías. Nunca, por supuesto, aprehendió a los asaltantes.

Los corresponsales que participaron del riesgo colectivo enviaron a México las versiones más exageradas. El propio *Universal* informó que a mi lado había caído un correligionario muerto de bala, de la bala que estaba destinada a mí. Al extranjero fue esta versión y llovieron los telegramas de intelectuales de toda categoría protestando ante Portes Gil contra aquel salvajismo. Salvajismo lo hubo, y fue deliberado y sirvió su objeto: aterrorizar a la población, matar el entusiasmo, suspender nuestros mítines y dejar cauda de muertos.

Irritado por tanto crimen impune, puse esa misma noche un telegrama a Portes Gil dando cuenta del atentado y diciendo: «No le comunico los nombres de los asaltantes, que son aquí conocidos, porque no quiero dar lugar a que sean ascendidos en sus grados.» Copias de las declaraciones se enviaron a México. Ningún periódico osó publicarlas, pero el ingeniero Góngora, presidente del nuevo Antirreeleccionista y hombre resuelto que procedía de buena fe, mandó fijar réplicas de mi mensaje, escritas a

máquina, en las esquinas principales de la capital.

En los actos subsiguientes, el público, que al principio se aglomeraba en torno del hotel hasta hora avanzada, comenzó a escasear. Tampoco quisimos nosotros repetir los torneos de oratoria, cuando ya se había probado que las balas eran el argumento de nuestros contrarios. En cambio, noche a noche, durante los pocos días que aún permanecí en Torreón, tuve que soportar las injurias personales, que uno tras otro, los habladores del gobierno, amparados con la tropa, me dedicaban desde el kiosco, frente a nuestro hospedaje, ante los doscientos o trescientos alquilados de su porra.

El doctor Lara llenó el teatro con una conferencia de paga. Se mantuvo después en la brecha, durante años, auxiliado por un corto grupo de fieles.

Del licenciado Baranda ya he hablado; me visitó para entregarme tres mil pesos de una colecta privada y me dijo que los hacendados, los ricos, no habían querido contribuir. Se reservaban un óbolo de más de cien mil pesos para Ortiz Rubio, el candidato de Calles, el eslabón de un régimen que más tarde había de dejar en la calle a esos mismos propietarios que nunca supieron darse cuenta de que la propiedad obliga a tomar parte en la política. Por atenerse ellos al soborno, por haberse abstenido de prestar la menor ayuda a movimientos nacionales constructores y limpios, se han visto confiscados por los mismos que creyeron ganar por el soborno. Sin que nadie lamente la suerte de quienes no sólo no supieron ser patriotas, no supieron ser propietarios.

San Pedro y más allá

Entre tantos buenos amigos de Torreón, nunca he olvidado al ingeniero García, seco, alto y de buen humor, que metió su flamante automóvil por trechos de matorral para llevarnos a San Pedro y Parras, sorteando, además, la amenaza de asaltos por encrucijadas solitarias, que según rumores eran guaridas de bandoleros gubernamentales.



El sabino de Popotla, óleo de José María Velasco: «Difícil es precisar los recuerdos de tanta villa y ciudad recorridas»…

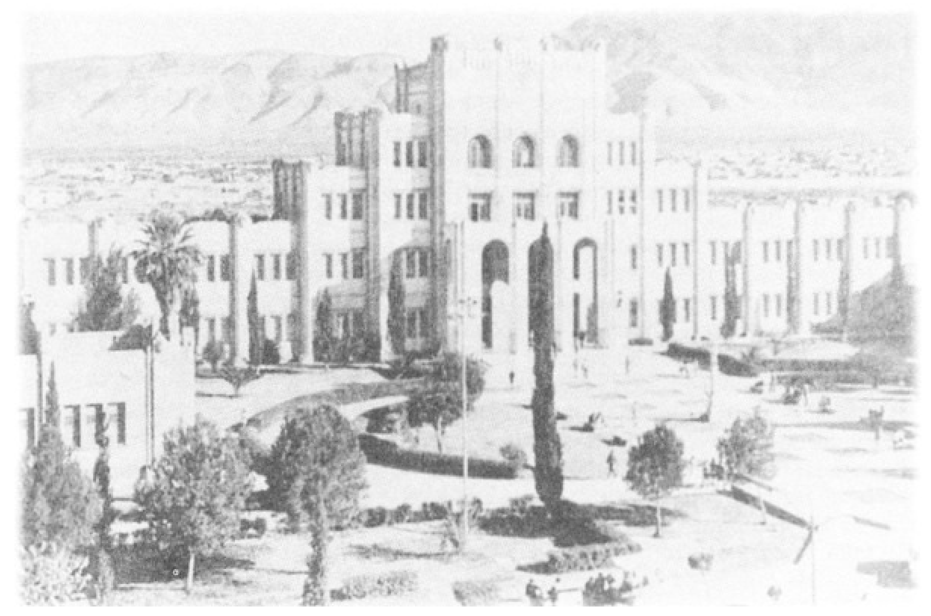
Difícil es precisar los recuerdos de tanta villa y ciudad recorridas, pero tomo de la crónica de Valeria lo que ella a su vez copia de la carta que le dirigiera uno de nuestros acompañantes, tal vez Henestrosa:

Ayer estuvimos en San Pedro de las Colonias. Es una población de seis mil habitantes, pero a recibirnos estuvieron más de diez mil, ya que se habían vaciado los pueblos circunvecinos. No llegamos a la hora anunciada porque los caminos están pésimos. Pero apenas se nos divisó, las cámaras de aire empezaron a hacer explosión.

La gente nuestra, en el fondo más asiática de lo que hemos sabido percibir, tiene una resistencia que la desentiende de esa cosa fugaz y temible llamada el tiempo. Dos horas más, dos horas menos, ¿qué son para el espíritu absorto? El cielo estaba despejado, azul; una que otra nube blanca parecía clavada, inmóvil, como palomas inmaculadas. Habíamos atravesado por gruesas filas de manifestantes, con mujeres que arrojan flores; de pronto, tuve extrañeza de sentir la cara, las manos, humedecidas; instintivamente olí; las manos estaban perfumadas. ¡Pueblo oriental! Después de esto, sólo falta que a nuestro paso quemen incienso. La gente está de tal modo convencida que es de temerse en cualquier instante un choque, una explosión. Con tal de que no sea antes de tiempo. Hemos tenido la sorpresa de encontrarnos muchas mujeres vistiendo de rojo, color del partido. Forman vallas ardientes a nuestro paso; llamaradas parecen al andar. Se afirma el desprecio con el cual el pueblo ve la farsa grotesca de la imposición. Se han visto precisados los del gobierno a pasar circulares obligando a los hacendados, a los comerciantes —acaban de hacerlo en Torreón—, para que sus empleados formen en las manifestaciones oficiales so pena de represalias, aumento de contribuciones, multas sin causa. En fin, que están en el fuego los instrumentos de tormento. Cuando los mítines son por la noche, el municipio nos corta la luz; pero había olvidado que la luna brillaba y que en la penumbra de la claridad misteriosa más hondo penetran las palabras en las almas. En otra ocasión, la luna estaba en menguante; pero quién sabe de dónde salieron en la noche manos con teas ardientes, manos en lo alto llevando antorchas.

Saltillo

Nos deparó una recepción que no se compadece con la inercia, el olvido posterior. Desde la garita, el gentío era imponente. Avanzamos a pie, al oscurecer. Nos deteníamos en ciertos cruceros para oír improvisados oradores. Luego, frente al mercado, en una especie de gradería amplia, hablamos Herminio y yo, después de que un abogado de la vieja guardia liberal coahuilense, el señor Berlanga, nos dio una bienvenida elocuente, conmovedora. En suma, Coahuila volvió a vivir la gesta heroica del maderismo. Nos hizo sentirnos entre hombres libres; el pueblo ululaba.



Fuerte de Saltillo

A la tercera noche volvimos a reunir a la multitud en la

plaza de toros, porque cualquier otro local hubiese sido insuficiente. Y proclamé el ejemplo que daba Saltillo de convertir el coso taurino, degenerado en heroísmos comercializados, en asamblea del pueblo. Allí estábamos en el estado que ama la escuela, para pedir apoyo en contra de un régimen que otra vez olvidaba la escuela para darle todas las ventajas al cuartel. Lo que ocurría en aquel momento con las obras del Colegio Militar era irritante. Mientras la escuela que yo construí enfrente se quedaba sin el complemento de unos lavabos para las niñas menores, los de la Escuela de Guerra Civil gastaban fortunas, de que nunca dan cuenta, en componer las cuarteaduras de un edificio que usurparon; en construir pabellones adicionales que en seguida se caen; en retretes de lujo para los futuros verdugos de la nacionalidad. Buen símbolo era todo aquello de la brutalidad del nuevo santanismo en que había caído la República. Bajo los focos eléctricos miles de manos aplaudieron; luego, como en el cuento de los monos de Kipling, todo el mundo se olvidó de sus promesas. Militares y toreros impusieron otra vez su culto, ya no sólo sobre las cosas, también sobre las almas de los mexicanos.

Pero la ilusión de mejores tiempos vivió un instante. Buenos amigos coahuilenses nos ayudaron; por ejemplo, el general Jesús Dávila, revolucionario sin mancha, nos preparó una hermosa, cariñosa recepción en Ramos Arizpe. Y recuerdo que me dijo:

—Supongo que usted tendrá algunos apoyos en Estados Unidos, después de vivir tanto tiempo por allá.

—No tengo ningunos —respondí con franqueza—; al contrario, Estados Unidos está en bloque con Morrow, su embajador, y ya usted sabe lo que piensa Morrow.

—Pues es lástima —agregó— porque entonces estamos

perdidos…

Lo estábamos porque ya el pueblo no creía en sí mismo.

En Saltillo nos alcanzó mi hijo Pepe. Aprovechando unas vacaciones vino a recoger a su hermana, que hacía dos meses se hallaba conmigo. En Piedras Negras tomaron el tren de regreso a Los Ángeles. Juntos visitamos Piedras Negras, dejando yo el regreso para la visita a Monclova.

Contradijo Piedras Negras aquello de que «nadie es profeta en su tierra». Debo a la simpática aldea fronteriza una de las más efusivas y animadas recepciones de toda la gira. En la estación, frente a la aduana, inmenso gentío llenaba toda la explanada. En el corredor alto de un portalillo estilo tejano, del edificio colorado del antiguo Hotel Internacional, nos recibieron, vestidas de blanco, niñas de las escuelas particulares. Una maestra recordó al hijo que tras de larga ausencia retornaba para incorporar a su pueblo a un movimiento de salvación nacional. Banderas tricolores flotaban sobre las cabezas de una multitud que recordaba los días de fiesta de mi infancia. El cortejo, sacudido de músicas vibrantes, penetró por la calle de Comercio, toda engalanada. Hicimos un primer alto para escuchar discursos en la vieja plaza desmantelada del Comercio; luego hablamos en la Plaza Principal.

Poco había cambiado mi pueblo en tantos años y más bien se hallaba decaído. En la casa que había sido nuestra morada se hallaba instalada una botica. En los altos vivían los Ridle; desde el balcón, las muchachas, ya maduras, nos dedicaron saludos fraternos. Oradores locales, inteligentes, conmovieron con su elocuencia noble; particularmente se distinguió el abogado señor Rubio. Y tanto hicieron, que tres veces me vi obligado a responder con afecto. Mis acompañantes también se dejaron llevar de ternura

patriótica, se entregaron a las recordaciones dulces y al ensueño de un gran futuro. Pero Vito Alessio aguó la fiesta; la ensució con insultos para Pérez Treviño, que era su preocupación. Su retórica burda, limitada al denuesto personal a distancia, resultaba de tal modo soez, que a pesar del aprecio que le tenía dije a los más próximos: «Vámonos, que ya esto se está poniendo asqueroso.»

Al hotel fue a recogernos, para hospedarme junto con mis hijos en su casa, tranquila, hospitalaria, mi viejo compañero de la infancia, Tocho García. Había regresado al pueblo después de graduarse en el Colegio Militar y recorrer medio mundo, derrochando una fortuna. Su afecto noble hizo que no me sintiera un extraño en la soñada Piedras Negras.

El fondo negro de la situación coahuilense

Fungía como amo del estado Manuel Pérez Treviño, muchacho aldeano que cumplió algunos estudios en la metrópoli. La revolución lo improvisó general y Obregón lo hizo rico. De la indigencia, había pasado a ser uno de los más poderosos hacendados del país. Su latifundio de las cercanías de Piedras Negras era modelo de rastracuero pocho, bien inferior, por cierto, al esplendor del rastracuero de Europa. Por ejemplo, una mesa giratoria de mecanismo complicado, que permite a cada huésped elegir su manjar entre lo que se ofrendaba en el centro; pero todo junto el obsequio no era sino de insípidas conservas *yankees.* En su juventud había sido Pérez Treviño un secuaz de las traducciones barcelonesas de los yoguis; cuando me acompañó al viaje de la América del Sur era anticallista furibundo; su cambio de frente, su deserción del obregonismo y su fervor callista le habían valido el dominio de su ínsula coahuilense. El gobernador que oponía Treviño a la candidatura de Vito era un ex puestero del mercado de Torreón, lacayo de generales, enriquecido en la alcaldía de Torreón. Engolosinado con un municipio, disponíase para explotar metódicamente todo el estado, con el terrateniente Pérez Treviño como socio y jefe máximo de la comarca. Sucintamente doy estas biografías exactas, para que se comprenda mejor el relato que sigue, tomado de la crónica

de Valeria, joya literaria que merecerá los honores de la antología cuando los profesores *yankees*, que en el futuro se dediquen a nuestra literatura en la rama de sus estudios coloniales, desentierren lo poco bueno que ha producido nuestra época de general miseria.

EL P. N. R. SE REORGANIZO AYER MISMO

Será Presidido por el Gral. Manuel Perez Treviño

Lanza un Manifiesto Diciendo que Protesta que Mantendrá en Alto la Bandera de la Revolución

Encabezado de *El Universal*: «Fungía como amo del estado Manuel Pérez Treviño»…

Cuando el hombre teme por su vida está atento al gesto del contrario y en rápida interpretación responde —proceso de penetración intuitiva— al estímulo que el peligro provoca en él. Esta manera de proceder, latente en el hombre civilizado, quien deja atrofiar sus sentidos, reaparece cuando se acentúa la hostilidad del medio ambiente. Para aquel que no está sujeto a semejante tensión parecen extraordinarios casos como el siguiente: una tarde, la comitiva de Vasconcelos, que viajaba ese día en automóvil por rutas a las que sólo la buena voluntad puede otorgar ese nombre, se detuvo más de lo pensado en un pueblo

(Monclova), donde merendó. Había que dormir en otro sitio vecino; la hora de la partida había llegado; varias personas de la localidad debían escoltar, y cuando caía el sol emprendieron la marcha. Eran tres o cuatro automóviles los que avanzaban. Habrían recorrido la mitad del camino, cuando intempestivamente Vasconcelos dio orden de detenerse, manifestando que era conveniente pernoctar en la población de la cual se alejaban, añadiendo que no deseaba entrar cerrada la noche en el pueblo de San Buenaventura. Como estaba convenida la llegada de noche, parecía absurda la razón; sin embargo, si alguien formuló alguna objeción, fue disipada. No se prosiguió. Minutos más tarde, emprendido el regreso, fue alcanzada la comitiva por un jinete que, desaforado, cortando por veredas, había procurado salirle al paso para advertir que a la entrada del pueblo estaba emboscado un destacamento; había peligro de muerte.

Citaremos otro caso de penetración que hace pensar, involuntariamente, en uno famoso en la historia de Francia. En la estación de Monclova, delante de numeroso público allí congregado, Vasconcelos percibió dentro de la multitud un grupo rebelde a la corriente emotiva que fundía los corazones; cuando su palabra formulaba la frase fuerte que insistía en la necesidad de limpiar al país de la lepra del gobierno establecido, alguien rió con sorna. Volviéndose a él y señalándolo con el dedo, increpó terrible: «Hemos venido para que tú y los de tu ralea dejen de robar.» Como un criminal cogido *in fraganti*, aquel hombre palideció, esquivándose. Era miembro del municipio local.

Precisamente horas antes había ocurrido el incidente que sigue:

La comitiva del Partido Nacional Revolucionario viajaba en proceso de imposición por el estado de Coahuila. Iba el candidato local oficial en su gira. Por dondequiera que pasaba, el pueblo, asqueado de la farsa y ante la prohibición terminante del Antirreeleccionista, vedándole tomar las armas y marcar con el hierro candente de su desprecio, se apartaba. El 23 de agosto, tres días antes de las elecciones para gobernador, por una estación, la de Monclova, pasaron con breves horas de diferencia, los candidatos del pueblo y los de la imposición. Hubo confusión en la noticia del arribo; la población creyó que Vasconcelos llegaría antes, y sin titubeo, en masa, fue a darle la bienvenida; pero el convoy que en el andén se detuvo fue el del carro especial. Aquella reunión inusitada, que ningún punto de contacto tenía con las recepciones usuales, hizo que más de uno sacara la cabeza por la ventanilla para cerciorarse de la verdad. Entre otros, el jefe de la propaganda gubernamental. Era demasiado conocido, demasiado el peso de su brutalidad. Una voz juvenil gritó, azotándole en el rostro, lo que en silencio cada conciencia repasaba: «¡Abajo los asesinos, abajo la imposición!» Abriéndose paso entre las filas del pueblo, se acercaban en estos instantes los infelices empleados de la municipalidad, encargados de hacerse presentes ante los amos. Hombres con pistola al cinto habían saltado del carro; el cerco humano se apretaba, como quien teme la contaminación. Un suspenso. Un silbato de la locomotora rasgó el silencio; las ruedas comenzaron a girar; en breve no quedó sino la nube oscura del humo disolviéndose en el ambiente diáfano. Se cumplía con una simple fórmula: ¡qué habían de importar las voluntades sumadas del pueblo maniatado! Gobernaría el

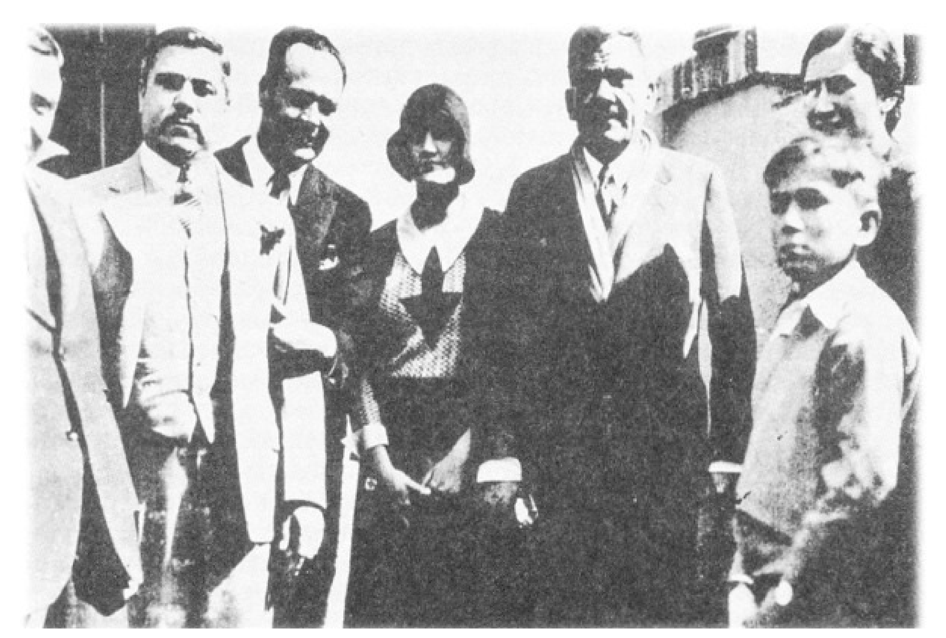
estado quien a Calles pluguiera. Instantes habían transcurrido cuando el joven que tuvo la osadía de condensar la opinión de la mayoría fue apresado por un piquete de soldados. Se le arrastró a un cuartel, donde le desgarraron las espaldas a cintarazos. ¡Para que escarmentara! Se llamaba Ibarra Chaires. Era uno de los miembros más activos del club antirreeleccionista local; tendría apenas veinticinco años. Poco después, en su carro de primera, llegaba Vasconcelos. Primero en el andén, luego en la plaza, hubo mitin. Entre los oradores estuvo Ibarra Chaires. Nadie sabía que su espalda desgarrada era una mancha sanguinolenta, cárdena; que su brazo flagelado descubría la carne. El dolor físico no contaba; tenía que cumplir su deber.

No obstante que la prensa, excepción de algunas hojas pequeñas, libres y de existencia precaria que vivieron hasta el final, cada día sentía cerrarse su mordaza, tuvo aún ocasión de publicar la protesta elevada por Vasconcelos al presidente Portes Gil por el atentado sufrido por Ibarra Chaires, en la que acusaba sin ambages a Pérez Treviño de haber dado la orden. La respuesta oficial tuvo el nombre de la justicia en los labios. Las autoridades de Monclova dijeron que, efectivamente, habían aprehendido y castigado a un ebrio escandaloso. «Díganme cuál el vino —exclamó Vasconcelos— que bebió Ibarra Chaires, para con él embriagar al pueblo de México y darle valor.» La investigación oficial paró allí.

Monterrey

Regresamos a Saltillo para tomar la ruta de Nuevo León. Nos acompañaban Pedrero y Ahumada. De Monterrey hasta Tampico se nos unió Valeria. También acudieron a Monterrey muchos de los jóvenes de la capital, como Salvador Azuela, Henestrosa, Pacheco. Imaginábamos que Monterrey, que tanto había padecido bajo el militarismo callista, sería campo propicio para reclutar elementos, siquiera de dinero que tanta falta hacía para las elecciones ya inminentes. Y si es cierto que el pueblo bajo y parte de la clase media respondieron, la clase acomodada prefirió mantenerse fiel al Casino. El hijo de Calles era allí socio distinguido, a fuer de gran propietario de la comarca.

Gentío innumerable llenaba la Avenida Juárez cuando desembocó nuestro auto, a las once de un domingo. En el periódico local tenía acciones mi antiguo condiscípulo, el licenciado Garza Galindo, apto y recto, aunque equivocado rotario, que me ofreció apoyo. El diario cumplía hasta donde le era posible, dada la terrible presión a que estaba sujeta toda la prensa. Cuando pasamos por sus oficinas, el público aplaudió. Explotan hábilmente todas estas empresas la popularidad del político mientras dura; luego se vuelven contra él así que se queda solo y el gobierno torna a imponerse.



Calles a su regreso de Europa: … «el hijo de Calles, que sin ciencia ni paciencia competía en capitales con los más acaudalados»…

Extrayéndonos de entre la multitud subimos al alojamiento del hotel que daba a la plaza y asomamos al balcón. Era imponente el espectáculo. Abajo una masa apretada de manifestantes. En los balcones de las casas fronteras, la claridad de los trajes femeninos elegantes. A la izquierda, en una suerte de terraza, se habían sentado, con un sinnúmero de invitados, los socios del Casino, crema de la industria mejor del país. Entre ellos, en sitio distinguido, el miembro novísimo de la aristocracia patronal, el hijo de Calles, que sin ciencia ni paciencia competía en capitales con los más acaudalados, provocaba la envidia de los burgueses que con toda una vida de trabajo no aciertan a igualar el lujo de los generales de la revolución y sus avisados herederos, neolatifundistas.

Calcinaba el sol de agosto. Ahumada rompió el fuego gritándole a la aristocracia allí presente que estaba sin

vengar el asesinato de uno de los suyos, consumado por Calles, cuatro años antes, durante la represión que le ganó la presidencia.

En mi turno, expresé que era bajeza sin precedente dejarse amedrentar y dominar por un déspota que se hallaba en el extranjero y desde allí seguía imponiendo terror. Se hallaba, en efecto, Calles en un viaje de recreo por Europa. Un año después, y con bastante justicia, Calles afirmaría: «No fui yo quien hizo la imposición que desalojó a Vasconcelos; fue Amaro»… Sin duda quiso decir: «Fue el ejército.» No podía tolerar éste una administración que seguramente habría puesto coto a todos sus abusos… Perdón por la pausa… Mi peroración terminó con un golpe oratorio que había preparado con esmero. Hice que Ibarra Chaires, el que acababa de ser cintareado en un cuartel de Monclova, se desnudara la espalda y, señalándola toda lacerada, exclamé: «He ahí lo que reserva a la juventud el régimen que postula a Ortiz Rubio»… Hubo «mueras» al gobierno, gritos y aplausos… El ruido en las plazas nada cuesta… Luego, nadie se volvió a acordar ni del mitin.

Y sin embargo, las minorías no fallaban. Constituimos una directiva generosa, presidida por don Felizardo Villarreal, pequeño propietario de por Linares. Constaba en su mayoría de personas que habían sido villarrealistas; luego, por disciplina de partido y conveniencia nacional, se aprestaron a apoyarme y lo hicieron con lealtad. Amigos personales, entusiastas, también tuvimos, como los hermanos Fuentes, que ya en la derrota consintieron en divulgar el mensual de *La Antorcha*, aunque no hallaron en la opulenta ciudad quien quisiera suscribir un número decente de suscripciones. Un grupo de muchachos del comercio se sumó también a la causa, soñó en la regeneración nacional. Ya en distintos lugares habíamos hecho amistad con jóvenes agentes

viajeros del comercio de Monterrey, y con frecuencia fueron ellos nuestros mejores propagandistas gratuitos por zonas diversas del país. No era, pues, la masa quien nos fallaba, sino los que debieron ser sus directores. El vecindario acudía noche a noche a unos mítines que dábamos en una explanada de las afueras, suficiente para acomodar millares de oyentes.

En cambio, mi agente financiero para el lugar, don Emilio Madero, no logró reunir sino mil pesos que, en secreto, le dio uno de los próceres locales, y la cuenta del hotel abarcaba cerca de trece personas llegadas de México, a quien hubo que abonarles además pasajes. Y nadie me dio banquete, pero tuve yo que dar dos o tres comidas. Y luego que se supo nuestro apuro, los hermanos Fuentes contribuyeron de su caudal modestísimo, y el gran amigo que allí hicimos, Rodolfo Krieger, descontó de sus ahorros unas monedas de oro y me las entregó en persona. Este Rodolfo Krieger, de treinta y tantos años, inteligente, alto, simpático, valiente, sostuvo durante mucho tiempo una lucha estéril, pero heroica, como representante nuestro en Saltillo.

A Monterrey vino a verme un conocido líder católico, el licenciado Chávez Hayhoe. Tenía esperanzas de levantar a los cristeros y recibió de mí la certeza de que les prestaría mi nombre, mi colaboración, siempre que su levantamiento ocurriese al día siguiente de la elección y no antes. Insistía yo mucho en este particular, porque era evidente el deseo del gobierno de lanzarnos antes de tiempo a alguna escaramuza que sirviera de pretexto a un embrollo que nulificase las elecciones.

Estando nosotros en Monterrey, llegaron noticias del recibimiento hecho a Ortiz Rubio en Torreón, poco después

del nuestro. Desde Yucatán, a donde lo mandaron a recibir ovaciones de borregadas de indios conducidos a látigo, lo habían hecho saltar a Torreón, para seguirnos los pasos y sembrar el terror, acabar con la semilla que plantábamos. Invadieron la ciudad con peones de las haciendas próximas, forzados unos, pagados otros. El vecindario se negó a participar en el recibimiento. Y como al ponerse a hablar los de Ortiz Rubio surgiesen de entre los oyentes gritos de «Viva Vasconcelos», una decena de los pistoleros del candidato oficial mató a quemarropa dos o tres de los que gritaban. El público se dispersó aterrado, en tanto que policías y soldados simulaban pueblo.

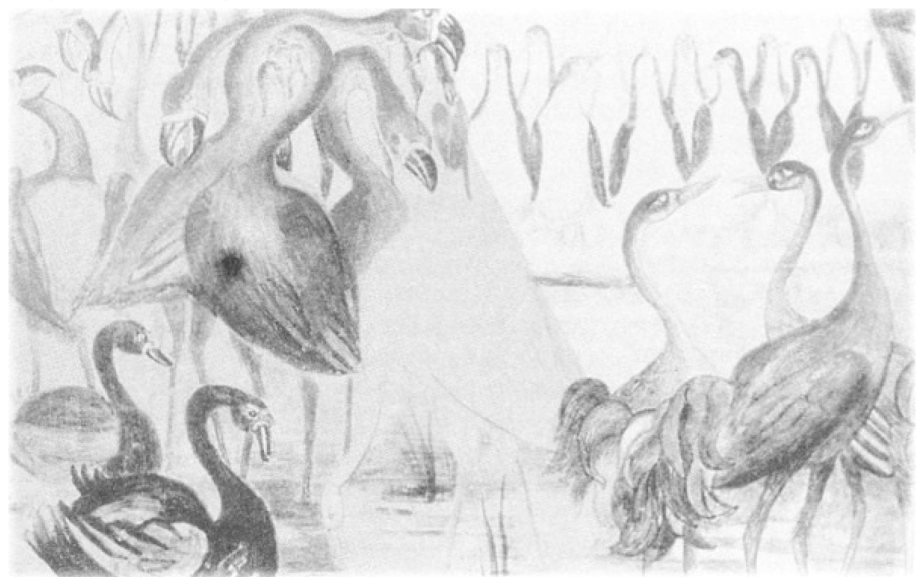
El discurso de Ortiz Rubio, en esta ocasión, fue significativo por lo que predijo de Vito: «A la hora en que yo sacase la espada —dijo textualmente—, Vito ya estaría distanciado, consecuente con su papel de "enterrador de candidatos". Me enterraría a mí como había enterrado a Gómez, pero quedando él a salvo.» Ninguna importancia di, por entonces, a estas palabras, puesto que no merece ser tomado en cuenta el enemigo cuando intenta crear desconfianzas y divisiones. Sólo mucho más tarde recordé aquel dicho: «Del enemigo, el consejo»; suele ver, en efecto, mejor que nosotros mismos, el lado flaco de nuestra posición, la brecha en el muro.

En respuesta de las matanzas de Torreón celebramos un gran mitin de paga, a precios populares. Llenaron una gran sala obreros, artesanos y comerciantes de Monterrey, junto con numerosos ferrocarrileros. Expuse en este mitin que los enemigos nos estaban forzando por el camino de la rebelión, y pedí que, llegado el caso, se cooperara en la ciudad con huelgas. Y a los ferrocarrileros les pedí, expresamente, que suspendieran el tráfico al recibirse noticia del cómputo falso en favor de Ortiz Rubio.

Todo el mundo aplaudió, nadie apuntó objeciones. Al concluir el acto, un ferrocarrilero subió al escenario, y afirmó: «Soy el jefe de la división de Irapuato; me comprometo a que no corra un tren cuando usted lo ordene.»

En el discurso de despedida de Monterrey puse a Ortiz Rubio un mote que se le pegó: ya no era la momia, ni el pelele, sino el candidato de la cara obscena. Se me ocurrió este sobrenombre al recibir los detalles de la orgía que celebraron en Torreón, ya de noche, y en seguida de las matanzas. De los burdeles sacaron a las pupilas, las intoxicaron, y en autos oficiales las pasearon por la ciudad obligándolas a proferir injurias contra el vasconcelismo.

La visita de Tampico está relatada magistralmente en las páginas que siguen de la crónica de Valeria.



«Aves», detalle del mural *La evolución de la vida*, de Ramón Cano Manilla

EN EL TRÓPICO

PROMÉTHÉE: *Sache que je ne changerais pas ma misère pour ton esclavage. J'aime mieux, oui, j'aime mieux être lié a ce roc...*

Tamaulipas es una región de la tierra que de pronto apareció sobre el mapamundi por su riqueza fantástica: el petróleo. ¡Gallina de los huevos de oro matada por la codicia de los políticos! Extendiéndose a lo largo de la curva que describe el golfo de México, colinda al Norte, a la desembocadura del Bravo, con Estados Unidos, y baja hacia el Sur, entregando en sus tierras feraces, de rico subsuelo, el plátano, el cocotero, los troncos de madera preciosa que entretejen los bosques espesos, donde el tigre habita en la cortina tupida al margen de los esteros, donde agita la cola el caimán. Ahí el nenúfar inmaculado apoya indolente sus anchas hojas sobre las ondas. La vegetación lujuriante es eterna amenaza para la obra humana; la selva rumorosa, para estrujar al primer olvido entre sus flexibles brazos la creación del hombre, espera en el lindero, sin cesar trazado, que fija la voluntad. Ahí, donde a millares las garzas escapadas de dibujos orientales —blancas, grises, rosas— asombran con su vuelo en parvadas increíbles a los cangrejos multicolores, piedras animadas, que escondidos entre las raíces van a humedecer sus tenazas en el agua semisalada de las lagunas. Ahí vive gente mexicana a la que la proximidad del mar, soplo constante que vivifica en el calor abrumante, ha dado almas claras, prontas al hecho, generosas a la aventura desinteresada, gente que es como la tierra fecunda, aguerrida por mil luchas, templada en los conflictos provocados por la riqueza del suelo, hoy inexplotado casi. Vidas transcurridas en una contienda peligrosa, que hace de la existencia un continuo ejercicio de virtudes, creando costumbres de largueza desconocidas en el altiplano, donde la desconfianza impera. Estado de gente libre cuya conciencia no hubo de esperar la llegada de la vanguardia vasconcelista, sino que tiempo atrás se había organizado en núcleo fuerte, preparándose a la lucha.

Tamaulipas también ha sido cantado como foco de agrarismo. Circunstancia más que significativa: Portes Gil había sido gobernador hasta el momento en que, asesinado Obregón, Calles le había mandado a la presidencia provisional. Cuando ocupaba el primer puesto en Tamaulipas, con el ingeniero Marte R. Gómez, a la sazón director de la Escuela de Agricultura de la región, dio gran impulso al movimiento agrario. El agrarismo, movimiento revolucionario desde 1910, representado en su forma más pura por la rebelión suriana que encabezara Zapata, pretendió la restitución de tierras a los pueblos, sin ligar este problema al de la producción general del país, a la industria, y sin constituir base de valuación de las necesidades generales; es decir, tomándolo tal como si pudiera resolverse con la posesión de la tierra sola. Los pueblos habían tenido propiedades comunales desde la llegada de los españoles, que crearon el ejido, existiendo en tal forma hasta el año de 1857, cuando la separación de la Iglesia y del Estado, en el México independiente, con las leyes llamadas de reforma, al enderezar el golpe de remate contra las propiedades de la mano muerta, prohibió toda posesión de bienes a las comunidades. De un mismo tajo decapitó la institución de las tierras comunales, desmenuzándolas en propiedades privadas que no tardaron en pasar a poder de unos cuantos, creando un estado de cosas que el movimiento agrario de 1910 trató de remediar. La legislación española mantuvo al indio en condición de menor. La Constitución de 1857 le dio derechos iguales, sin equiparar los medios de

preparación; la propiedad privada, la *hacienda*, creció a expensas del indígena, meramente convertido en instrumento de labranza, esclavizado *de facto*, aunque no ante la ley; el movimiento agrario pretendía hacer cesar esta situación, creando de nuevo la propiedad comunal en detrimento de la privada, procurando devolver al indígena sus medios de subsistencia, proporcionarle la independencia económica. Nadie entre esos ingenios reformadores parecía darse cuenta que la máquina ha provocado honda convulsión, volviendo costoso el cultivo en pequeño y barato el extenso. Bandera de reivindicación revolucionaria, *la tierra para todos* se convertía en argumento social a su sombra. Se destruyeron las grandes propiedades, cada vez que no pasaron íntegras a manos de algún general; se intentó la creación de bancos que refaccionaran a los nuevos agricultores; un 75 por ciento de los fondos destinados a este objeto cayeron en la codicia sin fondo de los militares, quienes jamás devolvieron un centavo del capital o los intereses. El resultado *positivo* fue un descenso en la producción. La gente tuvo tierras, pero faltaron medios de labranza, dirección técnica, implementos, preparación. Y sucedió lo que fatalmente había de pasar cuando los líderes eran groseros oportunistas: se arruinó la agricultura nacional, el agrarismo se tornó instrumento de partido, arma política, duple amenaza para los propietarios de fraccionar sus terrenos en ejidos y para los ejidatarios de retirárselos para devolverlos a los antiguos dueños; con ese acero de filo doble ha jugado el callismo. No se vaya a pensar que cuando se trató de repartir la tierra en un país que tiene 1 989 000 kilómetros cuadrados, cuyos habitantes no llegan a veinte millones (censo de 1930), el gobierno llamara a sí a los ingenieros, ya que el problema de la irrigación ha dejado estériles vastas regiones, para encargarles el estudio y creación de presas, para estudiar el problema de la electrificación y volver feraces nuevos campos, entregándolos a quienes, hambrientos de tierra, la reclamaban. No, no abrió nuevas regiones; despedazó la tierra trabajada y sólo pensó en invertir el dinero de la nación en magnas obras de ingeniería, en presas que volvieran fértiles cuencas antes mortecinas, cuando la codicia conjunta de los banqueros americanos y los callistas comprendió la ventaja de esas obras; pero no se tenga la inocencia de creer que las tierras irrigadas bajo el régimen de Calles fueran dadas a colonos, no; basta tomar los planos del terreno que las circunda para ilustrarse. Se hallan divididas en haciendas vastas, anchurosas, que pertenecen, en las regiones del Mante, por ejemplo, Tamaulipas, a los Calles, a los Sáenz, al general Osuna, etc., etc. Ahora bien: Portes Gil y Marte R. Gómez habían sido durante su gestión en el estado los instrumentos de Calles, y en tanto que se esmeraban en servirle, con nueces vanas hacían ruido; las nueces vanas eran sus reformas agrarias. Existe un libro, publicado por ellos en el año de 1929, que trata únicamente de las comunidades agrarias del estado de Tamaulipas, y que, hojeado sin conocimiento de causa, crea la perspectiva deseada de un ficticio estado de cosas. Nada hay más engañoso y cobarde que esos falsos revolucionarios, oportunistas sin cultura socialista completa y sin moral alguna, que han izado como bandera dos o tres miembros mal digeridos de teorías sociales y desvían así las miradas con sus colores vivos de los asuntos que verdaderamente les han ocupado. Tamaulipas, pequeña patria del *socialista* Portes Gil, teatro de sus reformas agrarias, fue de los

estados más ardientes, más valerosamente vasconcelistas. El pueblo le conocía íntimamente; conocimiento que volvía implacable a la masa en su juicio sano...

Cuando el tren en el cual viajaba Vasconcelos cruzó la línea divisoria entre el estado de Nuevo León y el de Tamaulipas, se respiró en un ambiente más despejado. La gente no tenía temor de descubrir su adhesión: lo hacía como rito. La provincia entera era franca, abierta, hostilmente vasconcelista. En otras regiones oprimía el temor al gobierno; ahí el desafío partía de la gente. Días antes habían llegado a Tampico satélites del PNR, asesinos conocidos, y el pueblo, temeroso, se constituyó en guardián para defender a Vasconcelos; había que impedir el atentado, no con súplicas, sino con el puño en alto. Las ochenta mil almas del puerto se honraban en usar distintivo antirreeleccionista. Sin excepción, todos los vehículos del servicio público llevaban dos, tres retratos de Vasconcelos. Los sindicatos estaban con él, y noche a noche, grupos organizados recorrían las calles al son de las canciones populares que sirvieron de himnos, sosteniendo choques, con frecuencia sangrientos, con la policía, que en vano pretendía ahogar sus voces. Se jugaba francamente contra las autoridades, a las que se despreciaba como merecían. Pocas secciones estuvieron mejor organizadas, no por gestión del partido central, sino por la virtud especial que las integraba, adquirida en luchas previas. El sábado 30 de agosto, a las siete de la noche, en un carro que las comisiones desparramadas a lo largo de la ruta habían ido llenando, arribó Vasconcelos a la estación de Villa Cecilia, situada a ocho kilómetros de la población de Tampico. Ahí debía pernoctar. Un mar de cabezas, millares y millares de almas. Y al día siguiente, al recorrer la carretera que conduce hasta el puerto, no había casa, por humilde o lujosa, que no estuviera engalanada, y si se pudo creer después de haber visto la recepción de México que el país no sería capaz de brindar mayor homenaje, se desconocía la capacidad potencial de Tampico. Las calles resultaban insuficientes para contener la selva de estandartes y banderas; el desfile interminable no acertó a sentir siquiera, tal era su transporte, la cálida lluvia tropical que por tres veces cayó abundante. Las gotas empapaban las telas de los trajes, pegaban los cabellos a las caras, devolvían a las flores su lozanía, y la onda humana, bajo las gotas, fluía imperturbable como oscura corriente que la fe animaba.

Días antes las paredes habían recibido la burla de los carteles de la imposición: el semblante de Ortiz Rubio. Para el día en que Vasconcelos llegó no quedaba uno intacto. El pueblo borraba el bochorno de aquella engañifa. Y de las bocas, adelantándose en el desfiladero peligroso, salvando la espera que ataba las manos, salía un grito: «¡Presidente Vasconcelos!»...

En la Plaza Principal, capa de aceite opaca, espesa, la muchedumbre, que en vano hubiera querido ensanchar las avenidas, se extendió, rompiendo bajo su peso las bancas, desgajando de los árboles las ramas. Era el 2 de septiembre. Un año hacía que Calles ofreciera en la Cámara al pueblo libertad. En los precisos instantes en que Vasconcelos hablaba en Tampico, en la capital el presidente provisional leía el informe de su gestión. El pueblo ya había elegido, a nadie le cabía duda; en la Cámara, Portes Gil seguía sosteniendo el cascarón vacío de las

promesas hechas un año atrás. En ese día tomó la palabra para asegurar que el pueblo era libre y soberano, en tanto que las cárceles comenzaban a estar llenas de vasconcelistas. Poco después hubieron de comenzar a abrirse fosas en la tierra. Faltaban diez semanas para las elecciones.

Precisamente para una semana después, el 8 de septiembre, estaba anunciada la llegada del fantasma que se llama Ortiz Rubio. La imposición persistió en dar el espectáculo de su desvergüenza paseando en trenes oficiales, cuyo costo no pagaba, a la Directiva del Nacional Revolucionario y proyectar en la República la sombra que había de encubrir la infamia. ¡No hubo sitio donde no se marcara con hierro candente su impudicia! Para que hubiese gente que pareciese esperarle y las cámaras de los reporteros no retrataran el vacío, seguían a la comitiva oficial furgones llenos de gente armada, en su mayoría agraristas, a los cuales se amenazaba con retirarles sus parcelas si no concurrían, y además de darles pasajes libres se les gratificaba con dinero y bebidas embriagantes. Y la farándula comenzaba...

En Tampico la imposición había anunciado para Ortiz Rubio el mismo recorrido que hiciera Vasconcelos —de Villa Cecilia a Tampico—, pero la presencia de sus comparsas fue insuficiente para suplir la ausencia del pueblo. Hubieron de conformarse con el mitin en la plaza.

Todos los empleados públicos, el profesorado inclusive, se vio obligado a desfilar, so pena de cese; pero, aun así, no había manera de compensar con ese contingente forzado el homenaje que la villa había tributado el domingo anterior, cuyo recuerdo extendía cenicientos reflejos en los semblantes de los imposicionistas. Éstos, teniendo la fuerza de la maquinaria organizada, eran impotentes para constreñir a su voluntad perversa a una ciudad que había dicho: «No quiero.» En los instantes en que Ortiz Rubio comenzaba a hablar, ocupando el sitio en que una semana antes estuviera Vasconcelos, el contraste rompió la fría hostilidad; en alguna boca brotó el adjetivo flagelante, la burla que traspasa, el comentario despectivo que hizo estallar la ira de la comitiva oficial. ¿De quién fue la primera pistola que disparó? Sonaron varias detonaciones. Las comparsas, cuyo papel consistía en escuchar los discursos del candidato, no teniendo convicción que las enraizara, se desbandaron. Temblando de inquina, del grupo oficial se desprendió uno de los miembros de la comitiva, el asesino Gonzalo Santos, quien ordenó a las tropas cerrar las bocacalles para contener la manifestación desbocada, e incitándoles a cargar contra todo aquel que fuera vasconcelista. Los distintivos brillaban en el botón del ojal. Látigo en alto, los jinetes obedecieron, las balas cortaron su mies. El mitin terminó apresuradamente y esa noche la ciudad tuvo muertos que velar.

El Partido Nacional Revolucionario acusó a los vasconcelistas de haberlo provocado; el gobierno provisional hizo patente su complicidad; pretendió hacerlos responsables del suceso, procurando por ese medio suspender toda reunión pública. En el Casino de Tampico, el club aristocrático, se había preparado un baile para la noche del 8 de septiembre; el duelo en el corazón, pocas familias asistieron, y breves horas después, en su carro especial, ligada por el crimen

nuevo, la comitiva oficial, seguida por los furgones llenos de figurantes, amontonados como bestias de carga, abandonó el puerto. ¡8 de septiembre! ¡A partir de esa fecha, al ir tomando las primicias, la muerte fue sembrando cruces!

Disputa de los cadáveres

Y se vino encima una disputa por los muertos. Fue necesario que los del comité local, asociados con las familias de las víctimas, se raptaran los cadáveres; en seguida les improvisamos capilla ardiente en el local del partido. Los pretorianos que habían causado las muertes, fieles a los dos principios que integran el código no escrito de su institución: «El avance y la tanteada», o sea el apoderamiento de lo ajeno y el engaño, habían pretendido hacer pasar por suyos nuestros muertos, a fin de arrojar sobre nosotros la responsabilidad del cobarde crimen. El testimonio de la multitud que presenció el atraco nada vale en estos casos en que la gente huye atemorizada. La entereza de Celis, nuestro presidente, evitó el escarnio. Embalsamados a medias, dos días expusimos los cuerpos al testimonio popular. Eran las víctimas dos jóvenes bogas de la laguna de Tamiahua. Se conmovió el puerto y las ofrendas florales hicieron pirámide. Pero no había dinero para el sepelio. La primera conferencia, celebrada días antes, en un frontón que se llenó con más de seis mil almas, produjo algo que en seguida se consumió en gastos de urgencia. Ideó entonces el presidente Celis citar a nueva conferencia a precios populares. En un *beer garden*, usado para bailes, al centro de una quinta de los alrededores, logramos, en efecto, reunir más de doce mil personas ardidas de indignación.



«Reptiles», detalle del mural *La revolución de la vida*, de Ramón Cano Manilla

Pero no se logró este triunfo sin previo ardid. Dos horas antes de la conferencia, el jefe de las armas, por conducto del abogado Samperio, me mandó recado «amistoso»: «Quería impedir se nos fuese a atacar de nuevo; nuestra reunión era imprudente —nos aconsejaba, nos advertía—, no se hacía responsable.» «Muy bien —le dije al colega Samperio—. Ninguna amenaza debe detenernos para cumplir un compromiso público; al mismo tiempo quiero que usted no aparezca desairado. Dígale al jefe de armas que no me encontró en el hotel. Mientras llega el momento de la cita me pasearé por la ciudad a fin de que no me lleguen más recados.» Así se hizo, y por aquella sola ocasión ambos contendientes pusimos en juego el código de la tanteada.

Y tuvimos la satisfacción de levantar el campo. Pues Ortiz Rubio y su corte huyeron después de los asesinatos; nosotros dimos todavía la conferencia aludida y nos retiramos de la zona después de una visita a Tuxpan, que resultó un

maravilloso paseo por la laguna de Tamiahua. En Tuxpan, las fuerzas del ejército, a las órdenes del general yaqui Amarillas, se habían mostrado neutrales y eso bastó para que, sin incidentes, el entusiasmo popular desbordara. Un grupo de los mejores vecinos nos dio en Tuxpan uno de esos desayunos de la costa que no mejora la mejor mesa europea, hecho de piña rebanada, plátano frito de varias clases, chocolate con hojaldras, mantequilla, chicozapotes y dulces. Para la travesía de la laguna, uno de los abogados de las empresas nos prestó una lancha gasolinera lujosa. Temían algunos que esta atención diera lugar a que se nos acusara de colusión con las empresas. Deseché el escrúpulo. ¡Si las compañías hubiesen dado dinero para la propaganda, como lo dieron a los del gobierno, seguramente no nos quedamos sin vengar nuestros muertos!

En el tren que nos sacó de Tampico, rumbo de Monterrey y Chihuahua, viajaban de madrugada, en el mismo vagón de primera, dos o tres concejales tampiqueños, conocidos por apodos dignos de *gansters*, y veinte o treinta polizontes de la comarca, reconcentrados días antes en el puerto para el recibimiento de Ortiz Rubio y las matanzas de rigor. Y regresaban a sus distritos. Conmigo iban dos de los muchachos y los del enemigo, insolentados, eran más de cuarenta. En una de las primeras estaciones bajó un grupo de cinco o seis. Al lado de mi ventanilla procuraba yo dormitar. Los que se apearon acercáronse por el andén, al lado mismo de mi vidriera, vociferando insolencias, e hicieron unos disparos; sólo que, con el rabo del ojo, advertí que descargaban al aire. Y reflexioné: «Si quisieran de verdad hacernos daño nos hubieran atacado en el vagón»; así es que, como si nada hubiera pasado, los vi un instante; luego torné a cerrar los ojos, me estiré como para seguir mi sueño. Entonces, entre risotadas clamaron los esbirros: «No

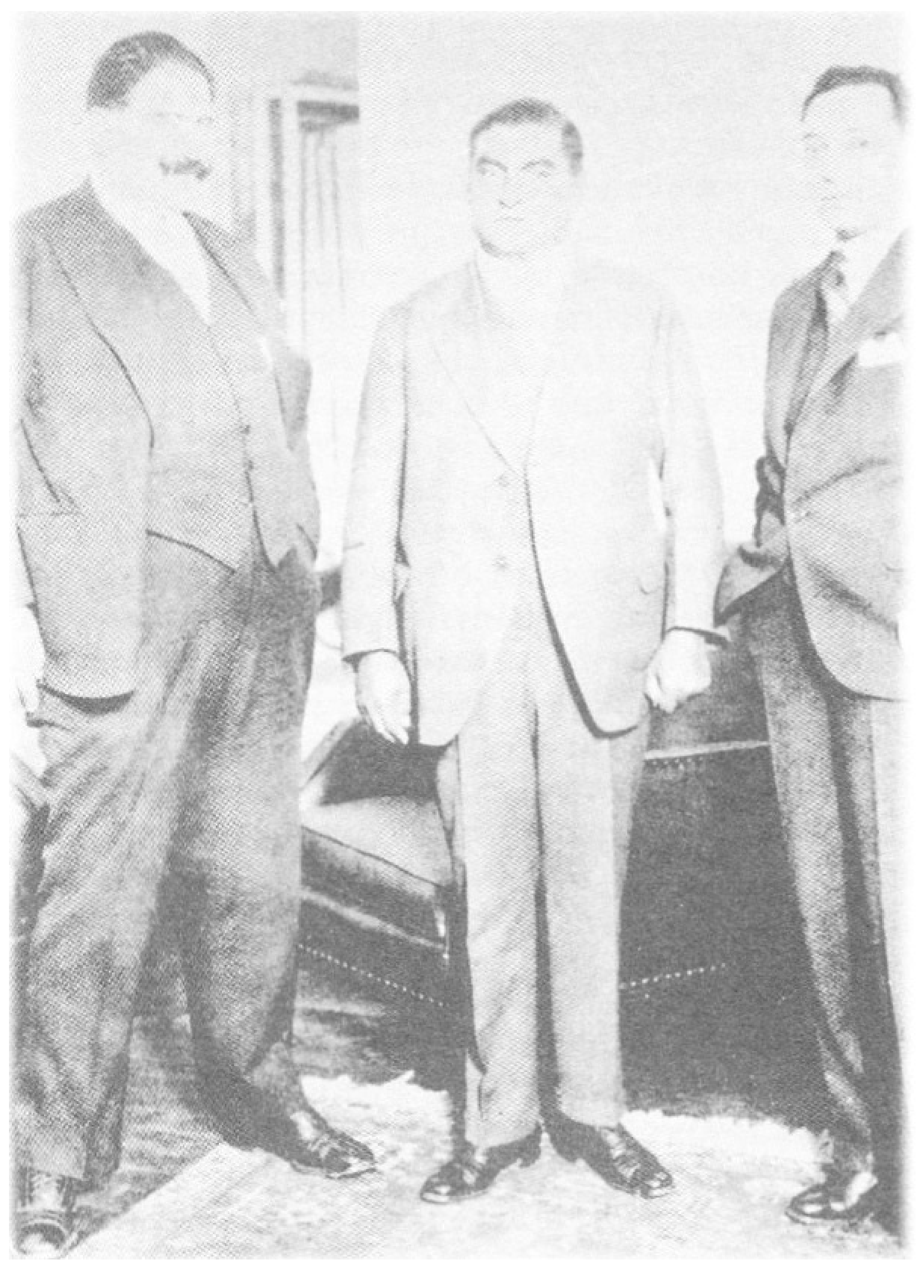
se asustó el c...», y se largaron.

Un presidenciable

Consecuente con la tesis infame de que México necesita ser gobernado por asesinos, en la capital, el diputado que más tarde fue Ministro de Gobernación, jefe del partido del gobierno y candidato oficial a la presidencia, el pulquero de Toluca, Riva Palacio, advirtió una noche a Germán de Campo, en el intervalo de los discursos de un mitin: «Mire, jovencito: ataque a todo el mundo, pero a mi general Calles no lo toque; yo sé por qué se lo digo, le conviene»... Contestó Germán, jugándole la leontina que le colgaba de la panza: «No estoy para oír consejos de... personas como usted.» A las pocas noches, desde autos capitaneados por diputados, y con pistolas Thompson, se hizo fuego sobre la multitud; en la confusión producida, un asesino de alquiler se acercó a la víctima designada y Germán cayó mortalmente herido a media calle. Su elogio consta en los párrafos que siguen, debidos a la pluma de Valeria:



Carlos Riva Palacio, ministro de Gobernación durante el gobierno de Emilio Portes Gil



Carlos Riva Palacio, Emilio Portes Gil y Eduardo Vasconcelos

GERMÁN DE CAMPO

En la capital cayó el primero de los miembros del batallón juvenil. Su poca edad, su ardiente pureza, el haberse ido llevando intacto el estado de gracia que había creado la unidad moral mexicana, han hecho de él un símbolo: el de aquella juventud sacrificada. Se llamó Germán de Campo. Tenía el cutis fresco y

sonrosado como el de un niño, los ojos brillantes de ilusión, los cabellos dorados, rebeldes juguetes de la brisa. El gesto habitual de confianza, de ardorosa fe. Tenía el alma consumida por visiones nostálgicas y luminosas: contaba, a más de sus compañeros vivos, con una pléyade ideal que su imaginación y sensibilidad habían llamado al festín del ideal que se encarnaba hora a hora. En su charla familiar evocaba a más de uno de esos seres punzantes que inquietan, traspasando de piedad el corazón, frecuentes en la literatura rusa del siglo pasado, y gustaba volver, atando guirnaldas, en torno al destino de aquel Sacha Yegulev, a quien la sed de reivindicación lleva a convertirse en jefe de una banda incendiaria y perece, al fin, él, un ascua de pureza, oscura, oscuramente…

Los mítines, gérmenes que fueron de los clubes instalados para esa fecha en cada barrio, seguían su vida heroica, habiendo ya entrado por una garganta estrecha y accidentada. En cada uno de ellos rondaban individuos sospechosos, que recordaban la inspección de policía y el presidio. Sin embargo, las autoridades, en este caso el gobierno, Departamento Central, seguía expidiendo órdenes en las que autorizaba a los antirreeleccionistas a hablar al pueblo en uno de sus derechos cívicos. Lo que no impidió que comenzaran los polizontes a apresar a todos aquellos que más se distinguían, una vez que la gente se dispersaba, y lo usual en ese entonces fue que los oradores pasaran en alguna comisaría o en la inspección la noche. Pero en vista de que esas medidas, tiernamente preventivas, no surtían el efecto deseado, ya que en cuanto se les ponía en libertad reincidían en la ofensa por las calles solitarias y mal alumbradas de los barrios, cuando en grupo cerrado volvían los muchachos, sabiendo que se les buscaba, vez tras vez habían sido asaltados por hombres armados con garrotes, persistieron, no queriendo interpretar aquellas advertencias.

La gente ruda de la barriada, el auditorio usual que concurría a buscar en las palabras el alimento que las hojas escritas no les proporcionaba, con el sentido justo de la realidad que da el contacto con la vida, se ofreció, espontánea, a concurrir a los mítines armada, «por si acaso». Eran los matanceros, los pulqueros, los albañiles, los carpinteros. Pero el partido quiso evitar la provocación y no aceptó la defensa ofrecida. Había que seguir yendo inerme. Se obedeció. El 20 de septiembre tuvo lugar un mitin en el mismo sitio de la Avenida Juárez, donde tres días antes Ibarra Chaires anunciara el milagro de la preservación de la vida del jefe. Esta noche habló Germán de Campo, y en tanto ocupaba la tribuna, sus ojos, distraídos, cayeron sobre un semblante que cercano le miraba. Reconoció en aquella faz la de un desconocido que días antes, por la noche, le había asaltado con un garrote. Levantando la voz, indicó al hombre, descubriéndolo. En torno al desconocido se hizo un remolino. El peligro de muerte vuelve implacable; aquél pretendió deslizarse, pero fue cogido por fuertes manos airadas. Pero De Campo, ebrio de cristiano sentir, desde la altura intervino despertando en su gente el orgullo de ser distinto al enemigo, recordando aquella frase de Vasconcelos: «A nuestro paso no han de quedar cadáveres.» Y añadió: «Que sean los otros quienes tiñan sus manos en nuestra sangre; caerá sobre sus cabezas, indeleble.» El desconocido, con el secreto que sólo él sabía, miró de

soslayo con la sorpresa de la adúltera que conocía la ley. Ningún puño crispado le aferraba; huyó.

El mitin terminó; pero la multitud, como criatura que pide una merced, rogó no desbandarse aún, sino recorrer la ciudad afirmando su adhesión. En el contacto vivo de las reuniones había el calor de una certeza: en la soledad de cada vida había una interrogación cada vez más angustiosa. Del choque de la fe, chispazos de confianza disipaban las sombras; diríase que obraban los mítines, las conferencias, como inyecciones violentas que calmaban la tensión de la espera. Poco faltaba para las nueve de la noche. La gente desfiló por la Avenida Hidalgo; estaba por llegar ante el jardín de San Fernando cuando en sentido opuesto apareció un coche a toda velocidad. Llevaba placas oficiales. Sin dar tiempo a pensar, acercándose a la manifestación abrió fuego sobre la masa humana: hombres, mujeres, niños. Tiraban con ametralladoras. El primer impulso de la muchedumbre atacada fue replegarse contra los muros, buscar refugio tras el tronco de los árboles para abrir campo al coche asesino: huir. Una chiquilla, vendedora ambulante, había soltado la bandeja de su mercancía, y de puntillas, sombra de espanto contra la piedra, con las manitas extendidas y las pupilas dilatadas, pisaba con los pies descalzos los pasteles, que desmenuzados hollaba. El fuego seguía. De Campo, adelantándose, gritó a los que huían: «Si nos han de matar, que sea de frente.» En ese instante, subrepticiamente, se acercó a él un individuo, quien, a quemarropa, en la nuca, le descerrajó un tiro. Cayó sin una queja. Sus compañeros se volvieron hacía él, creyendo que había resbalado; pero la mano amiga que se tendió para ayudarle no encontró respuesta. Y al inclinarse para levantar su cabeza, de entre los bucles rubios sangre carmesí lentamente fluía. El asesino fue apresado por la gente misma. Era el desconocido que horas antes De Campo había dejado ir. El coche de muerte había pasado como aletazo fúnebre. La cosecha del Partido Nacional Revolucionario fueron tres muertos: un estudiante y dos obreros. Los tripulantes habían sido reconocidos. El número de la placa, inscrito. El gobierno provisional no iba a tener más que cumplir con la justicia que tanto prometía. La gente misma había hecho la investigación.

Instantes después, uno de los compañeros de De Campo cruzaba la Avenida Juárez, a la altura de San Juan de Letrán, cuando vio, detenido por el tráfico, al coche presidencial y en él a Portes Gil. Hollando protocolo que la muerte hacía olvidar, saltó al estribo abriendo la portezuela. No era desconocido para el presidente, pues había sido de la delegación estudiantil que trató con él durante la huelga. Con frases desgarradas expuso lo acontecido, reclamando justicia, indicando a los culpables. Su emoción debe haber obrado sobre el presidente como la sugestión que determina un buen actor. Se conmovió, hizo sentar al joven a su lado para que detenidamente expusiera los hechos, y dando nueva orden al chofer se hizo acompañar por el transido vasconcelista hasta la Inspección de Policía, dando en su presencia las órdenes que debían cauterizar la llaga. Dio también su palabra de honor. ¡Con qué abundancia hizo Portes Gil circular esa moneda falsa! ¡El honor! ¡Su honor! Si algún concepto tuviera del honor, más se acercaría al admirado por los griegos, hecho de astucia, de fraude, de dolo, de maniobra que el

fin justifica.

En tanto, la policía tenía entre sus manos al asesino, el número de la placa y el nombre de uno de los tripulantes. Era el de Gonzalo N. Santos, miembro prominente del Nacional Revolucionario. Bastó eso para que se inventara un complicado embrollo con objeto de justificar que no había caso para proceder. El asesino había sido apresado por aquellos que le habían visto disparar, tenía aún la pistola; el calibre de la bala que mató a De Campo correspondía con un cartucho quemado en el tirador. Sin embargo, hubo manera de desvirtuar esas evidencias, tildándolas de suposiciones. El gobierno no es que no se atreviera a proceder contra el instrumento del Nacional Revolucionario ni contra uno de sus miembros más en evidencia, *sino que no quería* hacerlo. Hubiera equivalido a castigar a uno de sus propios miembros.

En vista de que la investigación se embrollaba en distingos de leguleyo, cuando los cadáveres aún insepultos eran velados en la cámara mortuoria por la población entera, que en grupos de diez, de doce, se estuvo renovando cada cuatro o cinco minutos, una comisión de estudiantes, compañeros de De Campo, la misma que durante la huelga pasada tratara con el presidente provisional, pidió audiencia para recordarle la palabra dada, la promesa contraída. Portes Gil la recibió. Se había desgastado la impresión emotiva que se tradujo en un gesto de indignación. ¿Contagio? ¿Fingimiento? Lleno de reticencias, con frases veladas, respondió esencialmente a los que, ingenuos, persistían en tomar por buenas las falsas monedas de su honor comprometido: «Hay una banda de asesinos suelta; todos la conocemos y *yo* nada puedo hacer. Les aconsejo, ya que otra cosa no es prudente, que suspendan toda reunión pública, que dejen de hablar al pueblo, porque no puedo, no podemos dar garantías.» En el momento en que los estudiantes cruzaban la antesala presidencial, sus fugaces ilusiones despejadas, Gonzalo N. Santos se dirigía hacia la puerta por la cual acababa de salir, con el aire de quien está en su casa.

Amenazas a la prensa, amenazas indeterminadas, individuos sospechosos que rondaban en los mítines, policías que, no obstante las órdenes del jefe del Departamento Central (creado en sustitución del Gobierno del Distrito), apresaban a los oradores; sugerencias de prudente silencio, advertencias que no habían querido ser oídas, no hacían sino rematar en los asesinatos del 20 de septiembre, cuya intención descubrían las palabras del presidente, como transparente linfa, el fondo de fango. Había que hacer cesar, costara lo que costara, toda reunión, toda expresión popular.

El domingo 23 de septiembre fue un día gris y lluvioso en el cual dolorosa comitiva acompañó hasta su último albergue los despojos yertos de quienes, días antes, eran animadores, modeladores de una nueva conciencia en formación. Lentamente, bajo las gotas finas que tejían una bruma, se desenvolvió el cortejo desde la céntrica calle de Bolívar, donde estuvo la cámara ardiente, hasta el panteón de Dolores. A la cabeza, muda protesta, dos inmensos letreros en los cuales se veía doblemente estampado el nombre de Santos; abajo, otro nombre y una fecha: «Septiembre 20 de 1927, Fernando Capdeviel.» «Septiembre 20 de 1929,

Germán de Campo.» (El asesinato preparado en la persona del estudiante Capdeviel, justamente dos años antes, en la misma fecha, por Santos, había quedado impune gracias al fuero que éste gozaba desde entonces, y que para nada entorpeció su carrera política. Era uno de los miembros más sobresalientes del Partido Nacional Revolucionario y llegó a ser jefe del mismo al tiempo en que se declaraba electo a Ortiz Rubio.)

Más de diez mil almas siguieron los despojos mortales, y cuando las paletadas de tierra comenzaron a caer sobre los féretros, las palabras de los vivos mantuvieron la alianza consagrada. Ahí, por primera vez, Carlos Pellicer tomó rango entre los jóvenes. Las lágrimas se deslizaban, velando la congoja, en tanto que la lluvia pertinaz caía sobre la tierra transida, y cuando sobre las fosas llenas comenzaron las coronas a formar un túmulo, las voces torpes, temblorosas, quebrándose en la pena, cercaron a los que se habían ido con un cántico que despertaba ecos sin fin en cada conciencia: el Himno Nacional.

Con sus estrofas se sellaba un pacto.

La leyenda de mi intratabilidad

Cuando nos hemos portado mal en el desempeño de la tarea que afecta a una causa, es más fácil hallarle defectos al que hace de jefe que confesar nuestras faltas. Cada uno de los que han ido desertando de lo del 29 añade un grano a la leyenda falsa de que por inconsecuencias de mi carácter logré hacer enemigos de muchos amigos y derroté mi propia misión. Y yo pregunto: ¿Quién es aquel que en la derrota no se ve desertado, calumniado, negado, así posea la paciencia de un santo? Por otra parte, el que tiene la responsabilidad de una alta empresa está obligado a exigir de los demás la misma disciplina que a sí mismo se impone y que, como mínimo, consiste en obrar de buena fe y según el *maximum* de nuestra personal capacidad. Aceptado este criterio, juzgue quien lea lo que sigue.

A Tampico me llegó telegrama de México en que me avisaba el licenciado Maldonado, identificado con Vito y que lo había sustituido como jefe de propaganda, el haber cerrado contrato para la impresión de las boletas electorales de nuestro partido, por valor de quince mil pesos, y me pedía que se los girara. Antes de salir de la capital había yo discutido el costo de las boletas con mi paño de lágrimas en materia económica, que lo era Gómez Morín. Y éste me acababa de comunicar que contara con la impresión ya concertada en no más de seis mil pesos. Al instante contesté a Maldonado que sentía no me hubiese consultado antes de

firmar el contrato, pero que ya estaban conseguidas las boletas por otro conducto. Creo que hubo un nuevo mensaje, que probablemente yo no contesté para evitar discusiones agrias en público. Y las cajas con las boletas de Gómez Morín se entregaron al Partido Antirreeleccionista, en donde trabajaban eficazmente, junto con Maldonado, el licenciado Cataño Flores, don Alfredo Álvarez, así como mi buen amigo y compadre el tesorero don Vicente Ortiz.



El tren de Orizaba: «El examen de un mapa de los ferrocarriles convence a un chico de primaria del desastre de semejante reparto»

Al mes, más o menos, regresé a México, después de la gira de Chihuahua, para enterarme de que la distribución había sido hecha en forma peregrina, por no decir que irritante, pues ordenó el licenciado Maldonado que se apartaran lotes por estados, mandando cada cargamento a la capital respectiva. Y para el reparto nombró comisionado especial, que a costa del partido se trasladase a Jalapa, a Puebla, a Guanajuato, etc., etc. Aquello era teóricamente impecable, cada capital distribuiría en su jurisdicción, pero no tomaba

en cuenta el sistema de comunicaciones. Tampoco hacían falta los delegados especiales, ni había con qué pagarlos. Y sucedió que fueron cajas a capitales de provincia donde no había ni club instalado, como San Luis y Guanajuato, y en cambio no llegaron a León, a Irapuato y Acámbaro, etc., etc. Peor aún, las boletas, por ejemplo, de Orizaba y Veracruz, que están sobre el ferrocarril troncal, fueron a dar innecesaria vuelta a Jalapa; las de Tuxtepec fueron primero a Oaxaca. El examen de un mapa de los ferrocarriles convence a un chico de primaria del desastre de semejante reparto.

Nunca pude entender los motivos de este enredo, que no puedo atribuir a incapacidad tratándose de un hombre como el licenciado Maldonado. Pero reformé su acuerdo, y con rapidez, quizá con rudeza, ordené que se hicieran los empaques directos, según las vías férreas, y que las boletas se entregasen a los comités que en cada lugar ya existían.

Inmediatamente se alegó que yo había hecho un desaire al licenciado Maldonado. Malas gentes que todavía quedaban en el famoso partido, emboscadas desde los fracasos del gomismo y el villarrealismo, diseminaron la acusación de que no sabía yo tratar a mis subordinados. Elena Torres, cuya adhesión a nuestra causa no pongo en duda, hizo, sin embargo, lo que solía desde el Ministerio de Educación: colocarse a mi lado, pero a fin de discutir, condenar mis acuerdos, y prestar apoyo y defensa a los que yo pretendía disciplinar por alguna falta patente…

—Tiene usted ofendido al licenciado Maldonado —me dijo Elenita—; si no se corrige usted de esas intemperancias, dice el licenciado que va a renunciar, y esa renuncia nos va a hacer mucho daño.

—Mire, Elenita —repuse con calma—, no me hable ni del licenciado ni de mí, no se trata de nuestras personas; dígame

si le parece digno siquiera de un amanuense de buena fe el plan de distribuir las boletas de Apizaco, que está a dos horas de aquí por tren, mandándolas primero a Tlaxcala, que está a un día, con transborde…

—No, pero el licenciado Maldonado ha prestado grandes servicios, su personalidad, si renuncia…

—¡Ay, Elenita, no me traiga amenazas, tráigame la renuncia!

No renunció el licenciado; y mucho había de pesarme unos cuantos meses después que su separación no se hubiese producido a tiempo.

Y en la ocasión llegaron las boletas a donde hacía falta, gracias a mi intratabilidad.

A la costa de occidente no remitimos boletas; nuestros comités, bien organizados, se encargaron de hacerlas. En la capital y otras secciones, los católicos atendieron ese servicio. Sólo en el reducido sector que había encomendado al famoso partido surgieron tropiezos.

En Laredo

Llegamos una tarde y hubo una procesión, ridícula si se la compara con las recepciones de Piedras Negras, o Ciudad Juárez, o Nogales. Y ni siquiera mencionaría la visita, consecuente con el precepto de san Pablo de sacudirse de los zapatos el polvo de aquellos sitios en que no halla eco la verdad, si no fuese por la gratitud que debo a un grupo de patriotas y amigos que reunieron trescientas a cuatrocientas almas, y nos crearon partido en esa frontera. Con afecto particular, recuerdo al excelente hombre y buen ciudadano, el general don Reynaldo de la Garza, ex comandante de los tiempos de Carranza, que tenía toda la razón para abrigar cierto prejuicio en mi contra y que, como hombre de principios y caballero, no sólo olvidó resquemores para darme su adhesión política, sino que me abrió su casa, me alojó en el seno de su honorable, afabilísima familia, me hizo sentir calor de hogar en medio de aquella rufianería que dominaba la República. Y me lo advirtió:



Los señores general Álvaro Obregón, licenciado Miguel Alessio Robles, Eduardo Neri y general Antonio I. Villarreal, ante el banquete en Santa Fe.

—Va a haber que pelear.

—Sí, general, y aunque eso ya no va a depender de mí,

porque el jefe no puede salir solo con una pistola a la calle, ¡tenga usted la seguridad de que me uniré al primer grupo que levante bandera de protesta armada!

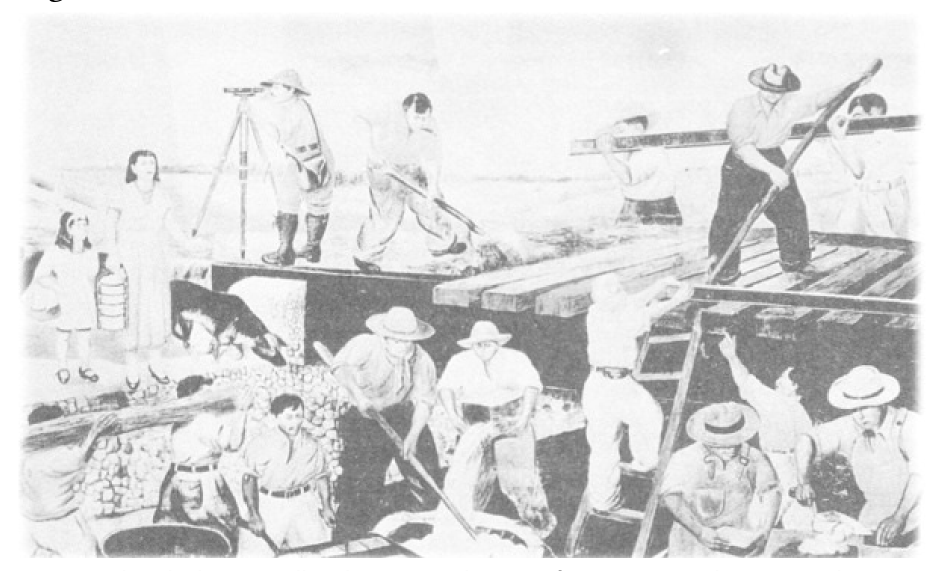
Y con pericia y esmero, la señora o la hermana del viejo ameritado general que, *rara avis* en el carrancismo, salió de la comandancia pobre, limpió, aceitó mi pistola, como símbolo de la necesidad de la hora próxima.

Alguna gente acudió a vernos.

Y también del otro lado me llevaban informes... «Antonio, Antonio Villarreal —preguntaba yo— ¿por qué está callado?, ¿por qué no me perdona el ser candidato si a él lo eliminó la mala suerte?»... «Eso le hemos dicho todos, y yo, que soy su pariente —dijo un buen hombre—, no le tengo a bien su... bueno, hablemos claro, su hostilidad...; se irrita cuando se le habla de eso, amenaza con declararse ortiz-rubista... Acabará por hacerlo.» No así don Pablo González. Él sí, olvidado de agravios, que me han pesado a mí, que los cometí, urgía a su amigos que me apoyasen. ¡Cuán cierto es que no alcanza el lapso de una vida para rectificar nuestros juicios, para liquidar nuestras deudas, para expiar nuestras faltas! Por eso es tan grande, tan necesario, el concepto del juicio final, el lógico balance de la conducta de la especie. Su necesidad nos obliga a suponer que no es nuestro futuro como el de la bestia, simple disolución de sus elementos. Pues ¿quién ha visto que, por ejemplo, se corrompa un pensamiento? Y el alma que formula los pensamientos, ¿no presupone una esencia de igual poderío que sus frutos?

Chihuahua

El gobierno se había descarado. Cuando a Portes Gil le pidieron el castigo de lo de Germán, contestó: «Nada puedo remediar, estamos rodeados de asesinos; lo que han de hacer ustedes es cuidarse», añadió refiriéndose a los mismos que, encabezados por Enrique Guerrero, habían tenido la ingenuidad de reclamarle justicia. Insolentados, esbirros y políticos reanudaron sus amenazas, predijeron que no saldría yo vivo de la gira por Chihuahua. Lo cierto es que, apenas tocamos la primera población chihuahuense, sentimos la presión de las autoridades, más fuerte que en los lugares del anterior recorrido.



El trabajo metodizado, mural de Ramón Cano Manilla: «Gracias otra vez a los ferrocarrileros, la recepción de la capital del estado nos sacó la espina chlhuahuense»…

Llegué a pensar en la conveniencia de suspender la gira como una protesta contra los asesinatos, las amenazas y los estorbos que hallaba, pero tal acto se hubiera atribuido a miedo de riesgos personales. A Torreón llegamos de improviso para evitar que una recepción repetida desluciese la primera. Sin embargo, a despedirnos acudió público en gran cantidad. Alarmadas, las mujeres nos imponían de los rumores. Crecían éstos, hasta el grado de asegurar que en el mismo tren iban asesinos encargados de atacarnos. Desvanecieron fácilmente esta versión los ferrocarrileros, que en su inmensa mayoría eran nuestros; pero la recepción de Jiménez, verificada al oscurecer, reunió poca gente. Allí se nos unieron, sin embargo, dos auxiliares insuperables: Vito Aguirre y Rodolfo Uranga. Se enfadaron cuando les dije: «¿Qué pasa con su estado, que no demuestra la hombría de Coahuila, de Tamaulipas?» Ellos mismos no querían creer lo que veían. Pero otros, menos cegados por el valor y la ilusión, nos enteraron de las órdenes estrictas que mandaba la capital. En todo el estado íbamos a hallar una resistencia sin ejemplo. Hubo mitin en la placita de Jiménez y descargamos las baterías, incitamos al pueblo a que desoyera alarmas y se enfrentara con los imposicionistas. Sobre Luis León, el cacique mayor del estado y ministro callista, consejero de Ortiz Rubio y hacendado de los nuevos, acumuláronse maldiciones... Contestó León desde México el insulto y aseguró que no era asesino...

—Bueno —respondí—, le tomaremos la palabra, y adelante.

En Parral, la fuerza pública se portó bien, retirando de la plaza a dos o tres alquilados que pretendían interrumpir un bien logrado mitin matinal. Luego, por la tarde, los amigos de Parral nos llevaron a lo que resultó una verdadera celada en el mineral de Santa Bárbara. Allí nuestra puntualidad nos salvó, porque hicimos el mitin, se produjo el motín y lo

dominamos antes de que llegaran en auto, que se cruzó con el nuestro, al regreso, los diputados que llevaban el propósito de que hubiera sangre. Sucedió que una porra empezó a interrumpir a nuestros oradores, gritando: «¡Viva Calles!» Alzaba la voz Carpy Manzano, se ahogaba casi y no se hacía oír. Pretendió hablar Chano Urueta; tampoco le valió ni el nombre del padre, muy respetado en todo el estado. Para hacerme oír, imaginé la estratagema de empezar con un ademán seguido de una pausa; el silencio hizo efecto, que aproveché con una alocución dura, injuriosa, que terminé antes de que la porra reanudase su escándalo. Al bajar de la tribuna, se echaron los porristas sobre los vecinos que nos formaron valla. Interviniendo en la confusión, Ahumada dejó en tierra, de una bofetada, a uno de los más escandalosos y le quitó la pistola. Se asustaron los alborotadores y retrocedieron, pero en ese instante, con generosidad inoportuna, Ahumada devolvió la pistola al que había golpeado... Más tarde le censuré por esto... «No se devuelven pistolas cuando no ha terminado el encuentro»... No había terminado, en efecto; nuevamente nos asaltaron, según nos dirigíamos a la salida del pueblo, que se hace por un puente angosto. Por un momento me quedé solo y oí que a mi lado decían: «Ya lo dejaron solo, le daremos nosotros escolta.» Se acercaron a mí los generosos desconocidos y me acompañaron... Del otro lado del puente estaban los dos autos que nos habían llevado. Pronto estuvimos juntos todos y a salvo. Unas cuantas piedras nos alcanzaron todavía, sin hacer blanco, y salimos del lugar, sin apresuramiento, pero indignado yo de la ocasión.

Uranga y Aguirre habían formado clubes en todo el estado. En Parral había una directiva fuerte, bienquista, pero de fuerza electoral. Cuando la convoqué por la noche, irritado todavía por lo de Santa Bárbara, expuse: «No hay

que preocuparse de las elecciones, las tenemos ganadas; lo que les pregunto es: ¿Qué elementos hay por aquí para la rebelión?» Me contestaron con franqueza: «En esto no hemos pensado siquiera; el pueblo está decaído, sufrió mucho con la rebelión escobarista.» «No levantará usted aquí ni veinte hombres», afirmó otro. Aquello me desagradó, porque era la zona de Parral una de las que, por su fama de valentía, me pasaban por la imaginación cada vez que pensaba en un lugar donde meterme con alguna gente armada si fracasaba por cualquier circunstancia lo que preparábamos en Mazatlán; también si por cualquier causa no podía llegar a Mazatlán para la fecha de las elecciones.

En Santa Rosalía nos aguardaba situación peor que la de Parral. Según nos acercamos por la noche al pueblo, reunida ya la gente en la plaza engalanada para el mitin, un grupo de vecinos se adelantó para avisar que no usásemos la carretera porque había gente emboscada para asesinarnos. Un simpatizador ex villista, encargado de una finca próxima, consiguió que el ferrocarril nos diera una camioneta de vía y llegamos por la estación. De allí se nos trasportó al kiosco. La espera de varias horas no había desanimado a la multitud. Conmigo hablaron Ahumada y Pedrero en términos agresivos, acusando al gobierno por el asesinato de Germán de Campo. Al día siguiente, cuando a instancias de los vecinos quisimos dar una conferencia, no se conseguía local y citamos para un corralón. Delante de poca gente atemorizada hablamos nuevamente. Unos treinta policías empistolados se presentaron a *vigilar que no se atacara a las autoridades*, pero no nos interrumpieron: reservaron sus venganzas para los vecinos que nos escuchaban.

Gracias otra vez a los ferrocarrileros, la recepción de la capital del estado nos sacó la espina chihuahuense, nos compensó de los malos ratos de las poblaciones pequeñas,

dominadas por el gangsterismo gubernamental. En Santa Eulalia nos apearon del tren; me alojaron en la casa de un ferrocarrilero por el barrio moderno inmediato a la estación. El lugar de mi permanencia quedó secreto. Teniéndome ya seguro, terminaron los correligionarios sus preparativos de la entrada pública que hice el día siguiente, un domingo a las once. Las aceras del tránsito estuvieron llenas de gente. Atravesamos a pie de las orillas de la ciudad al hotel, frente a la plaza pública. Escoltado por treinta o cuarenta vigorosos rieleros, en actitud de desafío, y seguidos de una columna que engrosaba según avanzábamos, recogimos las unánimes aclamaciones de un pueblo que, por un día, se había resuelto a ser libre.

Desde el balcón revisé la masa de sombreros varoniles. Algo en el aire evocaba las hazañas de la revolución que destruyó el militarismo de Victoriano Huerta. ¿Por qué no había de repetirse el milagro cívico? Aliviado momentáneamente, expresé: «Traemos desgarrado el corazón por el asesinato de Germán de Campo, el más glorioso de los muchachos de esta generación. Su asesinato, cometido por los mismos que mañana harán las elecciones, nos obliga a proclamar la gravedad de la hora presente. No estamos en pacífico ejercicio democrático sino en tragedia que compromete el honor de cada uno de los mexicanos. En consecuencia, pregunto a los hombres que me escuchan: ¿Quiénes son los que están allí de simples curiosos o de enemigos, y quiénes son los correligionarios, es decir, los que estén dispuestos a vengar a Germán de Campo, dispuestos también a hacer respetar, arma en mano, su voto?... Que levanten la mano los que sean simples curiosos»... No se movió ninguno de los presentes. En seguida, tras de pausa conveniente, grité: «Ahora, que levanten la mano los que estén dispuestos a pelear, no sólo a

votar»... Todas las manos se alzaron, reforzadas con gritos de venganza, con gestos de indignación y de promesa... «No tengo otra cosa que deciros —clamé—; os doy las gracias, quedamos citados, confío en Chihuahua», y me aparté del balcón. Abajo insistieron las aclamaciones, los aplausos, y volví a salir, pero sólo para escuchar el magnífico discurso de Uranga. Y el ánimo se solazaba tanto contemplando la austera decisión de aquel pueblo, que pensé: «No se va a quedar con la patada de una imposición sangrienta.»

Consolador fue también el recorrido de la sierra donde, gracias a los ferrocarrileros y a la señora Luz Corral de Villa, hicimos amigos, concertamos alianzas.

La estruendosa, ardiente recepción de Ciudad Juárez fue dirigida por Uranga, Enrique Vasconcelos, don Baudelio Pérez, el doctor Ballesteros, Vito Aguirre, tantos otros fieles amigos hasta la fecha, que lograron remover a la población en su conjunto. Y vaya que era difícil sacar fuerzas morales de un triste lugar de frontera, donde los pretorianos han acabado con todo y no quedan sino garitos, bares de whiskey, lenocinios y general degradación que ellos mismos explotan. Y a pesar de eso, no faltaron patriotas. Por ejemplo, el dueño del modesto hotel que me hospedaba. De su corta fortuna sostenía, en los bajos, un club vasconcelista con casa abierta, todas las noches, para discursos y conferencias. En los altos nos cedió tres o cuatro habitaciones, y era contribuyente regular para los gastos del partido. Así varios comerciantes del lugar, principalmente los que se veían estrangulados, arruinados por el negocio en grande. Era éste el del vicio, manejado por los generales en colusión con judíos de Norteamérica.

En Juárez, como en Chihuahua, la juventud estudiosa nos demostró adhesión. El ingeniero Escobar, de la escuela

privada de agricultura, noble, utilísima institución, permitió que en su colegio habláramos, no de sociología ni de filosofía, sino de la política militante del momento. Y en plena aula conté los crímenes que en la capital cometía el pretorianismo de la hora, heredero del pretorianismo de siempre, padre del pretorianismo futuro, hasta en tanto que el pueblo mexicano no se decida a consumar un escarmiento.

En Juárez volvió a presentarse Valeria. Le había tocado estar en la capital cuando el asesinato de Germán de Campo. A su casa, refugio de los jóvenes, habían llegado, todavía sudorosos de la refriega, media docena de compañeros de la víctima. Y hasta el alba escuchó sus lamentaciones por el hermano caído, sus promesas de vengarlo oportunamente. Por su parte, Valeria manifestó haber decidido instalarse en Nueva York, para hacer propaganda en los círculos intelectuales de aquella metrópoli. Era menester que el mundo se enterase de lo que estaba ocurriendo en México; era cosa que interesaba no sólo a México, sino a toda la América española. Si Estados Unidos se hacía solidario de la camarilla de asesinos que entre nosotros se repartía la presidencia, los ministerios, las jefaturas de armas, que, por lo menos, nadie alegase ignorancia. Nadie, por supuesto, como Valeria para una tarea de esta índole. Pero yo me oponía a su viaje. No quería verla desenraizarse de México, comprometerse públicamente. Su posición económica, brillante en un tiempo, empezaba a ser apurada. ¿Y con qué iba a sostenerse si se veía condenada a una expatriación larga? A otros había divertido que no cruzasen la frontera sin elementos. Y les recordé: No contamos, ni contaremos, con los seiscientos mil pesos que gastó Gustavo Madero en el sostén de los que escapaban del porfirismo. Era menester que en México se escondieran los jefes cuando llegase el

momento, si no podían remontarse, pero que no pasaran la frontera sin recursos para sus exigencias personales... Pero, ¿quién convence a una mujer que ha tomado su partido? Se fue Valeria alegando, y eso sí con razón, que no contaba con garantías en México una mujer que se decidía, como estaba decidida ella, a desenmascarar, a no ceder. Su caso, en verdad, no era el de tantas otras que ocupan primera fila en determinada agitación política; luego aceptan la derrota sin honra, se acomodan con el vencedor; o se callan, cuando no vuelven la lengua contra el mismo que proclamaron jefe, así que lo ven derrotado.

Ciudad Juárez, con su metrópoli que es El Paso, vivía aún su periodo heroico: pensando todo el mundo en revolucionar. En Laredo predomina el sentido comercial: Piedras Negras está dormida, no sé si desde que la fundaron, y Nogales se agita por cuestiones locales; pero El Paso está siempre en ebullición de planes y preocupaciones de envergadura. No se hablaba en esos días sino de la similitud de la situación nuestra con la de Madero, meses antes de la revolución. Y aunque en pequeña escala, nuestros amigos compraban armas. Desde San Antonio llegó el simpático doctor Insáustegui Mena para hacernos entrega, con riesgo personal, de una ametralladora, que era el producto de suscripciones de correligionarios de toda categoría. Diversas personas obsequiaron pistolas ordinarias y todos compramos cartuchos; de suerte que al tomar el *pullman* rumbo a la capital fue necesaria la complicidad de los conductores del tren y los inspectores para que no nos confiscasen el pequeño arsenal que repartimos, aun bajo los asientos, de contrabando. Un partidario nuevo, muy valioso, conseguí en Juárez en la persona del ingeniero Paredes, que sacrificando su dinero y su tiempo aceptó representarme oficialmente en Washington, a fin de preparar la opinión a

nuestro favor cuando estallase la revolución que seguiría a las elecciones.

La capital desborda

Al principio hubo incertidumbre y divergencia de opiniones. Suspendidos los mítines de la capital como protesta contra el asesinato de Germán de Campo, ¿no era mejor que mi regreso se operase en silencio? Pues bien podía suceder que el terror, el desaliento reinantes, diesen lugar a una recepción deslucida. Y hubiera sido desastroso que nuestro regreso de la gira por el Norte no se señalase con recibimiento siquiera tan solemne como la primera recepción del mes de marzo. Y no faltó quien escribiese aconsejando que no expusiésemos inútilmente la vida de nuestros correligionarios y que me quedara en el Norte a esperar las elecciones, o que entrase a la capital sin anuncio y como simple particular. Entre tanto, el gobierno hacía circular la versión de que ya no regresaría yo al centro, de que desistía de la campaña. Por último, lanzó una noche boletines y extras anunciando que había yo cruzado la frontera, convencido de la inutilidad de sacrificar más vidas de mexicanos. Todo esto a pesar de que, a diario, recibía en Juárez a los corresponsales extranjeros que, a su vez, recogían declaraciones mías que aparecían regularmente en Nueva York y la frontera, en La Habana y en la capital de México...

Por todo el trayecto, y sin que corriéramos aviso, en Torreón, en Aguascalientes, en Celaya, se presentaron a la estación los más adictos, acompañados siempre de grueso

número de correligionarios. En ninguna parte nos detuvimos. Había prometido estar el domingo en la metrópoli. Y Medellín Ostos y Méndez Rivas, con actividad, valor, decisión, talento, congregaron a todos nuestros secuaces de la capital y sus cercanías. Dos o tres estaciones antes de México, el sábado por la noche, nos bajaron del tren conforme al plan que les había remitido, me llevaron a dormir a Tacuba, a la casa particular del ingeniero Méndez Rivas. Allí hablé con los directores, los amigos fieles. Todo estaba listo para una gran manifestación al día siguiente, pero persistían los rumores de que sería disuelta, agredida por los del gobierno. Cenamos alegre y abundantemente. Hizo su efecto el maldito altiplano quitándome el sueño, y pasé toda la noche en forzado letargo, repasando las palabras de la última comisión que estuvo a verme, como a las once, para urgir que se mandase suspender la manifestación de la mañana siguiente. Además, recomendaban que permaneciese en Tacuba uno o dos días, hasta que los ánimos se hubiesen calmado. Se mostraban temerosos de que se produciría un choque sangriento si se consumaba la recepción preparada. Les había contestado, al despedirlos en la verja del jardín: «*Quiere decir que mañana nos matan*... Yo no invito a nadie a que entre conmigo, pero si veo veinte hombres con una bandera, un cartel del partido, al frente de esos veinte hombres entro a la capital por la avenida mayor...»



Entrada de Vasconcelos a la ciudad de México: «Y corrió el aserto de que aquello superaba a la entrada de Madero a México en 1911»

No obstante las ventajas de la película cinematográfica, todavía es la palabra escrita el medio más eficaz y más completo de dar una idea de lo que son esas grandes manifestaciones colectivas, que revelan el sentir de todo un pueblo, el anhelo de toda una nación. Para ello hace falta, sin embargo, que la pluma sea de artista, dotado con buenos sentidos de color, de oído, aparte de la intuición que penetra el alma múltiple de la muchedumbre. Mi pobre estilo acostumbrado a manejar ideas, es decir, abstracciones, mal podrá recoger el deslumbramiento de masas con banderolas, músicas y gritos bajo el sol, trémulo el ánimo de cada quien con la incertidumbre del momento y, a la vez, jubiloso de la victoria que se ganaba en contra del hado que persigue a los mexicanos.

Desde que avistamos el antiguo puente de Tacuba, una

sensación de alivio se posó en el ánimo. Por ambos lados, la calzada contenía humano valladar de manifestantes en fiesta; se juntaban detrás de nosotros las dos columnas y, todavía en las bocacalles, formaciones en masa erguían estandartes, se sumaban a nuestra columna interminable. Avanzábamos despacio, saludando sin sonreír. Gesto de luto ensombrecía, debía ensombrecer el rostro de la patria misma. Pronto la mirada no abarcó sino cabezas en avance, por delante y por detrás, multitud silenciosa sobre la cual caía a trechos la bendición femenina de las flores, el confeti, arrojados desde balcones y azoteas por todo el trayecto prolongado. Al ensancharse el terreno, en la avenida de San Cosme y por Hombres Ilustres, la columna engrosó aún más, porque en cada hueco de jardín o de plaza hallábanse apostadas asociaciones, clubes, público disciplinado que contribuía espontáneo al esplendor de la increíble demostración. Y corrió el aserto de que aquello superaba a la entrada de Madero a México en 1911. Sólo que ahora el pueblo se hallaba herido en su orgullo, incierto de su poder, preocupado de su porvenir inmediato. Cuando pasamos frente al jardín de San Fernando, por el sitio donde cayó De Campo en asechanza cobarde, exclamaciones de ira, puños en alto y promesas de venganza levantaron su clamor. Y por un instante imaginamos que no todo iba a ser vano. Allí se pronunciaron los primeros discursos. Desde el auto que yo ocupaba al centro, rodeado de Medellín Ostos, Pedrero, Méndez Rivas, prometí que en aquel sitio habíamos de levantar el monumento a Germán de Campo, símbolo de la juventud que crearía la patria nueva. El monumento se elevaría después de que hubiesen recibido ejemplar castigo los encumbrados asesinos. Siguió el humano río en dirección de la Alameda. A la entrada de ésta, por el lado de las casas, hallábanse apostados unos camiones blindados de la policía,

famosos por su táctica de disparar sin más aviso donde veían gente libre congregada. Pero luego comprendimos que en la ocasión estaban maniatados. Encima de los capacetes y colgados de las ventanas, pegados a las puertas, había hombres dispuestos al arrastre del polizonte que osara poner un dedo sobre el volante o sobre el gatillo de las pistolas, las ametralladoras. Los del desfile señalaban con gesto irrisorio a los polizontes, los increpaban. Y éstos, muy pálidos, lo soportaban todo. «Si se mueven, los despedazamos», amenazaban algunos exhibiendo puñales, varas de hierro, una que otra pistola… Por fin, parecía que se había armado aquel pueblo habituado a vivir indefenso… Se había armado aquel día, por lo menos, de voluntad. El desfile alcanzó su máximo cuando llegamos a la bocacalle del Correo. Desde una esquina, en el balcón del gremio de meseros, resonaron aplausos que confirmaban la adhesión del trabajador. Luego se estrechó la marcha para entrar por Tacuba. A media calle de Tacuba, un grupo de los del gobierno se había instalado en un entresuelo para molestarnos desde los balcones a nuestro paso. Inmediatamente que esto se supo, de la multitud salieron valientes que asaltaron la casa, pusieron en fuga a los esbirros, echaron agua sobre los pisos, arrojaron los muebles por los balcones. Me tocó llegar en momentos en que volaba por los aires la pata de la última silla, recogida como trofeo por los que abajo miraban, aplaudían, y me estuve sonriendo, felicitando a los que tal ejemplo habían puesto.

Dimos vuelta en las Escalerillas, por el costado de Catedral, frente al Monte de Piedad, desbordando por la gentil explanada orgullo de la ciudad vieja. El cortejo bullía de júbilo; flotaban bajo el sol los estandartes, rasgaban el aire los clamores. Y se vio que toda la ciudad tomaba parte en la fiesta, cuando la gruesa, larguísima columna que nos

seguía se detuvo imposibilitada de penetrar por la avenida Madero, a causa de que ésta se hallaba también atestada de gente, ocupados los balcones, decorado el trayecto. Rogando, haciendo señas, nos abrimos paso. Desde los vanos más altos, amigos y conocidos y también desconocidos agitábanse, sonreían, aclamaban, y las mujeres arrojaban flores, serpentinas, confeti. En la esquina con Bolívar, en las oficinas del Antirreeleccionista, los correligionarios, presididos por el ingeniero Góngora, aguardaban. Entre los demás sobresalía, vestida de rojo, Vilma, la pianista, con su esposo Salvador Ordóñez, el noble amigo y gran músico. Desde el largo balcón alguien habló a nombre del Antirreeleccionista. Di las gracias, pero reservé mi discurso para pronunciarlo en el Comité Orientador, frente al Teatro Nacional. Allá nos alcanzó Vilma con Ordónez y la plana mayor formada por los Magdaleno, Bustillo Oro, la novia de Germán, etc., etc. Desde la casa en que Germán había luchado y crecido en la fama, quisimos hablar sus dolientes. Mientras el jardín del frente se llenaba con rezagados, Vilma decía: «Ha hecho usted mucha falta, ya se necesitaba un grito de mando, había desaliento; y ahora, ya ve usted, esto vuelve a ponerse magnífico.»

Ya casi sin voz, pero esforzándome, hablé dando las gracias a la ciudad porque una vez más demostraba su apego a las causas elevadas. «Recuerda esta demostración —añadí— la entrada de Madero en 1911; pero hay una diferencia que hace la presente acción popular más significativa: Madero entró victorioso, dueño ya del gobierno, en tanto que ahora la ciudad respalda una acción militante, perseguida… No hay, pues, un precedente de lo que ahora vemos: no hay caso en la historia de México parecido al actual en que, desafiando el peligro de las ametralladoras, todo un pueblo se alza indignado y decidido. Ahora podrán convencerse los

escépticos que el México verdadero está en pie… Mañana los diarios dirán que el desfile de hoy sumó diez mil, veinte mil personas, volved en torno la mirada y decid si hay o no lugar a echar ceros a la cuenta de los falsificadores»…

Allí quedan, por otra parte, las películas tomadas, publicadas en los circuitos de prensa del mundo civilizado; el documento existe, no nos importa ofrecer pruebas; simplemente rememoro, y lo hago mal, me pongo en menos de lo que fue, semejante al rico arruinado y viejo que ya no estima las opulencias de su juventud. Recientemente un amigo me enseñó fotografías de la época, borrosas ya por el tiempo. Gracias a ellas me doy cuenta de que me he puesto demasiado humilde en este relato y también de la pobreza de mis evocaciones, que parecen disminuidas y apagadas frente al testimonio de la imagen fotográfica. Una de ellas atestigua la recepción de Mazatlán; obsérvase en la multitud marcado aire de contento, como si una dulce esperanza hubiese soplado sin exaltar al rojo los ánimos. Otra enseña la recepción de Torreón, apretada, vigorosa, segura de sí misma, triunfal. Luego, en la de Piedras Negras la multitud abarca la extensión de un descubierto parque y me rodea con ritmo de encendida hoguera; hirsuto el cabello de los hombres, flotantes los velos femeninos, izados imperiosamente los estandartes. Las vistas de la demostración en la capital no pudo abarcarlas ningún objetivo fotográfico, apenas el *film* logró estampas en que las cabezas rebasan el campo visual de la cámara. Como que los aparatos del hombre y su ojo mismo jamás abarcan del todo el poderío de los elementos, y a uno de ellos equivale el ímpetu de ochenta mil almas resueltas.

Poca sangre, pero bien escogida; testas valiosas de jefes rodando por tierra habían de acabar con todo aquel imponente despertar nacional que resultó tan estéril y

efímero.

Los asesinatos de octubre

Uno tras otro, en sucesión rápida, fueron cayendo los jefes del vasconcelismo en los estados, sin que el gobierno se cuidara de dar siquiera las excusas que en un principio se apresuraba a presentar. Nosotros también ya no formulábamos denuncias ni quejas; estaba declarada la guerra a muerte y sólo hacía falta saber si el pueblo mexicano iba a imponer su justicia o se resignaba una vez más a soportar la infamia. Todavía en muchos casos aconsejamos calma y espera, porque se advertía en el gobierno el propósito de precipitarnos a alguna escaramuza que sirviese de pretexto al aplazamiento de las elecciones o a nuestra descalificación para figurar en ellas. Según parece, tal era el plan Amaro, que no veía con buenos ojos una espera de cinco largos años, con Ortiz Rubio a cuestas, y andaba tramando un golpe militar, a pretexto de disturbios, imposibilidades electorales.



Plutarco Elías Calles: «Muerto Calles, cada uno de nosotros queda libre, y entonces ya veremos…»

Celis, el jefe del vasconcelismo en Tampico, fue asesinado a mansalva, cazado por los polizontes al salir de una junta. Se echaron después los esbirros sobre otros miembros de la directiva tampiqueña, sin respetar ni a sus familiares. Un

hijo de Celis, que vino a dar a Jalapa, nos comunicó que estaba dispuesto a la venganza, que se contara con él para los levantamientos de noviembre. En Los Mochis de Sinaloa cayó Quiñones asesinado en forma idéntica por una pandilla municipal, que obedecía las inspiraciones del centro. Las directivas de Hermosillo, de Culiacán, de Tepic, comenzaron a sufrir atropellos y persecuciones que a muchos obligaron a abandonar el domicilio, dejando sin cabeza nuestro movimiento.

A mediados del mes ocurrieron en Oaxaca matanzas de obreros y estudiantes. En la sierra de Chihuahua quedaron prófugos los que habíamos puesto al frente del partido; en todas partes el terror comenzó a enfriar los ánimos. Y a mi oficina del Orientador, así como al hotel en que me hospedaba, comenzaron a llegar, en fila interminable, los que pedían auxilio y los que prometían ayuda. Unos, de buena fe, se ofrecían a levantar hombres armados en tal o cual región; otros, simples espías, pedían anticipos para proveer de armas a supuestos partidarios. A nadie, ni a los espías, negamos nuestras instrucciones en el sentido de que estando ya consumada de hecho la elección, por la evidencia de nuestras mayorías, no hacía falta sino que se consumase el atropello electoral para desconocer a las autoridades de hecho, proclamándome a mí presidente electo y legítimo gobernante.

A los que pedían elementos, les aleccionaba; no los tengo, ni los tienen nunca las revoluciones; ni los necesitan, porque es invencible un pueblo que se resuelve a hacerse respetar. En seguida de la muerte de Celis, una gruesa delegación de Tampico vino a conversar conmigo. A todos expresé de modo terminante que no deberían esperar más instrucciones, porque sin duda, después de las elecciones, estaría preso o prófugo y no podría darlas. Y que no había

otro camino que la rebelión para esa fecha, como se pudiese y sin esperar a que otros comenzasen, pues ni sabrían, los de una región, lo que ocurriría en el resto del país. Los de Tampico, inmediatos a la Huasteca, región propicia a la guerrilla y a la emboscada, bien podían refugiarse en la manigua y organizar en ella partidas rebeldes.

A trabajar entre los elementos del ejército se había ofrecido Vito Alessio, y aunque nada precisó, aseguraba tener concertados algunos jefes. De Coahuila, decía, no lo sacaba una división del ejército. Pero no faltaron intermediarios de buena fe. Uno de ellos, el general villista José Rodríguez, hombre de primera, desinteresado, patriota, tomó sobre sus hombros la tarea de convencer a los viejos correligionarios suyos, que ostentaban la banda de divisionarios en el ejército del que les habían mandado matar a su antiguo jefe. Cuando regresó el general Rodríguez de por occidente, me repitió una plática que pinta bien la condición de un sector de los pretorianos…

—Dile a V… —exclamó el divisionario— que no ande tonteando…; que si es hombre mande matar a Calles; él es quien nos tiene a todos unificados… Muerto Calles, cada uno de nosotros queda libre, y entonces ya veremos…

—Contéstele —repuse— que, si lo desea, le encomiendo a él, que dice que es hombre, esa tarea de matar a Calles…, y sea ésa su contribución; para eso tiene él… sus soldados…

—Pero ahora verá —añadió, entristecido, el general Rodríguez, que todavía conservaba la ilusión de los revolucionarios de cuando el villismo, de cuando el maderismo—. En la mesa donde me sentó a comer, delante de su esposa joven, a la que estima muchísimo, le espeté a quemarropa: «Vasconcelos va a venir por estos rumbos y vamos a suponer que se levanta con elementos escasos y te

mandan perseguirlo y lo capturas, ¿te atreverías tú a fusilarlo cuando te lo ordene el gobierno?»... Soltó la risa el divisionario y exclamó: «Ya lo creo que lo fusilaba»... Pero la señora intervino: «No, no hagas eso; no eches esa mancha sobre tus hijos..., lo que debes hacer es pasarlo a otro, deja que otro lo fusile.»

Tal se apreciaba el honor, y todavía era aquello de agradecerse, porque los más, lejos de entregar a otro la presa, disputábanse el honor de abatir a los oposicionistas. Como que ha sentado jurisprudencia que el fusilador del candidato de la oposición se convierta en seguida, como Escobar, en jefe de revolución y candidato de... las oposiciones. ¿Acaso no a Cedillo lo trajeron de abanderado los ex cristeros?

Días antes de salir de la capital, volví a verme con mi buen amigo el general Rodríguez; regresaba de la comisión que le di de recorrer la sierra de Chihuahua, llena de ex correligionarios suyos, para indicarles que el 17 de noviembre del 29, al día siguiente de las elecciones debían desconocer a Portes Gil y su régimen de pretorianos. Se mostró decepcionado.

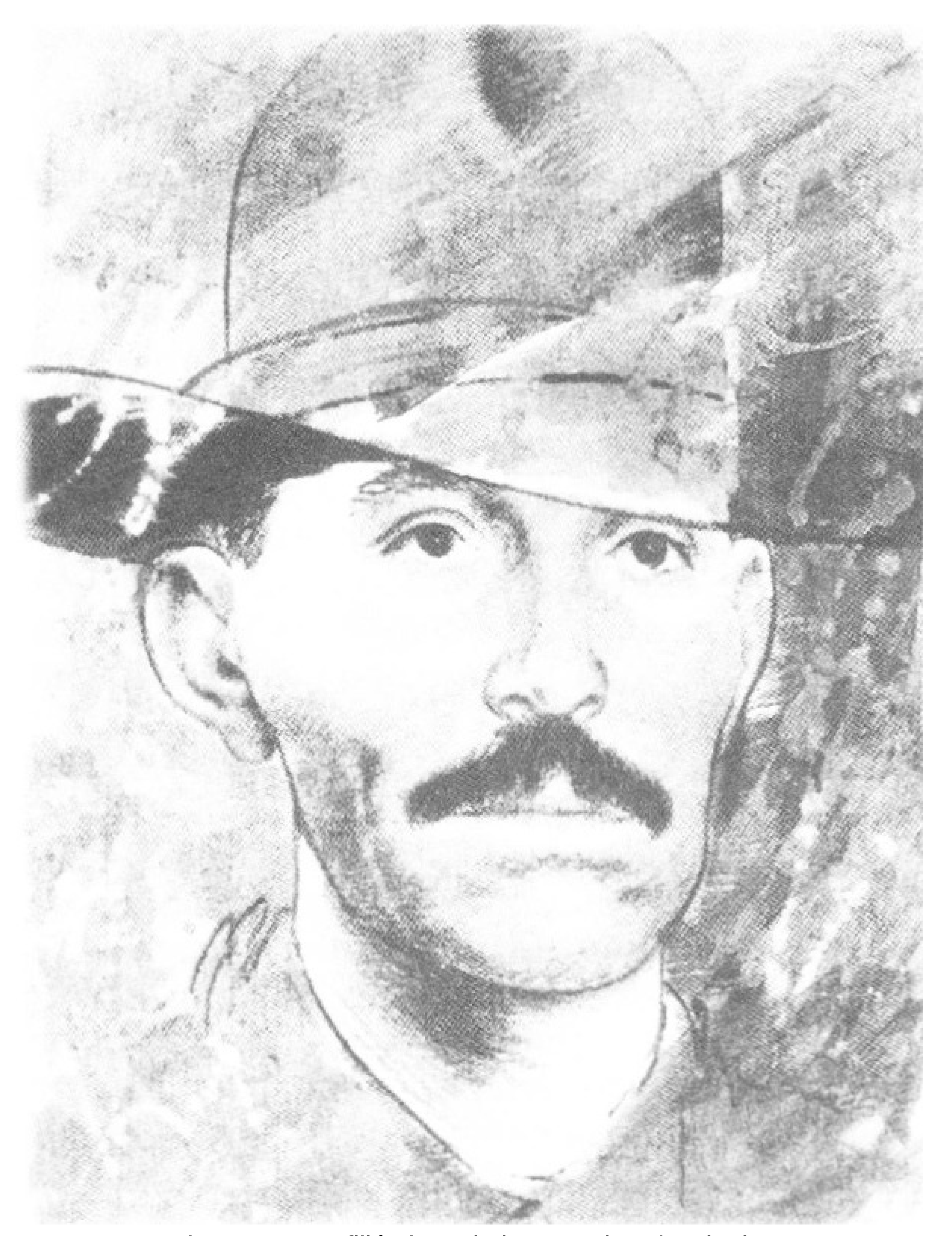
—Quieren todos dinero —informó—, y no lo tenemos... ya no es la gente de antes.

—Pero el pueblo de don Abraham —inquirí—, donde yo estuve y recibí promesas, el pueblo de Luz Corral, la esposa de Villa, tantos que quedaron apalabrados, ¿qué pasó?

—Nada puedo garantizarle, si quiere mande a otro; quizá ya estoy viejo, pero no he de engañarlo, no creo que la sierra de Chihuahua se mueva... Recientemente, con pretexto de cuestiones agrarias, los del gobierno han matado allí gente de lo mejor para estos casos y se ha producido el desaliento.

¡Pobre país!

«¡Pobre país! —supe que había dicho en esos días *mister* Rublee, nublada la vista por aquellas lágrimas suyas que fingían la ternura—. De un lado, Ortiz Rubio rodeado de asesinos; del otro lado, Vasconcelos, rodeado de muchachos»… Pero no eran muchachos los que en Sonora y Sinaloa, en Tamaulipas y Chihuahua, en los rumbos todos del país, se habían comprometido a dar su voto y, en consecuencia, a hacerlo respetar. Toda una nación sentía que se le disgregaba la voluntad al golpe de unos cuantos felones asesinatos y ante el espantajo de la ayuda extranjera que *mister* Morrow garantizaba.



Pascual Orozco se afilió al movimiento antirreeleccionista

Y empecé a padecer la suerte del que ha encarnado una esperanza y luego, cuando la derrota asoma, ve que sus mismos amigos tienden a echarle encima la culpa. Visita frecuente era Palacios Macedo, que de vuelta de su destierro por el delahuertismo se había sumado a nuestros esfuerzos

con toda la decisión de su carácter, la claridad de su talento. Y me increpó una vez:

—Usted es un agitador máximo, pero es desorganizado...; organice usted la revolución, no hay nada preparado en ese sentido.

Con calma le expliqué las cosas, le informé del número de personas con las que a diario hablaba de ese mismo asunto, pero añadí:

—No se organiza una revolución, una revolución es brote popular que plasma o no, según el estado de los ánimos. Y lo más que puede hacer el líder es crear ambiente revolucionario, psicología revolucionaria; ahora bien, eso se hace con los dones de agitador que usted me conoce... Ni hay otra manera, no dispongo de regimientos para colocarlos uno aquí, otro allá, estratégicamente y, por otra parte, eso ya no sería una revolución, sino un cuartelazo... Y tampoco eso puedo dar... Lo que hago es procurar comprometer voluntarios; sólo el gobierno puede forzar, yo tengo que atenerme a promesas. Me limito a estimular sin engañar. A cada uno le advierto el riesgo. Y también cada uno sabe que ese riesgo he de compartirlo con el primero que forme un núcleo de fuerza armada... Si no reúno ese grupo, tendré que esconderme mientras la revolución estalla, tendré que ausentarme como se ausentó Madero. Y fracasaré del todo si la revolución no llega a estallar, como hubiera fracasado Madero si, desconocidos para él como Orozco, Villa y los Figueroa, no se lanzan de *motu proprio* al campo sin más organización previa que la unidad ideológica derivada del manifiesto de San Luis. Así yo, cuando publique mi manifiesto revolucionario, habré hecho todo lo que humanamente pueda exigírseme... Lo que siga después depende del pueblo, dependerá de ustedes... Y por cierto —

concluí—, usted habla de organización; muy bien, organice usted la revuelta aquí en la capital… Lo autorizo, le ayudaré en lo que pueda; queda usted encargado.

Picado en su amor propio, respondió que aceptaba. Era Palacios Macedo, desde su regreso al país, quien recogía y me hacía entrega de los trescientos dólares que el ingeniero Garfias, de Nueva York, abonó mensualmente para los gastos de mi familia durante el año de la campaña…

—Aquí tengo —me dijo— una mensualidad, y quiero que me ceda ésta y las dos que me han de venir para comprar unas pistolas, unos cuchillos, unas hachas, algo con que armar a unos cuantos de nuestros secuaces de la capital.

—Disponga de eso —exclamé.

Y el dinero no fue mal empleado. La última manifestación popular consumada en la metrópoli, un domingo antes de la elección, fue magnífica y se distinguió por su energía, que castigó a una banda del partido oficial que pretendió burlarse de ella, desde unos balcones, según adelante verá quien lea.

Gómez Morín, de buena fe, trataba de disuadirme del plan de un movimiento insurreccional.

—Ya saben —me decía— hasta el sitio que usted ha escogido para lanzarse al monte. Y lo dejarán que se vaya al frente de cien hombres, para luego darse el gusto de aprehenderlo y perdonarlo…

—Es que no me iré al frente de cien hombres, Manuel, ni por donde ellos me pongan celada; basta con que haya rebeldes y ya veré yo el momento oportuno de unírmeles…

—Más bien debía usted esperar; quedarse aquí a soportar el atropello y a mantener vivo el partido…

—La tesis de Morrow, Manuel; mucho cuidado: nunca hay

que hacer lo que quiere el enemigo. Además, ¿sabe usted lo que la gente creería, lo que ya se rumora por allí? Que me he prestado a hacer una comedia de acción electoral para consolidar el callismo y a cambio de algún puesto que me tiren después a la cara... Y tendrían razón los que tal piensan si yo transigiera... Mire, Manuel, le aseguro que de esta gente no quiero recibir ni el poder. Me avergonzaría, me obligaría a rectificarme si mañana ocurriese que reconocían nuestra mayoría electoral y nos entregaban el gobierno... No me imagino a mí mismo tomando de esos m... la banda presidencial; tiene que haber una limpia; esa gente no merece el honor de entregar el mando; es urgente arrojarlos del poder...

Y replicó Manuel:

—Es que se van a caer solos, de puro podridos; por eso usted debía organizar un partido que pueda hacerse cargo del porvenir, que tome el mando así que ellos caigan...

—Ni la peor dictadura se cae sola, Manuel; es necesario darle el empujón; de otro modo se eterniza, con la agravante de que cada vez la calidad del dictador baja más. Los pueblos pagan muy caro el no saber darse a respetar. El proceso de la dictadura es siempre de mal en peor...

Así, con cada uno, discutía la situación con franqueza. El ingeniero Góngora, jefe del partido, estuvo siempre por la rebelión. Y delante de él y para compromiso de todos los de la directiva, se convino en que no estaría yo en México el día de las elecciones, sino en lugar en que me fuera más fácil tomar el campo rebelde, o la frontera, si no había brote inmediato. Quedó también convenido que tanto yo como los del partido, hubiese o no hubiese elección formal, el día mismo de la elección proclamaríamos que la voluntad del pueblo se había hecho patente y que era yo el presidente

electo, la única autoridad legal del país…

El licenciado Maldonado, después de esta conversación, me llamó aparte y me dijo:

—No estoy de acuerdo con la rebelión, no lo seguiré sino hasta las elecciones; no cuente conmigo para la revuelta.

—Le agradezco su franqueza —repuse—, no comprometo a nadie en aventuras riesgosas; sólo le pido que a partir del día de la elección se abstenga de hacer declaraciones como miembro del partido, y si las hace, que sea diciendo que ganamos la elección; no hay que poner en duda eso, que ganamos la elección: todos debemos declarar en ese sentido…

—Muy bien, en eso estoy de acuerdo…

Con Medellín Ostos tuve una conversación final parecida, pero en otro terreno. Le aconsejé que el día de la elección o antes se fuera a la Huasteca, donde su presencia podría garantizar que nos cumplieran la promesa de lanzarse al campo para batir a los federales; a la vez se sustraería a la acción del enemigo. No logré convencerlo; afirmó que se quedaría en México a desafiar lo que viniese.

—Bueno, pues si no sale de México escóndase aquí mismo, pero no se quede a merced del gobierno en momento en que puede comenzar algo. En tales casos, un jefe prisionero vale por una victoria en el campo.

—A todo le haré frente; yo no me escondo, tampoco huyo.

—Oigame, Medellín, respeto su valor, pero déjeme hacerle un recuerdo. En la rebelión maderista, de los diez o doce que se quedaron en la capital, que no se escondieron, o que, escondidos, cayeron en manos de la policía, once por lo menos, ya en la penitenciaría y ante la amenaza de tormentos, como los que padeció Toral, se vieron obligados a negar a su jefe, a maldecir de la revolución, y aun a

denunciar a sus compañeros. Los más firmes declararon que habían estado con Madero candidato, pero no con Madero rebelde. Yo hubiera declarado lo mismo sobre un potro o ante la angustia de ver golpeados a mis hijos pequeños, como golpearon a los de Toral. Por eso mismo, los jefes de esta clase de movimientos, llegada la hora de la prueba, tienen el deber de ponerse a salvo… para no verse obligados a comprar su libertad firmando papelitos que después amargan toda la vida… Usted sabe lo que hace…

Abraham Arellano, el profesor que en la revolución carrancista había sido coronel, aprovechaba sus extensas relaciones entre los hombres de armas y me llevaba generales en retiro y coroneles. Su zona de agitación estuvo por Torreón. Se me ha asegurado que, en efecto, hubo brotes rebeldes por La Laguna, aunque rápidamente quedaron sofocados, faltos, quizá, de eco en otros sitios.

El ingeniero Méndez Rivas me llevaba ex federales de los buenos. A él debí la amistad del general Bouquet, militar de escuela, caballero intachable y experimentado guerrillero, que tuvo que rendirse junto con los cristeros, pero después de haberles visto la espalda a muchos de los de Amaro. Tanto me sedujo la personalidad de Bouquet, de cuerpo bajo, robusto, tez blanca, sanguínea, tipo de militar francés, nervioso y decidido, que inmediatamente lo designé para que me acompañara a donde pensaba reunirme con gente armada. Al efecto, por avión, lo mandé a Mazatlán con cartas credenciales amplias. Un ayudante suyo se quedó a mi lado, me acompañó después por occidente. Y me decía: «No crea que es tan grave eso de andar remontado; no tienen prisa los del gobierno. Dos años los toreamos sin mayor fatiga.» Se llamaba Méndez, era de talla imponente, joven aún y aguerrido. Mi otro ayudante era «el Güero», boga tampiqueño, un gran sujeto, amigo fiel y valiente, que me

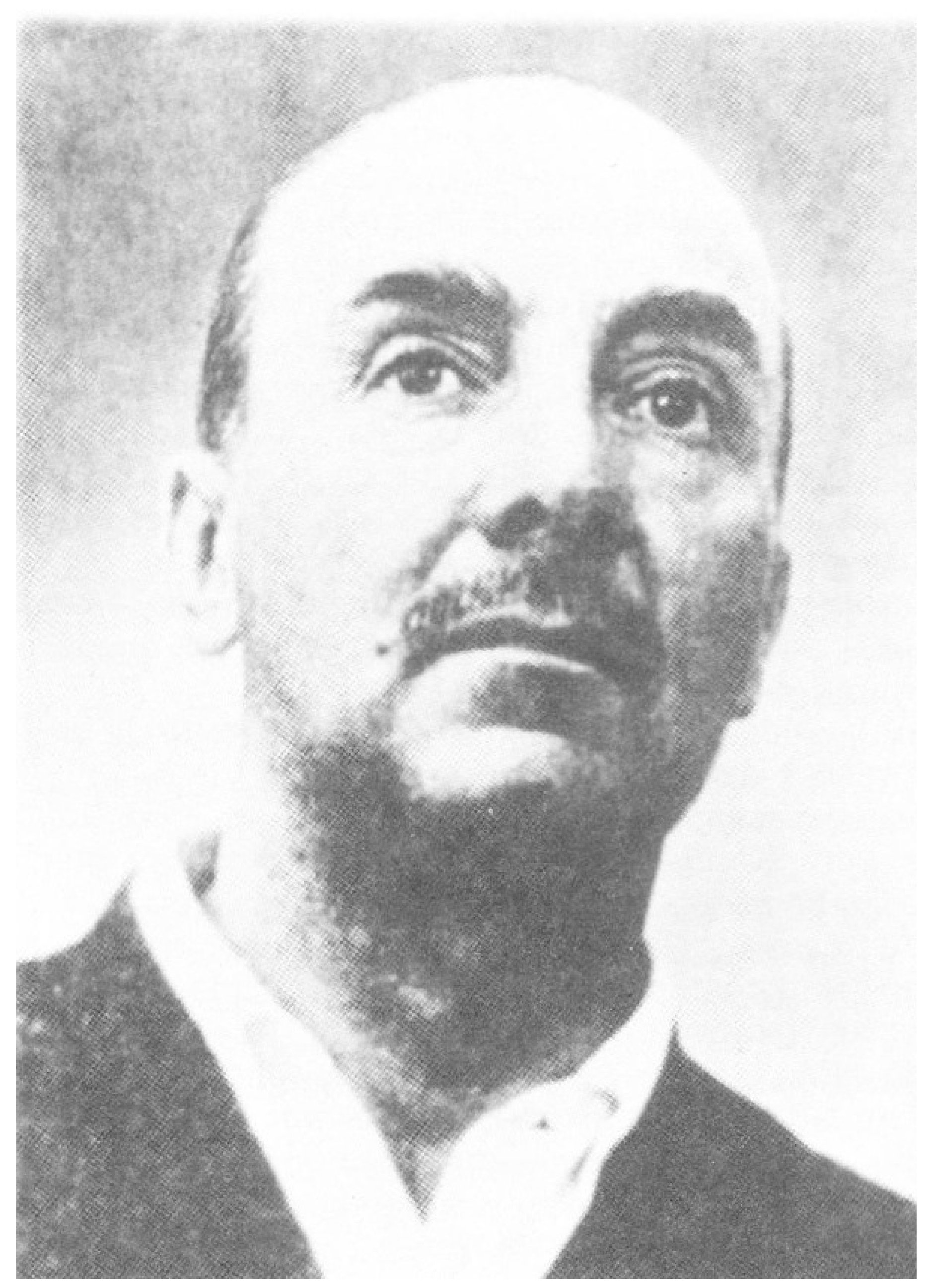
habían dado de escolta los del club de Tampico. Su preocupación era vengar la muerte de Celis. A cada uno que entraba a verme, lo examinaba ágil y desconfiado, dispuesta la pistola y no en vano.

¡Un hombre!

Y de improvisto llegó de Sonora el gran Pedro Salazar Félix. Alto, hombrazo brusco y generoso, con alma de Quijote y hechos de auténtico varón. Su fe lo hacía exagerar. Delante de los muchachos de la capital exclamaba:

—Ya tengo organizada en Navojoa la guardia presidencial; doscientos de a caballo, que yo mandaré. Vengo a llevármelo (refiriéndose a mí). Por allá estará seguro. Todo Sonora es nuestra.

Luego, a mí, en confianza, me confesó que prácticamente lo habían echado del pueblo, pero tenía en la sierra y en los ranchos gente resuelta que sólo esperaba la hora. Le acompañaba un excelente, bravo muchacho de Tepic, establecido en Hermosillo, que debía ser su segundo. Naturalmente, nos visitaba a diario. Cierta ocasión, según salió de mi alcoba, le dije a Carlos Pellicer, que lo escuchaba embobado:



Carlos Pellicer, poeta tabasqueño, colaborador en la campaña de José Vasconcelos

—No sé quién está más loco, Carlitos, si él o yo. Me ha venido a ofrecer garantías y él no las tiene en su pueblo... Y

yo le creo… acaso porque no tengo otro que me traiga siquiera ilusiones…

—¡Pero sus doscientos hombres, su guardia presidencial!…

—Los tiene en la imaginación, Carlitos; sin embargo, locos como éste son los que hacen la historia; déjelo divagar, que a veces el sueño se hace de pronto acción y heroísmo.

—¿Pero usted se va a ir con él, sabiendo que no tiene nada seguro?

—¿Y con quién otro quiere que me vaya? ¿En dónde está lo seguro?… —Se llevaba las manos a la cabeza Carlitos; luego lo tranquilicé, le dije:

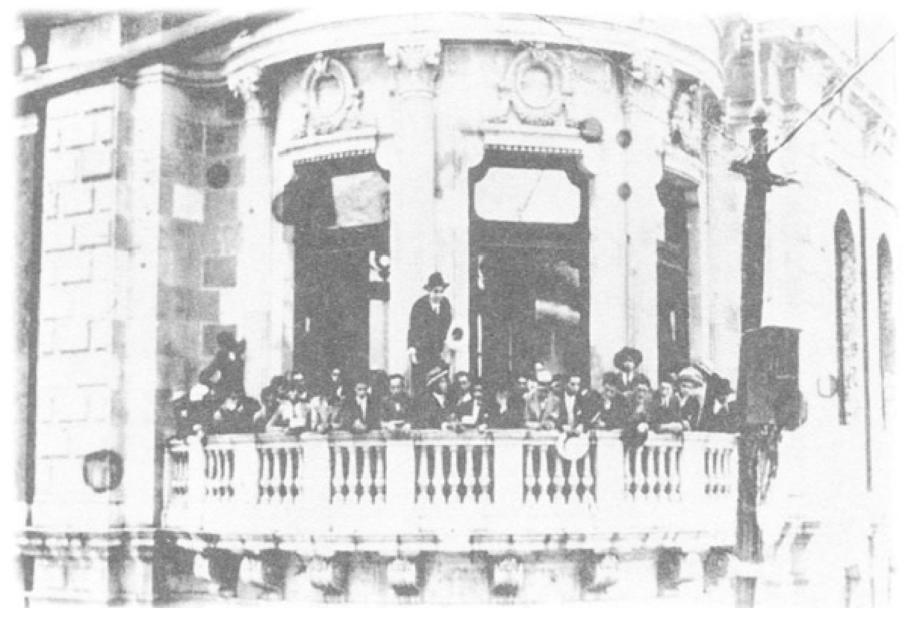
—¿Sabe por qué no acabo de marcharme? Porque estoy esperando a Herminio. Él está recorriendo la costa de occidente y ha de traerme noticias. Por allá tenemos algo más de lo que Félix imagina.

Mandé también recados al general Pineda, que se hallaba retirado en el istmo, pero contaba con secuaces y rifles, más unas cuantas ametralladoras. Le pedía que respondiera en el istmo al estallar el primer brote en Sinaloa.

Del avión del Pacífico bajó un mediodía Herminio; lo había abordado en Mazatlán. Miguel Ángel confirmaba que había hecho su parte. Más de cuatrocientos rifles habían sido repartidos entre los veteranos rebeldes de las cercanías de Mazatlán. Bouquet tomaría el mando de toda aquella gente.

La Autónoma

Los estudiantes, entretenidos con su juguete nuevo de una universidad en que habían quedado suprimidos los exámenes y los alumnos nombraban a sus profesores y los removían a su discreción, desertaron de las actividades eleccionarias en gran parte. Apenas un grupo corto hizo suya la tarea de vengar de algún modo la muerte de Germán de Campo. Los más entraron en trato con el gobierno a propósito de los menudos detalles de una autonomía irrisoria, dañosa a la gran institución que perdía emolumentos y, en lo moral, padeció de inmediato el bochorno de un rector nombrado por el presidente Portes.



Manifestación estudiantil

Gómez Arias, a raíz de una de sus visitas a la presidencia, me contó que, al discutirse el rectorado definitivo de la Autónoma, Portes, sonriendo, su sonrisa de máscara nahual, expresó:

—Muchachos, les tengo una sorpresa.

—¿Cuál, señor?

—Un gran rector. ¿Qué les parecería Vasconcelos para rector? Una vez que pase toda esta agitación electoral, en la que nunca se debió haber metido…

Aseguraba Gómez Arias que había respondido:

—A Vasconcelos lo tenemos ya designado para sucederle a usted en la presidencia.

Pero yo recogí la insinuación, até cabos, recordé la sugestión de Morrow y me convencí de que también en lo de la Universidad se hallaba metido el ilustre procónsul.

—No creo —le dije a Gómez Arias— que ni en el peor de los casos me vea obligado a recoger la limosnita que me tiende *mister* Morrow. Antes de eso mendigaré una cátedra por Brasil o por Argentina.

¡Pobre Autónoma! Empezaba su desastre y su calvario. Nunca la llevé yo, y eso que no era autónoma, a los cortejos de la adulación presidencial. En lo de adelante, cada rector tendría que sumarla al desfile de la abyección. Y proclamaría su protector, ya al pocho Abelardo, ya al cavernario Cedillo, etcétera.

En relación con Portes Gil, su creador, tuvo, sin embargo, la Autónoma un momento honroso. Lejos me hallaba yo de la patria cuando esto ocurrió, pero lo sé de buena fuente y podría servir de comienzo para una leyenda de oro universitaria. Se presentó una mañana Portes Gil, ya ex presidente, a dar una cátedra, que se hizo dar de favor. Lo

recibieron los alumnos con gritos de «¡Viva Vasconcelos!», y cuchufletas sangrientas. Se retiró para siempre el novel maestro. La Facultad de Jurisprudencia ganó de esta suerte puesto avanzado en la campaña de higiene que la Universidad ha menester.

Por lo demás, Portes disfruta de fama extranjera. En la exposición de automóviles de Nueva York, del año en que dejó la presidencia, se exhibió al lado del auto del Rajá de Kapurthala el costosísimo *touring* del antiguo tinterillo de Tampico, ex presidente de México por sólo un año de socialismo dogmático y figura destacada del rastracuerismo internacional.

Entre los escritores no ha contado con mucha suerte nuestro ilustre político. A título de simple curiosidad, doy en seguida opiniones de Tristán Marof, tomadas de su novela *Wall Street y hambre*, de su libro sobre México y su revolución, libro ampliamente difundido en Argentina y Uruguay. Dice Marof:

> Había estado en México durante la última represión ejercitada por el gobierno reaccionario de Portes Gil... Tiene éste la figura de esas máscaras aztecas que lo miran a uno con afectación y con cariño y a la salida de Palacio ordenan su muerte; pero, con todo, ¡qué bello país es México!...

Y en otro capítulo, hablando de los métodos pretorianos, el personaje de su novela, Cuning, dice en español quebrado:

> Terrible México: a uno le colgaron de las manos y lo tuvieron suspendido de una cuerda más de dos horas seguidas... A otro, un muchacho cubano, lo metieron a la sala de electricidad para que perdiese el sentido. A un padre de familia lo martirizaron cruelmente, arrastrando a sus dos hijas, menores de quince años, por la sala de guardia del cuartel. El pobre gritaba desesperado: «Que me fusilen, pero que no violen a mis hijas»... En uno de esos accesos perdió la razón y con una hojita Gillette intentó degollarse...

La partida

No la anunciamos, pero tampoco la ocultamos; no queríamos provocar reuniones públicas que en el trayecto diesen lugar a atentados nuevos, con pérdida de la moral que debía mantenerse intacta para la prueba de las elecciones. Comenzaba noviembre y ya en el extranjero se daba por segura nuestra derrota. Cartas de Valeria me comunicaban la reacción de la gentecilla intelectual seudoizquierdista que se congregaba en Nueva York al amparo de los cursos bien pagados de la lengua española, en Columbia y otros institutos. Atentas a la veleta del éxito, al principio habían rodeado a Valeria, le habían simulado adhesión; luego, cuando el asesinato empezó a crear dudas, cuando se vio que sólo un esfuerzo armado de todo el país podía salvarnos y que ese esfuerzo lo vedaban los banqueros de Wall Street, los radicaloides la desertaron. Entre ellos había unos cuantos que habían de figurar con ventaja en la tragedia comunistoide española, aunque por el momento ni lo sospechaban. En la ocasión eran todos muy respetuosos del barómetro de Wall Street con *mister* Morrow de procónsul, de profeta. Cenar en la casa de *mister* Lamont, el socio de Morgan, era para ellos el honor más preciado. Los protestantes y judíos de la Columbia, enterados de lo de México, a sueldo de Calles, muchos de ellos se volvieron contra Valeria, que de mi parte no recibía sino censuras por andarse metiendo con aquella gente, cuya amistad es inútil para la lucha y costosa en el triunfo.



Nueva York: «Cartas de Valeria me comunicaban la reacción de la gentecilla intelectual seudoizquierdista que se congregaba en Nueva York»…

Gastaba en vano Valeria su claro talento en la pretensión de remover el sentimiento racial de aquellos vendidos al pretorianismo y el monroísmo. Pero no quería volver a México. Sólo regresaría a la patria, escribió, si todo aquello cambiaba. De otra manera, prefería la ruina y la miseria a vivir en la humillación de estar soportando las caras de asesinos ensoberbecidos con la protección del *yankee.*

En esto último coincidíamos. De despedida, me invitó a su casa a comer Gómez Morín; asistió Vázquez del Mercado. Al terminar el almuerzo salimos a dar una vuelta por las calles de su colonia, que se hermoseaba rápidamente. «Cómprense una casa de éstas bonitas —dije a los dos, y añadí—: hagan dinero ustedes que pueden hacerlo a la buena; me causa angustia ver a todos mis amigos de pobres, a todos los mexicanos de parias, en tanto que el extranjero disfruta de todas las ventajas.» Rieron y bromearon, y en cierto instante

Alberto Vázquez del Mercado manifestó: «Tengo por allí unos quinientos pesos libres; quiero que los acepte como contribución mía a su campaña»…

No necesitaba de momento aquel dinero. Para el viaje acababa de darme el señor Rodríguez y se me habían prometido a Mazatlán dos o tres mil pesos, que por cierto ya no me llegaron. De suerte que le dije a Vázquez del Mercado: «Usted ahora tiene poco dinero; esos quinientos pesos quizá le representen un sacrificio y por de pronto no me hacen falta; pero ustedes ven cómo están las cosas; si no hay protesta armada, yo me tendré que largar de México, quizá para siempre, y la lucha de México me va a cerrar muchas puertas, aun en el extranjero. No será remoto que algún día, quizá muy pronto, me vea yo tirado en alguna distante metrópoli hostil; resérveme su ayuda para entonces… Me servirá, desde ahora, de consuelo saber que dejo por aquí amigos para un mañana difícil»…

Mucho se ha hablado, más tarde, de que si tales o cuales personas han sido ingratas o si he sido yo ingrato con los que me ayudaron; luego desistieron. Lo que sé decir es que mi manera de mostrarme agradecido con los que me hayan ayudado es mantenerme fiel a la causa por que todos luchábamos, aunque ya no sea esa misma la causa de los que me ayudaron. En consecuencia, no me considero en mora con nadie mientras no quede convicto de deslealtad a mis propios ideales. Por ellos he sacrificado más que todos los que colaboraron conmigo, a excepción de los muertos en la brega, y aun en ese respecto puedo decir, hecha a un lado toda jactancia, que si no me tocó caer en ella no fue porque eludiese sus riesgos.

Sorpresa muy placentera nos dieron los del comité de Irapuato, recibiéndonos, bajo nubes de tormenta política,

con la misma efusión de otras veces y con número mayor de prosélitos. Íbamos ya casi de prófugos y, sin embargo, de cada ciudad del Bajío surgía el pueblo, no obstante hallarse ya diezmadas las directivas con aprehensiones, expulsiones del territorio; atemorizados todos con el escarmiento y la amenaza. Entre los manifestantes se repartían socarrones los esbirros, tomando apuntes para las represalias del día siguiente.

De madrugada, tomamos el carro dormitorio, y a las ocho, dos estaciones antes de Guadalajara, nos apeamos Herminio, Henestrosa y el que escribe. Nacho Lizárraga y Pedrero nos aguardaban y nos transportaron a la capital de occidente. El comité de Guadalajara, sujeto a dura presión gubernamental, nos había aconsejado no hacer una entrada pública por temor de que se repitiesen sucesos desagradables. Eso no obstante, se había organizado para ese domingo la manifestación, que según órdenes del Comité Orientador debería celebrarse en cada poblado del país para hacer exhibición de nuestro número. El licenciado Michel, con el licenciado Navarro Flores, nos recibieron a la entrada de la ciudad. No había sido posible conseguir hospedaje en ningún hotel; todos se habían rehusado a alojarnos y lo mismo habían decidido numerosos particulares a quienes se pidió asilo en sus casas; sin embargo, el licenciado Navarro había logrado que cierta dama extranjera, una austriaca establecida años atrás en la ciudad, acomodada y valiente, nos otorgara hospitalidad.

Pronto estuvimos en una mansión espaciosa y bien puesta. La dueña de la casa, en la madurez de sus años, gallarda y distinguida, nos acogió con sencillez, nos llevó ante una mesa espléndida donde tomamos desayuno a la alemana con carnes frías y quesos, dulces, chocolate y frutas. No acabábamos de comer cuando llegó una comisión de

ferrocarrileros del Sud Pacífico; eran diez o doce y se ofrecieron para lo que fuese menester. La austriaca llamó por teléfono a un sujeto que fungía de gobernador provisional, o cosa por el estilo, y le gastó delante de nosotros una broma:

—Aquí tengo al candidato a la presidencia.

—¿A quién —preguntó la voz—, a Ortiz Rubio?

—No, al verdadero, a Vasconcelos...

—¡Ah, vaya! Sí sabía que andaba por aquí, pero no que usted lo hospedaba.

—Pues yo lo hospedo, y se lo aviso por si usted quiere venir a saludarlo.

—¡No! No iré a saludarlo, no lo conozco.

—Aunque no lo conozca, basta que sea candidato de una porción tan grande del pueblo mexicano...

El funcionario cortó el diálogo y la austriaca reía. No transcurrió un par de meses sin que volviera a ver a nuestra amiga, pero en Estados Unidos. La habían extorsionado, le habían hecho perder un negocio judicial, la echaron de su casa, la obligaron a dejar el país... Únicamente los de Norteamérica tenían, por entonces, garantías plenas. A los otros, *mister* Morrow les aplicaba el monroísmo que dice a los europeos: «*Get out, this country is ours...*»

Tenía yo empeño de presenciar el desfile que empezaba a las doce. Venciendo la resistencia prudente del licenciado Michel, que tenía noticias de que pretendía la autoridad echarse sobre mí, pudimos obtener un balcón. Y se corrió aviso a los clubes de que estaría yo en él tan sólo el tiempo necesario para decir un discurso. Se reunieron a mediodía, frente a nuestra calle, varios miles de personas, contingente parcial de las columnas que recorrían la ciudad, y hubo otra

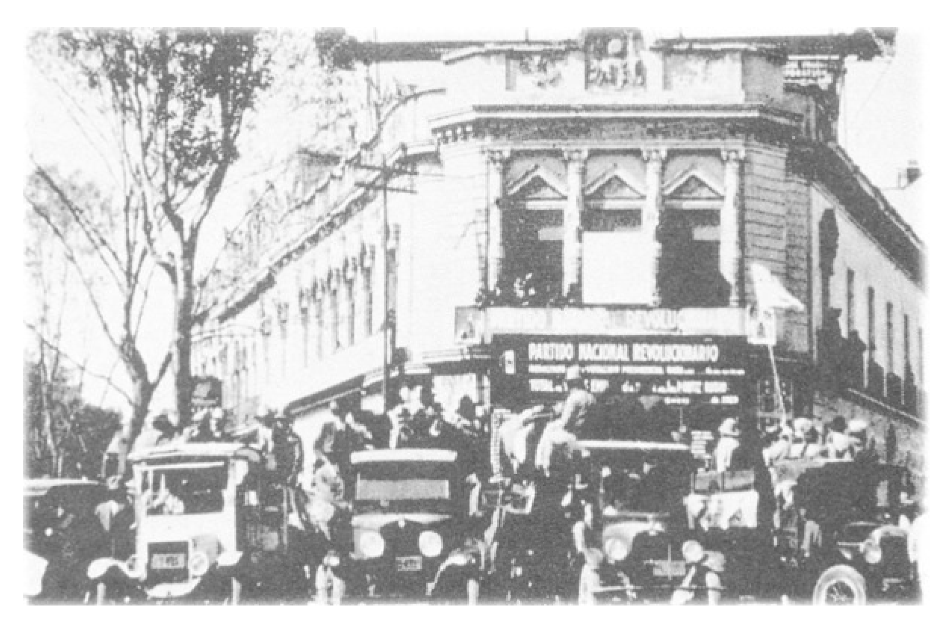
vez ruido y aplausos. Desde el balcón, informé que a nadie debía sorprender si más tarde no se sabía mi paradero; que fuese todo el mundo a votar el domingo próximo, que yo para entonces estaría... quizá en Cananea, dije al azar... «Y más tarde —añadí—, si ya no puedo comunicarme con mis correligionarios, no importa, ya sabe cada uno lo que tiene que hacer.»

Abajo, los polizontes se fueron juntos y apenas daban crédito a lo que veían; ninguno imaginó verme trepado en aquel balcón, en medio de una ciudad dominada militar y políticamente por nuestros enemigos. La gente nuestra no se disolvió, siguió su desfile por las calles principales, en tanto que nosotros volvíamos a casa de la austríaca para recoger maletas y tomar el tren del Norte, que salía a las doce. Nos despedíamos de nuestra generosa, valiente amiga, cuando llegaron otra vez los ferrocarrileros. No convenía que tomase el tren penetrando por la estación, como todo el mundo. Estaban allí polizontes con orden de aprehenderme. Me introducirían al *pullman* por el patio de la estación, y así se hizo. Me importaba en extremo llegar a Mazatlán. Herminio, Pedrero, Lizárraga, Henestrosa y yo burlamos a la policía local.

Cumple la capital

El gremio de telegrafistas, en su mayoría absoluta, estaba con nosotros, y los conductores platican con los despachadores. Así es que desde por la noche nos llegó la gacetilla verbal: en toda la República nuestra demostración de fuerza había alcanzado éxito lisonjero. Pero la capital dio el ejemplo máximo. Más de cuarenta mil personas habían desfilado bajo nuestras banderas. Los ánimos, tranquilos al principio, se habían exaltado cuando al pasar los manifestantes por la Avenida Juárez, de una casa alquilada por los del partido oficial, un grupo de líderes había pretendido burlarse de los que desfilaban. Rápidamente, de los insultos se pasó a las obras; se libró una escaramuza. El asfalto de la avenida no ofrece ni un guijarro. Los de la casa hostil sacaron pistolas y dispararon. La muchedumbre se enardeció. Y las mujeres no corrieron, animaron a los hombres. Desgarrando algunos sus camisas y mojándolas en la gasolina de los autos que habían quedado atrapados en el tumulto, las prendían, las arrojaban sobre las puertas y los balcones de los agresores. Huyeron los rufianes de las puertas y de inmediato se les vio despavoridos buscando escape por las azoteas. La policía se presentó a defenderlos comandada por un tal Quintana, el que hizo hablar a Toral maltratándole los hijos en una habitación contigua. Sobre él cargaron los nuestros, dispersando, desarmando a los polizontes. El propio Quintana estuvo a punto de ser linchado; pero lo salvó Medellín Ostos. La inútil generosidad

sólo sirvió, por supuesto, para enconar a los esbirros. Envalentonada, la multitud hubiera asaltado y destruido las oficinas del partido oficial en la Reforma. Palacios Macedo y Medellín Ostos la disuadieron con tino. Pero lo que quizá ya no tuvo sentido fue llevarla a Chapultepec a pedir garantías. A la entrada del Castillo esperó Eulogio Ortiz con toda la guarnición de la plaza, de bayoneta calada. Tembloroso, pero insolente, interrogó: «¿Qué quieren, tales…?» Parecía inminente un choque en que el pueblo desarmado hubiera llevado la peor parte. La presencia de ánimo de Palacios Macedo salvó la situación. Volviéndose a los manifestantes hizo correr la voz: «Canten el Himno Nacional.» La misma tropa pareció vacilar. Y Palacios Macedo expuso: «Venimos a pedirle garantías al presidente.» No sé si entraron o no a ver al seudopresidente. La manifestación se disolvió. Había cumplido su objeto. Los militares vieron que era el pueblo entero lo que había que demoler. Y esto mismo, con ligeras variantes, ocurrió en cada poblado del país. Las órdenes para la represión implacable no se hicieron esperar; estaban ya dadas según pudimos comprobarlo el lunes siguiente en nuestro propio recorrido.



Oficinas del PNR: «Envalentonada, la multitud hubiera asaltado y destruido las oficinas del partido oficial»…

Injurias y amenazas

Todo el día fue de malas ocurrencias. En Ixtlán, los pocos que se decidieron a presentarse a la estación nos informaron que el partido estaba prácticamente disuelto en el pueblo, por la racha de las persecuciones. Lo mismo se nos iba diciendo en cada estación de parada, y respondíamos: «Corran la voz: al día siguiente de la elección debe desconocer al gobierno todo el que cuente con un rifle y decisión»… Al oscurecer, detúvose el tren en Compostela. Al lado de nuestro vagón se instalaron quince o veinte facinerosos armados que comenzaron a vomitar injurias. Simulaban ser el pueblo, pero los del ferrocarril nos informaron que eran concejales y polizontes. «Baja para que te veamos la cara… ¡Muera la reacción…! ¡Viva Ortiz Rubio…! ¡Muera Vasconcelos…!» El escándalo alarmó a los pasajeros. Entre ellos se hallaba la esposa del doctor Fernández de Castro, con el bebito que meses antes había yo apadrinado en Celaya. Iba a reunirse con el doctor en Sinaloa; los habían obligado a cerrar el consultorio; habían perdido la botica; los echaron del pueblo, por vasconcelistas. Mi compadre era el presidente del club local y a toda la directiva la habían dispersado.


Vasconcelos

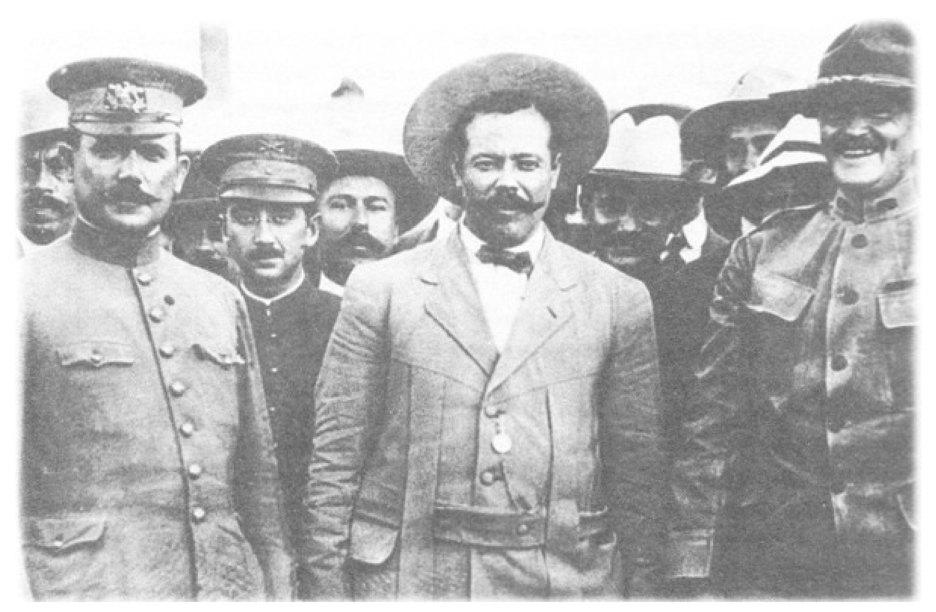
Cuando arrancó el tren de Compostela, un conductor pasó

y dijo: «No se preocupen, éste es un pueblo tal, pero ya vamos a entrar a la zona en que ustedes mandan. Tepic los está esperando en masa y mañana Mazatlán»...

A la una o las dos de la mañana paramos en Tepic. Ninguno de nuestros amigos subió para la bienvenida. En cambio, en el interior de la estación, frente a los vagones, tocaba una murga, rodeada de treinta o cuarenta piojosos. Y vociferaban como los de Compostela, y corrió la voz de que intentaban abordar el convoy. Un teniente se movió entonces y puso soldados que lo impidieron, pero la grita organizada en contra nuestra seguía. ¿Qué había pasado con nuestros amigos? «Allá están —informó un ferrocarrilero. Del otro lado de la estación hay una multitud, pero no los han dejado acercarse. Un destacamento circunda la estación y a su amparo gritan contra ustedes todos esos alquilados del municipio.»

Trágico día

Dormimos unas horas tranquilas, más allá de Tepic. Temprano, la luz nos levantó. Desayunamos en el comedor del ferrocarril. Afuera, un sol clemente hacía relucir los campos, húmedos de rocío. En la estación, que corresponde a San Ignacio, asomamos en busca de caras amigas. Por la estrecha, solitaria entrada, vimos a una joven que se apresuraba. Era la señorita Idar, que dijo: «No quisieron acompañarnos los hombres pero aquí estoy yo»... No había esperanzas de resistencia armada por ese rumbo, por eso se marchaba ella de allí; todos sus esfuerzos habían sido inútiles, nos acompañaría a Mazatlán. Su familia aconsejaba el viaje, dado que en el pueblo su situación se había hecho imposible. La presión de autoridades recién instaladas era terrible. Estaba San Ignacio muy distinto de como lo habíamos visto al principio del año. Los concejales electos habían sido despedidos.



El general Francisco Villa: … «una buena bandera es capaz de redimir a un Pancho Villa, con tal de que el jefe sea un Madero, no un Carranza»

Una estación antes de Mazatlán empezaron a subir nuestros amigos. Contaban de choques habidos la víspera, entre grupos de vecinos y las autoridades, en cada uno de los poblados que cumplieron la orden de consumar un desfile para despliegue de nuestra fuerza electoral. «Mazatlán —dijeron— está bien. Todos sus habitantes deben hallarse para esta hora en la estación, esperándolos.» Así fue. La multitud se hizo otra vez la ilusión de su libertad, llenando el espacio que media entre las casas y la vía férrea. Claros colores de los trajes femeninos, alegría de banderas, músicas. Y en trocas de los ranchos, grupos de veinte, de doce hombres, de pie saludaban. Descendimos, aceptamos las bienvenidas, las flores, los vivas; una partida de rancheros armados nos rodeó para escoltarnos. Al soslayo enseñaban, en la bolsa trasera del pantalón, las cachas de sus pistolas. Sí, aquello era necesario. Desde por la mañana, la policía había estado golpeando a la gente del pueblo. Habían pretendido disolver

la manifestación. «Querían que no encontrara usted a nadie en los andenes. Pero aquí estamos. Sin embargo, hay que irse con precaución. El jefe de las armas ha emboscado tropas a medio camino, detrás de la barda del cementerio.» Y comenzó el desfile hacia la ciudad: millares de peatones, hombres, niños y mujeres, coches particulares, camiones de servicio, caballos, carretas. Y en todos los rostros, la resolución de avanzar costase lo que costase. Por delante marchábamos nosotros.

No llegábamos aún al lindero de la ciudad cuando unos cuarenta de a caballo nos salieron al paso, sable en mano. Hubiera sido fácil barrerlos con unos cuantos disparos de los que me cercaban, pero a la derecha las bocas de las troneras, en el muro del panteón, apuntaron. Se habría producido una carnicería inútil al primer disparo. Quizá eso era lo que querían las tropas. Alegarían después que el pueblo se había amotinado. Sin apearse del caballo, uno de los jefes de la policía se me encaró: «De orden del presidente de la República, están prohibidas ya las manifestaciones.» Repliqué: «Todavía por unos cuantos días acatamos todas las órdenes del presidente; disponga usted lo que ha de hacerse; nada más le pido que no se haga daño a las mujeres, a los niños.» Se apeó entonces y tras breve plática se convino en que yo tomaría un auto, me adelantaría hacia la ciudad, acompañado de media docena de los principales. A la multitud se le rogó en mi nombre que se dispersase. Me embarqué en un auto espacioso, con don Manuel Bonilla al lado y Ahumada, Pedrero, Lizárraga, en los asientos delanteros. Miguel Ángel Beltrán, con dos de los suyos, montó sobre el motor.

Al rato supimos que, apenas adelantamos, el polizonte violó su palabra, ordenando una carga contra los manifestantes. En la refriega, entre otras víctimas, hubo un

niño degollado de un sablazo, en los brazos de su propia madre. Lo que vimos luego fue que lo de meternos por delante en un auto había sido una celada. Pues mientras todos nuestros partidarios quedaban atrás, cortados de nosotros por la caballería policiaca y por las tropas, nosotros, en la ciudad vacía de habitantes, fuimos a dar con grupos enemigos apostados deliberadamente para atacarnos. En la esquina de una de las plazas del centro, apenas nos reconocieron se lanzaron los rufianes sobre nuestro automóvil. Llegó hasta el estribo, prendiéndose al carruaje en marcha, un tipo de apodo conocido, matón de oficio. Un certero porrazo dado con la mano por uno de nuestros amigos lo echó en tierra, lo que desconcertó a los demás. Forzó el paso la máquina y una gritería infernal nos persiguió por la espalda. Según desembocamos a la calle del hotel, vimos que todo el frente del edificio estaba ocupado por una chusma de alquiler. Miguel Ángel tomó entonces una resolución que lo comprometía, pero que nos salvaba. «A mi casa», ordenó. Y como nadie nos esperaba por aquel rumbo, en unos minutos estuvimos instalados en cómoda, hospitalaria mansión del rumbo de las Olas Altas. El plan de los del gobierno había sido dejarnos sin posada, a dar vueltas en auto, como prófugos, por toda la ciudad…

«Estamos decepcionados de Mazatlán —decían los vecinos amigos nuestros—. Ha bastado con que cambiaran el Ayuntamiento y vinieran de México hace apenas diez días unos cincuenta polizontes desconocidos, para que toda la valentía tradicional del puerto se vea deshecha»…

Sin pérdida de tiempo comenzamos a celebrar conferencias. Nacho Lizárraga me llevó a los seis o siete que tenían por la comarca partidarios con posibilidad de empuñar un rifle. Era un martes. Los días que faltaban para la elección había que emplearlos en concertar el alzamiento

inmediatamente posterior. El domingo siguiente eran las elecciones. Apenas depositase mi voto, partiría en secreto para el sitio en que hubiese cien, doscientos hombres armados. Nadie opuso reparos al plan: se habló de correr la voz. Se convino en que esa misma noche, a las diez, celebraríamos nuevo consejo para hacer recuento de elementos de guerra. La ciudad estaba alarmada, ya no indignada, pese a los muertos, los heridos del ataque imprevisto de por la mañana. ¿Se decidiría a votar, ya no digo a secundar un ataque? Entonces, para dar un poco de tranquilidad, así fuese ficticia, y dado que la agresión había partido de la policía, resolvimos poner un mensaje a Portes Gil denunciando los atropellos policiacos y pidiendo se retiraran los polizontes y se encargara de cuidar el orden en la plaza el ejército. De paso se obligaba al ejército a sacar la cara y asumir la responsabilidad. Como resultado práctico, por otra parte, no esperábamos cosa alguna. El comandante de la policía era hermano del jefe de las armas. Y éste se paseaba a caballo, cada mañana, con el jefe de los esbirros que habían mandado de México.

Portes Gil, siempre dispuesto a la comedia, contestó al día siguiente lamentando los atropellos y poniendo la plaza a cargo de los militares. Retiró la comandancia los que obstruían la entrada al hotel y pudimos dejar la casa de Miguel Ángel, donde había familia muy valerosa y adicta, pero que no era justo comprometer…

La gravedad de la situación se nos reveló más tarde. A la junta de jefes, convocada para las diez de la noche, sólo concurrieron dos o tres de los doce comprometidos. Y estos tres no precisaron gran cosa; prometieron dirigirse a sus regiones, hablar con sus hombres y volver. A una segunda junta, que convoqué en el hotel días después, ya no fueron ni los tres. Y allí estaba en el puerto el general Bouquet,

desembarcado en avión de La Laguna y en peligro de ser identificado por los federales que no le perdonaban las zurras que les había inferido. Y les era fácil perjudicarlo, puesto que era uno de los jefes ex cristeros amnistiados meses antes, o sea, señalados para víctimas de la primera ocasión en que se les pudiera herir a mansalva. Forzando mucho a los que se habían comprometido, obtuvo Miguel Ángel que un conocido ranchero se llevara a Bouquet, lo escondiese en su finca, mientras se lograba poner a sus órdenes algún contingente armado. Di a Bouquet un abrazo de despedida y le dije:

—Al recibir aviso de que tiene usted a sus órdenes siquiera veinte hombres, iré a reunírmele.

No era él de esa opinión, y me lo dijo:

—No aceptaré la responsabilidad de tenerlo a mi lado mientras no cuente con el dominio de una región.

Otros jefes habían dicho lo mismo: «Con usted no, porque nos cargan todo el ejército. Déjenos solos mientras podemos hacernos fuertes.»

En cierto modo era yo un apestado, aun para los míos; un compromiso, por lo menos.

Lugares dónde esconderme no faltaban en el campo y en la ciudad, pero desde un principio me había pronunciado contra este proceder, que reduce al jefe de un movimiento a la impotencia, aparte de que, privándolo de medios de comunicación, le quita también la fuerza que se deriva de la palabra. Era necesario no perder el contacto con la opinión pública. Y preferible escapar rumbo al extranjero, desde donde se puede hablar, a pasarse meses en el silencio de tumba de un encierro celosamente guardado. Pero antes de hacer lo que tuvo que hacer Madero, lo que tiene que hacer todo jefe que no quiere entregarse impotente en manos de

sus enemigos —lo que salva su persona, pero compromete su causa—, procuré hallar sitio donde estuviese protegido por partidarios armados, así tuviésemos que andar a salto de mata por las serranías. Lizárraga se puso al habla con ex rebeldes de la comarca, sin excluir ni a los que gozaban reputación de simples bandoleros; una buena bandera es capaz de redimir a un Pancho Villa, con tal de que el jefe sea un Madero, no un Carranza. El sábado era víspera de la elección y nada cierto se había concertado. El pretexto parecía ser el mismo. No podrían hacer nada teniéndome a mí entre ellos. En el mejor de los casos, podrían reunirse quinientos hombres mal aprovisionados, lo que no era suficiente para resistir el choque de todo el ejército; convenía dispersarse en guerrillas; para eso yo estorbaba; debía, pues, ponerme en lugar seguro, por lo menos alejarme del sitio en que la rebelión iba a comenzar. Me resigné a todo a cambio de la promesa de que no dejarían solo a Bouquet; a él debían reconocerlo como jefe militar así que yo me ausentara de Mazatlán.

En nuestro hotel las visitas no cesaban. Los buenos amigos de la primera vez no nos desertaron, volvieron a demostrarnos su cariño. Un panadero local me mandaba obsequiar cada mañana una torta de harina y huevos incomparable. El dueño de una modesta zapatería me regaló unos botines de montar. Señoritas y señoras pasaban con nosotros la velada en los corredores del hotel. La encargada de éste, una española, nos atendía con solicitud conmovedora... Pero en cuanto a la acción vigorosa que hacía falta, ninguna esperanza. Todo era más bien escuchar quejas. A éste lo habían golpeado, al de más allá le habían robado la pistola. A las puertas del hotel, un par de esbirros registraba los bolsillos y desarmaba a todos los que no tenían ira bastante para oponerse.

En vano pedí al jefe de la policía, que me visitaba todas las mañanas, simulando atención, que retirara a aquellos sujetos. Estaban allí ex profeso para molestar, amedrentar a los que me visitaban.

Lizárraga, Herminio, Pedrero, Miguel Ángel y yo urgíamos a los más decididos, pero sin mayor éxito. A un ex coronel Kelly, que era la esperanza de cierto grupo, se lo estaba seduciendo el gobierno con la promesa de una alcaldía. A otros se les amedrentaba. Comprendí por fin el desastre, cuando pasando una noche por el corredor, que hacía de sala de espera y de reposo, percibí una conversación muy viva acerca de los preparativos del carnaval. En Mazatlán se celebra esta fiesta con bastante animación, y en vez del himno de guerra vasconcelista del año anterior, la música de los papaquis comenzaba a embriagar a la ciudad.

Y ése era el pueblo famoso en la República por su altivez, su devoción a todas las buenas causas. ¿Cómo estaría el resto de la población?... Poniendo el lomo para el azote; luego, alzándose ufana para proclamarse libre e independiente... Tal ha sido la farsa nacional desde Morelos y la independencia que nos hicieron los ingleses hasta nuestros días, en que las elecciones nos las hacen los *yankees*...

La última noche, víspera de las elecciones, grupos de pistoleros en camiones y trocas del municipio pasaban y repasaban debajo de nuestros balcones gritando insolencias, disparando al aire, vivando a Ortiz Rubio y a Calles. Frente a las ventanas de don Manuel Bonillas se instalaban noche a noche, acompañados de una murga, docenas de rufianes que se entretenían cantando burletas, injuriando al hombre más querido, más respetado en el puerto. A la familia de Miguel

Ángel Beltrán le impusieron vejación parecida en castigo de los días que me tuvo de huésped. Y en toda aquella ciudad de más de cuarenta mil almas que habían sido nuestras no se levantó una mano para castigar a los malhechores. Los apoyaba la guarnición y eso bastaba para hacerlos intocables. Podían haber violado mujeres a media calle; no se mueve en nuestros pueblos la hoja del árbol sin la voluntad del teniente, menos contra el teniente. Y tenientes y generales se divertían en grande a nuestra costa. A tal punto que no creo que en los diversos atentados contra mi persona, siempre fallidos, hubiese intención formal de matarme… ¿para qué?, si detrás de mí no hubo sino gritería y el sacrificio deliberado de uno que otro mártir que servía de escarmiento y de advertencia a todo un pueblo desarmado. Pobre pueblo habituado a conformarse con el desahogo de cierta algarabía que simula libertades y luego se reduce al goce malsano de la sátira, la murmuración en privado.

La idea de que el voto entraña la obligación de sostenerlo contra la fuerza y el fraude, idea que tanto defendimos, no había creado convicciones.

«¿Qué opinan los americanos? ¿Cuenta usted con apoyos en Estados Unidos?», me habían preguntado dos o tres coroneles con mando, que a través de amigos comunes y en secreto se habían comunicado conmigo… A todos respondí: «Estados Unidos está en contra de quien no ha de manejar; por adelantado les digo que nada bueno podemos esperar del Norte; pero ésa debe ser razón para que ustedes me apoyen, no para que me abandonen»… Insensibles a este lenguaje del honor, que en otras milicias decide, los nuestros prefirieron abrazarse al partido que patrocinaba *mister* Morrow. A partir de entonces vi en nuestro instituto armado cosa parecida al de los constabularios de Filipinas. Constabularios

supeditados al suave pero eficaz procónsul que era *mister* Morrow.

El mismo día de las elecciones salimos temprano de Mazatlán por el tren que va al Norte. Para esperar a que se produjeran los levantamientos de Sinaloa escogimos Guaymas. Desde allí, la complicidad de los ferrocarrileros me permitía regresar apeándome en alguna estación desguarnecida, para internarme por Quelite a la serranía, una vez que Bouquet entrara en acción. Me acompañaban Pedrero, Ahumada, Eugenio Méndez y Miguel Ángel Beltrán. El pueblo de Mazatlán votó ese día con lealtad, aunque sabía, veía cómo era destruido su voto por las autoridades.

Motines y votos

Consecuentes con nuestro deseo, los del ferrocarril pararon el convoy en estación Díaz y bajamos todos a votar. Todos los de la mesa eran vasconcelistas. Me proponía yo votar por el doctor Vázquez Gómez, en homenaje de su actitud generosa de la convención, pero no había sino boletas impresas nuestras y del partido oficial. Suscribí una boleta de nuestro partido: no había habido allí disturbios ni votación por el candidato oficial; lo mismo ocurrió en todas las aldeas donde no existía guarnición militar.



Manifestaciones de 1929

En los centros más poblados la situación era bien diferente. Desde Mazatlán pregunté a nuestros amigos de

Culiacán si había por allí manera de escapar con los que por la sierra adyacente había estado conquistando el doctor García para la rebelión. Se nos contestó que no debíamos pensar en presentarnos por la capital del estado; se hallaban allí los nuestros más oprimidos que en Mazatlán. Políticos y militares coludidos habían hecho a un lado todo pudor y descaradamente perseguían a nuestros representantes, dispersaban a los correligionarios. Una carta, que recientemente me ha enviado un amigo para refrescarme la memoria al respecto, dice así:

> Pasó por aquí (Culiacán) Vasconcelos, el día de las elecciones, a bordo del tren ordinario, rumbo al Norte. Antes había llegado a Navolato una porra para que con la de aquí se le hiciera una manifestación hostil. El doctor García proyectó tomar a Vasconcelos en automóvil en alguna estación anterior a Culiacán, para lo cual contaba con la ayuda de todo el elemento ferrocarrilero, y reinstalarlo en su tren en alguna estación posterior a Culiacán; pero como al mismo tiempo gestionaba con el gobernador y el jefe de las armas que se dieran garantías, y ambos prometieron darlas, ni siquiera se informó a Vasconcelos del proyecto. Y congregamos una gran masa de adeptos para recibir al candidato en la estación...

En efecto, cuando el tren se detuvo, subió primero la policía a decir que podían entrar a verme los que yo designara; pedí desde luego que dejaran pasar a los de mi directiva local, y subieron el doctor García y don Benjamín Gutiérrez, creo que también el señor Leyva y Verdugo...

Y me informaron de situación parecida a la de Tepic, de pocas noches antes. El pueblo estaba afuera de la estación, pero las porras, protegidas por las tropas, le impedían acercarse. Un tal Soberón, emparentado con Aarón Sáenz, yerno de Calles, a caballo, al lado del jefe de la policía, vigilaba que las porras cumpliesen, y periódicamente exclamaba: «A ver, a ver, van a ver cómo se trata a este pueblo tal», y hacía que los de a caballo arremetieran contra una muchedumbre desarmada, en la que había mujeres y niños.

Ansiosamente recomendé al doctor García: «Manden emisarios por la sierra, por las aldeas, digan que desde mañana deben empezar en todo el país los levantamientos»... «No creo que por aquí haya muchos que se levanten —confesó el doctor García—; ya hemos hecho la lucha, pero no garantizo el resultado; la gente no se ve decidida para eso»...

Al llegar a la última cabecera de distrito sinaloense, Miguel Ángel Beltrán, que nos acompañaba desde Mazatlán, se despidió de nosotros llevando en la mano el mensaje que redacté a las seis de la tarde, hora del cierre de las casillas; estaba dirigido a México, al partido y a los diarios. En él declaraba yo lo convenido: «Que habiéndose consumado la elección por una abrumadora mayoría en mi favor, desde ese momento me declaraba el presidente electo.»

Por la noche, nuestro paso por Navojoa provocó un motín. Las tropas y la policía impidieron el acceso de los nuestros a la estación. Nuestra buena amiga, doña Sofía Ayala, apostrofaba una contraporra de nuestros partidarios, pero en vano; a los verdaderos porristas los amparaba el ejército. Salazar Félix se impuso y entró hasta el *pullman*, en que nos disponíamos para dormir.

—Allí tengo gente armada —informó—, les quieren asaltar el tren del otro lado del puente, pero yo tengo allí cuarenta hombres, vayan sin cuidado...

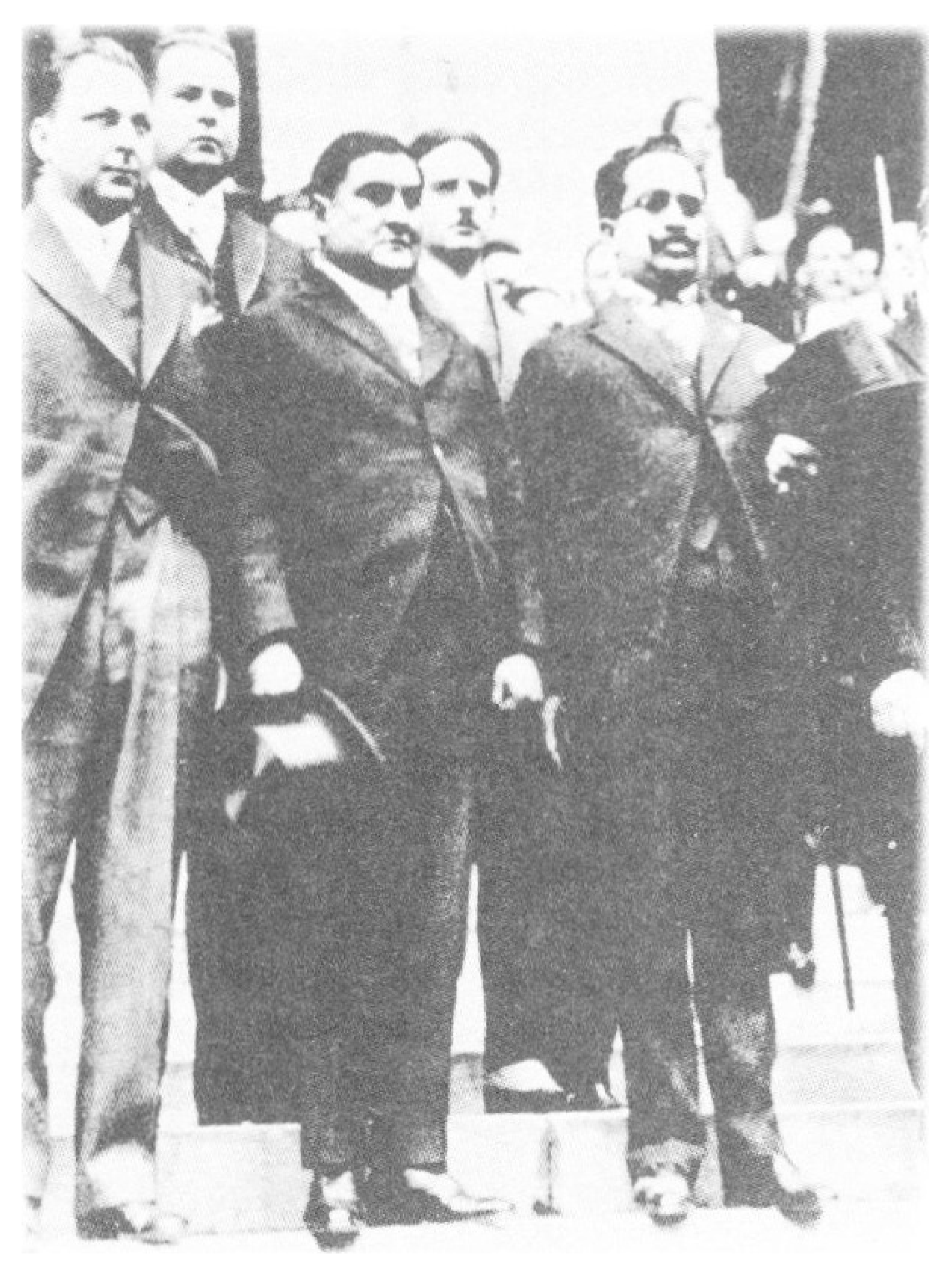
—Bueno, Salazar, ¿y de lo otro? Ya llegó el momento.

—Descuide usted —respondió—, aun dentro de la policía local contamos con gente comprometida.

—Bueno, sin ir a cometer suicidio, aprovechen la primera ocasión; adiós, adiós...

Empalme

Temprano desembarcamos en Empalme, ciudad de ferrocarrileros, donde nos sentimos en casa. Toda la plana mayor nos esperaba en la estación, avisada por Ahumada, que se había adelantado una jornada a fin de obtener alojamientos. El alto Corrales, todavía excitado, refería cómo los habían atropellado la víspera, cada vez que lograban dominar una casilla electoral. Porristas seguidos de polizontes y amparados por las bayonetas del ejército los habían golpeado, les habían arrebatado las ánforas de la elección. Y concluía él, y todos: «¡Ya perdimos!, nos ganaron a la mala, pero ya perdimos.» «No, Corrales —aseguré—, ahora empezamos.»



Portes Gil. «Pues yo, licenciado, soy militar […]; ahora obedezco a Portes Gil; si mañana usted es presidente, a usted lo obedezco…»

Media docena de casas de empleados del ferrocarril estaban a nuestras órdenes. «Si quiere esconderse —advirtió

Corrales—, de aquí no lo sacan, aquí está entre los suyos.» «No, no se trata de eso. Pensamos seguir rumbo a Guaymas.» Era preferible procurar mantener comunicación directa con el resto del país, mientras se pudiese. Y sólo aceptamos que nos llevaran a almorzar. Después de un buen almuerzo, en una casa particular, en autos y trocas de los que se ofrecían a acompañarnos tomamos el camino de Guaymas, poco distante. Al acercarnos a Guaymas, la escolta que resguardaba un puesto del camino nos marcó el alto, intentó quitarle las pistolas a mis acompañantes. Uno de ellos rogó al teniente que le permitiera comunicarse con el jefe de las armas de Guaymas. El teniente accedió. Se explicó que los que traían pistola portaban la licencia respectiva y se obtuvo la orden de que no se nos desarmase y se nos dejase seguir adelante. Minutos después llegó a nuestro encuentro un auto tripulado por militares de alta graduación. Se apeó un coronel, cuyo nombre se me ha borrado y que sólo designaré en lo que sigue como «el coronel». Era jefe del estado mayor del jefe de la zona. Antiguo federal, graduado del Colegio Militar, no carecía de maneras, aunque se hallaba ligado íntimamente con los políticos del partido oficial. En su corazón odiaba a todo el mundo, sin duda por haber tenido que cambiar chaqueta, del huertismo a la revolución. Dijo «que venían a darnos la bienvenida de parte del jefe de la zona y a ponerse a mis órdenes, a escoltamos». «No necesitamos escolta —advertí—, son policías los que nos han estado atacando en todo el recorrido.» Pero insistió: por lo menos aceptaría yo caminar con él en su auto, me dejaría en Guaymas, a la puerta de mi hospedaje. Dejé el coche en que venía con mis amigos y pasé al auto del coronel, que se puso él mismo a dirigir. En el asiento de atrás, dos ayudantes se mantuvieron silenciosos, pero el coronel hablaba...

—Debe usted de venir muy fatigado... Si quiere, deje a sus

amigos que arreglen su instalación y nosotros nos vamos directamente a la playa, al baño de mar. Yo tengo allí caseta y ropa, no le hará falta nada.

—Le agradezco mucho, coronel, pero el primer día, por lo menos, no he de separarme del hotel, porque habrá quien quiera verme, tengo telegramas que redactar, etcétera.

En el hotel que habían recomendado los de Empalme tomamos tres o cuatro habitaciones para Pedrero, para «el Güero» y el teniente coronel Méndez. Los militares no se despidieron a la puerta; se metieron al hotel y se instalaron en un rincón del vestíbulo. Allí se estuvieron observando, mientras yo recibía, a la vista de todo el mundo, en una de las mesillas del salón, a numerosas personas que empezaron a llegar. Al mediodía, mandé que les sirvieran a los militares un aperitivo y lo aceptaron. Al sentarnos a la mesa, invité al coronel, que comió a nuestro lado.

Y delante de él, sin embozo, contesté las preguntas de una entrevista que me hacía, como corresponsal de los diarios de la capital, nuestro amigo el poeta Iberri.

—Soy desde esta fecha el presidente electo… Ahora al pueblo le toca decidir qué es lo que se hace si desconoce el gobierno el resultado de la elección.

Hacía falta, es claro, la declaratoria de las Cámaras, pero si ésta era adversa, para mí era lo mismo; yo sabía que había ganado y era yo legalmente la única autoridad del país. El gobierno provisional no había tenido otra misión que convocar a elecciones y consumarlas…

El coronel se mostraba obsequioso, deferente, pero franco.

—Por supuesto —observó, así que se hubo retirado el corresponsal—, no tendrá usted la menor duda de que el Congreso fallará en su contra…

—Lo sé, coronel; por eso, desde ahora, me ando llamando

presidente electo.

—Pues yo, licenciado, soy militar; yo obedezco al que sea presidente; ahora obedezco a Portes Gil; si mañana usted es presidente, a usted lo obedezco…

—Eso es muy cómodo, coronel. Además, así el sueldo sigue corriendo…

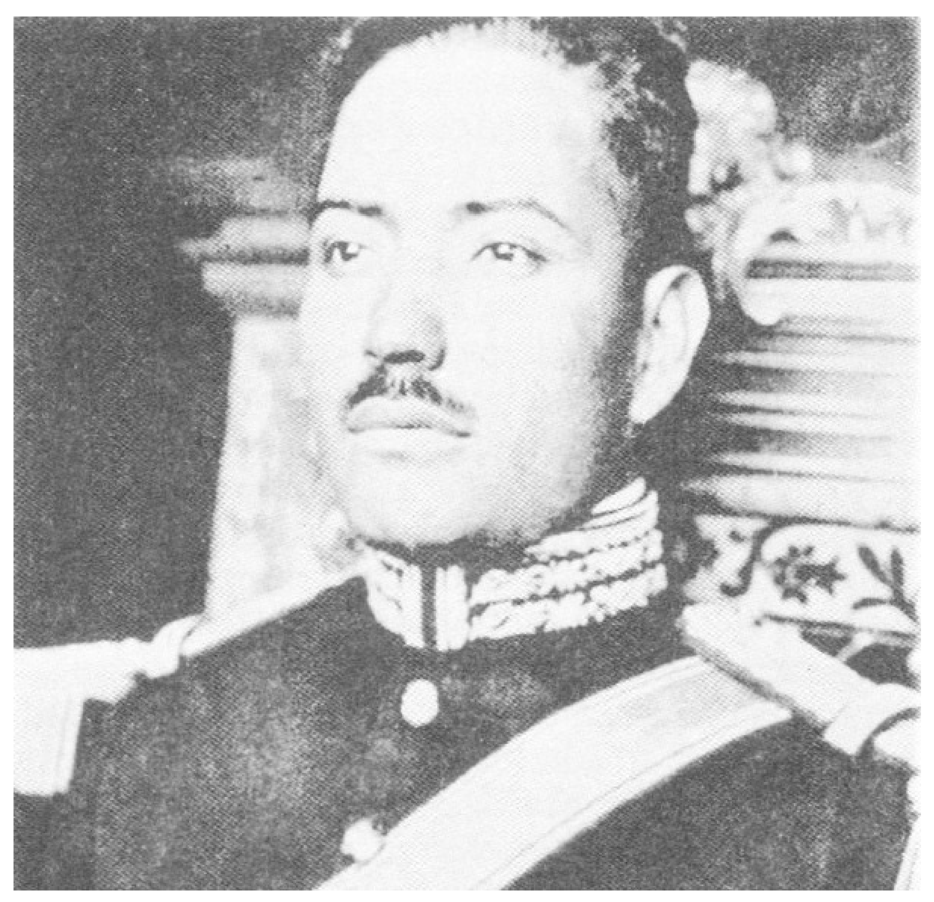
Hubiera querido que se levantara de la mesa ofendido, pero no se mostró susceptible. Concluida la comida, me retiré media hora para la siesta…

Por la tarde, el número de visitantes había aumentado de tal modo que estaba lleno el vestíbulo, y todavía en la calle se apretaba el gentío… Alguien llevó una música. Entre los visitantes, los curiosos, había muchas mujeres, buenas mozas en su mayoría, aun las de la clase humilde, y me ocurrió decirles, al centro del espacioso salón: «A ver, todos a bailar», y se improvisó así una fiesta que duró varias horas.

Los militares se turnaron, no se retiraron. Un nuevo grupo de oficiales siguió instalado en un rincón del vestíbulo.

Contradicciones nefastas

Ninguno en Guaymas se fue para atrás. Antes de que la noche cerrara ya habían estado a vernos todos los amigos viejos, y otros nuevos, añadida la masa anónima de buena gente, que iba, según decía, para evitar con su presencia que los militares fuesen a cometer una de las suyas. La mayor parte de las conversaciones habían versado sobre los episodios de la violación electoral. No habían encontrado las autoridades, en todo el pueblo de Guaymas y pese a la desocupación extendida, una docena de maleantes con qué formar porra. Se rumoraba que, dentro del personal de la guarnición, ciertos oficiales sospechosos de vasconcelismo habían sido arrestados con pretextos varios el día de la elección. Ello, sin embargo, no había impedido que los del municipio se alzaran con las urnas; la votación, seguramente, nos había sido favorable, pero las actas no aparecían. Resultado semejante se había producido en todo el país, según confirmaban, ya entrada la noche, los telegrafistas que amistosamente nos comunicaban nuevas. En todos los lugares del país, las escoltas se habían presentado en las casillas electorales a manipular la elección. El propio Ministro de la Guerra, Amaro, había dado orden a todas las guarniciones de que no se permitiera que los vasconcelistas dominaran una sola casilla y que se disgregara por la fuerza cada mesa electoral en donde la mayoría antigobiernista fuese patente.



El general Joaquín Amaro ocupó la Secretaría de Guerra y Marina durante tres regímenes presidenciales: el de Emilio Portes Gil, el de Pascual Ortiz Rubio y el de Plutarco Elías Calles

Lo que más nos desagradó, así que llegaron a los dos días periódicos de México, fue el ver, al lado de mis declaraciones afirmando haber ganado la elección, por lo que me reputaba presidente electo, un testimonio del licenciado Calixto Maldonado, que decía: «Se ha asesinado a la democracia, no ha habido elecciones; los atentados las impidieron»... Menos mal que también publicaron las declaraciones leales del señor Góngora, el presidente del partido, expresando lo convenido y lo justo conforme a la verdad, o sea, textualmente: «A pesar de los atropellos notorios, el pueblo acudió a votar. Hemos ganado por mayoría absoluta de

votos y desde este momento, para mí, Vasconcelos es el presidente electo.»

La ira me hizo arrojar el periódico. ¿Cuál era la causa de aquella mala pasada? ¿Quién llamaba a Maldonado a declarar?

Y el daño que hizo fue grande; no sólo el daño, también el ridículo. Supe posteriormente que en Los Ángeles el general Manzo y el general Fausto Topete, desterrados a la sazón, habían comentado: «¿Qué clase de partido tiene Vasconcelos en México, que le contradice en sus propias declaraciones; afirma que no hubo elección, mientras él se declara presidente electo?» Tenían razón evidente. ¡Qué clase de partido fue ese llamado Antirreeleccionista, gomista, de la capital, todavía lo verá el lector, cuando lleguemos al relato de la expulsión con que me obsequiaron para congraciarse con el enemigo!

Por lo pronto yo estaba atado. En el telégrafo me recibían mensajes, pero luego, en la capital, los interceptaban, los sustraían, los falsificaban. Una comunicación extensa me llegó de Tampico. Me daban cuenta del resultado de la elección, indudable respecto al número favorable de votos, pero deshecho por el fraude, el asalto a las casillas, el robo de las ánforas. Concluían pidiéndome instrucciones. Contesté: «Instrucciones ya las tienen: procedan.» En idéntica forma respondí despachos parecidos, todo para que a los pocos días viésemos en los diarios de México que me hacían declarar lo que el gobierno decía de que yo decía; en cierto comunicado se me inventaba una orden a mis correligionarios de que no alteraran la paz, que aceptaran la derrota.

¿De qué manera contradecir esta versión, si ya no contaba ni con los medios de comunicación ni con los diarios? Sin

embargo, no desesperé. Nadie podría creer infundios; todos habían sido advertidos de que podría darse el caso de que me atribuyeran declaraciones falsas. Y recordé que en tiempos de Porfirio Díaz nos dijo el gobierno que Madero desistía de la lucha, que Madero condenaba la violencia, que Madero se había vuelto loco; y sin embargo, nos ocupábamos de organizar bandas armadas, de sobornar oficiales para el asalto de los cuarteles. ¿Qué importaba, pues, la mentira oficial?

Otra información traían los diarios que nos disipó el enojo, que nos pareció de buen augurio por el cinismo que revelaba y la prisa que tenía el gobierno de dar por terminado el caso electoral.

Publicó el gobierno el cómputo de la elección el día mismo de las elecciones, en la ciudad de México, por la tarde; pero en Nueva York los diarios lo dieron a las once del día mismo de las elecciones como remitido de México por el partido oficial. Resultaba el aviso tan anticipado, que al ser confirmado horas después por la prensa mexicana se vio patente que las cifras todas fueron forjadas la víspera de la elección o con anterioridad. La prensa *yankee*, gustosa de ofrecer una prueba más del carácter perezoso del *greaser*, acogió la versión oficial de que perdimos porque los del gobierno se apoderaron de las casillas muy temprano y nosotros llegamos tarde; la manía «del mañana», decían los *yankees*, y en México, los poinsettistas, dentro de su léxico desleal, sonreían y comentaban: «Les madrugamos.» Nadie se detuvo a reflexionar que nada hubiese significado la demora de unos minutos, en caso de haber existido, aunque no ocurrió ni podía ocurrir en todo el país, pues no son las elecciones botín que se arrebata o se roba, sino justa de caballeros en que el voto cuenta lo mismo si se deposita a las nueve de la mañana o a las cinco de la tarde, en la hora

última de la votación.

Tampoco advirtió nadie el cinismo, sin precedente, de dar por legítimo un cómputo que se publicaba en Nueva York a las once, es decir, varias horas antes de la hora legal de la clausura de las casillas, tenida cuenta de la diferencia de horas entre México y Nueva York. Además, la extensión de nuestro país, la pobreza de sus comunicaciones, hace que un verdadero cómputo, para ser exacto, requiera varios días de estimación de los resultados. Nada de esto impidió que el comparsa de Morrow, el banquero Lamont, jefe de la Casa Morgan, publicara exclamaciones de júbilo y el mensaje en que felicitaba a Ortiz Rubio por su victoria.

Puede cualquiera ratificar los datos que menciono en los despachos de la Prensa Asociada de noviembre de 29. En el tan citado cómputo se daban a Ortiz Rubio dos millones de votos; al candidato comunista, mi amigo Triana, que no se había movido, cuarenta mil y, a mí, doce mil votos.

Y no hubo, por supuesto, un solo diario ni en México ni en el extranjero que comentara el cómputo, lo analizara, lo discutiera. Él era la verdad oficial y bancaria, o sea, la verdad absoluta para los millones de esclavos del imperialismo, dominado entonces por los banqueros, hoy por los judíos seudocomunistas del *New Deal.* Y como es natural, si entre los mexicanos no había protestas por el cínico fraude, en el extranjero menos iba a ocuparse nadie de rectificar una mentira que favorecía a los de afuera.

Tan servil es cierta opinión, degradada frente a los informes que dan gobiernos y prensa, que personas de buena fe, por Sudamérica y Europa, creyeron que de verdad me habían derrotado en lid electoral y porque «las masas» se habían decidido en favor del radicalismo de los callistas.

En el país, todo el mundo agachó la cabeza. El

corresponsal de *El Universal*, el poeta Iberri, me hizo la valedura de trasmitir al periódico declaraciones en el sentido de que insistía yo en haber ganado y que exigiría que el pueblo hiciera justicia. Lo que me gané fue un editorial que en dicho diario escribió un dispéptico, que en el ministerio me había adulado con éxito escaso. Se titulaba el editorial: «El error de Vasconcelos.» El error consistía en no acatar el cómputo oficial y predicar la rebelión. «Por lo menos —pensé— esto servirá para que se vea que es falso el otro rumor gobiernista, la versión de que yo me retiraba de la lucha, dejaba el campo libre a mi adversario y, peor aún, que recomendaba se le apoyase.»

Rumores y esperanzas

Días de ansiedad, de expectación, porque los rumores insistían: «Que ya se produjo un levantamiento en la Huasteca; que los cristeros se agitan, o que en Torreón había disturbios.» Ciertos muchos de esos brotes, según se vio más tarde, no llegaron a plasmar en rebelión formal, porque no cundieron, no persistieron. Para crear desaliento, el gobierno, valiéndose de los que entre nosotros claudicaban, corrió la voz de que todo había concluido. Así sucedió, por ejemplo, con la Directiva de Tampico, que por no haberse puesto a salvo, por alarde de valentía o por irresponsabilidad, en vez de esconderse, disolverse, como estaba ordenado, se dejó aprehender en masa. La llevaron a la capital y después de tenerla presa unos días, la echaron fuera, pero no sin haberle arrancado la declaración de que estaban «muy agradecidos al presidente Portes Gil porque los había tratado muy bien». Y así, en muchos otros casos, después de un susto, obtenía el gobierno declaraciones que hacía circular ampliamente en el sentido de que todo estaba en paz, todo terminado y satisfechos los jefes del movimiento oposicionista.



Los cristeros invaden la vía del ferrocarril: «Que ya se produjo un levantamiento en la Huasteca; que los cristeros se agitan»…

Poco me afectaban estas circunstancias, inevitables en toda acción de conjunto. Nuestra atención estaba fija en lo que haría Bouquet con los elementos de la comarca mazatleca que con tanto afán se habían preparado y armado. No llegaban noticias y esto me parecía de buen augurio. Entre tanto, me visitaron emisarios de Navojoa y de Cajeme. «Estaban listos. ¿Darían el golpe o esperarían a que yo estuviese puesto en salvo?» «No, que lo dieran, que no esperaran. Si los levantamientos crecían —les dije—, estos mismos militares que me tienen cercado vacilarán en su posición, nos tratarán mejor. Si no hay levantamientos, seré objeto de burlas.» Uno de los emisarios era hijo de Pedro Salazar Félix. Más tarde supe que se levantó en armas con el padre. No los siguieron los comprometidos y pronto el ejército les dio alcance por la serranía, mató a unos cuatro, entre otros al excelente muchacho que me había entrevistado. Se salvó Salazar Félix, pero quedó prófugo y

herido en el alma por el asesinato del hijo.

Un médico de Navojoa, excelente amigo cuyo nombre se me escapa, estuvo a verme para decir lo mismo: que había modo de iniciar levantamientos pequeños. Le resolví: «Corra la voz de que se hagan, no esperen.» Me hizo entrega de una pequeña colecta, no más de ciento cincuenta pesos, y partió. Parece que a la postre no fue obedecido, no pudo hacer nada.

Nuestro antiguo y generoso amigo, el señor Vallejo, el de la Lotería, se empeñó en sacarnos del hotel. Abrió suscripción en el puerto y nos puso casa. Una antigua mansión espaciosa, con salas y alcobas en los bajos, y arriba una pieza larga con balcones a la calle y una ventana sobre la azotea. Contemplábase en ella el panorama, no muy risueño, de un peñón que domina el caserío y lo limita. Por las mañanas, siempre acompañado de los militares que nos seguían a todas partes, alquilaba un bote, atravesaba a remo la bahía y tomaba el baño de mar, unas veces en un sitio, otras en otro. Un boga del puerto nos hacía compañía, cuidaba del timón. Al bote subíamos, por lo común, Pedrero y yo con los dos oficiales. Permanecían éstos en tierra, mientras el boga, Pedrero y yo nadábamos. Por las tardes nuestra casa se llenaba de visitantes. Pedrero recibía a los más, en los bajos, yo hablaba arriba con los principales un rato; luego me pasaba largas horas solo, andando el cuarto de un extremo al otro, pendiente siempre del peñón árido, granítico, que empezó a sugerirme pasajes del *Prometeo* de Esquilo. Allí estaba yo encadenado por haber tenido la audacia de querer libertar a los mexicanos. En los bajos, el coro de la tragedia, compuesto de la gente del pueblo que no nos abandonaba, se entretenía comentando los sucesos, haciendo augurios pesimistas sobre el inmediato porvenir…

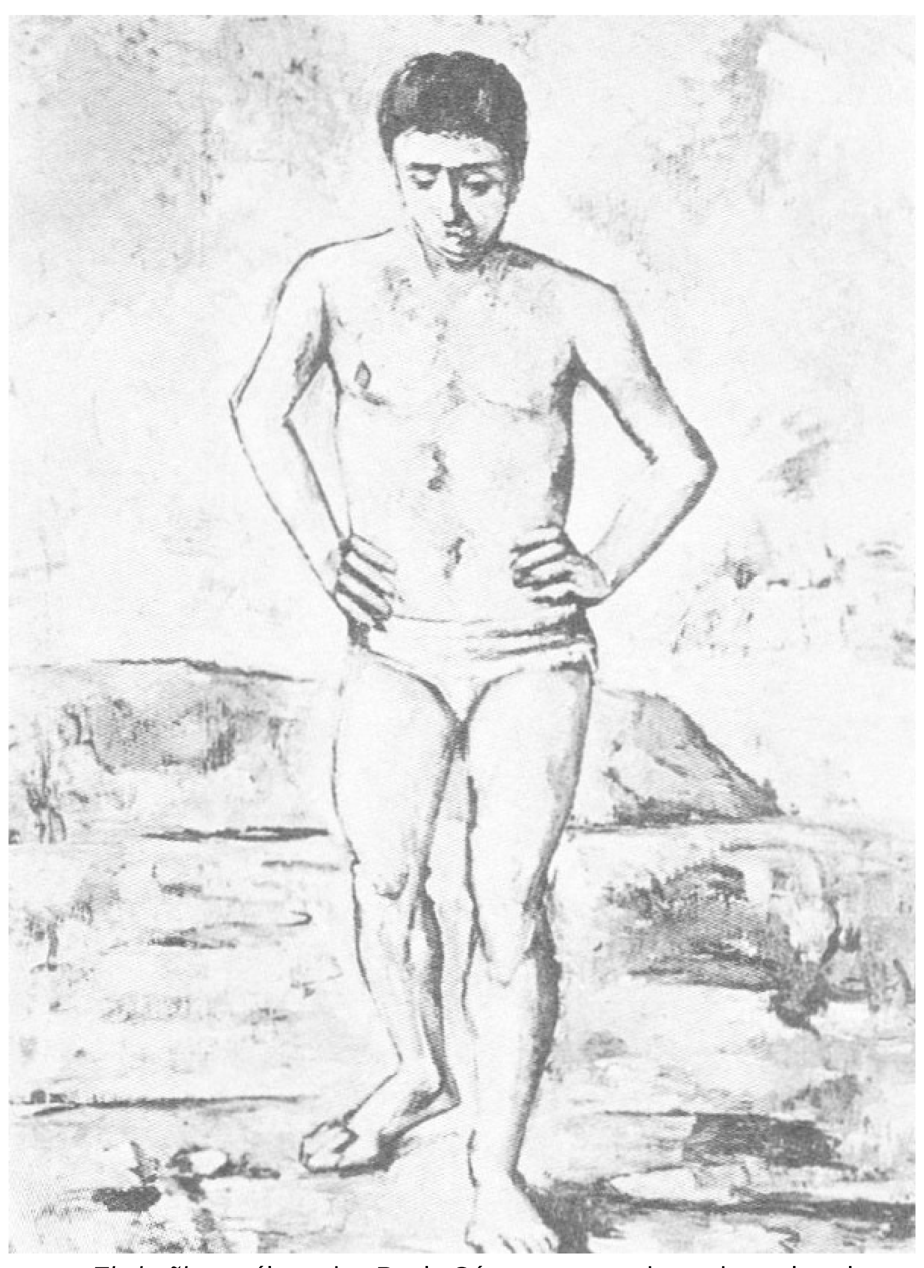
El relato que hice a Valeria, más tarde, de estas horas de

reflexión solitaria le dio la idea de anteponer, a cada uno de los capítulos de su crónica extraordinaria, citas del *Prometeo* de Esquilo.

El mar reconfortante

Nuestro amigo el boga conocía recodos de la costa, desiertos y hermosos. A diario cambiábamos el lugar del baño. Una mañana estuvimos pescando jaibas con carrizo, echándolas fuera del agua a varazos, así de abundantes eran. Y desnudos al sol, secándonos al aire, recuperábamos fuerzas después de aquel año de inútil brega. Los días pasaban iguales, con los mismos rumores que un instante nos reanimaban para ser desmentidos unas horas más tarde. A pesar nuestro, descubríamos que el poderoso entusiasmo del comienzo se había apagado. Los ferrocarrileros que llegaban de Guadalajara confirmaban que el interior se hallaba en calma. Pero nunca faltaba, para animamos, la visita de algún conspirador. El presidente de nuestro club, el señor Félix, presentaba a los que no acudían directamente; por ejemplo, una conocida espía yaqui. Se hallaban los yaquis, en su mayoría, con el gobierno, pero algunas partidas sueltas se acercaban hasta el mismo Guaymas, robando ganado. Alegaba la espía que en la sierra podría yo encontrar refugio entre los indios. Y le dije que aceptaba. Que me uniría al primer grupo que se acercase a Guaymas. Tomamos informes de aquella mujer y resultaron contradictorios: ¡quién la señalaba como al servicio del gobierno!, ¡quién creía en su sinceridad! Lo cierto es que nada formalizó. Y para cerciorarnos de si era posible burlar el encierro en que nos hallábamos, Pedrero y «el Güero» Cardoso se pusieron a observar. De día y de noche nuestra casa estaba rodeada por

soldados. En una de las esquinas dormía al aire libre un piquete. Y en los bajos de nuestra misma casa, en la habitación de entrada, dos oficiales mantenían guardia, remudándose para la vigilancia nocturna. Sin embargo, hubiera bastado saltar por el balcón para ganar la esquina derecha de la manzana, que según observaron mis amigos no estaba resguardada. Por su parte, Corrales había ofrecido una locomotora para llevarme en ella a donde fuese necesario. Lo increíble es que no hubo quien se acercara a rescatarme. Y en vano imploré, hablando con rancheros y ex revolucionarios de confianza, que se reuniesen seis hombres de a caballo. Con ellos ganaría el retiro de algún rancho, el escondite de algún punto de la serranía. «Es inútil —decían todos—, lo cogerán a usted en seguida.» Y en efecto, ¿a dónde iba si toda la región estaba dominada por el gobierno, pese a las partidas de abigeos? Pasaban los días y continuaba nuestra forzada inacción. De México ya nadie me escribía. De Los Ángeles recibí carta de don Juan Ruiz; me urgía a que cruzara la frontera, que no esperase levantamientos, que ya había yo cumplido y no quedaba por lo pronto otra cosa que hacer.



El bañista, óleo de Paul Cézanne: «y desnudos al sol, secándonos al aire, recuperábamos fuerzas después de aquel año de inútil brega»

El recuerdo del general Flores me obsesionaba. Él también se quedó después de la imposición de Calles y su fallida

candidatura, esperando lo que no ocurrió: que se levantaran en armas los que tenía comprometidos a hacerlo y en la espera, uno a uno, le mataron a sus fieles, en tanto que a él lo cercaban, dentro de su propio hogar, hasta que lo envenenaron. Y murió sin haber lanzado siquiera una protesta clara contra el abuso de que había sido objeto. Hasta el día de las elecciones, mi arma de combate había sido la palabra. Mientras estuviese en la República ya no podría hablar, puesto que prensa y telégrafo, todos los medios de expresión pública, estaban en poder de mis enemigos. Me estarían inventando lo que le inventaron a Flores: que había desistido de la lucha, que me conformaba con la derrota. Una carta que me hizo llegar la dama austriaca de Guadalajara me ayudó en mi decisión. «No es nunca prudente lanzarse a lo desconocido», decía refiriéndose a mi plan que le expuso Henestrosa, cuando lo regresé de Mazatlán para que dijera a Pineda, en el istmo, que pegara si podía. El plan era esperar en Guaymas hasta que en alguna parte surgiese una partida armada a la cual agregarme. Esto, según la austriaca, era un acto de desesperación. Hay épocas de acometer y épocas de retirada, me decía, y aconsejaba que me pasase a Estados Unidos para esperar allí los acontecimientos.

Ahora era el pueblo a quien le tocaba actuar…

De Estados Unidos, Ahumada, a quien comisioné para que estuviese informando, nos decía que estaban divididas las versiones: aseguraban algunos que yo regresaría a México, en paz con el gobierno. En cambio, él y Rodolfo Uranga y otros amigos, insistían en que la lucha debía continuarse. Uranga publicaba en El Paso excitativas para la rebelión.

¿Y Vito Alessio? Vito, desde un mes antes de la elección y después de su derrota en Coahuila, había traspuesto la

frontera; se hallaba en San Antonio y no decía nada, no había publicado una línea. «Espera —me decían— a que usted esté libre del cerco en que hoy lo tienen para hacer estallar a sus amigos de Coahuila.» Mi plan de guerra, lo que después llamé el Plan de Guaymas, estaba circulando en privado y vería la luz en los diarios tan pronto saliese yo del poder de los militares.

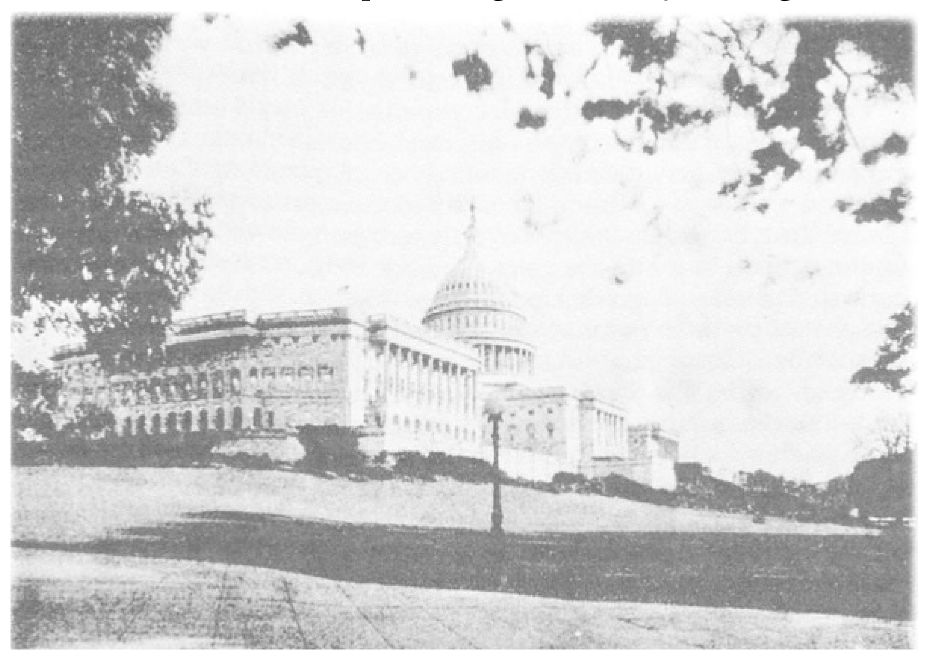
Por las tardes solían hacerme compañía los viejos amigos, Randall, Torcuato Marcor. Ni un solo día nos dejó este último sin visita, y de su escasa renta nos dio una moneda de oro de cincuenta, que sirvió para el regreso del «Güero» a Tampico. También nos acompañaban Vallejo y el señor Rico, Félix y un amigo suyo comerciante. Se platicaba en grande, aunque a menudo los dejaba solos para ver a algún visitante imprevisto. Un tío de Lizárraga llegó de Las Chicuras. Me hizo entrega de doscientos o trescientos pesos en oro, me ofreció un rancho suyo, por Mazatlán, para esconderme... Pero, ¿qué hacía yo escondido, perdido, privado de toda comunicación? Para esconderme me hubiera quedado en la capital, donde a docenas se me habían ofrecido sitios cómodos y seguros...

Dos semanas llevábamos en esta situación, cuando llegó, por fin, mi viejo ayudante joven Carlos Inzunza, de correo de Bouquet. Se hallaba Bouquet optimista. Ahora sí parecía que le iban a dar los elementos prometidos. Serían en total unos cien hombres, con lo que bastaba para prender la mecha. Todos sentíamos que un levantamiento, bien anunciado por toda la República, provocaría otros muchos. Pero Bouquet exigía que me largase del país. Ya volvería cuando ellos pudieran mandar un contingente a la frontera. Por lo pronto, era yo el estorbo y el pretexto. Nadie iba a levantarse proclamando mi bandera mientras estuviese en rehenes. Debía salirme de aquel cerco. Y no quedaba otro

camino abierto que el del extranjero. Entonces fue cuando, de acuerdo todos, decidimos que partiría. La actitud del gobierno en este caso era una incógnita fácil de descubrir. Avisé en tono de simple aviso al coronel que cada mañana se me presentaba que había decidido salir para el extranjero. Y en el tono de broma que a veces usábamos en la conversación, le dije, mientras acababa de vestirme para salir: «¿No ve usted que aquí les estoy estorbando a los amigos que quieran levantarse en armas?... Estando en poder de ustedes»... «No, licenciado. Ya sabe usted que nosotros simplemente le damos escolta de honor, no es usted nuestro prisionero. En fin, comunicaré su decisión al jefe de la zona.» Al día siguiente me dijo que contara con escolta para llegar hasta la frontera. Por su parte, el gobierno hizo circular la noticia de que yo abandonaba la lucha y me dirigía a Estados Unidos. ¿Qué otra cosa podía decir?

Interviene el Procónsul

Y la víspera de mi partida al destierro llegó a Guaymas un personaje misterioso, que puso a trabajar la imaginación de los ingenuos pueblerinos. Descendió en avión, cosa rara por entonces, y empezó a preguntar mis señas; me mandó pedir audiencia antes de las ocho de la mañana. Salía yo en ese momento para el mar y le dije que lo vería, de paso, en el hotel que da frente al embarcadero. Era Lloyd, corresponsal de la Prensa Asociada, que en seguida me dijo en inglés:



Washington

—Necesito hablar con usted dos, tres horas, de parte de *mister* Morrow; es algo muy urgente.

—Pues véngase al mar conmigo —le dije—, hablaremos mientras nadamos…

—No, le ruego que me excuse; lo esperaré. Es algo muy serio, no he venido más que a eso y me quedaré hasta que pueda hablar con calma…

Me fui al baño. Los oficiales que nos acompañaron parecían intrigados. Corrió la voz de que el gringo era un agente especial del procónsul.

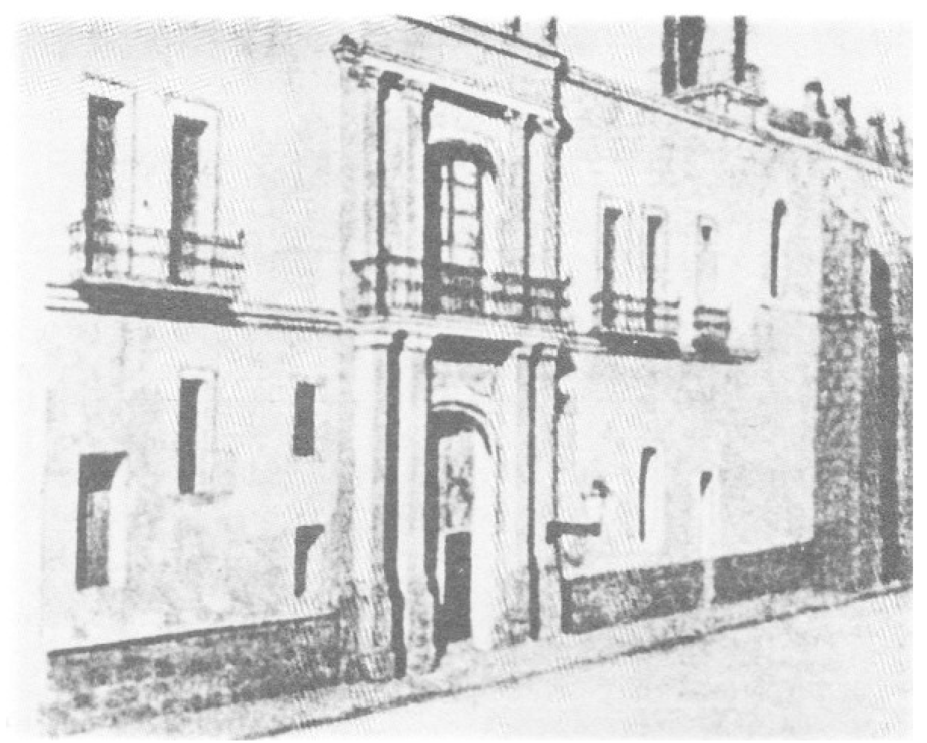
¡Se ocupaba, pues, de mí el procónsul, cuando el presidente y los generales aparentaban no hacerme el menor caso!

—¿Por qué lo hace esperar? —rezongó Pedrero, comido de curiosidad— deje el baño para otra vez, ya bastante se ha remojado en el mar…

—Lo hago esperar —le dije— por eso, porque viene de parte del procónsul.

Le hacía falta un telegrama

Escuché al enviado de Morrow por más de una hora. Su actitud era amistosa en extremo. Reconocía Morrow el gran esfuerzo democrático realizado; al mismo tiempo, la fuerza del gobierno era incontrastable, pero yo lo sabía, él tenía influencia con los vencedores, ¿qué me parecería que me dieran —su vieja oferta— la rectoría de la Universidad Autónoma, para que desde ella continuara yo mi tarea de educar a las nuevas generaciones? Y para mis amigos, para mis partidarios y los compromisos políticos de la campaña, uno o dos puestos en el gabinete de Ortiz Rubio.



Antigua Universidad de México

—¿Y qué tengo yo que hacer para ganar todo eso?

—Muy sencillo: usted no hace sino firmar, aquí mismo, sin moverse de su escritorio, un telegrama que me da a mí, y yo lo hago circular por el mundo; un telegrama en que usted podrá declarar que hubo presión en las elecciones, que no fueron limpias, pero que, a pesar de eso, usted, por patriotismo y para evitar mayores males, reconoce el triunfo de su adversario y le da la enhorabuena, recomienda a los suyos que le presten apoyo.

El enojo que ya de por sí me causaba mirar a dos extranjeros disponiendo en política nacional, añadido a lo peregrino de la propuesta, me llevó a dar una contestación descortés:

—*Tell Morroiv I am not his kind...* (Dígale a Morrow que no soy de su clase.)

No iba yo a traicionar mi causa por un puesto público. Daría la razón si lo hacía a los que me acusaban de ser un comparsa de la imposición gubernamental.

Pero no era *mister* Lloyd de los que dejan a medias un encargo por frase de más o de menos. Insistió. Me hizo ver que eran sueños mis esperanzas de una rebelión. El gobierno americano estaba dispuesto a impedirla. Cualquier levantamiento sería aplastado sin misericordia. Yo quedaría desprestigiado; en cambio, si reconocía ahora el triunfo de mi adversario, si hacía ese sacrificio de amor propio, el porvenir me quedaba abierto. Salvaba a los míos y me salvaba. Todo era cuestión de aquel telegrama…

Comprendí entonces el punto de vista de Morrow: había hecho con el país y sus hombres todo lo que había querido. Representaba yo para él un obstáculo menor, un pequeño tropiezo; pero si accedía yo a poner aquel telegrama, entonces el embajador podría ufanarse de no tener enemigo, de haber manejado al país a su antojo y con general beneplácito…

—No, Lloyd —repliqué—. Le agradezco la pena que se ha tomado de venir hasta aquí, y al señor embajador le agradezco también su interés, pero tenemos puntos de vista opuestos, irreconciliables… Lo único que yo predico ahora y seguiré predicando es la rebelión armada. ¡Y la expulsión de *mister* Morrow del país así que triunfemos!…

Más tarde, y ya solo en mi cuarto, una y otra vez reflexioné la situación. Por encima de razonamientos de pro y de contra, una consideración elemental dominaba mi arbitrio. Si por lo menos los del gobierno se hubiesen abstenido de causar víctimas, si no hubiese de por medio sangre de mártires… No, aquella sangre me obligaba a ser intransigente, a ser despreciativo. No aceptaría ninguna

suerte de colaboración con los triunfadores en desleal contienda…

—Prescinda usted de la rectoría —había dicho Lloyd—, no acepte nada para usted, pero no estorbe que su partido gane posición importante en el nuevo gobierno. Retírese usted, si le parece mejor, pero retírese de modo pacífico, establézcase en Estados Unidos. *Mister* Morrow será su amigo, se le abrirán allá muchas puertas, con tal de que usted me dé ese telegrama de felicitación para su rival…

¡Deberle a *mister* Morrow el pan, después de lo que estaba haciendo con los mexicanos!… A eso se ven conducidos los caudillos de pueblos en decadencia… ¿Cuántos, entre los mexicanos, se daban cuenta de su deber? ¡Con unos cuantos garrotazos habían claudicado todas aquellas multitudes comprometidas públicamente a la rebelión! Y recordaba los brazos levantados del juramento de Chihuahua en la plaza pública, el drama de los que habían caído asesinados, la promesa de tantos ojos que me habían exigido continuar la lucha hasta el fin.

Decidí el viaje a la frontera para el día siguiente. Partió el tren de Guaymas por la tarde. Mucha gente fue a despedirnos. No pocas mujeres lloraban. «Se va la esperanza de un México libre», comentaron algunos; pero lo que me apesadumbraba es que nadie decía: «¡Pronto hemos de traerlo a la fuerza!» Al convoy agregaron un carro especial para los cuarenta hombres de la escolta que debía dejarme en la línea divisoria. Lloyd, el agente de Morrow, tuvo una gentileza: decidió acompañarme rumbo al Norte, porque dijo: «Estando yo con usted, estos brutos no se atreverán a tocarlo.» En Hermosillo, el gobernador Elías, pariente de Calles, había consumado, entre otros asesinatos de partidarios míos, los del ex mayor Luis Favela, el ex teniente

coronel Loreto Santacruz y don José María Trujillo, sacados de sus domicilios y fusilados para escarmiento. En sitios apartados, por Sahuaripa y por Altar, algunos habían cumplido lanzándose al campo en rebelión abierta. Todo esto lo sabía Lloyd, pero yo lo ignoraba. Y al procónsul no le convenía que en mi persona se repitiese el caso de Madero, que a la postre había causado la ruina del embajador Wilson. De allí el interés de Morrow en que mi vida no peligrara.

El «Güero» Cardoso y Pedrero seguían a mi lado. A la hora de la cena invité a Lloyd a que nos acompañara y conversamos largamente. Refería Lloyd sus andanzas por Nicaragua, donde formara parte de la comisión norteamericana que supervisó las elecciones. Hubo en ellas cierta honestidad en el recuento de votos. Y pregunté a Lloyd:

—¿Cómo es que ustedes los norteamericanos, aun en Nicaragua, que es su colonia, se han preocupado de establecer gobiernos fundados en el voto y en México apoyan abiertamente a los violadores del sufragio?

—Es muy sencillo —me dijo Lloyd, con esa franqueza que es patrimonio del que se siente firme—: en Nicaragua estaba comprometido nuestro honor. La marina americana era responsable de aquellos sufragios. En México ustedes son independientes, son ustedes los que hacen las elecciones.

—De suerte —comenté— que en México actúan ustedes sin responsabilidad…

Y es, en efecto, peor la condición de un país mediatizado, traicionado por sus propios hijos, que la condición de una colonia. Es este último un régimen franco; el nuestro es un régimen hipócrita.

En Hermosillo no permitieron que subieran a saludarme los particulares. Únicamente uno de la policía entró al

vagón; era aquel muchacho Gaxiola, de Culiacán, que me dijo: «*Yo fui su partidario*; estoy ahora empleado en la comandancia local y pedí ser yo el que lo entrevistara para ver que nada ocurriese.»

En todo el camino los polizontes habían trepado para cerciorarse de mi presencia en el vagón y comunicarla al centro. La frase «fui su partidario» era ya un símbolo. Todos o casi todos se habían puesto en pasado, precisamente en el instante en que los verdaderos partidarios debieran estar indignados y alertas. Unos pocos sí, se hallaban por el momento buscando adeptos que quisiesen empuñar las armas; otros habían pagado con su vida el precio de su lealtad; otros más se hallaban presos, pero la nación en masa empezaba a decir como el polizonte: «Fui vasconcelista»…

Amanecimos en Nogales. Al bajar del estribo, el jefe de la escolta, un viejo coronel, atento, bien parecido, me estrechó la mano y en tono que parecía conmovido declaró: «¡Por lo menos salió usted con vida. Mis felicitaciones, me da gusto verlo sano y salvo en la línea!»… Me dirigía a la visa del pasaporte. En la fotografía del lugar me abordó el periodista Ramírez de Anda, por nombre afectuoso: *el Cacama.* «Del otro lado —me dijo— tengo máquinas de escribir; quiero una larga declaración.» «Espere unos minutos —asentí—, se la daré.» Por el rumbo de la estación del ferrocarril un grupo de curiosos había formado fila silenciosa. Eran los mismos que un año antes aclamaban, pero estaban ya sin jefes; el terror los había disgregado. En tono un tanto dolido exclamé ante Ramírez de Anda: «Mire ese pueblo, temeroso de aclamar a su presidente electo»…

Todavía en la garita, unos rufianes del resguardo metieron sus manos por mis maletas, con grosería intencionada. Se hizo en ellos rencor toda la bajeza del

México oficial, que me echaba fuera con rabia, como se arroja a uno que estorba para seguir en el robo, la concupiscencia, el asesinato y la mentira.

En el hotel, del lado americano, me abordaron los periodistas y me puse a dictar: «*No me han derrotado, me han defraudado.*» Revistas de amplia circulación, como el *Literary Digest*, publicaron textualmente, como lo dije en inglés: «*I have not been defauted, I have been cheated.*» «Al pueblo mexicano le toca ahora hacerse justicia —añadí—. Volveré al país tan pronto como exista una partida de cien hombres armados que me haga respetar como presidente electo… ¿Mi rival? Mi rival es un embaucador, no es presidente, ni siquiera ingeniero, como se hace llamar… ¿La actitud del embajador? El embajador se ha salido de su papel diplomático al publicar declaraciones favorables a la candidatura gubernamental»…

Estaba ya todo aquello en el telégrafo, cuando Lloyd se acercó y me dijo, francamente enojado:

—Encontrará usted dificultades, aun con las autoridades de inmigración, a causa de esos ataques a *mister* Morrow.

—Por mi parte —le dije—, pueden devolverme en seguida a México.

Pero las autoridades de inmigración se portaron extremadamente corteses; más aún, cordiales. «¿Qué se propone hacer en Estados Unidos?», decía una de las preguntas del cuestionario de ley. «Esperar hasta que en mi país gente armada me llame para echar fuera del poder a los usurpadores.»

Concluido el papeleo, el jefe de inmigración me dijo:

—*I don't blame you… I can understand how you feel…* Comprendo su sentir: Aquí hemos visto *con nuestros ojos* la manera como procedió el ejército, del otro lado, en Nogales,

el día de la elección. Y hacía hervir la sangre ver cómo golpeaban a un pueblo indefenso... *God bless you...* Dios lo bendiga.

Y me dio tarjeta de estancia indefinida, incondicional, en Estados Unidos; me autorizó a viajar dentro del país por donde se me ocurriese. No todo el país americano es de la calaña de Morrow...

En el cuarto del hotel tomé el teléfono; me comuniqué con San Antonio para pedir la inmediata publicación del plan que había formulado en México y que correligionarios de confianza habían traído a Estados Unidos. Quien tenía el texto de lo que fue el plan de Guaymas, el licenciado Ponciano Guerrero, avisó que salía rumbo a Nogales. También hablé con Nueva York. Allá un amigo, que no nombraré, se hallaba al habla, por amistad personal, con el propio presidente Hoover. «Véngase luego —me dijo—, véngase por avión.» Hablé también con Valeria que, enterada del recado pendiente de Hoover, insistió: «No salgo para ésa, porque urge aquí su presencia, tome el avión.» Al ingeniero Paredes, que oficialmente me representaba en Washington, le pedí que no se extrañara de que no me detuviera a verlo en Washington, no quería caer en el deshonor de tantos presidenciables que van a Washington antes de tomar posesión, o porque no pudieron tomar posesión. Hablé, naturalmente, con mi familia, diciendo que esperasen, porque primero tendría que ir al Este; mi viaje sería rápido; pronto nos veríamos en Los Ángeles. Se hallaba todo arreglado para mi partida rumbo al Norte cuando llegó Vito Alessio.

Con él llegaron algunos amigos de San Antonio, entre los cuales recuerdo al señor Gerzáin Ugarte, ex carrancista, a quien por eso mismo siempre procuré tratar con gran

deferencia, que él correspondió con lealtad. Y decidimos tomar ese mismo día un auto, que a ellos los llevaría de regreso a San Antonio, y a mí me dejaría en El Paso para tomar el rápido de Nueva York. A última hora se nos unió para el viaje el joven profesor García Rodríguez, que tan bravos servicios prestó, aliado a los muchachos del Comité Orientador. Valiente en la tribuna como pocos, un día, en un mitin que me tocó presidir y poco después del asesinato de Germán de Campo, se remangó la camisa, enseñó el brazo grueso y agresivo, gritando: «Aquí hay más sangre de la juventud, si hace falta para el triunfo de Vasconcelos.» Hubiera querido dejar en Nogales una persona que nos representara, se encargara de nuestros intereses políticos, y García Rodríguez, que se había distinguido precisamente en Nogales, cuando hice mi entrada al país, me parecía el indicado. Con las gentes del lado mexicano ya no se contaba porque el terror las había puesto en dispersión. Al señor Siqueiros, del *Diario del Noroeste*, y durante muchos meses jefe de nuestro partido, lo habían encarcelado, le habían robado la imprenta y se hallaba desterrado del lado americano.

Desgraciadamente, García Rodríguez no aceptó representarme en Nogales de Arizona. Expresó que se dirigía a Nueva Orleáns, donde tenía parientes, mientras el horizonte político se despejaba. Comprendí que no deseaba seguir en la lucha y me callé. Y nos quedamos sin persona que en Nogales ayudara a los refugiados que, a diario, escapaban de toda la costa.

Alessio insistía en que lo acompañase a Del Río para hablar con amigos adinerados que decía tener en Villa Acuña, de los cuales creía poder obtener una buena suma. «Vaya usted —le dije— y obtenga todo el dinero que pueda, que bien lo necesitamos. Lo autorizo ampliamente.»

Me habló también de que en Coahuila sólo esperaban que yo estuviese en salvo para empezar los levantamientos. «Está bien —repliqué—; ya urge que se haga algo; por mi parte confieso que vengo desilusionado. El hecho de que esté yo aquí es ya una prueba de que no hemos logrado provocar la reacción nacional de protesta que era de esperarse. Estoy aquí porque no encontré siquiera veinte hombres que me siguiesen al campo. Sin embargo, confío aún en cierto grupo que próximamente ha de empezar a moverse por Sinaloa; no puedo decirles más, podría comprometer lo iniciado, pero estén pendientes de las noticias de Sinaloa.» Me refería, por supuesto, a Bouquet, que por el momento era mi única esperanza de brote armado.

Pero, añadí: «Si antes que en Sinaloa pueden provocar algo en Coahuila, no dejen de hacerlo. Para volver a entrar al país lo mismo da un punto que otro. Por donde haya cincuenta hombres listos, entraremos o entraré.» Mientras tanto, les expresé que mi plan era, una vez lanzada la proclama rebelde, no exhibirme mucho, no dar lugar a que se dijera que estábamos tranquilamente en el extranjero mientras otros peleaban. Convenía que ni el gobierno ni el público supiesen con exactitud de mí; así podrían lograrse dos objetivos: que me perdieran la pista, para el caso de que pudiese entrar a México por la fuerza y dejar correr la fantasía popular, que no sabiendo con exactitud mi paradero podría soñar con que andaba yo por las montañas o en misteriosas conspiraciones. Todos estos son factores que no hay derecho a desdeñar. Y, bien entendidos de que una o dos semanas después los vería a todos a mi paso por San Antonio, pernoctamos en El Paso en la mejor armonía.

Llegó al día siguiente Ponciano Guerrero; revisamos el texto de la proclama rebelde, que se llamó Plan de Guaymas, y lo dimos a la prensa. Lo publicó íntegro *La Prensa*, de San

Antonio, y, en México, diversos diarios menores. Circuló además profusamente en copias a máquina. Por la noche tomé el rápido de Nueva York. El Plan de Guaymas dice así:

RESOLUCIONES del Plan de Guaymas, cuyo respaldo pedimos al pueblo mexicano:

I. Se declara que no hay en la República más autoridad legítima, por el momento, que el C. Lic. José Vasconcelos, electo por el pueblo en los comicios del 17 de noviembre de 1929, para la Presidencia de la República. En consecuencia, serán severamente castigadas todas las autoridades, inclusive los miembros del Ejército, que sigan prestando apoyo al Gobierno que ha traicionado el objeto para el que fue creado.
II. El suscrito, Presidente Electo, rendirá la protesta de Ley ante el primer Ayuntamiento libremente nombrado que pueda recibirla en la República, y desde luego se procederá a organizar el Gobierno legítimo.
III. Se desconoce a todos los poderes *de facto*, así los de la Federación como los de los estados y municipios, que desde hace tantos años han venido ensangrentando al país, robando el tesoro público y creando la confusión y la ruina de la patria, y que han pretendido burlar el voto público en la elección presidencial última.
IV. El ciudadano que en cada uno de los estados tome el mando de las fuerzas que expulsarán a los detentadores del poder público se hará cargo interinamente del Gobierno local, y procederá a organizar éste de acuerdo con la Constitución Federal, con la de la Entidad Federativa de que se trate y con las demás leyes en vigor, a reserva de que sus actores de Gobierno reciban la ratificación del Presidente legítimo de la República y de que éste confirme su investidura, la que no por ello perderá su carácter provisional.
V. El pueblo designará libremente en cada municipio a los ciudadanos que deban encargarse de la administración municipal.

El Presidente Electo se dirige ahora al extranjero, pero volverá al país a hacerse cargo directo del mando tan pronto como haya un grupo de hombres libres armados, que estén en condiciones de hacerse respetar.

Hágase circular y cúmplase.

Dado en Guaymas, Estado de Sonora, a 1.º de diciembre de 1929.

JOSÉ VASCONCELOS

Las decisiones del imperio

De la entrevista privada con el presidente americano, se me dijo, en resumen, lo siguiente: que los informes consulares de Estados Unidos reconocían que mi elección había sido un hecho nacional; que en cada distrito no sólo la mayoría a mi favor era abrumadora, sino que se habían cometido atropellos como para invalidar la posición de mi adversario; que el gobierno americano estaba cansado de Calles, no porque no les cumpliera, sino porque el callismo había cansado al pueblo de México y convenía, en consecuencia, provocar un cambio de personas dentro de la misma política de subordinación a los pactos y entendidos celebrados por *mister* Morrow. Por eso mismo, la protección del gobierno de Washington a las gentes del poder en México no era incondicional ni eterna; que si yo lograba producir una rebelión antes de que Ortiz Rubio consumase el viaje que había anunciado a Washington, el gobierno americano se mantendría neutral, demoraría el reconocimiento del presidente gobiernista. Pero que si la rebelión que yo predicaba no se consumaba para la fecha indicada, entonces (había dicho Hoover), «si el pueblo mexicano no protesta contra la violación y burla de su voto, no voy yo a ser quien lo haga». «Si para la fecha de la visita de Ortiz Rubio a Washington no hay rebelión, Ortiz Rubio tendrá todo el apoyo del gobierno americano y no toleraremos disturbios, ni siquiera propaganda adversa a su gobierno, en la frontera.»



El general Pascual Ortiz Rubio: … «Ortiz Rubio tendrá todo el apoyo del gobierno americano»…

En rigor, era correcto el proceder norteamericano. La misma intervención indebida del embajador en la política interior de México hubiera quedado desautorizada si en nuestro país la opinión se hace sentir contra la imposición electoral. Todavía disfruté instantes de ilusión, imaginando que estallaría en México lo que con tanto ahínco se había preparado, no sólo psicológicamente, también en forma práctica, por no pocos rumbos. El sentir norteamericano, en general, era desfavorable respecto del modo de hacer democracia en el país del Sur. Pero los periodistas, los profesores de filiación judeoizquierdista me censuraron que predicase la rebelión. En tono de consejo amistoso escribieron los más que el recurso de las armas revelaba no saber perder, que el ejemplo de reconocer la derrota era lo que México necesitaba, y no nuevas rebeliones. Entre algunos amigos míos también prevalecía este concepto. Lo puede comprobar cuando me citaron a una junta Gómez

Morín, el ingeniero Garfias, el licenciado Samperio. ¿Por qué no aceptaba la derrota y regresaba a México para organizar la oposición y prepararla para otra lucha?

«¿Cómo podría —les dije— sostener un partido en la oposición, si aun cuando el gobierno lo tolerase no habría dinero ni carácter para sostenerse cinco años en oposición verdadera?» Se anima un tanto la oposición durante el periodo electoral, en seguida se produce el «sálvese el que pueda», apresurándose los más a buscar acomodo con los vencedores. No conocían ellos el medio mexicano. «Por otra parte —afirmé—, tal es el plan de Morrow. Y no lo sigo, no porque sea de Morrow, sino porque creo que el país necesita la limpia de una revolución, y porque nuestras revoluciones son el único medio de progreso democrático, dado que los gobiernos son desleales y no emplean otra razón que la fuerza.»

Al argumento de la falta de dinero para sostener un partido, mis amigos generosamente respondieron que ellos se hacían responsables de conseguir fondos para el sostenimiento del partido civilista y doctrinario, etc., etc. Y lo habrían cumplido. Por lo demás, cito este rasgo patriótico de ellos para que se vea que no era la desesperación económica lo que me llevó a continuar la prédica armada contra el gobierno. De haber atendido a mis conveniencias, de allí salgo para México, bien expensado con dinero limpio y para dedicarme a la cómoda tarea de la prédica impersonal y doctrinaria. Los del gobierno hubieran sido los primeros en alabar mi abnegación. La misma facilidad de esta solución me provocaba asco. Por fortuna, vi claro que no se debe confundir la acción política con la cátedra. Mis adversarios habían pretendido hacer de mí un maestro de los jóvenes, un predicador de futuro, como si mi actuación en la política nacional hubiera comenzado en la universidad. Nunca fui

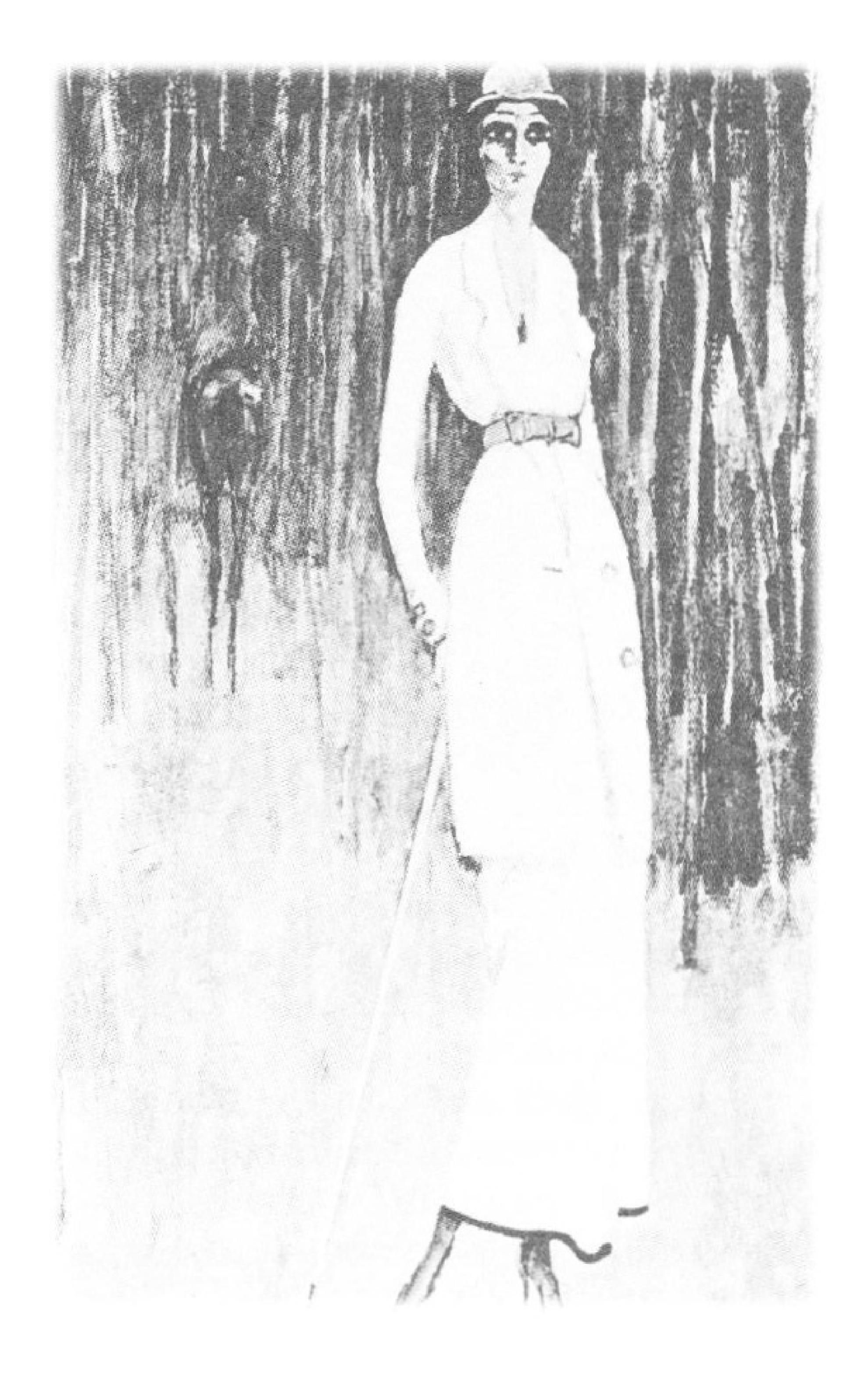
siquiera catedrático de nuestra universidad y cuando pasé por ella, como rector, actué como político que reforma y organiza de nuevo, no como decano que dentro de la universidad elabora un futuro.

Además, estábamos lanzados y no era el momento de cambiar la táctica. Seguía los pasos de Madero y de todos los que han hecho algo en la política nacional y no procedía hacer ensayos, estando comprometida la vida de muchos ciudadanos, habiendo caído ya tantos mártires… Prefería, les dije, ser el caudillo derrotado de un nuevo plan, entre los cien planes de nuestras revueltas, y no un prófugo de mi propia trayectoria, uno que devolvía sonrisas en pago de las ofensas, pues para todo aquello que me proponían hubiera sido forzoso que declarase mi sumisión a los asesinos que habían creado a Ortiz Rubio. Antes el destierro para siempre, y decidí: perderé la patria, pero no el honor. Si el pueblo se mantenía en parálisis, si nadie me seguía, nadie tampoco tendría derecho en decir que yo había desistido en el momento crítico. La hora en que todo se derrumba es la hora de las resoluciones intransigentes, no la hora de cambiar de planes. Y nada valía el pretexto de preparar el futuro, porque el futuro es hijo del presente y el presente iba a empeorarse, iba a ensuciarse con mi regreso pacífico a una patria ensangrentada y escarnecida. Por lo menos, la protesta viva de mi abandono y vilipendio en el extranjero sería jirón de la honra desgarrada de los mexicanos, mientras hubiese uno capaz de saber de honor.

De Washington, también el ingeniero Paredes, a quien nunca pagaré su sacrificio de haberme representado a su costa, me aconsejaba la aceptación de la derrota y la paz. Los días pasaban y México, inmóvil, tomaba desde la distancia el aspecto de uno de esos ídolos aztecas de cuencas vacías, tosco granito, que nunca sirvió de aposento a un alma.

Me quedo con Valeria

En la general desintegración de voluntades, Valeria se alzó magnífica. No quería oír hablar de transacción. No deberíamos regresar a México si el pueblo no se hacía justicia armada. No debía perder el tiempo con los tibios. Ella se dedicaría en lo de adelante a la propaganda encendida, a la visita y conquista de todos aquellos que pudieran aportar fuego al incendio. En una cena que congregó más de una docena de los latinos del Greenwich Village, Valeria había soltado claridades como para no volver a sentarse a la misma mesa. Todo aquello del socialismo callista era una farsa, junto con los que en el extranjero la explotaban. Todos sabían que lo de México era un régimen de asesinato y de entrega de los recursos y el alma de la patria. Pero Calles pagaba en una u otra forma a todos lo que en *The Times* y en *The Nation* comulgaban con ruedas de oro a falta de hostia... «No sé cómo no me desmayé allí mismo», comentaba Valeria, «una vez que hube echado fuera toda la ponzoña que el trato de aquellas gentes había acumulado en mi ánimo en los últimos meses».



La amazona, óleo de Van Dongen.

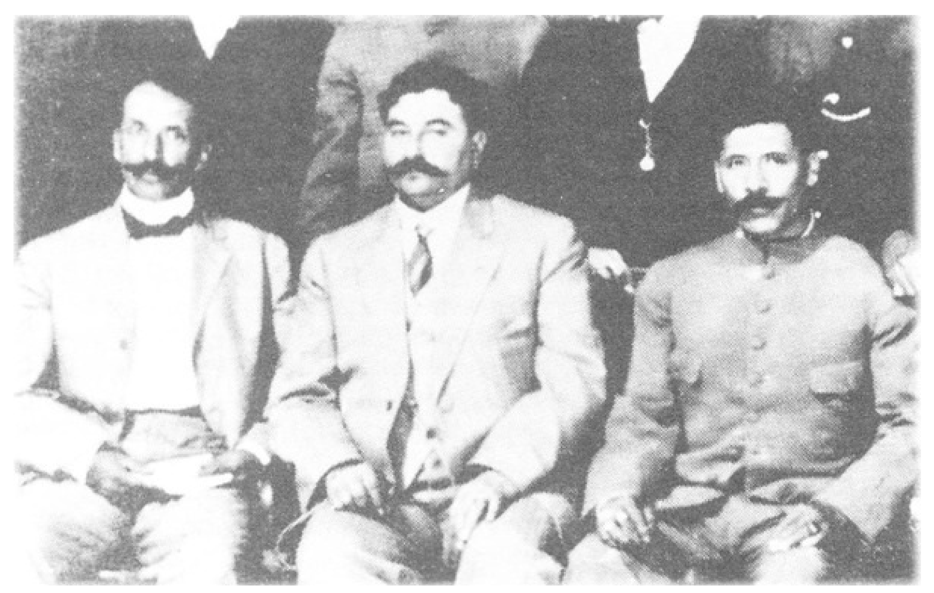
«Ella se dedicaría en lo de adelante a la propaganda encendida…»

En adelante ambos veríamos que, día a día, el círculo de las enemistades se ensanchaban en tanto se reducía el grupo de los leales. Muy mala propagandista es la derrota. Y pocos perdonan al derrotado, que no se comunica con sus antiguos amigos, pero los compromete al obstinarse en no acatar triunfos fundados en la iniquidad. En el alma de Valeria, en cambio, ocurrió lo que marca el temple de las estirpes nobles y esforzadas; que si antes podía haberse mostrado poco diligente en la lucha, ahora iba a cargar el peso de toda la tarea desahuciada. Poniéndose al extremo, para darle más fuerza al ataque y por un arranque sincero, se declaró católica, rompió con sus amistades anteriores y dedicó su esfuerzo entero al esclarecimiento de la verdad mexicana inmediata y a la producción literaria futura.

Juntos realizamos el viaje hasta San Antonio; allí ella se separó con rumbo a Los Ángeles, en tanto yo me detuve unos días para hablar con unas cuantas personas.

Eulalio vio claro

Me interesaba conocer la opinión de Eulalio Gutiérrez. Nadie como él para tomarle el pulso al momento, sobre todo en el sentido de la posibilidad de una acción armada. Se hallaba desterrado porque lo complicaron, en contra de su voluntad, en el disparate de los escobaristas, que al hermano le costó la vida. Oriundo del Norte del país, relacionado con el elemento militar de la revolución, conocedor, además, de la psicología de las rebeliones, veterano del maderismo y el carrancismo, su convicción estaba formada y me la dijo: «Se quedará usted gritando en el vacío.» «El país está cansado.» «Ya no existe el ánimo heroico de otras épocas.» «Aun muchos de sus amigos están pensando en la forma de acomodarse, y se volverán contra usted si así es necesario para que los dejen vivir en paz dentro del país»... «Qué le vamos a hacer, usted hizo ya lo que humanamente es posible hacer; manténgase airado, pero no espere, para pronto, una reacción nacional.»


Eulalio Gutiérrez: «Oriundo del Norte del país, relacionado con el elemento militar de la revolución»...

—Pero si vengo a que usted mismo me ayude, a urgirle a todo el mundo que se levante en armas, que nos secunde; si no se hace esto en seguida, más tarde será más difícil... —y le conté lo del recado de *mister* Hoover... «Pronto o nunca», nos decía el jefe del imperio.

—Pues siento no poder prometerle nada, porque usted y yo juntos, y otros cuantos más, nada lograremos...

A Vito Alessio y a Gerzáin Ugarte les participé el resultado de mi viaje y los dos prometieron mantenerse activos en la tarea de recomendar los alzamientos. Y me llamó la atención que Vito andaba como queriendo esconderse. Para las cartas que quisiera yo ponerle, me dio unas señas en que no figuraba su nombre, sino un seudónimo. Y nada me precisó ya sobre los trabajos misteriosos que venía realizando en Coahuila con miras a un levantamiento que urgía ver realizado. No había hecho Vito ninguna declaración desde que cruzó la frontera y empezaba a sentirme solo en mi grita de que me habían defraudado el

voto. En contra de mi dicho estaba la propaganda oficial formidable, repetida a diario en todos los tonos, y el silencio de los que me habían apoyado. En vano esperé una voz autorizada que confirmase siquiera lo que yo decía. Y es claro que nada podían hacer en este sentido los que se quedaron en México, privados de todo medio público de expresión. Pero los que, como Vito, se hallaban a salvo en el lado americano, ¿por qué callaban? Ni por su propia derrota de Coahuila había protestado Vito. Debí comprender que calla en estos casos el que prepara el regreso. No, no me pasó la idea de que unos cuantos meses más tarde Vito se presentaría en México sin perder el silencio de su ostracismo, salvo para empezar a molestar a sus antiguos correligionarios y al jefe que él mismo había contribuido a crear.

En El Paso

Con mi nombre me registré en un hotel modesto, y los buenos, generosos amigos, Enrique Vasconcelos, mi primo, y Rodolfo Uranga, el primero que en el Norte había apoyado públicamente mi candidatura, empezaron a llevarme visitas. Por un momento pareció que El Paso volvía a sus buenos tiempos. Un general y hasta doce oficiales y jefes de los de Caraveo, excelentes muchachos, acostumbrados a jugarse la vida, me propusieron un plan estupendo. Darle un golpe de sorpresa a Ciudad Juárez, para lo cual creían contar con ciertas complicidades en la guarnición. El jefe de ésta no entraba, por supuesto, en el proyecto, pero era un militar relativamente estimable. Contáronme de él un rasgo, no muy claro, pero que revelaba, por lo menos, cierto pudor. Cuando llegó a Juárez la circular al ejército, firmada por Amaro el ministro, en el sentido de que cada jefe de armas era responsable de que las casillas electorales no estuviesen dominadas por la mayoría vasconcelista, el de Juárez había dicho, según el cuento: «Que se encargue otro de esa infamia», y se había ausentado ese día de la plaza, dejando a su segundo el cumplimiento de la tarea deshonrosa.

El hecho es que no se padecía en Ciudad Juárez ese terror de losa fúnebre que pesaba sobre otras poblaciones fronterizas. Y lo único que faltaba para que el golpe de los jefes caraveístas se consumase era un poco de dinero, no más de dos mil dólares, para la compra de unos cuantos

caballos, una veintena de rifles, más algo para los que iban a exponer la vida y dejaban atrás familia. Y el único que creíamos podría dar esa suma era Caraveo. «Pídale usted el dinero —me dijeron— y no se lo negará; él se ha ostentado como partidario suyo y es decidido y es generoso.»



Eduardo Vasconcelos con Narciso Bassols.

No tuve que ir en busca del general Caraveo. El mismo día de mi llegada, por la tarde, me honró con una visita muy cordial. Y le hablé del proyecto de sus amigos. Él no

desautorizó el propósito; al contrario, le pareció factible, pero dijo que de momento no contaba con dinero; lo daría tan pronto como un agente comercial suyo regresase…

—Bueno, general —le dije—, reflexione que si usted no hace este esfuerzo pierdo quizá la única oportunidad de entrar a México tal como debo entrar… Piense usted que es triste que el país nuestro, que nunca ha ahorrado su sangre para el apoyo de las causas turbias, o sea, para encumbrar bribones, resulte ahora con que para una causa como la mía, como la nuestra, no aporta ni gente ni voluntad de sacrificio…

Si no hubiese estado pendiente lo de Sinaloa, de lo cual a nadie hablaba en concreto por temor a una indiscreción, me quedo en El Paso a esperar el desarrollo del plan que, al damos una plaza de frontera, habría hecho cambiar el curso de nuestra historia. Pero en vista de que no había, en realidad, plazo fijo para comenzar, me dirigí a Tucson para estar cerca de Nogales y de lo que, de un momento a otro, esperaba ocurriría en Sinaloa.

Antes de salir de El Paso logré romper una vez más el silencio de tumba que había caído sobre nuestro movimiento. La Prensa Asociada, la United, me enviaban, sin que yo lo solicitase, sus corresponsales, y a todos ellos debí una divulgación fiel de mis incitaciones a la revuelta; más aún, en muchos casos, una presentación amistosa de mis puntos de vista, pues por encima de lo que opinaron los jefes de estas agencias, íntimamente ligados a los banqueros que apoyaban a Morrow, los corresponsales no podían sustraerse al contagio del sentimiento público que nos acompañaba en el deseo de una revancha contra la insolencia de los constabularios. En plena frontera y a la vista de todo el mundo, encarcelaban éstos, desterraban,

mataban hombres libres cada día de la semana. Luego, el domingo, vestidos de *gentlemen*, jugaban al polo en pistas improvisadas sobre el muladar del municipio, sin aceras ni servicios sanitarios. Y el desventurado público local tenía que concurrir al torneo, con las hijas, las esposas de las víctimas sacrificadas semanas antes por los héroes del monroísmo, discípulos del maestro Amaro y apoyo firme de los planes de *mister* Morrow.

El día más triste

Y llegó el día anunciado por el corresponsal del *Times*, de Londres: «El día más triste de su vida, cuando a sus amigos los pongan en fila para ser fusilados»... Del hecho nos enteramos en un café de Tucson por los diarios de la tarde, que ofrecían en inglés los voceadores. A primera plana y en letras gruesas se daba la noticia de que acababa de ser pasado por las armas en Nogales, Sonora, el general Bouquet. Lo señalaban como el jefe designado por mí para la iniciación de un movimiento rebelde contra el régimen, y concluía la nota: «Con esto ha quedado aniquilada de raíz la rebelión vasconcelista.» «*Nipped in the bud.*»



Paisaje de Arizona, Nuevo México: «Del hecho nos enteramos

en un café de Tucson por los diarios de la tarde, que ofrecían en inglés los voceadores»

Lo que en realidad había pasado lo supe en seguida por amigos que acababan de cruzar la línea. Bouquet, junto con los amigos que encabezaban la conspiración de Mazatlán, estuvo escondido en Nogales esperando una ocasión para cruzar la frontera, porque no les habían cumplido los que, en el campo, debieron acogerlos. Un exceso de confianza impidió que atravesaran la frontera de inmediato y las tropas de Amaro los apresaron. En seguida que fusilaron a Bouquet libertaron a sus acompañantes.

No pudiendo hacer otra cosa que hablar, aproveché el interés de los reporteros que me rodearon para denunciar ante el mundo aquel nuevo crimen.

El jefe de las armas, que con su hazaña se ganó de por vida puesto distinguido en el constabularismo nacional, me contestó en términos ofensivos, insolentes. «Se jugaba el pescuezo —dijo— a que yo no pasaría la frontera.» Su reto no era válido, puesto que nunca a nadie obligó el honor a entregarse a quien no lo tiene. Y como no se daba el caso de que cien hombres armados me invitasen a entrar al país a pelear, mi promesa seguía siendo válida.

Entre el público y la prensa hubo comentarios duros para la conducta del jefe de las armas. Los más altos funcionarios del estado de Arizona, sin embargo, a los pocos días invitaron al jefe aludido a no sé qué fiestas de carácter oficial. Pasó la frontera el militar, agasajado por comités de recepción. Los reporteros volvieron a interrogarme: «¿Qué me parecía todo aquello?» «Anda el general —contesté— disfrutando de su asesinato.» Nueva andanada de injurias del general, pero por la prensa, y renovadas promesas de liquidarme si me agarraba como a Bouquet, desarmado y solo, en el territorio en que él era brazo de la tiranía.

Más tarde supe que el valeroso comandante, roído al fin y al cabo por el remordimiento, se excusaba de lo de Bouquet diciendo que había cumplido órdenes directas de Amaro, el ministro. Quien nunca ha dado excusas, que yo sepa, es Amaro, siempre leal a la misión que le asignó Lawrence en su *Plumed Serpent*, reencarnación de la antigua divinidad azteca que tiñe su manto con la sangre indefensa del prisionero.

Del Ministerio pasó Amaro, uno o dos años después, a la dirección de la academia militar más famosa de nuestra patria desventurada. Y si no le falta en un momento dado la decisión, que no es frecuente en los muy sanguinarios, de presidente lo hubiéramos tenido por muchos años. En los tiempos que relato era él, en verdad, el presidente, y Portes Gil el firmón. Calles se paseaba en Europa; otros le guardaban celosamente el territorio entero de la patria para su feudo.

A los pocos días del asesinato de Bouquet se publicó en toda la prensa el decreto que contra mí daba el presidente Portes Gil. Se prevenía en él a todas las aduanas, a todas las comandancias militares, que me quedaba vedado el regreso al país. Frustrado y todo, me reconocía como un rebelde. Era lo que yo necesitaba para mi tranquilidad. El reconocimiento de que no había aceptado la derrota desleal.

La salvación de la idea

Más que mis propios fracasos en el empeño de conseguir gente armada que hiciera respetar la voluntad nacional expresada de modo ineludible en la acción política, el desastre de Bouquet me llevó al convencimiento de que por mucho tiempo no sería posible mover aquella masa aterrorizada que era la patria. Y por mucho que yo insistiese en culpar de todo a Morrow y la intervención de Estados Unidos en apoyo de la iniquidad, en el fondo sentía la evidencia de que era mayor nuestra propia responsabilidad que la del extranjero. Pues nadie se impone a un pueblo que tiene virilidad y conciencia, y mucho menos por medio de un influjo que, como lo ha usado Estados Unidos en las últimas décadas, bien se sabe que no llega al uso aplastante de la fuerza. Simplemente ha jugado con nuestra corrupción, la ha canalizado en nuestro daño, como quien maneja médicamente una peste y la devuelve y la mantiene en el sitio de su origen, hasta que acabe con los habitantes de una comarca infectada.

Pero en el derrumbe inevitable quedaba por salvar la idea que en nosotros había encarnado. El triunfo material nos había sido robado, pero no era justo que se llevasen también los usurpadores honra y fama después de la traición y la iniquidad. Era menester exhibirlos ante el mundo. Y en esta tarea inmediata, única revancha legítima que por el momento estaba a nuestro alcance, nadie prestó mejor

servicio que Valeria. Instalada en casa-oficina que al efecto rentamos, la máquina de escribir, a falta de ametralladoras, comenzó a disparar. Y en revistas de influencia continental, como el *Repertorio* de Costa Rica, siempre abierto a la protesta justificada, y en periódicos de Europa y América, comenzaron a aparecer explicaciones y protestas, denuncias del embajador Morrow y definiciones del significado de nuestra derrota. Juntos sentimos que era menester informar, especialmente a los pueblos del Sur, de la manera nueva como realizaba sus conquistas el imperialismo. Hastiado yo temporalmente de la prédica escrita y verbal, imposibilitado de poner, según prometí a ciertos jóvenes de México, la inteligencia a caballo, hallé en Valeria una prolongación de mi propia conciencia. Dejé que ella escribiese todo lo que requería el momento en materia de aclaraciones y definiciones. En lo que sigue verá el lector el modo genial como Valeria me suplió en la empresa de *salvar la idea.*



El perfume, obra de Russold: «… verá el lector el modo genial como Valeria me suplió en la empresa de *salvar la idea*»

Diario de Panamá. Marzo 6 de 1930.

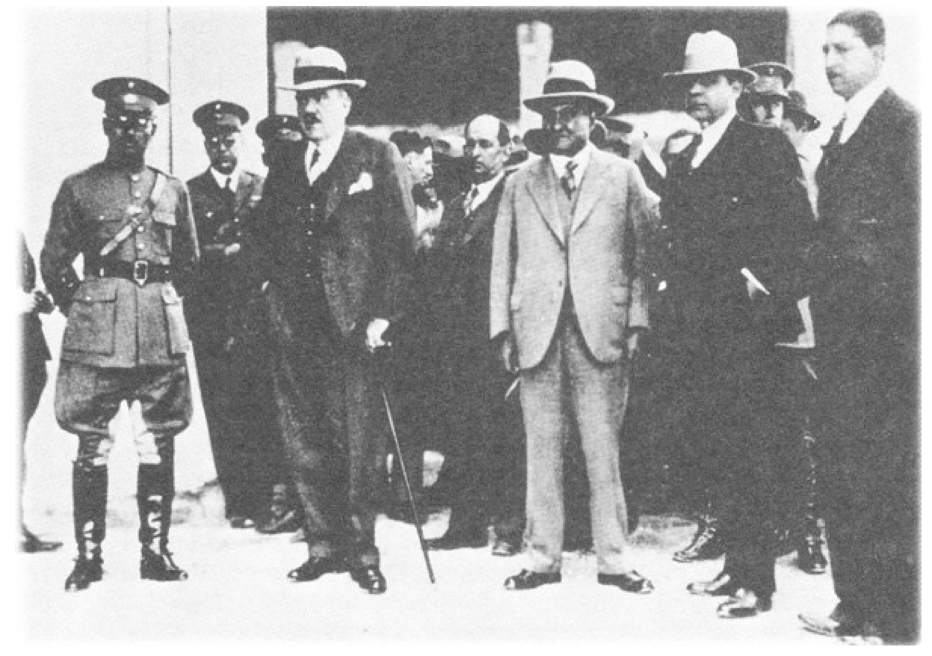
VASCONCELOS FRENTE AL IMPERIALISMO

Cómo fue defraudada, ostentosamente, una campaña democrática.

POR CARLOS DEAMBROSIS MARTINS

PARÍS, FEBRERO, 1930. —Una mujer de noble estirpe espiritual, que como muchas otras mujeres mexicanas se asociaron al gran movimiento cívico prestigiado con la personalidad de José Vasconcelos, acaba de dirigir una conmovedora epístola relatando los sucesos más salientes de esa campaña democrática que fue, es decir, que debió haber sido como el despertar de la conciencia de América. Porque la victoria del educador Vasconcelos hubiera significado la afirmación del pensamiento indoespañol, su cultura, su razón de ser, etc., frente al designio de superación de la raza saxoamericana. México ha librado el 17 de noviembre de 1929 una de las batallas más formidables contra el imperialismo *yankee*. El ideal salió defraudado en virtud del triángulo fatídico: Washington, el dictador-caudillo y Wall Street. Trinidad diabólica que es ya el símbolo definitivo de nuestras calamidades. Washington y Wall Street es un solo dios… y dos personas distintas. Todo esto es bien sabido, pero no hará mal en repetir una vez más la dosis. El buen remedio cura o mata. ¡Apliquemos la dosis hasta que repugne!

El mensaje de la poetisa chilena —y cuya copia nos la envía la autora desde Los Ángeles, California— es un singular documento histórico que no debe ni puede quedar inédito, y entendemos no incurrir en una falta de delicadeza dando a la estampa los fragmentos más trascendentales de esta misiva personal. A nuestro descargo diremos que América tiene cabal derecho a conocer la verdad escueta de esta lucha en la que todas nuestras repúblicas, sin excepción, están llamadas a darse cita con el destino. De nuevo perdimos en tierra azteca en el magno y desigual duelo contra la intromisión extranjera y contra la ignominia interior. Pero que se sepa al menos la razón de esta derrota. Quizá sea una lección que otros pueblos de la misma habla aprovecharán a su hora. Y si no la aprovechan, nosotros no habremos dejado de cumplir por eso con un deber elemental de conciencia.



Plutarco Elías Calles y Emilio Portes Gil

Copiamos a la letra este documento mexicano que, gracias a la benevolencia de su autora, llegará al mismo tiempo a poder de su ilustre destinataria y a conocimiento de nuestros lectores:

«Los Ángeles, 18 de enero de 1930.

»Muy estimada...

»En días pasados recibí su carta que agradezco profundamente. Voy a contestarla con la amplitud que el caso (la elección presidencial de Vasconcelos) requiere. Tanto más porque con toda justicia me da usted su opinión sobre el particular y yo estoy obligada a explicarle cuáles razones decidieron mi petición a usted; petición que también le hice a Romain Rolland. El solitario de Suiza, en carta que me escribió, me decía lo que usted: que los amigos de Vasconcelos en

Europa estaban ignorantes de la labor que este hombre extraordinario estaba haciendo en América...

»Efectivamente, Vasconcelos no se ha preocupado por tener a nadie al corriente de su labor, por apremiante e inmensa, y por el conocimiento que tiene de las limitaciones ajenas.

»¡Qué tarea sobrehumana se echó sobre los hombros! Usted, que conoce bien aquel mi pobre país, se puede formar idea de lo que significó recorrerlo palmo a palmo, moverlo hasta las entrañas y sacarle a golpes de verdad un alma rescatada de la ignominia ambiente. Negado por todos y cada uno de los que se llaman intelectuales, fue "el loco Vasconcelos" durante los primeros meses de la campaña. Y a medida que la gente anónima, la gente dolorosa y sin esperanza, el pueblo que guardaba en el corazón la semilla pura de la labor que en Educación Pública había realizado, labor misionera de la que parte y no pequeña le corresponde a usted, hubo estupor.

»Usted sabe bien cuáles fueron los motivos que obligaron a Vasconcelos a aceptar ser candidato a la presidencia. La necesidad de demostrar que el pueblo de México está apto para la democracia y que es la pandilla que lo dirige la que está descalificada. El discurso del general Calles del 1.º de septiembre de 1928, en el que declaró que se retiraba de la política, que jamás volvería a ser presidente y que garantizaba próximas elecciones liberales, dieron base para quitarle de una vez por todas la careta al sucesor de Obregón. Vasconcelos sabía que iba a exponer la vida, pero consciente de su destino aceptó volver a México a dar una lección de hombría.

»El 10 de noviembre de 1928, el licenciado cruzó la frontera en Nogales, acompañado por dos jóvenes. No sabían si al día siguiente ya no vivirían. Uno de sus acompañantes le aconsejaba prudentemente que no comenzara a hablar de política hasta no sondear el terreno y que comenzara dando una conferencia cultural sobre Brasil. Vasconcelos le dijo que llevaba su manifiesto escrito y que si no encontraba a quien leérselo lo leería frente a un poste de la calle. Este manifiesto fue evangelio y credo durante el año de peregrinación. Usted comprenderá que la gente al oírle enloqueciera de esperanza y amor. Cuando lo vuelve el conocimiento profundo que de México tiene Vasconcelos, conocimiento que le da aspecto de vidente.

»El candidato sabía que si no le mataban antes (recuérdense los atentados de Guadalajara, Pachuca, Torreón, Monclova, Tampico, Chihuahua, Ciudad Juárez, etc., etc.), el día de las elecciones burlarían el voto. Por eso dijo en Nogales: "Venimos a convocar al pueblo mexicano y, en consecuencia, es necesario definirle nuestros propósitos: excitaremos al pueblo para que vaya a votar, y por lo mismo es necesario precisar qué es lo que va a imponer con su voto. De esta suerte, más tarde, una voluntad nacional sólidamente unificada sabrá hacer respetar ese voto y sabrá ponerlo a salvo de todos los atentados, ya individuales, ya colectivos, ya personales, ya gubernamentales."

»Estoy convencida de que lo necesario es que las almas se limpien. Vasconcelos mismo lo dice en ese manifiesto: "Lo primero que urge cambiar es nuestra actitud

frente a la vida, sustituyendo el encono con la disposición generosa.” Creo como usted, amiga mía, que su labor periodística, o mejor, su cátedra en la prensa de México, fue preciosa, necesaria, pero con él creo también que en ella contrajo el compromiso que volvió a cumplir con el pueblo mexicano. Las doctrinas que predicaba no podía, al presentarse la ocasión material (y la desaparición de Obregón se la dio), seguirlas predicando en espera de que otro las practicara. Había llegado el momento de practicar lo que enseñaba. Exponía la vida, pero en él eso es la costumbre. Lleva veinte años exponiéndola. Entiendo perfectamente su intervención generosa para defender la vida de Vasconcelos. Una de las mayores angustias que hemos vivido fue el sobresalto continuo de que lo asesinaran y, sin embargo, sé que el licenciado vale por su obra y siento que, aun cuando hubiera muerto cumpliendo su deber, hubiese seguido fecundando a América. Era necesario “salvar el significado de su campaña”, el significado espiritual, y por eso pedí a usted que incitara a las conciencias libres de América para que exigieran la verdad de lo ocurrido en México. Mi idea no fue la intervención de país en país, sino despertar el interés que merece el “Caso México” planteado por Vasconcelos.

»La situación en México, brevemente expuesta, es la siguiente: el 17 de julio de 1928 cae asesinado Obregón, presidente electo después de haber hecho fusilar a sus dos contrincantes. Calles era el hombre fuerte, pero temeroso de los obregonistas (los generales que dieron un cuartelazo en marzo de 1929), para ganar tiempo y deshacerse luego de sus enemigos, hizo las declaraciones que ya cité, acallando así suspicacias que podrían haberle sido fatales. El general Calles no pensó, ciertamente, que habría quien, en serio y a conciencia, le tomara la palabra. Y, aunque lo hubiese pensado, habría negado que el país, agotado y apático, se conmoviera gracias a la palabra de un hombre.

»Vasconcelos se propuso demostrar: 1.º Que México podía elegir a sus mandatarios; 2.º Que el Gobierno provisional no daría garantías; 3.º Que el voto no sería respetado cuando positivamente la masa fuera a votar por quien no le conviniera a Calles; 4.º Que el pueblo debía castigar a los burladores del voto y detentadores del poder.

»Sabía el candidato que inevitablemente se iría a un conflicto en el que se derramaría sangre, porque los adversarios eran desleales. Durante un año, con la palabra en la boca, desnudó a todos y cada uno de los políticos mexicanos, hizo conciencia en la gente y, algo inconmensurable: comunicó un soplo de fe que dio valor e hizo que hombres y mujeres crecieran en el espíritu. Movió a México, movilizó a la multitud, la despertó, la azotó con su verbo claro, le purificó el alma. El 10 de noviembre de 1929 tuvo lugar —ordenada por el Comité Nacional Antirreeleccionista— una manifestación pacífica en todos los pueblos y ciudades de México con objeto de demostrar que, por lo menos, un 95 por ciento de los votos, en una elección legítima, eran ya de Vasconcelos. El gobierno dio orden de impedir que se efectuara esa manifestación; en algunas partes, como en la capital, pretendió disolverla tirando con ametralladoras sobre los manifestantes desde las oficinas del partido político contrario. Al ver el gobierno que ante el fuego la muchedumbre no se dispersaba, cambió de táctica. En la última semana se ocupó

en esparcir toda suerte de noticias alarmantes para que los jefes vasconcelistas se escondieran o pasasen al extranjero. En muchos casos se les encarceló y, en otros, se les mató. En víspera de las elecciones, el Ministro de Guerra giró orden a todos los jefes militares para que se apoderaran de las casillas y al día siguiente no se dejó votar a nadie. Hacía tres semanas que Vasconcelos estaba preso. Se procedió a falsificar los votos. El gobierno declaró electo al candidato oficial tres horas antes de cerradas las casillas. La prensa norteamericana dio la noticia de la "elección pacífica" del candidato oficial a la mañana siguiente. El banquero Lamont invitó al señor Ortiz Rubio a que los visitara tres días después. La prensa *yankee*, toda vendida al imperialismo, sólo dio la versión de que en México la situación es sonriente, las elecciones fueron democráticas. Vasconcelos perdió en buena lid, por inconspicuo. El embajador en México, *mister* Morrow, que es el que manda allá, le mandó un mensajero al licenciado, a raíz de la falsa elección, ofreciéndole que "si reconocía la legalidad de la elección de Ortiz Rubio, él y los suyos tendrían una buena oportunidad".

»Puede usted, amiga mía, estar segura que si el gobierno mexicano no asesinó a Vasconcelos después de los intentos fallidos fue porque la Casa Blanca no es amante de esa política cuando la puede evitar. También puede usted estar segura de que Vasconcelos estaría ahora en México, como presidente electo, si no hubiera sido por el apoyo decidido, cínico, del embajador americano al general Calles. A México le brindó el destino esta última oportunidad, o sea la de seguir rigiendo su destino y, quizá, de consolidarse espiritualmente. Sólo con Vasconcelos podíamos intentar la salvación. Su lucha ha sido la lucha de un hombre que se respalda en su raza contra el *yankee* invasor, conquistador. Era indispensable para México que, por lo menos, la conquista del Norte encontrara resistencia, que no todos fueran traidores a su raza, a su religión y a su patria. Y porque su lucha fue consciente, porque en ella habló un destello de América, por eso creí y creo que América toda, si no está ya corrompida, tiene interés en saber y en exigir saber la verdad de lo ocurrido en México.

»Circunstancias ajenas a su voluntad e inclinación hicieron de Vasconcelos candidato a la presidencia y lo han convertido en el presidente electo a quien los *yankees* impiden gobernar. Con su campaña escribió una página de la historia americana que supera en potencia espiritual a su labor en Educación Pública y que sin duda va a dar una cosecha imprevista y fecunda en hombres, hechos y obras. Si después de su prédica, el día en que se burló el voto, Vasconcelos hubiera aceptado la imposición, reconociéndola, todos los que lo habían seguido y sostenido habrían sentido que él también traicionaba, se vendía. Quedaba demostrado que, en buena lid democrática, los rectos recibían bofetadas… y si Cristo enseñó la no resistencia, también echó a los mercaderes del templo.

»La personalidad de Vasconcelos, a quien no conocía personalmente, me era sumamente simpática. Cuando volvió a México seguí atenta el movimiento que provocó a su alrededor. En un principio, los periódicos dieron amplia publicidad a su campaña. Cuando llegó a la capital, ante el espectáculo increíble de más de sesenta mil almas que delirantes de entusiasmo se congregaron a recibirle, me

quedé atónita. Seguí paso a paso los mítines y reuniones en tanto estuvo en la metrópoli, y después, cuando en agosto de 1929 se volvió a marchar al Norte de la República, quise por mis propios ojos cerciorarme de que no sólo la gente de la ciudad, sino la del campo, se volcaba a su paso. Le acompañé de Saltillo a Tampico y vi lo increíble. Monterrey, Tuxpan, ciudades enteras que se vaciaban para recibirlo en triunfo, palpitaban al soplo de su palabra; gente sedienta de verdad que lloraba; mujeres que levantaban en brazos a sus hijos enseñándoles al justo que despertaba la esperanza; hombres conscientes que atesoraban su recuerdo porque les había dado la escuela y el libro. Le recibían a él, candidato de la oposición, como a un dios. En el campo se repetía el mismo fenómeno de adoración. A lo largo de la vía férrea, a lo largo del camino carretero —por el cual debía pasar su automóvil—, la gente humilde se congregaba en son de fiesta, las niñas vestiditas de blanco, con ramilletes en las manos; las mujeres engalanadas echándole confeti o, como en San Pedro de las Colonias, perfume. Esto explica por qué el gobierno fue ahogando la libertad de prensa, recurriendo cada vez más al terror. Por eso asesinaron a varios líderes vasconcelistas; abrieron fuego sobre multitudes inermes, como en Torreón, en México, en Veracruz; encarcelaron estudiantes simpatizadores de la causa, y pretendieron asesinarlo a él. Esto explica por qué lo tuvieron preso y lo obligaron a salir del país, y por qué ahora, cuando regresa el presidente impuesto por Estados Unidos, las ciudades por las que pasa caen bajo la ley marcial.

»Yo seguí con devoción el despertar del espíritu que Vasconcelos realizó. Únicamente aquellos que estaban cegados por intereses materiales no se entregaron totalmente al movimiento de redención que él inició. Seguí el proceso con el asombro del incrédulo al que la verdad de los hechos va convenciendo. A Vasconcelos le debo una comprensión total de mi país. Creo, con usted, que la labor que este hombre estupendo realiza en América es única y que la realizará igualmente en cualquier sitio. Que para él mismo su situación actual es preferible, pero no para México. Si el país se levanta en armas, irá allá; si la patria agobiada por el terror se doblega y poco a poco se deja ir comprando, Vasconcelos ya no tendrá más hogar que el mundo…

»Excusándome por haberla entretenido tanto tiempo, le ruego me perdone en nombre de la obra que en espíritu realizó Vasconcelos en México.

»Con todo mi respeto y cariño.»

Mientras esto escribía Valeria con el propósito de salvar la idea, tantos que fueron amigos del Ministro de Educación y se dedicaron a divulgar su obra ganando de paso continuadas ventajas, en lo de adelante se dedicarían a corromper la idea y hacerla confusa. No debí figurar como candidato, afirmaban, y de todos modos, insistían, no debía seguir en mi prédica antimexicana; el nuevo gobierno era un

adelanto sobre el de Calles, etc., etc., y todo con miras a ganarse la tolerancia de los vencedores desleales.

Atizando en vano

Y aunque personalmente desilusionado, no desperdicié recurso alguno que pudiese prender el reguero de pólvora que a pesar de todo seguía esparcido. A través de Miguel Ángel Beltrán me comuniqué con viejos rebeldes y agitadores de la costa del Pacífico, que todavía solían buscarme, por la noche, a escondidas del espionaje gubernamental. Y ofrecían que tal o cual zona lanzaría al campo hombres armados en defensa de la legalidad y el patriotismo.



Lázaro Cárdenas: «El general Lázaro Cárdenas, sin más antecedentes que su devoción filial por Calles, resultó jefe del partido oficial imposicionista y después ministro»

Y como siempre he creído que una revolución es obra, más que de las armas, del estado psicológico de un pueblo, me empeñaba en sostener ardido el ánimo público mediante

conferencias que empecé a dictar desde San Francisco hasta Caléxico, en la frontera de Baja California. Lentamente, sin embargo, aun aquellos que para la comedia de las elecciones habían prestado apoyo franco, se me fueron retirando, sin dar excusa; los más, ofreciendo una excusa peregrina los que se dignaban explicar su cambio de frente. Hallé la excusa en una hoja periódica, horas antes de la conferencia que di en el Centro California. Decía el ex correligionario, en un periódico de la tarde, que no me seguían porque ya no era yo Quetzalcóatl predicando la paz, sino insensiblemente me había colocado en el papel de Huichilobos, que reclamaba matanzas. Y tomé esa observación desleal como tema de mi plática de esa noche. Y señalé en vano la diferencia que hay entre pelear por la justicia y matar deslealmente, en apoyo de la injusticia. Por eso se habían perdido los aztecas, no habían sabido pelear para defender a Quetzalcóatl como hombres libres y, en cambio, se habían visto condenados a la guerra perpetua y la discordia sin término. Pues no es sobre bases de crímenes como se levanta el edificio de la prosperidad, la felicidad de las naciones. «Les alarma —expresé— que yo predique el castigo de los asesinos, pero ni uno de esos pacifistas levanta la voz para condenar a los verdugos; al contrario, se alían con el verdugo desde el momento en que me abandonan a mí.» Y era verdad: en cada caso particular, la causa del cambio de frente de los claudicantes aparecía objetiva, en ventajas y cargos públicos obtenidos del gobierno en recompensa de las deserciones. Hubo otros que aun sin recibir paga y con la sola esperanza de que sus largos destierros fuesen condonados, echaban piedras a quien antes habían ensalzado. Aparecieron folletos y artículos de «enemigos del gobierno», que, sin embargo, me calumniaban, me vilipendiaban, me señalaban como jefe inepto y ambicioso vulgar. Y así comenzó la tarea de

desprestigio que no hería de frente, pero se valía de los tránsfugas. Por lo común, el grupo oficial no ha contestado mis cargos, no me ha ofendido, pero ha hecho recluta de traidores, para minar a través de ellos mi fama, presentándome como uno a quien sus propios amigos devoran. Hubo así traiciones notorias y ni vale la pena dar los nombres de tan bajos actores. Y la lluvia de improperios y calumnias fue amarga, porque la escupían bocas que meses antes me proclamaban afecto. En México no se levantaba una voz que no se dedicase a censurarme. Iniciaban generalmente el ataque expresando con cuánta simpatía habían visto el movimiento democrático que yo encabezara, pero *ahora no podían menos que reprobar mi conducta antipatriótica, mis desahogos de despecho*. Es decir, que la hora en que debieron estar todos conmigo, la hora de exigir que la justicia no fuese burlada, fue hora de recriminaciones. Y, peor aún, de enojo porque no adoptaba el fácil papel de payaso electoral que acepta sonriendo el fraude y el crimen. Por supuesto, los pocos leales no podían hablar, ni hubiese habido diario que les tomara opinión, y se hallaban en su mayoría perseguidos. Raro fue entre ellos el que no visitó la cárcel en los días siguientes a la elección, como Azuela; otros, un poco más tarde, según se verán en lo que sigue.

En Los Ángeles se hallaban Méndez Rivas, Pedrero y Ahumada, siempre animosos, resistiéndose todavía a creer que el país se quedase con la ofensa. Del interior nos llegaban prófugos. A la directiva de Tepic, por ejemplo, la habían deshecho. Uno que otro visitante me llevaba esperanzas. Así, por ejemplo, Abraham Arellano. Estuvo con nosotros unos días; luego se regresó para la región lagunera, donde, me dijo, había habido levantamientos y volvería a haberlos. Una ilusión sobrevivía y Méndez Rivas la tomaba muy en cuenta. No era posible, opinaba, que la rebelión

estallase al día siguiente de las elecciones. Era exigir dos esfuerzos máximos, uno tras otro; pero el día de la toma de posesión del impostor, ésa debía ser la fecha. En ese sentido aleccionamos a Arellano. A él y a otros que regresaban les pedimos que corrieran la voz. Nada valen conspiraciones que señalan la hora precisa de ir a tomar un cuartel; triunfa la espontaneidad, la popularidad de la protesta, y esto es lo que debía provocarse en todo el país. A nosotros nos tocaba mantener vivo el estado psicológico que precede a los levantamientos y decide las acciones de guerra. La prensa de todo el país trabajaba en contra de la creación de un estado de ánimo parecido. Los diarios seudoindependientes eran los más urgidos para declarar que toda alteración de la paz sería criminal. No necesitaba el gobierno convencer; sus mismos enemigos ofrecían treguas y parlamentos, paz no solicitada, y brutalmente se limitaban a matar, esporádicamente, pero con puntería certera, allí donde algún brote parecía simplemente posible.

Tranquilamente, y con lujo de *nabab*, Ortiz Rubio fue a Washington a oír que le dijeran lo que yo ya sabía, que era él a quien reconocían como presidente y no a Calles, que contara con apoyo para hacerse respetar. El pobre diablo no lo quería creer. Además, le aconsejaron que buscase un acercamiento con la oposición; hizo en consecuencia declaraciones que nos abrían la puerta. Sin duda, pensó desde entonces lo que habría de proponerme más tarde: una alianza para deshacerse de Calles, que lo había hecho presidente sacándolo de la nada. Pero aparte de que desdeñé el trato, a mí no me importaba hacer a un lado a Calles; mi compromiso era echar fuera del gobierno a todo el pretorianismo que ha estado envileciendo a nuestra raza. En Chicago la colonia mexicana, vasconcelista en su mayoría, le hizo un desaire en la estación a Ortiz Rubio, que ya no se

atrevió a llegar a Los Ángeles. En esta última ciudad, pese al dinero que prodigaba el Consulado, nuestros compatriotas seguían firmes y todavía llenaban las salas en que se congregaba el vasconcelismo. De suerte que se vio patente por doquiera que cuando el mexicano actuaba sin la presión de un ejército la repulsión de Ortiz Rubio se producía amenazante.

En cambio, sorpresa y vergüenza produjo en todos, aun en el mismo Ortiz Rubio, según llegó a saberse, la recepción calurosa que fue recogiendo por toda la costa del Pacífico, que me había aclamado su candidato. Región que ni siquiera había osado Ortiz Rubio visitar en su gira electoral, de pronto, convencida por el éxito desleal, olvidaba su preferencia, escondía los himnos de la campaña vasconcelista para ofrecer pleitesía al usurpador. Del México de afuera, únicamente San Antonio, siempre dominado por el consulado de los Santa Anna en turno, dio la nota servil con motivo del paso de Calles que regresaba de Europa. No creo que la prensa mintiera, y afirmó que hubo en la estación gentes que aclamaron al que partía para México a gobernar sin responsabilidades.

Se descaró en su triunfo el ejército. Al nuevo gabinete irrumpieron los generales. La misma educación pública quedó a cargo del milite protestante Aarón Sáenz, íntimo de Morrow. El general Lázaro Cárdenas, sin más antecedentes que su devoción filial por Calles, resultó jefe del partido oficial imposicionista y después ministro. Eulogio Ortiz, el más cruel en la persecución de los oposicionistas, mandó la escolta del nuevo presidente. Riva Palacio, el ejecutor de Germán de Campo, resultó Ministro de Gobernación. A Juan Andrew Almazán debe de haberle sabido amarga la boca de verse apenas ministro, después de tanta fatiga y cambio de opinión, y en tanto que Ortiz Rubio, ex huertista de menor

categoría, sin un solo afán, resultaba su jefe y presidente pelele número 2. A Saturnino Cedillo, ex guerrillero valiente, pero que no sabía firmar, lo hicieron Ministro de Agricultura en premio de los fusilamientos de cristeros y de vasconcelistas consumados en su provincia.

Amaro conservó su puesto de Sacrificador Mayor en la Secretaría de Guerra. En general fue un gabinete de premio al ejército. Tanto es así, que el acto más notorio de Ortiz Rubio, consumado apenas se restableció de su percance, fue la proclamación de un día de fiesta nacional, que corre agregado al pocho calendario de santoral abstracto, al lado del día del maestro, el día de la madre: el día del soldado. La fiesta del constabulario.

El percance

No lo quería yo creer y el corazón me saltaba de júbilo; en el ánimo aleteó la esperanza. Pero allí estaban los diarios de la tarde, ardidos con los detalles. A media plaza, cuando terminados los festejos de la toma de posesión, el Presidente de los Constabularios se dirigía a su casa, un individuo de la masa le había vaciado su pistola, le había deshecho el rostro, bautizado de obsceno, por medio de un balazo, restaurador de la honra de los mexicanos. El delincuente heroico, al ser aprehendido, se había confesado vasconcelista. «No pude resistir el espectáculo», dijo en su primera declaración, después de que los polizontes lo golpearon, lo desfiguraron en el tormento. «No pude resistir un impulso de justicia; aquél no era el presidente; el presidente era Vasconcelos.»



Daniel Flores, quien atentara contra la vida de Ortiz Rubio: «El nuevo mártir se llamaba Daniel Flores»…

El nuevo mártir se llamaba Daniel Flores; procedía de San Luis Potosí y yo no recordaba partidario alguno con ese nombre; tampoco habíamos logrado siquiera establecer clubes regulares en la provincia aterrorizada por Cedillo. Pero había procedido conforme a su corazón y no me quedaba otro remedio que ampararlo moralmente, cargando con su responsabilidad. Publicaron al día siguiente los diarios de la mañana la mala noticia de que Ortiz Rubio estaba fuera de peligro, aunque marcado de por vida, y entre las condolencias oficiales alcanzaba primacía la del presidente Hoover, jefe supremo de la situación creada en nuestra política. Calificaba Hoover el atentado de cobarde. El adjetivo me llamó la atención y me dio la pauta de mi propio comentario. Lo pidieron ese mismo día los corresponsales, y dije: «Cobarde fue la acción de los policías de Mazatlán, que al dispersar una manifestación en mi favor degollaron a un niño en los brazos de su madre. Ahora bien, asaltar a un sujeto que va rodeado de toda una guardia marcial será todo lo condenable que se desee, pero no es un acto de cobardía, es un acto valeroso. Y me extraña que para las víctimas de Mazatlán no haya habido la sensibilidad de que hoy se hace gala. El que conozca un poco Estados Unidos sabe la veneración que a todos merece la persona del presidente y sus opiniones. Una reverencia que no se puede decir que esté inspirada en servilismo, sino en la circunstancia admirable de que, con excepción de uno que fue prontamente eliminado, todos los presidentes norteamericanos han sido hombres de bien y caballeros sin tacha, cuando no, además, hombres extraordinarios como Lincoln o como Wilson, como tantos otros. De suerte que la audacia de un extranjero metido a sugerir poco acierto en

una declaración presidencial colmaba los límites de la paciencia de los patriotas, que no es mucha, por cierto, cuando se trata de gentes de fuera de la nacionalidad y fuera de la raza.» Inmediatamente resentí los efectos de mi exabrupto, pero no los lamenté. Ambicionaba la honra de ser expulsado de Estados Unidos. En parte, eran los norteamericanos responsables también de la ignominia establecida en México. El honor de una expulsión no llegó, sin embargo, a cristalizar, pero sí empecé a sentirme hostilizado; por ejemplo, mediante cartas con santo y seña en que se me decía: «¿Por qué no te largas del país en vez de criticar a sus funcionarios?»

Y realmente, la idea de un largo destierro en Estados Unidos no me seducía. Resolví pasar esos años entre gente latina, en el Sur del continente, o en Europa. Pero me hacía falta dinero, mas no era prudente que de inmediato me ausentase de la frontera. Algo podía derivarse del atentado contra Ortiz Rubio. Quizá se acercaba el momento, imaginado por Méndez Rivas, en que brotes rebeldes habían de marcar la protesta colectiva, ya no sólo la protesta individual, tan abnegadamente expresada por Daniel Flores. Y decidí esperar.

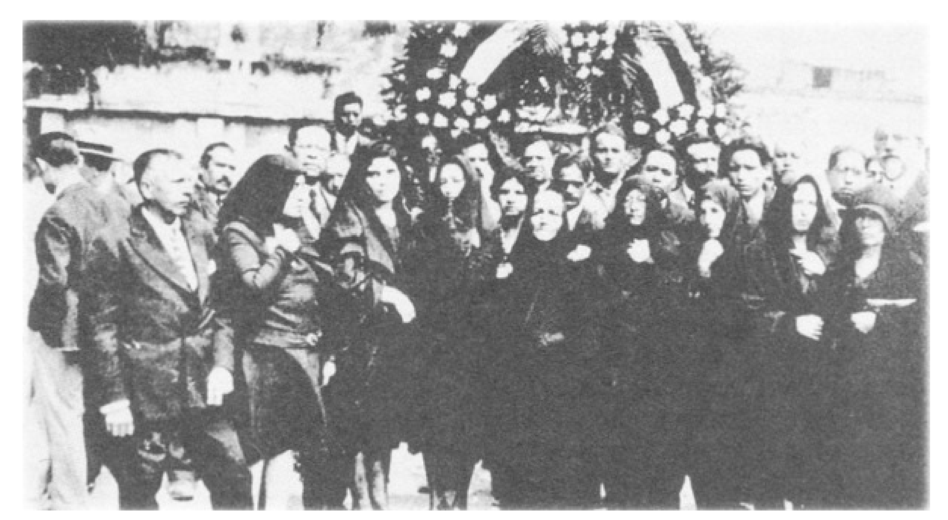
Entretanto, uno de esos auxilios que es más lógico atribuir a la Providencia que al ciego azar vino a darme un rumbo para la hora ya próxima en que habíamos de convencernos de que el pueblo de México haría de Flores otra víctima sin rescate, como lo hizo con Toral. Desde París, don Carlos Deambrosis Martins, mi agente literario, me puso un cable diciendo que Eduardo Santos, el dueño de *El Tiempo*, de Bogotá, diario que había publicado mis colaboraciones durante veinte años, me invitaba a visitar Colombia, dando conferencias de paga o como simple huésped suyo. El camino del Sur se abrió, pues, cuando se cerraba el Norte, y

como Santos se había distinguido por su hispanoamericanismo, su resistencia a la intromisión norteamericana en los asuntos de Hispanoamérica la sentí como una compensación. Lo que México no podía darme, un asilo digno, Colombia me lo brindaba. Y rápidamente me puse a hacer planes. Para los gastos personales y los de mi familia me quedaban tres mil dólares escasos, lo bastante para un año. Pero deseaba no sólo vivir, sino seguir combatiendo; para esto último necesitaba una revista. A Miguel Ángel Beltrán encomendé recaudar fondos para tal objeto y nadie le respondió. Nadie quería ya ocuparse de mí sino a base de que transigiera. El propio Miguel Ángel aconsejó que partiese al Sur, que recorriese Centroamérica. Por esos días también un diputado guatemalteco, de paso por Estados Unidos, después de una de mis conferencias me invitó para que fuese huésped de la Universidad de Guatemala. Por un momento soñé establecerme en Guatemala con alguna cátedra, como la que había sostenido en Chicago y en California. Pero si la gira de conferencias dejaba libre algún dinero, fundaría una revista en La Habana o en Europa, a efecto de hacer una campaña continental en defensa de Hispanoamérica y para sostenido bombardeo de la ignominia entronizada en México.

Topilejo

Se ha hecho mucho ruido, en los últimos tiempos, alrededor de la carnicería oficial en que perdieron la vida el general Serrano, candidato presidencial de una fracción del ejército, y sus catorce acompañantes. Lo que eso fue ha llegado en detalle al público. Pero Serrano era uno que había hecho lo mismo que padeció. Él y sus amigos sacrificados merecen compasión, pero no el agradecimiento de la patria. Perseguían una causa turbia y cayeron en ella. Lo que no impide que se haya hecho lugar común hablar de las víctimas de Huitzilac, por el nombre del sitio en que fueron sacrificados. En cambio, sobre Topilejo apenas si se ha escrito, y lo que se habla suena todavía a murmuración temerosa que nadie quiere escuchar. Cada una de las tumbas de Huitzilac tiene su cruz y, en cambio, los inmaculados patriotas de Topilejo no tienen encima ni el recuerdo de una generación ingrata, por terror que envilece. También debemos observar, a manera de excusa de humorismo macabro, que no es posible identificar individualmente las tumbas de Topilejo, puesto que los soldados que consumaron las ejecuciones se permitieron una voluptuosidad digna de los aztecas: descuartizaron a los muertos, igual que se destaza el ganado. Recientemente se hizo la comedia de la investigación en lo de Topilejo y a causa de que tanto se divulgó lo de Huitzilac. Pero, apenas iniciada la investigación, comenzaron a sonar ciertos nombres y de pronto el juzgado suspendió las diligencias. Y

los testigos fueron amenazados si daban a la prensa los pormenores. Desde que supe lo de Topilejo, preví que por allí andaban nombres que, tarde o temprano, y dada la tradición vigente, llegarían a la categoría de presidenciables, si no es que a la presidencia misma. Por el momento, la responsabilidad la asumió Eulogio Ortiz que, ya sea por franqueza nativa, ya por inconsciencia ética, se ufana de sus hazañas en vez de ocultarlas. Pero hay cómplices que todavía se ocultan bajo el manto de los más altos funcionarios del país. Dejemos la justicia al tiempo y recordemos los hechos escuetos. En venganza de lo de Ortiz Rubio, o simplemente para atemorizar, cierto día fueron sacados de sus casas hasta cuarenta conocidos vasconcelistas. El general Ibarra, viejo maderista, casi octogenario, de por Texcoco; el ingeniero González Madero, bravo, noble muchacho, que andaba en los treinta, y los demás por el estilo: la lista completa no ha llegado a publicarse. Precisamente el descuartizamiento tuvo por objeto dificultar la identificación. En seguida no faltó quien gozase atormentando con el engaño a las familias que preguntaban por sus deudos. Se les hizo creer que andaban prófugos, hasta que un indio, pasando por el camino de Cuernavaca, descubrió una mano de difunto que asomaba entre el barro; escarbó y desenterró un brazo, cavó más y halló una pierna; se hizo el escándalo, acudieron reporteros, se tomaron fotografías del terreno, se publicaron conjeturas. Y cuando el juzgado, urgido por las familias de los desaparecidos, intentó practicar las exhumaciones de ley, un piquete de soldados rodeó el terreno, impidió el acceso al lugar. Luego, la Secretaría de Guerra declaró, por la prensa, que el caso estaba bajo la jurisdicción de los militares. ¡Con lo que bastó para que agachara la cabeza todo el mundo!



Familiares de las víctimas de Topilejo; …«los inmaculados patriotas de Topilejo no tienen encima ni el recuerdo de una generación ingrata, por terror que envilece»

En el extranjero circuló la historia macabra; cuarenta vasconcelistas habían sido descuartizados, al mismo tiempo que aseguraba el gobierno que no existía peligro de rebelión, que «nadie le hacía caso al candidato derrotado y despechado, prófugo en el extranjero». Y era tal el empeño de los grandes intereses, los capitalistas con inversiones en nuestro país, de que el gobierno de Ortiz Rubio, patrocinado por la casa Morgan, se impusiese, que escritores con fama de humanos, como el célebre Bristaine, el bien pagado por el sindicato Hearst, lejos de apiadarse de las víctimas señaló al gobierno mexicano el ejemplo de Pedro el Grande, que a fin de lograr la consolidación de su cetro no sólo mataba, sino que sacaba de sus tumbas los cadáveres de los antepasados de sus enemigos, para quemarlos. «Eso mismo debía hacer México con todo el que intentase perturbar la paz sangrienta que el procónsul Morrow estaba consolidando en beneficio de los dos países.» Quien quiera convencerse de este dicho, examine la columna de Bristaine, en los diarios de Hearst, de febrero o marzo de 1930.

En la capital no hubo comentarios, se impuso el silencio, pero un silencio cómplice, porque mucha gente, en lo personal honesta, prefería no enterarse a fin de poder seguir cobrando, beneficiando, la sinecura gubernamental. «¿Qué, de veras? —preguntaban los fariseos cuando escuchaban la negra historia de labios de algún familiar humillado—. ¿No habrá exageración? ¿No serán cosas de despechados como Vasconcelos, que anda denigrando a México en el extranjero?» Porque, no se podía negar, el gobierno actual era progresista. ¡Qué tal esas casas que están tirando para abrir una gran avenida, a estilo de Norteamérica! Por esos días engrosó el rumor propicio de que ya el general Amaro aprendía no sólo castellano, también alemán. Y los lechuguinos de la metrópoli, con ciertos hombres de negocios y determinados agentes imperialistas como Carlton Beals, señalaban al general Amaro como sucesor de Ortiz Rubio y esperanza de la revolución y de la patria.

Véase un dominical del *New York Times* de la época para confirmar lo de Carlton Beals.

Entre los que se salvaron por mero accidente de la matanza de Topilejo está el abogado Román Millán, excelente hombre, valiente, que se hizo cargo del papel peligroso de animar a los conspiradores reuniéndolos en su propio despacho, gastando en las conjuras pequeñas sumas de su peculio de profesional joven. Otros, la mayor parte de los directores de la campaña vasconcelista, sufrieron prisión por semanas y por meses, tales como Salvador Azuela y Carlos Pellicer. Algunos más perdieron su modo de vida habitual, como Alfonso Taracena, que tan útiles servicios prestó como corresponsal de la prensa de los estados.

Decisión altiva

Lejos de pensar en el regreso que para todos era fácil mediante una declaración sumisa (a causa de que Estados Unidos ya no quería desterrados en su seno y exigía benevolencia para los sometidos), Valeria decidió por el exilio definitivo. Pero no le era posible consumarlo desde luego. Sus asuntos económicos se hallaban embrollados. Malos negocios en compañía de asociados torpes o de mala fe, hipotecas ruinosas para obtener efectivo de inmediato, y qué sé yo, pero el hecho es que se hallaba en situación estrecha, angustiosa a ratos, no obstante el caudal que dos o tres años antes heredara. Y el derroche, la imprevisión, fundados quizá en la creencia de que le quedaba algo que rematar, seguían siendo su única norma. Hay personas negadas por completo del sentido del dinero. Sin ánimo de censura, puesto que la anécdota demuestra esplendidez y despreocupación, relato lo que un amigo de recursos modestísimos me refirió poco antes de la *débâcle* de mi amiga: «Fulano, préstame tres mil francos»... «¡Tres mil francos!... Son todos mis ahorros de dos o tres años, pero en fin, se trata de usted; aquí están»... Ese mismo día compró Valeria quinientos francos de juguetes para el hijito, que ya los tenía en abundancia... Luego, por la noche, invitó a la esposa del que le había hecho el préstamo al restaurante más caro; se gastó en la cena doscientos, y así sucesivamente.



Mujer en el canapé, obra de Edvard Munch: «Valeria decidió por el exilio definitivo»

Cuando en Los Ángeles hicimos balance de nuestros recursos, resolví lanzarme en seguida a América del Sur. El viaje llevaba mi prédica por el único rumbo que me quedaba abierto y, aparte de eso, me ofrecía oportunidades de ganancia inmediata. Acostumbrado a sortear las dificultades del exilio y la lucha contra enemigos implacables, nunca me he sentido tranquilo si no tengo por delante un año de vida seguro, en efectivo. De suerte que, apenas pasaron las dos o tres semanas necesarias para ver si lo del atentado a Ortiz Rubio y Topilejo iba a significar una ocasión de rebeldía o una consolidación del terror, decidí partir por agua rumbo a Panamá y Colombia. De su lado, Valeria convino en que era indispensable su regreso a México para liquidar sus asuntos en vista de la ausencia definitiva que proyectaba. Además, se proponía recoger al hijo. Al salir de México lo había

encomendado a una hermana; pero estando en curso el pleito del divorcio, el padre aprovechó para reclamarlo. Se lo entregó el juzgado, y entonces, con ánimo conciliador, puso al chico en poder de la misma hermana de Valeria. Este rasgo me sirvió de base para obtener de Valeria la promesa de que ya no recurriría a la astucia y la violencia para disputar la patria potestad. En vez de eso, procuraría un arreglo amistoso para dividirse, por semestres, la posesión del niño. También al decidir a Valeria a cambiar de apoderado, logré que tomara de abogado al mismo de su señora madre, con lo que se concluyó un enojoso pleito sucesorio y una reconciliación filial que mucho contribuyó a tranquilizar el ánimo de mi extraordinaria amiga. El nuevo apoderado, un antiguo condiscípulo y buen amigo, garantizaba el *maximum* de eficiencia para el arreglo del embrollo que largos litigios y falta de atención habían creado. Y acordamos que, una vez terminada mi gira por el Sur y arreglados satisfactoriamente los asuntos de ella, tornaríamos a reunirnos en algún lugar del extranjero donde pudiésemos dedicarnos a redactar la revista que sería baluarte contra la calumnia y un ariete contra los enemigos de la patria.

La despedida

A todos los principales conductores del movimiento de que era yo jefe consulté la decisión de abandonar Estados Unidos, no obstante que en realidad me la imponían las circunstancias. En lo de adelante, me tendría que dedicar a la denuncia de las maniobras del monroísmo, el poinsettismo, no sólo en México, sino en la América toda. Mis enemigos habían crecido y ya no se limitaría mi ofensiva a los políticos de México. El mal de la Colonia tenía que ser combatido en sus fuentes, o sea, en la administración norteamericana. Aprobaron mi viaje al Sur todos los que estaban cerca de mí: Méndez Rivas, Herminio Ahumada, Pedrero, Juan Ruiz. Vito Alessio, escondido en San Antonio, ya no contestaba mis cartas. Miguel Ángel me contestó obsequiándome el precio del pasaje hasta Panamá. Juan Ruiz decidió acompañarme por Centroamérica, por su cuenta y para servirme de secretario. A la vez se proponía colocar una película hablada en español, de las primeras que se ensayaron en Hollywood. Méndez Rivas, siempre optimista, creyó que algo podría intentarse por la frontera de Guatemala. Yo abrigaba esperanza parecida y seguramente no llego a Colombia si el ministro americano no me cierra las puertas de Guatemala.



Los casados de la Torre Eiffel, obra de Marc Chagall: … «el matrimonio quedó concertado para dos meses después»…

Decidí no mover a mi familia de Los Ángeles mientras anduviese errante. Mis hijos estaban en la universidad. Mi hija, dedicada a sus estudios, era tan joven que no me había

pasado por la cabeza la idea de que anduviera de novia, y acaricié el proyecto de llevármela en mi gira por el Sur. Y eso que Herminio, en cierta ocasión, puso en mis manos un librito de proverbios chinos, y me señaló el que más o menos decía: «Cuida mucho de ver con quién se casa tu hijo, pesa las ventajas, las desventajas de cada partido»... «A tu hija, cásala cuando puedas.» No entendí. Tampoco hice mayor caso de las advertencias y alarmas que sobre el noviazgo de mi hija formulaba la mamá. ¿Era serio aquello? Por fin, Herminio tuvo que caer en la formalidad del pedimento matrimonial. Un tanto sorprendido, le dije a poco de reflexionarlo. «¿Qué prisa tienen? Esperen uno, dos años, hasta que esta situación se aclare.» No me hicieron caso, y ante lo inevitable precisé: «No quiero perder, junto con mi hija, una buena amistad. Consiento, pero con una condición: si después de casados no se entienden, se arrepienten, no se hagan la vida amarga... Usted me la devuelve, que a mí nunca me ha de aburrir.» «Sólo porque es usted quien me lo dice, no me enojo», contestó Herminio, ofendido. Cancelé el pasaje de mi hija. Por desgracia, mi viaje no podía aplazarse y el matrimonio quedó concertado para dos meses después, no obstante mi ausencia.

La actitud de la diplomacia norteamericana en México no me producía animadversión en contra del *yankee*. Un sinnúmero de norteamericanos demostraban simpatía sincera por nuestra causa perdida. Cada vez que tuve contacto con funcionarios, como cuando fui a pedir el pasaporte para salir del país, la más exquisita cortesía era la regla y, a menudo, la conversación cordial. A mi hija, en cierta ocasión, la citaron al tribunal por correr su auto más de lo debido en pleno Boulevard Wilshire. Ocurrió esto cuando me hallaba en México y se publicaban a diario noticias de atentados y obstáculos. El juez preguntó a mi hija

su nombre, sus generales... «¿De México?... ¿Vasconcelos...? ¿Qué es usted del candidato a la presidencia?» «Hija»... Reflexiona el juez, se pasa la mano por la barba, y sentencia: «No vuelva a abusar de la velocidad, no le impongo multa, *your father has enough worries*»... (Tiene ya bastantes dificultades encima su padre). Por el estilo, cierta benevolencia y afabilidad en el trato suelen ser la regla de las relaciones humanas en el país del Norte.

Ya para embarcarme, contraje un compromiso: adelantando una mensualidad compré un Ford, que fue el regalo de boda de mi hija; un derroche dentro de las circunstancias, pero lo acabé de pagar con las entradas que pronto obtuve por Panamá y otros rumbos.

El cónsul de Panamá se portó en grande: ¿Que si me daba visa?, le preguntó un amigo. «No necesita visa —respondió —, pero aquí está y dígale que se le recibirá en mi país como se merece, con demostraciones oficiales y populares, es decir, con indiscreción.»

Y como me invitaron de San Francisco los «Diablos Viejos», para una de sus comidas mensuales, no quise partir sin despedirme en persona de mi gran amigo, el doctor Urrea, caballero y patriota sin par. El fracaso lo había tomado como derrota propia. Durante todo el curso de la campaña política nos habíamos escrito regularmente; sus consejos me habían iluminado en muchas ocasiones. En San Francisco me sacó del hotel, me hospedó en su casa. Estaba decidido a no volver al país mientras aquella situación durase; era de los que sólo pensaban en continuar la lucha con los medios que fuesen quedando a nuestro alcance. También el general Ruelas se mostró irreductible. En general, todos nuestros buenos compatriotas del destierro otorgaban aliento y simpatía. Por ejemplo, en Santa Bárbara,

los mexicanos que trabajan allí de sirvientes en los hoteles de los millonarios *yankees* me retuvieron una noche para hablar de la patria y sus angustias.

Alta mar

Seis o siete días de navegación aburrida. Todas las tardes contemplábamos el ocaso. A la altura de Sinaloa se produjo el rayo verde legendario. Gritamos de asombro jubiloso los pasajeros que desde la popa lo percibimos. Llevaba un año de no escribir, no leer. Y tuve la idea de esbozar una colección de puestas del sol. Se titularía *Los siete soles del Pacífico*, pero no acertaba a fijar la atención; una melancolía profunda me embargaba, lejos de mis familiares, mis amigos. Valeria me dolía y me preocupaba. ¡Me hallaba como preso en aquella casa flotante! ¡Quién sabe hasta cuándo volvería a sentar la tienda en algún sitio de la tierra! Juan Ruiz me animaba; quizá por Guatemala se podría organizar una expedición que nos reintegrase a la patria. Y si no, ¿qué me importaba una espera? A Santa Anna lo llamaron tres veces y era un bribón. También Porfirio Díaz había llegado hasta Panamá después de una derrota sin gloria... ¡El porvenir tenía que ser nuestro! Lo que no advertimos entonces, ni mi amigo, ni yo, es que Santa Anna volvía en barco de guerra de Estados Unidos, apoyado por el coloso para seguir haciendo daño en nuestra patria. Los que, al contrario, representábamos una oportunidad benéfica para el país, habríamos de ser molestados, perseguidos por donde fuésemos, en todo el radio de acción del monroísmo. Y nos inquietaba un tanto Panamá. Si allí las cosas resultaban adversas, de inmediato saltaríamos a Costa Rica, país libre, democrático; en seguida, a Colombia... En Colombia, Santos,

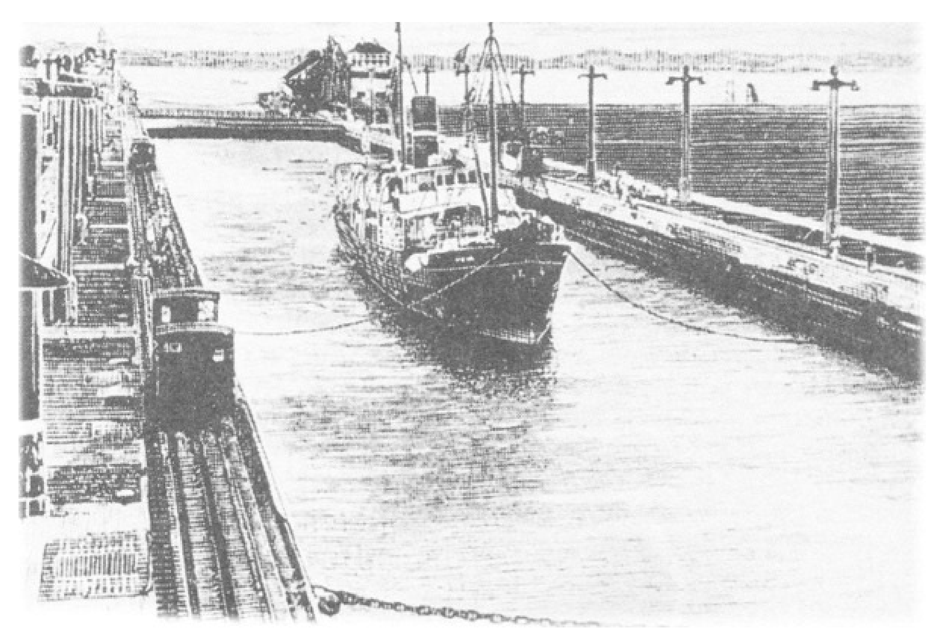
el periodista insigne, los estudiantes…, no podía dejar de ser, aquel país, una patria para nosotros.



Alta mar

Celaje en la bruma

Cuando atracó al muelle nuestro barco, entre el gentío del desembarcadero se hizo visible un grupo de caballeros y damas que portaban flores. Detrás, un lujoso automóvil atrajo las miradas de las *yankees* bonitas de a bordo. Y pensamos: «Esperan sin duda, algún personaje *yankee.*» En el vasto trasatlántico de la Southern Pacific, veinticinco mil toneladas y camarotes que valen una fortuna, no era fácil que nosotros, en clase turista, nos hubiésemos dado cuenta de la presencia de uno de esos magnates cosmopolitas. Observando sin mayor curiosidad descubrí, entre los que abajo esperaban, una cara conocida. ¿Quién era aquel señor alto, un tanto cano, distinguido a pesar de la indumentaria tropical ligera? «Yo conozco esa cara, Juanito —y de pronto anuncié: el general Obarrio, uno de los comensales de los "Diablos Viejos", de San Francisco». «Mire, Juanito —insistí —, el hermano de ese señor fue quien dijo en la comida aquella frase profética: "Todos le seguiremos desde aquí, pero a la hora de las dificultades no crea que vamos a poder darle la más mínima ayuda." Por supuesto que no me acercaré a saludarlo, ahora que está allí en comisión formal... en honor sabe Dios de qué gringo de éstos de a bordo.»



El canal de Panamá

Y se aproximó un oficial: «¿El señor V...?» «Servidor.» Y me señaló a los corresponsales, que dijeron: «¿Qué hacen que no bajan? Los espera en el muelle una comisión oficial.» Y noté, al mismo tiempo, que desde abajo el general Obarrio me hacía señas. Descendimos y nos presentó: las damas resultaron ser maestras que nos entregaron flores, pronunciaron enhorabuenas; luego, un caballero, que resultó ser el ministro de Instrucción Pública, el doctor Duncan, nos subió precisamente al auto suntuoso que desde la borda habíamos admirado. Atrás, el ministro y yo; adelante, el general Obarrio y Juanito. «Nos echó usted a perder una gran recepción hace ocho días —exclamó el ministro—. Se anunció que venía usted en el barco anterior y le trajimos al desembarcadero las escuelas, los estudiantes; ahora, como no estábamos seguros, no venimos sino las comisiones que usted ha visto.» Era el ministro un hombre de menos de cuarenta años, dinámico, inteligente, expedito. En seguida supimos que era generalmente estimado, reconocido como el

mejor ministro de Educación que hasta entonces había tenido el país. Nos llevaron al hotel, nos anunciaron todo un programa de visitas a escuelas y recepciones. En el albergue nos dio la bienvenida el rector de la Universidad, el doctor Moscote. Este caballero era mi viejo conocido por correspondencia. En sus mocedades había dirigido una célebre revista avanzada con Julio Barcos, el argentino. En los días de la publicación de mi primera *Antorcha* habíamos sostenido canje y correspondencia. Era alto, mulato, inteligente y fraternal. Adelantándose a mi propósito de dar alguna conferencia para obtener fondos, expresó que la Universidad me contrataba dos conferencias; una, sobre tema político; otra, sobre un tema filosófico. Podía hablar cuanto quisiera. Por el momento, había libertad en el país; ¡me hallaba entre amigos! Se hizo visita diaria Moscote, siempre afable y útil. Una comisión de estudiantes se presentó a recordarme la proclamación, que en época no remota hicieran a mi favor, como maestro de la juventud panameña. Allí estaban para colaborar y servir. Se hallaban enterados del curso de las elecciones en México. Todos habían deseado mi triunfo; sabían de las intrigas de banqueros y diplomáticos norteamericanos.

Los diarios de la ciudad nos dedicaron bienvenida afectuosa, comprensiva. En uno de ellos, el Ministro de Instrucción firmó un artículo titulado «Imitemos a Vasconcelos». Se refería a la labor educativa desarrollada en México y encomiaba que un educador estuviese metido a la política, único medio de regenerar a los pueblos hispánicos. Era el ministro hijo de padre norteamericano y de madre panameña, entendía el sentir de ambos pueblos y era un lazo de unión entre Panamá y Estados Unidos. Su espíritu generoso se inclinaba en favor del débil y procuraba obtener para Panamá mayores ventajas de autonomía, a la vez que

impulsaba su progreso. El patriotismo panameño nos impresionó en todos los que tratamos. Singular fue el agrado que nos dejó la deliciosa excursión que nos obsequiara un grupo de maestros para darnos a conocer sus escuelas rurales. Magníficos establecimientos dentro de la modestia del país y animados de un nacionalismo sin ostentación, que imita de Estados Unidos lo bueno y busca crear lo más conveniente para el medio diverso. Educados casi todos los directores que nos acompañaron en Estados Unidos, hombres y mujeres llamaban la atención por el criterio amplio, la sabiduría extensa y práctica. En una de las poblaciones que visitamos, cabecera de un distrito que queda al Norte de la zona del canal, los habitantes todos, con las escuelas formadas, salieron a recibirnos. Bajo el espléndido sol, el panorama recordaba el de nuestra costa, pero sin la desolación de nuestras aldeas, castigadas por los gobiernos de fuerza. Todo allá se veía limpio, remozado, risueño. Los vecinos principales acudieron a saludarnos en la casa en que se sirvió el almuerzo. La distinción sencilla de estilo rancio castellano es un rasgo del carácter panameño.

A diario nos salían nuevos amigos. El señor Porras, que por tantos años fue presidente y que conocí años atrás en París, fue a visitarme y me llevó a su casa, llena de reliquias de política y de historia de su patria. El presidente en funciones, el señor Arozamena, nos dedicó una hora de conversación en su Palacio. Las redacciones de los diarios nos abrieron sus puertas como a colegas. El Ayuntamiento nos dio una recepción privada. Una señora Carbonell, bella, distinguida, puso a nuestras órdenes su propio auto; más tarde nos organizó una fiesta nocturna, una especie de noche panameña entre los árboles de una huerta, que resultó lucidísima. Allí admiramos el famoso «tamborito», el baile nacional. Lo danzan las mujeres en traje suelto, parecido al

de Yucatán, pero adornada la cabeza de diademas, con tembeleques imitados de India y China. Dicho aderezo lo creó la Colonia, derivándolo del Oriente, por la misma época en que se creaba entre nosotros el traje de china poblana, que hoy reconocemos como nacional, pero que tiene de Asia no sólo el nombre, sino también la audacia del color, el lucimiento de los abalorios. A medida que descubríamos el país en su autenticidad, experimentábamos cierto remordimiento por nuestra ignorancia de las cosas del Sur, pues no había dejado de imaginar que Panamá era una especie de Texas, donde el mexicano imita lo nórdico sin lograr igualarlo. En Panamá la tradición hispánica es demasiado profunda. Los indios desaparecieron y los criollos dieron el tono al país. Las obras del canal llenaron la comarca de negros, pero los negros también perpetúan las influencias hispánicas. No hay, pues, en Panamá ni pochismo ni poinsettismo en los hábitos.

Nuestro fiel amigo, el general Obarrio, la hacía de padrino: así que nos veía fatigados de tanto paseo, tanta visita, nos raptaba del hotel, nos llevaba a su casa o nos introducía al Club Unión, instalándonos frente a una botella de *whiskey* finísimo o de buen coñac.

Mis dos conferencias fueron acogidas con marcada benevolencia; no me interesan ya esos éxitos, pero debo decir que en la primera expliqué sin tapujos la intervención de Morrow en la política interior de México y sus relaciones con la casa Morgan; el cómputo electoral publicado por los banqueros de Nueva York antes que se cerraran las casillas electorales. Y concluí: «Esto es lo que depara el monroísmo a todos los países del Sur que no sepan mantenerse alerta»…

La segunda conferencia, por indicaciones de mi amigo el rector, la di sobre mi libro de *Metafísica*, que estuvo esos días

en las vitrinas de las dos o tres importantes, excelentes librerías que hay en la ciudad. Concluida mi faena, el rector puso en mis manos un cheque de cuatrocientos cincuenta dólares, con excusas de no poder dar más. «Esto es un sueño, Juanito», exclamé. Agradecí el dinero que pagaba los gastos hasta un puerto de Colombia, y un poco más; pero, más que eso, nos impresionaba el cariño de la gente. Por ejemplo, la dueña de nuestro hotel nos preparaba antojos panameños, que se parecen a los de nuestra tierra caliente: plátano frito con arroz, garbanzos en puchero y en guisos. El puchero es allá suculento y enriquecido con frutas tropicales, como la yuca, el banano, a estilo de Veracruz. Y una delicia gastronómica abunda por allá, que no había vuelto a probar desde Jamaica: la nuez del marañón, tierna, tostada, hecha pasta como de mantequilla, o sea el *cashew*, que hoy se encuentra seco en el mercado internacional.

En todos los aspectos de la vida panameña se observa la preocupación de conservar intacta el alma española, que es su médula. Con interés patriótico me llevaron a leer las tablas de piedra en que Pereira, uno de los mejores escritores del país, ha fijado en castellano impecable la historia verdadera del canal. Su texto recuerda que Balboa descubrió el Océano, y los ingenieros españoles propusieron a Felipe II el primer plan de perforación del istmo, plan fundado en exploraciones técnicas de gran mérito. Más tarde, el genio de Lesseps formuló el proyecto que los americanos consumaron, gracias a la más adelantada técnica de su siglo y a la cooperación sanitaria de Gorjas, el *yankee* extraordinario. Se convence allí quien quiere de que la obra admirable es el fruto de una serie de esfuerzos y de una colaboración de razas, pero con el ingenio español de adelantado. Un canal muy distinto del que se pinta en la literatura para turistas y para escolares del monroísmo.

Ocupa la inscripción varios tableros de una rotonda, sombreada de framboyanes. En el plano bajo luce distante la rada azul y trémula. Y en la costa, la ciudad moderna, mezcla de pueblos en solera castiza. Zona internacional será un día de verdad Panamá, si al monroísmo sucede en el continente la doctrina de la universidad. Doctrina española, porque su imperio asimiló razas, no las apartó en sectores.

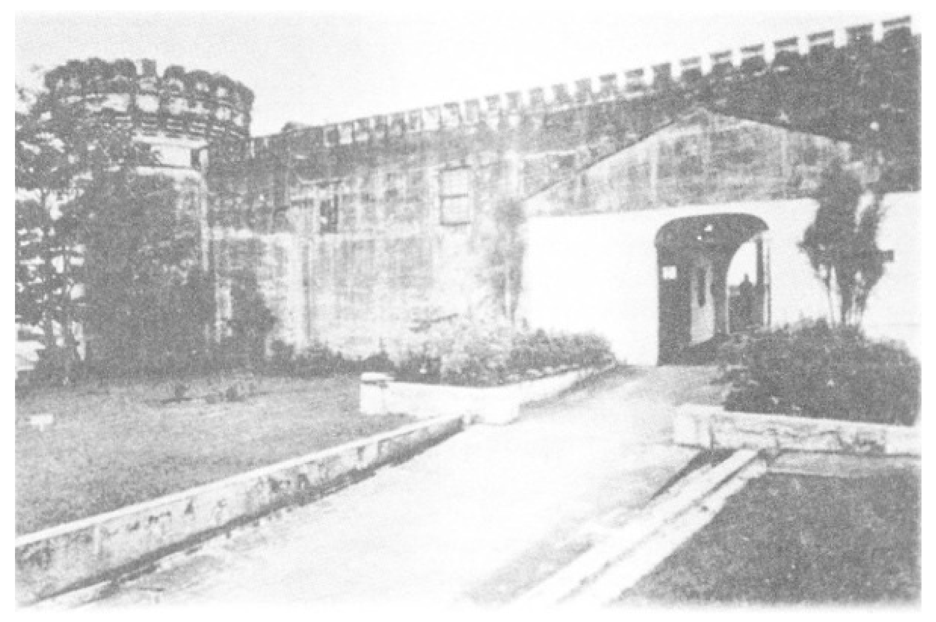
El bueno del doctor Moscote quiso acompañarnos hasta el extremo de la república panameña, por el Atlántico, y llegamos a Colón muy temprano. Nuestro barco partía a las doce y se resolvió despedimos con un almuerzo. De invitados estuvieron presentes funcionarios y particulares distinguidos, como el médico venezolano doctor Wernicke. En total, unas cuarenta personas. Se dijeron discursos cariñosos. Al final, una orquesta tocó música mexicana, cubana, panameña, colombiana. En mi alocución de despedida, buscando un modo intenso de expresar lo que sentía, recurrí a una franqueza que hubiera parecido arriesgada para el que no está enterado de lo que es en realidad Panamá. Declaré: «Al estar entre ustedes he sentido que todos son buenos colombianos, es decir, fieles a su abolengo, no obstante la independencia. Como que es una misma nuestra sangre desde México.» El resultado fue que a un colombiano allí presente lo colmaron de abrazos. Se despidieron los invitados y nos quedamos Juanito y yo en el vestíbulo, con el doctor Moscote y su hija, ya profesora, y con la señorita Arozamena, conocida mía desde la Internacional House de Nueva York, bien torneada, inteligente, joven; era la imagen del Panamá presente, despejado y culto. Y aunque nunca bailó, y lo sabían nuestros amigos, tuvo ella la ocurrencia de que la acompañara en una dulce danza nativa. En sus brazos de Diana joven experimenté el dolor de las dichas que se dejan

para siempre. Con *saudades* y pervadidos de poesía y sentimiento salimos de Panamá. Hermanos del istmo: nunca podré pagar el consuelo de aquellos días de ilusión sin mácula. Vuestra dádiva fue de aquellas que comprometen a seguir amando a nuestros semejantes.

Costa Rica la brava

Todo el mundo sabe que Costa Rica es civilizada y civilista, democrática y culta, poblada por raza pura de origen gallego, sin indios casi y con unos cuantos negros en la costa, que no crean problema. Escapa de esta suerte Costa Rica a los males del mestizaje y del pretorianismo y no sabe de dictadores ni de caudillos. Su propiedad dividida, sus poblaciones bien atendidas, uniformemente desarrolladas, ofrecen panorama único, no sólo en Centroamérica, también en la América entera. Pero lo que yo ignoraba casi y creo que muchos también desconocen es que Costa Rica cuenta con gloria militar que ya quisieran para sí todos los países militarizados de la porción triste del continente. Luce Costa Rica en su capital el monumento sobrio que recuerda la victoria de las armas patrias, no sobre los padres, los hermanos, que eran los españoles, sino sobre el invasor norteamericano que pretendió hacer de Centroamérica otra Texas. Sólo que Costa Rica, en vez de Santa Anna y dictadores, generales presidentes y ejércitos profesionales que tienen misión de tiranizar, contó con patriotas que, precisamente por no vivir bajo la bota militar lograron producir un San Jacinto al revés. A eso equivale, sin duda, la batalla de Santa Marta, en que Walker cayó como Santa Anna en San Jacinto, prisionero con toda su tropa, fallida su ambición de conquistas. Se hincha de orgullo el corazón del patriota según se entera de la heroica gesta, la más pura gloria de la epopeya americana. Y en seguida, se padece

indignación porque el poinsettismo, que ha organizado la enseñanza, por ejemplo, en México, jamás nos recuerda, ni menciona siquiera, este hecho de armas, importante para nosotros más aún que otros muchos inscritos en nuestro calendario oficial. Puesto que la victoria costarricense nos libró del peligro de haber tenido en el Sur otra Texas, quedando nuestra patria bloqueada, definitivamente perdida. Y maldije mi propia educación escolar, que me hizo ignorante y contaminado a tal punto que no pude, en cuatro años de Ministro de Educación de México, reflexionar lo bastante para haber hecho circular siquiera un folleto con la historia de la magnífica pelea de los civiles de Costa Rica, improvisados guerreros victoriosos para aniquilar un invasor que ya había dominado los países de dictadura a la mexicana: Honduras y Nicaragua, no sé cuántos otros que, naturalmente y por exceso de generales, no pudieron resistir la conquista...



Fortaleza en San José, Costa Rica: «Y siento no poder hablar con el mismo entusiasmo que se merecen sus antecesores de los políticos de la Costa Rica actual»

Y siento no poder hablar con el mismo entusiasmo que se merecen sus antecesores de los políticos de la Costa Rica actual. Caso omiso haré de las pequeñas obstrucciones, los desaires menudos de que fui objeto, en contraste con la acogida sin reservas que acabábamos de disfrutar en Panamá. Me limitaré a señalar lo que es de general interés que se sepa.

«Sucede —me explicó un nacional— que Costa Rica no está vendida al imperio, está vendida a la United Fruit (la compañía que explota el plátano, el café, los únicos productos del país). Y tampoco se puede decir que esté vendida —añadió mi informante—. No nos pagan siquiera la entrega; todo lo damos de favor y a causa de debilidad de carácter de estas generaciones actuales, que van cada año a recordar a los héroes de Santa Marta, pero no saben ya el compromiso de la acción que conmemoran. Verá usted, estuvo aquí un ministro de Norteamérica: ensayó sin fruto el procedimiento usual de halagos a los funcionarios, acompañados de la amenaza de las revoluciones. Entonces, ¿sabe usted lo que hizo para ganar influencia? Pues a la hijita que aquí le nació le puso Mercedística. Usted habrá advertido que aquí usamos el diminutivo en *ica*. Eso bastó para que mis compatriotas se enternecieran, ¡qué amable era el ministro, qué fino y qué se le podía negar! Y así también la United: aquí no tiene que recurrir al cohecho; promueve fiestas como ésa que acaba usted de ver; consuma el certamen, corona una reina de familia distinguida, Reina de la Belleza, a estilo Florida. La sociedad se conmueve, no hay quien no se rinda a la galantería. En cuanto a ideales, háblele usted de ideales a un pueblo, que aunque está en la pobreza, una pobreza decorosa, sólo ambiciona su película de Hollywood cada semana y quizá un viajecito a Nueva Orleáns.»

Y baste con esto en materia de murmuración; digamos ahora algo de las buenas horas que allá pasamos, gracias a nobles amigos que no nos faltaron.

En el puerto estuvo a recibirme el excelente García Monge. Era la primera vez que lo saludaba en persona; es blanco, sonrosado, bajo y un tanto grueso, de trato suave, conversación reposada, inteligente. A fuer de buen maestro, en seguida me hizo visitar la escuela. Los maestros, ya prevenidos, nos acogieron afectuosamente. Los coros infantiles resonaron y hubo bienvenidas, flores y risas; toda luz la escuela primaria de Costa Rica, tal como la había soñado. Y eso que el metropolitano García Monge afirmaba: «Nada vale esta costa, ya verá el interior.» Y a San José llegamos ese mismo día por la tarde, bajo un sol radiante y asociados a una celebración popular y social en honor de una Reina de la Belleza que regresaba del extranjero con sus familiares. Galantemente nos condujeron al carro privado de la reina. Y en las estaciones nos presentaron juntos, y me daban ocasión de hacer público elogio de aquella damita linda, virtuosa. Y se siguieron días de festejos amables y significativos, esclarecidos. Así es de verse en los extractos de una crónica que se ha hecho vieja, pero aún conserva el aroma de aquellas horas en que el hado se muestra clemente.

La *Nueva Prensa,* en su edición de 5 de abril, publicó:

... En la amplia sala, todos los alumnos del Liceo de Costa Rica, numerosas alumnas del Colegio Superior de Señoritas, profesoras de planteles de la ciudad y particulares. En el escenario, Vasconcelos acompañado del director don Luis Dobles Sagreda; con palabra galana y sugestiva recordó los trabajos del Liceo en los últimos tiempos y presentó al huésped... A continuación, Moisés Vicenzi pronunció el siguiente discurso:

«El retorno a la sinceridad debe ser la prédica de la cultura moderna en el arte, en la educación, en la filosofía, y en la política... Hemos olvidado el cultivo de la personalidad, de la originalidad, de la fuerza, que es la suprema desnudez del espíritu enfrente de la naturaleza y del hombre... Por otro lado, vivimos en una verdadera república, donde el derecho de pensar y hablar es derrotero de

gobernantes y gobernados. Y decirlo en presencia del Maestro de estas Américas es una queja y un clamor que pide consejo valiente para estos jóvenes. Y ellos han de ver realizada la respuesta al punto... Asombrados quedan cuantos lo escuchan opinar sobre arte, sobre filosofía y sobre política, o sobre las naciones y los hombres. No conoce forma alguna de mentir, no calcula las consecuencias de sus actos, de sus palabras; no teme exponer la vida por la libertad de su alma; ni temería —tal es su amor trascendental de los seres— encadenar su espíritu, si sobre sus cadenas creciera y floreciera la felicidad de todos los hombres. Como hombre de ideales es un héroe; como ser es un místico en grande escala, sin ritos mezquinos, con liberaciones abiertas a todos los rumbos del orbe interior...

»Así ha logrado ser quien es Vasconcelos, en el escenario entero de una raza que se empeña en forjarlo a golpes de martillo, en el fuego de todas las luchas, para orgullo de la posteridad. Y aquí tenéis este ejemplo, jóvenes discípulos, para que sepáis reconocer a los grandes, también fuera de las estatuas, de las piedras y de los bronces, y comprendáis que aún hay inmortales en América, de carne y hueso, macerados por la batalla, pero luminosos como el carbón encendido de los viejos hornos»...

Pobre amigo Vicenzi a quien nunca he podido pagar su generosidad, pero que es en Costa Rica por antonomasia el filósofo, el investigador audaz de todas las disciplinas altas de la mente, y el hombre puro, recto, maltratado también por la incomprensión, la apatía de sus contemporáneos.

Y qué me importan todas las pequeñeces que siguieron, si, para mí, Costa Rica era ya Vicenzi, con García Monge, y después ha seguido siendo Vicenzi, con García Monge y cinco o seis más...

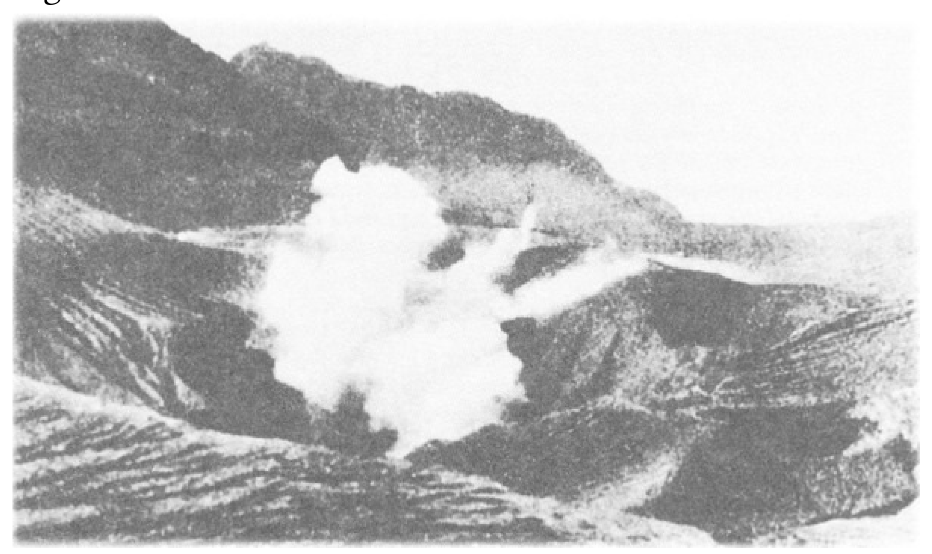
El Irazú

Una victoria militar de transcendencia, obtenida contra enemigos de raza poderosa y rival; muchos y buenos planteles de educación, tal es el orgullo del costarricense. Tras el triunfo guerrero, la victoria del espíritu sobre el mal, que es la ignorancia. En los discursos que me tocó pronunciar insistía en la necesidad de que Costa Rica, rompiendo su aislamiento, venciendo su modestia, se constituyese en conciencia de la América española. Ya lo era en parte, gracias a órganos como el *Repertorio* de García Monge —que todavía por entonces no declinaba hacia el comunismo literario—, pero era menester que Costa Rica se erigiese en tribunal de la opinión del continente, para juzgar la marcha política desorientada de tantas naciones en decadencia.

García Monge no nos falló ni un instante, por supuesto, y junto con él otros muchos recogían con interés mis denuncias y anatemas. Pero pronto, solapada, comenzó la obstrucción.

Se conoce que lo de Panamá les tomó de sorpresa a los que llamaremos agentes del panamericanismo (en oposición de los hispanoamericanistas), y me dejaron decir, libre de contradicción y censura. En San José tuve que enfrentarme a la Legación de mi país, pero no directamente, sino por la agencia de un corresponsal norteamericano que llegó de súbito, en avión, desde Chicago. El ministro del callismo, un

poetastro de juegos florales, le otorgó el visto bueno y se destapó en los diarios locales. Cuanto yo decía era exacto, reconocía el corresponsal, sólo que la interpretación que yo daba a los hechos era injusta y apasionada. Le dediqué mi segunda conferencia.



El volcán de Irazú en Costa Rica: … «ideó Vicenzi llevarme a contemplar el célebre volcán de Irazú, cráter de lava hirviente, ancho como un lago»…

Hice ver en ella la mala fe y el partidarismo de las agencias internacionales de noticias, lo mismo la Associated Press que los del Hearst, que invariablemente tiñen sus informaciones del color que conviene a sus intereses o a su patriotismo racial anglosajón.

Irritados por las opiniones del agente *yankee* al servicio de mi Legación, ciertos patriotas jóvenes de la Cámara de Diputados decidieron hacerme orador en la fiesta conmemorativa de la batalla de Santa Marta, que en esos días se efectuaba. Al mismo tiempo, el sector oficial comenzó a hacerme el vacío. Un vacío disimulado, acompañado de quejas: estaba yo abusando de la hospitalidad, etc., etc. Para sacarme del ambiente de chisme,

ideó Vicenzi llevarme a contemplar el célebre volcán de Irazú, cráter de lava hirviente, ancho como un lago, al fondo de un anfiteatro de acantilados. Lo encubren brumas que se disipan, en las horas matinales, para brindar un espectáculo de esos que nos convencen de que no es vana la palabra sublime.

A caballo se hacía el trayecto en cinco o seis horas. El terreno en torno a San José es ondulado, cubierto de boscaje semitropical, interrumpido con extensos cafetales. Luego hay que subir por las estribaciones de una sierra tupida de follajes silvestres y alguna planta útil como el palmito, cuyo tallo tierno en los brotes es el plato nacional del país. El camino de herradura tuerce y se estrecha, se hace penoso y, además, es preciso contar con la suerte, pues a veces se llega y no se ve nada. Desde el borde del anfiteatro natural, vastísimo, asomamos procurando perforar el manto de niebla. Debajo se hace sentir la imponente ebullición. Se descorre un instante el velo y aparece al fondo el borboteo ardiente de un manto de lava. En torno, la luz se irisa de tonos varios y encendidos. Asciende un estertor que simula el respirar del planeta y el ánimo se contagia de majestad. Panorama semejante lo hay únicamente en dos o tres sitios de la Tierra, en las islas Hawai y no sé dónde más, por Oceanía.

Éramos cuatro en la excursión: Juan Ruiz y yo, Vicenzi y un amigo suyo, periodista, comerciante y efusivo simpatizador; más un par de guías. Con la esperanza de que despejase del todo, siquiera un instante para ver otra vez el monstruo, exploramos una porción del boscaje, bordeando el extensísimo cráter. Al atardecer, después del almuerzo campestre, iniciamos el regreso. Fatigados y sin bestias de repuesto, no era fácil llegar hasta San José. Así es que decidimos pernoctar en una casa de rancho como a dos

horas camino abajo. Recuerdo un galerón que almacenaba sacos de provisiones; arriba, alcobas desmanteladas, pero limpias. Al lado de la bodega, en una cocina espaciosa, nos instalamos para conversar; mientras, una buena mujer guisaba el famoso palmito, que nos sirvió picado y envuelto en huevo, bastante agradable.

Después de la cena salimos a gozar de una luna en creciente, clara y magnífica, desperdiciada su poesía en la solitaria inmensidad. Lomeríos, cumbres y quebradas, boscajes sin habitantes, territorios que no han sido marco de hazañas ilustres ni han sugerido pensamiento humano considerable: a pesar de todo, su misterio despierta en nosotros esa sed de conocimiento que no se sacia con el agua de ninguna sabiduría. «Si no fuésemos tan inútiles —observé—, en lugar de estar aquí mirando la luna que no ha de faltarnos, habríamos ensillado para ir a asomarnos al cráter, que a esta hora quizá luce como no se ve de día.» Pero nos disuadieron los guías: de noche rara vez se levanta la bruma y la verdad es que todos nos sentíamos magullados por la caminata en mal acomodadas cabalgaduras y necesitados del reposo de un buen sueño. Y así fue como perdimos ocasión de contemplar la agonía de un cráter atacado de sobresaltos febriles bajo la paz de una luna serena y blanca.

La Escuela Nacional de Leyes pesa en Costa Rica, país gobernado por abogados y que en la práctica obedece estrictamente la ley. La pobre escuela nuestra de México es una ironía en el ambiente cuartelario, pero en Costa Rica no es el derecho jerga al servicio del bárbaro investido con poderes de cabeza de tribu polinesia. Fue lamentable que nadie recogiese la oración de bienvenida del distinguido patriota costarricense don Víctor Guardia Quiroz. Versó en torno al viejo tema del derecho contra la fuerza, de la pluma

contra la espada, referido sin titubeos a la infamia de la situación mexicana. Expliqué yo en seguida que en México la fuerza armada no contaba siquiera con la excusa de que fuésemos bárbaros. En primer lugar, alegué, no es bárbara una nación que lleva cuatro siglos de vida universitaria, y sí más bien corrompida; por otra parte, no eran los brutos que detentaban el poder un producto sano de la fuerza nacional, sino alquilados a la voluntad del imperio por qué primero nos arrebató la mitad del territorio, en seguida nos ha minado el albedrío y nos arrebata la esperanza... Si no dije esto exactamente, debí decirlo; no fío en mi memoria, pero sí en mi convicción...

Me habían llevado a hacer una visita al presidente de la República. La atención de recibirme en privado era más estimable aún por la circunstancia de que no quise que en la visita interviniera la Legación de mi país que, dije, representa no a México, sino al bandidaje que nos gobierna. Unos minutos de conversación con el caballero culto y distinguido que ocupa el alto puesto me dejó impresión agradable y reconocida. No pude manifestar este reconocimiento, ni siquiera despedirme del primer magistrado. Hay destinos condenados a estar saltando, a su pesar, sobre las trancas del uso. Sin quererlo, tuve que salir de Costa Rica como un apestado.

Patriotismo victorioso

Y todo fue por la malhadada invitación para hablar en Santa Marta. Asiste a la fiesta el presidente con el cuerpo diplomático y se erige el templete patriótico en el jardín de la simpática ciudad de Alajuela, a dos horas de San José. Se me había invitado con anticipación; sin embargo, demoré mi partida hasta última hora y no hubiera tomado el tren si la víspera, aparte de las instancias verbales de un grupo de diputados, no hubiese recibido mensaje del director del Colegio de Alajuela nombrándome su huésped en el lugar.



Palacio de Gobierno de Costa Rica.

Una ciudad risueña, limpia, bien construida, en blancos y

rosas de estilo colonial es Alajuela. Y daba gusto el desfile de escuelas y sociedades patrióticas con sus bandas de música y de soldados, apenas unos doscientos. En la plaza abierta se erigieron las tribunas, al lado del monumento del indio Juan, héroe de uno de los episodios de la acción. Me impresionaba, a mí, mexicano, la ausencia completa de aparato militar en una ceremonia que conmemora una gran batalla. Y aprendí la lección de que era Costa Rica una patria bien defendida, porque todos los ciudadanos eran y no eran ejército. ¡Contra el invasor, todos soldados; dentro de la patria, ninguno! Y pensaba con tristeza en esa suerte del monopolio del patriotismo que entre nosotros acapara el ejército, usurpando el lugar de los héroes para hacerse aplaudir en las ceremonias públicas. Me conmovió también que el acto empezara con una misa de campaña, rezada sobre un altar al aire libre, delante del presidente y los diplomáticos. También en Estados Unidos el pastor de alguna de las sectas protestantes invoca la merced divina al comienzo de los ejercicios patrióticos. Igual hacen los imperios y las tribus. ¡Sólo México, enemigo oficial de Dios, renuncia de modo inconsciente a la protección divina y, si se ofrece, la insulta!

La misa de Costa Rica dejó unción en los ánimos. Y se sintió caer sobre la patria, pequeña pero ilustre, la bendición que consagraba el aniversario. Terminado el rezo, hubo piezas de música y discursos literarios bastante tímidos. Más aún, daban la impresión de que no se quería recordar la derrota de los filibusteros por temor de herir la susceptibilidad extranjera.

En la tribuna de honor, al lado mío, se hallaban los diputados que me ratificaron el compromiso de hablar, y eso que leyendo el programa, al descuido, advertí que no figuraba mi nombre en él. Y reclamé: «¿cómo voy hablar si no estoy anunciado?» Eso de hablar en público es para mí

compromiso que rehúyo, nunca ocasión buscada. «No importa —respondieron—. Sucede que los programas se hicieron con mucha anticipación, pero públicamente será usted invitado a decir unas palabras.» Y así se hizo, pero a disgusto de la comisión organizadora que, según parece, deliberadamente me había omitido. Al final del programa, el orador que representaba a la Cámara Legislativa, uno de mis invitantes, aprovechó su turno para declarar sin ambages que le causaba sorpresa no verme listado entre los oradores y que, en consecuencia, a fin de subsanar la omisión, me cedía su sitio en el programa, me invitaba a ocupar la tribuna. Diciendo y haciendo se bajó para venir por mí, con otros caballeros. Al instante se produjo un desconcierto extraño. Nadie opuso reparos; pero, no había llegado la comisión a recogerme, cuando en el estrado de honor se puso todo el mundo de pie para seguir al presidente, que dijo se retiraba por causa de una urgente atención.

Y hubo vacilaciones, consternación. Confieso que yo también me sentía indeciso, pero instado a mantenerme firme, y convencido, como me hallaba, de la buena fe con que había concurrido, creyéndome lealmente invitado, adelanté con los comisionados. Salvo las treinta o cuarenta personas que siguieron al jefe de Estado, el resto del público dejó las gradas y rodeó la tribuna, aplaudió, pidió palabras. Y hablé sin acaloramiento y procurando no darme por enterado de lo ocurrido, menos ofendido. Expresé la gran significación de aquella batalla que libró al Norte de la América española de verse convertida en otra Texas, lo que nos habría ocurrido incluso a los mexicanos si Centroamérica llega a ser dominada. Terminé prometiendo hacer todo lo posible porque en México se recordase, se celebrase el aniversario de Santa Marta. «Aquella fecha —añadí— debiera ser festejada en todo el continente y con el

mismo derecho con que en Texas se celebra, cada año, la victoria de San Jacinto, sin rencores, pero también sin arrepentimientos. En este día —expresé—, todos los maestros de escuela de la América española deberían relatar a sus alumnos los pormenores de la gloriosa acción de armas que allí celebrábamos… casi en privado», comenté.

Lo que siguió después lo imaginará el lector, si reflexiona en que Costa Rica es de verdad un pueblo libre. La discusión se desató, dividiéndose las opiniones. ¡Quién afirmaba que el desaire que se me había hecho era injusto! ¡Quién aseguraba, al contrario, que yo me había excedido, aceptando hablar después del desaire!

Intenté salir en seguida de la población, y estaba a punto de hacerlo cuando circuló la noticia de que el presidente se había marchado con su séquito a San José, desairando el banquete oficial preparado. Y los más audaces propusieron que fuera yo al banquete y me ofrendaban la tarjeta correspondiente. Como era natural, rehusé esto último y me metieron a un café-cantina para deliberar y tomar un refresco: en su interior no cabía la gente. Al entrar con Vicenzi y los diputados, los de las mesas se pusieron de pie y todos aplaudieron. Y nos rodearon los curiosos en la mesilla que se nos dejó libre y se reanudaron las discusiones, en tanto procuraba yo disfrutar una naranjada excelente.

Se decidió que nos llevarían a la comida de aniversario de una sociedad patriótica encargada de mantener vivo el culto de los héroes de Santa Marta. ¡Allí nadie tenía compromisos con la United Fruit!, expresaron los más indiscretos. Y pocas veces en mi vida he comido con más gusto y en compañía tan efusiva y vigorosa. No hubo derroche de oratoria ni lágrimas… esas lágrimas del patriotismo que llora fracasos que no supo evitar. Alegría de hombres serenos que no

confían la defensa de su patria a profesionales del valor, sino al propio corazón bien puesto…

Otra puerta se cierra

En mi país, el presidente de los constabularios me había cerrado la frontera. En un arranque individual de patriotismo, un diputado guatemalteco me ofreció el pan y la sal de la hermana del Sur. La universidad guatemalteca, que en un tiempo me había hecho *doctor honoris causa*, ratificó cablegráficamente la invitación del diputado, y me disponía a embarcarme para Puerto Barrios, alegre y confiado. Un viejo deseo iba a realizarse. Guatemala es prolongación de lo mexicano en lo moral y en lo físico; tratar de cerca gentes que son como nosotros, habitar temporalmente una patria hospitalaria y afín, ¿qué más podía desear? Visité la embajada de Guatemala para obtener la visa del pasaporte y me trataron con exquisita cortesía. Estaban encantados de que fuese a Guatemala y sería cuestión de veinticuatro horas el despacho del trámite. A mi hotel enviarían, lista, toda la documentación. Es curioso advertir que Panamá, Costa Rica, pueblos libres, no llegaron a pedirme pasaportes ni papeles de viaje. En lo de Guatemala pasó un día, pasaron dos, mandé recados. Favor de esperar otro día, de un momento a otro llegará un cable; por fin, muy confidencialmente, se me avisó por conducto de un amigo costarricense: era mejor que pospusiera mi viaje... ¿La causa? «Usted sabe... ¡el ministro americano!... ¡En estos instantes no desea el gobierno contrariarlo!... El señor Vasconcelos anda haciendo propaganda *antiyankee*..., nuestra nación es muy pequeña»..., etcétera, etcétera.



La catedral de Guatemala

En vez de tomar rumbo al Norte, como lo deseaba, viré hacia el Sur. Conservaba en el bolsillo dos telegramas tranquilizadores: el de Eduardo Santos, que me ratificaba la invitación formulada por conducto de mi agente en París, y el de la Federación de Estudiantes Colombianos —un poder en aquel pueblo de libertades—, que me confirmaba el honor de llamarme maestro, me urgía a que estuviese pronto en Bogotá. «Al demonio los paisecillos estos —me dijo ofendido, por cuenta mía, el buen García Monge...—. Váyase a Colombia y quédese por allá»...

Pero como el barco tardaba tres o cuatro días y hubiera sido aburrido, casi penoso, estarse en San José, ahogado con el chismerío de lo de Alajuela, otra vez vino en mi auxilio Vicenzi, con su amigo el comerciante. Acostumbraba éste salir de cacería por el rumbo de Nicaragua, en busca de tigres, y me rogaron que aunque no llegase con ellos a la selva les acompañase a la visita de algunas poblaciones del interior. Y recorrí buena parte del campo costarricense,

áspero en sus montañas, suave en el trato afable de sus gentes. Valles y cañadas de gran fertilidad se suceden. Las aldeas son acogedoras. Llegamos a cierto villorio a mediodía. Mientras el cazador buscaba sus amigos, acompañado de Vicenzi, me quedé en el auto, en la esquina de calles solitarias, frente a un tendajo sin clientes. Y como era la hora de la siesta, aproveché para dormir unos minutos. Al despertar, me hallé cercado de curiosos, salidos sabe Dios de dónde, que me observaban sin hacer ruido, respetando mi breve sueño reparador. Abriendo los ojos, sonreí, saludé y empezaron a conversarme. Uno de los desconocidos era el maestro del lugar; se interesaba en la figura de Madero, que conocía a través de la biografía cariñosa del costarricense Jiménez Guardia. ¿Les daría alguna conferencia? Lo que menos deseaba yo era hablar en público. Llegaron mis acompañantes, recorrimos algunas calles y, no pude resistir, me comprometieron a hablar esa noche en el teatrito desmantelado de la aldea. El tema que pidieron fue el de Madero, y me sentí tan bien en aquel escenario modesto y cordial, tan abrigado el espíritu por la noble compañía, que relaté con dulzura la leyenda maderista y quedé satisfecho de mi plática, lo que es más difícil, para un mal orador como yo, que dejar satisfecho al público.

El paso por esta villa y el sabor de unos frutos morados, de pulpa blanca, jugosa, aromática, que en otro lugar comimos, son mis mejores recuerdos objetivos de Costa Rica.

No logré convencer a Juanita de que me acompañara a Colombia... «Allí no me va a necesitar», me dijo. Además, lo reclamaban sus negocios en Los Ángeles. Él, Vicenzi y García Monge, tres o cuatro más, nos despidieron con una efusión que compensaba el desvío de un público temporalmente sugestionado por el cinema *yankee* y los

empleitas y comisiones que reparte la United. Lo que más nos había dolido de aquella gente, de exterior tan castizo, mujeres de belleza extraordinaria, hermosa raza si la hay, es que hubiese hecho coro a las porras pagadas por los empresarios *yankees* (que regenteaban los teatros de cine), para reventar, a pretexto de pequeños defectos de intencionado mal arreglo, la película que llevó Juan Ruiz en español. En cambio, resonaron los aplausos en el instante en que volvió a la pantalla el áspero grito animal de los *blues*, cantados en lengua que la mayoría no descifraba… pero era lo elegante aplaudirla…

También en mi patria había visto retiradas de la pantalla películas italianas magníficas, por exigencias de la porra, que defiende el monopolio económico y moral de Hollywood. Idiota raza, la que por su gusto se echa al cuello coyundas.

Advertencia amistosa

En Colón recogí correspondencia. Una de mis cartas procedía de Bogotá y la firmaba mi amigo Alcides Arguedas. Lo había conocido en París, leía sus libros y nos tratábamos de colegas. A la sazón, se hallaba de ministro de Bolivia en Colombia. Y me decía en resumen y en muy cordial forma, con magnífica intención: «Cuide el tono de sus declaraciones y tome en cuenta que su natural apoyo en Colombia va a ser el Partido Liberal. Este partido acaba de triunfar y se mostrará muy susceptible. En estos momentos, las relaciones de los liberales con el gobierno norteamericano son estrechas, casi efusivas.» Acababa, en efecto, de triunfar la candidatura presidencial del señor Olaya Herrera, hombre de antecedentes irreprochables, pero conocido por su inclinación a lo *yankee*, sus relaciones con financieros de Wall Street, su larga permanencia en Washington como ministro de su país. Pero lo que más me intrigaba era aquello de que en el Partido Liberal iba a estar mi apoyo. Nunca he sido yo hombre de partido, ni me había invitado a Colombia ningún partido político. Y no sabía que los estudiantes estuviesen afiliados a partido determinado. Contaba con que Santos era periodista independiente y reconocido como antiimperialista. ¿Quién, pues, mejor que él para secundar mis denuncias contra la intervención *yankee* en nuestras elecciones? ¿Y en cuanto a los liberales? Los maderistas nos decíamos liberales, pero de criterio y práctica, sin compromisos, ni siquiera con el ideario

retrasado de los jacobinos mexicanos. Por liberal entendía yo uno que obra y piensa conforme a su conciencia, por encima de toda consideración partidarista. Pero la advertencia amistosa me puso a cavilar.



La avenida República, en Bogotá, Colombia: «En Colombia los adinerados, los dueños de los negocios y la banca eran los liberales»…

¿Qué es, en resumen, eso del liberalismo como partido o como secta? ¿Los derechos del hombre, Rousseau, acaso también Voltaire? Pues lucido estaba el que adoptase como credo una filosofía simplemente política, con la que se puede estar de acuerdo en lo político; inviolabilidad de la persona frente al Estado, pero precisamente a fin de poder estar en desacuerdo con Rousseau y con Voltaire, con quienes no hace falta ni el desacuerdo, puesto que no llegan a la categoría de pensadores con credo y con sistema. ¿O es que, en la culta Colombia, había un partido político que todavía tomaba en serio aquel naturalismo filosófico que, entre nosotros, adoptaron inteligencias de segunda categoría de la

época de la reforma? ¿Acaso no los habíamos superado nosotros con el positivismo en filosofía, con el socialismo en política, para no mencionar sino las corrientes oficiales de pensamiento? En mi tiempo de iniciación en la política, el grupo liberal mexicano se había refugiado en las logias y nosotros no tomamos en cuenta a las logias, durante la revolución maderista, por la sencilla razón de que ellas apoyaban a Porfirio Díaz. Se componían de empleados de gobierno y no eran factor nacional, no lo fueron en nuestro movimiento. Y todavía, en tiempo de Obregón, yo fui ministro sin saber por dónde quedaban las logias, y entiendo que a Obregón lo hicieron gran maestro después de que llegó a la presidencia y como simple honor al jefe de Estado... Las logias eran, pues, para mí, una institución de la que uno puede esperar un diploma y no algo que puede otorgar poderío, ayude a realizar algún fin social, menos espiritual...

No entendía yo, en definitiva, el porqué de aquel aviso que me limité a agradecer. ¿Y qué me importaba que los amigos que iba a hacer en Colombia, y los que ya tenía, fuesen liberales o fuesen conservadores? En todo caso, yo estaría más inclinado a los que más distantes se hallasen de Washington. El criterio económico social tampoco bastaba para diferendar grupos. En Colombia los adinerados, los dueños de los negocios y la banca eran los liberales, porque habiendo vivido en la oposición, en un país civilizado, se habían podido dedicar a los negocios, en tanto que los conservadores, apegados al gobierno, vivieron en casa de cristal, no pudieron hacerla de negociantes y de gobernantes.

En el barco, noruego o danés, que me llevó a Barranquilla —todos esos países escandinavos se me confunden en un solo bloque— era yo el único pasajero; me sentaba a la mesa

del capitán y la cocina era espléndida, insuperable refinamiento y abundancia. Pero el maldito codo que hace el mar por causa de la culebra de istmo, la cala vacía del barco y también los disgustos acumulados en Costa Rica determinaron que me atacase un mareo fulminante, como hacía mucho tiempo no me daba. De suerte que hice tierra en Barranquilla, más muerto que vivo. Y no sé lo que hubiera sido de mí si en el muelle no me alivia el ánimo la gran amabilidad de los aduaneros y empleados colombianos, gente leída en su mayoría, que me sonrió, me dio facilidades a título de que me conocían; leían mis libros. Y no acababa de contratar mi hospedaje cuando positivamente caí en los brazos de mi buen amigo Luis Enrique Osorio, que me sacó del lugar, me llevó a su domicilio. Lo que menos imaginaba era encontrarme allí a Luis Enrique, padre de familia y retirado de la producción teatral, dedicado a los negocios, pero convertido, a la vez, en el eje de un Ateneo y sociedad literaria de la mejor gente, culta y distinguida, del puerto.

¡El poeta de la vida que es Luis Enrique! A la hijita pequeña le había puesto Sonia, en recuerdo de la protagonista rusa. Dueña del inmueble que habitamos era la suegra, una bondadosa señora que explotaba modesta fábrica de perfumes en la esquina; y por el interior, Luis Enrique había instalado una imprenta con el proyecto de crear una editorial. Por cierto tiempo había sostenido una revista de aspiraciones continentales. Y era jefe de una liga iberoamericana dedicada a prestar apoyo a los refugiados venezolanos. Y a promover la reconstrucción de la gran Colombia. En los negocios también se había lanzado en grande, pero la depresión neoyorquina le echó abajo sus planes de fincar, negociar en el barrio nuevo de Barranquilla, etcétera, etcétera.

Le quedaba de la época del auge una vajilla de plata, con

un juego de vasos tan lindos que mejoraban la calidad del vino, y una refrigeradora eléctrica enorme, lujo raro por entonces y, además, inapreciable en el clima de Barranquilla, que es de los más ardientes de todo el planeta. Yo me creía bueno para soportar temperaturas altas y me había reído del calor de Panamá. Pero en Barranquilla se despierta a las dos de la mañana con un chorrito por en medio del pecho, y pronto me declaré vencido y no presumí más de valiente. Añádase la nube de mosquitos que obliga a empuñar el vaporizador de *flit* cada media hora y se verá que había razón para echar por la borda mis teorías sobre la posibilidad de la cultura en el trópico. Pero Luis Enrique se imponía. Su actividad de temperamento nervioso y fuerte vencía todos los obstáculos. En mi obsequio organizó conferencias en el teatro local, me ganó amigos poderosos, como el joven diputado Benjamín Acosta Polo, que obtuvo, sin más ni más, de la Legislatura provincial dos mil dólares de subvención para unas conferencias populares que di con asistencia enorme en una huerta de recreo. Este Acosta Polo, inteligente, hispanoamericanista ferviente y antimonroísta, era del partido conservador. «Primera contradicción —pensé — de lo que me anunciara de buena fe Alcides Arguedas.» En ningún otro sitio me iría después tan bien como en Barranquilla. ¿Fue porque la gente se mostrase más efusiva, o bien porque no habían llegado aún las órdenes de obstruccionarme? Lo que sigue del relato no aclara del todo la pregunta, pero arroja sobre ella luz.

La molicie tropical

Pese al clima terriblemente cálido, la población de Barranquilla no daba impresión de pereza. El próximo advenimiento de Olaya Herrera, el amigo de los americanos, insuflaba esperanzas en el comercio decaído, la edificación suspensa. Se suponía que el capital del Norte iba a invadir el país abriendo nuevas fuentes de producción, garantizando el trabajo. Y estábamos en los días precisos de la catástrofe financiera de Wall Street, en el momento en que Estados Unidos, de hecho, liquidaba el periodo de sus inversiones en la América Latina. Se hallaban equivocados y un tanto retrasados los liberales que hicieron presidente al señor Olaya, creyendo o haciendo creer que ello determinaría abundancia. El pueblo bajo había votado en masa por Olaya, sugestionado por la versión de que traería dinero. Lo cierto es que la mayor parte de las obras iniciadas por los conservadores en la buena época siguen inconclusas por causa de la crisis mundial, y quizá ni el propio señor Olaya Herrera pudo prever lo vanas que eran las esperanzas que su candidatura creaba. Después de treinta o cuarenta años de dominio conservador, los liberales ganaron el gobierno sólo porque los conservadores dividieron sus fuerzas en dos candidaturas. Y así comenzó en Colombia lo que en México ya ni advertimos por el largo dominio del llamado liberalismo, o sea la sumisión al Norte en lo moral y económico. En Colombia, la pugna del liberalismo y conservadurismo me la caracterizó un liberal, el señor

Jaramillo, si mal no recuerdo, asentando un dilema extraño: «O con Roma o con Washington.» «El progreso está con Washington.» Luego, «eso era liberalismo —pensé—: colocarse a merced de Washington a pretexto de que es urgente manumitirse de Roma.» Y desde el fondo de mi corazón, y planteado así el problema, grité: «¡Mil veces con Roma!» Esto, antes de la reflexión. Una vez que se reflexiona, prescindiendo de todo sentimentalismo y si no se es un cretino, se vuelve a decir: con Roma. Pues, por ejemplo, en México debemos a Roma las misiones de occidente, que nos dieron de lindero Alaska, en tanto que Washington nos redujo a la frontera actual, que no es ni frontera, sino una celada que nos mantiene en dependencia extraña. En todo caso, la medida de mi ceguera histórico-política la da el hecho de que hasta Colombia puede precisar lo que, en esencia, separa liberalismo de conservadurismo. Nada tiene que ver en ello la economía, porque más avanzado, en el aspecto económico, era el programa de jóvenes conservadores del grupo de los Leopardos que el plan de los liberales, restringido con el compromiso de las compañías *yankees*. En el fondo, se trataba de lealtad a la tradición española, por una parte, y de la otra, nefastos ensayos de reforma al estilo nuestro en beneficio del *yankee*.



La recesión de 1929 en Nueva York: «Y estábamos en los días precisos de la catástrofe financiera de Wall Street»…

Tan pavorosa alternativa me llevó a predicar, entre los jóvenes refugiados venezolanos y los colombianos que me visitaban, que lo urgente en la América española era borrar las viejas divisiones partidaristas, favorables al monroísmo y a los ingleses: prescindir de la división del hispano en pronórdicos y prorromanos y constituimos en avanzada de hispanoamericanismo auténtico y constructor. A la juventud tocaba iniciar un nacionalismo sin rencores faccionales pretéritos; nada de liberalismo *versus* conservadurismo —acción conjunta para libertarnos de las influencias del imperialismo vigente—. Y de la casa de Luis Enrique comenzaron a salir proclamas y declaraciones, que los dos diarios grandes de Barranquilla nos tomaban de inmediato, porque es increíble el interés que en Colombia despierta la palabra hablada y escrita. Y añadido a las habituales denuncias de la situación mexicana dominada por Morrow y de la tiranía de Gómez, publicábamos advertencias contra los partidos políticos oficiales, que sacrifican el porvenir de las generaciones a la conveniencia electoral de cada instante.

Había en Luis Enrique mucho del caballero cruzado que se endereza y dispone su arrojo apenas escucha un clarín. Jamás dudaba para acometer lo que le pareciese un ideal generoso. Nadie como él había difundido en el Sur las ideas de mi libro titulado *La raza cósmica*. El indio en Colombia no cuenta, pero en cambio en las costas hay bastante negro y mulato. Y aunque el mulato no hace teorías y más bien procura disimular su situación, en cambio, los blancos puros como Luis Enrique, por patriotismo, por generosidad, toman como propio el problema de la mezcla de las estirpes. La solución se halla, es claro, en lograr un equilibrio sin pérdida de las calidades superiores, sin abajamiento hacia la casta inferior y sin retrocesos. Pero hay en la doctrina misma de la fusión un hálito de consuelo y esperanza que fortalece a los de abajo. Y así se explica el interés que mi visita despertó en Colombia entre las castas humildes. En lugares tan remotos como Cali, centenares de negritos bien vestidos, y mulatos de sombrero de paja, gritaban: «¡Viva Vasconcelos!» Al principio me preguntaba: ¿Qué es lo que estos hombres saben de mí? Pronto pude averiguarlo. Aunque sea vagamente, les había llegado a los más la noticia de que había en el mundo de habla española un escritor que abogaba por la aceptación de la mezcla y su depuración y por la continuación del ensayo de unir las estirpes. El profesor alemán que dirigía el Colegio Secundario anexo a la Universidad de Cartagena me dijo cuando conversamos, en mi visita a su escuela: «Tenía yo idea de que usted era oscuro, pelo rizado, tipo tropical»...

—¿Mulato? —dije yo, riendo.

—Pues sí...

—¡Ah, por aquello de la defensa de las razas de color!...

—Exactamente.

—Pues crea usted —le dije— que si yo fuese mulato o muy mestizo no me habría atrevido a formular la teoría de la raza cósmica. Esta audacia sólo puede tenerla uno a quien no le va interés propio en el problema. Un indio, un mulato, están todavía bajo la influencia de su complejo de inferioridad que los lleva, usted lo ve en la literatura hispanoamericana, al servilismo, al mimetismo de las novias ideales de manos blancas y ojos azules… —Y concluí—: Es mi tragedia el ser apóstol de parias, abogado de clientes que no tienen fe en su propia causa.

Los contertulios de Osorio, los líderes venezolanos, los periodistas de Barranquilla, eran, en su mayoría, hombres de española ascendencia casi pura, como los Aristeguieta, emparentados con la rama de Bolívar. En la pequeña finca de campo de estos caballeros me dieron una comida: el cultivo era la yuca tropical, y no obstante que abrasaba el calor, el ambiente era perfectamente castizo; las maneras, de Europa. La menor infiltración de los sistemas del Norte, la escasez de indios y la mayor estabilidad política han salvado en Sudamérica al criollo, que allí manda y seguirá dominando. En una época, también Veracruz y nuestra costa del Golfo fueron zonas de hispanidad que dieron tono a nuestra política, nuestras letras. Así sobresalió Oaxaca en la reforma, gracias a sus familias de origen castellano, y por eso mismo domina hoy el Norte de nuestro país. Sólo que las gentes de nuestros estados del Norte, aunque bastante puras de sangre, nunca alcanzaron la cultura de la costa y el centro. Y lo único que defiende de la penetración extraña es la cultura, sobre todo allí donde no hay posibilidad de una defensa armada. Y por buena sangre que una población posea, si no es cultivada, caerá en el mimetismo extranjero, producirá pochismo, o sea el *yankeezado* por ignorancia de los valores de su propia estirpe.

Colombia es castellana, aunque no lo sabe; y sigue hablando de los «godos» como si acabara de darse la batalla de Carabobo. Por eso confío, pese a las mafias que lleguen a operar dentro del liberalismo y fuera de él, que no será Colombia en lo cultural una colonia *yankee*, no obstante que Olaya Herrera consumó la supeditación de la economía colombiana a Nueva York y a la casa Mellon. Este Mellon, jefe del tesoro en Washington, era el concesionario de los petróleos colombianos cuya historia anda por allí bien divulgada y escandalosa. Y daba angustia ver al pueblo tan vigoroso, tan patriota, exaltando como presidente precisamente al amigo de Mellon. ¡La ingenuidad de creer que esta intimidad con un tiburón económico podría traer otra cosa que nuevos abusos; la insensata esperanza de una mejoría a base de más empréstitos! Todo esto ensombrecía el ambiente público en aquellos días de mi visita a Colombia. Y aunque Luis Enrique era liberal, veía claro y no se callaba sus opiniones… No llegaría a ministro, le advertíamos sus amigos, y así fue, no obstante su intimidad con ciertos líderes. Posteriormente nada he sabido de la suerte política de mi amigo, pero el hecho de que haya tenido que emigrar al Ecuador durante la administración progresista de Velasco Ibarra está demostrando lo que nuestros pueblos deparan a quienes no doblegan la cabeza frente a la penetración del imperio.

El plan que trabajaba aquellos días Luis Enrique, y al cual tuve el gusto de sumarme, no era precisamente para agradar ni a Washington ni al señor Olaya Herrera, panamericanista ciento por ciento. Se trataba de una liga de juventudes de Colombia, Venezuela y Ecuador, en la que cada asociado se comprometía, bajo juramento, a procurar, en la vida pública y fuera de ella, el restablecimiento de la gran Colombia. Como se sabe, estos pactos regionales dentro del continente,

o sea bloques activos de los países afines y próximos, son el mejor medio práctico para ir apresurando el viejo sueño bolivariano de la federación continental. El hecho es que se nos pasaban las horas en actividad casi febril, pese a la supuesta influencia aplastante de la humedad y el calor. Y se prolongó aún más mi permanencia porque, asesorado siempre de Luis Enrique, estuve concertando mi recorrido colombiano, estimulado porque me llegaban telegramas con invitaciones de legislaturas y sociedades culturales de distintas provincias.

Pero de Antioquía, la zona que más interesaba a Luis Enrique asegurar para el éxito, los informes no eran todo lo alentadores que se esperaba y mi amigo se sorprendía:

—No es posible —comentaba, y se hacía cruces.

Y sospechando que había mar de fondo, me preguntó cierta ocasión:

—¿Y de aquella asomada que usted se dio a la masonería en París conserva siquiera el recuerdo del saludo? Preséntese por Antioquía y aun por Bogotá, haciendo el saludo, y entonces verá usted que todo se allana y se lleva usted veinte mil dólares de Colombia para su revista.

—No, Luis Enrique —afirmé sin vacilar—. No haré nada que coarte mis juicios. Lo bueno que haya de venir quiero deberlo a mí mismo y no a camaderías, por muy respetables que ellas sean.

—Ya me imaginaba que eso iba usted a decir.

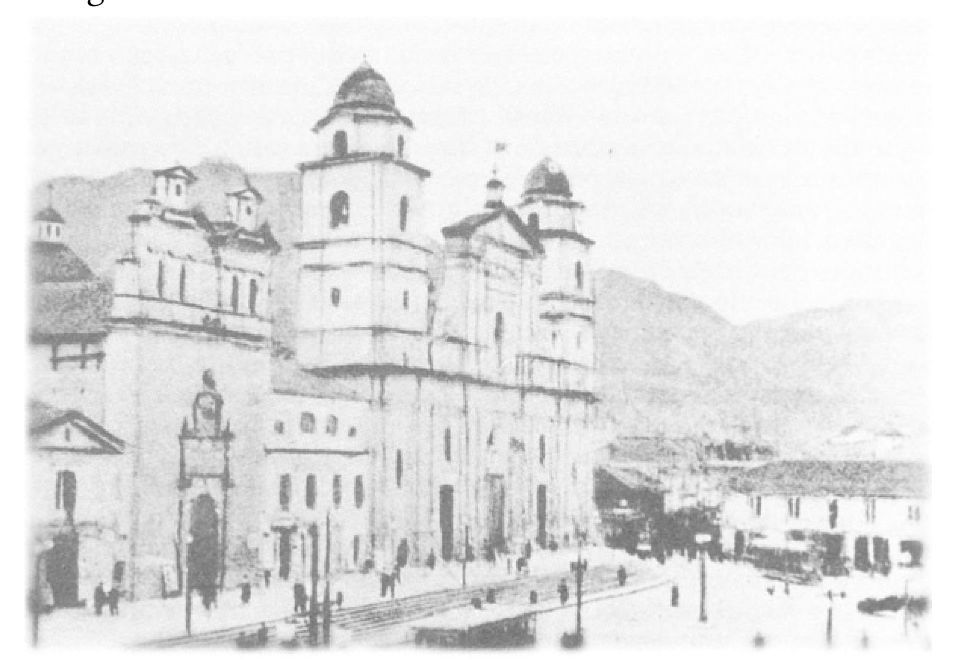
Entre tanto, no tenía de qué quejarme. Disfrutaba de amistades modestas, me seducía la propaganda que realizamos, y en la casa de Luis Enrique la bondad de la familia, los parientes, los amigos, creaban una atmósfera de complacencia y reposo. Con un tío de la familia conversaba de cocina. Barranquilla es lugar nuevo y no presume de

tradiciones; pero Cartagena, la Cartagena de Indias, que todavía subsiste por debajo del oropel de las empresas petroleras *yankees*, Cartagena se ufana de un arte culinario tropical que cuenta con recetas de España y de Francia, de India y de China. Y oponía yo a los de Cartagena guisos y platos de La Habana o del Veracruz antiguo. El resultado fue que me dieron a probar deliciosos manjares, como el arroz blanco seco y cocido en agua de coco. No me sorprendería que se acostumbrase igual en alguna parte de nuestro país. Durante mucho tiempo creí que el *ceviche* peruano era único, y hoy es conocido en la capital de México gracias a la apertura del camino de Acapulco; y en Acapulco, el *ceviche* es tan antiguo como la Colonia.

Cartagena de Indias

Mientras Antioquía acababa de decidir si era yo o no era buen liberal, nos llegó indicación insistente de que debíamos pasar a Cartagena. Un capitán de los barcos que suben el Magdalena nos mandó decir que nos tomaría de huéspedes. Acompañado de Luis Enrique subí la corriente unas horas. Dormimos en una pequeña, amable población, situada donde se bifurcan los brazos del delta del gran río. No podían ser más lisonjeras las noticias que allá nos dieron. El Ayuntamiento de Cartagena nos tenía dispuesto un banquete de recepción. La Legislatura de la provincia había votado, igual que la de Barranquilla, una partida de dos mil pesos para honorarios de las conferencias que daría en la ciudad, y a fin de evitarnos tener que abrir taquilla. Se solidarizaron así los diputados con la campaña continental y antiimperialista que desarrollábamos. Y sólo hacía falta presentarnos para recoger honores y recompensas. Estirados en el vagón del ferrocarril saboréabamos de antemano la visión de casas engalanadas y multitudes bulliciosas, discursos y alegría. A las cuatro de la tarde, más o menos, el convoy penetró a la estación. Y allí estuvo la muchedumbre ruidosa, encabezada por los estudiantes… Pero esperamos y esperamos y no se acercaron comisiones… Se empinaba Luis Enrique sobre las cabezas y, no queriendo dar crédito a sus ojos, preguntaba y le respondían con evasivas… «que nos dirigiéramos al hotel, que tal vez allí nos verían…; una confusión quizá»… Y en carretela descubierta, tirada por dos

caballos de sitio y rodeados de unos quinientos de público que vitoreaba y bullía, cruzamos debajo del arco que separaba la ciudad antigua de los barrios del ferrocarril. La construcción se vuelve recia, con verjas y celosías al antiguo estilo español. De una de las pilastras del arco, alguien arrancó una tira de papel impreso, pero se oyó que se decían: «Ya los quitaron, ya los quitaron»... ¿Qué era lo que habían quitado? Los edictos de la Legislatura declarándome huésped de honor, concediéndome homenajes y estipendios... «Estaban allí todavía esta mañana —atestiguaban voces anónimas—, y vea usted, aquí está este jirón». Se leían los puntos resolutivos, intactos, las firmas. Luego, no era leyenda lo del decreto; se habían arrepentido de él, lo habían retirado de los lugares públicos, pero más tarde nos llegó intacto uno de los ejemplares; no se atrevían a negarlo.



La catedral de Bogotá, Colombia

Salí al balcón, me dirigí a los manifestantes, efusivo, como

si nada estuviese ocurriendo. Se retiró la amable gente y entramos plenamente al reino del chisme. Una docena de vecinos, dos o tres de los diputados, desafiaban la consigna postrera y permanecían con nosotros. El corresponsal de *El Tiempo*, de Bogotá, se hizo también nuestro aliado. Pero el representante del periódico del lugar me pidió que leyera el editorial que ese mismo día me dedicaban. *El Comercio*, o cosa parecida, se titulaba el diario y me advertía que Colombia, en ese momento, se hallaba en la mejor armonía con Estados Unidos, que si yo estaba dispuesto a respetar esa armonía de palabra y obra, que no encontraría sino brazos abiertos… «Me ofrecen amistad condicional», comenté… Y el reportero asintió que así era. La publicación aludida llevaba años, según me confirmaron, reproduciendo, sin paga, los artículos que en Bogotá me tenía contratados *El Tiempo*… Quizá no estuve generoso, porque aproveché esta circunstancia para decir: «Les pido la enemistad, la guerra…, pórtense como gusten… Y les obsequio, no les cobro, lo que me deben por derechos de autor.»

El corresponsal no dijo más, pero el diario tomó desquite guardando silencio respecto a la supresión del decreto de la Legislatura, deformando el relato de la manifestación: «Apenas unos cuantos vagos habían acudido a la hora del tren, por curiosidad», etcétera, etcétera.

¿Qué es lo que había pasado? Se echó a la calle Luis Enrique para averiguar, y a poco regresó: «Hubo contraorden. Llegó de Bogotá el aviso. No debían rendirse los honores votados por el Ayuntamiento, por la Legislatura. El momento de Colombia era delicado»…

Pero, ¿quién dio en Bogotá la orden? Unos dicen que fue dada a solicitud del ministro de México; otros suponen que a instancias del ministro americano… «Esos dos son uno y lo

mismo —expliqué—. Pero, ¿será posible que Colombia esté como Guatemala?» Y en alta voz, y ante los reporteros, di los detalles de mi invitación guatemalteca, luego la negativa de la visa del pasaporte... Muy tristes se manifestaron algunos que nos acompañaban de aquella ocurrencia que a todos parecía increíble... «¡Hasta dónde hemos bajado!...», comentaban, y creo que eran sinceros. No hay en Colombia el hábito de agachar la cabeza y resignarse a la injusticia...

Lo que había prometido ser una recepción gloriosa se convirtió, de pronto, y por mandato de origen desconocido, en el más patente desaire.

«No hemos de permitirlo», expresaron algunos del grupo, que se había hecho numeroso, no se retiraba del salón y comentaba vivamente lo sucedido.

«Por lo pronto —exclamé— no me privarán del gusto de pasear esta misma noche por toda Cartagena»... Se ofrecieron muchos a acompañarnos, y rogué: «Por favor, no nos vayan a enseñar cabarets elegantes... a estilo de Norteamérica, con *whisky and soda...*; llévenme aunque sea al barrio negro, pero que sea algo colombiano, algo nativo»... Lo típico anda muy mal en Colombia, y acaso sea mejor así, puesto que se han librado de esa falsificación de lo típico que ha llegado a ser entre nosotros el charrito de escenario, la china de cabaret, para diversión de los turistas. Todo se corrompe en ciertas épocas, y en otros sitios lo nativo desaparece. Pero todavía en Colombia, lo mismo que en México, lo que encarna el alma nacional, lo que puede mostrarse con orgullo al visitante es la obra de la Colonia. Lo primero que me mostraron fue la severa fachada de la iglesia de San Pedro Claver, gran figura de la regeneración, liberación del negro, que no aparece en ninguno de nuestros manuales de historia poinsettizada que, en cambio, dedica

largos capítulos a Lincoln, libertador, un poco tardío, de los negros del Norte. Como Claver no es héroe protestante, en la misma Colombia se le recuerda apenas. En cambio, todo el mundo aclamaba las excelencias de Olaya Herrera, el lazo de unión con el Norte. Las calles viejas del puerto conservan encanto. En los interiores, sospecha la mirada gente que vive según cierta noción de poesía. Y en las construcciones no hay la opaca uniformidad de las barriadas modernas.

Diez o doce éramos, y ya nos deteníamos frente a alguna fachada, ya nos internábamos por algún callejón o entrábamos a tomar refresco en algún café. La noche, toda estrellada, olía a mar; quietas, perdurables, las casas, silencioso el ámbito, tenía algo de irreal el momento.

En la marcha, nos disgregábamos a causa de la estrechez de las aceras. A mi lado, un sujeto nervioso, inteligente, bajo de cuerpo y delgado, escritor y jurista, sentenciaba: «Esto es una persecución del genio. Colombia remplaza a Valencia con ese ramplón de Olaya. México echa fuera a Vasconcelos… Desgraciadas naciones. ¡Pobres de nosotros!»

A Valencia, en efecto, lo había derrotado cierta intriga de obispos de su propio partido conservador. No gustan los hombres de jerarquía de aquellos que no pueden englobar fácilmente y dominar. Valencia es católico, pero eso no bastó. Le opusieron un segundo candidato, sin arrastre; la votación se fraccionó y obtuvo mayoría el candidato de Wall Street. Se merecían su derrota los conservadores de la plana mayor. Y caían sobre Valencia denuestos. Nadie lo negaba como poeta, pero le achacaban soberbia, crueldad, qué sé yo; el odio al genio, como decía mi amigo, que no es precisamente odio de la masa, sino envidia de los agitadores, los líderes, los que explotan a la masa y la desvían de los hombres que pudieran hacer algo para elevarla.

Para no salir corrido, para no dejar victoriosos a los del partido de los petroleros —que ya se decía andaban en el enjuague en mi contra—, acepté la propuesta que se me hizo de dar una conferencia gratuita en los salones de un importante colegio privado. Antes, un simpatizador tuvo el acierto de llevarme a visitar las notables obras de fortificación de Cartagena. Frente a ellas se estrelló el inglés en la Colonia. Ahora, en la república, probablemente no resistan un cañonazo del monroísmo. Son, sin embargo, obras formidables aun para el juicio del lego. Los cursos estaban cerrados por el verano, pero visitamos en su casa al rector de la Universidad, que en esos días regresaba a Alemania. Por la noche, en medio de un tumulto de voces, entusiasmos y estímulos, hablé una o dos horas sobre la situación de México y la amenaza idéntica que pesaba sobre Colombia. México era el conejo de Indias del imperialismo y deberían meditar los colombianos lo que ocurría entre nosotros, para mejor defenderse. Corría el argumento irrefutable, sonaba descamado el relato de los hechos brutales, y ante la evidencia de un triunfo que consistía en convencer al auditorio, un sujeto, por el fondo de la sala, pegó un grito inesperado: «¡Viva Calles!…» Y comentaron en alta voz: «¡Ah, es un empleado de la Andian… la compañía petrolera *yankee*…! ¡Con razón!…» El pobre hombre, confuso, se salió, y continué hablando sin darle importancia al incidente.

Lo cierto es que de un país menos libre que Colombia me habrían expulsado al día siguiente. Y yo también me sentía ardido y deseoso de dar por terminada mi visita al país. Ya en Barranquilla, reflexionamos en que nunca ha sido primer obstáculo razón suficiente para hacer volver la espalda a un carácter esforzado.

Magdalena arriba

Don Eduardo Santos me hizo un presente utilísimo: una carta que me daba derecho a viajar en la compañía de aviones por cuenta del diario *El Tiempo*. A las seis de la mañana lo recogía a uno el autobús de la empresa. Cuarenta minutos después surcaba el río el aparato, eludiendo los troncos, las ramazones que flotan sobre una corriente tan ancha que no se ve la otra ribera, y poderosa como fuerza elemental. En un instante, imperceptible casi, el hidroplano deja el agua y se convierte en máquina voladora. La sensación de suave deslizamiento se torna ligeramente alarmante cuando apreciamos desde las ventanillas la velocidad con que pasa el panorama de las casas y el puerto. Luego, según se toma altura, el río separa en dos franjas el llano sin límites. A la orilla estorban los manglares y más adentro crece la selva. Brumas persistentes velan el confín, el río es una cinta plomiza. El aparato perfora el espacio, camino arriba y adelante. No sube a más de mil metros. Avanza raudo. El ayudante del piloto vuelve el rostro y sonríe con gesto profesional que, a pesar de todo, tranquiliza al inexperto. En la cabina hay espacio para cuatro, pero soy el único pasajero. El asombro, la novedad, me tienen absorto. A ratos parece que nos vamos a caer. Otra vez sonríe el piloto segundo, y he aquí que rozamos el agua con velocidad de automóvil en pista de carreras. El peligro está en chocar con un tronco, me había advertido alguien; pero la inquietud se calma reflexionando en la estadística. Apenas

un siniestro a medias, confiesa la compañía, en no sé cuántos años de diaria navegación aérea. La compañía es alemana y fue la primera que estableció viaje regular por avión en el Nuevo Mundo, años antes de que en Estados Unidos hubiese un servicio aéreo… Y agradecía a Eduardo Santos el haberme ahorrado el viaje por barco, que en ascenso dura varias semanas y es penosísimo.



Río Cavesa, Colombia: «Cuarenta minutos después surcaba el río el aparato, eludiendo los troncos, los ramazones que flotan sobre una corriente tan ancha»…

En cambio, qué dos horas de maravilla en aquella suspensión, reanudada tan pronto como recogimos un pasajero. Entrar al continente como ave que avizora su conjunto. Por ambas márgenes, llanadas feraces, vírgenes

aún, distante a la izquierda la cordillera de Venezuela. Grandioso escenario que involuntariamente trae al recuerdo lo que hemos leído de los primeros exploradores hispanos, y en seguida, la epopeya de la independencia. Tierras que ya tienen con los conquistadores y con Bolívar, Sucre, Santander, una saga y un orgullo. Ejemplares a donde volver los ojos en las épocas de confusión… Apareció, de pronto, refulgente, un sol que calcina las rocas, pero no puede con la vegetación, verde todo el año. Y antes de acabar de convencernos que todo el viaje era real y no soñado, estuvimos en Berrio, el puerto de la provincia de Antioquía.

En un hotel muy risueño sirvieron un almuerzo a la francesa, ligero y agradable. A la salida, un empleado se acerca y me entrega un pase, diciendo: «No vaya a comprar billete su merced… Aquí está esto que le obsequia la empresa»… Era una galantería del personal de empleados… La agradecí vivamente y tomé confianza. Me hallaba en tierra amiga. A mi asiento, ya en el vagón, se acercó a conversar un caballero alto, gordo, de presencia autoritaria, aunque descuidado en el traje; era propietario de Medellín. Me conocía, dijo, me deseaba feliz permanencia. «¿Cuánto tiempo piensa estar entre nosotros el señor doctor?»… «Unos días, quizá una semana»… «Vaya, vaya, ¿por qué tan poco?… En fin, ya veremos, a ver si amaña»… Se usa mucho el «amaña» en Colombia, por «engríe». ¿Llegaría a engreírme en la ciudad que no había querido prometer nada a Luis Enrique en relación con mi visita?

La maravilla del trayecto es un túnel larguísimo, iluminado a trechos, ventilado, bello casi, una obra maestra de la ingeniería colombiana, en sociedad con una compañía belga. ¡Qué alivio, hallarse en un país en que no todo lo moderno es obra de Norteamérica! De noche llegamos a Medellín. Entiendo que estuvieron a recibirme los

corresponsales de la localidad. Después de los saludos de rigor, me instalé en un albergue muy recomendado, pero no me gustó. Eran alemanes los administradores, la cocina mala y las alcobas, en los altos, eran cuartos de un viejo caserón mal adaptado, tal y como nuestros antiguos hoteles de provincia. Un alemán, agente viajero que había estado en México, se hizo mi amigo y me enteró de los chismes del momento en relación con mi llegada. Contaría, aseguró, con la buena voluntad de los diarios, los estudiantes, pero la gente toda de momento era pro *yankee*, a causa de Olaya Herrera…

Concluida apenas la cena, se presentó la misión que habría de salvarme. Enviábala la Federación local de Estudiantes y comenzó de inmediato a ayudarme. Conservo el nombre de uno de sus miembros: Gilberto Alzate Avendaño, que me allanó obstáculos, me acompañó a cada momento; congregó en torno mío un grupo de bravos muchachos que, a semejanza de los venezolanos de Barranquilla, se hicieron mis aliados, mis correligionarios en la causa de América. Al día siguiente, con dos o tres del comité indicado, visité personajes del lugar, como el ex presidente Restrepo, que me recibió con gran cordialidad, pero no se dejó convencer de que Colombia también era manejada por el imperialismo. El director del diario liberal, señor Jaramillo, nos dedicó una excursión por los alrededores y me planteó aquel dilema: «Con Roma o con Washington.» Él y sus correligionarios estaban con Washington.

Desde el balcón de mi hotel, por la mañana, disfrutaba un aire cargado de fragancias. A orillas de un río de aguas escasas, cruzado con un puente, cantan los ramajes de unos fresnos lustrosos. El ambiente en lo exterior recuerda la provincia mexicana, pero los pobladores son diferentes. Se

llaman, a sí mismos, los de Antioquía, los judíos de Colombia. No lo son en realidad ni por la sangre ni por el carácter. Su raza es alta, fuerte, colorada, muy ibérica. Y el extranjero no ha podido suplantarlos porque trabajan duro y bien. Tan admirable me pareció aquel pueblo que, por eso mismo, me angustiaba su incomprensión. Mi primera conferencia obtuvo éxito pecuniario escaso, pero buen comentario periodístico, buena acogida general. En ella analicé la política del imperialismo del Norte y la absurda apatía de nuestros pueblos. Hice el elogio de la provincia por lo que hay en ella de castizo y denuncié el peligro de los tiempos nuevos, que son tiempos ajenos, y la inutilidad de un progreso que no es el de la patria, sino del extranjero sobre la patria. Aplaudían con calor las galerías, llenas de pueblo y estudiantes. Abajo, surgían aprobaciones comedidas, medidas.

En las horas libres, conversaba con los estudiantes en el cuarto de mi hotel. Me leían pasajes de Fernando González, que empezaba a revelarse como humorista profundo. Se hallaba González de huésped de Juan Vicente, en Venezuela, preparando su gran libro sobre Bolívar. Sus novelas de estilo fuerte, atrevido, se resienten de apego excesivo a la teoría, nueva por entonces, de las glándulas endocrinas. Sin embargo, sus personajes son reales, vigorosos, y su punto de vista original y perdurable.

Después de conversar y leer, paseábamos a pie por los barrios de residencias, frondosos y reposantes. ¿Cómo era la gente que los habitaba? Mi amigo Avendaño me trasmitió una invitación, que calificó de misteriosa. «Subirá usted solo conmigo en un auto. No dirá usted nada a nadie. Lo depositaré en cierta casa de las afueras.» «Pero... ¿qué casa?» «No me pregunte, en eso está el interés de la entrevista. Prepárese para un largo interrogatorio.» Y con

mi acompañante, toqué a la puerta de un gracioso *chalet* de dos pisos, en arrabal de lujo, pero escasamente edificado. Una dama bella, impecable en el traje, nos acogió en el vestíbulo, nos pasó a un salón donde estaban reunidas no menos de treinta señoras y señoritas de lo mejor del lugar; deslumbrantes de hermosura, sutiles conversadoras y bien leídas, enteradas de todos los problemas del momento. Eran fracción de no sé qué club para el fomento de la cultura. Sirvieron té con pastas y en broma afable expresaron: «Decidimos ponerle una celada: es usted nuestro prisionero y también reo de acusaciones que algunas socias van a formularle; prepárese, pues, para ser sometido a juicio. Le advertimos, sin embargo, que la mayoría de nosotras simpatiza con la tesis que usted predica, pero debemos carearlo con sus acusadoras. A ver, Fulana, aquí lo tienes.» Y una señora distinguida, ya no muy joven, espetó: «Me tiene usted indignada; ¿cómo es posible que usted, el autor de *La raza cósmica* y el periodo estético de la cultura, ande ahora agitando contra los norteamericanos, sembrando discordia?» Sonriendo y estimulado con el ademán de un grupo de bellas partidarias, expliqué: «Sigo creyendo en la fraternidad, por eso mismo denuncio los abusos de los fuertes; dedico a los pueblos oprimidos esa ternura que mis distinguidos contradictores parecen reservar a los nacionalmente poderosos.» Entre risas y bromas concluyó pronto la discusión y fui absuelto, aplaudido. De mi acusadora me dijeron después, en corrillo privado: «Lo que pasa es que está casada con un norteamericano»...

—¿Y no temió usted que se tratase en verdad de una celada? ¿Cómo se decidió a venir sin informarse a dónde lo traían? Al verse en las afueras, ¿no se asustó?

—Sustos de ese género —repuse— son imposibles en Colombia, la civilizada; eso queda para la barbarie de los

países de *gangsters*...

—¡Bravo!... ¡Bravo!...

Pero a mi segunda conferencia fue menos gente que a la primera y ciertos diarios empezaron a demostrarme poca simpatía. Comenzaba su obra la intriga: una corriente como la de Cartagena hacía que se cancelaran comidas y homenajes previamente acordados.

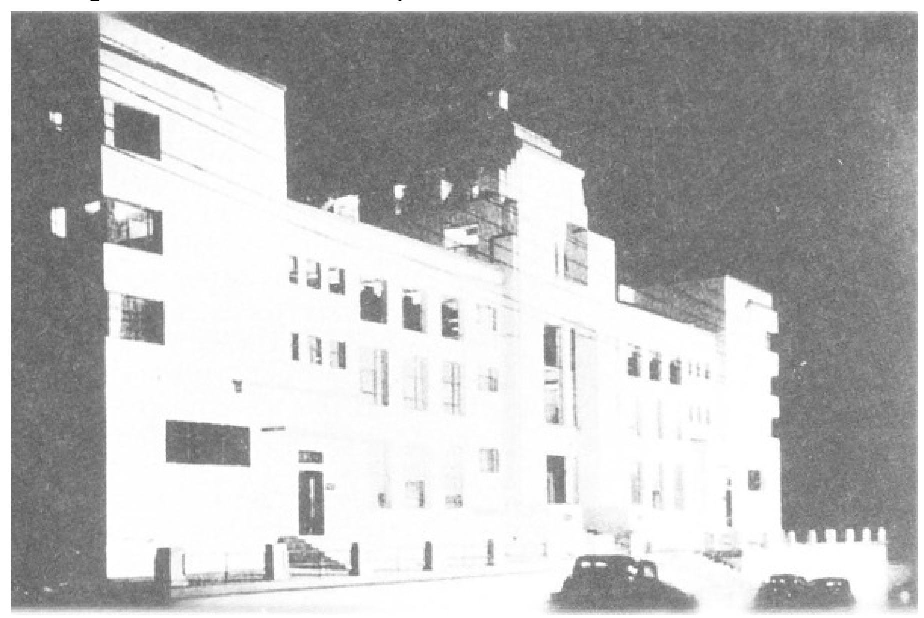
Desalentado y colérico, tronaba frente a mis estudiantes contra los que venden el alma a la influencia invasora, cuando uno de los muchachos pidió: «Escriba todo eso que dice, formule un manifiesto, una proclama, un discurso que nos sirva de orientación a los jóvenes y que nosotros haremos circular por todo el país»... «Siéntese, siéntese allí —repliqué—, se lo voy a dictar.» Y les di el texto del breve discurso que circuló profusamente y que Waldo Frank reproduce en su libro sobre la América Latina. En él recomiendo a la generación contemporánea que reniegue de los padres y de los abuelos de todas las ascendencias menguadas, de la independencia a la fecha, y que reconstruya todos los valores a base de nacionalismo hispánico. Añadí que por lo pronto veríamos un recrudecimiento del panamericanismo, una serie de vergonzosas claudicaciones nacionales a propósito del anunciado viaje de Hoover, y sin darme cuenta predije que Irigoyen, el presidente argentino, por ser la única columna firme de la dignidad continental, estaba señalado y no tardaría en caer arrojado por los monroístas, los servidores de banqueros internacionales, los magnates del petróleo, etc., etc. «Tomen un cubo de agua que lave conciencias y báñense el alma, que la tenemos sucia desde hace no sé cuántas décadas»... Fielmente difundieron todo aquello mis jóvenes, valientes amigos.

Lo de Berrio

Es Berrio el puerto de Antioquía y vecino próximo de los embarcaderos del petróleo de las grandes compañías que operan en Colombia. El corresponsal de uno de los diarios más famosos de Bogotá era el agente político, en el puerto, del partido que estoy por llamar de los americanos, tal y como se llamaron abiertamente entre nosotros los liberales de la época de Poinsett. Este sujeto, corresponsal, me engañó: se ofreció para conseguirme teatro y para citar a conferencia, que debía darse esa misma noche; luego se presentó, lleno de excusas vagas y acompañado de treinta o cuarenta personas que acomodamos en una salita alta del único hotel. Conversábamos de diversos tópicos cuando un ingeniero allí presente me interrogó sobre el petróleo de México. De inmediato, el intruso dictaminó: «Ese tema es comprometido; se relaciona con el petróleo colombiano y el único que puede hablar de tal asunto es el presidente Olaya Herrera.» Luego, haciendo seña a los suyos, propuso: «Que nos hable de educación, que nos hable de *La raza cósmica*, su mejor libro»... «No hablo yo de vejestorios», declaré con voz alta; luego bostecé y al rato me fui a dormir.

Sostenida era la conjura en mi contra y dirigida desde el Norte, según deduje de lo que el mismo corresponsal intruso me refirió torpemente. Un mexicano, Ceballos, o cosa parecida, delegado de los rotarios *yankees*, se había detenido en Berrio dos o tres días antes, me andaba precediendo en

Colombia, e informaba: «Soy mexicano; admiro a Vasconcelos como maestro, pero, ¿qué anda haciendo en la política?... Eso de la presidencia fue una chifladura suya... El pueblo mexicano no sabe leer, no puede votar por un intelectual..., no conoce a Vasconcelos...; en cambio, el brillo de la milicia lo seduce»... «Mire... —respondí—, el brillo de nuestra milicia es cosa de entorchados en desfiles que conmemoran derrotas. Y lo de que padezca seducción nuestra patria, no lo niego, sólo que es seducción acompañada de violación y asesinato.»



Biblioteca Nacional de Bogotá, Colombia

«¿Por qué no se pone usted en manos de los conservadores y manda a paseo a todos estos gritones del liberalismo?», propuso el ingeniero de la noche anterior, en la despedida de por la mañana. «Pues verá usted —expresé—, yo soy liberal, pero no de mafia, y soy cristiano, pero no conservador, sino avanzado en economía.» «¡Ah, vaya, como los Leopardos!»... «Sí, como los Leopardos, sin mucho que conservar porque siempre he sido pobre»... Los

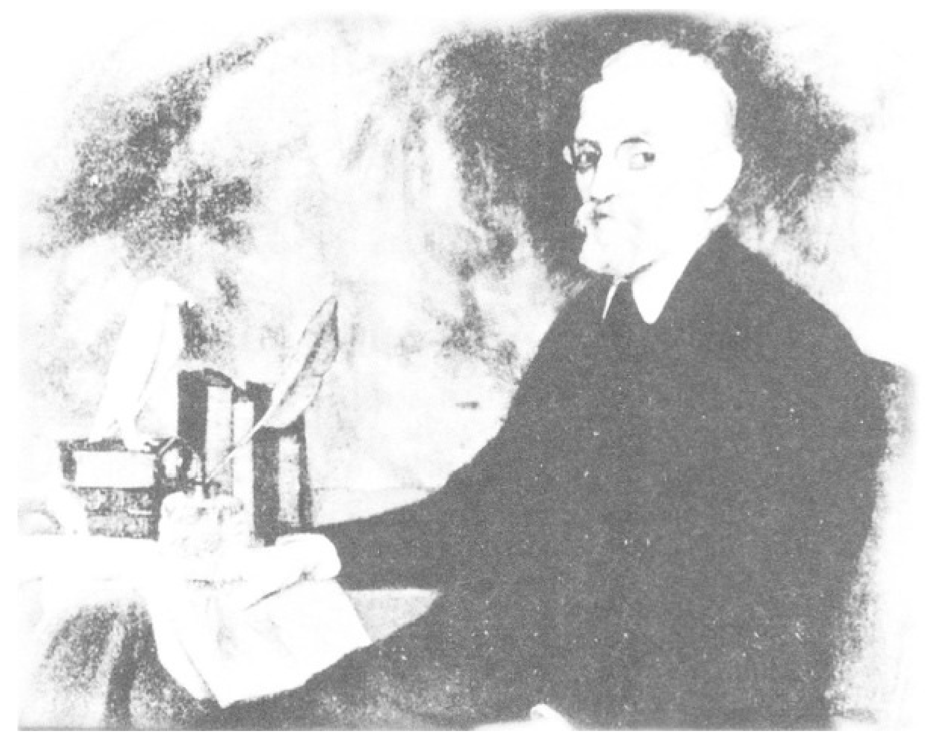
Leopardos eran un grupo culto de políticos bogotanos, rama avanzada del conservadurismo.

Cuando a eso de las once partió el avión, en lo alto del barranco, dos, tres jóvenes, soltaban al aire los pañuelos del adiós cariñoso. Eran mis muchachos de Medellín, que quisieron dejarme sano y salvo en los límites de su provincia. Me asomé a la ventanilla y, levantando los dos brazos, creí despedir en ellos a una Colombia futura, que sin pasar el largo calvario mexicano sabrá superar el conflicto del liberalismo y conservatismo en favor de un nacionalismo generoso y constructivo. Y dentro de él, como savia, el catolicismo de nuestros padres y no las sectas de los conquistadores nuevos.

Cambia el panorama

Insensiblemente, el territorio que el avión cubre va subiendo sobre el nivel del mar. Y el río se estrecha entre montañas. Por un largo trecho, sacude el aparato un viento encajonado por obra del cañón que abajo forman las serranías. En lo general, se flota a poca altura y es fácil distinguir la selva lujosa de palmeras ondulantes, erguida de ceibos corpulentos. Un norteamericano, bien vestido, viajaba a mi lado; me pasó unas revistas, asegurando que la lectura evitaba el mareo. Corrieron dos o tres horas y el piloto consumó un aterrizaje molesto, por el rápido descenso y la brusca vuelta. Nadie nos recibió en el campo. Media hora después, hallándome en la mesa, llegó el tren de Bogotá. En él arribaron diversas comisiones que al instante me tomaron por su cuenta. Presentó a todos mi ex empleado de *La Antorcha* en la capital de México, Humberto Soto, que se había reintegrado a su patria. Se me notificó que un carro especial del ferrocarril se hallaba a mis órdenes para ser agregado al tren ordinario. Al atardecer saldríamos para el altiplano, debiendo pasar la noche en el balneario de moda, distante pocas horas, de Girardot. Al día siguiente llegaríamos a Bogotá. Visitamos Girardot, luego nos embarcaron cortésmente. Ya de noche, en el tranquilo comedor de la estación veraniega, discutimos con franqueza la situación. Se conocían mis tropiezos en Cartagena y la poca acogida de Medellín. Y expliqué: «No podía suspender mi campaña de denuncias de lo ocurrido en México, porque

no era otro que ése el objeto de mi viaje.» Sin embargo, aguardaba sugerencias. Un joven Nariño, que se convirtió en mi consejero y adicto, halló una solución conciliadora. ¿Por qué no daba yo las dos o tres primeras conferencias bogotanas sobre temas de educación que a todos interesaban? Recogería honores, dinero, y después, ya para salir, podría pronunciar una o dos conferencias de política militante, sin importarme ya, económicamente, las consecuencias. Así se convino. Por la mañana, mientras llegaba la hora de partida, me presentaron los muchachos con Sanín Cano, que pasaba unos días de descanso en el hotel. Me agradó su tipo de sesentón alto, blanco, grueso, con algo de inglés en el trato distinguido y el humorismo fino de su conversación.



Don Miguel de Unamuno, escritor español (1864-1936): la figura más compleja de la Generación del 98

En algún año anterior a la designación mía, los

estudiantes habían honrado a Sanín Cano también con el título de Maestro de la Juventud Colombiana, cosa que, al igual que yo, tomaba un poco en broma. Conversamos a solas un par de horas, dentro de la mayor cordialidad; nos acompañó a la estación y, según partió el convoy, quedando él atrás, preguntáronme los estudiantes: «¿Qué le pareció Sanín Cano?»… «¡Es un gran hombre!», declaré. Dos o tres semanas más tarde, alguien me contó que la respuesta de él a pregunta parecida: «¿Qué le pareció Vasconcelos?», había sido: «¡Es otro pendejo como yo! Es decir, anda creyendo que el mundo es reformable y que el mal tiene remedio… ¡Pobres de nosotros, muchachos!»… En esa misma ocasión, a Sanín Cano lo lanzó otra vez a Buenos Aires el monroísmo que triunfaba. Se arrepintieron, sin embargo, y años más tarde lo sacaron de su redacción para hacerlo ministro de Colombia en Argentina.

Horas antes de Bogotá, las estaciones comenzaron a verse llenas de gente; subían muchos al convoy a presentarse, a dar la mano; abajo quedaban los más, iluminado el rostro, curiosa la mirada, efusivos los saludos. Un sentimiento de gratitud invadía al viajero, y de admiración por aquel pueblo que sabía conmoverse por un suceso de orden espiritual, en contraste con naciones cuya masa sólo acude a saludar al boxeador y al torero. Desde la plataforma trasera repartíamos saludos y sonrisas. El panorama dejó de ser montuoso. Resbaló el tren por la sabana extensa. En el vagón, los recién subidos informaban de los números del programa acordado. Recepciones, paseos, visitas a lugares de interés.

En el andén, según descendí, me abrió los brazos Eduardo Santos, tipo trigueño, inteligente, muy cortés y afable con sinceridad. Me subió a su automóvil abierto, y lentamente, para no fatigar a los de a pie, consumamos ingreso triunfal

en la antigua y letrada ciudad, orgullo de un continente. Bullía, retozaba la juvenil tropa, seguida de muchedumbre popular, vivando a sus maestros locales y al huésped, maestro también de la juventud colombiana. Y no sé qué raro pudor y vago remordimiento me provocaban los gritos. Mi viaje, obligado por circunstancias que nunca pude prever, se prestaba, sin embargo, a la suposición insidiosa de que acudía a cobrar una cuenta. Habían hecho los muchachos, años atrás, un maestro que era ministro y ahora se les presentaba derrotado y perseguido. De pronto, esto les avivaba la simpatía, pero no tardarían los perversos en infiltrar dudas, insinuar desconfianzas. «¡Viva Unamuno!», decían, y en seguida: «¡Viva Vasconcelos!» Se hallaba a la sazón Unamuno refugiado en París, enemistado con su rey. Y este aparejamiento de nombre me complacía, porque revelaba cierta conciencia de raza; por encima de la situación nacional, aquella juventud se asomaba al mundo y participaba en las luchas y problemas de su estirpe, lo mismo en España que en México. Y ésa era, precisamente, una parte de mi prédica.

En una calle, que bien podía ser de Puebla o de uno de los barrios antiguos de la capital de México, la comitiva hizo alto. Descendí con Santos del coche y a los pocos minutos aparecimos en un balcón. Abajo, dos o tres mil almas vitoreaban, aplaudían, ávidas del goce fugaz de la palabra. Peroró Santos y su presentación efusiva, elocuente, me obligó, sin embargo, a rectificar. Pidió que se me hiciera grata la permanencia en Bogotá porque me había tocado perder; me hallaba, sin duda, fatigado, y era el momento de que los amigos se mostrasen tales. Agradecí a Santos su invitación; a los estudiantes su fidelidad y al pueblo todo su cordial acogida, pero añadí: «*No soy un derrotado.* Derrotados de la moral, el derecho y la historia son los

miserables que, coludidos con intereses extranjeros, ganan el poder público, ya mediante la fuerza, ya mediante el engaño... Soy un hombre de victoria —grité— y no de derrota. La derrota esconde su vergüenza, disimula los hechos, calla su pena; yo vengo denunciando traidores, que lo son, no nomás a mi patria, sino a todo el continente», etc., etc.... Y abajo: «¡Viva Unamuno!», «¡Viva Vasconcelos!»... Luego, el joven Mosquera, de la Federación, leyó una bienvenida sin reticencias, cordial y respetuosa, instándome a que con «mi pupila penetrante» analizara la situación colombiana y expusiera mis opiniones sin embozo, «porque lo que los pueblos necesitan —observó— es de amigos que con franqueza le señalen sus fallas»...

Aunque ciertas provocaciones me fueron llevando a ello, la verdad es que no llevaba la pretensión de juzgar las cosas de Colombia. Me bastaba con la carga de combatir los males de mi patria. Pero agradecí aquella autorización porque me dio a entender que existían sinceros caracteres a quienes no importaba que mis palabras disgustasen a los que andaban quedando bien con los *yankees*. Mi viaje servía, según declaró Luis Enrique, para que en Colombia se diesen cuenta de los modos de penetración de lo *yankee* en nuestra política y aun en nuestros hábitos...

Se refería Luis Enrique a mis observaciones sobre ciertas modas, como la de servir *whiskey* como aperitivo, lo que había yo condenado, exclamando: «Duele ver gente de abolengo tan claramente castizo bebiendo alcohol de marineros, mientras el buen jerez de nuestros padres se lo bebe el mundo elegante de Londres y de Nueva York.» Contra los cigarrillos importados de Virginia, también me pronunciaba y urgía el consumo del tabaco nacional, que se parece al nuestro y al de La Habana, y aunque no es de calidad tan fina como estos últimos, es superior a lo que se

compra caro al extranjero. En pago de observación parecida que repetí en alguna conferencia, la tabacalera local, monopolio del Estado, me mandó regalar diez o doce cajas, que en seguida obsequié, porque yo fumo puro, y ha de ser mexicano, porque el cubano lo hacen hoy a gusto del cliente *yankee.*

Los amigos

Con tino propio del afecto, Santos me había instalado, por su cuenta, en una pensión distinguida, tranquila. Y en ella pasé los primeros días atendiendo al desfile de visitantes, simpática heterogénea caravana de personas humildes, sociedades femeninas, maestros, estudiantes y ministros de Estado y escritores de fama.

López de Meza, mi talentoso amigo de París, accedió a ser mi confidente, mi consejero. «Tíreme del saco si cometo dislates», le autoricé, y él, con su prudencia, su bondad, me orientó siempre bien. El ex ministro en París, el caballeroso Ismael Enrique Arciniegas, era a la sazón miembro del gabinete, y todas las tardes, al salir del Ministerio y antes de llegar a su casa, se pasaba conmigo un cuarto de hora de charla. Visita diaria eran los Leopardos: fracción juvenil avanzada del partido conservador, constituido por Ramírez Moreno, Carreño, Silvio Villegas y el Ministro de Educación, Eliseo Arango. En alta voz reanudábase una polémica vieja, en la cual cada vez yo cedía ante la razón con que me abrumaba Ramírez Moreno. *El atraso de Colombia, causado por su clericalismo.* Allí estaba, de bulto, la realidad de aquel país libre, ilustrado, en que un partido con cuarenta años de mando le cedía el poder a un tercer candidato sin arraigo y que obtuvo apenas poco más del tercio de los sufragios... Coincidían conmigo, eso sí, los Leopardos en la necesidad de barrer las viejas divisiones liberal-conservador en obsequio

de un partido nuevo nacionalista, constructivo, enfrente de los que obraban preocupados por el inversionista extranjero. En rigor estos negociantes se hallaban repartidos en los dos bandos tradicionales; por eso mismo hacía falta un programa que produjese una fusión de los verdaderos patriotas, exclusión hecha de preceptos que habían perdido actualidad. Eliseo Arango me dio entrada libre a su oficina, y cuando supo que buscábamos teatro para la primera conferencia, me mandó dar gratuitamente el del gobierno, uno de los mejores de Bogotá.



El Capitolio en Bogotá, Colombia

Santos no me dejaba de la mano: era también visita diaria. Muy al principio, me ofreció una cena en su hogar, distinguido, dichoso. Diez o doce personajes del mundo intelectual y político nos acompañaron gratamente. Los estudiantes, entre tanto, eran el fermento de la general acogida amistosa. Entre ellos, el grupo venezolano era, como siempre, el más fiel, más efusivo y resuelto. A su tiempo, y en una de las conferencias políticas, le dimos un coscorrón

al viejo Gómez; protestó el ministro de Venezuela y gozaron los numerosos refugiados que había en la ciudad. En Bogotá y en todo el país, la Federación de Estudiantes cuenta con influencia desusada en otras naciones. Y la utilizan los muchachos con moderación y talento; sin lisonja de los poderosos y en bien de la cultura, el honor, el patriotismo y la justicia. Cada año, los estudiantes, junto con un maestro más o menos viejo, eligen una reina bella y juvenil. No hay en Bogotá odios de clases: los de arriba tienen costumbre de servir al país, aman la cultura, y el pueblo vive sin miseria, fascinado también con las actividades de los universitarios. No hay grandes capitales, aunque sí mucha persona acomodada. Por desgracia, los *trusts* extranjeros dominan la banca, el petróleo, la gran producción, pero su personal vive aislado. En cambio, los ricos medios conviven fraternalmente con todo el mundo, y los estudiantes, en lo social, mandan. Por lo común eligen de reina alguna señorita de sociedad, bien relacionada con instituciones y ministerios. Una madrina gentil es para todos la reina, y su retrato al óleo pasa, al fin del ejercicio, a la galería de honor de la casa de la Federación. En mi primer domingo de Bogotá disfruté la distinción de sentarme al lado de la reina, en el palco de la plaza de toros durante una lidia estudiantil de aniversario. Era reina la señorita Isabel Montaña, una rubia encantadora, muy joven, que con su corte de damitas de mantón y peineta formaba una estampa digna de ser almacenada en la memoria, para alivio de las tristezas de la vejez…

Porque condenaba las intromisiones del *yankee* en nuestra vida pública, me hacía sospechoso a los liberales. Todavía, por entonces, esto me dejaba perplejo. Yo me creía un buen liberal y, más aún, liberal a lo colombiano, sin odios de religión, sin resentimiento contra el cura, a estilo de Juárez,

que tanto le debió a un cura. «¿Por qué se alarman de lo que digo?», inquiría yo de uno de los escritores liberales, Luis Eduardo Nieto Caballero, que acababa de presentarme Santos. Y atribuía yo el disgusto a los compromisos del nuevo presidente Olaya y la esperanza de los empréstitos, pero había algo más y no me lo decía Luis Eduardo. Detrás de todo estaba la mafia poinsettista, que de Norte a Sur estrangula nuestra América. Esta revelación se me fue objetivando a lo largo de una serie de pequeños incidentes personales, que irán apareciendo en su lugar. Luis Eduardo no entró en detalles, me leyó versos de José Asunción Silva después de la excelente comida que me había obsequiado en su casa.

Me atraía Luis Eduardo porque habiendo estado en México dos o tres años, y no obstante ser masón alto, había tenido la honradez de expresar su repugnancia de colombiano libre por una de las manifestaciones de adhesión al gobierno que le había tocado presenciar. Desfile de infelices, amenazados de cesantía, fláccidos brazos y piernas en desaliento, miradas opacas, extinta la luz interior de la conciencia.

«¿Lo puedo citar de testigo de que el callismo en México es una ignominia?» «Sí, ya ve usted que yo me apresuré a publicar todo eso; creo que la verdad purifica»...

En un lindo paseo que los estudiantes organizaron para llevarme a conocer el Salto del Tequendama, Luis Eduardo hizo de jefe de excursión. La excursión resultó espléndida. Sublime panorama es la caída que precipita las aguas de la sabana. En el alto hay pinares; en el plano bajo crecen helechos y palmeras, en calor de trópico. Desde la terraza del hotel la mirada abarca el escenario estupendo. A pie, por senderos de grama, puede uno acercarse a los basaltos,

siempre mojados; nublazón perenne cubre el abismo; a corta distancia otra vez el río resbala sereno. Los muchachos, repartidos por el campo y las rocas, daban sensación de optimismo. En sus pechos generosos se hallaba el porvenir de la estirpe.

Con Nariño visité las iglesias de Bogotá. Son, en lo exterior, menos suntuosas que las nuestras, pero están bien conservadas, no han sido saqueadas. Los tesoros que nuestras revoluciones han echado en manos de los negociantes están allá intactos. Y complacen al artista, cooperan a la unción de los fieles.

Imágenes talladas en plata pura, retablos exquisitos, enrejados y sillerías deleitan al curioso. En la plaza de Bogotá, el Parlamento, de estilo clásico, hermana con el barroco de un templo antiguo. Y abundan los rincones y plazoletas de sobrio encanto; sin embargo, lo que más vale de Bogotá es la extraordinaria sensibilidad literaria, la finura mental de su pueblo. Papeleros de la calle, en traje raído, recomiendan al transeúnte la novedad literaria del momento: la *Doña Bárbara*, de Gallegos. Y no la ofrecían de *best seller*, el libro que más se ha vendido, argumento bárbaro de cantidad, sino con fruición de esteta… «Es muy bonita novela, señor, cómprela usted»… Y serían incapaces de recomendar un mamarracho…

Ilusión como de estar en la patria propia me daban los choferes de plaza, saludándome por mi nombre. También a ellos, con los más humildes, hablé desde el Palacio, con magnavoz, cierta noche, sobre tema mexicano.

El asunto de mi primera conferencia me era antipático por la triste condición a que se vio reducido todo mi esfuerzo educativo; pero llenó el teatro de público selecto, sin que faltara un arzobispo u obispo y no pocos ministros. El

producto líquido fue de novecientos o más pesos colombianos, que entonces eran dólares. El auditorio demostró simpatía calurosa y las crónicas de los diarios fueron extremadamente generosas, de parte de liberales y conservadores.

Se verificó mi conferencia política en una especie de circo, provisto de pista extensa y graderías. Cobramos la entrada a cincuenta centavos y hubo cerca de dos mil asistentes. Hay en Colombia el hábito de escuchar conferencias, pagando bien las entradas. Pocas veces he hablado con tanto gusto como esa noche. Preparaba la partida y se me advirtió que, hallándome en la Atenas americana, celosa de sus libertades, debería decir lo que me pareciese. Y expuse la situación de México en manos de militares ignorantes, pero insolentes, y convertidos en verdaderos constabularios del *yankee*. Llevaba una hora hablando y comprendí que no era prudente alargarse más, pero notaba interés y me faltaba tanto por decir, que pregunté al público: «Si ya los he fatigado, concluyo, si no, díganme si sigo»… «Que siga, que siga», gritaron, y terminé cuando quise. Mezclado después al público que desalojaba por el ancho vomitorio, escuché que decían: «¡Habla sabroso!»… Vaya, no en todos dejaba yo esa impresión de amargura que me censuraban los inclinados a absolver el crimen y la traición. En las conciencias imparciales quedaba una impresión tranquila, porque junto con los males señalaba el remedio, que consiste, precisamente, en barrer de la escena pública a todos los que no sienten con fuerza los dictados de la moral colectiva.

Me consolaba el haber llevado temas y contenido para mis pláticas de Colombia, desmintiendo de esa guisa, sin proponérmelo, la semblanza que de mí forjara el ex presidente Suárez, pulcro escritor, político honesto, pensador estimable, hombre eminente en todos sentidos.

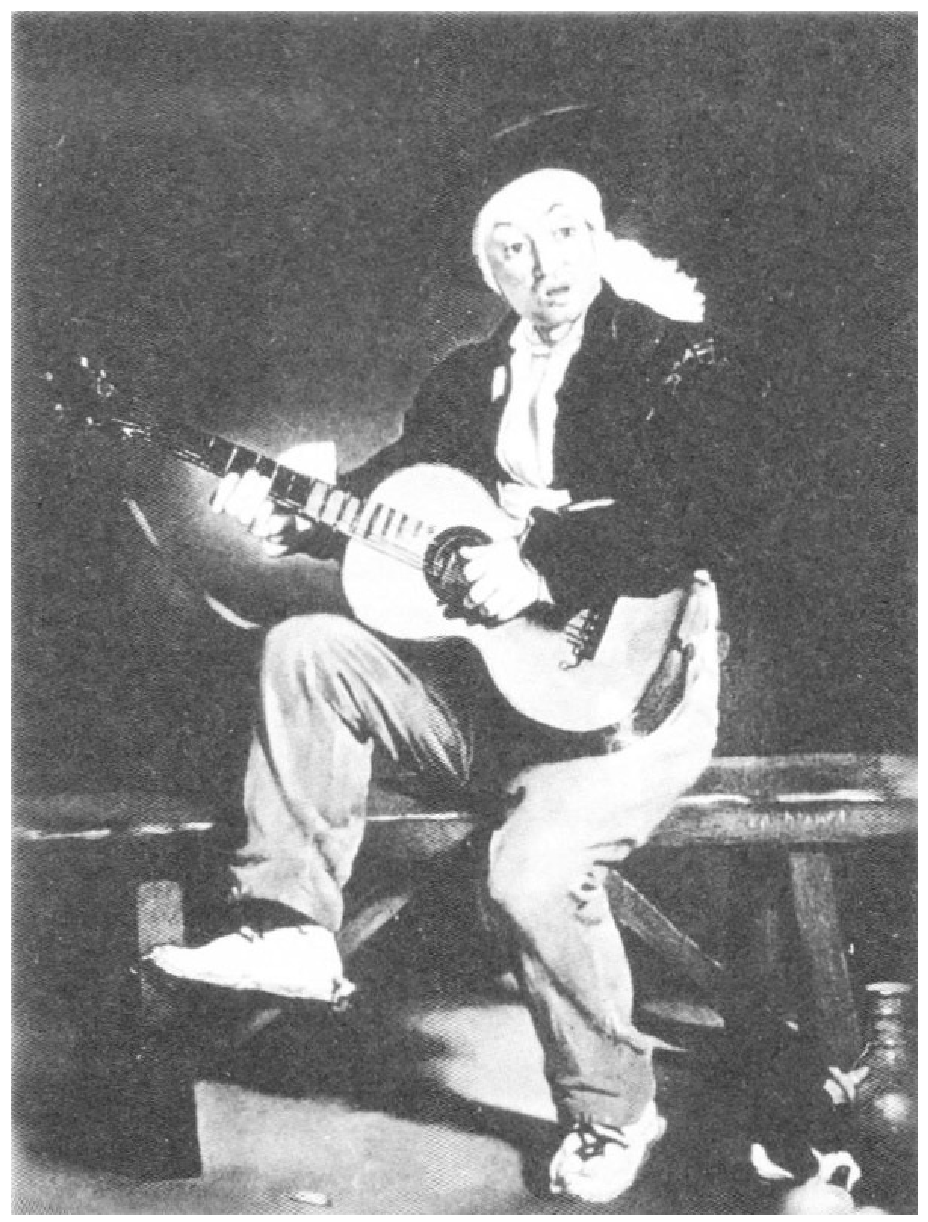
Pero le había caído mal, años atrás, que los estudiantes de Colombia se fuesen a buscar orientaciones fuera del país; era conservador extremista y no halló en mis escritos sino palabrería revolucionaria, se opuso a mi elección y sentenció: «Sucede con Vasconcelos lo que con esos indios que en nuestros viejos caminos asoman con una gran carga de cestos de mimbre sobre los hombros: proyectan sombra imponente; se nos acercan y descubrimos que no traen sino paja.» El señor Suárez escribió esto en la época en que yo era ministro bien servido por una propaganda continental. No le guardaba resentimiento; al contrario, su parábola me hizo pensar, me entristeció, pues ¿quién es el que está seguro de llevar oro en las palmas?

Lo que me había tocado divulgar en Colombia era una información útil para la defensa del país, una advertencia que quizá podía librarla de la catástrofe en que nosotros nos debatíamos. Sin embargo, los liberales se sentían aludidos, ofendidos. Así lo comprobé semanas más tarde en la reunión que ofrecieron a Santos, creo que en Ibagué. Un descendiente de Jorge Isaacs hacía los honores de la casa; en Colombia, el abolengo literario crea rango, asegura consideración. Insistieron para que yo hablara. Y me presentó uno que se hallaba desde entonces muy ligado con Santos en la política y que entiendo ha subido a lo más alto. Es moreno, de origen sirio-libanés, lo que lo hace adaptable a cualquier imperialismo en Colombia, en Turquía o Nueva York. Había sido de la plana mayor estudiantil, que me hizo maestro y, como excusándose de aquel compromiso viejo, expuso: «Que en una época me había seguido, me había tenido por maestro.» Por instinto, sin saber que pertenecía a lo más secreto de la mafia, descubrí en él al enemigo embozado y le contesté en el acto: «Sí, en una época tuve la fortuna de que cierta juventud me siguiese, y no sé si soy

más afortunado ahora que ya no me siguen los que se dejan llevar por compromisos que no son los del ideal.» Todavía, por entonces, no me llamaban reaccionario mis enemigos de México; la mafia no había soplado esa versión; era yo apenas un descarriado, con sistema nervioso afectado por el fracaso: recomendaban se me tratara con delicadeza mientras volvía al carril del triunfante monroísmo. Cuanto mejor que aquellos personajes como el ex estudiante vasconcelista, el señor Suárez, mi enemigo, que de presidente recorría las provincias con dos secretarios, hospedándose con tal modestia que daba lugar a curiosas anécdotas, como la ocasión en que tuvo que decir: «Soy el presidente», y le contestaron con soma, creyendo que se trataba de un desequilibrado: «¡Ah!, conque es usted el presidente»...

Folklorismos

La prédica del nacionalismo espiritual y no sólo económico, la necesidad de salvar la herencia cultural de España, el peligro de la penetración norteña, todo esto despertó interés en no pocos sectores de la población. Y pronto me vi rodeado de artistas y entusiastas del nacionalismo. Y me dieron a conocer todo lo típico del país, que no es mucho por cierto. Pero hacía furor en esos días un curioso deporte nativo: se lanza un pequeño aro metálico contra una estaca; el choque, si es certero, provoca la explosión de una docena de triquitraques. Y los puntos se cuentan por la distancia de los discos al eje. Resulta muy divertido y es fácil improvisarlo en cualquier plano de tierra. Los útiles necesarios los alquilan en las quintas de recreo.



Guitarrista, óleo de Manet: «Un gran músico nacional, Emilio Murillo, sistematizador, depurador del folklore nativo de bambucos y tresillos»…

También me familiarizaron con platos nacionales, como las papas chorreadas, que en rigor yo tenía por peruanas, pero se ve que son más bien de los Andes. No doy la receta

porque el gusto depende de la papa, que es extraordinariamente sabrosa en la zona andina, ya sea porque de allí es originario el fruto, o quizá porque en países como Estados Unidos, la papa, al igual que tantos otros productos, pierde sabor aunque mejore de tamaño, en el esfuerzo artificial de la sobreproducción, la *mass production* que, aplicada al mundo biológico, da origen a verdaderas monstruosidades. Se sirve la papa chorreada con todo y cáscara, cubierta de salsa de queso ligeramente picante. Las mejores papas se comen en la fonda de las salinas del Estado, cocidas en los peroles de la purificación de la sal. Quedan como cristalizadas y se acompañan de chicha de maíz, una bebida fermentada bastante agradable. Las salinas son una de las maravillas del mundo, más grandes, según parece, que las minas famosas de Austria. Los túneles de la explotación forman naves subterráneas enormes y han sido trabajadas desde antes de la conquista.

Un gran músico nacional, Emilio Murillo, sistematizador, depurador del folklore nativo de bambucos y tresillos, constituido en mi consejero y guía artístico, fue el encargado de acompañarme a Tunja. Iniciamos el viaje de madrugada, primero por tren, luego por la carretera, en automóvil.

La voz de Tunja

Dormimos acariciados por la neblina hasta que de pronto se anegó de luz el ambiente y se despejó un cielo azul; brillaron, oreados, los campos. La conciencia también parecía despertar del sopor y la fatiga para asomarse a un existir recién creado. Vive el alma horas de gracia inesperada como el candor y poderío de los ángeles. Un resto del perdido abolengo celeste nos arrebata un instante sobre el tiempo y el cosmos, en liberación y superación de la cotidiana pesadez y zozobra. Las mañanas están hechas para la gloria, así como el mediodía es propicio al sueño; la tarde es para la reflexión, la noche para la profundidad. Subía reptando el motor, tragando distancias, y la imaginación, más veloz aún, se adelantaba a las escenas, las emociones de una jornada que prometía sorpresa, pensamiento, dicha espiritual. Señalaban los compañeros de viaje sitios cuyos nombres evocan la leyenda bolivariana. En el territorio aquel no ha vuelto a ocurrir cosa alguna de significación, y eso agranda la importancia de la vieja historia. El paisaje americano padece hambre de sucesos; sed de pensamiento con que llenar el vacío de la tierra viejísima, pero infecunda para la humanidad, inepta para la leyenda, tierra sin mitos y sin vates. Aparte de unas cuantas vulgaridades arqueológicas de la era precolombina, únicamente dos epopeyas registra nuestro continente. La grandiosa, incomparable, del descubrimiento y la conquista con sus héroes de la acción y el misticismo. Y otra que hace más de

un siglo nos esforzamos en agrandar sin conseguirlo, la de una emancipación que, más que a nuestro propio albedrío, debimos a la conveniencia y a las armas de los ingleses. Allí está, en prueba de esta última afirmación, el monumento a la batalla de Boyacá, con su homenaje justiciero a las brigadas de irlandeses, de ingleses, sin las cuales no hubiera triunfado militarmente la independencia del Sur. Como no triunfaron en México las armas rebeldes, porque no permitimos nosotros desembarcos extranjeros en nuestras costas. La figura de Bolívar, sin embargo, y hecha reserva con respecto a lo turbio de sus medios, es de las que seducen y convencen. «Grande en el pensamiento; grande en la acción», hay en sus mismas exageraciones románticas un ejemplo de carácter iberoamericano, desorbitado, pero inconforme con el término medio, exigente de la excelsitud, como flecha que apunta a las estrellas; ¡oh, sueño extraño y morboso de Ilhuicamina!



Bolívar: «Grande en el pensamiento; grande en la acción»

Intoxicados todavía con las miserias de la guerra de nuestra falsa independencia, disertamos en grupo entusiasta

a la orilla del zócalo que sostiene un obelisco modesto, al centro de un jardincillo, en memoria del hecho de armas decisivo de Boyacá. En el dulce paraje bañado de refulgencias matinales nos recibieron los de Tunja, encabezados por la reina de los estudiantes tunjeños. Al descender del auto nos brindaron algunas flores y hubo discursos efusivos. Entre los hombres había magistrados y poetas, ¿quién no es poeta en Colombia?, y ¿quién no tiene abolengo? El linaje lo recordaba el uniforme de dos o tres militares que parecían arrancados a las estampas de la era bolivariana. Los hombres que se escucharon en las presentaciones: Restrepos, Obandos, Mosqueras, despertaban también recuerdos de la gesta cívica. Y parecían atestiguar el lazo de las varias generaciones dedicadas al bien público. Los vítores, las risas, las aclamaciones, la palabra humana cordial y elocuente, todo producía regocijo, mezclado de significaciones valiosas para el futuro. Y así lo señalaban los oradores, congratulándose de que un mexicano, por serlo, despertase la sensibilidad, removiese el patriotismo colombiano, como antaño entre los griegos un mismo aeda ponía en agitación los pechos de toda la helénica superhumanidad. Y se renovó el juramento antiguo de la unidad de raza, lengua, costumbre, religión. Y me pareció natural el regocijo con que los colombianos enarbolaban, junto al suyo, el pendón de México, en tanto que a mí me producía patriótico sentimiento el tricolor azul, anaranjado y rojo de la gran Colombia. Por estragados que nos tengan las decepciones, las tribulaciones, un infantil candor reaparece en los momentos de emoción sincera y profunda. Y la trivialidad de una bandera toma sentidos de tarea y de inmolación. El subconsciente de la raza se imponía a las reticencias y los temores y cautelas de los políticos de cada hora miserable. Y pactaron la unión quizá

no las palabras, pero sí los gestos, las sonrisas, el albedrío de todos los que allá nos reunimos en fiesta humilde que de pronto asumía caracteres de patriótico suceso.

La sabana amarillenta, escasa de vegetación, aleja una sierra que se recorta en cielo purísimo. Diríase uno de esos panoramas del Tíbet popularizados por las estampas, pero es más bien árabe Tunja, con sus muros de pocos vanos, sus torres, terrazas y cúpulas, en el estilo de *Las mil y una noches*. Y sospechamos que, al acercarnos, va a desvanecerse. De la serranía estéril y abrupta brota su arquitectura como al conjuro de una fórmula mágica. También el momento que vive nuestro destino parece fingido, abandonado en aquel medio exótico y, sin embargo, cercado de rostros y afectos casi familiares... La entrada por las calles de empedrado, el descenso frente al hotel nos devuelven a la realidad.

Una comida de treinta o cuarenta cubiertos se sirvió en el Hotel Principal, a punto de que llegamos; siguió una breve siesta y una visita al Colegio Secundario. Al terminarse allí dos discursos se nos puso en manos de la comisión, que debía llevarnos a visitar los sitios de interés artístico. La componían dos caballeros principales y una señorita, que llamaremos Mercedes, hermana de la reina que nos diera la bienvenida por la mañana. Poseía la joven una voz de esas que ablandan el ánimo; era de buena estatura y elástico andar, dulce el óvalo del rostro, finas las manos; se caminaba a gusto a su lado. Frente a las naves anchas, los retablos churriguerescos, explicaba ella con fervor el arte complicado de su ciudad; opinaba con acierto tal que, instintivo, se volvía uno a mirarla, cavilando: «¿En dónde aprendiste todo esto?» Y se advertía que su juicio cultivado y exacto no tenía otro apoyo que una educación media, complementada acaso con buenas lecturas y un buen gusto natural, despejado. Rápidamente establecióse entre ella y el visitante una de

esas corrientes sentimentales como las que ligan al hermano con la hermana, pero sin el límite y barrera del parentesco estrecho y más bien avivadas por la subconsciente atracción de hombre y mujer. Al afectuoso respeto añade la atención el atractivo físico que suele trasformar la simpatía en anhelo amoroso, pero no en la forma apasionada que incita el deseo y luego se dispersa o se concentra y se vuelve obsesión y martirio. No daba ella sensación de peligro; seducía como música que obliga a acercarnos. Y se sospechaba que el trato descubriría infinitas armonías de sentimiento y comprensión. Igual a corriente clara que se desliza por la pradera florecida, su voz era un fluir de esperanza y dicha, bañaba el alma de afecto puro. Y como toda su plática versó en torno a las cosas de la ciudad y para fijar en ellas la atención del huésped, resultó que, insensiblemente, el panorama y las gentes, los accidentes todos de aquella jornada incomparable se ligaban y confundían en torno a la admirable joven. Tanto, que al despedirla sentimos que se alejaba el paradigma de la estirpe que creó en la lejanía de los Andes la ciudad severa y delicada, latente de ambiciones nobles.

Había oscurecido en la calle, y en la sala de los altos del hotel hallé tertulia. A los pocos momentos se anunció al director de la banda de un regimiento. Murillo lo aleccionó para que tocara nada más música nacional; y mientras cenábamos, la serenata fue congregando gente. Atronaban los sones marciales, prolongábase en seguida queja desconsolada; el músico parecía rememorar el ímpetu de la raza, deshecho, vencido en las soledades de un continente ingrato. Asomamos al balcón y el público exigió el tributo de parecidos homenajes, el discurso del personaje de un día. Pronunció alguien las palabras de presentación y luego hablé del destino parejo de Colombia y México, las venturas

y los riesgos de toda la gente que puebla el antiguo imperio español. Temas sobados que la muchedumbre gusta de escuchar en voces nuevas, porque es ley de amor recrearse en la repetición, que nos finge garantía contra el fracaso, la desilusión, la muerte. Los vivas a México no eran lanzados a ciegas, los acompañaba la explicación: un México libre de extrañas influencias: ¡un México bien gobernado! Eso me complacía, porque demostraba la eficacia de mi prédica; revelaba el buen sentido, la rápida comprensión de las multitudes del continente. Se imagina con frecuencia que, salvo una capa social muy tenue, las masas iberoamericanas están constituidas por un inconsciente analfabetismo. Eso no es exacto ni en México, donde contamos con tan crecida porción de aborígenes; mucho menos en países tan densamente letrados como Colombia, cuyos diarios de provincia, ya no digo los de su capital, son leídos extensamente y se ocupan a diario de cuanto ocurre en el mundo y no únicamente en los asuntos de su localidad.

Largo rato contemplamos la multitud. Rostros simpáticos alzaban la vista, nos dedicaban exclamaciones y saludos. Luz de arco iluminaba la plaza, sombras temblantes ponían misterio en los muros de viejas mansiones. No había en la extensa plaza ni un monumento ni un árbol; desnudo empedrado acrecentaba la desolación. A la derecha se asienta la catedral barroca, de piedra y sillares anchos, torres bajas y recias; en seguida, una casona de dos pisos, con aleros corridos y balcones largos, pintados de azul barrotes y puertas; blanco el enjalbegado, hierro en las ventanas de los bajos. En la acera opuesta más balcones de madera pintada, corridos, a la moda del golfo de México. Y todo envuelto en gravedad de siglos, en quietud sin sucesos. Pero era fuerte y hermoso el instante en que la ciudad se quedó inmóvil. En cierta esquina me habían enseñado una sugerencia de alada

mezquita. Estilo andaluz podría decirse de Tunja y tantas otras ciudades gloriosas de América. Y sobre la privilegiada y rancia arquitectura flotaba el rumor nuevo de la lengua antigua perpetuada en la estirpe. Abrir la conciencia al mensaje olvidado de los antepasados, para luego dirigir la atención desde el breve punto del propio existir hasta el futuro en que han de manifestarse los que nacieron de nuestro amor, es un ejercicio de dioses que la conciencia común soporta sólo por instantes, a tal punto distiende el corazón. «La conciencia de la especie», dice la frase del biólogo, y causa angustia considerar la estrechez de nuestra zona sentimental. Indiferentes nos son el bisabuelo y sus padres por detrás del tiempo, el biznieto y sus descendientes, por el futuro. ¡Lo que, de paso, desconcierta sobre el valor real de los amores más próximos!

Cuando volvimos al salón, los contertulios se hallaban distribuidos en grupos, conversando algunos de pie y otros sentados frente a mesillas en que servían refrescos. Un caballero se hizo presentar y me tomó por su cuenta. Era plantador de la zona baja inmediata al Amazonas; se había educado en Inglaterra; el *whiskey* le tenía enrojecido el semblante claro, pero se mantenía juvenil y vigoroso. Algo sabía, sin duda, de mi posición de expatriado y combatiente sin esperanza, porque sin muchos preámbulos me formuló peregrinos proyectos; de sus repeticiones de alcoholizado me quedó una suerte de *ritornello*, que fingió por un instante la voz del Hado, el llamamiento del destino. Decía el personaje:

«Tengo cuarenta años, una finca extensa por el Putumayo, setecientos mil pesos en el banco, una canoa para navegar los ríos de mis selvas de caucho; véngase conmigo para el resto de sus días; lo pasará tranquilo, entregado al estudio, mientras le apetezca, y así que se aburra, cazaremos

tigres y leopardos, beberemos un buen coñac; además, una que otra chinita no ha de faltarle; piénselo, parto mañana... De todo lo que tengo, *fifty-fifty*»...

Y debe de haber sido sincero, porque me conmovió, me puso a meditar en una existencia nueva, en el interior de la selva que tanto he amado teóricamente; soledad en medio de las fuerzas elementales del planeta, y alma civilizada que se fortifica con el retorno a las formas primarias de la especie.

Los convidados se retiraron, y ya entre las sábanas, con la conciencia en el borde del abismo que separa la vigilia del sueño, la imaginación jugaba con dos posibilidades fingidas del destino: un desposorio definitivo con la joven de por la tarde, y la renuncia del mundo en compañía del anglicanizado que me ofrendaba la mitad de su casa y su fortuna.

Por la tarde del día siguiente visitamos en automóvil lugares que guardan leyendas de los aborígenes; ya no habitan éstos la comarca, se han retirado por el Sur, en corto número. Vimos unas lajas rectangulares, talladas en la peña de una colina próxima, que se supone son los restos de algún adoratorio. En el llano existen unos manantiales orlados de vegetación, que fueron oasis de poblaciones indígenas. Y se cuenta de un tesoro, echado al fondo de las aguas por alguno de los monarcas bárbaros cuando se aproximaron avasalladores los castellanos. Todo lo que aún está en pie es obra de estos últimos, incluso la estirpe que actualmente habita el territorio.

Se nos despidió con un baile. Y lo mejor fue que se daba, precisamente, en la casa de la reina de los estudiantes y de su hermana, la joven que me había seducido la víspera. Patio de arcadas, y al costado una escalera ancha, con graderías de piedra; en el corredor alto recibían los padres de las jóvenes,

con numerosos caballeros ya conocidos. Tres o cuatro salas contenían a los invitados. Los balcones abiertos a la calle; en el piso, alfombras de Europa, cortinajes en las puertas, y en el techo, candiles de cristales que irisan la luz, crean ambiente de elegancia. Numerosas parejas bailaban; en traje negro común, los hombres; las damas lucían escotes discretos, sedas de color, abalorios, altos peinados negros, claro el cutis, ojos ardientes, finura y gallardía en los movimientos. Abriéndose paso me acogió la joven de la víspera: no recuerdo su nombre, ni creo que lo advertí particularmente ni la noche aquella; cualquier nombre la volvería trivial; su aparición fue como una cita concertada mil años antes en la subconciencia de los destinos. Contagiaba la alegría de su semblante; me sentó a su lado y conversamos; sugirió que bailáramos. Me resistía a hacerlo, porque ello me comprometía a bailar también con otras damas y desde el primer instante ella era para mí toda la fiesta. Expliqué mi torpeza, sólo que más tarde tocaron algún viejo vals y dimos vueltas por el salón. Volvimos a sentarnos; al conjuro del diálogo se soltaron los nudos internos. Influye la astucia del sexo en la entrega aparentemente ingenua, desinteresada, que fácilmente se establece entre hombre y mujer, pero ése es uno de sus bienes en medio de sus desventajas. Sin su acicate quizá no llegarían a amarse los mortales. Y viviríamos separados por disgusto, como el que aparta a los animales. Y dado que para vivir luminosamente solitarios, como los ángeles, nos falta el secreto de gloria y de amor que ellos poseen, no podemos renegar del todo de la atracción erótica que, pese a sus riesgos y percances, contiene elemento divino que une lo diverso; engendra esplendores de revelación en el alma inocente lo mismo que en el alma contrita y fatigada. Caemos todos en la danza infernal y sublime que finge

dulzuras celestiales y tortura la carne con el deleite sensual. Y mientras buscan los cuerpos, en el baile, fugitivos contactos que la decencia reprime, la mente forja imposibles, sueña eternidades gloriosas. Teje sus giros discretos la conversación y el ademán se entrega al ritmo, profundo a ratos, como el anhelo secreto de las almas. «Hemos querido —decía— que usted olvidara por un instante sus penas, sus preocupaciones y se sintiera tranquilo, como si estuviera entre los suyos y en su casa misma.» Los compases del vals y las palabras tiernas podrían haber suscitado recuerdos, pero era demasiado vivo y extremadamente dichoso aquel presente; a tal punto que todo el pasado se borraba y parecía preparación de aquel único, incomparable momento de maravilla. Y me contó de la vida de Tunja y el afán noble de sus gentes, y rogó: «No nos olvide del todo y, cuando ya esté lejos, escriba lo que ha visto y diga algo de nosotros»; a continuación, como inspirada, interrumpió la danza para exclamar: «¡Sea usted la voz de Tunja!» ¡Ah, y cuánto diera por serlo, aunque no fuese sino para revivir en mí mismo los instantes gloriosos en que tuve en los brazos tan alta ventura! ¡Su fugacidad es más valiosa que tantos años corridos sin la quimera de la felicidad!

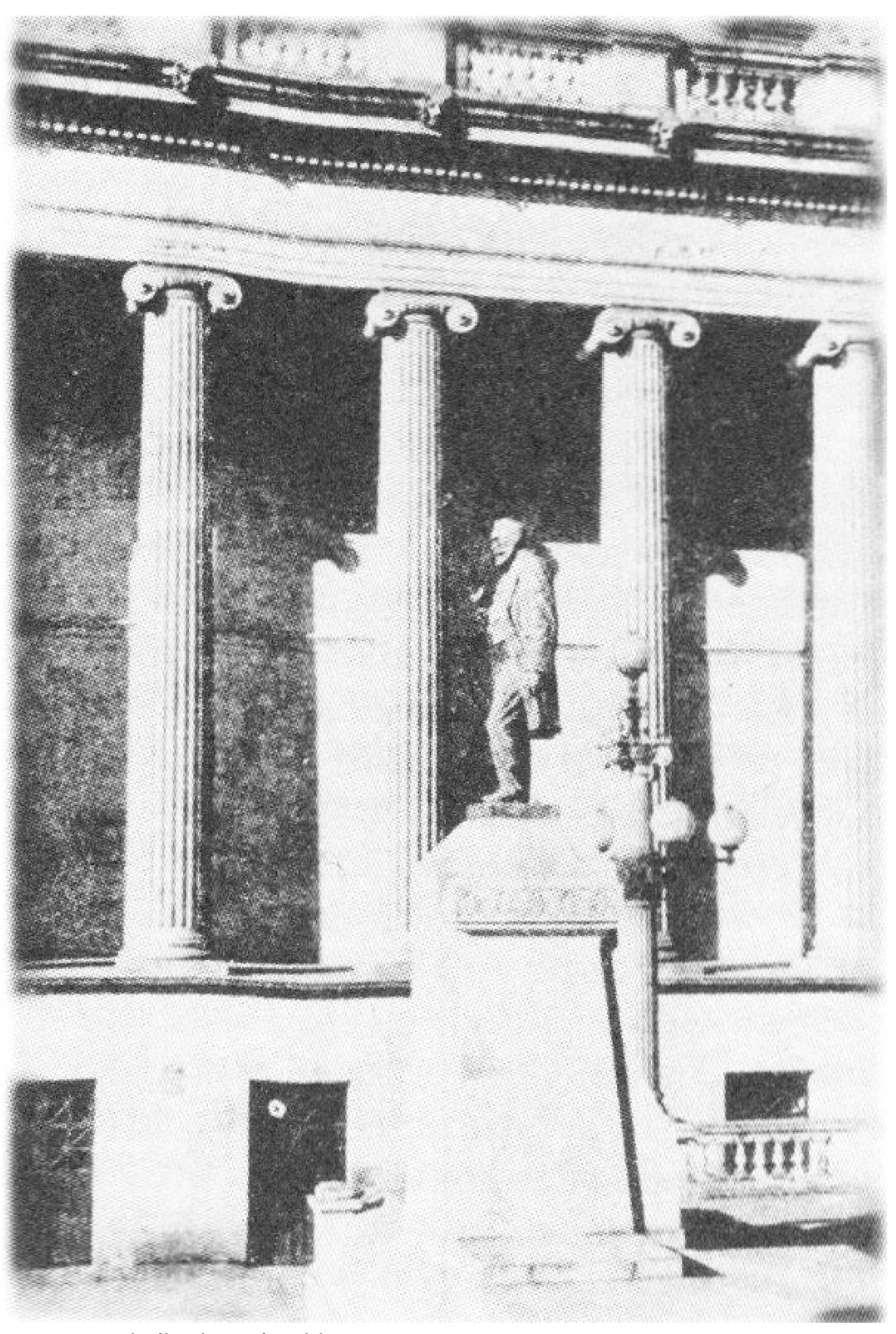
En esta mísera índole humana, inepta para sostenerse en la altura, ya ni la segunda ni la tercera pieza que bailamos igualó la culminación de cierto instante de silencioso connubio. Terminó el delirio y la razón se impuso. Resignada melancolía se anticipó a la separación inevitable. En su escalera nos despedimos, envueltos en la sombra de lo que se pierde fatalmente y para siempre. Murillo, el músico amigo, a última hora y por amistad se había sentado al piano para ayudar a la orquesta y estuvo tocando sones del país; luego me acompañó al hotel, durmió en la misma alcoba conmigo. Y no le oculté mi desgarramiento. En semisueño

hablamos: «¿Y no será posible verla por la mañana, únicamente para decirle adiós?» «Pues, sí, sería fácil... Pero, mire, un consejo de amigo experimentado... Vale más que no la vuelva a ver... ¡Conserve intacta la ilusión!»...

Pero no era una ilusión, sino una certidumbre, más real aún por el dolor que clamaba: ¿En qué planeta, en qué otra vida se repara este engaño o esta injusticia que arrebata el tesoro acabado de conquistar? El tiempo corre y no trae en su seno una sola respuesta. Pero lenta y deslealmente va borrando aún el recuerdo. Y hoy cumplo la promesa de hablar de Tunja y esto que escribo ¡me parece que lo dedico a un fantasma!...

Adiós a Bogotá

«La Atenas americana», repite un viejo decir, a propósito de Bogotá, y es raro que uno de estos proloquios deje de encerrar verdad. Atenas ha sido Bogotá, por lo menos en nuestro mundo hispánico de América, tal y como Boston lo fuera en el mundo anglosajón de este hemisferio. El culto de la idea, el cariño por todo lo que es juego del espíritu, caracterizan a la noble ciudad que a mi regreso de Tunja andaba ya intoxicándose con una nueva momentánea idolatría. Se anunciaba la visita de Teresa de la Parra y todos los diarios contaban anécdotas de la gentil escritora; en todas las conversaciones figuraba su nombre, y los mismos elementos de la clase popular que unas semanas antes habían fraternizado espontáneamente conmigo ahora aguardaban con interés expectante la aparición de la mujer que, aparte de su genio literario, prometía el encanto de una rara belleza. Eduardo Santos, que patrocinó mi gira, era también el padrino de la visita de Teresa. Y le habían tratado un par de conferencias. Los papeleros de Bogotá, junto con las publicaciones del día, ofrendaban a los viandantes ejemplares de *Ifigenia*, la novela autobiográfica de la afamada escritora.



Capitolio de Colombia

Antes de partir para unas cortas vacaciones, Santos dejó instrucciones a fin de comunicarme con un caballero que

debía tenerme, uno o dos días, en su finca, para darme a conocer la vida del campo colombiano.

Acompañado de un grupo de fieles, escoltado de nuevo por mis valientes muchachos de Venezuela, hice los recorridos finales, las despedidas del caso. La más conmovedora fue la que me dedicaron los desterrados venezolanos, enemigos de Juan Vicente. En reunión cordialísima, efectuada en la casa de un particular, disfruté pláticas vehementes, bailes y canciones regionales. Muchachas bonitas, dulces, airosas, lucieron su arte en un decorado de banderas y escudos patrióticos. Miramos, bebimos y comimos, los mayores.

Y llegó el último día. Un té final, en el café de moda, me resultó tristón. Me pidieron de *El Tiempo* unas líneas de despedida; las hice de prisa y vulgaronas, sentimentales, incapaces de definir la emoción extraña de dejar para siempre un mundo que entró en nuestro corazón. En el camino del Tequendama, donde estaba dispuesto que pasaría la noche, vi desaparecer las últimas luces de Bogotá. Se diluyeron en el agua que a los ojos lleva la despedida. En la alcoba que da sobre la terraza, frente al enorme salto, me recogí en mí mismo y en vano intenté escribir unas líneas para precisar lo que experimentaba y guardarlo mejor para el futuro. Me venció el peso del pensamiento y de la melancolía. Ni la caída, imponente bajo la noche, logró removerme la fantasía. A menudo, el mucho ver, el mucho sentir, nos produce saturación de la conciencia, que ya nada percibe ni capta. El sueño es entonces el único refugio seguro. El alma se acaba y él la repone, nos la devuelve lozana, siempre que el dormir sea profundo y largo.

Y no dormí ni bien ni largo, pues no cedía la tensión de las impresiones acumuladas, y a las seis de la mañana debía

estar listo para el caballo que a las puertas del hotel habría de recogerme para el viaje del cafetal.

Estaba todavía oscura la mañana cuando, ayudado por el mozo, acompañado de un caballero, hijo del dueño de la finca, enfundé las piernas en la zamarra que usa el campesino colombiano: calzón holgado y resistente que se pone sobre los pantalones, se quita con facilidad y resulta mucho más práctico que el traje charro de nuestros campos. Pinto Valderrama se llamaba, si mal no recuerdo, mi gentilísimo acompañante y próximo anfitrión. Viajado por Europa, hombre de negocios a la moderna, graduado de la universidad, no sé si en ciencias sociales, o en literatura o ingeniería, el hecho es que el mozo de estribo no le dirigía la palabra sin el prefijo respetuoso de «doctor». Y según fui recorriendo el campo colombiano en la propiedad de los Valderrama y en otras, dime cuenta de que la mayoría de los propietarios son doctores; por lo menos, en proporción equivalente de los generales que entre nosotros tienen el dominio de la tierra. Lo que demuestra el origen diferente de la propiedad en Colombia y en nuestra patria; origen legal, normal en Colombia, y origen espurio, violento, revolucionario o seudorrevolucionario en nuestra patria. Las consecuencias de estas diferencias se me ofrecían de bulto. Bien cultivado el campo de Colombia, cuidadas las casas y las siembras, limpio y lozano cada cafeto. Y como estaban todos en flor, y son de tamaño corto, daban la impresión de un extenso jardín esmeradamente atendido; también advertí el trato digno, discreto, de patrón y labriego; todo en contraste con nuestro campo descuidado y polvoriento; casas en ruina, consumidas de plagas las siembras, hosco el genio del amo, servil el ademán del jornalero. Toda la diferencia que hay entre un régimen civil y un régimen militarista.

La travesía no pasó de dos o tres horas, pero resultó penosa por el terreno accidentado, que obliga a descensos en pendiente que asustan al novicio. El caballo, por instinto, adelanta desviado, buscando el zigzag. En ciertos pasos casi verticales, no basta el apoyo de los estribos y es preferible echarse a pie para resbalar con precaución. Desde una altura, mi acompañante señala el lomo de las cinco cordilleras que, separadas por estrechos valles, constituyen el sistema vertebral del país, el más escarpado de la tierra. El panorama es imponente, dilatado; un océano de crestas en formación inmóvil, separadas por abismos en que las brumas tienden sus gasas. Y en torno del caminante, la selva que invade los valles, el bosque un tanto ralo que asciende por la falda de las sierras. Más allá, los riscos, y en el confín, las cumbres en procesión. Se reflexiona en la calidad singular de la raza castellana que ha podido organizar parecida maraña en un país, lo ha dotado de ferrocarriles, plantíos y carreteras. Pocos años llevaba de concluida la carretera principal sobre el lomo de la cordillera máxima: a una altura en que los vientos resecan y agrietan la piel del hombre.

Descendiendo siempre, nos hallamos muy pronto en clima tropical, aunque todavía a considerable altura sobre el mar. Ceibos gigantescos alzan sus copas entre la maleza de robles, palmas, bejucos y helechos. La vereda es angosta, perforando la feracidad. Y el manto vegetal se rasga a intervalos con la mancha de color de alguna casa campestre. A trechos, resplandece el cuadro irregular de alguna siembra. Son éstas de café, de caña de azúcar, o de plátano. El calor empieza a remover todas las fibras. Al retirar el sombrero, las gotas de sudor en la frente nos causan sorpresa placentera. La vida y el carácter obtienen incremento de generosidad cuando es cálida, sin exceso, la temperatura. Se nos alberga en una casa cómoda, con baño

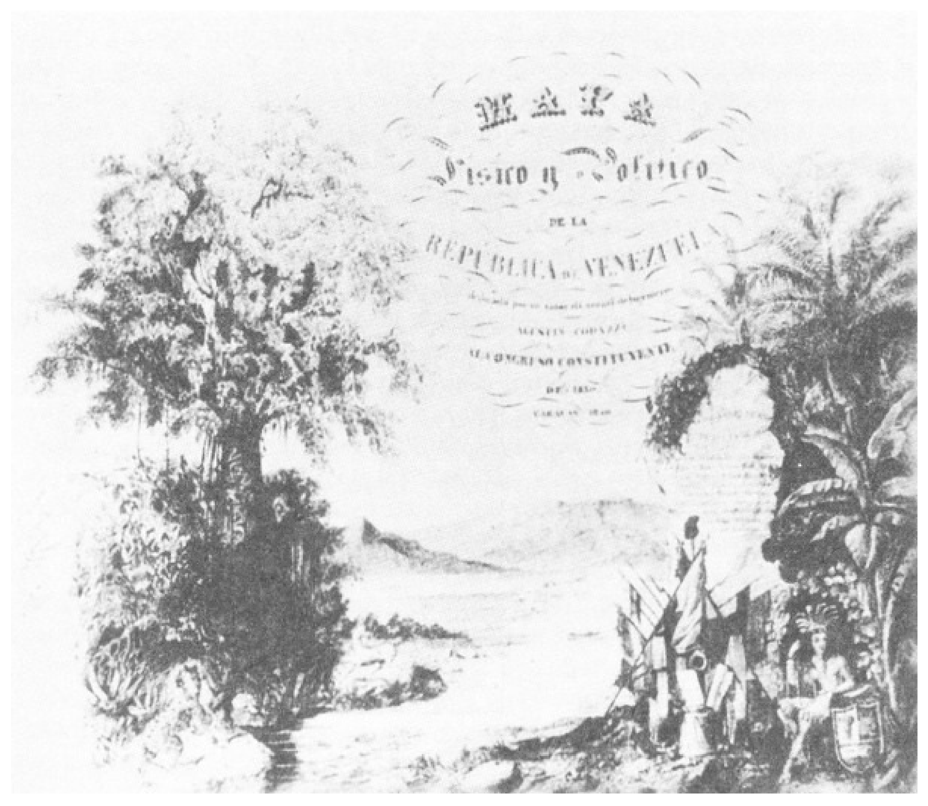
y, sobre la mesa, manteles limpios y manjares sencillos, abundantes, restauradores; luego, para el alma, una siesta. Y hemos de nuevo a caballo, atravesado el cafetal para internarnos en la selva virgen, por detrás de la finca de nuestros amigos, en busca nada más de belleza de plantas salvajes. Pero la selva no es salvaje, lo que sucede es que no estamos hechos a su armonía. Ni sus innumerables plantas nos son conocidas del todo. Sobresalen los ceibos y en todos sentidos tejen su malla los bejucos; pero hay inclasificada variedad de troncos de maderas preciosas, con nombres indígenas que cambian del golfo al Caribe. Hace falta memoria de botánico para retener las especies, pero un lego cualquiera disfruta la sorpresa de las orquídeas y el vuelo colorido de los pájaros. El corazón se ensancha en la rareza, la grandeza del universo multiplicado de la flora. Incalculable variedad y un solo hálito inexpresado que pugna por resolverse en canto. Un enorme tronco caído detiene el paso de las bestias; entre el follaje arde el rojo de pasionarias silvestres. Con paciencia, el propietario se adelanta a su mozo, aparta ramajes, descubre otra senda. Conoce uno por uno sus árboles y se mantiene al tanto de las cotizaciones europeo-yorquinas. Me cuenta de los catadores que, en Nueva York, distinguen el café hervido, por país, por región, por año de la cosecha, también por la madurez o verdura del fruto. Mentalmente anoto este dato para el estudio de la estética del gusto, que sería capítulo de mi *Estética.* Y reflexiono: necesariamente, para la variedad de las contexturas de lo vegetal y lo animal, para la multiplicidad infinita del cosmos, tiene que haber una conciencia capaz de todos los gustos, los colores, los sonidos y vibraciones; capaz, también, de tomarle el pulso a los quereres de la humana voluntad y los sucesos todos de la historia, lo que se expresa y lo que se guarda latente; lo

visible y oculto, lo que afloró al ser y lo que se quedó sin realización. Una conciencia respecto de la cual es la nuestra una manera de infusorio del espíritu. En ciento veinticinco mil se calculan las variedades de plantas, sin contar los hongos, bacterias y musgos, las algas y palmas que corresponden a periodos geológicos anteriores al presente. En los museos vemos amplificaciones de todo un universo de seres que parecen de cristal: los protozoarios. Una célula que se bifurca en radiolarios y foraminíferos; esqueletos de sílica y vestimentas caprichosas, esferas con puntas, columnitas retorcidas con ojos de fantasma, flores y estrellas minúsculas, extravagancias de la naturaleza que un gran naturalista clasificó de pasatiempo del Creador y obra de un rato de juego y distracción en medio de las tareas graves del cosmos. Y por el lado de lo horrible, el mundo de los insectos, que abarca medio millón de variedades conocidas, oscuro contraste del esplendor de las estrellas. Y en cada conciencia otro universo; de considerar el conjunto se deriva, sin embargo, no la desesperación, sino una suerte de calma como la que deja la dilatada contemplación del océano. Ideas como las ondas de un oleaje que contiene y ordena los géneros y una filosofía con rumores de marejada, eso es lo que pide la conciencia y no ha podido aún darle ningún cerebro humano. Estalla la cabeza al meditarlo. Entre tanto, consolaba, enternecía, el triunfo del cultivador, que robando terreno a la selva, disputándole el sitio a fieras y alimañas, funda ranchos, levanta casas, aclimata cultivos en la tierra virgen americana. En cómoda cama, después de una cena con vinos de Europa y plática afable, rendimos la deleitosa jornada.

El Buen Reposo

Según estaba convenido, a la mañana siguiente, tras de un par de horas a caballo, los amables propietarios me pusieron en un vagón del tren que baja de Bogotá. A bordo hallé a mi escolta de venezolanos, tres o cuatro estudiantes inteligentes y adictos, que se proponían despedirme en la cima de la cordillera central donde se parten las vertientes. Por lo pronto debíamos apearnos en la aldea veraniega próxima a Girardot, cuyo nombre olvido y que titularé de Buen Reposo. Su clima bajo y templado, su bien servida hospedería, prepara a los viajeros acomodados para presentarse dignamente en Bogotá, después de los sudores y mosquitos del Magdalena. En el Buen Reposo se hallaba Teresa de la Parra, acompañada de Santos y su señora y de Luis Eduardo Nieto Caballero, que había acudido a darle la bienvenida en nombre de los escritores. Un telegrama de Santos me confirmó que él y su amigos políticos me encaminarían por el Cauca, en tanto que Teresa, con su corte, subiría para Bogotá. Me preocupaba el encuentro con Teresa. Y no por su fama de bella, que ya en la madurez esas famas no suelen ser riesgosas, sino porque mis jóvenes acompañantes, verdaderos héroes de la lucha contra Gómez, no le perdonaban a su ilustre paisana ciertas declaraciones un tanto ofensivas para los que luchaban por la liberación de Venezuela… «Está vendida a Gómez», afirmaban, y prometían: «No le daremos la mano.» Aun simpatizando yo con esas actitudes, hube de convencerlos de que por tratarse

de Santos, que la patrocinaba y tantos servicios rendía con su diario a la causa de Venezuela, debían mostrarse tolerantes. Y en eso paró el tren. Desde la ventanilla vino a Santos con su sonrisa que enseña el corazón generoso; a su señora, bella, elegante y dulce de trato, más dos o tres conocidos. Juntos y a pie, nos encaminamos a la hospedería. Una larga mesa enflorada extendía su promesa en el comedor, pero antes de almorzar me puso Santos frente a frente de la enemiga de mis muchachos, la terrible *Ifigenia*, que alguna vez diera en el rostro con su linda mano a un ministro diplomático de Colombia, compañero suyo de cierto viaje por mar, que intentó propasarse después de dedicarle los más tiernos y elegantes requiebros. Todo lo cual consta en la famosa novela. Se había puesto un poco gruesa, pero no dejaba de impresionar su tipo venusino de ojos claros, muy blanca. Timbre dulce tenía su voz y seductor a pesar de que al principio fue bastante fría su acogida.



Portada antigua de un mapa de Venezuela

El recuerdo de amigos comunes comenzó a romper el hielo. Llegaba de París y había sido allá uno mismo nuestro círculo. Luego, y según le referí los preparativos que había en Bogotá para recibirla, me dijo con sencillez encantadora: «¡Ay, Vasconcelos!, usted que sabe de esas cosas, diga qué haré yo que nunca he hablado en público y comprometida ahora a dar conferencias.» Tenía asegurada buena suma por esas conferencias y su angustia era cuestión de honra, no de dinero. Y le dije: «Yo soy menos orador que usted, menos orador que el último, pero hablo de cosas que sé; hable usted de sus libros, hable de usted misma, y verá que le resulta fácil.» Sonrió aliviada y no me dejó sin aclarar su posición en la política venezolana. Sin duda sospechó de la conversación de mis estudiantes, y declaró: «No niego que

es malo Gómez, Vasconcelos, yo sé que usted lo ataca; pero, ¿con qué van a sustituirlo? Sus enemigos están divididos y tienen jefes que en muchos casos han sido ministros de Gómez, es decir, han sido sus cómplices»... «Tiene usted razón en eso», admití. Y como al extremo del corredor asomasen las caras juveniles de los de mi escolta honoraria, los llamé a señales, los presenté con la compatriota famosa; luego nos fuimos todos juntos a la gran mesa del comedor. Me puso Santos al lado de la autora; presidió la señora de Santos, habló Luis Eduardo con galanura. Teresa poco, pero bien, y todo fue alegría y cordialidad. Una de esas ocasiones de la más grata recordación.

Por la tarde circularon los periódicos de Bogotá. Los de ambos bandos traían artículos en que se me despedía con afecto. Entre esos escritos, y para dar una idea de la impresión general, elijo el de Luis Eduardo Nieto Caballero, aparecido en la revista *El Gráfico.* Era Nieto Caballero portavoz de los liberales triunfantes y su generosidad crece de bulto si se reflexiona en que mis censuras a la intromisión del gobierno de Hoover en la política interior de México se producían en los instantes en que los liberales, por casualidad, entraban al gobierno de Colombia merced a un candidato desteñido, como Olaya Herrera, pero que confiaba al capital *yankee* el éxito de su gestión.

El comentario de despedida dice así:

La visita de Vasconcelos. La primera impresión no es favorable. En Bogotá estamos acostumbrados a demasiados melindres, así en las inflexiones de la voz como en los ademanes, y aquel hombre que viene de un combate cívico en el que expuso su vida, y que ha pasado los años en una no interrumpida sensación de batalla, tenía que darnos una primera impresión de reconcentración, de dureza. Lo mismo sus palabras. Nuestras gentes esperaban brillante lirismo, estremecer de palmas, gorjeos, comparaciones ingeniosas. Les resultó muy sencillo.

Sencillo es. Allí está su fuerza. Y ahí está su profundidad. Todos los hombres de gran vida interior dan sensaciones de hombres corrientes. En el color blanco se hallan comprendidos todos los del espectro solar. Repitan los estudiantes las

experiencias en el disco de Newton. Siete colores diferentes figuran en él. Se le hace girar rápidamente y ante los ojos aparecen los siete colores fundidos en uno solo, el blanco. Eso es Vasconcelos. Es la resultante de cien fuerzas que en él obran maravillosamente y que se equilibran en la deliciosa impresión de su sencillez y de su palabra apostólica.

Muy blanco es por dentro. Quien se acerca a su corazón le oye latir con el ritmo que debe tener el de todos los apóstoles. Su palabra es persuasiva, al alcance de todas las comprensiones, con sonoridades que se quedan dentro, en el alma de quien la medita. Diríamos que está apretada como una serpentina. Al arrojarla se divide en pequeñísimos hilos de todos colores, pero de colores que no significan fantasmagoría, sino riqueza de interpretaciones.

Ese hombre tiene antenas. Su infinito don de simpatía, al que se llega una vez roto el hielo, una vez perforada la corteza que lo aísla del medio, que logra defenderlo de miradas intrusas y de familiaridades estorbosas, obra poco a poco el milagro de hacerlo comprender en toda la significación de su fe y su esperanza. No es el Vasconcelos a quien han presentado traidoramente corresponsales apresurados. No es ambicioso, no es el crédulo. Es el hombre lisa y llanamente consciente de la hermosura de su causa y del vigor de la acción, el hombre libre que en su modestia seductora tiene todo el orgullo de la raza.

No entra en su predicación el odio estéril. Se le nota, apenas, la impaciencia por la incomprensión de los que ignoran que la inferioridad económica de nuestros pueblos es el camino abierto para el vasallaje político. Nos quiere a todos fuertes, cultos, atrevidos, generosos, repletos de ideal, confiados en la energía latente que ha dado ejemplares de selección y que puede asombrarnos si la cultivamos. En él lleva todo el pueblo de México. Es todo ternura por el indio silencioso, a quien se le ha enseñado a matar, pero que aprende con mayor gusto el canto, la gimnasia, la pintura, las ciencias, constituido en reserva de la humanidad, capaz hasta de lo excelso, pero desaprovechado por el empeño de caudillos falaces de convertirlo en escabel de sus planes oscuros de ascensión política.

Sabe Vasconcelos, y lo grita por dondequiera que pasa, que el problema máximo, el único problema, es la educación. La educación hace el vigor, la cultura, la elegancia, el arte, la imaginación, cuanto existe. Del propio modo que los eriales se transforman en campos de labranza con el esfuerzo humano, las almas cerradas se abren y se pueblan de jardines cuando quieren escuchar al sembrador. Es esa siembra de cultura la que hará la siembra de los campos, la que dará frutos de bienestar, de progreso, de alegría, de inteligencia…

Merece Vasconcelos ampliamente la popularidad de que goza entre los hombres libres de todo el continente. Nada quiere a oscuras ni en secreto. Su predicación es el aire libre, con todos los detalles del hombre suficientemente informado y todas las sugestiones del filósofo que desdeña la actitud trascendental y ríe como reía Aristóteles. Ha ido al pueblo, gusta del pueblo, sin que en ello haya ardid ni haya lisonja. Parece nutrido con los mismos jugos de la tierra donde sienta la planta. Y a su contacto se renueva y vigoriza como el Anteo de la leyenda. Todo en su campaña de sencillez, que carece de segundas intenciones, es como el fuego

purificador y como la nieve pura.

Su paso por nuestra ciudad fue muy rápido. Nos halló —y es una delicia haberle oído la confirmación de algo que hemos dicho centenares de veces, ante la incredulidad de los que nunca han viajado, y acaso jamás han leído— como un islote de libertades en medio de las olas de dictaduras circunvecinas. Con eso basta para que en su retina sea exacta la visión de Colombia. Pudo hablar donde quiso y cuanto quiso. Halló oídos atentos. Y se llevó algo más que nuestra admiración, que cordialmente rendimos a su inteligencia: se lleva nuestro cariño.

Être admiré n'est rien.

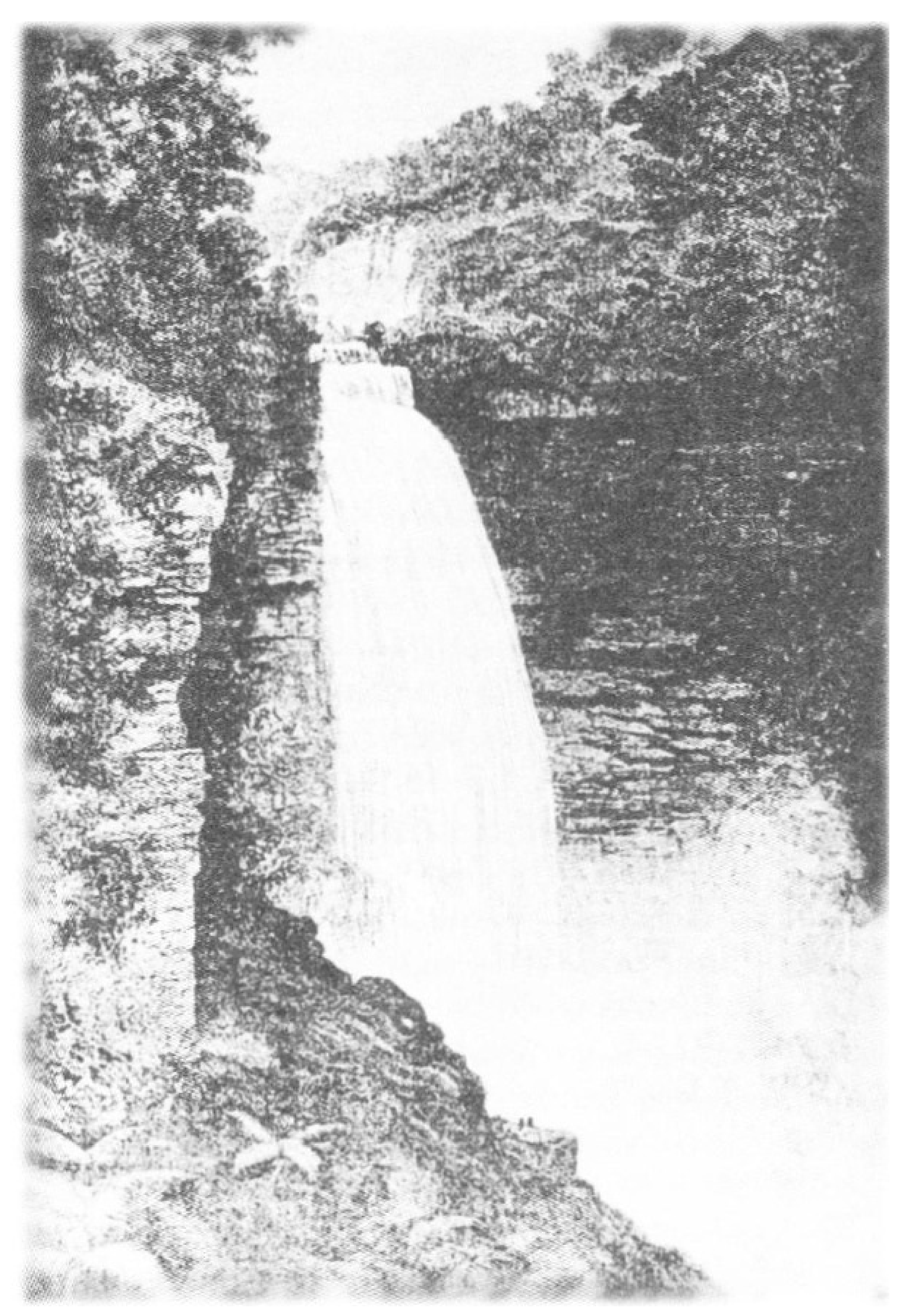
L'affaire est d'être aimé.

Vasconcelos, a través de los pueblos recorridos, y principalmente en nuestra ciudad, que tampoco se entrega de repente, pero que es fiel en su cariño, ha debido sentir que es verdad cuanto afirmamos y que en la emoción y en la tristeza con que lo despedimos está oculto, como un tesoro que gastamos en su obsequio, nuestro entusiasmo por su apostolado.

Bogotá, mayo 24 de 1930.

Ibagué

A cerca de ochocientos metros sobre el mar y próximo al Ecuador, el clima de Ibagué resulta tolerable, pero caluroso. La ciudad tiene la animación de las buenas cosechas, los negocios prósperos, el dinero fácil. Antigua y moderna, no carece de buenas casas y centros sociales. El cultivo del tabaco rinde crecidas utilidades. Sin embargo, como auténtica ciudad colombiana, no se ufana Ibagué de sus riquezas, sino de sus colegios. En el principal de ellos, de espacioso patio, nos ofreció una fiesta el excelente hombre, delicado poeta, abnegado educador y honesto político que es Martínez Mutis. Su discurso elocuente nos puso a todos en tono de noble alegría. Luego, en el Club, fui presentado con un sobrino de Jorge Isaacs, el de la novela de *María*, que ha creado en Colombia el más preciado abolengo de aquella tierra: el de la gloria literaria. Y se habló de los negocios y de la política que Santos y su grupo removían, pero no dejaron de recitarse versos y de pronunciarse discursos. En Ibagué dije adiós a Eduardo Santos. Y una mañana temprano abordé un automóvil con rumbo al Cauca.



Río Bogotá: el salto «Torquemada», Colombia

El Cauca

Es el Cauca un extenso valle, prolongado como una hamaca tendida de Norte a Sur, entre la más alta cordillera y la cadena montañosa que da al océano. Se llega a la cuenca en carretera que dobla los Andes por las más altas cumbres. El territorio es de una aridez total desconsolante. Un viento áspero y frío levanta las piedrecillas del camino, pule los granitos y pone coloradas las orejas de los viajeros. En el puerto en que se parten las vertientes hicimos breve parada. Y abracé, por última vez, a mis nobles venezolanos, que regresaron a Bogotá. Luego seguí, no sé bien por dónde. Quizá mi primer alto fue Pereira. En general, no se ven soldados en Colombia, pero en Pereira tuve mi primer contacto con la milicia. El jefe de las armas del lugar, un coronel de tipo marcial y muy cortés, me invitó a dar un paseo a caballo. El dueño de un café donde pasé una hora con amigos diversos se negó a cobrar el consumo. En cada lugar se repetían las mismas escenas. Previa invitación telegráfica tomaba el ferrocarril. En la estación reciben al huésped comités en que siempre figuran damas. El primer número del programa es la visita de las obras públicas: ya una moderna planta de purificación y distribución de las aguas; ya un colegio, ya un cuartel de bomberos. Un collar de ciudades crece a lo largo del río caudaloso, que parte en dos la fértil hondonada. Los pobladores son de raza española, pese a los nombres bíblicos de ciertas ciudades, como Armenia, tan pulcra y hospitalaria, con cincuenta mil

habitantes. Y en cada vecino se siente el orgullo de la obra consumada. No pesa en el ambiente, a la manera de nuestras desventuradas provincias mexicanas, el nombre del gobernante. Apenas si me enteré en todo el viaje cómo se llamaba el presidente de la República. Sociedades cívicas de todo género y asociaciones de agricultores, de comerciantes, de productores, tienen a su cargo el fomento de las actividades colectivas. Ningún funcionario patrocina al huésped; clubes sociales, en su rama de literatura y de ideas, inician y organizan, pero concurren todas las clases al agasajo del escritor. Cada pequeña ciudad mantiene su teatro muy decoroso. Y para las conferencias, los actos culturales, las señoritas de la localidad hacen de billeteras y de acomodadoras. Un público enterado y generosamente dispuesto, pródigo en el aplauso, llena la sala. Nunca falta orador local para la presentación del visitante. Terminado el acto público, el conferencista es recibido en el club social, donde se sirven refrescos y panecillos, cocteles y, a menudo, la champaña, que tanto gusta en Sudamérica, la afrancesada. De mañana, al día siguiente, los jóvenes de la comisión de Hacienda entregan al disertante un sobre con cien o doscientos pesos en oro, producto de la entrada de la noche anterior. Gracias a esta cooperación eficaz y liberal, Colombia mantiene contacto con hombres de letras del mundo hispánico y se halla al tanto de los problemas y el pensamiento de la hora.


Los Andes

Por la importancia del lugar y por la invitación que me adelantara, casi desde que llegué al país, me encaminé a Manizales, tras del alto gratísimo en Pereira. Una prosperidad un tanto artificial hizo de Manizales ciudad en grande de la noche a la mañana, y la dotó de un gran hotel de viajeros, de un teatro espléndido, tres o cuatro colegios secundarios, una escuela de agricultura, dos o tres usinas y una cervecería. En la época en que la visité había perdido prosperidad y población, pero no ánimo. El gobernador o subgobernador de la provincia se hizo allá mi amigo de todas horas. Era un cincuentón castizo, padre de uno de los Leopardos, Silvio Villegas, y se unió a los comisionados para enseñarme colegios y establecimientos. Luego, para reposar, me llevaba al café, me hacía servir una o dos botellas de cerveza del lugar y se alegraba de que me gustara, porque

sentía orgullo de todo lo que era manizalense. No sé si por mis elogios de la cerveza o por una de esas simpatías espontáneas, el hecho es que nos hicimos inseparables. Otro caballero del lugar, aficionado a la arqueología, me enseñó su colección privada, procedente de excavaciones próximas. Su más valiosa pieza era un pectoral de oro labrado, que en opinión del arqueólogo alemán que la catalogara perteneció a una tribu de procedencia azteca. Desde la terraza de un café, que domina la ciudad y el valle angosto, estuve contemplando, un atardecer, el panorama con el arqueólogo, el gobernador y otros cuantos amigos, y lo que más me sedujo fue la vista de los plantíos de trigo, de maíz y de cebada, escalando los Andes, en cuadros irregulares, arrebatados al boscaje virgen, tupido, inhospitalario. Sólo una energía humana de primera calidad es capaz de tamaño esfuerzo. En la conferencia de despedida, las sociedades culturales me obsequiaron con discursos y flores y una placa de oro, símbolo de gloria efímera que, años más tarde, y en un día de apuro, vendí en Buenos Aires, junto con parecidos trofeos ya marchitos. Finalmente, un fotógrafo local me hizo uno de mis mejores retratos, me obsequió varias copias y esto es todo lo que logra extraer del abismo del olvido la evocación del nombre exótico, remoto y bien querido de Manizales.

Vino después un itinerario de ciudades rientes para el viajero, pero divididas en sórdidos bandos de politiquería, que disputa puestos, ya como conservadora, ya como liberal. Cartago, Buga, Palmira, en todas partes la fertilidad del suelo difunde el grato relente de las ciudades que tienen río. Carreteras con automóviles y carros de productos agrícolas, ganados. Y en los campos, ceibos, palmeras, maleza subtropical, incorporado todo a la literatura en las páginas de la *María*, de Jorge Isaacs. De origen judío, pero converso

y bien arraigado familiarmente en la región, es todavía Jorge Isaacs el intérprete del Cauca y su orgullo, junto con uno o dos poetas que aún viven. La única mansión histórica de la comarca es la que habitó el escritor romántico, transformada hoy en museo por sus herederos. La visité, no sé si en Palmira. Y no pude menos que reflexionar en la circunstancia de que haya sido un judío por la sangre, y no recuerdo si irlandés por el origen, el primero que dio forma a la sensibilidad criolla de la raza nuestra que, acaso por haber tenido encima la tarea abrumadora del desarrollo de territorios salvajes, no ha consumado en la esfera del pensamiento realizaciones dignas de perduración, capaces siquiera de trasponer la frontera del propio idioma. Pues ¿en dónde están las figuras que pudiéramos poner al lado de un Whitman, un Poe, un Emerson, un William James? Y, sin embargo, nos creemos hijos predilectos del espíritu, y José Enrique Rodó, que era un provinciano de genio retórico, habló de Ariel en lucha con Calibán. ¿Dónde está la gran literatura que justifique el abolengo de *Ariel*?

En la desolación de nuestra mentalidad, todavía nos obliga la gratitud cuando al costado de la calzada, que sombrean los árboles, se nos señala, al término de un sendero, entre vegetación bien cuidada, la casa que habitó María, la heroína de nuestra juventud sentimental, que gracias a Jorge Isaacs encarnó un modelo de nuestra sangre, entre tantos personajes de remotas literaturas.

Cali

La metrópoli del Cauca es una ciudad novísima y próspera, con más de sesenta mil habitantes, dos diarios de gran circulación y casco moderno, un gran hotel bien construido y lujoso, buenos parques y un decente teatro municipal. Mi visita había sido preparada eficaz y generosamente por los dos diarios. Y esto explica que hubiese en la estación, aparte los comisionados del Ayuntamiento, prensa y sociedades de cultura, una numerosa porción de público. Pero me intrigó que lanzaran vítores, siguieran mi coche hombres del pueblo de sombrero de paja, traje blanco corriente y tipo negro africano. ¿Qué es lo que sabían de mí aquellos humildes?, pensé, y creí resolver: por los bajos fondos raciales del continente había circulado la nueva de que un escritor atendido defendía el mestizaje, predicaba la esperanza a los indios y a los negros. Sin proponérmelo, aquel mensaje había agitado las conciencias de los oprimidos por una opresión más dolorosa que la del dinero, el sonrojo de la casta que todo el mundo moteja de inepta. A la puerta del hotel me detuve a estrechar la mano de unos cuantos; despedí a los grupos heterogéneos con el ademán y la sonrisa y apenas entré al vestíbulo me asaltaron los corresponsales: ¡Mis impresiones de viaje, mis opiniones sobre esto y lo otro! Conversé primero con los que lápiz en mano escribían respuestas. Concluida la tarea de los reporteros, se me acercó, solicitando conversación privada, el director del diario de los conservadores. Y giró la plática

en torno a Estados Unidos y la intromisión descarada que, en aquel instante, ejercitaba el gobierno de Hoover de un extremo a otro del continente. Se quejaba el periodista del peligro que Olaya Herrera y los liberales significaban para Colombia por su inclinación al coloso, sus relaciones con los concesionarios del petróleo; y refiriéndome yo en concreto a México, expresé que el liberalismo ya no sonaba como partido organizado entre nosotros, pero que, en su tiempo, se había distinguido por su entrega incondicional a todo lo *yankee*. Y muy cordialmente nos despedimos.



Indios negroides sudamericanos: … «por los bajos fondos raciales del continente había circulado la nueva de que un escritor atendido defendía el mestizaje, predicaba la esperanza a los indios y a los negros»

Al día siguiente se verificaron festejos oficiales con motivo de algún aniversario patriótico y tuve la satisfacción de ser invitado al desfile cívico al lado del alcalde, junto a la bandera colombiana. Allá, estos desfiles patrióticos no los

monopolizan los militares. El Ayuntamiento ocupa el primer lugar, los funcionarios y los colegios, las sociedades mutualistas y los gremios van por delante, y a la cola los escasos soldados de la guarnición, tropa, por cierto, bien vestida y disciplinada, que causa un excelente efecto.

Un parque céntrico anegado de sol fue lugar de cita, bajo las arboledas de jacarandas olorosas. Y en torno de las columnas vegetales de ceibos robustos se organizaron los manifestantes, distinguidos por sus estandartes, sus banderolas; en traje claro las mujeres, de oscuro los hombres, de *jacquet* las autoridades y con sombrero alto de seda. Músicas alegres iniciaban la marcha, que era saludada según penetró por la calle central por las sonrisas de los que habían quedado en casa y asomaban tras de sus ventanas enrejadas. Los muros pintados de amarillo claro o de blanco enriquecían la claridad de la mañana. Limpias y bien pavimentadas las calles, había en el ambiente alegría serena. El doctor Rodríguez Vázquez presidía el cortejo, me llevaba a su lado y era mi padrino en Cali, además alcalde o vicealcalde, y comenzó a informarme: había en el concejo municipal pugna de liberales y conservadores; la mayoría era liberal y unos y otros habían votado se me recibiera como huésped de honor. Pero estaba para salir el diario conservador atribuyéndome el dicho de que el liberalismo traicionaba a los pueblos de Hispanoamérica entregándolos al *yankee*. Esto indignaba a los liberales; el periódico principal, propiedad de los señores Zabasky, que durante un mes había hecho campaña a mi favor, se preparaba para atacarme. Y me presentó allí, en la calle, al reportero del indicado diario para ver si era posible evitar el rompimiento.

Apenas concluidas las ceremonias, me dirigí al hotel, acompañado del corresponsal de los señores Zabasky. De paso, me habían enterado que los indicados señores eran

columnas del liberalismo local y, además, apoderados de intereses norteamericanos, fieles rotarios, etc., etc. No tardó el reportero en precisar que se trataba de guerra o de paz. El precio de la paz era la respuesta satisfactoria de un cuestionario astutamente pergeñado. Cedí al explicar lo relativo a los liberales; me había referido a los de México y no a los de Colombia, que no conocía yo suficientemente y, además, no podían haber comprometido a Colombia durante su ostracismo político de cuarenta años. Pero las preguntas siguientes eran positivamente majaderas. Una recuerdo que expresaba: «Diga usted, como es cierto, que *mister* Hughes (a la sazón Secretario de Relaciones en el gabinete de Hoover) es un gran estadista y un pensador eminente.» «Digo —respondí— que es un mediocre *mister* Hughes, al servicio de un imperialismo retrógrado que apoya bandidos a la presidencia de México», y así sucesivamente. Antes de que termináramos, el reportero expuso: «Es la guerra, doctor, vamos a hostilizarlo.» «Gracias por el aviso —repuse —, y corresponderé en especie.»

Desde el día siguiente, el diario que había sido mi amigo más desinteresado empezó a llenarme de improperios, burlas, diatribas. En el Ayuntamiento, sin la noble y decisión del doctor Vázquez, la mayoría se hubiera puesto en mi contra, pues ya Zabasky fulminaba contra los que me habían declarado huésped de la ciudad. Y llegué a mi primera conferencia en un ambiente tan discutido que el teatro se llenó. Sin referirme para nada a los Zabasky, la agarré contra los políticos norteamericanos, las intrigas de los embajadores y ministros de la Unión en todo el continente, poniendo a Morrow y su hipocresía de modelo. El sentimiento público estaba tan de mi parte en lo juzgar severamente a Estados Unidos, que me resultó fácil, barato, como dicen los *yankees*, el triunfo. Y ello irritó aún más a los

de la prensa enemiga. El diario conservador, por su parte, aunque ya no quise recibir sus enviados, tomó mi defensa; hizo revisión de los crímenes del callismo contra católicos y oposicionistas en general. Y no se habló de otra cosa por varios días en la ciudad. Un círculo adicto, encabezado por un juez local, el poeta Antonio Mondragón Guerrero, me amparó, me aconsejó, me ayudó capear el temporal sin retractarme y sin arrogancias. Una nueva conferencia volvió a llenar el teatro y ella liquidó mi compromiso con el Ayuntamiento, que pagó suma cerrada por ambas. Procedía tocar retirada, pero ocurrió algo sumamente simpático y que pinta el carácter colombiano. Damas principales, dirigidas por la esposa de uno de los Zabasky, me pidieron una conferencia sobre el papel de la mujer en la sociedad moderna, o algo parecido. Tomarían por su cuenta todos los palcos, asegurándome una buena suma. Su propósito real era evitar que partiese mal impresionado. El doctor Vázquez intervino en forma que mejoró aún más la situación. Hizo que el Ayuntamiento pagara una tercera conferencia. A la comisión de damas dijimos que les dedicábamos la conferencia, pero como invitadas de honor. En la crónica de esta plática postrera, el diario de los Zabasky hizo las paces, encomiándola. Y así fue como, en resumen, tanto en lo económico como en lo político, me dejó complacido Cali, la ciudad progresista y apasionada. Los tres meses escasos de la gira colombiana me dejaban de utilidad unos seis mil dólares, que serían ayuda importante para el plan, que no abandonaba, de editar de nuevo *La Antorcha* en La Habana o en Europa. Lo que más tarde gané por el Ecuador dejó apenas los gastos, pero en cambio recogí del viaje por el Sur un buen hartazgo de panoramas y un tesoro de impresiones gratas.

Popayán

A la orgullosa y tradicionalista Popayán llegué un atardecer, tras de un pintoresco recorrido por ferrocarril. La recepción popular resultó imponente, gracias a los estudiantes de la universidad local, que pusieron en ella todo su entusiasmo y lograron arrastrar al pueblo y al comercio. Detrás de todo actuó, asimismo, la generosidad de Guillermo Valencia, que es allá el maestro particularmente respetado y el político de influencia avasalladora. Desde la estación se puso a mi lado en el desfile numerosísimo que nos acompañó al hotel. Juntos salimos al balcón para saludar al público congregado abajo y para escuchar el hermoso discurso de bienvenida que desde el balcón de una de las casas de enfrente pronunció un estudiante. Se dispersó la masa anónima y luego, en la sala del hotel, Valencia hizo las presentaciones, conversó unos minutos; luego me dejó en manos de afables colegas, después de darme cita para el día siguiente. El rector de la Universidad, doctor Jiménez Rojas, me tomó por su cuenta: expresó que patrocinaría un acto público y que era yo huésped de su instituto. Concluida una cena, se retiraron los visitantes y al quedarme solo advertí que tabique de por medio se hallaba el tablero de los cambios del teléfono. Llamé al encargado y le pedí un cuarto interior, cualquiera otro en que no hubiese ruido. No lo tenía, todo estaba ocupado; pero aseguró que después de las diez nadie usaba los teléfonos. Me acosté necesitado de sueño. A los diez minutos repercutió una vitrola. Su

estruendo procedía de la calle; me asomé y la vi desierta. Una hora o dos di vueltas en la cama sin sospechar la ubicación del molesto aparato, y renegando de la ausencia de reglamentos de policía contra el ruido nocturno. Al día siguiente me contaron que un departamento bajo de la esquina estaba alquilado a una agencia de fonógrafos. El propietario se distraía por la noche poniendo los discos nuevos. «¿Y los vecinos?», pregunté. «¡Ah, pues a los vecinos les agrada estar oyendo discos sin tener que pagarlos!»...



Selva ecuatorial, óleo de Henri Rousseau: … «veredas en la selva virgen, ríos precipitados, hacen de la excursión una aventura»

La Universidad de Popayán era un instituto perfectamente

bien atendido. Abarcaba el colegio preparatorio y facultades de medicina, leyes e ingeniería. Su salón de actos, que visité en compañía de Valencia y del rector, está decorado con pinturas murales impresionistas, un tanto chillantes; el edificio espacioso cuenta con varios patios de arcadas. Para librarme del ruido del hotel, me alojó el rector en una alcoba bien puesta y silenciosa, por un ángulo retirado del tráfico. En el vaso de la mesita de noche me encontré un manojo de orquídeas de la quinta que Valencia tiene en los alrededores de la ciudad. Visité la quinta una mañana. En sus corredores, que dan sobre un jardín de flora tropical, conversé largamente con Valencia. A mitad de la plática, mandó sacar una botella de las reservadas para las grandes ocasiones, un tokay excelente, que gustamos vaso tras vaso. Es sabio Valencia en filosofía, en sociología y se mantiene al tanto de lo que se hace o intenta hacer en todo el continente. Con nadie me sentí en Colombia más de acuerdo. Y me convencí de que era calumnioso cuanto en contra suya murmuraban políticos profesionales que no se atrevían a confesar la pérdida que fue para Colombia no tener un Valencia en la primera magistratura. En cierto modo éramos, él y yo, víctimas parejas de la apatía nacional, que se deja vencer de las intrigas del imperialismo, resuelto a no permitir que los mejores asuman el mando en sus colonias *de facto*. Lo que más seduce en Valencia es su sencillez y modestia. Yo, que soy mal lector de versos y olvidadizo de los que leo, hubiera pasado apuros en su compañía, ya que apenas recuerdo algún fragmento de tal cual poema, si no fuese Valencia hombre de vida interior vigorosa, que no se está repitiendo y se halla entregado a meditaciones profundas. Su famosa biblioteca y las labores del campo le ocupan su tiempo. Recorriendo su propiedad, me mostró sobre los árboles los parásitos lozanos de donde procedían las orquídeas, que me

había obsequiado con la sencillez con que otros reparten rosas. Hablando de los ofidios, que abundan en la comarca, le aventuré la tesis de que el hombre acabaría con ellos en el continente, así como en ciertas islas, Puerto Rico, por ejemplo, de donde han desaparecido. No compartía mi optimismo: «En ese cercado de piedra —señaló—, si lo hacemos remover, saldrán las culebras.» Seguimos conversando: le expuse la tesis de mi *Metafísica.* Desde el mirador en que nos habíamos sentado apuntó a unos montículos distantes, situados al centro de un campo desolado.

«Nadie habita esa zona —expresó—, es un lugar de maldición, azotado periódicamente por las centellas. Unos pastores, cierta vez, desafiaron la costumbre erigiendo allí sus chozas y no tardó en incendiarlas el rayo. Parece —explicó— que alguna masa metálica atrae magnéticamente las descargas.»

El domingo, y estando alojado en la Universidad, no quise eximirme de asistir a la misa que en la capilla respectiva se celebra con asistencia del internado, los profesores y el rector. En universidades o colegios protestantes, donde he sido huésped, he asistido al servicio extranjero, ¿por qué no había de hacerlo en una universidad católica, donde el culto es el de mi raza?

Por su parte, Valencia me llevó a visitar los templos más notables. Poseen ricos altares, en estilo churrigueresco. Naves anchas y macizas recuerdan las del Sur de México, pero constituyen variedad distinta del estilo que llamamos colonial, cuya fecundidad y esplendor no se acaba de apreciar cuando no se han visitado los tesoros que guarda el Sur. Sobre la ciudad pesa la melancolía del aislamiento que crean las altas montañas. El mismo ferrocarril no ha logrado

animarla. Sobre el antiguo empedrado de las calles anchas, con casas enjalbegadas, de un solo piso, no se ven automóviles ni carros; apenas mulos de carga y borricos. Los escasos viandantes visten de negro, pero hay en el lugar riquezas. Para darme a conocer las famosas esmeraldas colombianas, Valencia me llevó al Tesoro de la Catedral y a la casa de un particular, donde pude ver, engarzadas en oro, en una especie de copón, una docena o más de cabujones preciosos.

Los amigos de Bogotá no me habían querido tomar en serio la decisión que tenía de hacer el viaje a Quito por tierra, a tal punto me oponían reparos. Sin embargo, el consumarlo era para mí como una manda del destino; en cierta ocasión vi que cruzaba el trayecto, luego la suerte me llevó por caminos diversos. Y ahora que se aproximaba el cumplimiento de la visión casi olvidada, pensé que el desvío significó un aplazamiento, como tantas veces ocurre con la premonición, la profecía, que se yerra en la medida del tiempo, no en la veracidad del suceso. Y me habían dicho, desde Bogotá: «El único que puede arreglarle ese viaje es Valencia en Popayán. Él conoce la ruta y mantiene, además, un negocio de transportes por acémilas.» Cuando le hablé del asunto a Valencia, primero se rió; después, viendo que insistía, me dijo: «Debería usted ver cómo regresan de esa caminata las bestias, deshechas, quebrantadas de las rodillas; no tiene usted idea de lo que son esas pendientes. No aceptaría la responsabilidad de ayudarlo a partir; en el camino, aparte de víboras y alimañas, se suelen pescar unas fiebres que matan en veinticuatro horas.» «¡Ah, sí —le respondí—, la “Perniciosa” llaman a esa fiebre por Veracruz!» Luego, amigo inmejorable, para recompensarme de la excursión, que no haría, me dio a leer el libro en inglés de uno de los pocos viajeros ilustrados que se han

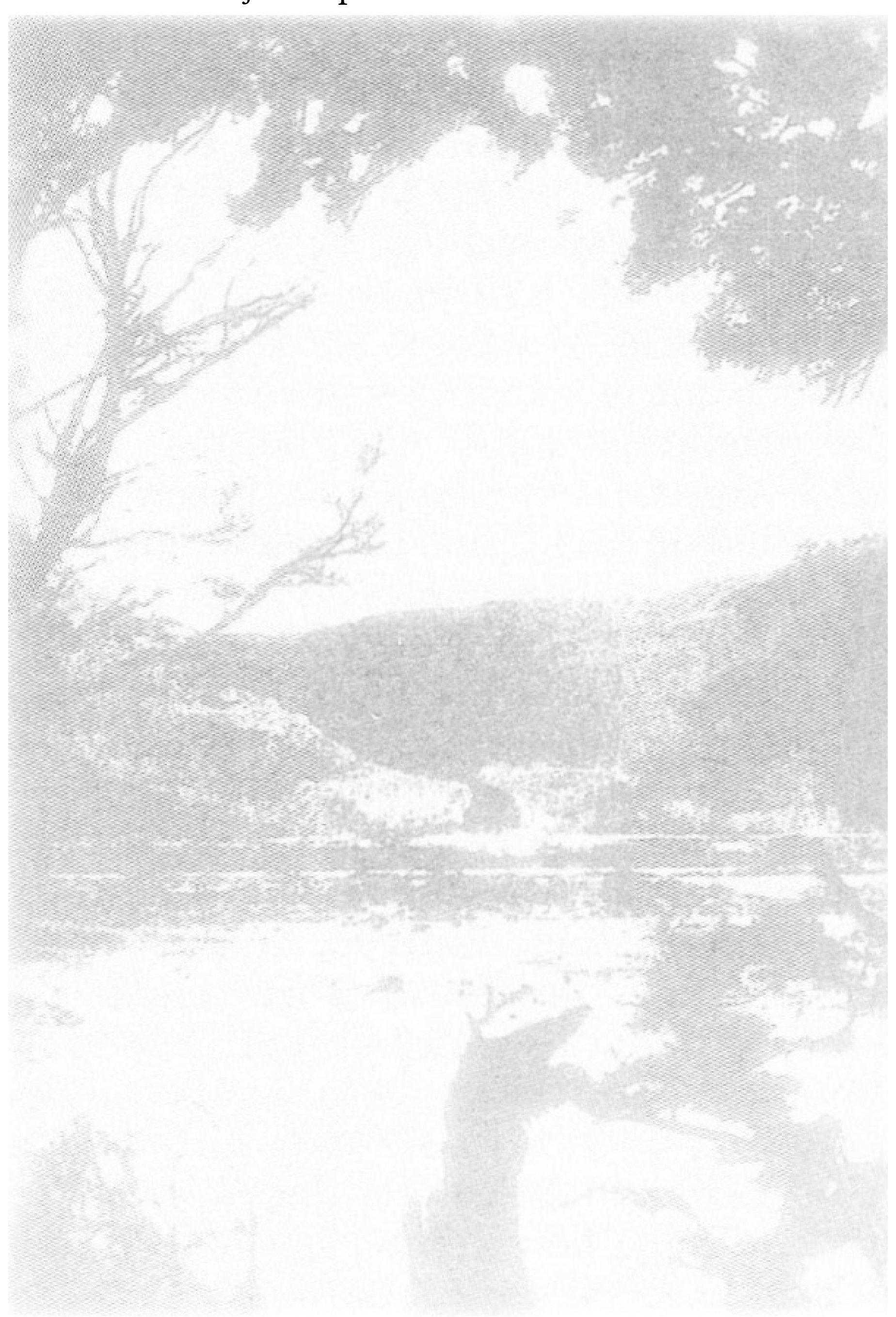
aventurado a cruzar la Olla del Patía. Sus terrenos, más profundos que el nivel del mar, el clima ecuatorial, veredas en la selva virgen, ríos precipitados, hacen de la excursión una aventura. El libro acabó de decidirme, pero ya no insistí con el poeta. Un estudiante que se había hecho mi amigo, un joven pasante de ingeniería, Enrique Restrepo, decidió acompañarme y adquirió los informes indispensables. El correo despachaba semanariamente un convoy de indios con mulas que transportaban las bolsas de correspondencia y uno que otro encargo. El dueño de la mulada solía alquilar caballos para algún viajero desesperado. Regularmente, el viaje a Pasto y a Quito se hacía por mar. Cuando el rector se enteró de que nos marchábamos por tierra, proveyó de credenciales a Restrepo, titulándolo mi acompañante oficial y agregado de honor a nombre de la Universidad de Popayán. Un vaporizador de *flit* y dos mosquiteros fueron lo más preciado del equipo, que adquirimos, por cierto, de la tienda o quincallería de los hermanos Vázquez, muy finas personas que me atendieron por recomendación del hermano ingeniero, que años atrás había sido mi amigo en París. La máquina de escribir y las maletas de mano fueron a lomo de mula; el baúl lo encomendé al ferrocarril para ser embarcado en Buenaventura con rumbo a Guayaquil. Y un par de caballos, aceptables, nos sacaron de la noble y tradicional Popayán, fundada por Benalcázar tras un viaje inverso del nuestro, pues partió de Quito, y combatiendo salvajes llegó todavía con ánimos de fundar una ciudad. Los libertadores también, Bolívar y Sucre y sus séquitos, habían hecho otrora aquel camino, como quien va de paseo. Así es que, confiados y alegres y adelantando en galopes cortos a los indios del correo, que eran a la vez nuestros guías, disfrutamos el amanecer por campos revestidos de follajes. Atravesando uno o dos ríos, caminamos toda la mañana y a

eso de las tres de la tarde desmontamos en la placita bien empedrada de la aldea encantadora de Dolores.

Andes adentro

En la mente llevaba la configuración del territorio extraída del libro que acababa de leer, pero gradualmente las impresiones recibidas se fueron imponiendo como bordado sobre canevá. Dolores cuenta unos quinientos habitantes. Nos creíamos ignorados cuando se presentó muy comedido el alcalde. Los amigos de Popayán lo habían prevenido por telégrafo, y dando excusas porque no existía en el lugar ni hospedaje ni fonda, nos alojó en uno de los cuartos altos de la casa municipal, un tanto deteriorada, pero limpia. Pedimos baño, porque hacía calor, y nos llevaron a un chorro próximo, que corre bajo arboledas y bejucos. Concluido el baño, nos hicieron visitar unas huertas; luego, al atardecer, nos sirvieron comida. Ya entrada la noche, nos instalaron, removiendo sillas y escritorio, un par de catres de lona con mosquitero. Al lado, abierta de ocho a diez y alumbrada con lámpara de petróleo, funcionaba una pequeña sala de lectura. Tres o cuatro hombres de traje humildísimo leían en ella revistas. Una docena de libros en un armario era todo lo que poseía la institución. Y se nos hizo ver que entre esos libros había algunos de los clásicos editados por la Universidad de México; también números atrasados de *El Maestro*, publicación nuestra de la misma época. «Como ve usted —explicaron—, no nos era usted desconocido.» Y confieso la satisfacción que me causó confirmar la difusión, la utilidad de aquel esfuerzo editorial, tan censurado por compatriotas que se precian de cultos. «Y

esto —pregunté—, ¿es milagro singular de Dolores, o hay bibliotecas semejantes por las aldeas?»...



Los Andes: «Por el lado de la serranía, una huella alta y distante indica el camino que conduce a Bolívar, aldea sobre los Andes que es uno de los paraderos de la llamada “ruta de los libertadores”»

Se me aseguró que era raro el municipio que no mantenía una pequeña sala de lectura. Obsequiamos a la biblioteca dolorense dos o tres libros que hallamos en las maletas mi compañero y yo; dormimos tranquilos, al abrigo de un poblado tan distinguido espiritualmente.

Antes del amanecer, y guiados siempre por los del correo, atendidos por un mozo de estribo, dejamos Dolores; caminamos en silencio, todavía sin luz, más de dos horas. Con el amanecer nos llegó el relente grato de las vegas; nos acercamos a un río. El camino era pedregoso, pendiente, torcido, en sube y baja pesado para los animales. A uno y otro lado de la vereda, la vegetación irrumpe, los ramajes detienen el paso. Resbalando casi, llegamos a una corriente ancha, pero fácilmente vadeable. Del otro lado, subiendo el barranco, abordamos una meseta desnivelada y extensa, cerrado el confín por la cordillera. Faldeando, torciendo, apurando a las bestias en los trechos mejores, comenzamos a subir. Los animales están habituados y resoplan, pero avanzan; el camino entra por vericuetos de montañas rugosas. Se despeja a ratos el panorama, pero no se ve ni una casa, ni un rancho; estamos ya en el páramo inhospitalario. Una o dos horas de marcha, por una cortada irregular, al costado de los cerros, conduce a una meseta. Creemos haber subido bastante. A la izquierda, sobre una cumbre altísima, vemos en el cono más alto una mancha de tierra. «¿Qué puede ser? —preguntamos—. ¿Quién subió allí para dejar esa raspadura en la cima desolada, inaccesible?» Y el guía contesta: «Es el camino.» Nunca pude entender por qué en toda la comarca hacen pasar el camino precisamente por las cumbres, en vez de buscarle una ruta por la falda.

¿Qué objeto tiene subir tanto para bajar en seguida? Alguien me explicó que desde tiempo inmemorial se han trazado así los caminos para evitar los deslaves que cierran el paso en los planos inferiores. El hecho es que desalienta el esfuerzo gigantesco y aparentemente inútil de aquellos ascensos. ¡Y cuánto rodeo antes de que la ascensión comience de verdad! Una hora más caminamos y, por fin, aparece una aldea. Unos plantíos de caña de azúcar le dan vida escasa; está poblada de negros. No habíamos desayunado y bebimos un par de vasos de guaro, el jugo de la caña fermentado. Lo venden sacándolo de una olla de guaje que llaman castizamente calabazo. Nos hacemos servir un poco de arroz y gordas de maíz; un canto escolar nos sorprende. No hay más de una docena de casitas de adobe blanqueado, pero una de ellas, ubicada lejos del camino, entre palmeras un tanto resecas, es la escuelita. Una semejante hay en cada aldea colombiana. ¡Y sin ruidos ni propagandas y pese al oscurantismo de la administración de cuarenta años de gobierno conservador!

Un corto galope bastó para dar alcance a nuestros indios. Van cinco o seis, trotando a pie, tras de sus mulas cargadas con el correo, uno que otro paquete y nuestros equipajes. Y si no hubiera sido por la sensación de vuelo que dan las cumbres, no hubiésemos creído que el risco por donde doblamos una vertiente era el mismo que dos horas antes contempláramos desde la meseta. Bajamos, creció de nuevo la vegetación en torno nuestro. Penetramos a una cañada cuando serían las once o las doce de la mañana. Una corriente de aguas claras levantaba espumas y ecos entre las rocas, árboles lozanos pervadían el ambiente con su frescura. A la orilla de un remanso de arenas doradas por el sol tomamos un baño, sin que faltara el lujo del jabón y la toalla previsoramente encomendados a la maleta que el mozo

conducía. Una larga experiencia me ha enseñado que no se debe cargar con alimentos. Siempre sobra de comer si se dispone de unos centavos, y es más agradable ir alimentándose de lo que da, en cada sitio, la tierra.

Montamos de nuevo, dejamos la cañada y traspusimos, al paso de las bestias, otro penoso trecho de la serranía. Horas largas torturantes en que se reniega de haber tenido la idea del viaje, se recuerdan las advertencias de los amigos... ¡Con razón nadie se atreve!... Las rodillas duelen; se cambia de postura en la silla de montar. No se conversa porque hay que ir en fila por la vereda pedregosa, que sube y baja sin término. La serranía está pelada, pero recubierta de grama verde, salvo en los riscos. Se siente un gran alivio cuando la ruta desemboca en la quebrada imponente, de peñas calizas, por cuyo fondo atruena un afluente del Patía. Creemos estar cerca del término de los afanes de la jornada, cuando en realidad falta lo más duro del trayecto. El camino toma hacia la derecha, río abajo. Las piedras obstruyen el angosto sendero cavado a la mitad del elevado barranco; abajo, el camino descubre, a trechos, la corriente, la oculta en otros con tupida vegetación. Rozan las zamarras con las rocas de la muralla natural según se apartan del voladero las pisadas del caballo. Enfrente, por la izquierda, la otra margen del cañón se prolonga inaccesible, muralla salvaje que en los milenios han tallado las aguas. Una hora, dos, de lenta marcha y se desciende al llano; árboles dispersos tuercen el curso de las veredas. Trotan, reanimadas un instante, las cabalgaduras; luego el brazo, cansado de arrear, vuelve al azote. La vereda se aleja de la confluencia de los ríos, perdida entre la selva que engruesa. Rumor benéfico anuncia la proximidad de la corriente. Por el vado se atraviesa sin dificultad el Patía, mojando la panza de los caballos. Sobre el filo de un largo, alto barranco, aparecen en hileras nuestros

muleros, que van siempre adelante. Ascendemos el barranco, y según se avanza por él, aparece a la izquierda uno de los panoramas más imponentes del planeta.

En el abismo cubierto de follaje, resonante, muge el río aumentado el caudal; por la izquierda hace de margen el macizo de la cordillera: verde en la cercanía, azulada en la distancia, prieta de basaltos gigantescos, alada en cumbres que arrebatan el ánimo. Una legua o más, y hasta donde la vista alcanza, el edificio de las rocas finge colección de castillos y murallas inútiles y magníficos. En sus crestas bárbaras juegan las nubes. En la distancia, un cortinaje oscuro se desgarra de pronto al golpe del rayo y desata un chubasco; a los pocos minutos vence el rosicler y se despeja el confín. A nuestra vista se ha desarrollado, en todos sus actos, el drama de la tempestad en escenario infinito y sin que una gota de agua nos moje el vestido. Nos hallamos en la era anterior a los dioses paganos, en los días de la formación del cosmos. Y se hallan, en efecto, en periodo de aguda transformación las masas andinas, presionadas hacia el mar profundo, que les cava deslizamientos y provoca terremotos.

Rendidos ya de fatiga, interrogamos a un viajero que camina en sentido contrario al nuestro, se dirige a un rancho distante y nos dice que falta una hora de trote para llegar a Mercaderes, término de nuestra jornada. Por experiencia sabíamos lo que es el plazo de una hora para el ranchero; sin embargo, nos sentimos consolados. El camino se había vuelto ancho y parejo, metido por el llano. Empezaba a oscurecer cuando vimos unos jinetes.

Se acercaron, y ya pasaban después de saludar, cuando inquirieron: «¿Fulano de Tal? Somos vecinos de Mercaderes, salimos a darles la bienvenida.» Extrajeron de la montura

cervezas, nos obsequiaron. Minutos después nuestras caballerías, mezcladas a las de ellos, que se hallaban descansadas, contagiáronse de brío y a galope ruidoso invadimos la calle larga, bordeada de casas de colores vivos, de un pueblecillo risueño, de unos mil habitantes dedicados a la agricultura. No estoy seguro de que se llame Mercaderes, pero está el pueblo sobre una meseta, defendido un tanto del calor excesivo y al centro de una zona cultivable. Con el macizo de la cordillera al costado, río de por medio y terreno libre por los otros rumbos, disfruta cierta abundancia de plátanos y frutos del trópico. Los pastos nutren bien los ganados y la cantidad de cerveza que se derrochaba era prueba de prosperidad, si se atiende al costo elevado que le da el transporte. En una casa céntrica nos tenían buena cama, bien protegida contra el mosquito. La cena que nos dieron resultó banquete. Telegramas de Popayán les habían comunicado nuestro viaje inusitado y se felicitaban, dijeron, de que un viajero imparcial diese testimonio de que zonas calumniadas y aun temidas ofrecen en realidad atractivos y comodidades apreciables. Con el comer y el beber fue creciendo la animación y pronto el pueblo entero estuvo de fiesta. Siguió a la cena una tertulia en la acera, frente a nuestro hospedaje. A media calle se instaló una murga. Preguntas, opiniones, discusión a ratos acalorada, teorías y consejos. Hubiéramos querido charlar indefinidamente, pero los mismos vecinos aconsejaron que partiéramos a las tres de la mañana para cruzar la hoya con luz. El temido descenso se inicia a pocas leguas de Mercaderes. Cortésmente se despidieron nuestros festejadores. El ingeniero y yo, apaleados hasta los huesos por la dura jornada, nos metimos, agradecidos, dentro de sábanas limpias, pero la cena abundante, imprudentemente ingerida, no dejaba tomar sueño profundo. Afuera seguían

las conversaciones. La música se fue de gallo y se escuchaba distante. Los que empezaron la parranda en la comida no querían retirarse. La una sería cuando, deseando complacernos, tocó la charanga en la ventana. No dejamos el lecho. Después de dos o tres piezas, se cansaron los músicos y quedamos en paz. Y pese a la fatiga abrumadora, hallamos deleite blando en el arrullo de los sones ingenuos. Eran testimonio fraterno para nuestras almas perdidas en la soledad de las cordilleras.

El día de la gran caminata empezó temprano. Antes de las tres golpearon el ventanillo los del correo, que ya iban de marcha. El mozo tuvo a la puerta los caballos ensillados, y tras de un ligero aseo, sin desayuno, saltamos a la montura. Los informes recogidos la noche anterior nos relevaban de toda inquietud; no había en el trayecto peligros ni obstáculos fuera de lo común, pero era indispensable cruzar el bajo de un tirón si no queríamos pasar una noche en la selva sin más refugio que acaso alguna choza infestada de mosquitos. En cambio, adelantando, llegaríamos más temprano a una aldea, fuera de la zona inhabitable. Los primeros kilómetros son de arboleda salvaje y rala. Cuando empezó a clarear, vimos troncos delgados, escaso follaje y terreno seco, cruzado por arroyos pedregosos. Se podía caminar de prisa y avanzamos tragando leguas.

Serían las nueve cuando se vio un rancho, simple choza de techos de paja y un cercado. Dentro de él, un par de negras ordeñan una vaca escuálida. Se me antojó un vaso de leche. Restrepo no quería tomarla, temía que la vaca estuviera tuberculosa, si no es que también las negras… «Si teme usted microbios, no respire», alegué de broma, y al fin bebió conmigo dos vasos, espumantes, deliciosos. Kilómetros adelante atravesamos un caserío, también de negros, con unos cuantos marranos, todo sucio y descuidado. Y otra vez

la vereda irregular por extensiones agrias, completamente deshabitadas. Con el sol arreció el calor, pero avanzamos sin interrupciones. Era cerca de mediodía cuando dimos el grito de triunfo. Estaba a la vista el cruce del río, nos quedaba toda la tarde para salir del tramo angustioso de la ruta. Nos estaba resultando menos penosa que los trayectos de montaña. Una negra toma los caballos de la brida y los lleva por el vado a la otra ribera. Sobre un banco arcilloso descansa la choza de los guardianes de vado, que lo explotan conduciendo a los viajeros. Detrás del empalmado, hojas de plátano tranquilizan con la sugestión del cultivo; por el fondo se prolonga la selva impenetrable. Frente a la choza, una pequeña terraza, sobre un recodo de la corriente, evoca el panorama de ciertas estampas de la India. En la playa habían descargado los de la conducta postal para dar reposo a las bestias. Un indio tomaba café bajo el empalmado. Desmontamos nosotros también, ya del otro lado del río, y decidimos bañarnos. En un manchón de guijarros que sobresalían de las aguas nos recostamos desnudos al sol. Un chico se aproximó y luego nos trajo plátanos asados y café. Y conversamos: sería divertido mandar nuestra fotografía a los que en Popayán presagiaban riesgos y penalidades... Si nos viesen recostados y dormitando al sol, al centro de la corriente, con voluptuosidad de cocodrilos. Pero los huesos dolían de fatiga. Cuando empezamos a subir el barranco para alejarnos del río, de lo tupido de un cañaveral surgieron chiquillos ventrudos que nos miraban con azoro. Dolía verlos desaseados y densamente pálidos, atacados de paludismo fatal; ni las monedas que les arrojamos aliviaban la tristeza de sus rostros. A pesar del calor intenso que en seguida del baño ya nos cubría de nuevo de sudor, enfundamos las manos en nuestros guantes, porque los mosquitos, en nube, seguían el trote de los caballos.

Más horas penosas a la orilla de una meseta prolongada, desolada, reseca, limitada siempre a la izquierda por el río en la hondonada y el muro gigantesco, imponente, de la cordillera. Y se miró por fin la aldea de los Remedios; apenas recuerdo el nombre, no obstante de que con sólo verla desde la distancia sentimos alivio de cuerpo y alma. Ya nos creíamos en ella y no llegábamos. Las bestias, fatigadas en exceso, ya no obedecían espuelas ni látigo. Se quedaban inmóviles a cada veinte pasos y era menester apearse para darles descanso, tirar de la rienda un trecho, antes de volver a azuzar. Era un consuelo, sin embargo, saber que en último caso llegábamos a pie. Lo terrible hubiera sido quedarse abandonados en la tierra baja desierta.

Un solícito alcalde nos consiguió decente hospedaje. La aldea es pobre, pero cuenta con casas enjalbegadas, como todas las de aquella antigua región. Acabábamos apenas de desentumecernos cuando empezaron a llegar visitas. El barbero, el maestro de escuela, el comerciante. Vive el poblado de las chivas que en número escaso se crían en la comarca. Se juntaron ocho o diez vecinos y nos invitaron a caminar al extremo de la meseta en que se asienta el caserío. Una especie de herradura cubierta de grama hace de parque. La vista que se tiene allí de los Andes, alineados en imponentes, increíbles formaciones basálticas, es cosa que no se olvida. Nos sentamos en el suelo a conversar. Y llamaba la atención lo bien informados que estaban los lugareños. Cada ocho días, el mismo correo que nos servía de escolta les llevaba diarios de Bogotá y de Cali. Los asuntos generales de la política mundial parecían interesarles aún más que la política nacional. Se hallaban contentos por el avance de la carretera de Pasto, que iba a librarlos de su secular incomunicación. Vestían pobremente, pero los modales, las ideas eran de caballeros. Cuando

oscureció, nos condujeron a una elevación poco distante, desde la cual miramos como una promesa las luces de La Unión, ciudad del departamento de Nariño, que al día siguiente nos reintegraría a las comodidades de la civilización. Por el lado de la serranía, una huella alta y distante indica el camino que conduce a Bolívar, aldea sobre los Andes que es uno de los paraderos de la llamada «ruta de los libertadores». Era la frecuentada en la época colonial, de preferencia a la ruta de la hoya que nosotros acabábamos de recorrer.

En memoria de Sucre

En La Unión tuvimos la sorpresa de que se nos recibiera de fiesta, con un arco enflorado y gentes de a caballo, comisiones y bullicio popular. Alguien había corrido la noticia con la debida anticipación y nos hallamos todo un programa que tuve que acortar, pues no quería perder tiempo en el camino. Lo esencial fue que se aprovechó nuestra visita para un homenaje a Sucre, cuyo monumento está a poca distancia, en Berruecos, en el sitio mismo que cayera asesinado por los dictadorzuelos que aprovecharon la independencia. En caballos, en carros y a pie se transportó el vecindario, circundó la modesta columna de piedra blanqueada que, a un lado del camino, recuerda al viajero la tragedia más penosa de nuestra historia. Rememorarla es confirmar la condena del militarismo, que desapareció de Colombia, pero sigue deshonrando territorios de nuestra estirpe. Y por lo mismo que Colombia supo extirpar a tiempo la plaga, Sucre se ha vuelto allá el símbolo de todo lo que es noble y puro en la historia. La improvisada ceremonia resultó conmovedora por la nitidez con que los vecinos de la remota ciudad entendieron mi caso de víctima del militarismo mexicano, vendido al *yankee*. En lugar de honor quedó mi corona de flores con otras del Ayuntamiento y de sociedades locales. Y no hubo soldados en la ceremonia, no vimos uno solo en todo el recorrido; apenas si ya en Ipiales, en la frontera con Ecuador, hallamos guarnición, y por cierto muy bien instalada en un cuartel flamante, y bien

vestida y cortés la oficialidad. Y de todos respetada porque no interviene en la política, no ejerce mando alguno civil, no estorba la autoridad del alcalde. Fiel a la tradición castiza, el alcalde gobierna poblados y ciudades en todo Colombia. En el libro que guarda el Ayuntamiento de La Unión me hicieron escribir un homenaje a Sucre; luego se nos despidió entre vítores y manos que se alzan, en el deseo del buen viaje.



El general Sucre. «Lo esencial fue que se aprovechó nuestra visita para un homenaje a Sucre»…

Durante mucho tiempo guardé, con cariño, la fotografía que se tomó al pie del monumento y que fue a alcanzarme a

Pasto, firmada al calce por cada uno de los claros varones que son custodios de la tradición heroica encarnada en Sucre.

Como espectáculo, el más hermoso trayecto es el que parte de Berruecos rumbo a Pasto. Un viejo camino real sube atrevido enlazando montañas cubiertas de verdor, ríos y barrancas. La vegetación se hace densa en las cañadas. En las cuestas sopla viento gélido. En todos sentidos se miran picos y macizos montañosos que convergen hacia el famoso nudo de los Andes, señalado por Humboldt. Después de zigzags, a la falda de las cumbres, baja el camino por una vereda estrecha que conduce al cañón del Juanambú. Desde un voladero se descubre una corriente clara y sobre ella el arco de mampostería de un viejo puente. Despacio se saborea el panorama bárbaro, sin embargo, marcado con el sello latino del pretil y el arco que parecen acomodados a la perennidad de la naturaleza misma. Y el paisaje se repite variando apenas; se trepa fatigosamente para volver a bajar por quebradas asombrosas. Es frecuente topar viajeros con sus cargas y abundan las aldeas. Donde hay ríos se establece el hombre, hoy lo mismo que en la prehistoria, según lo prueban las tumbas de los cubos, anteriores al inca, a orillas del Juanambú.

Empieza ya a oscurecer cuando gozamos la emoción de pisar los terraplenes de la carretera que se estaba construyendo entonces, a partir de Pasto, y que, según entiendo, corre hoy por todo el Patía. Pero faltan aún muchas leguas y varias horas de caballo para llegar a Pasto, el término de nuestras fatigas. Nubarrones cargados amenazan con aguaceros, más temibles aún porque ya vamos entumecidos por el frío de las alturas. Doblega la espalda uno de esos quebrantos que hacen desmayarse al nadador, en el momento de ganar pie, a la vista de la playa.

De pronto, en la lejanía y a la vuelta de una de tantas cuestas, brillan luces de faros de automóvil; un par de ojos luminosos primero, luego otros, y otros más. ¿Quiénes pueden ser y a dónde pueden dirigirse, si detrás de nosotros ha quedado la zona intransitable para los vehículos?

Un cuarto de hora más tarde, hundido en el asiento acojinado de un cómodo *limousine*, me acariciaba la charla de un caballero de cabellos blancos, el gobernador de la provincia, que junto con un séquito distinguido había salido a rescatarnos. Al rato, en un hotel abrigado, alfombrado, lujoso casi, nos sirvieron unos cocteles espesados con huevo, que incitaban a repetir. A esto siguió una cena estilo francés, acompañada de vinos sabrosos y cordialidad bien educada. Temprano se nos dejó solos, bien instalados en alcobas silenciosas, tibias, muelles. Y fue un regalo aquel reposo para nuestros cuerpos maltrechos.

Vive aislado Pasto, sobre una meseta cercada de montañas, separada del mar, distante de toda metrópoli. Quizá esto explica la singular, ilimitada hospitalidad que allá se estila. Y asombra lo que, en su retiro, ha podido hacer la raza que habita la comarca. Raza española, de vieja cepa, con mezcla de indio más notoria que en el resto de Colombia. Por el ambiente y aun por sus construcciones, la ciudad se parece a una de las nuestras del interior, a Toluca, por el aire helado que baja de la serranía y por las siembras de maíz, de trigo, de papa; sin embargo, supera a Toluca por causa de industrias, como la talabartería, la ebanistería y el comercio desarrollado. Las casas son de dos pisos, con aleros pronunciados, balcones salientes y rejas en los bajos. Una catedral barroca del XVIII eleva sobre sus muros robustos naves hermosas. El Palacio de Gobierno es de estilo neoclásico y hay dos colegios importantes, el de maristas,

con talleres modernos, y el de los jesuitas, instalado en hermoso edificio de tres pisos y patios espaciosos. Las construcciones son de piedra y ladrillo y también de bloques y lienzos de un adobe o argamasa de arcilla, de consistencia como la del cemento. Y se miran tristes las calles largas y rectas, empedradas a la antigua, por las que pasa de cuando en cuando un par de caballeros trajeados a la europea, mientras toman el sol, a orillas de las aceras, indios embozados en sus ponchos, inmóviles y taciturnos.

Se cumplió con las visitas de rigor y produje una conferencia sobre las ruinas de un teatro que no llegó a inaugurarse, y nos hubiera vencido la murria sin la tertulia que en los salones de nuestro hotel mantenían, a mañana y tarde, nuestros obsequiantes, encabezados por el gobernador, que nos demostraba cariño, se preocupaba de nuestras menores necesidades. La buena charla consumía las horas: se nos insistía para que tomásemos descanso de varios días en la más olvidada, pero acaso la más cordial provincia de la tierra colombiana.

Orgullosamente nos hicieron prescindir de nuestras cabalgaduras y en un par de automóviles oficiales se nos trasladó, cuando lo quisimos, hasta la frontera con Ecuador, acompañados de unos cuantos vecinos y despedidos tiernamente por el venerable caballero que ejercitaba la suprema autoridad en la región. A medio trayecto de un camino magnífico de panoramas está el famoso santuario de Las Lajas. Torrecillas barrocas, cúpula de media naranja, sobrios muros incrustados en la roca viva de la garganta del río Carchi. Según se desciende al costado de la sierra, descúbrese la fachada severa del templo: al lado hay un convento de dos pisos con puertas de arco. En seguida, y sobre un atrevido puente de cantería, se fabricaban muros de una basílica, que acaso hoy se halle terminada. De los

barrancos cuelgan vegetaciones frondosas; el golpe de la corriente engendra músicas informes. Una unción hecha de poesía y de creencia pervade todo el ambiente. Mi compañero Restrepo entra a la iglesia y lo sigo. La persignada, ese conjuro sagrado que establece entre los hombres de todas las razas el parentesco espiritual más preciado del mundo, viene a mis manos con la naturalidad de lo que se aprendió en la infancia. Y el ansia del rezo, que es como una sed de las almas, se satisface brevemente; más bien que pronunciada por los labios, brota silenciosa la plegaria de lo profundo del corazón. Y se comprende el afán de los doce mil peregrinos que, cada año, desafían incomodidades sin cuento para llegar al sitio en que la leyenda registra una aparición de la Virgen del Rosario, o sea una de esas ventanas que, por excepción, abre el cielo hacia el sórdido mundo de las apariencias nada más naturales.

La última ciudad colombiana por el lado de Ecuador es la próspera y antigua, bien construida Ipiales. Domina un angosto valle circundado de montañas soberbias. La influencia de Montalvo, que en ella vivió proscrito, perdura aún y se le cita familiarmente. Su literatura ha marcado el ambiente. Y es costumbre llevar al viajero por extramuros para que observe en el ocaso, encima de las montañas, entre formaciones densas, las nubes verdes que menciona el gran prosista. La casa en que vivió luce placa y perduran las anécdotas de su orgullo de mulato pobre, olvidado de la mayoría, respetado por unos cuantos, en los años largos de su exilio combativo. En rigor, de Ipiales en adelante, y por todo Ecuador, lo mismo en Otavalo que en Ambato, el país entero está penetrado de los dichos y los hechos del gran hombre que dio fisonomía a su raza.

Una iglesia románica, desnuda, pero bien proporcionada,

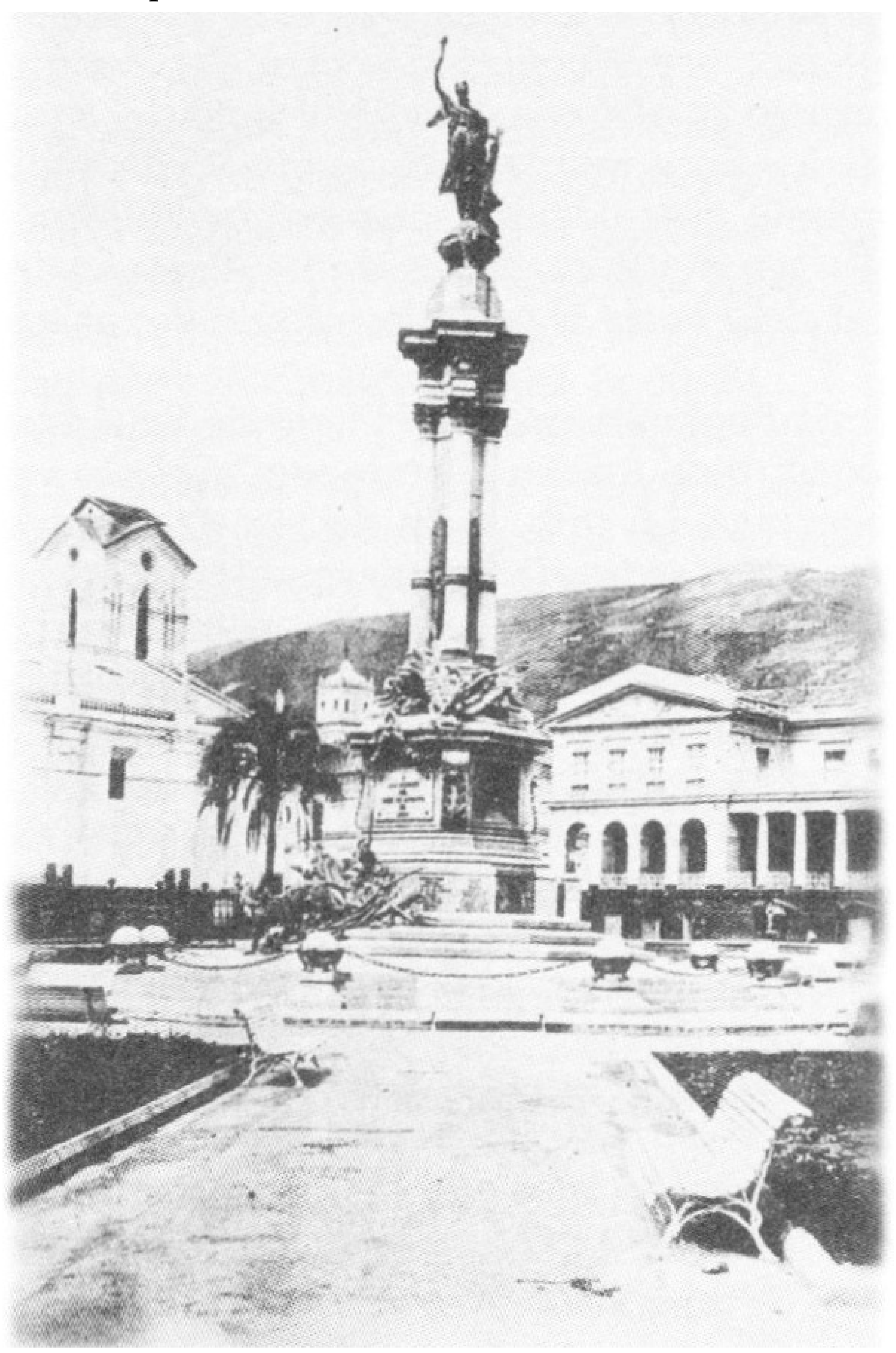
de tres naves espaciosas; un buen hospital, y dos o tres fábricas de sombreros de palma jipijapa, son los lugares que el viajero frecuenta. Al presentarnos al consulado ecuatoriano para pedir la visa de nuestros pasaportes, el cónsul, muy correcto, declaró: «Usted no necesita visa para entrar a mi país.»

El Ecuador

Un tanto divertido es el formulismo a que son tan afectos los sudamericanos; en vez de tomar un taxi de punto para cruzar la frontera, fue necesario esperar a que una comisión me llevara del hotel a la garita que está enfrente de la ecuatoriana. En esta última nos esperaba otra comisión de recepción, compuesta del alcalde de Tulcán, el jefe de la zona con dos ayudantes y diez o doce particulares. De la aduana pasamos al Ayuntamiento. Sala con estrado al fondo y sitiales, viejos retratos en los muros; el alcalde me sienta a su derecha; da lectura el secretario al acuerdo que me declara huésped de honor de Tulcán. Di las gracias en breve alocución; firmé un «pensamiento» en el libro de actas, y aunque eran menos de las once de la mañana, se sirvió champaña. El programa señalaba un almuerzo para ese mismo día en el cuartel. Tomándome bajo su amparo, con gran amabilidad, el coronel jefe de la zona me hizo visitar su campamento, bien montado, limpio, distribuido en casas para oficiales y dormitorios para la tropa. Al mediodía, en un espacioso refectorio, se sirvió una comida excelente. Uno de los oficiales ofreció el agasajo; respondí agradeciéndolo y sorprendido de tales honores dispensados a un particular. Y llevé la mejor impresión de aquella oficialidad apuesta, disciplinada y culta. Como antecedente, conviene recordar que en la Secretaría de Relaciones de Ecuador estaba por entonces Gonzalo Zaldumbide, ilustre escritor y amigo mío de años atrás en su Legación parisiense. El gobierno de

Ecuador se hallaba a cargo de un doctor Ayora, no muy querido al parecer, pero que se había sabido rodear de buenos ministros, como el de Guerra, un coronel Guerrero, que a su tiempo conocí en una comida, y era hombre de carrera, muy estudioso, complementada su educación en Europa. En general, procedía la clase militar de las academias. Y aun así, era imposible no advertir el contraste de la Colombia civilizada y progresista, donde el soldado no aparece en la vida pública, y Ecuador, atrasado y empobrecido, pero con sus soldados en primera fila, desde las aldeas hasta la capital. Rendida, pues, la pleitesía al elemento dominante, se hizo entrega de mí al alcalde, que me tenía alojamiento en su propia casa. Era ésta de dos pisos; la mejor alcoba de los altos quedó a mi disposición; al ingeniero Restrepo le dedicaron otra lateral. En los bajos, en un salón espacioso, comenzamos a recibir después de la siesta a los buenos vecinos que acudieron a conversarnos. De cosas de México, de cosas de América, se informaban todos. Y opinaban con acentuado sentido continental, más exaltado, si se quiere, en países pequeños como Ecuador que en Argentina o la misma Colombia. Esa misma tarde concertamos el viaje a la capital. Toda una larga jornada tenía que hacerse a caballo. Era tiempos de lluvias y esto hacía que los caminos fuesen bastante inseguros. Alegué que en mi país estaba acostumbrado a los malos caminos de montaña, y quedó convenido que partiríamos temprano al día siguiente. No quiso el alcalde que mi compañero Restrepo se ocupase de conseguir las bestias: todo corría por su cuenta; nos conduciría personalmente a la ciudad de Ibarra, donde hallaríamos ferrocarril para Quito. Estábamos en estos arreglos cuando llegó telegrama del Círculo Vasconcelista de Otavalo, agrupación que funcionaba años atrás; le había dado mi nombre a una escuela y había

mantenido correspondencia conmigo. Acepté detenerme unos días para visitarlos.



Monumento dedicado a los próceres de la Independencia en Quito, Ecuador

Por la noche nos sirvió el alcalde un banquete suntuoso de más de cuarenta convidados. Hubo música y discursos y eran las dos de la mañana y no acababan las libaciones. El clima frío de la región incita a beber mucho y fuerte. Sirvieron en la mesa vinos de uva, pero después de la comida se empezó a beber un aguardiente homicida semejante a nuestros mezcales. «El azote de la meseta», pensé. Y empezó a preocuparme el reloj. Estaba convenido que partiríamos a las cinco de la mañana. «Confíe usted en mí —decía el alcalde—; yo estaré listo aunque no duerma»; pero yo no, medité, y por fin logré escapar; dormí unas horas. Apenas amaneció, desperté a Restrepo. Sintió la casa nuestro movimiento y pronto apareció ya con las botas puestas el buen alcalde, que era hombre alto, robusto, blanco, muy decidido y simpático. Y aunque no deseábamos comer, se nos bajó a la mesa servida con carnes frías y panecillos, dulces y frutas y el famoso chocolate ecuatoriano que yo había reclamado. Mientras comíamos, a pesar de la hora temprana, empezó a llegar gente; conversábamos y no partíamos. Alguien informó que los caminos estaban impasables, que era prudente esperar. Viendo mi ansiedad, el alcalde ordenó que a pesar de todo partiéramos. Encabezó él a los jinetes: un grupo numeroso de a caballo nos acompañó una o dos leguas fuera del pueblo. Estaba neblinosa la mañana y el terreno mojado. Avanzamos despacio; va la ruta sobre montañas interminables. En una pendiente vimos que las mulas de unos arrieros, bien cargadas, se deslizaban cuesta abajo, por las ancas. Un lodo resbaladizo impedía el ascenso. Llevábamos buenos caballos y tomando la delantera pretendí poner el ejemplo. Mi caballo, respondiendo al castigo, inició el ascenso con brío; a los pocos pasos patinó,

dobló las manos, me echó sobre el fango. Levantándome, quise subir a pie; mis pisadas resbalaron como sobre jabón. Parecía realmente imposible seguir adelante y recordé aquellos relatos de la abuela sobre los caminos que tuvimos que atravesar por Guatemala, siendo yo un nene de dos años. ¡No eran fábulas de anciana: existían caminos impasables mientras dura la lluvia! Y fue entonces cuando el alcalde mostró su temple. En vez de ordenar el retroceso, cosa que ni mi aguda impaciencia habría censurado, se acercó, me ayudó a montar de nuevo y resolvió: «Nos saldremos del camino, iremos a campo traviesa», y forzando un cercado nos metió por unas siembras, rodeando el caserío de una aldea, hasta tomar de nuevo el sendero. El paso era lento; el campo, cubierto de grama, estaba cenagoso; se atascaban las bestias, resoplaban; luego, al azote, seguían. Y esto duró varias horas. Subimos, sin embargo, hasta que la vegetación fue perdiendo color. En el páramo ya no se ven sino pequeñas palmas cloróticas que llaman frailejones por la especie de capucha blanca que les sale en la punta. La acción clorofílica se vuelve nula en aquella altura de cuatro mil metros sobre el mar. Nunca he sido fuerte para los cambios bruscos de presión. El terrible soroche, mareo de la montaña, empezó a preocuparme; los oídos zumban; los rostros de los acompañantes se miran pálidos. Sólo nuestro amigo el alcalde avanzaba impertérrito, rubicundo. A mi lado Restrepo no se quejaba, pero en un desnivel, al bajar una pendiente, le resbaló el caballo y él se fue por las orejas. Animosamente se levantó y volvió a montar. Reímos todos, pero yo pensaba: «Si a mí me tira, ya no tendré fuerzas para treparle a la montura.» Me sentía al borde del vértigo. Me afirmaba en los estribos y procuraba alejar la preocupación que agrava, a menudo, precipita el colapso.

El alcalde llevaba un mozo de la región y lo hizo

adelantar, a fin de que, de una finca ya no muy distante, nos mandaran, en caso necesario, auxilio. Cuando ya desesperábamos se abrió una de esas visiones que hacen la grandeza del paisaje en las montañas. Perdida en la extensión inmensa de un valle limitado por cordilleras, se veía la casa de una hacienda. Un anfiteatro de cumbres cerraba a gran distancia el horizonte. Pero el descenso fue penoso, largo. Resultaban tan pronunciadas las pendientes que era menester un esfuerzo para no rodar con todo y bestia. Los animales mismos van tomando la horizontal; a ratos parece que la desandan, pero lentamente se avanza y también, muy despacio, se va recobrando la confianza porque el aire es menos delgado; se respira mejor, se va saliendo de la región peligrosa del vértigo. Lluvias intermitentes nos habían mojado por debajo de la manga de viaje, pero la proximidad del refugio nos hizo olvidar el frío, la incomodidad. A la mitad de una de las cuestas más pronunciadas nos alcanzaron los caballos de la hacienda, pedidos por el alcalde. Remudamos y se hizo más fácil la marcha. En la casa de la finca nos salieron a recibir los dueños, dos hermanos ingenieros jóvenes, educados en Estados Unidos. Atendían sus cultivos de trigo, sus ganados y se daban buen trato; en el salón, alfombras y ponchos finos; en la mesa, revistas en inglés. Y en la chimenea, un buen fuego, que seca nuestras ropas, en tanto que el *whiskey* nos devuelve a una sana temperatura. Eran como las cuatro de la tarde: nos sirvieron de comer y se habló por teléfono a Ibarra; contestaron que salían autos a nuestro encuentro. Para ganar tiempo, los dueños de la finca nos subieron en su propio automóvil. Y avanzamos por una carretera que corre a la falda de una sierra escarpada, granítica, por una garganta estrecha que baja a la tierra caliente y atraviesa una hoya no menos famosa y malsana que la del Patía. Pero

se cruza rápidamente gracias al auto. En uno de los claros de la montaña, bajo la hondura de un cielo de límpido azul, pasó volando una pareja de cóndores majestuosos.

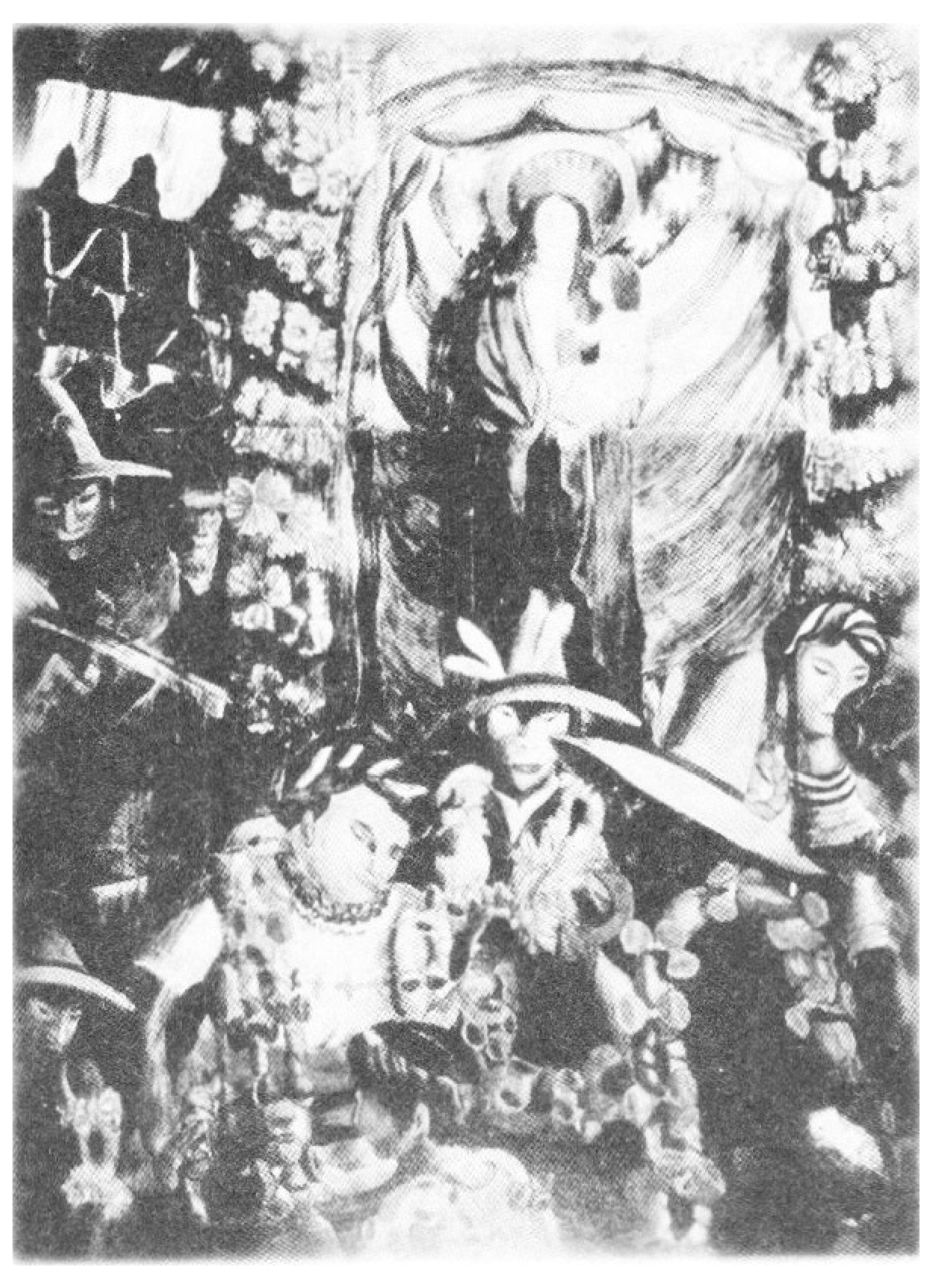
Ya en la oscuridad de la noche, nos encontramos con los que venían de Ibarra; me pasaron a uno de los coches nuevos. Ponían mucho empeño los ocupantes en que no se abrieran las ventanillas porque estábamos aún en la zona baja y temían el piquete de los mosquitos. A Restrepo y a mí ya nos tenían tan vacunados que sonreíamos de la preocupación. Pero empezamos a descubrir ese horror que demuestran los ecuatorianos por las zonas bajas tropicales. «Abrigado» llaman al clima de altura, y yo lo encontraba terriblemente desabrigado, con sus vientos cortantes, peores que los de la meseta mexicana. Y añoraba el calor de la costa.

Lo más notable de esa noche fue la cena que nos sirvieron en el casino de la localidad, que no correspondía, por su excelencia, a la importancia escasa de la población. Cocinero francés, nos advirtieron y, en efecto, hubo buena sopa y pasteles de carne, legumbres y postres, con la legítima champaña. Un refinamiento bastante común, por otra parte, en las pequeñas ciudades sudamericanas. El viaje a Europa es por allá complemento de educación y compromiso social. Casi no se es persona, menos personaje, si no se puede hablar con naturalidad de las fondas parisienses, los paseos del Viejo Mundo. De Estados Unidos, en cambio, no aceptan sino los tractores, las máquinas para la agricultura.

Una viva satisfacción fue tener, a la misma mesa de nuestros amigos de Ibarra, al bravo alcalde de Tulcán, que por vernos a salvo se salió de su provincia.

Otavalo

Ubicado en una estrecha meseta a inmediaciones del Imbabura, Otavalo disfruta de lo que llaman por allá clima abrigado. Quizá se refieren a que se halla al abrigo de los mosquitos, que no resisten lo que apenas el hombre soporta: un viento escalofriante que sopla eternamente. La ciudad vive de siembra de trigo y de papa y de algunas pequeñas industrias, y es un centro espiritual de importancia en Ecuador. Muchas ciudades de las nuestras quisieran contar, por ejemplo, con una biblioteca como la que en Otavalo sostiene el municipio, ayudado por el grupo de escritores y amantes de la cultura que difunden el nombre de su ciudad por medio de una revista muy selecta, aunque de vida discontinua. El palacio municipal es un buen edificio de dos pisos de mampostería, con anchos corredores para disfrutar el panorama del volcán y la cordillera. Las salas altas guardan retratos de los próceres locales. Y en la planta baja está la biblioteca, repartida en un salón principal y dos o tres oficinas y anexos. Cinco mil volúmenes seleccionados están allí a disposición del vecindario y un sinnúmero de revistas y periódicos del día. Regularmente se adquieren libros nuevos y constantemente hay dos o más empleados dispuestos para servir, orientar a los lectores. Una junta privada y el municipio atienden a la conservación y mejora del instituto, que es pequeño, pero da esa impresión de vida que es raro encontrar.



Detalle del mural *Danza Xóchitl-Pitzahuac*, de Ramón Cano Manila: «Durante varios días, indios y no indios, comunidades y particulares, se ponen caretas, se disfrazan»…

Dos o tres días disfrutamos la compañía de los remotos amigos de mi círculo otavalense. Cada uno se esmeraba en la

deferencia. A pretexto de que no querían que fuese a sentirme solo, cada una de las tres comidas congregaba más de una docena. Invitados por el alcalde, hicimos un paseo por cierta laguna que goza fama de pintoresca, pero soplaba un viento tan agrio que hubiera sido preferible estar encerrado. Y la autoridad insistía: «¿Qué le parece el volcán Imbabura? Otros viajeros que hemos tenido por aquí han asegurado que es una de las maravillas del mundo; Fulano y Zutano lo han repetido en libros. ¿Usted qué opina? ¿Irá usted a decir eso mismo? ¿Verdad que es insuperable?» Lo malo es que yo había visto tantos volcanes y me había maltratado el cuerpo con tantas sierras que más bien ambicionaba la dulzura de una pradera en la tierra baja de las inmediaciones del mar. Y las mesetas de Ecuador son demasiado altas; más altas que las nuestras y más frías y desapacibles, desabrigadas, por más que insistiesen nuestros amigos en que contaban con un clima «abrigado».

En cambio, una excursión que hicimos a caballo al pueblo inmediato, en que se celebraba una feria, resultó verdaderamente interesante. Al principio, el alcalde no quería que fuésemos… Padecía el complejo del mestizo nuestro de la época de Porfirio Díaz, enemigo del color local por sonrojo de su sangre indígena. Insistí porque me dijeron que se trataba no precisamente de fiesta de indios, como despectivamente juzgaba el alcalde, sino de una pantomima colectiva como las que subsisten en determinados lugares de Europa y que la Iglesia ha naturalizado en todo el continente americano. Durante varios días, indios y no indios, comunidades y particulares, se visten trajes extravagantes, se ponen caretas, se disfrazan, ya de conquistador, ya de cacique, y con sus mujeres al lado, en trajes de colores vivos, pendientes en las orejas y en el cuello toda suerte de collares, se lanzan por las calles bailando en procesión;

seguidos de músicas tristonas, se pasan en el atrio de los templos horas y horas entonando cánticos, formando ruedos de bailarines, y no pocos terminan ebrios porque beben mezcal y ya no el buen vino de los conquistadores. Es decir, hemos podido conservar los trajes que nos inventó la Colonia, pero no el cultivo de la vid, que requiere ciencia y paciencia. Por eso también la alegría sana de las fiestas en que circula el vino fermentado se nos ha vuelto un confuso, secreto regodeo sombrío en que el grito atávico del bárbaro remplaza la risa del civilizado. Sin embargo, mientras desfilan en su paso lento, monótono, los bailadores alcoholizados, se comprueba en los disfraces, los colores y el corte de las ropas, la comunidad del estilo que el español dio a las distintas tribus de México, de Ecuador y, sin duda, más al Sur. Una réplica de nuestras danzas regionales, seudoindígenas, son las danzas de Ecuador, lo mismo que las de Nuevo México; como que son invención, no del indio, desprovisto de industria y de comunicaciones, sino del conquistador, que difundió unos mismos sones, un mismo gusto, igual cultura de California a la Pampa.

El mismo sello castellano se conserva en Ecuador, en las casas de las poblaciones y en el trato caballeroso de los vecinos. Y nada pueden contra él los agentes de la penetración imperialista. De eso conversamos al regresar a caballo por llanos y cuestas. Sobre una colina me señalaron la casa abandonada de un pastor protestante, que en vano quiso catequizar a los indios más ignorantes. Le faltó, comentábamos, el aparato artístico que trajeron los españoles y la superioridad de una cultura que fue capaz de abarcar y transformar todos los aspectos de la vida, y no únicamente su técnica.

Ningún esfuerzo intelectual me es tan penoso como el dictar una conferencia, y como en Ecuador no hay

costumbre de pagarlas, había logrado eximirme de hablar en público en Tulcán y en Ibarra; pensaba que con las conferencias que ya me había contratado por telégrafo la Universidad en Quito bastaría para salir del paso. Pero en Otavalo no hubo manera de eludir el compromiso. Y lo cierto es que hablé con gusto al público selecto que llenó el pequeño teatro. Y no hice sino explayar lo que ya había expresado en las conversaciones particulares. Había allí un círculo de dirigentes, futuros o actuantes, y procuré demostrarles los peligros de la penetración que empieza, como en México, revestida de la mansedumbre del predicador metodista y acaba en la intromisión descarada en la política interior, a la manera de Morrow, el embajador. El boicot moral de las doctrinas exóticas y la autonomía económica, el desarrollo de nuestras propias industrias, eran los remedios contra la invasión que prometía ser más dura que el coloniaje español, por lo mismo que era extraña a nuestras tradiciones y nuestra sangre.

El tesoro de la amistad

La confianza en los lazos de la amistad espontánea ha solido dirigir mis pasos y rara vez me he equivocado. Sin la vieja simpatía del círculo de amigos de Otavalo quizá no me habría decidido al viaje por Ecuador. Si Gonzalo Zaldumbide no hubiese sido entonces ministro, no hubiera llegado a Quito tranquilo; más aún, precedido de toda suerte de consideraciones y presagios dichosos. El rector de la Universidad me instaló por cuenta de su instituto en el mejor hotel; cómodas alcobas y a la mesa una botellita de vino francés, añadido al menú, como en las fondas parisienses. Un hermano de César Arroyo me llevaba por las mañanas flores de su jardín. Un caballero acomodado, coleccionista de arqueología, entendido en arquitectura colonial, me dio a conocer las magníficas iglesias y conventos. El de San Francisco es de una hermosura que rivaliza con las mejores construcciones del mundo. Cúpula redonda y torre barroca, sus claustros son eco de la poesía del Oriente, graciosa y recia. La iglesia de la Compañía, obra jesuítica, posee retablos que igualan a los mejores de Puebla. El salón de Cabildos no tiene par en nuestro México. Y en suma, Quito es, en arquitectura, la primera de las ciudades de Sudamérica. También en higiene sobresale, toda asfaltada y limpia, recién pintadas en colores claros las casas particulares; noble, macizo, el neoclásico de la catedral, que guarda los restos venerables de Sucre; risueño el jardincillo de la plaza principal, cerrada con edificios mediocres

modernos, pero bien cuidados, flamantes.



Iglesia de la Compañía de Jesús, Ecuador: … «posee retablos que igualan a los mejores de Puebla»

Manejando su propio automóvil, Zaldumbide me hizo conocer las afueras; me subió por la falda del volcán Pichincha; sembrado de eucaliptos el sitio de la célebre batalla lo que me hizo exclamar: «Hasta ahora entiendo eso de que una batalla se diera en un volcán.» «Pues tiene usted razón», asintió Zaldumbide, y reímos. Y atento no sólo a mi

comodidad y recreo, también a mi espíritu, discretamente me señalaba nombres y títulos de libros nuevos, útiles para enriquecer los temas americanos que venía yo tratando. El hilo de París nunca lo corta el distinguido escritor, y esto, en vez de crearle en su país suspicacias, le aumenta la autoridad, pues hay en todo ecuatoriano el deseo de hacer más culta a su patria, más parecida a Europa.

Recordé que alguna vez, comentando un cambio político en Ecuador, le había preguntado a César Arroyo, en Marsella: «¿Y cómo quedará ahora Zaldumbide? ¿Lo retiran de París?» «¡Ah, no! —declaró Cesarito—. A Zaldumbide nadie se atreve a tocarlo; el que lo hiciera caería en desprestigio: es el primer escritor del país; ¿quién podría sustituirlo dignamente en Francia?» Así era, pero es admirable un pueblo que sabe apreciar de esa manera a sus hombres de letras, sus ciudadanos eminentes. Y la admiración y el respeto se les convierte a los ecuatorianos en veneración cuando se trata de los grandes patriotas difuntos. Los héroes nacionales no son allá Flores, el general dictador que fundara la República y ya nadie recuerda sino por sus crímenes; tampoco son sus grandes patriotas, ilustres inéditos a la manera de Hidalgo, Morelos, Juárez, que cuando un extranjero pregunta dónde están sus obras, qué libros dejaron escritos, tenemos que bajar confusos la cabeza, pues eran letrados y no se expresaron. Los prohombres de la historia ecuatoriana son tipos como Rocafuerte, escritor y ministro de México en Inglaterra; luego, en su patria, presidente benemérito. Y por encima de todos, Montalvo, cuyos diez o doce libros son el tesoro que el país ofrenda a sus visitantes. Eso me obsequiaron en Ambato, la colección montalviana, que expresa y resume lo mejor del alma nacional. Memoria respetada es también la del arzobispo González Suárez, que además del ejemplo de

su vida dejó siete tomos de una historia de la República del Ecuador. Desgraciadamente, eso de dedicarse a la historia de un país es condenarse uno mismo a ser provinciano por toda la eternidad. Pues, ¿quién va a echarse a cuestas fárrago parecido, así lo redacte un genio?

En la casa de Zaldumbide, después de una cena íntima, quedó determinado que bajo el patronato del rector, allí presente, daría yo una conferencia en el Teatro Principal sobre tema educativo. Después de esa conferencia quedaría libre para dar, por mi cuenta y riesgo, una plática popular sobre la política mexicana del momento. Movilizando Zaldumbide amigos y legaciones, logró teatro lleno para el primer acto, que fue de invitación. Asistieron a los palcos las primeras familias de la capital y hubo plétora de periodistas, escritores, profesores y estudiantes.

Palpitaba en la sala esa ansiedad que precede a las ocasiones muy anunciadas y de las cuales espera mucho el auditorio, tal y como en la tarde inicial de un diestro famoso. La conciencia de mi insignificancia ante aquella exagerada expectación estuvo a punto de convertirse en pánico. Y de haber seguido el impulso instintivo, echo a correr fuera del teatro y con rumbo al hotel y a la frontera. Contra deserción parecida me defendía la creencia de que llevaba mensaje útil para un público que era porción de mi propia raza amenazada. De suerte que comencé enumerando las maneras como podría cumplirse el compromiso de unidad que el pasado nos impone; insistí en la urgencia de salvar nuestra singularidad en medio de las manifestaciones superiores de la cultura universal. En nombre de tal misión debíamos combatir las influencias que tienden a hacernos parias por el cuerpo y por el alma. En la tensión del ambiente había algo del imán que sujeta corpúsculos: así el pensamiento liga, orienta las conciencias.

Haciendo la crítica que debe preceder a la formulación del rumbo nuevo, caí, sin quererlo, en la mala voluntad de algunos oyentes, según más tarde supe. Hablé de profesores de otra era que, a fin de lucirse ante el alumno, guardan celosamente el librito recién llegado de Europa en vez de ponerlo libremente en las manos de los alumnos. «Dio usted en la llaga», me reveló años después, en París, Velasco Ibarra, que se halló aquella noche entre el público. «Mucho de eso había aún en nuestra Universidad —agregó— y su observación fue el principio de las resistencias que en seguida se le manifestaron.» Lo peor fue, según consenso de diversas autoridades, que en la conferencia sobre política me atreví a mencionar a la masonería como una de las fuerzas que apoyaban a Calles en México. Ostensiblemente le otorgó no sé qué banda o cinturón, en premio de las matanzas de católicos. En la ocasión, no supuse que denuncia tan obvia me acarreara mala voluntad ni entre los masones, porque si yo fuese masón, aprovecharía cualquier crítica sincera para corregir los yerros de mi cofradía y habría de exigirle que se pusiera a la altura de lo intachable o la largaba con todo y su infamia. En todo caso, agradecería más bien el denunciador del mal, y le diría: «Venga con nosotros a nuestra asociación para ayudarnos a purificarla.» A ello están obligados, por lo menos, quienes, según entiendo, postulan el liberalismo y la tolerancia como principios supremos de la convivencia humana. El hecho es que yo, por aquellas fechas, no tenía la menor idea de que andaba, sin saberlo, en propaganda antimasónica. Circunstancias que más tarde se me fueron presentando sirvieron para que los obstáculos inesperados acabaran por abrirme los ojos.

Se dio una fiesta de caridad durante mi estancia en Quito y tuve que asistir a ella porque la patrocinaban y contribuían al espectáculo las cuñadas de Zaldumbide y otras señoritas

de alta sociedad. Desenterré de la misma maleta que había atravesado la hoya del Patía un viejo *smoking*, y no tuve que preocuparme de conseguir palco, porque el embajador argentino, el excelente Barilari que años antes conociera en Buenos Aires, sabiendo que yo no ponía un pie en la Legación mexicana, representante de usurpadores, me dio por domicilio legal la embajada de su país. Y me sentó en su palco, al lado de la guapa, elegante embajadora. Cuando el ministro de Norteamérica fue a saludarla, me presentó la dama sin el menor reparo. Y me aconsejaba Barilari: «Siga hacia el Sur y quédese en la Argentina; el gobierno de Irigoyen es el único que, por el momento, de toda la América, puede darle apoyo a su propaganda.» Me seducía una gira de conferencias por la Argentina de entonces, y si no me decidí fue porque se siente muy lejos aquel escenario. Por otra parte, deseaba acercarme a México por razones de familia. Mi hija se había casado y estaba contenta; pero mi hijo, con mi esposa, se hallaban en Los Ángeles y precisaba ir a rescatarlos. Además, me urgía reunirme con Valeria, que por cable me comunicó una mala noticia. Se había vuelto a escapar de México, pero no en paz, según habíamos convenido, sino raptándose al hijo en avión. Me exponía el proyecto de gestionar divorcio en Inglaterra, con patria potestad exclusiva. Le escribí desaprobando sus planes: la prolongada discordia le robaría tranquilidad para el trabajo. Además, si no contaba con dinero en cantidad, los gastos de un juicio en tierra extranjera la arruinarían. Sobre sus finanzas nunca me habló en detalle, pero su reciente situación apurada de California me hacía temer que otra vez se viese comprometida. Mis propias ganancias no iban a servirle ni para empezar: todo lo expresé francamente, aconsejándole volviese a México para arreglar sus asuntos en forma definitiva. Y no supe más de ella sino a las seis

semanas, cuando llegué a Cuba.

De Quito me despedí cordialmente. La impresión de esta visita consta en el artículo, único que guardé, como una especie de *souvenir* documentado. Dice así:

Vasconcelos: he ahí un hombre que tiene un INRI en la frente; el INRI de todo idealista, de todo pensador que pone, sobre el poder brutal de la fuerza, el poder moral de la idea; sobre las violencias de la autoridad, la dignidad suprema de la libertad humana. Este INRI es una aureola y es un estigma. Aureola para los que miran con los ojos del espíritu. Estigma para el canalla que adora la fuerza, el mando, el éxito y el poderío.

En esta hora de servilismo que envuelve a la humanidad, lo dijo una mujer, los pensadores y los ideólogos están condenados a la burla y a la afrenta. Quizá lo estuvieron siempre, pero la insolencia de los hombres de la fuerza se agiganta en ciertas épocas históricas, cuando las guerras desencadenan el furor de las pasiones y despiertan la fiera que duerme aún, no domada, en el fondo primitivo de donde, trabajosamente, en esfuerzo heroico de liberación, se levantan los sentimientos y las obras de la civilización y la cultura.

Por eso, principalmente por eso, es admirable este pensador que ante la insolvencia reagravada de los hombres de la fuerza posee el valor y la audacia de su reto altivo y de la infinitud de su desprecio. Que otros admiren y ensalcen su obra de sociólogo, de filósofo, de americanista. Yo rindo homenaje al hombre que ama la libertad sobre todas las cosas porque sé, con Marcelino Domingo, que sin el dolor que se siente cuando se pierde un derecho o se carece de un derecho, sin este dolor que prueba la riqueza de la sensibilidad humana, la sabiduría más excelsa es abyecta; que con este dolor, la ignorancia más abyecta es excelsa. Rindo mi homenaje al rebelde idealista que siente, como carne viva, la herida que en su patria de México abren y ahondan los hombres de la fuerza.

Vasconcelos fue un día gobernante y creyó como Sarmiento que gobernar es educar. Sus detractores, los hombres de la fuerza, dijeron que derrochaba los caudales públicos, ellos, que han derrochado en México no sólo el dinero, sino, a torrentes, lo que vale infinitamente más: la sangre, la vida, el espíritu de varias generaciones. Ellos, los hombres de la fuerza, para quienes una vida humana no vale nada, deploran la fecunda inversión de los dineros en la formación de almas y el beneficio de la riqueza espiritual. Educar es hacer aptos a los hombres para el gobierno propio… Gobernar debiera ser, por tanto, libertar. Libertar al hombre, sobre todo, de su propia ignorancia y de su propia incapacidad, y luego, de la autoridad de los demás y de la autoridad de los hombres de la fuerza. Vasconcelos, con aquel impulso asombroso que dio a la educación pública en México, impulso que fue el escándalo de los hombres de la fuerza, probó que él entendía así el papel del gobernante. Pero no pudo ser gobernante de la única manera racional, legítima, civilizada, porque esos hombres no quisieron colaborar con él… Los hombres de la fuerza, que son hoy y han sido siempre los verdugos del gobierno,

que han hecho de la historia una organización sistemática del crimen, que no son ni han sido nunca, con raras excepciones, los impulsores del progreso y de la civilización —los pueblos progresan y se civilizan, en general, a pesar de sus gobiernos—, no conciben ni ejercen la autoridad sino para su engrandecimiento propio, como egoísta y orgullosa satisfacción del placer de dominar, de oprimir…

Y los hombres de la fuerza que persiguen las ideas cuando brotan del espíritu de los ideólogos y los pensadores del solo espíritu, que los engendra y posee legítimamente; los hombres de la fuerza se apoderan de esas ideas cuando, muertos sus legítimos progenitores y poseedores, pueden, a voluntad y capricho, desnaturalizarlas y prostituirlas. Y las convierten en señuelo para cautivar y engañar a los pueblos y en manto untuoso que cubra y oculte la miseria de sus obras y de sus hechos.

Vasconcelos vivo, como Rodó, como Montalvo, como todos los idealistas, será hostilizado, será escarnecido por la grandeza y fuerza de sus ideas. Vasconcelos muerto será un hombre glorioso e inmortal, timbre de orgullo de su patria, y sus nobles ideales caerán en manos de los hombres de la fuerza para recibir el más cruel de los ultrajes, la violación inicua que mancilla, que bastardea, que envilece. Por fortuna, caerán también en el surco de almas puras, de las almas buenas, donde sólo encontrarán el calor germinal que les dé vida y las haga florecer, en el misterio y oscuridad de infinitos años, esperando el lejano día en que la historia se transforme y desaparezcan del haz de la tierra los hombres de la fuerza.

He ahí un hombre que tiene un INRI en la frente, el INRI de las grandes ideas y de los nobles principios. He ahí una víctima y un blanco para el odio y furor de los dueños del mundo.

Pero los hombres libres lo saludamos con el fervor espiritual de quien encuentra a alguien o algo que nos reconcilia con la vida y el mundo, que resucita la muerta fe en la humanidad y sus futuros destinos.

Quito, Ecuador, jueves 3 de julio de 1930.

JOSÉ RAFAEL BUSTAMANTE

Diario *El Día.*

Este gran Bustamante es admirado y querido en su patria, aunque no seguido; pero la semilla de su prédica sobrevivirá a la racha de comunismos y fascismos que han corrompido a toda una generación. Y en la nueva era de la libertad y la justicia, si alguna vez se produce, su nombre figurará hermanado con el de Montalvo. Y si esa era no adviene, nada pierde con ello Bustamante, abroquelado desde hoy en alto y generoso desprecio de la iniquidad. Y no son raras, en Ecuador, las almas del temple de Bustamante.

El Chimborazo

Habíamos pasado el día, mi compañero Restrepo y yo, como huéspedes de Ambato, la patria chica de Montalvo. Una sociedad local tiene a su cargo la conservación de la casa que habitó una temporada el proscrito y el mantenimiento del culto nacional de su obra. Por la mañana subimos la colina en cuyos planos altos, no muy espaciosos, están las ruinas de tres o cuatro salitas modestas en el centro de un jardín de tierra templada. En vano buscan los ojos la biblioteca que debiera ser el tesoro del lugar, los objetos familiares que en Europa o Estados Unidos adornan las casas museos de otros grandes conforme al espíritu. Quizá ni el mismo Montalvo llegó a juntar una buena colección de libros, ni pudo rodearse de los pequeños lujos de belleza que cualquier escritor mediano adquiere si tiene la fortuna de nacer fuera de las malditas zonas militarizadas de nuestro continente. Más, mucho más ambiente subsiste en la casa de Jorge Isaacs, en Colombia. Y eso que las personas que forman la sociedad montalviana de Ambato son ilustradas, entusiastas, devotas del gran hombre; pero no tienen el mando; están, como todo el resto del país, subordinadas a los vaivenes de la milicia que se turna en el poder y simula todo, lo mismo la democracia que la cultura, pero es incapaz de crear, incapaz siquiera de conservar, inepta para entender un mensaje como el de Montalvo. Leen, acaso, los contemporáneos sus páginas violentas y aún las aplauden, pero no se dan cuenta de que siguen estando dirigidas

contra ellos, enderezadas contra el militarismo de la hora, no sólo contra el pretérito. Una infinita depresión moral ocasiona la visita de Ambato, aglomerado de criollos empobrecidos, cansados de soñar proyectos nobles que cada vez resultan fallidos.



El Chimborazo, Ecuador: … «el chofer ambateño, enamorado, como buen ecuatoriano, de las bellezas de su país, avisó: "El Chimborazo"»

Y pensábamos: «Si Montalvo reapareciese, volvían a echarlo gentes como las de su época. Con Zaldumbide no se meten porque es un esteta. Si se pusiese a predicar, lo expatriaban, pero sin sueldo.»

Las carreteras están bastante adelantadas en Ecuador; la obra material no necesita de genio, le basta con producir rendimientos a la codicia. Porque permite negocio con los dineros públicos, el asunto de las carreteras encuentra acogida fácil en los ineptos gobiernos. Y algo queda, aunque sea un terraplén sin asfaltar. Bien apisonadas estaban las principales carreteras que yo recorrí. De suerte que se podía dormitar en el trayecto, y esto es lo esencial para que un camino merezca su nombre: que sea lugar de reposo para el

cuerpo y tarea, nada más, de la máquina que opera el transporte.

Dormitábamos, pues, en un rincón del asiento trasero cuando el chofer ambateño, enamorado, como buen ecuatoriano, de las bellezas de su país, avisó: «El Chimborazo.» Y por el lado derecho de la ventanilla del auto pudimos contemplar un cono ancho de base y muy esbelto, blanqueado de nieve y de luna. Se le sentía tan próximo que no nos sorprendió el frío que soplaba. Por abajo, se perdía de vista el valle cubierto de sombras. En la soledad, el cono majestuoso relucía como si fuese de cristal. El corazón envidiaba aquel reposo duradero; luego, reflexionando, se recogía otra vez dentro de sí, porque mañana el volcán rodará junto con las arenas del valle rumbo al mar, que todo traga, en tanto que el alma, para entonces, habrá cambiado, quizá hasta de constelación.

Agradable y cómodo es el hotel de Riobamba; en sus comercios venden bustitos de Sucre (tallados en marfil vegetal que Ecuador exporta para la manufactura de botones); también pinturas en tabletas de hueso y tarjetas vistosas. Nada de esto hay en Colombia. Se nos ocurre que las artes populares, todas de origen colonial, subsisten donde hay población aborigen; desaparecen de Colombia, de Argentina, porque el inmigrante trae oficios más lucrativos, incluso arte más formal.

De madrugada nos despiertan para abordar el tren que nos conducirá a la costa.

Tierra baja

El ferrocarril que liga el altiplano con la costa es en Ecuador una escala angulosa, irregular, de atrevidas pendientes. Los precipicios son tan profundos que el viajero no los aprecia desde el vagón. Es necesario contemplar el trazo, así que se ha hecho alto en alguna estación intermedia, para darse cuenta de la audacia del constructor. Esculpidos sobre la roca aparecen algunos tramos de vía; enormes basaltos de una pieza sostienen el acantilado; fatiga la desnudez de las sierras; entristece el ambiente frío y, por fortuna, al producirse el descenso, la vegetación irrumpe y el organismo recobra su plenitud. En las horas de la tarde se atraviesa la zona costera revestida de floresta virgen. De las casas ahogadas en la espesura salen niños bulliciosos, mujeres en claras telas, hombres de camisa limpia. En cada parada, el convoy se ve cercado de curiosos. Las caras, los ademanes, recuerdan el tipo de nuestra costa veracruzana. Nos creeríamos también por las Antillas. La naturaleza, las construcciones, el vestido y aun el dejo de la pronunciación revelan el estrecho parentesco. Por momentos, ciertas figuras femeninas hacían creer que estábamos ante mestizas de Colombia o de nuestra costa del Pacífico. Varias estaciones antes del puerto subieron al vagón comisiones de vecinos de Guayaquil y de las aldeas próximas, en traje blanco de lino los hombres, flores en las manos las señoras, para dar la bienvenida al mexicano y anunciarle el programa de festejos.



Indígenas de América del Sur (litografía)

Al descender en Guayaquil, otra comisión, muy formal, me comunicó el acuerdo del Ayuntamiento, que se hacía cargo de mi hospedaje, y me hizo entrega de un precioso, auténtico pergamino, grabado en oro y esmaltes por un artista local. Contenía la bienvenida firmada de unos cuarenta vecinos notables: maestros, periodistas, comerciantes. El afán de unificar el continente hispánico, tema popular en el Sur, y la campaña favorable que me habían estado haciendo los dos diarios principales del

puerto, *El Telégrafo* y *El Comercio*, explican que la estación estuviese concurrida como para el arribo de una fama nacional. El soplo del mar, la cercanía de las selvas tropicales, la abundancia de sol determinaban aquella despreocupada alegría de almas de pájaro, sedientas de vuelo y de luz. Muy lejos había quedado el encogimiento que a veces creemos es exclusivo de nuestros indios y que pude observar otra vez en la meseta andina, desde Pasto hasta Quito y Ambato, y que probablemente se debe a la indumentaria tradicional del poncho, el sarape, incómodo embozo que abriga mal, pero ata los brazos, y al suprimir el ademán entorpece la lengua también.

¡Oh climas terribles de la América hispana! A lo mejor de la raza anglosajona quisiera ver en la lucha del trópico, seguro de que lo harían peor que los descendientes de españoles. Y justamente de esto hablé en una conferencia, apuntando al ejemplo de Jamaica, degenerada, convertida en factoría desde que la tomaron los ingleses, y en contraste con Cuba y Santo Domingo, al fin y al cabo naciones con lugar en la historia moderna. Un viejo residente inglés me contradijo en un diario y ello dio lugar a que no se hablara de otra cosa por varios días. Tomó mi partido la mayoría y me anotaron otro punto en la columna de la mala conducta los de las fuerzas ocultas que rastreaban mi camino y me oponían obstáculos. ¡Qué era eso de disgustar a los ingleses! Y aunque de pronto callaron, en la sombra intrigaban rotarios y metodistas; en general, los siervos de la sajonería internacional, más bien dicho, y según hoy se ve claro, de la judería bancario-bolchevizante. Uno de los más afamados constabularios de *mister* Morrow, el aviador ortiz-rubista Sidar, había pasado por Guayaquil meses antes, pero a lo que parece no supo crear simpatías. «Aquí mismo donde estamos sentados, en este café porteño —me dijo un redactor

de *El Telégrafo*—, estuvo su paisano Sidar, que consumó unos vuelos por cuenta de su país y tomaba la copa conmigo. Y le pregunté: "¿Qué probabilidades tiene Vasconcelos de ser presidente de México? Según los mensajes de la prensa, lo siguen las poblaciones en masa." "Ningunas —contestó Sidar, y añadió convincente y convencido—: ¡Qué no ve que nosotros ganamos el poder a... y no lo soltaremos sino a la fuerza! ¡Qué importan los votos! ¡Ni que fuéramos tan pendejos!"... Y rió con cinismo: se hallaba medio ebrio y ya había estrellado un par de aparatos costosísimos, de marca norteamericana.» Más tarde se clavó en otro avión por el Caribe y, si mal no recuerdo, lo han consagrado héroe nacional.

Pero ya se comprende la utilidad que me prestaron estos propagandistas de desprestigio para la tarea que yo llevaba de enseñar a los sudamericanos el porvenir que aguarda a las naciones que entregan su alma al extranjero y no sólo sus bienes. Predicaba, parodiando a los judíos de la época buena: «Dejad, si es inevitable, que el romano haga el puente, pero no le toméis la religión, no toleréis que el busto de César remplace el Arca de la Alianza en el templo.» Así, nosotros podemos soportar la obra material de los ferrocarriles y las carreteras y aun aprovecharlas, siempre y cuando nuestra cultura alcance normas libres y propias.

Con todo y ciertos aspectos de controversia y de sorda lucha, fueron muy agradables los días que pasé en Guayaquil, por obra, principalmente, del rector del Colegio Secundario, sus profesores y alumnos. Se verificó, en esos días, un concurso internacional de oratoria. Estudiantes de Norteamérica, de colegios protestantes, visitaron Guayaquil para contender amistosamente con los ecuatorianos. Falló el jurado a favor de éstos y se tuvo la gentileza de invitarme a presidir la fiesta en que fueron entregados los diplomas. Y

resultó la ocasión un pretexto para el desahogo del delirio patriótico más puro. Justo es decir, además, que la paliza la soportaron los *yankees* con inteligencia y caballerosidad. Entre ovaciones prolongadas dije palabras de estímulo para los jóvenes y entregué los pergaminos. El salón henchido disfrutaba el legítimo triunfo de los nacionales. Y en medio del bullicio victorioso, pensaba yo con tristeza en que ningún colegio de mi patria se hubiera atrevido, por aquellos días, a reconocerme como lo hacían los ecuatorianos: un político militante de la raza; no el simple maestro que los fariseos querían hacer de mí en mi país. Un grupo de vecinos prominentes nos obsequió un paseo por la ría anchísima y azul, poblada de garzas en las márgenes, infestada de mosquitos en las ciénegas. Horas enteras disfrutamos el panorama y las conversaciones. Al oscurecer, merendamos las rueditas de plátano frito, el alimento popular del país.

En la cubierta del barco que debía llevarme a La Habana despedí a Restrepo, mi querido compañero de viaje, el excelente muchacho de Popayán, y tomé de secretario honorario a un mexicano que regresaba a Nueva York, después de una gira comercial por cuenta de una casa norteamericana. Su familia, arruinada por el militarismo endémico en nuestra patria, emigró siendo él un niño. Educado en Estados Unidos, ganaba comisiones elevadas y se mantenía fiel a su sangre. No quería, sin embargo, regresar a su país mientras siguiese imperando la barbarie. En la aldea que fabrica los mejores jipijapas había adquirido una docena de ejemplares finísimos a precio reducido. Uno de ellos me obsequió, que en Nueva York hubiera costado un dineral, y me aleccionó en el arte de apreciar las calidades: lección que aproveché al comprar a bordo, y para obsequios de familia, dos o tres de los que ofrecen en los puertos del Pacífico. El rector del colegio guayaquilense me regaló una

caja de puros ecuatorianos que perfumaron la travesía, me convirtieron en humo las penas y las *saudades*. Un ladrillo de chocolate escogido, que esperaba aprovechar cuando tuviera casa en algún sitio, se derritió, se agusanó con el calor… *Sic transit* los bienes del mundo. Pero mi «panamá» de lujo, ligero y fresco, me duró no sé cuántos veranos.

Cuba esclava

La lección que de México mandara el pretorianismo la aprendió al pie de la letra Machado. Simulación de interés por el pueblo y tiranía despiadada; negocios deshonestos y prédica socialista; inauguración de carreteras y presos políticos echados a los tiburones. Un terceto dictatorial nefasto deshonraba la América: el decano era Juan Vicente, en Venezuela; el maestro, Calles, en México; el discípulo, Machado, en Cuba. A Machado le faltó el apoyo *yankee* y cayó el primero. El procónsul local exigía más y más: era del tipo Morrow, banquero en primer lugar y diplomático *per accidens*. Tampoco satisfizo Machado plenamente los propósitos de la mafia poinsettista; no persiguió a la Iglesia y encarceló y mató comunistas. De allí que le endilgaran manifiestos con la firma de Waldo Frank y otros literatos que condenan a Mussolini como déspota, pero nunca a Stalin. El *New York Times* y *The New Republic* también se pronunciaron contra Machado; para acabar con curas y gachupines les hacía falta allí un régimen a la mexicana. Y al efecto se sobornó al ejército, se produjo el cuartelazo, y los oficiales pasaron a ser gobernados por sus sargentos. ¡Pobre Cuba! Meses antes de todo esto viví en La Habana, conversé con jefes de uno y otro bando, aconsejé a los obreros prudencia, a los comunistas les advertí que serían, como en México, el pretexto para las intromisiones de Washington. Y finalmente, en forma pública expresé mi simpatía por los nacionalistas de Moncada, que hubieran salvado a la

República. Por eso mismo se vieron hostilizados por el procónsul, desertados por la juventud que, momentáneamente, se dejó envenenar de marxismo.



Campo Marte, La Habana, Cuba: «Para los periódicos de Cuba yo era el verdadero presidente de México, y esto se repetía por las

aldeas y en las tertulias»

La situación era ya tensa y odiosa cuando llegué. A pesar de ello, la amistad de grandes cubanos como Marinello, como don Fernando Ortiz, como Mañach y Chacón y Calvo, don Cosme de la Torriente, me proporcionó ratos de solaz y oportunidades de información y algún provecho económico. Con anterioridad me habían invitado a dar unas conferencias. Elegí de tema la exposición de mi teoría metafísica y, de paso, la crítica de la filosofía del behaviorismo que privaba, lo supe con horror, en la cátedra universitaria oficial… «Nuestra universidad, usted sabe, por sus relaciones con la Columbia no puede eximirse; nuestro profesor de filosofía allá se graduó… Sí, precisamente con Dewey.» Y sobre Dewey y todo el pragmatismo behaviorista me fui, procurando insistir en lo triste, imperdonable que era aquella entrega voluntaria del alma a los mismos que controlaban el azúcar, manejaban la política. «¿Cómo se podía —interrogué en privado—, estar contra Machado (y todos los intelectuales lo estaban de modo valiente) y a la vez suscribir el behaviorismo, que justifica la absorción del organismo más débil en el más fuerte; principio que, si fuera cierto en biología, no hubiera dejado sobre el planeta otra población que la de los mastodontes?»

Y en mi plática pública apunté:

Los imperios mastodontes de la historia suelen no sobrevivir al destino de una de sus colonias, una de sus tribus. La capa alta de la intelectualidad no era behaviorista, estaba afiliada a Brentano. Y se hablaba de que «acababa de empezar la filosofía» con el fenomenismo y el punto de vista crítico; «por primera vez la conciencia usaba los sentidos para darse cuenta de que existen los objetos, ya positivos, ya imaginarios. Darse cuenta del problema es más interesante que resolverlo». El empleo casi esotérico de las

preposiciones de, para, en relación con, va definiendo una objetividad que resulta no ser objetiva, sino ideal, pero lo ideal no es una idea, sino una esencia. La conciencia «es algo» y precisa, además, «tener conciencia de que se está consciente». En torno a parecido galimatías se hacía neoescolasticismo y se revisaba la literatura. Ni la poesía escapaba al fallo fenomenológico de los *a* en relación con *b*. Para descifrar todo el enredo hacía falta una clave exclusiva de los neófitos de la *Revista de Occidente*. Una ciencia, en suma, reservada a los «equipos de selección» de que hablara Ortega y Gasset.

Mañach, que tiene mucho talento, no comulgaba del todo con las ruedas del molino criticista. Y Marinello, como poeta, se libertaba fácilmente; pero los horteras leídos, los estudiantes apagados, las mentalidades confusas y lentas, ¡cómo hallaron razón de ser en la secta, y no sólo en La Habana, en tantos otros sitios de la América española! El vendaval seudorrevolucionario arrastró a la mayoría de los fenomenistas hacia el marxismo: el parentesco hegeliano se impuso…

De prisa terminé mi compromiso de conferencias. Los diarios se portaron con gran generosidad, dándome a corregir, a complementar, las crónicas de cada sesión en el teatro. Luego, en un departamento de por el Vedado, me puse a trabajar en mi *Ética*. No quería poner manos a la *Estética*, que me rebullía en la mente, sin pasar antes por el puente de la ética. Por vía de preparación me puse a revisar lo que me sería útil, esencial, para mi trabajo. El director de la biblioteca, un caballero a la española, me reconoció una mañana en la sala común, se me acercó y me condujo a su oficina; me invitó a usar una salita privada. A eso del mediodía, me llamaba a su despacho. A esa hora juntaba él a los lectores más distinguidos para una breve tertulia.

Médicos que consultaban algún caso, abogados que preparaban una tesis. Y siendo todos cubanos, ya se pueden imaginar el ardor de las charlas que eran, además, cultas; a menudo sabias, siempre cordiales. Terminada la reunión, comía en alguna fonda buen arroz o garbanzos; luego me daba tres cuartos de hora de siesta y en seguida me ponía a la máquina a sacar en limpio los apuntes de por la mañana. Pero tan laboriosa tranquilidad se interrumpía muy a menudo. Los tiempos eran de tempestad y no escapaba a sus rayos. Mis mejores amigos y visitas cotidianas viéronse en batalla con los esbirros de Machado, a las puertas de la universidad, que fue cerrada, parcialmente incendiada.

De mi parte, las noticias familiares no eran del todo favorables. Mi hija se hallaba dichosa en México; Herminio se abría paso con dificultad, entre la canalla ortiz-rubista, y sin depender de ella. Pero mi hijo perdía el tiempo en la universidad californiana. ¿Quién no ha desperdiciado uno o dos años en las disipaciones, las pasiones tontas y ardorosas de la juventud? Lo peor es que hallándose en país sometido a la prohibición, él y sus amigos de un círculo de artistas y extras de cine bebían de golpe los más infames alcoholes: tequilas de México cargados de hedor; *whiskies* nativos de tóxicos bárbaros que solían causar la ceguera. Decidí llevarme al muchacho con su mamá a La Habana. Y apenas llegó lo puse frente a una botella de buen Jerez: «Si le tomas gusto —anuncié—, no volverás a beber esos alcoholes que raspan, queman el paladar y producen borrachera idiota, salvaje.» Así fue; no hay riesgo, sino bondad, en los vinos fermentados; en cambio, los destilados son siempre una peste. Otro problema más hondo me horadaba la entraña. Valeria estaba en Nueva Orleáns. Deseaba yo reunirme con ella, pero no quería la responsabilidad de un niño con padre acomodado, a quien yo no podía proteger. Si hubiera sido

sola, nada más fácil que iniciar juntos y abiertamente vida nueva y tarea espiritual, que nadie como ella podía realizar a mi lado. Pero no cedía en la violenta disputa de su divorcio. En una de sus cartas me habló de la voluptuosidad que había sentido, atravesando de paseo el Mississippi, ante la idea de perderse en sus remolinos, terribles como el destino que la azotaba. Sólo la consideración del compromiso que tenía conmigo, explicó, la había contenido. Me confirmaba, asimismo, que en la patria todos se resignaban, todos pretendían olvidar lo del 29 y congraciarse con los rufianes del gobierno, dirigidos por el procónsul. Añadió que se hallaba dispuesta a toda clase de sacrificios. Pues bien, le pedí el sacrificio de que regresara a México y procurase un arreglo amistoso en su lío marital. Su respuesta fue embarcarse para Europa. Y sin confesar que se iba desprovista casi de fondos, al contrario, dando a entender que no necesitaba dinero. Bien sabía ella, por otra parte, que pecuniariamente no podía yo ayudarla en la cuantía requerida para gastos de viaje y abogados. «No te preocupes, ya todo está previsto; mi abogado me ha dicho»…, etc., etc… Llegué a creer que estaba en camino de recuperar su antigua prosperidad…

Y me conformé con la idea de que pronto estaría yo en posibilidad de alcanzarla en Europa. Me hallaba pendiente de cartas para El Salvador, país en que, a semejanza de Colombia, se paga al conferencista con esplendidez. Contaba con invitaciones privadas y hacía falta, nada más, el visto bueno oficial —indispensable en toda la desventurada Centroamérica—. Me consiguió el sésamo mi viejo amigo de París y colega de los «Diablos Viejos» de San Francisco, el doctor Carlos Leyva, que fungía a la sazón de ministro de su país en Washington.

Las noticias de México mantenían en mi ánimo una suerte

de tema de sinfonía emocional que dominaba los demás intereses y atenciones. A ratos procuraba ahogar la preocupación mexicana y me sentía emancipado el pensamiento; pero, en la misma Habana, prensa y corrillos ocupábanse a diario del caso México. Asesinatos en masa como los de Topilejo eran, por reacción, mi mejor propaganda. Para los periódicos de Cuba yo era el verdadero presidente de México, y esto se repetía por las aldeas y en las tertulias. «No lo dejaron triunfar los militares», se agregaba. Y en la misma prensa *yankee*, en su sección no controlada por el judaismo poinsettista, idénticas afirmaciones eran cosa corriente: «No lo dejó triunfar el ejército», y todo el mundo confiaba en que surgirían divisiones en el ejército, discordias internas que darían al traste con Ortiz Rubio y quizá nos abrirían la puerta de la rebelión armada que debería castigar, disolver el ejército. Sueños de quienes no advertían que el ejército es instrumento de la mafia poinsettista, que cambia de jefes, pero no de intereses y propósitos. La posibilidad de la revancha se alejaba por culpa de la oposición, dedicada en su desastre a predicar la paz. «Paz con la ignominia», replicaba yo, pero en balde. Mis mejores amigos escribían diciendo: «No hay ánimo de pelea, es preciso esperar; preparar el porvenir; quizá en la otra elección.» Tal actitud me exasperaba. ¡Hasta cuándo llegarían a convencerse de que en otra elección, habituado el pueblo a verse burlado, las fuerzas independientes se hallarían más débiles, no más fuertes! Repudiaba a los que al hablar de mí recomendaban al «maestro». Para México no debía yo ser sino el rebelde irreconciliable con los que traicionaron el voto y la patria. En estas circunstancias, me escribió Taracena. Lo recordaba apenas entre tanto corresponsal que solía visitarme en el Hotel Princess. Se me había hecho simpático al declarar, en

broma, que él, como agente de la prensa de los estados, mantenía contacto con veinte mil lectores, lo que eran ejército de opinión, un ejército que ponía a mis órdenes. Pero no supe que estuviera afiliado a nuestros clubes, ni que arriesgara una opinión propia o un peso en una campaña que a tantos había costado los bienes y aun la vida. En su carta condenaba Taracena a los que hablaban de transacción, a los que sostenían que yo debía volver en paz y resignado a trabajar la elección próxima. Y esto bastó a interesarme. Le contesté efusivamente, ratificando su punto de vista y trinando contra los que me querían enredar en componendas. No censuraba a nadie si desistía de la lucha, pero que no me tachasen de insensato, de obstinado contra la realidad si yo seguía dando de coces contra la pared. No pasó mucho tiempo sin que empezaran a llegarme cartas enojadas o cartas en que se me comunicaba el enojo de algunos de mis mejores amigos. ¡Que por qué los trataba de cobardes! Que ellos también estaban sufriendo, aunque no veían lo que mi exaltación en vano pronosticaba: la proximidad, la fatalidad de una acción armada justiciera…

Años habían de correr sin que me diera cuenta del mal que me causaba Taracena haciendo circular entre mis más íntimos, versiones exageradas unas veces, privadas siempre, de mi modo de juzgar a éste o aquél. Y, al contrario, poco a poco, Taracena fue ganándome tanta confianza que, al salir Herminio, mi yerno, del país para reunirse conmigo, fue Taracena el amigo predilecto a quien se encomienda lo mismo la declaración de interés político que el pequeño encargo de importancia privada y familiar.

Pasaba el tiempo, y la situación, lejos de reventar en llamaradas purificadoras, tendía a estabilizarse en quietud de pantano. El cinismo de los usurpadores no tenía límites. A Morrow le ponían tren especial en la frontera y escolta de

los más feos, más malencarados constabularios. Al año, más o menos cuando murió el procónsul, retirado ya de la diplomacia, unos miserables con altos puestos en la administración le dedicaron una placa, le dieron su nombre a unas calles. No los detuvo ni el hecho de que Morrow, indiscretamente, había afirmado, entre sus méritos de candidato a senador, que por mucho tiempo había tenido al empleadillo Montes de Oca, ministro de Hacienda, bajo su ala: *under his wing*.

En el gabinete del Obsceno todos eran generales, el ministro de Educación inclusive. El ejército se pagaba con creces su traición a la democracia: un analfabeto de antecedentes tétricos, el general Cedillo, llegó por primera vez a un ministerio; se hizo factor del desbarajuste nacional. Los ministros acordaban, no con el presidente, sino con el general Calles. Ráfagas de cólera me movían periódicamente a la acción; lanzaba cartas y excitativas de que se conspirara, se fomentara el descontento. Dicté unas conferencias sobre la situación mexicana. Tuvieron pocos oyentes porque las hice de paga y salimos apenas con los gastos. Pocos amigos, pero buenos, me seguían frecuentando, en particular Marinello, siempre bondadoso y fino, inclinado cada vez más al marxismo literario y teórico, lo que me causaba dolor no disimulado. Mi viejo amigo y maestro, don Evaristo Díez, el de Campeche, se hallaba de vacaciones en La Habana: se me presentó desde que llegué y en cada conferencia mía ocupaba primera fila luego me acompañaba por la calle, caminando con agilidad pese a sus setenta o más años. «Oye —me dijo un día—: ¿Cuando lo del ministerio tú manejaste mucho dinero?» «Sí, señor.» «Y dicen que no se te quedó nada entre las manos, ¿es cierto?» «Pues sí, señor, así es»... «¿Y tú crees que te lo agradecen? ¿Sabes tú lo que se dice de ti en México?» «No, señor, ¿qué se dice?» «Pues dicen que

eres un pendejo porque tuviste la ocasión y no la aprovechaste.» Me quedé callado; seguimos caminando sin hablar. Don Evaristo fue siempre un hombre honrado. No era posible que él también juzgara de aquel modo. No quise interrogarlo; al rato hablamos de otra cosa…

Pasaban por mí, al atardecer, don Cosme de la Torriente o el ministro dominicano Jiménez, para dar una vuelta en automóvil. Las carreteras de Cuba son perfectas, y aunque es monótono el panorama de la isla, hecho de manigua y lomeríos, el soplo de la tierra es denso y fragante. Abundan palmeras y cañaverales. Y las aldeas tienen plazas bonitas, con casas de colores claros. Y no falta algún café donde sirven buena nieve; los incomparables helados cubanos han sido desplazados en la capital por infames soderías de *ice creams* espesos, que son alimento insípido y no el placer desinteresado, la obra de arte que es el helado de frutas a la italiana, a la española, a la cubana.

Al regreso de nuestras correrías, el dominicano se detenía en algunas de esas estupendas fruterías habaneras, comparables nada más a las de la ciudad de México o las de Río de Janeiro. En las demás capitales del mundo no las sospechan. Chicozapotes o zapotes de Castilla, mangos y mameyes, papayas y naranjas, fiesta del paladar y de la salud. Con mi bolsa de papel repleta, me dejaba mi amigo a la puerta de mi hospedaje, y la fruta era mi cena. Al horrible restaurante de abajo, adaptado a la moda *yankee*, no me sentaba jamás. El desayuno lo hacía en un café español de por la biblioteca, con panecillos, café y piña rebanada fría.

Don Cosme de la Torriente me llevó una tarde campo adentro; la atmósfera estaba cargada: de pronto desvió su automóvil, diciendo: «A ver si alcanzamos uno de los fenómenos más curiosos de nuestro clima, una tempestad

seca.» Los relámpagos iluminaban a distancia un cielo casi sin nubes; la carretera nos acercó a unos montes graníticos; los relámpagos se hacían cada vez más próximos, las descargas comenzaron a sacudirnos; la tensión magnética oprimía; no cayó lluvia, sólo descargas; por fin el ambiente se distendió. También el temor de los ánimos.

Cuando me quedaba solo, después del trabajo de la tarde, me echaba a pie, del Vedado al extremo del malecón hasta el puerto. Cruzaban mujeres provocativas; meses de continencia total se encabritaban de pronto; extendía mentalmente los brazos y sentía dentro de ellos a Valeria, toda palpitación y luz. El viento, cargado de las gotas que crea el oleaje, mojaba, azotaba el rostro, disipaba las ilusiones. El deseo de una de las blancas o morenas de raza criolla que por allí pasaban me hubiera parecido una infidelidad, una deslealtad, ¡pero las negras! Cuerpos elásticos y ojos encendidos, «una voluptuosidad franca», había escrito Valeria a propósito de los negros de Harlem, con frase un tanto a la Gide, cuya influencia ella buscaba y le debía quizá el acierto de sus expresiones recias, precisas. Y por analogía, pensé: «También los de la secta fenomenológica hegeliana pregonan el aclárate, como que son ellos mentes confusas que bien lo necesitan.» El afán de claridad preocupaba a Valeria. La ilusión de ver claro suele producir esa frialdad que espanta la ternura; por ejemplo, aquellas páginas en que relata D'Annunzio la postrera visita que hizo a su madre. Y es que, por atenerse nada más a lo objetivo, pierde el observador realista la realidad invisible del espíritu, que pervade las cosas y los instantes y que no es legítimo hacer a un lado. Se queda, quien la aparta de su sensibilidad, en condición que, términos teológicos, me atrevería a definir diciendo que nos priva del Espíritu Santo, sin cuyo aliento la creación entera se queda petrificada. Y

usando lenguaje más sencillo, deduzco que el amor opera sobre seres y objetos de modo reverencial, como cuando contemplamos la hostia consagrada. Nunca he podido verla frente a frente: un cándido amor me la empaña, cuando no el reflejo de las lágrimas; así vemos en grado menor a los niños, a la amante, a la madre, al padre…

Y envuelto en parecida, aunque turbia, aureola de sensibilidad, seguí con la mirada a la negra desenvuelta, crespa la cabeza sin problemas, redondos y al aire los brazos, cimbreante el talle…; dejó el malecón, atravesó la avenida y fue a desfilar por frente de la terraza de un célebre café…

Si en aquel momento hubiese visto Valeria esa y otras negras cubanas, poseídas de la gracia y suavidad que falta a las negras del Norte, seguramente no me condena…

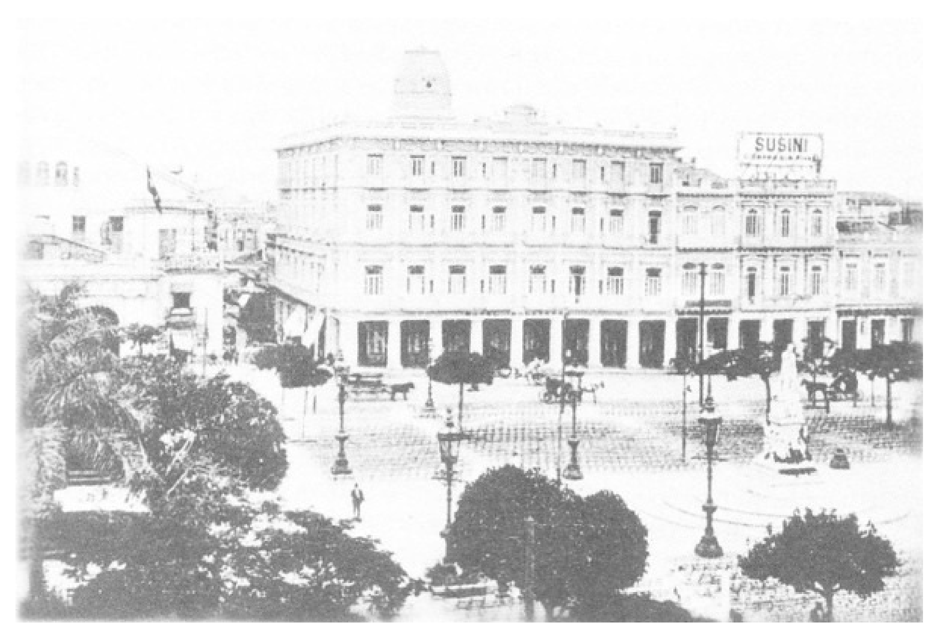
Pero una timidez temperamental, un respeto humano invencible, me detenían, me hacían desistir a poco de iniciada la persecución; impulso instintivo de la parte animal del ser.

Exigencia de la carne, importuna y poderosa, que tras cada arrebato nos deja el alma humillada, contrita. Para limpiarnos por dentro, antojase entrar a una iglesia en el crepúsculo, propicio a la meditación. No me resolvía a hacerlo, detenido también por timidez y pudor, pues que me hallaba en pecado mortal, según la norma, y no me decidía a salir de él. No pensaba desligarme de Valeria. Con ninguna mujer había sentido tan íntima, estrecha necesidad de identificación moral y sensual. Mi época negaba que fuese pecaminosa una relación sincera; a la dicha positiva se sacrificaba todo; lo único que exigía nuestro código de entonces es que no hubiese disimulo, que se confesase cada inclinación y se legalizase a ser posible. ¿Y por qué no? ¡Quizá en el futuro, libres los dos, podríamos Valeria y yo

hacer vida fecunda, no en hijos precisamente, sino en obras! Se ha necesitado que tragedia implacable destruya alguna de estas ligazones, en la apariencia legítimas, para que acabara de darme cuenta de que hay destinos marcados por el espíritu para ser sus servidores. Y esta elección los priva de las dichas corrientes. De haber nacido en Egipto, seguramente que no soy ni guerrero ni faraón ni escriba; hubiera sido sacerdote. Y un sacerdote con cuidados de familia es una monstruosidad protestante. Un sacerdote sin esposa suele ser un peligro social, pero los pocos que vencen redimen el mundo…

Como en los cuadros del Bosco

A la llegada de mi esposa y mi hijo rentamos casa en una playa que se encuentra más allá del Club Náutico, no sé si en Baracoa. En el primer pueblecillo de la carretera se tuerce a la derecha y a medio kilómetro está una aldea de pescadores, que en verano recibe algunos huéspedes. Puertas y ventanas alambradas defienden del mosquito, pero no del ruido, que es la plaga de Cuba, lo mismo en ciudades que en villorrios. A pocos pasos de nuestra morada, unas vecinas soltaban el radio después de medianoche, o ponían en el fonógrafo discos rayados y vulgares. «Ahora sí, ahora sí», repetía un estúpido, casi obsceno son muy en boga. Pretendimos callarlos acudiendo a la policía local, pero resultó que una de las mujeres era esposa o protegida de un cabo, o un oficial del ejército, y ya desde los tiempos de Machado la Cuba ex libre poníase prudente, refrenaba su inclinación al choteo, luego que se trataba de un simple sargento.



Parque central de La Habana, Cuba

Era septiembre y todavía el baño en el mar resultaba tonificante, delicioso. Un ingeniero mexicano joven, de apellido Torroella, nos visitaba a menudo con su esposa. Con la casita habíamos alquilado un bote de remos y en él salíamos, en malla de natación, para la pesca o para el baño en las playas más retiradas del caserío. De mañana, era notable la placidez de las ondas. Fuera de la bocana, en pleno golfo, transparentaba el agua enjambres de peces, mojarras quizá, enfiladas y deslizantes. Nadando, remando, recobraba mi hijo las fuerzas perdidas en necias disipaciones. Y se desquitaba de mis prédicas asustándome, alejándose de la playa más de lo prudente, o echándose a nadar con peligro de los tiburones. Y clamaba yo irritado, según me decía: «No seas miedoso», después de alguna imprudencia que ponía en peligro la estabilidad del barcucho: «No te cuides tú, pero respeta el miedo de los que van contigo; si quieres desplantes, ven solo»... Disputábamos así, más o menos, según parece es fatalidad de la usual desarmonía de las

generaciones inmediatas. Concluida la excursión y mientras se servía el almuerzo, violábamos la regla que proscribía los cocteles en honor a un daikiri cubano de naranjas agrias con un poco de ron y jarabe. Comíamos pescado y arroz con ruedas de plátano frito, aguacates, frijoles. Un siestón me disponía para trabajar en la máquina de escribir hasta por la noche. Por la tarde, mi muchacho salía al mar con el ingeniero Torroella. Comenzaban a soplar esos vientos súbitos que son anuncio de los primeros nortes. Asomados mi esposa, la mujer del ingeniero y yo al portalito de nuestra casa que daba sobre el mar, estuvimos cierta tarde mirando cómo se les iba la barca a los dos jóvenes, arrastrados por la marea, en dirección de unos arrecifes distantes. Por un momento se nos perdió de vista y tuvimos la impresión de que se habían volteado. «Caerse por allí —nos dijo un lugareño que pasaba— es la muerte, porque el oleaje azota contra las rocas.» La ira por la imprudencia del chico no me dejó lugar a la angustia; de pronto, por fortuna, los vimos reaparecer y a la media hora estaban ufanándose de su aventura, con las mujeres, porque yo no les perdonaba el susto...

A veces paseábamos juntos en nuestro auto viejo, el Pontiac de Chicago, que habían traído mis gentes desde Los Ángeles a La Habana. Médanos de arenas finas, calzadas en que hacen sombra los ceibos, una aldea y luego la carretera central, lujosamente asfaltada. Y en las orillas de La Habana, parques de bambúes, de palmeras y de mangos trazados por un especialista francés de talento. El lomerío de la costa luce *chalets* suntuosos o se abre para dejar que la vista se regocije con el risueño oleaje que acaricia la playa.

En el fonógrafo del ingeniero nos dábamos conciertos de música clásica extraída de nuestros discos; transcurría sereno el instante, cuando de pronto el recuerdo de la hija

ausente rompía con su punzada el encanto. La mayoría de las tardes me quedaba solo en la casa, me ponía a trabajar. Releyendo párrafos de *El mundo como voluntad...* de Schopenhauer, a fin de ponerme a tono, escribí un capítulo que debió formar parte de mi *Ética*, pero lo extravié y nunca pude rehacerlo; padecí la inquietud de una pérdida, dudosa en su valor, pero irreparable.

Y según cambió la estación, se alborotaron los animales. Del bajo fondo intermedio de agua y tierra comenzaron a surgir alimañas. Apenas apagábamos las luces comenzaban los rumores extraños. Procurábamos no hacerles caso; el sueño avasallaba después de días de actividad mental y física; pero, venciendo el sopor, se hacía notar un cosquilleo repugnante en las orejas; huyéndolo nos revolvíamos en el lecho: debajo de él se producía un rodar como de piedras que tuviesen pies; al mismo tiempo, y por el aire, aparte uno que otro mosquito, pasaban vuelos raros, densos; sacudiendo por fin la modorra, prendíamos el foco eléctrico para presenciar una fuga general. Lo que picaba en las orejas eran lagartijas trepadoras, lo que andaba por el piso eran cangrejos enormes, que al sentirse perseguidos recogían las patas, simulaban la inercia de los pedruscos de la orilla del mar. Contra bichos más asquerosos lanzábamos escobazos. Un sapo viscoso, al sentirse atacado, saltó por el aire y se instaló en la pared, sosteniéndose en ella como con ventosas, mirando a su agresor con sus ojos pelados, magnéticos, horribles... Tras breve lucha, quedaba despejado el campo, en la apariencia; los cangrejos eran barridos como quien empuja guijarros; las lagartijas escapaban, y uno que otro sapo aplastado arrojado al portalito como trofeo de victoria parecía garantizar la paz de la noche. Pero no era sino la tregua; a los pocos minutos de semisueño volvían a la carga los monstruos. En subconsciente angustia, sentíase el alma

una intrusa en aquel reino de lo instintivo, lo reptante, lo anfibio, tal como si hubiese llegado a los días en que el planeta, geológicamente disgregado, expulsara al eterno inadaptado que es el hombre y las praderas tornaran a ser pantanos. Deshecho todo lo que es bello y amable, a la luz de volcanes en ignición, la noche será, otra vez, un caos de brutales, desvergonzados instintos, como en las terroríficas, satánicas visiones que el Bosco pintó en sus telas. Triunfo final de la araña, el caracol, el lagarto, la sabandija. Ni merece más el barro de que están hechos los cuerpos.

Pero el alma siente la ambición y la certeza del espacio nuevo, emancipado de la gravedad, plano suspenso en alguna región del cielo adonde no llega el microbio ni alcanzan los miasmas ni se producen desintegraciones. Se asentará en el nuevo espacio todo cuanto es valer y tesoro de espíritu. Y no requiere dimensiones, porque es reversión de la existencia del cosmos y su hipóstasis final.

Pues así como la semilla enterrada en el surco brega sospechando el resplandor que la aguarda en el instante del brote, también para los granos del alma debe haber un espacio y luz particulares. De otra manera, toda la lógica de la creación y su dinámica quedarían cortadas, interrumpidas sin causa. Y la causa empuja, no precisamente hacia adelante en aumento de cantidades y matemáticamente, sino en conquista de novedades, en perpetua renovación y consumación de milagros.

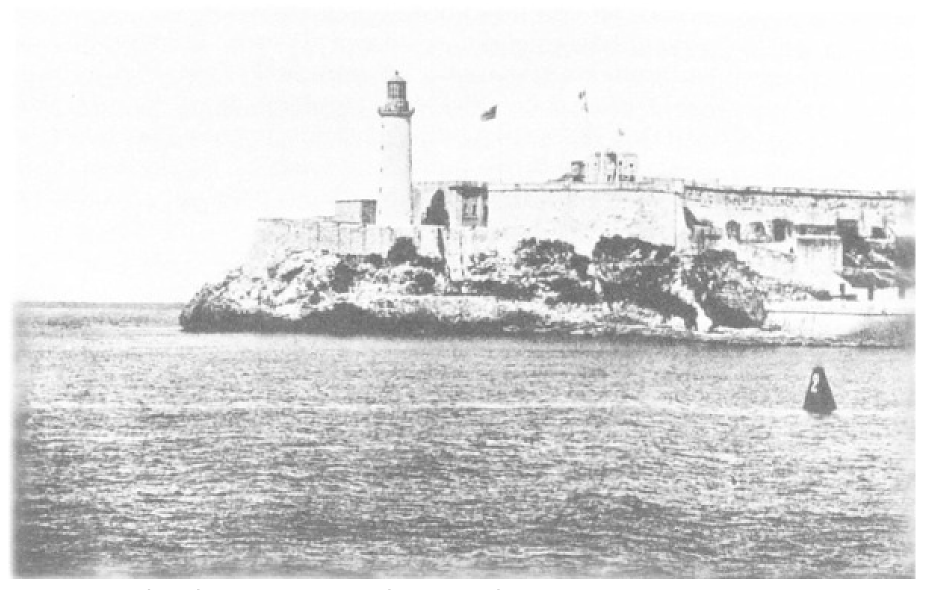
Un modo de ser espiritual es, al fin y al cabo, una realidad, más análoga a nuestra conciencia que todas las realidades dispersas o ligadas que nos enseña el sentido corpóreo. Es este último un simple sentido de lo externo, o sea desdoblamiento provisorio y ocasional del sentido interno, cuya esencia es la pura existencia, sin la ocasionalidad,

mutabilidad de lo exterior y mundano. Todo esto procuraba expresar, definiendo en la *Ética* la tesis del concreto espiritual, o sea cierto sustrato de ser puro, más rico de contenido, más valioso y más resistente a la destrucción que cualquiera de los cuerpos fenomenales de la ciencia empírica. El sustrato que manejan las matemáticas, el mecanismo lógico mismo, no se explican sino como función de un cierto plasma que en cada conciencia se organiza, a manera de larva celeste, análoga, pero distinta de la célula simplemente biológica. Un plasma espiritual. No hay nada más evidente. Plasma inmaterial que en el desarrollo consciente, ya como voluntad, ya como inteligencia, conquista el poder de manejar lo material.

Y también, igual que al grano, al alma le es preciso padecer la noche lenta, oscura, torturante de la germinación.

El cordonazo de San Francisco

Era tema de las charlas de mi abuela. En la época de los veleros que ella recordaba, debe de haber sido terrible para la navegación la entrada del otoño con su desequilibrio de presiones que en el golfo determina temporales y huracanes. Pega el primero por el 4 de octubre, aniversario de san Francisco de Asís, de allí su nombre tradicional. Y todavía en los barcos modernos de acero y maquinaria poderosa, tonelaje crecido, el Norte sacude la obra muerta, juega con el navío. Se llena de curiosos el malecón de La Habana cada vez que el temporal barre la calzada, invade con las olas el arroyo. Y nos tocó presenciar el combate de ondas y peñas desde la borda del vapor de la United, que hace la travesía de La Habana a Puerto Cortés, de Honduras. Rápidamente se fueron borrando los rostros de los cuatro o cinco amigos que acudieron a despedirnos; se hicieron pequeñas las casas y el estrépito del oleaje sobre las rocas se convirtió en orla de encajes móviles en torno al pedestal de la isla y sus construcciones. Pero en la cubierta estábamos a mil lenguas de la serenidad. Viento huracanado sacudía mástiles y aparejos, cortaba los rostros, levantaba olas gigantescas, que a todo el navío hacían retozar sin decoro. El refugio del salón de pasajeros resultaba peor que la descubierta pelea que afuera libraban los elementos. Sube y baja ridículo de estantes y divanes, en ritmo de pintura cubista, producía náusea física menos disimulable que el efecto de neurosis que ocasiona la plástica de las exposiciones.



Castillo del Morro, La Habana, Cuba

A bordo me encontré con Santiago Argüello, el noble poeta, y en vano tratábamos de hilvanar recuerdos. La palidez morbosa que le estiraba el lleno semblante me anunció, antes de su despedida, que lo reclamaba el camarote. Y pronto lo seguí. Y no obstante que aún había luz, me desvestí, me puse la pijama, resuelto a pasar recostado las cuarenta y ocho horas de marcha que, no mediando contratiempo, debían ponernos en tierras del continente. Pronto, en la semioscuridad de la cámara solitaria que me tocó de único huésped, no fue fácil distinguir la noche del día; se agitaba el lecho en ritmos de tornillo que cava el vacío; el balance desasosiega; el cabeceo desquicia. La no interrumpida propulsión de los émbolos comunicaba, sin embargo, tranquilidad; convencía de que alguien velaba por nuestra seguridad y también —¡oh, ventaja de los barcos *yankees*!— por la exactitud del itinerario. A ratos leía y a ratos dormía. Y en el semisueño, pensaba, soñaba, minutos de alborozo, profundidades de pesadilla. Sobre la mesa, mi cartera guardaba la carta del

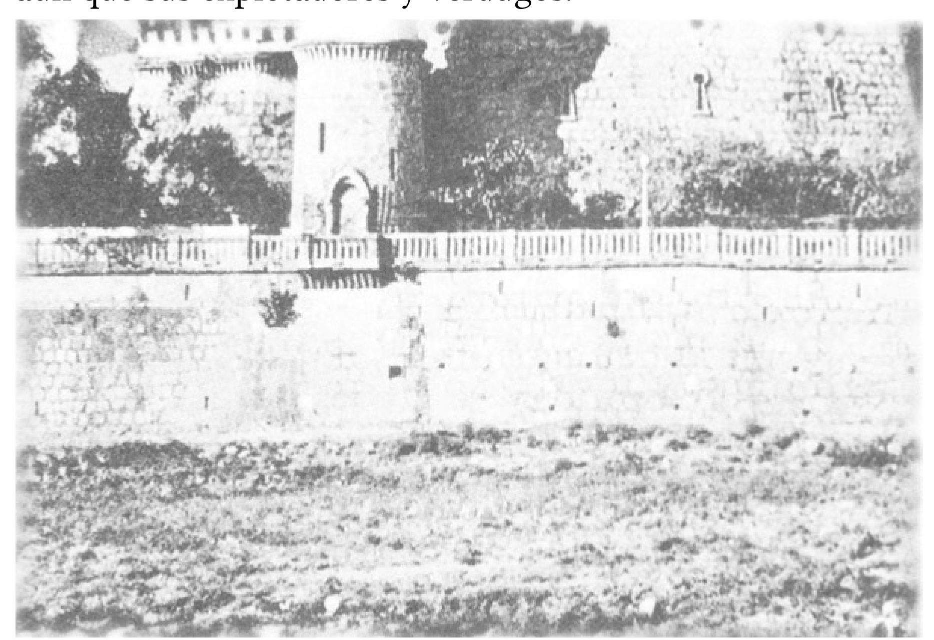
doctor Leyva, que me abría las puertas de El Salvador. Y recordé a los «Diablos Viejos»: Urrea, el general Ruelas. ¡Cómo habían sido fecundas aquellas amistades de San Francisco! Sin sospechar que pronto esa misma iba a ser la regla en los más grandes países, me irritaban las pequeñas tiranías que se reservan el derecho de acordar o negar la entrada a extranjeros y nacionales. Una recomendación del cónsul hondureño de La Habana me aseguraba libre tránsito por Honduras. Una vaga correspondencia con el presidente de una sociedad literaria de San Pedro Sula me garantizaba una conferencia de paga, a la mitad del tránsito. Pero era triste andar todavía con casa en el mar, sin esperanzas de un retorno decoroso a la patria, con mi familia dispersa, una mitad en México, mi hijo y mi esposa buscando acomodo en Nueva York o sus cercanías, a fin de que el muchacho pudiese proseguir sus estudios de ingeniero. Y Valeria sabe Dios dónde, en Europa. ¿Qué nuevos obstáculos nos aguardaban a todos? ¿Y hasta cuándo cesaría aquel mendigar intelectual, hoy en un país, mañana en otro? La medianoche, sobre un mar sombrío, no era sitio a propósito para el optimismo, así hubiese sido rosado el futuro, seguro el presente. Y la conciencia se refugiaba en su angustia, deseosa de terminar la pelea, así fuese por obra de una muerte accidental. Por otro lado, la reflexión de que otros nos necesitan endereza, finalmente, el ánimo, y así, dormitando a ratos, atormentado en otros por la visión de pavorosas eventualidades, sucediéronse dos días con sus noches. Al atardecer del tercero asomamos todos sobre cubierta para contemplar una costa densa de manigua, engalanada de palmeras. Santiago Argüello se me acercó y con su gran bondad, después de breves cortesías, inquirió: «¿Dónde se hospeda?» Repuse que «En el hotel», y propuso: un amigo le tenía preparada en su casa cena y cama; me

invitaba a compartir aquella hospitalidad. «De esta manera —añadió— tendremos la ocasión de pasar juntos la velada y *arreglaremos…* la América»…

Tierra firme

En torno a la mesa bien servida de viandas y vinos es fácil olvidar las penalidades de la navegación. El dueño de casa, un caballero González, el médico nicaragüense, yerno de Argüello, ilustrado y afable, nuestro poeta y el que escribe prolongamos la sobremesa, saboreando un buen coñac, mariposeando sobre todos los temas. Y, por lo bajo, recordaba las palabras de una admiradora cubana de Argüello, ya un poco jamona: «¡Ah, doctor Vasconcelos, si usted y Santiago Argüello se unieran!... la América podría salvarse»... Pues bien, ya estábamos allí unidos y con verdadera irrestricta simpatía. Y no éramos sino sendos desterrados de patrias malditas que otorgan el mando a bribones y luego se consuelan rindiendo honores póstumos a quienes no supieron aprovechar en la obra de su propia construcción. Santiago Argüello, poeta laureado, persona docta en cosas sociales y filosóficas, era *non grato* a la camarilla de los asesinos que gobiernan su país en beneficio de Estados Unidos. Y llegaba a Honduras a establecerse al lado del yerno, muy lisonjeado por la prensa local, cercado de simpatías platónicas, inútil, sin embargo, para Honduras, a causa de los celos de un nacionalismo fraccionado. Tan mezquino es el medio, tan numerosa la clase media sin patrimonio que, de México a Buenos Aires, la ferocidad disimulada de la lucha es duplicación de la que libran las fieras en torno a un hueso. El hueso de un puestecito de gobierno, o de educación o de periodismo. Removiendo

nuestras decepciones, Argüello con cierto resignado escepticismo, y yo con rabia estruendosa, pasamos ya muy tarde a los catres de lona muy limpios que nos dieron en una alcoba de ventanas abiertas sobre un mar que se metía, en la marea alta, por debajo de los pilares que sostenían el piso. Y el azote regulado de las olas resultaba armonioso desde la seguridad de nuestros lechos bien aireados y en tierra firme. Argüello había sido en cierta ocasión el ministro de Educación Pública de Nicaragua y lo habían sustituido con un anónimo cualquiera. Yo era el presidente peregrino, según me apodaban, benévolamente, los diarios de todo el continente, sustituido en mi país por un miserable, marcado en el rostro por la justicia popular. Todavía no sospechábamos que lo sustituiría a él, a su vez, un coime de garitos, un traficante de la revolución que ya no recibiría en el rostro befa y castigo, sino la lisonja de un público más vil aún que sus explotadores y verdugos.



Murallas de Tegucigalpa, Honduras

Snapshots hondurenos

Lo que siguió es hoy rápida sucesión de estampas desvaídas. En San Pedro Sula, un joven boticario, José Izaguirre, que presidía la sociedad cultural, me llevó a visitar el diario del lugar, me presentó con el distinguido patriota y demócrata hondureño, el doctor Paz Barahona, y dos noches después me llenó el teatro de público selecto que pagó dos pesos la entrada. San Pedro se hallaba en pleno florecimiento; en los ranchos de las cercanías engordaba el ganado fino; en la ciudad, el comercio y las pequeñas industrias aumentaban la riqueza. Y todo el país disfrutaba de un periodo de tranquilidad y decencia políticas, gracias a Paz Barahona, que, después de limpiar su administración y concluido su gobierno ilustrado, progresista, dio el ejemplo de entregar el poder a un sucesor que no era su amigo, pero había ganado en buena lid las elecciones. Unos cuantos mexicanos había en San Pedro, bien establecidos y estimados, trabajando la tierra los unos en propiedades que adquirieron con los restos de su naufragio en nuestra política, dedicados otros al comercio y a la industria. Un ex marinero de la exigua armada nacional, retirado a la caída del porfirismo, se estaba haciendo rico en su taller de muebles finos. Ajena a la política, la población entera de San Pedro prosperaba y se complacía. Los campos de la comarca, tierras de aluvión en pleno trópico y con abundancia de agua, son de una feracidad insuperable; un lote cualquiera puesto a producir plátano para la United dejaba en pocos

años una pequeña fortuna. Poetas distinguidos, como Alfonso Guillén Zelaya, tras explorar Nueva York y la capital de México, anclaron por allá, convertidos en plantadores benéficos porque no esquilman la tierra, la mejoran y se rodean de comodidades, contribuyen al saneamiento, la urbanización de los poblados. Sin comunicarse casi conmigo, este gran Guillén Zelaya se dirigió a Tegucigalpa y movió los ánimos para asegurarme acogida fácil, cordial. Una sola incomodidad tremenda hallé en San Pedro Sula, junto a la cual nada valían el calor muy soportable ni los mosquitos, bastante dominados por el departamento de sanidad; y fue la algarada continua de dos o tres aparatos de radio que vomitaban canciones, discursos, reclamos pasada la medianoche, desde establecimientos comerciales de la calle principal, enfrente casi de las alcobas del único hotel. Quejándome del atentado con alguno de los vecinos principales, aclaró: «Si precisamente hace uno o dos años estuvo de alcalde uno que, como usted, se acostumbró a Norteamérica y pretendió expedir una reglamentación contra el ruido, prohibió que los magnavoces funcionasen después de las diez de la noche. ¡Y por poco le cuesta el puesto! Pues no sólo los propietarios alegaron tener su casa para hacer lo que les diera la gana, sino que el vecindario también protestó de que se pretendiera convertir la ciudad en un cementerio. Y no hubo más remedio que volver a soltar las ondas del radio; pero se acostumbra uno al ruido… ¡Si viera!»…



Compañía bananera, Honduras: «El México grande no quiere en el Sur factorías de la United»…

Una gran cena me obsequiaron en San Pedro, precedida de libaciones fuertes. A la hora del brindis, ante los treinta o cuarenta principales allí sentados, se me dio la sorpresa de una interpelación un tanto peregrina. Honduras —dijo el orador— me recibía con los brazos abiertos, pero existía cierta reserva a mi respecto; poco antes de mi llegada se hizo circular la especie de que yo, admirador de Argentina, de Colombia y gran americanista, sin embargo, sentía menosprecio por los países de Centroamérica... Ellos eran humildes, pero de gran corazón, etc., etc. Con desagrado me

levanté a contestar y tomé desquite acusando de esa calumnia a los agentes de Norteamérica y sus aliados vergonzantes, los emisarios del gobierno mexicano, a los que califiqué: hechura de constabularios secuaces de la *yankeezación*, que procuraban destruir a los patriotas verdaderos. «Señaladme una sola línea en mis escritos —clamé—, dadme una sola prueba de lo que acaba de afirmarse, y saldré de esta sala considerándome indigno de la hospitalidad que se me está brindando»... Una aclamación unánime cortó mi discurso; así que se calmó el tumulto, seguí... «En cambio, si he de seguir aquí, por consejo unánime, tomad en cuenta mis palabras... Los traidores de la unidad hispanoamericana son los que aceptan la ayuda del *yankee* para conservarse en el poder, tal como lo hace el gobierno que padece mi patria; los enemigos de Centroamérica —grité envalentonado— son los que andan agitando a Honduras contra Guatemala con pretexto de un pedazo de tierra, los que fomentan rivalidades con El Salvador o con Nicaragua. En cuanto a mí, mexicano imperialista como soy, he de declararos que ambiciono ver una Centroamérica unida, tal como la soñó Morazán: soy unionista antes que hondureño, antes que salvadoreño. El México grande no quiere en el Sur factorías de la United, que eso han llegado a ser no pocas naciones centroamericanas; quiere un gran país unido que pueda ser su aliado, no su vasallo, mucho menos piezas de la colección de nacioncillas que Estados Unidos maneja.» El entusiasmo que el incidente produjo se vació en seguida en una serie de discursos al rojo del nacionalismo. Las caras morenas, predominantemente indígenas, de los comensales, daban la impresión de una provincia mexicana a donde todavía no hubiese llegado el virus del poinsettismo, el pochismo. Intacto parecía estar en aquellos corazones el amor y respeto

de todo lo que es español, la tradición, la Iglesia católica, el buen gusto de la cultura latina. Entiendo que en la actualidad Honduras padece nuevamente las pequeñas tiranías militares que Washington protege, pero a mí me tocó un buen momento de la vida nacional.

Por ferrocarril salí la mañana siguiente. Antes de mediodía, el convoy alcanza el término de la línea a orillas del hermoso lago Yojoa, húmedo de niebla, circundado de montañas que la selva decora y abriga. Un vaporcito hace la travesía en dos horas somnolientas. Y al otro extremo, autocamiones de alquiler trasladan a los pasajeros a Tegucigalpa, la capital. Me hallaba en tratos para conseguir asiento en uno de los vehículos públicos, cuando se me acercó un chofer de aire militar, pero vestido de paisano. «¿Es usted el señor...? Pues tengo instrucciones de ponerme a sus órdenes. Allí está ese Packard dispuesto; partiremos cuando guste»... Alguien susurró por allí que era automóvil de la presidencia, pero no tenía placas oficiales. Y como me había hecho amigo, en el trayecto del lago, de un general hondureño que se dirigía a Comayagua y en el auto había espacio libre, lo invité para que nos acompañáramos. Se halla el nivel de la laguna a más de seiscientos metros sobre el mar y se sigue subiendo para llegar a Tegucigalpa, que está sobre una meseta de más de mil metros de altura. Así es que pronto la vegetación deja de ser tropical y el caminante discurre por colinas reverdecidas de pino oyamel, muy parecido al de la meseta mexicana. La tierra colorada descúbrese en los cortes y en las quebradas que no tapa la grama. En las rancherías del tránsito se come a la mexicana, tortillas de maíz, frijoles y salsas de chile picante.

Al oscurecer paramos en Comayagua, ciudad antigua, bien construida, al viejo estilo español, pero descuidada, abandonada, muerta en comparación, por ejemplo, de San

Pedro Sula, todo nuevo y feo, pero activo. Se advierte en Comayagua, como en tantas otras ciudades coloniales de nuestro territorio, que la meseta es demasiado pobre para sostener una prosperidad continuada. La poblaron los españoles para huirle al clima tórrido, pero lentamente y a medida que la máquina, la refrigeración, el saneamiento progresan, es la tierra caliente de las costas la que dará producción en grande, capaz de convertirnos en países fuertes. La tristeza que flota sobre Comayagua es una evidencia del cambio que se está operando en la demografía del continente, con su inevitable traslado hacia el trópico abundante. Y más tarde, quizá, los poblados de la meseta renovarán su existencia como centros de veraneo y de reposo, mantenidos por el excedente de las zonas bajas destinadas a la producción en grande. De esta Comayagua habríamos de hablar a menudo en conferencias y pláticas posteriores, como un tesoro de tradiciones y una posibilidad futura de gran ciudad en clima templado, propicia para la fundación de colegios y hospitales; predestinada, acaso, a convertirse en capital de Centroamérica unida, ya que posee tradición y está ubicada casi en el centro geográfico de las cinco repúblicas... Esa misma noche, después de tener que rehusarle al general la cena que amablemente ofrecía en su casa, tomé la ruta de Tegucigalpa. Y fue señalada fortuna que no chocáramos contra el tronco de un árbol, no volcáramos en alguna de las cunetas del camino a medio hacer por los vericuetos de la sierra y las asechanzas del bosque. Las dos de la mañana eran cuando avistamos las luces de la pintoresca y dormida metrópoli hondureña.

Sobre una angosta mesa, que domina el valle y la ciudad, mantiénese un hermoso parque de rosales y frondas, orgullo de Tegucigalpa. Era domingo por la mañana y caminábamos, conversábamos, discutíamos o contemplábamos el panorama

el doctor Ricardo Alduvin y yo. Pálido, delgado, moreno, apenas había cambiado desde que compartimos la mesa en oscuro hospedaje estudiantil de México, pero en su carrera había conocido ya todos los éxitos: el profesional como médico cirujano; el de político de todos respetado por su intransigencia y su honradez, y el de diplomático, de ministro plenipotenciario en México; era, además, el primer orador, el maestro más querido de la universidad hondureña. Hombre puro, un tanto decepcionado del medio, comenzaba a resignarse de que la realidad no corresponda a las exigencias del ideal juvenil. Y no escatimaba elogios y afecto para todo lo que fuese mexicano. Hallábase Alduvin en retiro político. La administración ejemplar de Paz Barahona lo había aprovechado; después de eso, no tenía prisa de ocupar puestos públicos... Y con insistencia me decía de México: «No, colega; usted exagera... México tiene que reaccionar políticamente. Usted verá por allá la democracia imperando, tal y como ocurrió en Francia después del Segundo Imperio.» «Está usted equivocado —alegaba yo—; un pueblo que se deja aplastar, como acabamos de verlo, está condenado a nuevos atropellos. Las elecciones presidenciales próximas las hará el gobierno a su antojo y la oposición será una farsa»... De su Honduras se sentía pesimista Alduvin; reconocía la honestidad del presidente Mejía Colindres, pero el porvenir le parecía negro; a la salida de Mejía Colindres, los militares volverían a las suyas... ¿Estilo México?... Exactamente... Y tomando reposo en el diálogo, volvíamos a disfrutar el panorama risueño, que abarcaba la ciudad toda enjabelgada de claros tonos, el río que parte el valle y las llanuras onduladas, rojizas. Una tristeza debilitante penetraba el ánimo. Se confirmaba nuestra decepción cuando, en los convites repetidos, efusivos, advertíamos el exceso en la bebida alcoholizada, contagio de Norteamérica

por el lado del coctel, vicio del aborigen por la parte de los mezcales y aguardientes.

Y sin embargo, en lo personal no tenía queja. Antes de que lo solicitara, el teatro me fue ofrecido por los ayudantes de la presidencia, dos jóvenes ingenieros graduados en la Universidad de México en la época de mi gestión educativa. En pleno acto público y cuando acababa de presentarme Alduvin en magnífico, elocuente discurso, el presidente de la República apareció en un palco, acompañado de sus familiares. A los pocos días, en una fiesta escolar, me sentaron al lado del arzobispo, un prelado de origen alemán, distinguido como escritor y hombre virtuoso, que me dijo algo inolvidable según se acercaron a nosotros unas niñas preciosas, del primer año: «Las dos cosas más bellas del mundo son las estrellas y los ojos de los niños.»

Un copropietario del periódico principal, todavía joven, de apellido Calderón, alto, blanco, inteligente, me acompañaba por todas partes. Era de la oposición y me trasmitía los rumores circulantes: «Que el ministro americano había pedido que no se me dejase desembarcar, pero el presidente se había hecho el sordo.» «Pues ya ve usted, no es tan malo; en otros países, una sugestión hubiese bastado.» «No, si malo del todo no es, pero...», etc., etc. Y lo que dejó a todos pasmados, incluso al que esto escribe, fue la esquela impresa con el sello presidencial, que se publicó invitando a una cena que el primer magistrado me ofrecía en Palacio. Asistieron a la comida miembros del gabinete con sus señoras y algunos íntimos. La primera dama de Honduras, en traje negro correcto, blanca y afable, animó la reunión. Y en charla discreta, sincera, el doctor Mejía Colindres me habló de sus afanes de mejoría nacional. Lo atacaban sin piedad los ambiciosos, pero nadie podía señalarle un atentado cometido por su gobierno, un negocio, una arbitrariedad. Esperaba,

añadió, seguir el precedente de Paz Barahona, entregando el mando al que ganara los sufragios, aunque fuese un enemigo. La democracia fue un hecho en Honduras durante dos administraciones ilustres. Más tarde, según parece, la United, que no se resignaba a perder su ascendiente, volvió a crear dictaduras de militares, hundió otra vez por tiempo indefinido al país.

Por lo pronto, Mejía Colindres se salió con la suya: sin embozo concedió honores a un contrarrecomendado del ministro de Norteamérica.

Una madrugada fría, el Ministro del Interior, mi excelente amigo don Manuel Rodríguez, unionista y patriota intachable, con otro de los ministros, me encaminó varias leguas por el camino de Amapala. En una venta, al extremo de una barranca imponente, hicimos alto para el almuerzo y nos dimos un abrazo de despedida. El automóvil en que seguí solo era de la presidencia. A orillas de la Bahía de Fonseca, ocupada de hecho por los *yankees*, un lanchón de la aduana me aguardaba. Entre canales y esteros que los manglares invaden por todas partes hicimos la travesía rumbo de Amapala. Se halla la ciudad a la falda de un cono muy pintoresco, rodeado casi totalmente por las aguas. Empleados del resguardo y algunos particulares me hicieron bajar, me subieron a un mirador sobre el cerro. La vista es una de las mejores del mundo. A distancia, los volcanes de Nicaragua, que Rubén Darío hizo célebres, el Momotombo y otros picos, cierran el horizonte. La gran llanura curva de las aguas espejea bajo el sol. Con el ánimo envié un saludo a los patriotas de Nicaragua que me habían telegrafiado a Tegucigalpa invitándome a visitarlos. Pero… la nación estaba ocupada por los marinos *yankees*, la prensa amordazada; mi presencia sólo hubiera servido de pretexto para intensificar la persecución de los sandinistas. El himno

de Sandino era, por entonces, la canción de los patriotas de Centroamérica. El caso Sandino era discutido febrilmente en Honduras, en El Salvador. ¡Quiénes lo creían patriota y un héroe! ¡Quiénes más aseguraban tener las pruebas de que operaba de acuerdo con los *yankees* para servir de excusa a la prolongación de las intervenciones de la marina, la ocupación de la zona del canal en proyecto! El hecho de que atravesó varias veces, públicamente, de Nicaragua a México sin ser molestado, y la amistad que mantenía con los del gobierno en México y en Estados Unidos con los radicales del *New Republic* y *The Nation*, lo hacían sospechoso; pero, en la duda, yo lo encomiaba.

Nación masculina

Los cultivos restando espacio a la selva; los ferrocarriles al día; las carreteras en crecimiento; las pequeñas industrias de las ciudades en actividad; el porte arrogante, el trato franco, despejado, de los pobladores; el empuje de los negocios; el optimismo generalizado, todo contribuye en El Salvador a producir una impresión de fuerza colectiva y de temple étnico que se impone al viajero, le hace imaginar que también los pueblos se dividen, por virtud de ciertos arreglos de las hormonas sociales, en masculinos y femeninos.



Antonio Riva Palacio en la Convención Nacional

Por San Miguel, antes del cruce del río Lempa, subieron al

vagón en que viajaba (sin más compañía que la accidental y grata de un hermano de Sandino) las comisiones que salieron de San Salvador para recibirme. Entre muchos amigos inteligentes y cordiales, recuerdo al ex ministro en México, mi viejo amigo, y a Julio Enrique Ávila, secretario de la universidad y, poco después, Ministro de Educación; muchacho excelente y buen escritor, a la sazón corresponsal de *La Prensa* de Buenos Aires. Lo primero que hicimos fue comernos unos platos de arroz con camarones del río Lempa; su corriente ancha, ceñida por bancos de arena, parte la selva feracísima. Rueda el convoy sobre un puente de acero a imponente altura sobre las ondas. Y entre tanto se formuló el programa de mis actividades en el país. Una semana en la capital, como huésped de la universidad; después una excursión a Santa Ana, donde, me dijeron, «será usted huésped de un simpatizador que ha comprado cuarenta ejemplares de su *Metafísica* para repartirlos entre sus íntimos»... ¿Aceptaría yo que en los festejos estuviera presente el ministro de México? Era un buen sujeto y había manifestado deseos de colaborar... «Perdónenme —expuse—, no quiero saber ni cómo se llama; representa a bandidos y basta... Prefiero que no se cuente con él.» «Está bien». «Muchas gracias.» «Bueno, a otro asunto.»

«Gente magnífica, que de nada se asusta», pensé. Y a los corresponsales de los diarios les hice declaraciones de entusiasmo salvadoreño, centroamericano; aquellos dos millones de hombres de origen español enseñaban al mundo cómo se cultiva, cómo se explota virilmente, científicamente, también, el trópico que acobarda razas menos briosas. Valentía no era matar en la guerra civil, sino luchar con el clima, las plagas, las fieras, los bichos malignos. Y todo el trayecto, que duró varias horas, hablamos, vimos paisajes. En las estaciones saludé maestros y vecinos humildes, acepté

guirnaldas frescas y palmas recién cortadas, contemplando en manos infantiles banderitas azul y blanco mezcladas al tricolor mexicano. Todo a la orilla del vagón y en escenarios de aldeas, que son ya de por sí una fiesta por la luz que encendía el ambiente, por los colores vivos de las fachadas, por la vegetación que emerge y envuelve cuanto se alza del suelo. En la capital, muchedumbre de estudiantes y curiosos, bienvenidas, flores, aplausos.

Amaneció el domingo y me sentí fatigado, enfermo. Una especie de eczema padecía desde La Habana en una pierna, y en Honduras me había aparecido un brote de irritación en la frente; por las tardes, un desabrimiento general podía atribuirse a la fiebre palúdica latente. Alduvin, a quien pedí consulta de médico, opinó:

—Le están minando con tanto agasajo acompañado de alcohol. Y como le expresara mi temor de un ataque de reumas que me echara en cama unas semanas, resolvió:

—Ahora verá; tengo buenos amigos en El Salvador y les voy a telegrafiar anticipándoles que no le ofrezcan una sola copa de coñac… Es necesario —reflexionó—, porque aquéllos son terribles para beber; como son una raza tan fuerte…

—¡No beberán más que aquí —observé—, no es posible!…

—¡Ah, eso quién sabe!

Pero todo quedó platicado; no volvimos a tratar el asunto y allí estaba yo en el mejor hotel de San Salvador, afeitándome para recibir, a las diez, al abogado Borja, preeminente en los negocios, consejero de bancos y que, por recomendación especial del doctor Leyva, había de constituirse en mi patrono, consejero de finanzas y en amigo de todas las horas… «Lo primero que hace falta es un teatro», adelanté, y a la media hora conversábamos con el propietario de la mayor sala de la ciudad. No eran todavía

las once y, sin embargo, acompañando los primeros saludos, apareció el criado con la bandeja de plata y las copas de coñac especial, más allá de las letras. No era posible rehusarlo ni por la calidad ni por el apuro en que me hallaba de conseguir a cualquier costa un local que, se nos previno, estaba comprometido por larga temporada. Sirvieron más copas y mi introductor no decía una palabra del negocio. En la tercera tanda, y ya de despedida, mi amigo expresó:

—¿Qué día nos vas a ceder gratis el teatro? Pero ha de ser alguno de la próxima semana, aunque suspendas tus representaciones ésas de la lengua... Mira que se trata de cosa fina que honrará tu jacalón.

—Pues... Pues bueno, como tú quieras, como quiera el doctor. ¿Qué les parece el jueves?...

—Ahora —decidió Borja, ya en la calle— quiero que conozca la sociedad de San Salvador. Daremos una vuelta en el auto y en seguida caeremos en el Country Club. Allá van las mejores familias, pero después de la misa, naturalmente.

El Country Club, edificio risueño, espacioso, reúne damas de una distinción y elegancia que se comprende recordando que el cafetalero suele gastarse la buena cosecha en un viaje a la capital de Francia. Agréguese a eso que el tipo de la mujer salvadoreña es muy castellano, e imaginará el deslumbramiento del extranjero. Pero el pobre extranjero, que ya llevaba tres caídos coñacs casi en ayunas, en el Country Club tuvo que hacerle honor a un par de cocteles que los conocidos recientes se apresuraron a obsequiar.

Próxima al Country estaba la finca de Borja, una deliciosa mansión al centro de un escogido cafetal. En el vestíbulo espacioso, y apenas nos recogieron los sombreros, una doncella presentó, en finas copas, un oporto cristalino.

—Algo suave para descansar —dice Borja.

Libamos y al rato estuvimos en el comedor; cocina francesa exquisita con uno que otro plato nacional y vinos de mesa franceses. En la sobremesa, opina Borja:

—Es necesario que lo vean y se comprometan, para que se llene el teatro.

Y me llevó a presentar en uno o dos clubes sociales. En cada uno, una copa, dos copas; de *pousse café*, una eremita con los amigos. Más tarde, como a las seis, a la gran sesión del domingo: baile y tertulia de lujo en el Club Internacional: diplomáticos, bellas mujeres, cantina a reventar. Presentaciones y libaciones…

A ratos parecía que me hundiera. Pero me enderezaba… Un trago más fingía reanimarme, y adelante. Y esto duró hasta casi las diez, hora en que logré escapar con rumbo a mi cuarto. Y divagué imaginando que le ponía a mi médico Alduvin una postal: «Apárteme cama en la sala de los desahuciados.» Pues debía regresar por Honduras al término de la gira de El Salvador.

Una noche de sueño profundo rejuvenece diez años. Temprano empecé a atender visitantes. El dueño del diario principal, Dutrix, declaró que, debiéndome atenciones que le presté cuando estuvo en México, su diario estaba a mis órdenes; además, un magnífico automóvil que se instaló frente a mi hotel, con todo y chofer, durante una semana, no obstante que apenas lo usé una o dos veces. Jóvenes escritores y políticos, desviados muchos de ellos hacia el comunismo, me interrogaban, me discutían, pero sin insidia, siempre con simpatía y respeto. El más grande escritor salvadoreño de la época, Masferrer, acudió a conversar; le pagué la visita y dialogamos horas enteras. Era un espíritu elevado que la barbarie, la fundamental deshonestidad de ciertas administraciones, tuvo sujeto a entredicho. No

transigirán jamás los gobiernos de fuerza con el patriota ilustrado. Tampoco el hombre de bien se decide a colaborar con la jerarquía del cuartel. Y de esta suerte, la milicia ni gobierna ni deja gobernar a los aptos. Por aquellos días, Masferrer apoyaba a un candidato popular de poco valer personal. Y le dije: «El candidato debiera ser usted.» No hay en nuestros pueblos ni siquiera la convicción de que el gobierno requiere preparación escolar. Hubiera parecido extravagante la postulación de Masferrer y, en cambio, las multitudes seguían a un listo que prometía repartos de tierras en un país de fincas pequeñas, bien trabajadas. Ganó la elección el demagogo y tomó el mando; a los seis meses, decepcionado el pueblo del engaño, dejó que lo echara abajo su propio Ministro de la Guerra. Y Masferrer murió más tarde, desilusionado, casi olvidado de los suyos, confirmando el tráfico destino del patriota en la zona bárbara de nuestra América.

A las cuatro, después de la mañana de audiencias, y tras del almuerzo y la siesta, me pasaba por el banco a recoger al colega Borja, que también a esa hora rendía su jornada. Y subíamos a su cupé y lo echaba a volar: «Mire usted, si aquí al pasar la esquina no toco el claxon, me multan. En Estados Unidos, en cambio, me multarían por tocarlo»... «Es que no tenemos conciencia de la comodidad»... Él sí vivía más que cómodamente, aunque algo de prisa, a tal punto que sugería la expresión americana: *Fast life.* Así era la suya y siempre dentro del reloj, pues la noche que dio en su casa una cena para diez o doce invitados, nadie se atrasó un minuto. La puntualidad y los *smokings* masculinos, la elegancia de las damas, el acierto del servicio, la excelencia de los manjares, daban impresión de convite europeo, desde el oporto inicial a la champaña de marca selecta.

Pasó el lío de la conferencia, que produjo como seiscientos

dólares —gracias a una hábil colocación de los palcos—, y escapamos una tarde al puerto de La Libertad. Allí nos vimos con otros amigos de Borja y recuerdo que, cogidos de las manos, en ronda de ocho o diez nos aventuramos hasta la cintura en una playa con resaca, ferozmente azotada por el oleaje.

El rector de la universidad, con Julio Enrique Ávila, me trajo también de arriba abajo, visitando los mejores edificios coloniales de la comarca, importantes algunos de ellos. Y llegó la noche de la recepción formal en la universidad. Se llenó el paraninfo con lo mejor de la sociedad y el cuerpo diplomático, sin que faltara el ministro americano, que tuvo la galantería de aplaudir cuando la concurrencia aplaudía, y nos aplaudieron estruendosamente a Julio Enrique Ávila y al que escribe. De los dos discursos hizo la universidad un folleto que circuló bastante. En mi discurso insistí en señalar las monstruosidades que ocurrían en México, a pretexto de una revolución que se había vuelto un régimen de proconsulado. Y aunque oficialmente el ministro de México se eclipsó toda la semana de mis recepciones, no por eso dejé de sentir los alfilerazos el grupo mayoritario de mis paisanos, cuyo club honraba sus muros con el retrato de Ortiz Rubio. Regenteaba de modo oficial y eficaz nuestra colonia un dentista que era, a la vez, el jefe de los rotarios de San Salvador. Supe esta circunstancia sólo más tarde, por eso y porque Julio Enrique Ávila me dijo que el sujeto le había pedido por favor que me llevara a su casa; le acepté una cena con el indispensable mole, que han dado en llamar nacional, cuando, en realidad, es un plato chino importado por esos españoles que tanto odian los aficionados al chilito...

En esta malhadada cena, servida un día antes de la recepción universitaria, el seudoindependiente mexicano y

fiel rotario insistía en que no atacara al gobierno. «Que para qué... que ya todo había concluido»... En efecto, el México patriota parecía liquidado. También a ratos daba la impresión del desvarío según me lo probó un telegrama que recibí por aquellos días, consecuencia, tal vez, de los festejos salvadoreños. Lo firmaban veinte o treinta correligionarios (vasconcelistas se afirmaban) de Yucatán, y me instaban a volver a la patria «que llora su ausencia», decían. «Lloren como mujeres —parodié— la dignidad ciudadana que no han sabido defender como hombres.» A los pocos días recogió la prensa de El Salvador unas declaraciones pergeñadas quizá en un ataque de *delirium tremens*: las firmaba aquel Riva Palacio, el matador de Germán de Campo, a la sazón Ministro de Gobierno, y también decía que «la patria abría los brazos al maestro Vasconcelos»... Le contesté por los diarios de El Salvador que era un borrachín descalificado para abrir o cerrar puertas. La gentuza de la imposición deseaba echar tierra sobre su crimen y me sonreía a la distancia, en ademán de saludo con la izquierda, en tanto que la derecha escondía el puñal, mojado todavía en la sangre de mis partidarios; el puñal que todavía heriría corazones de valientes a lo largo de una pesadilla nacional de muchos años.

San Salvador se llama la capital de El Salvador. La esencia que en el recuerdo deja la ciudad, entendiendo esencia a la manera de los fenomenólogos, el sustrato último, singularizante y característico, es de efusiva acogida clara, como el baño en las ondas tibias de la laguna Iscoa. Hállase inmediata a la ciudad y es uno de los más bellos, serenos balnearios del mundo. Líquida anchura circundada de montañas verdeantes, sus aguas reposan, acarician el cuerpo que resbala en suave natación adormecedora...

Placeres de oro del espíritu

En Santa Ana me recibió, él sí con los brazos honradamente abiertos, el señor licenciado don Carlos Menéndez Castro, abogado postulante en ejercicio y notario, bien casado y relativamente rico, alto, blanco, claridoso, talentoso y bueno. En seguida me ratificó lo de las *Metafísicas*, sin confesarlo expresamente: «Escriba que manden más: ya se agotaron por aquí en las librerías.»

Le hablé de arreglar una conferencia, y expresó:

—Usted no se preocupe, déjeme eso a mí. ¿Le conviene venderme dos conferencias por mil dólares?

Abrí los ojos azorados…

—Pero eso es un exceso.



Rubén Darío, poeta nicaragüense (1867-1916).

«Y recordando que el poeta salió de esa misma casta que me rodeaba, pensé que hay en la raza zonas de metal fino del alma»…

—No, no lo crea; déjemelo a mí, ya tengo visto el teatro. Usted se va de aquí con mil dólares en la bolsa y por ahora dedíquese a pasear. Por allí anda un grupo de hombres acomodados que quisieran fundar el buen periódico que en

Santa Ana hace falta; si usted se decide a quedarse, usted será el director; por el capital no se preocupe.

Por primera vez, en uno de los sitios recorridos no escuchaba la pregunta que, aunque hecha sin malicia, no deja de inquietar, la pregunta que nos hace sentirnos en el aire: «¿Cuándo piensa marcharse?» Al contrario, en Santa Ana pedían que me quedara. Nobles amigos, esas intenciones nunca se olvidan.

Un doctor Alegría, nicaragüense, casado en una de las mejores familias locales, era el compañero inseparable de Menéndez Castro. En dos automóviles, con la esposa de Menéndez Castro y sus dos niños, el mayor un Carlitos, de ocho años, y la esposa y el suegro de Alegría y un par de hijitas menores, hicimos un paseo de tarde por los campos inmediatos a Santa Ana, que son de una feracidad, una hermosa incomparables.

La hijita mayor de los Alegría era una niña preciosa, de no más de ocho años, fina, morena, con ojos inteligentes, geniales… «Quiero darle un beso a Vasconcelos», había dicho, según se preparaba alborozada para la excursión, y cuando se lo recordaron, malamente, en mi presencia, se puso confusa; le tomé las manos, se las acaricié, y al rato, repuesta, accedió a recitar, de pie dentro del auto, su Rubén Darío, con una claridad de dicción, un énfasis poético tan puro y tan sentida interpretación, que a todos conmovía. Y recordando que el poeta salió de esa misma casta que me rodeaba, pensé que hay en la raza zonas de metal fino del alma, tal y como en medio de las rocas estériles aparece insospechado el oro de placer que lavan de arena los gambusinos. Una suerte de poesía latente hay en la casta que habita Nicaragua, El Salvador. El maestro de Darío vivía aún en El Salvador y me enseñó sus legajos de estudios

arqueológicos, de rimas y etimologías. La devoción por lo literario, lo ideal, era ambiente familiar de aquella niña asombrosa. La madre era una dama bella, distinguida; el abuelo, prócer local y literato; el padre, un médico culto, que expulsaron de Nicaragua por idealista. Ya en Europa y en el curso de varios años, me crucé algunas cartas con el doctor Alegría y con su hija Claribel, intuitiva, maravillosa. Luego, el tiempo, que todo lo traiciona, cortó el embrujo inocente… Por eso nos hace tanta falta otra vida más, otro mundo en que podamos reanudar ciertos hilos, consumar la multitud de los empeños nobles que se nos van quedando inconclusos, pendientes.

Así cómo San Salvador, Santa Ana tiene su laguna: más reducida, pero más hermosa, si se quiere. Está rodeada de colinas vestidas de selvática floresta y por uno de los costados abre una playa angosta. En la ladera resposan *chalets* pintorescos, lujosos algunos, y una casa de baños para el público. Al paseo invitó Menéndez Castro como cuarenta estudiantes. Algunos vinieron desde San Salvador, separado por dos o tres horas de ferrocarril. En uno de los embarcaderos particulares abordamos el único vaporcito que, con una infinidad de lanchas, surca las aguas azules. Ardía el ambiente, sin una nube en el cielo, y en la costa un oleaje manso, pero extraño, una suerte de marea que altera el nivel, como si respirara, bajo las aguas, el cráter que hoy es el lago. Humboldt, que todo lo vio en nuestras tierras, habla ya del fenómeno. En la cubierta del barquichuelo se sirvieron panecillo con jamón y cervezas, se formaron corrillos. Reclinados en la borda, Menéndez Castro y yo conversamos, disfrutamos el sereno, admirable espectáculo. El proyecto era recorrer toda la costa, pero la máquina falló por el extremo más distante de los embarcaderos. Se nos dijo que la compostura tomaría varias horas. Entonces, ya al

oscurecer, con un esquife hicimos tierra en la zona encajonada, salvaje, de las orillas inmediatas. Y fue necesario consumar, en la oscuridad, una caminata por veredas y sube y bajas, dos horas, tres horas, hasta el balneario y la entrada de la plaza, donde esperaban automóviles. Adelante abrían brecha los jóvenes. Al medio marchábamos Menéndez Castro y yo con Carlitos, que tropezaba, se fatigaba, pero seguía animoso. Bejucos, ramajes torcidos, troncos derribados obstruían el paso; en la oscuridad se exploraba, se descubría otra vez una senda y entre risas, gritos y cantos avanzamos. A menudo, en algún claro, la belleza de la noche estrellada sobre el lago sereno y la vegetación imponente nos obligaba a un alto admirativo y gozoso. Las estrellas errantes fingían el fuego de los cohetes en las noches voluptuosas del carnaval. Y mientras Menéndez disertaba sobre el misterio de los astros, me puse a recordar a Valeria, que en esos días había escrito. Se hallaba en Burdeos. «¿Y qué hace allí?», me dije, al ver el membrete de su carta; luego me enternecí con la explicación. Se había refugiado con Deambrosis, el amigo de mi confianza y al lado de su familia, para que estuviese yo tranquilo con respecto a ella. Me esperaba para hacer la revista proyectada. Deambrosis también me estimulaba, tenía ya precios de imprenta, cálculo de los portes de correo y aconsejaba editar, no en París, sino en provincia, con menos costo y más tranquilidad para el trabajo… ¡Era, pues, un hecho que haríamos revista en Europa! Justamente, al terminar mi conferencia en la universidad, el encargado de Negocios de Francia se me había acercado, me había dicho:

—El único lugar en que hoy puede usted desarrollar esa propaganda antiimperialista *yankee* es mi país… ¿Por qué no se establece allá?…

La sorpresa me dejó incierto…

—Eso es lo que he pensado —le dije, y añadí—: ¿Cuándo me visa el pasaporte?...

—En seguida, mañana...

Y llevaba ya en el bolsillo del pecho la visa y una carta especial de recomendación... Un país, por lo menos, donde no harían caso del ministro *yankee*, azuzado por la Legación de mi patria... Y hacía yo cuentas alegres: siete mil pesos en el banco, y en El Salvador, en sólo tres semanas, mil seiscientos. ¡Parecía increíble!... ¡Pero no cabía duda, el destino señalaba el rumbo de París!...

Antes de que se verificaran las conferencias públicas, Menéndez Castro me puso en antecedentes sobre las maniobras del rotarismo, sutil auxiliar de la penetración imperialista. Odio disimulado de lo católico y lo español, interés falso por lo indígena y altruismo de sobremesa. La defensa descarada que el rotarismo hacía de las atrocidades del régimen mexicano era, para mí, prueba suficiente del entendido tácito de poinsettistas, constabularios y protestantes para la contaminación moral de Hispanoamérica como antecedente de la total absorción monroísta. Y en el acto público, después del bello discurso de presentación que leyó Menéndez Castro, y anda por allí en folleto, me lancé al ataque de la intervención moral y diplomática de los *yankees* en asuntos de Hispanoamérica... Y estoy por decir que hubiera provocado mayores resistencias si no fuese porque a rotarios y protestantes se les había ido la mano, por aquellos días, prestando apoyo subrepticio a los agentes comunistas que se filtraban por la frontera de México y actuaba con base firme en Nueva York, la ultracapitalista, invadiendo Centroamérica. Y el terror del comunismo dispuso la opinión favorablemente para mis ataques al imperialismo judaico.

En la visita que hicimos a fincas cafeteras de la región pudimos comprobar el trato, relativamente humano, que los pequeños propietarios de origen español daban a su peonada indígena, que nada habría mejorado con un régimen a estilo del que imponen en México los constabularios, matando al propietario criollo para sustituirlo con el Banco de Crédito, manejado indirecta o directamente por el judío de Norteamérica. Término de aquella gira agraria fue la visita consumada, al atardecer, a la población de Izalco, famosa por el volcán que la domina y le da espectáculo. Un recibimiento como el que nos daban las aldeas mexicanas en la época de la gira electoral; pueblo heterogéneo, muy parecido al nuestro por el tipo y el sombrero de palma, chicos revoltosos y descalzos, mujeres de trajes claros; música al frente y séquito que enarbola banderitas. En el kiosco de la placita bien cuidada, discursos de patriotismo continental. Más tarde, una cena de manteles largos en el corredor enflorado de una casa particular; comida abundante, vinos y cerveza a discreción, en tanto que no nos interrumpía el volcán. Pues periódicamente, un estruendo que sacudía los muros, hacía trepidar el suelo, nos llevaba a la puerta. Allí, aglomerados sobre la acera, observábamos la mole oscura del cono muy próximo; un vómito de fuego le salía del cráter y resbalaba por la falda un chorro luminoso y ardiente. Dos o tres veces repitióse, en unas cuantas horas, el ruidoso derrame de lava, que va y se pierde en el llano. A veces, sin embargo, la corriente ígnea desborda y arrastra chozas y ganados. Y los habitantes viven tranquilos, divertidos más bien de ver su aldea convertida en centro de turismo y de curiosidad, expertos en el cálculo del grosor de cada emisión, según el tono del rugido interior que la anuncia.

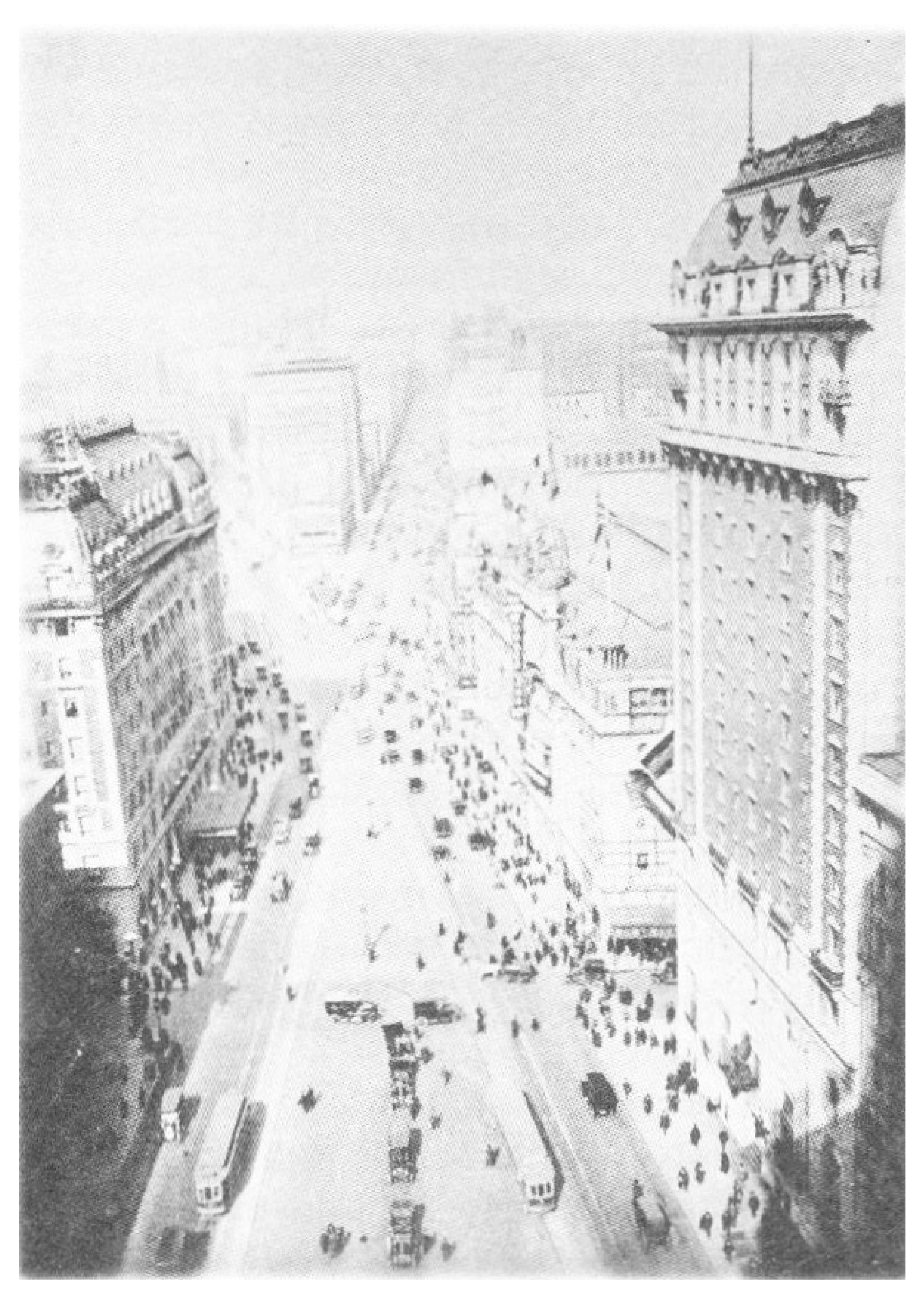
¿Y no se ha dado el caso de que invada el fuego la ciudad? Izalco, no; pero otras poblaciones han sido barridas. Uno de

los caminos que recorrimos por la tarde va por campos, como los nuestros, bordeados con piedras sin argamasa y casitas de enjalbejado, perdidas entre la verdura, y conduce a Sonsonate, el pueblo de Charito. El volcán traicionero me trajo a la memoria el relato de sus impresiones infantiles, asociadas a una erupción más intensa que las comunes. No eran fantasías las suyas. La más pavorosa catástrofe era cosa latente en la región.

Horas antes de la partida del tren que debía regresarme a San Salvador, mi fraternal colega Menéndez Castro me hizo entrega de una cartera de bolsillo, de cuero, labrado mexicano. Dentro de ella estaban doblados los mil dólares prometidos. Y como me había llegado versión de que las conferencias produjeron apenas setecientos, ochocientos, quise devolver el exceso y lo rehusó. Más aún, me dijo: «Si dentro de un año o más su empresa de la revista, o usted, se ven en algún apuro, avíseme, que yo tengo por ahí, aparte de algunas propiedades modestas, treinta o cuarenta mil pesos en efectivo y quiero contribuir para algo noble; no todo ha de ser dormir, comer y atesorar.» Es así Santa Ana, segunda capital de El Salvador, tierra de placeres, pero del oro del espíritu.

A marchas forzadas

Como no podía entrar a Guatemala, no me quedó otro recurso que desandar camino hacia Honduras para embarcarme en Puerto Cortés con destino a Nueva York. En San Salvador me retuvieron dos días los adioses, las invitaciones. En la casa de Dutrix comí la última vez un gallo en chicha, el plato nacional salvadoreño, mitad mole, mitad *coq au vin* a la francesa. Al hotel me asomaba sólo para la siesta, pero en la calle me habían señalado cierta señora elegante, delgada, que andaba dando que decir: era peruana y pasó, suelta al aire la chalina clara, en un automóvil descubierto, acompañada de amigos alegres. Y me paró una tarde en el vestíbulo…



Nueva York: …«no me quedó otro recurso que desandar camino hacia Honduras para embarcarme en Puerto Cortés con destino a Nueva York»

—Deseo saludarlo; usted es mi conocido, casi un íntimo.

Charito me hablaba mucho de usted…

—¿Charito?…

—Sí, la de Gomarella, su amiga. Acabo de dejarla en París; éramos inseparables…

Por decir algo, observé:

—Yo la hacía en Italia, con el famoso Gaetano…

—¡Ah!, sí, eso ya pasó; es toda un historia… Charito, ya usted la conoce, no se pudo contener, la encontraron *in fraganti* con un paje y la pusieron en el ferrocarril… ¡Ja, ja, ja! En fin, yo me voy para Lima; si usted allá tiene una amiga…

—Muchas gracias; adiós, adiós… ¡Ja, ja, ja!… Mis recuerdos a Charito.

Luis Enrique Ávila tuvo la gentileza de acompañarme hasta San Miguel, su tierra. Nos recibieron con arcos triunfales y músicas; la ciudad es hermosa, con sus mansiones recias, sus campos ricos de cultivo. En catres de lona dormimos el anfitrión y yo en la misma alcoba, de abiertas ventanas de reja; por la mañana desperté gritando; el murciélago que me había mordido giró hacia el techo y escapó volando; Luis Enrique se rió de mí…

Al tomar pasaje en el barquito que hace la travesía regular del golfo de Fonseca, el empresario declaró: «A usted no le cobro… Pasaje libre cuantas veces quiera»… En montón con sus atados y sus míseros baúles, los viajeros se pasan las horas resignados, bajo el sol o bajo el agua, según el clima. Nadie protesta de la apretura: es rebaño nuestra gente que se deja maltratar. En cambio, el alto funcionario, el general, disponen de las lanchas de resguardo. Por eso es tan agria la lucha política: el vencedor de nada carece; el gobernado paga y calla, padece.

En Amapala me facilitaron, al instante, automóvil. Un coronel hondureño me acompañó en el viaje a Tegucigalpa. Había sido amigo de uno de nuestros ministros diplomáticos del régimen, apodado Fredejez o cosa así. Le dije: «Es una vergüenza de México ese borracho», y cambió de disco. Por el camino se atravesaban los armadillos y el coronel alabó la carne de estos animales raros, que aprendí a gustar más tarde en Buenos Aires, con adobo a propósito. Unas horas en Tegucigalpa, dedicadas a los últimos adioses, y a la mañana siguiente en auto oficial hasta Yojoa; luego el cruce de la Laguna y Puerto Cortés. Era domingo por la tarde, y esperaba pasarla solo y triste en el pésimo hospedaje cuando llegaron a verme un periodista, el jefe del puerto, el administrador de la aduana y dos o tres vecinos comerciantes. Improvisaron, para esa misma tarde, una plática; después me acompañaron a la cena. Conversamos con franqueza, con efusión. Ni uno solo de los problemas del continente escapó a nuestro análisis. Un joven del comercio local me ofreció su casa para agencia de la revista futura y fue uno de los que mejor cumplieron en todo el tiempo de su publicación. Cargué con un centenar de puros de Copán, que son deliciosos.

Invierno

En Nueva York caía nieve. Pasamos en familia la Nochebuena. Mi hijo se había inscrito en un curso de automóviles. Decidimos marchar a Europa, pero dediqué el mes de enero a consultas en la biblioteca para completar el material de mi *Ética*. Muchos libros que sólo allí se consiguen fácilmente quedaron anotados; además, formé un directorio norteamericano y sudamericano para la revista que proyectábamos. Un trabajo duro de apuntes y lecturas hizo que los días de Nueva York pasaran inadvertidos. Accidentalmente me llegaban rumores de las actividades del oficialismo mexicano en el gran puerto; banquetes y festejos en honor de los ministros, los generales que llegaban cargados de oro, mientras el pueblo pagaba con su miseria la ineptitud para darse gobierno. «Ya mi país no me duele en mi corazón —le había yo dicho a alguien—, sino en el estómago; en el sitio de la náusea.» Los diarios, las revistas *yankees*, se solazaban encomiando al presidente de su colonia, Ortiz Rubio. Morrow, el conquistador pacífico, el segundo Poinsett, alcanzaba perfil de héroe nacional. De Ortiz Rubio se decía que era ingeniero. Y su gobierno, reflejo del de Hoover, correspondía a la era de la técnica. Técnicos resultaban los ministros analfabetos, los generales sin escuela. El brillo del oro atraía mentalidades, no sólo mexicanas, también de la madre patria. Pintados de barniz revolucionario, usufructuaban las cátedras de las universidades capitalistas *yankees*. Daba clases en Columbia

Gabriela Mistral, y un día llegó a nuestra humilde vivienda de por Riverside. Días antes había visto su nombre entre los comensales de un banquete que presidiera el cónsul de México...



Gabriela Mistral, escritora y poetisa chilena: «Daba clases en Columbia Gabriela Mistral, y un día llegó a nuestra humilde vivienda de por Riverside»

—Mal hace usted, licenciado, marchándose a Europa. ¿Qué

va a hacer allá?… Sé que no lo molestarían en México si regresara; debía hacerlo… Usted no me negará que Ortiz Rubio es mejor que Calles…

—Pues yo entendía, Gabriela, que, en su tiempo, Calles no le parecía a usted del todo mal…

Sonrió sin darse por ofendida; insistió:

—Usted no debió meterse a candidato… Eso es para los hombres de armas… Usted no es hombre de armas…

La soporté con paciencia; le hablé de la ópera… Hizo un gesto.

—¡Ah!, ya recuerdo, Gabriela, que a usted no le seduce la música…

—¿Pero usted la entiende?

—No, no la entiendo, la gozo…

Por fin se despidió. No llegaron a formalizarle la invitación que esperaba para dar conferencias en México. Pero dio a los diarios un artículo dedicado, según expresó, a liquidar sus cuentas conmigo… Ella había seguido al educador, no al político, cuyos desaciertos lamentaba… Así, una por una, y con excepciones raras, se rompían alianzas, se disgregaban consorcios. Y nos sucede lo que a los árboles en el invierno crudo: se quedan sin hojas, escueta la ramazón, tristes, desdeñados; pero cada primavera les renueva los brotes, les restituye el follaje; así nosotros, en ciclo nuevo, hallamos afectos, lealtades mejores.

Valeria, rebelde, valía por toda la intelectualidad alquilada. Deambrosis, que seguía representando mis intereses literarios en París, me comunicó haber contratado con *La Prensa*, de Buenos Aires, un artículo mensual por mil francos de honorarios. Aquello significaba, casi, la renta de casa en Europa.

El eclipse

París, como de costumbre, se hallaba sin sol. Humedad gris, favorable al sueño tranquilo, flotaba en el aire, penetraba las cosas y las almas. Nevaba a ratos, pero sin exceso; el frío no era penoso para quien llegaba de Nueva York. En los interiores de los cafés, los lugares públicos, una luz amortiguada por las pantallas de seda, los vidrios de lujo, incitaba a la ensoñación voluptuosa y la molicie. Sin embargo, en mi hospedería de la Plaza de la Sorbona gravitaban sombras en el ambiente y en el alma. Esperaba respuesta del mensaje que redacté al llegar. «Aquí estoy; ruego vengas en seguida.» También a Deambrosis telegrafié invitándolo al viaje inmediato. Cesaron de distraerme las revistas acabadas de comprar. Se retardaban las respuestas; por fin, comunicó Deambrosis: «Pronto lo veré.» De Valeria no llegó contestación. En los ratos de insomnio de abordo había imaginado que la vería en El Havre, al desembarcar, pues se hallaba enterada de mi itinerario. Su silencio resultó desconcertante, me dolió. A eso de las ocho me di cuenta de que estaba abandonado. ¿A quién dar aviso? ¿A quién telefonear? No venía a la mente ningún nombre. Los viejos amigos, ¿estarían libres?, ¿seguirían siéndolo? En todo caso, ya se sabe, en París hay que hacer las citas, por lo menos, con una semana de anticipación. Y mientras hojeaba indeciso el directorio, una idea súbita, una curiosidad despertada quizá por lo que me había dicho en San Salvador la peruana, me llevó a pedir cierto número…



Arco del Triunfo, París

—¿Charito?...

Respondió ella misma:

—Sí, aquí estoy... No tengo nada que hacer; ven al instante...

Vacilé; me repugnaba verla en la casa del muerto.

—No, allá no —objeté—; si quieres, te espero en la fonda aquella donde solíamos...

—¿La fonda tal? Aceptado... ¡Ay!, si parece que ya te esperaba. Me escribieron de El Salvador. ¡Ingrato! ¿Por qué no visitaste a mi familia? ¡Pasaste tan cerca de Sonsonate!... Bueno, salgo ahora mismo; no vayas a hacerme esperar...

El restaurante era de esos que escapan a la racha turística; se anuncian poco y siempre están llenos por causa de la gran *cave*, las ostras finas, las trufas tatemadas, aromáticas, la becada en salsa de almendras, el *foie gras* escogido, el vino blanco Mersault, en pichel. Nada de eso, sin embargo, nos movió el apetito, lastimado en la estúpida navegación. La fonda misma, por la hora tardía, se hallaba desanimada, sin clientes en los altos. Pero apenas habían servido el primer oporto cuando llegó la Charito, nerviosa, como de costumbre, y parlanchina. El afeite y la luz con que París favorece a las coquetas maduras impedían que sé echasen de ver, en mi amiga, las huellas de la viudez, las peripecias de los últimos tres años. Intactos parecían sus ojos fosfóricos, su boca codiciosa, sus manos blancas, que ahora no disimulaban el ademán de ave de presa. Poco habían cambiado las cosas por fuera, desde la postrera ocasión en que allí mismo cenáramos; por dentro, sin embargo, todo en mí había cambiado. Y según transcurría el servicio, cansado porque tampoco ella comía, nada más hablaba, pensé varias veces: «¿Para qué cometí el error de llamarla?» Y me hubiera despedido a la puerta, si no hubiese sido porque, lentamente, su relato me fue interesando y acabó por fascinarme.

Ella también regresaba apenas de Sudamérica. Había estado en Buenos Aires, en Río de Janeiro...

—Figúrate tú, nada más justo que el gobierno argentino

me pagara una pensión como viuda de Gomarella. A eso fui; hablé con Irigoyen. Algunos periódicos censuraron mi pretensión, pero yo declaraba: «A ver, ¿quién hizo más que Gomarella por dar a conocer la grandeza argentina en Europa? Y en vida apenas llegaron a darle, al fin de sus días, un triste puesto de agregado consular»… Y con todo, yo no solicitaba sino la mitad del último sueldo que había ganado… Irigoyen me hubiera hecho justicia, me trató muy bien, me prometió atenderme… En eso, la revolución echó abajo el gobierno y yo tuve que refugiarme en Río de Janeiro. ¡Por cierto que me fui para allá en avión!

En aquellos días, viajar en avión por el Sur era rarísimo. Creí cogerla en mentira y expuse extrañado:

—¿En avión? ¿En qué avión?

—¡Ah!, pues en el de mi novio.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes: mi novio es aviador, heroico, famoso; además, escritor de genio y conde.

—¿Qué, otro viejo?

—Tiene veintiocho años; pero deja contarte: ¿No leiste tú del avión francés que se perdió en los Andes, en vuelo de ensayo, del servicio regular de correo y pasajeros?

—Algo creo recordar, ¿pero qué tienes tú que ver con eso?

Trajeron la cuenta; pagué.

—Mira —propuso Charito—, iremos a tomar el *pousse café* a un lugar muy *chic*; es necesario que te pongas al día, que veas gente y que te vean.

El taxi, tomado a la puerta, nos dejó en una dirección de Montparnasse. Entrada misteriosa como para gusto y explotación de *snobs* y, al fin de los pasillos alfombrados, el descenso a un sótano espacioso. Al fondo, el círculo de un

barril figurado; en las paredes, dibujos extravagantes a todo color, bancos pegados a lo largo de los muros; descubiertos el centro para el baile de la clientela…

—¿Esto es lo elegante?…

—Sí, aquí vienen escritores, pintores, la *crème*…

—¡Pues es bien incómodo!

—Anda, siéntate y no critiques —ordenó Charito, y apenas trajeron el vasito de jerez, reanudó—: ¡Figúrate que me caso otra vez!

—Bueno, pero estábamos en lo del vuelo sobre los Andes.

—Precisamente. Mi novio, Fulano de Tal, es el héroe que arriesgó la vida lanzándose en su aeroplano, de *motu proprio*, en busca de sus colegas perdidos. No los halló y estuvo a punto de perecer de fatiga, extraviado a su vez en los ventisqueros. Ya moribundo, lo rescataron misiones de auxilio que la compañía francesa mandó en su busca. Y causó sensación en Buenos Aires. Allí me conoció, se enamoró de mí; dice que me encuentra muy castellana…, que soy la esencia de lo sudamericano, qué sé yo. Es muy bueno. Te lo voy a presentar. Y aquí en París, ¿pero no te has enterado?… ¡Es verdad!, tú vienes de la barbarie… Acaba de obtener el premio literario del año por la novela en que cuenta sus aventuras del aire…

—¿Pero se casa contigo, o es nada más tu amigo? ¿No dices que lo acompañaste de Buenos Aires a Río de Janeiro?

—Sí, ¿pero qué me crees tan tonta? Soy su novia y le he hablado de ti; él sabe que tú fuiste mi maestro; le he dicho la verdad; por otra parte, yo siempre digo la verdad: que tú eras el más grande maestro de América. Hasta en Buenos Aires tienes tú admiradores… me consta. ¡Ay!, es una lástima que tú y Gomarella no se hayan entendido: dos grandes hombres.

—Pero ahora —observé un tanto asombrado— éste, tu héroe, francamente nos supera a todos.

—No te burles; lo vas a conocer, yo no te engaño. ¡Ah!, y a propósito, a ti te consta que no te olvidaba. ¿Recibiste mi carta del Vitoriale?...

El sitio era incómodo, sobre todo para el que no bailaba. Le supliqué cambiásemos de refugio. Anduvimos un rato por la calle; luego el frío nos metió a un hotel; a la una, más o menos, rematamos en la Coupole. Ya me había contado la extraordinaria aventura de sus vacaciones con el «magnífico», el «egregio», el «incomparable» artista que llamaremos nada más Gaetano. Muy fácil: ella le puso una carta informando que era la viuda de Gomarella, tenía veinticinco años, sudamericana y adoradora del genio; quería conocerlo. Mordió el anzuelo el viejo príncipe del abolengo nuevecito; le pidió que mandara el retrato. La imagen satisfizo, porque en seguida llegó la indicación del día, la hora en que las puertas del castillo se abrirían para la desconocida. Un bello paje la condujo al pabellón, a esquinas de un jardín sombroso, reservado, le dijeron, para la favorita en turno. Una doncella se presentó a hacer el tocado; otra sirviente ofrendó, en cofre tallado, perlas y pendientes, arracadas y pulseras de gran valor. Y le comunicaron que esa misma noche alcanzaría el privilegio de cenar con Su Alteza.

—¿Y...? —había yo preguntado malicioso.

Eludió ella la respuesta; pero expresó su primera decepción:

—Figúrate que al día siguiente me mandaron recoger todas las joyas, explicando que el uso de la casa era prestarlas para el atavío y en seguida devolverlas a la caja fuerte. Al comienzo —prosiguió—, la curiosidad me retenía, aunque resultaba aburrido estar sola; apenas podía pasearme

por el jardín. Las comidas me las servían en mis habitaciones; pero una tarde me llevaron a la sala de música; una especie de capilla, con asientos y reclinatorios, como de iglesia protestante. En primera fila vi dos o tres mujeres; en las facciones avejentadas, y a pesar del cabello cano, reconocí a la Becara, tú sabes, la antigua amante del artista; las otras dos, más jóvenes, me dieron idea de que eran, como yo, accesión reciente del serrallo… Interrumpió el silencio una música de órgano. La escuchaban todos con recogimiento. En frente, en un altar, había un san Francisco, detrás un crucifijo. Inclinada la cabeza, meditábamos; de pronto, fijando la vista, me pareció que el san Francisco se movía. «¡Ay! —pensé— me estoy volviendo loca.» Pero no, no cabía duda; los brazos del falso santo separaron las ropas y apareció desnudo un viejecito huesoso. ¡Era Gaetano, que se hacía adorar de nosotras! Un instante se exhibió, lamentable; luego, dejó caer el manto, desapareció por una puerta oculta en el muro…

—¿Y es verdad que te expulsaron por una flaqueza de la carne, descubierta *in fraganti*?

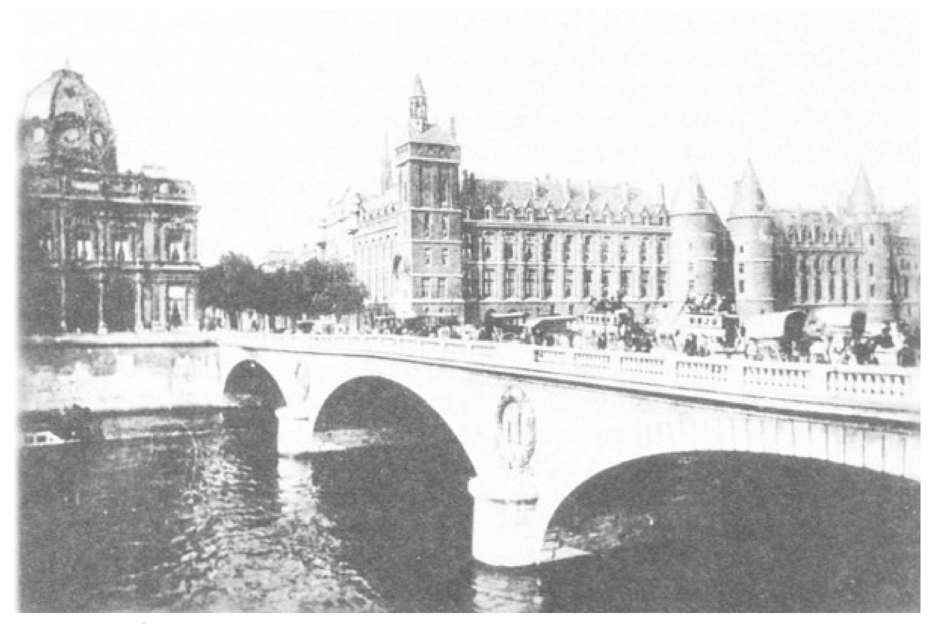
—¡Ah! ¿Luego tú ya sabes esa historia? Es mentira, me salí de allí escapada, porque viéndole el rostro a la Becara me pareció que tenía rasgos de loca y me dije: «Lo que es yo, no acabo como ésta, Dios mío», y me di a la fuga.

A los dos de la mañana, rendido de fatiga, la puse en un taxi, me refugié en mi hotel.

Metecos y mestizos

En general, el hispanoamericanismo en París no llega a meteco, se queda en mestizo. Es el meteco individuo de raza blanca procedente de Rumania, o de Polonia, o de Grecia, que suele dar sorpresas colocándose a la cabeza de la cultura francesa. Metecos geniales fueron, al principio de su carrera, *Madame* de Noilles, la rumana, y *Madame* Curie, la polaca, glorias de Francia, y el hispanoamericano dista mucho del nivel necesario para producir grandes figuras. Además, yo confío en que el día que nuestra raza produzca esas grandes figuras no las veremos asimiladas a otra cultura, sino enraizadas en nuestro medio, representativas de lo nuestro. Pero, de todos modos, el meteco disfruta de consideración que no alcanzamos los simples mestizos americanos. Meteco, por ejemplo, es el español Madariaga, que escribe en francés y adelanta sus credenciales afirmando que se sabe bien su Voltaire, «*Mon Voltaire*», dice, y al mismo tiempo recuerda que se educó en Francia. Y el último nivel de la inteligencia lo ocupamos en París aquellos que ni de saber con propiedad el francés presumimos. Así y todo, el mercado intelectual hispanoamericano tiene su importancia para los escritores de Francia. No hay en el mundo periódicos que paguen mejor que los de Buenos Aires. Y a nadie pagan esos periódicos como a los escritores parisienses de primera fila. De ahí que el asunto hispanoamericano mantiene cierto interés. Y a menudo se le discute por personas bien informadas de nuestro medio. Max Daireaux es uno de esos

especialistas del coloniaje mental de Francia en el Nuevo Mundo. Unos cuantos más se ocupan de obsequiar notoriedad discreta a los escritores hispanoamericanos que previamente se hacen traducir al francés y presentan temas de incondicional pleitesía respecto de alguna gran figura francesa. Quien no rinde tal vasallaje pasa inadvertido o provoca a lo sumo extrañeza. Esto es lo que merecí de Daireaux, que con motivo de ciertas publicaciones de un joven escritor colombiano, el doctor Marcelino Valencia, demostró irritación porque ciertos viajeros de Hispanoamérica me visitaban en París, consultaban mis juicios sobre asuntos americanos. Yo era un espíritu contradictorio, un guía peligroso, afirmó Daireaux, y aconsejaba: Por qué no mejor atenerse a lo que tienen formulado, como credo del nacionalismo hispanoamericano, Barrés el patriarca; Maurras, el combatiente de la Acción Francesa. Contra todo esto despotriqué en un prólogo añadido al de Daireaux, que el doctor Valencia quiso sumar a su libro. Y por esos días se habló en los cafés del problema hispanoamericano…



París: el Sena

Justo es decir que no todos los escritores se muestran ortodoxos y cerrados al punto que acabo de indicar. Los hay generosos como Miomandre, que después de dedicarme algún cumplido conversó conmigo largamente. Por esos días se hallaba impresionado con el *Plumed Serpent*, de Lawrence. Y me preguntó hasta qué punto era exacta la interpretación místico-sombría del afamado novelista inglés. «No se puede negar —le dije— que se trata de un caso de penetración genial.» A tal punto que ciertos vaticinios, que me indignaron a mí cuando apareció el libro, fueron más tarde confirmados, convenciéndome de que era yo el equivocado por exceso de patriótico optimismo. Otros escritores dedicados a lo español en todos sus aspectos, como por ejemplo Jean Cassou, se informan con interés de lo mexicano. Pero un problema que nadie aborda en forma optimista es el del mestizaje y lo que pudiéramos llamar la indoiogía. Pues así como en Estados Unidos, por política de desintegración hispanoamericana, se fomenta la admiración

de todo lo que es indio puro, en Europa lo indio a nadie convence y se le mira más bien como una pesadilla, tal como puede comprobarse en libros como el de Siefgried dedicado a la América Latina. De lo mestizo, a su vez, nadie habla bien, y el escritor evita el problema porque la cortesía le veda expresar sus opiniones. Y es tiempo ya de que sepamos que en lo que hace a despreciar al mestizo coinciden Europa y Estados Unidos. De suerte que una obra como la mía, según se contiene en libros como *La raza cósmica*, defensa y esperanza, precisamente, del mestizaje, provoca, no diré que asombro, tampoco enojo, simplemente extrañeza. Y pocos se habrían enterado de ella si no fuese porque acertó a pasar por el Brasil un viajero francés que dedicó al país un libro. En ese libro, publicado por entregas en la revista *Candide*, refiere el autor la boga que alcanzaba en Brasil mi tesis del mestizaje y, al mismo tiempo, se dedica a destruirla. Y durante varias semanas, meses quizá, pudo verse en cabeza de página del conocido hebdomadario el letrero que afirmaba: «*Oú Monsieur de Mouralis combat les idées de Monsieur Vasconcelos*»…

Mejor anuncio no podía alcanzarlo el más grande escritor y, naturalmente, estuve leyendo los juicios de *Monsieur* de Mouralis. Se quejaba de la incomodidad de los hoteles de provincia y de que no estuviesen las costumbres del interior de Brasil suficientemente afrancesadas. Y, enojado de tanta ineficiencia de mestizos y mulatos, echaba abajo mi tesis con ejemplos tomados de la cría del ganado cebú, cuya cruza brasilera no ha dado, según parece, los resultados apetecidos. No era seria en realidad la obra y, sin embargo, me entristecía. Y eso que de pronto me lisonjeaba cierta notoriedad sociológica parisense, aun cuando fuese a base de una tesis derrotada. Una derrota peor se me hacía patente y me pesaba en el ánimo. Salió por esos días el libro de Marc

Chadourne, *Anahuac, ou l'Indien sans plumes*, en que se pinta la vida mexicana del momento; agasajado el viajero francés por generales y políticos que creen deslumbrarlo porque le hacen servir enchiladas y pulque, le regalan chistes groseros. Equivalía el libro en cuestión a una réplica del militarismo de Blasco, que todavía conservaba prestigios de clásico mexicano y me avivaba el recuerdo de aquel México que me arrojó de su seno entre cuchufletas de canallas y amenazas de rufianes y por encima de la sangre de mis amigos. Todo eso era *La raza cósmica*.

Pero quedaba Brasil, el país que había querido tomar en serio mi tesis. Brasil se ha ido levantando a la categoría de potencia.

¡Ah!, pero el demonio de la sinceridad me susurraba: ¿Quién ha construido el Brasil moderno? ¿Acaso San Paulo no es obra de italianos y de portugueses, obra de europeos? En el mismo Brasil, las provincias atrasadas son precisamente aquellas que, como Bahía, están pobladas por una mayoría de mulatos... Una revista *yankee* me dio más tarde una clave desconsoladora en cuanto a mi tesis. A propósito del alza de la producción algodonera, observaba el *yankee* que los productores son un compuesto de inmigrantes de Europa y del Sur de Estados Unidos, emigrados por el empobrecimiento de las tierras de la Luisiana. Y concluía el articulista que en todas las épocas, a las tierras de oportunidad acudían los mejores elementos de las distintas partes del mundo, los enérgicos y ambiciosos, los técnicamente preparados. Y de esta suerte el progreso en constantemente la obra de aristocracias humanas procedentes de mundos diversos... «En la misma España de la Colonia —pensé— puede comprobarse esta observación, pues sumábanse por entonces al ibero especialistas italianos, holandeses y alemanes.»

Pero, en fin, esta tesis no excluye ni resuelve el problema del mestizaje. Una conversación con una viajera inglesa que regresaba del África me iluminó momentáneamente. Me dijo de los más recientes estudios africanistas, según los cuales la cultura máxima de Egipto corresponde a un periodo de mestizaje de negro y blanco, pero madurado por ochocientos años de experiencia y esfuerzo. Al principio, también en Egipto el mestizaje produjo de inmediato la decadencia. He ahí, pues, mi tesis del mestizaje aplazada en ocho siglos. Y el problema, entonces, consiste en averiguar si sobreviviremos otras cuatro centurias en relativa autonomía, o si antes seremos barridos por razas que harán poderoso el Nuevo Mundo sin contar con nosotros y dejándonos reducidos a la condición de parias, tal como se ven los mexicanos de Texas y California.

Subsiste el nublado

Brumoso amaneció el día segundo, a punto que no se sabe de la hora sino por el reloj. Cae la nieve en copos tenues que no llegan a poner blanco el pavimento, apenas fangoso. Bien forradas en su abrigo de pieles pasan las mujeres, pero al aire las pantorrillas, sin otro abrigo que la media de seda. Muchas usan botas, pero ninguna se exime de lucir una parte de las piernas. Seduce penetrar a las librerías. Muchos clientes se están de pie, una hora o dos, enterándose de los libros, sin romper los pliegos, sin pagar su importe. Los empleados se hacen distraídos, juzgando, quizá con acierto, que un lector inteligente y ávido es mejor heraldo del libro que no paga que el aviso de paga de una revista. Le doy vueltas al Barrio Latino, me detengo en los escaparates de sellos raros de correo, que codicio, pero nunca compro. Regalo singular nos dan las grandes ciudades con sus vitrinas de comercio atestadas de cosas que no podemos adquirir, pero sí contemplar a discreción. Así, ciertas estampas, ciertos marfiles de las casas de antigualla de arte. Una colección de esmaltes bizantinos me hubiera hecho dichoso en aquellos tiempos. En los escaparates del Odeón vendían unos albúmes estupendos de basílicas y mosaicos de Oriente, pero el precio era de doscientos o trescientos francos, más quizá, y había que conformarse con hojearlos un poco, a la manera de los ladrones de texto escrito de las librerías ya citadas. Un torrente de ideas, provocado por el recuento de las naves bizantinas y de sus decoraciones en

mosaicos melodiosos, me llevó a columbrar futuros capítulos de la *Estética*, que me pondría a escribir tan pronto terminase la *Ética*. ¿Pero tendría alguna vez calma para una tarea tan ambiciosa?



Mujer en el canapé, óleo de Gruber.
En la tarde, cuando después de la siesta nos quedamos solos, refirió Valeria sus andanzas recientes de México»

Por lo pronto, había que pensar en la revista. No podía hacerla sin Valeria. ¿Qué pasaba con ella?, ¿por qué no escribía? En fin, Deambrosis me sacaría de dudas... Después del almuerzo y la siesta inquieta, malograda, escribí una larga carta a Valeria; luego unas postales a dos o tres amigos, avisándoles mi presencia en París. Y se hizo noche, más bien dicho, casi no había habido día. Envuelto en el paleto, apretada la bufanda, me acerqué a escudriñar por las vidrieras de una librería que contemplaba desde mi balcón,

plaza de por medio. Vi libros de teología y de mística, libros que necesitaba, pero en ediciones raras, carísimas. Decepcionado, di la vuelta por la calle de la Sorbona. En la acera del comercio, del fondo de una pequeña librería me llamaron por mi nombre. «¡Hola!» Freyman, el ex pintor mexicano, mi viejo conocido oriundo de Tepic, pero judío de sangre. Allí estaba devuelto a su clan. La esposa, judía parisiense, al heredar interés en una antigua casa editora de libros científicos, lo había incorporado al negocio. Me hizo pasar, me enseñó textos de alta matemática y de ciencias; me enteró del chisme intelectual y social de la colonia argentina, la colombiana.

—¿Y de los mexicanos?

—¡Pues qué quiere usted! Quedan pocos; ahora todos gastan su dinero en Nueva York. Pero Pansi está aquí, ya lo sabe usted, de ministro, y ha vuelto a comprar cuadros para otra colección, como la que vendió al gobierno... ¡Pobre México!...

—Entregado al *yankee* —afirmé...

—Sí —aclaró Freyman—, los grandes intereses del país pasaron hace tiempo al extranjero y los funcionarios de ahora se dedican a la venta al menudeo de lo poco que nos queda.

Me habló de las compras que le hacían los chinos interesados en cuestiones técnicas.

—Sólo de México —observó— no recibo pedidos, no parece haber quien estudie en serio.

Me dio consejos valiosos para mi revista. Siempre he comprobado que el judío, como amigo, es leal, comprensivo, desinteresado. Tras de un par de horas de charla, me dejó a la puerta de mi hospedería.

En el despacho del hotel me entregaron un recado de

Charito: había hablado de mi proyecto de revista con diversas personas de su círculo; deseaban ayudarme; por lo pronto, le habían suplicado a Pachequito que me visitara; nadie como él para orientarme en materia de imprenta, publicidad, distribución; también colaboración, porque, «no creas, Gomarella tenía fe en Pachequito, lo señalaba como futuro filósofo». Recordaba yo a Pachequito, lo estimaba; sería un buen auxiliar.

Temprano, sin cenar, para que el sueño viniese profundo, me tendí en la cama, fatigado sin motivo, resintiendo, quizá, los efectos del ajetreo, los viajes, las preocupaciones...

Muy temprano disfruté la sorpresa de ver que entraban a mi alcoba, sin anunciarse, Valeria y Deambrosis. Habían hecho el viaje de noche y llegaban cansados, pero después de un baño estarían listos. Les conseguí cuartos independientes en el mismo hotel, y una hora más tarde tomábamos juntos el café con crema y tostadas, desayuno ligero de Francia que deja libre el apetito para el almuerzo formal del mediodía. Y estuvimos cambiando impresiones. Deambrosis reconoció que su propósito de hacer la revista en Burdeos no era viable; había que establecerse en París. Al mismo tiempo rehusé cargar con la responsabilidad de hacerlo cambiar de domicilio. Y expliqué: «Lo de la revista era una aventura, no un negocio. No cuento con dinero suficiente para sostener un año de pérdidas. Y a menos que el público en Hispanoamérica responda, no podré continuarla mucho tiempo. La publicaré, de todos modos, porque he contraído el compromiso de hacerla y porque no es justo quedarse callado ante lo que ocurre en México.» Y les conté de las facilidades que me había prometido el ministro de Francia en El Salvador, de la imposibilidad de hacer la publicación en un país más cercano al nuestro, dado que todo el continente se hallaba subordinado, de hecho, a la

influencia de la administración norteamericana, que apoyaba a los verdugos de nuestro país. Aseguró Deambrosis que, de todas maneras, le convenía salir de Burdeos, a donde se había instalado por ser de allá la familia de su esposa; pero quería establecerse en París a toda costa. El sueldo de mil francos que yo le garantizaba por seis meses era bastante para inducirlo. Además, prometí ayudarle en los gastos de traslado de la familia.

Esperó Valeria a que terminase la discusión del lado prosaico de la empresa para llevamos a su departamento. No le había hecho mella la desvelada; se hallaba despejada y guapa, elegante, como siempre, con cualquier trapo. Al cuello, un lindo collar de esferitas de plata era testimonio de su paso por las Canarias. Un mantón negro y blanco, que le sentaba soberbiamente, se quedó de sobrecama en el feo cuarto del albergue casi ruin en que nos hallábamos. Luego, como sin darles importancia, puso en mis manos las cuartillas a máquina del brillante ensayo, que corre incorporado, en parte, al presente volumen. Volviendo a mi cuarto leimos el primer capítulo. Me entusiasmó, me pareció estupendo, y propuse: «Esto merece que echemos hoy la casa por la ventana; no todos los días llegan a París gentes como ustedes. Comeremos en un restaurante bueno, magnífico, pero antes los voy a llevar a un sitio que sólo yo me sé, donde sirven un oporto único.» Y a pie, aprovechando que no lloviznaba, descendimos por Saint-Michel, atravesamos el puente por delante de Nôtre Dame y la estatua de Enrique IV. En el borrador de una novela, que también nos había enseñado Valeria, se describía, precisamente, aquel paraje parisiense. Y comentamos el fruto del encierro de varios meses de Valeria, en Burdeos. Sin reservas, tanto Deambrosis como yo le celebramos el don de estilo y el talento extraordinario que pronto habría

de colocarla en primera fila entre las escritoras de Hispanoamérica. Estilo posguerra, seco, destellante, un tanto irónico y sustantivo, también desconsolado, pero no escéptico.

Caminamos bajo los portales de Rívoli, más allá de la Juana de Arco, una, dos veces, sin encontrar lo que buscaba, una antigua Adega portuguesa que vendía el oporto, el jerez, extraídos de sus barricas, clasificados por años y marcas, en vasitos de diez francos y hasta de veinte, según la edad, la calidad. Preguntando, supimos: un año antes habían cerrado el establecimiento afamado. En su lugar vimos una moderna perfumería. Fue un desengaño. París perdía sus rincones de cosmopolitanismo distinguido y, en cambio, se llenaba de bares en que se sirven cocteles. La norteamericanización no respetaba ni la Ciudad Luz; tenía razón Duhamel al dar la voz de alarma en su libro *Escenas de la vida futura: viaje por Norteamérica.* Precisamente proyectábamos traducir para el público hispanoamericano trozos de esa obra. Entre tanto, el francés leal a sus vinos puros, tomaba venganza de la moda extranjera definiendo el coctel más o menos como sigue: «Una bebida que huele a dentífrico, sabe a droga y tiene efectos de explosivo; se asegura que la inventaron los pieles rojas para deshacerse de los abuelos cuando llegaban a convertirse en estorbo»... (revista *Caprouillot*). En un sitio cualquiera bebimos un oporto mediano, pero la comida resultó impecable. Sólo al principio objetó Valeria: «Dénme a mí otra cosa, no sé qué gusto le encuentran al caviar.» No insistimos en que lo comiera, pero recordamos la teoría de no sé quién sobre que el paladar lo tienen las mujeres poco desarrollado, de suerte que rara vez aprecian los vinos tintos y prefieren los blancos, dulzones.

En la tarde, cuando después de la siesta nos quedamos solos, refirió Valeria sus andanzas recientes de México. De

California se trasladó directamente a la capital...

—¿Por qué volviste a raptar al niño? ¿No habíamos convenido que procurarías la paz?

—No hablemos de eso, deja —y repitió sus conversaciones con amigos comunes de la política—. Lo primero que me preguntó Manuel, cuando me vio, fue: ¿Por qué no está aquí el licenciado? Su lugar está aquí, en el campo de la lucha, ¿qué hace en el extranjero? Sentí ganas de pegarle —declaró Valeria—, y así a casi todos los demás. Quisieran verte como ellos, resignados, sonrientes después del atropello, dedicados a congraciarse con éste y con el otro. Y a eso le llaman estar en la brecha. Me hacían hervir la sangre.

A mí también me ofendía, no tanto el desistimiento de los correligionarios, sí la pretensión de que volviera a México en paz, cuando de un modo o de otro había yo llamado a la guerra; cuando estaba aún fresca la sangre de tantas víctimas y, en el poder, impunes y engreídos, los asesinos. La protesta que suponía mi sola ausencia no la querían reconocer; acaso les inquietaba y se apresuraban a censurar al jefe de ayer, olvidados del mal que denunciaron la víspera. Sobre mi mesa lucían peras y manzanas del cesto de frutas neoyorquino que me mandó al trasatlántico Luis Gallopin, el banquero suizo-mexicano que conocí a través de los Valles y a quien el gobierno callista había echado fuera, en avión, porque se oponía a los arreglos de la deuda consumados por Morgan, Lamont y compañía. Representaba Gallopin obligacionistas europeos que no fueron ni siquiera consultados en el traspaso de su representación de Londres y París a Nueva York. Y traía a Lamont de la cola ante los tribunales de Nueva York.

—Financiarme una revista es lo que debía hacer Gallopin en vez de perder el dinero en abogados —expresé.

Y Valeria, que se daba fácilmente a la ilusión así como caía en desalientos profundos, acogió la posibilidad.

—Es broma mía —me apresuré a declarar, y añadí—: A estos financieros de la hora les falta la audacia, por eso lo están perdiendo todo, porque hoy la audacia está en los políticos…

Entró Deambrosis, gordo, juvenil, rubio, optimista; con las manzanas y peras y un poco de té improvisamos cena.

Propuso Deambrosis ver una película en boga. Valeria deseaba recorrer a pie los vericuetos del Barrio Latino. Dejamos a Deambrosis en la puerta del cinema; luego nos perdimos, por detrás de San Severino, rumbo a Santa Genoveva y las calles escolares, que a esa hora se hallaban desiertas. El paso regulado, el leve, grato roce de las caderas que liga los cuerpos, sincroniza las almas de dos que se han unido en la ilusión de la eternidad.

Preámbulos sombríos

Dedicó Valeria la mañana a escribir algunas cartas. Deambrosis y yo recorrimos tres o cuatro barrios a caza de un departamento con sala para una redacción y habitaciones privadas para mi esposa y mi hijo, que debía concluir en París sus estudios. Valeria proyectaba establecerse en un departamento con su hijo, pero más tarde; por lo pronto, temía ser descubierta y verse obligada a pelear otra vez por el chico. Además, necesitaba no dar pretexto para que legalmente la privasen de la patria potestad. Al niño lo había dejado en Burdeos, en la honorable pensión de familia que Deambrosis le había hallado. Y sin esperar a que yo hiciese preguntas, Deambrosis inquirió:

—¿Es muy rica Valeria?

—Pues lo ha sido, pero últimamente, si no me equivoco, ha tenido dificultades; en realidad, no conozco sus asuntos de dinero.



Los Inválidos, París

—Pues verá usted, se ha pasado estos meses, allá en Burdeos, encerrada en su pensión, trabajando, leyendo. La pensión es cara, casi de lujo; así la busqué porque ella me dio a entender que contaba con fuertes envíos de México. Pero parece que no llegan los fondos. El otro día, hace ya como dos meses, me solicitó un préstamo: dos mil quinientos francos; eran todo lo que tenía yo en ahorros, y se lo dije al entregárselos... Como usted me escribió que la tratara como de su propia familia...

—En efecto, Deambrosis; le agradezco que se los haya prestado, ¿pero de entonces acá?...

—Pues no sé cómo ha vivido, porque, verá usted, el día que recibió mis fondos se fue a una juguetería; era época de Navidad y le compró a su chico juguetes por valor de quinientos francos; a los míos les obsequió en forma que yo nunca he podido igualar. Y a mi esposa se la llevó al restaurante más caro de Burdeos; por cierto que, usted sabe, Simone es persona modesta y se sintió deslumbrada, casi

molesta en aquel lujo…

—Bueno, Deambrosis; en todo caso, por su dinero no se preocupe y le renuevo mi gratitud por habérselo facilitado. En cuanto a ella, ya sabe usted, para los ricos no tiene valor el dinero; derrochan en un instante lo que para nosotros representa meses de esfuerzo.

No hallamos casa esa mañana; unos departamentos eran inadecuados; otros, muy costosos. Regresamos al hotel y almorzamos con Valeria en una fonda modesta de la misma Plaza de la Sorbona. Por la tarde nos dedicamos a revisar el material del primer número de *La Antorcha*, que Valeria había ido reuniendo. Nos entregó un comentario elogioso del libro de Trotsky, *Mi vida*, y una traducción de prosas de Hölderlin. Al vaciar sus libros, de una maleta, apareció toda la colección de Nietzsche en buena traducción francesa. Confesó haber estado leyendo en Burdeos a Nietzsche y a Hölderlin. «Almas profundas —comentó—, deslumbrantes.» Revisando su traducción, hubimos de consultar una palabra. No había a mano diccionario. «Esperen —les dije—, yo tengo uno, pero en el fondo de aquel baúl.» Todo mi equipaje estaba en el cuarto, amontonado en los rincones. Abrí una caja que contenía libros y objetos de uso; al caer todo al suelo rodó una pistola recortada, treinta y ocho, que me habían regalado en Mazatlán. «¿Qué hace esto aquí?», exclamé, y delante de mis amigos metí la pistola en la maleta de mano que puse debajo de la cama. Corregimos los borradores, clasificamos el material; quedó convenido que Deambrosis sería el secretario de redacción y Valeria el alma de la publicación, pero como simple colaboradora, pues no era remoto que ella tuviese que regresar a México. «Sí, por desgracia», asintió Valeria, pero iría por poco tiempo y con el fin de arreglar sus asuntos en forma de no volver jamás, si era necesario, si las cosas no cambiaban.

Yo era de la misma opinión, así es que no hubo réplica.

Reunidos todavía los tres, bajamos a cenar por el *quartier*. Mientras empezaban a servir, me dirigí al lavamanos. Se me quedó ella mirando, al atravesar la sala, y le dijo a Deambrosis, que se había quedado haciéndole compañía: «Vea qué flaco, qué acabado está... ¡ay!, ¡quién sabe por qué me ha dado, en este instante, la impresión de que antes de dos o tres años se nos va!» Esto me lo refirió Deambrosis después de que ocurrió la tragedia. Regresé y cenamos ligero: lenguado frito, una ensalada y buen vino. Hablamos de las dificultades que habíamos descubierto por la mañana para encontrar departamento; proyectamos ensayar al día siguiente unas direcciones de la *banlieue* parisiense. Y ella se puso a decir cómo decoraría su estudio, con buen gusto y con lujo. Esperaba envíos de México, explicó, pero, además, contaba con que pronto ganaría mucho dinero escribiendo para periódicos de Estados Unidos, de Argentina. Deambrosis, que se sostenía apenas con su labor ardua de corresponsal de diarios de América, le objetó: «No deja para lujos la pluma, ni a los genios. En castellano, por lo menos.» Y hablamos de las ganancias fabulosas de los escritores afamados de Francia. «Pero figúrese usted —reflexionaba Deambrosis—: una edición de autor de éxito no es menor de cien mil ejemplares; a franco por ejemplar, un solo libro»..., y a los tres se nos hacía agua la boca...

Regresamos al hotel. Deambrosis se quedó en su habitación del segundo piso; ella subió a mi cuarto, en el tercero. Se echó en la cama, arregló las almohadas y me sentó a su lado. Me hallaba yo preocupado; hacía números; tantos miles de francos por el primer año de renta, tantos miles por cada edición, el sueldo de los empleados; mi propia subsistencia y la de mi familia, ¿qué se volvían en París ocho o nueve mil dólares? Me pasó ella la mano por la frente, y

rogó: «Quítate ese ceño, estamos juntos, procura estar contento.»

Eludir el sufrimiento, no hacerle frente a la dificultad, ése era el mal de ella, pensé, pero no se lo dije. Simplemente formulé una queja: «Me han dado en toda esa gira muchos banquetes, pero pocos pesos; quisiera tener lo que gastaron, por mi causa, en champaña.» Y le conté de las recepciones cariñosas, de los Ayuntamientos de las pequeñas ciudades que declaran a uno huésped de honor; de la generosidad de los públicos y de la falta de sentido práctico de quienes podrían ayudar empresas que interesan a todos. «Temo —concluí— no poder sacar adelante ni siquiera por un año la revista»...

Se quedó callada, como siempre que se hablaba de cosas prácticas. En Los Ángeles había menospreciado ciertas cartas de amigos que mostraban su preocupación por mis condiciones económicas. «¡No piensan sino en dinero!», había dicho. Y yo, alarmado, repuse: «¿Y qué mejor prueba de afecto, pensar en el bolsillo del amigo?»

Y se había reído. Ahora no me atrevía a tratarle su propia situación pecuniaria. Sin embargo, quería aconsejarla antes de que el fracaso la obligara a abrir los ojos. Un sentimiento casi paternal se sobreponía a los miramientos de la cortesía. Sonó el timbre que avisaba los llamados telefónicos. En el pasillo un único aparato servía a los clientes de todo el piso. Habló Charito, anunciando que iba en camino Pacheco para ofrecer su ayuda en los asuntos de la revista. «No lo recibas —indicó Valeria—; que hable Deambrosis con él, tenemos mucho que hablar.» Rogué a Deambrosis que aceptara la colaboración de Pacheco y lo citara para unos días después.

—¿Y quién era la que hablaba? —interrogó Valeria.

—¡Ah!, pues nada menos que Charito.

Y le conté la historia fantástica que noches antes escuchara, desde la aventura con Gaetano al matrimonio próximo con el conde aviador.

—¿Y a ti te sigue interesando esa mujer?

—Si vieras que no; casi me horroriza. ¿Qué no adviertes en toda esta historia suya la garra del ave de presa, la frialdad sentimental más descarada?

—¡Pero te presta servicios!

—Es verdad, y desinteresadamente; ya lo ves, tiene su lado bueno, hago mal en juzgarla con tanta dureza…

Y no hablamos más de ella…

Tocó, por fin, Valeria, el tema de sus finanzas. Estaba extrañada de que no le mandaran fondos; hacía dos meses debió llegarle una remesa; si continuaba sin noticias tendría que regresar a México. Asentí en que era lo más cuerdo. Y a preguntas más precisas respondió que no, que no estaba arruinada; sólo temporalmente comprometida; por eso no se decidía al regreso; quizá sin su presencia… Además, iría sola, dejaría al niño escondido en Burdeos; no iba a exponerse a que se lo quitaran de nuevo. Pero no tenía para el viaje. Inmediatamente le ofrecí adelantarle lo necesario y lo aceptó de buen grado…

—Te pagaré esa bagatela.

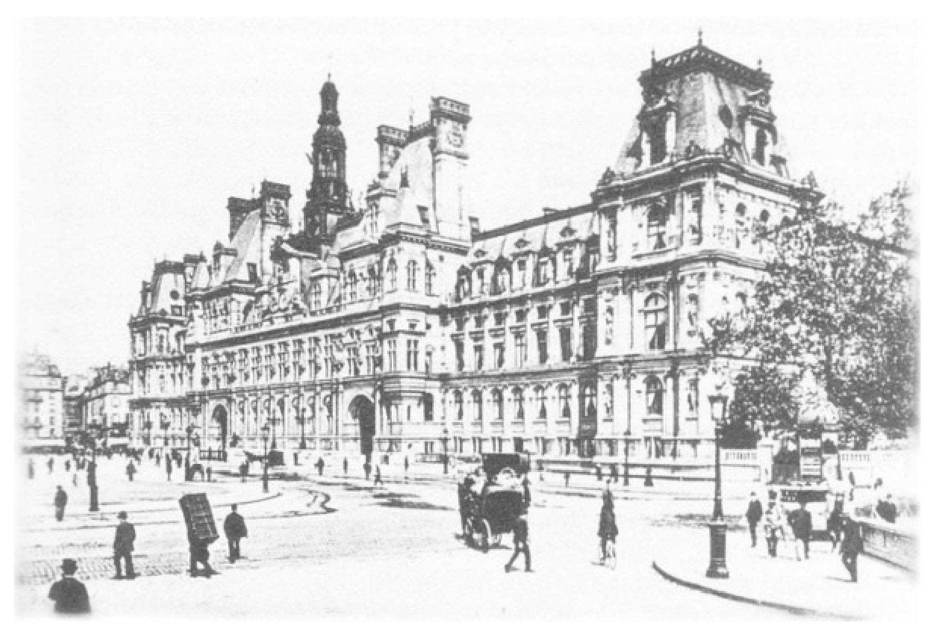
—No es necesario. Lo que hace falta es que personalmente pongas en orden tus cosas. —Su abogado me había escrito a Los Ángeles que un poco de cordura sería bastante para ponerla a flote—. Ve, pues, y en un mes, dos meses, salvas lo que se pueda y regresas. No sacrifiques nada, no vendas, no hipoteques; asegura una renta pequeña y regresa…

Y me habló de unas alhajas con cuyo remate podría reunir cincuenta, sesenta mil francos.

Nos dirigimos a su cuarto. En su maleta llevaba todavía el itinerario de la compañía francesa. Un barco salía para México, más o menos a los diez días de la fecha en que nos hallábamos; se convino en que al día siguiente apartaríamos pasaje para ese viaje.

Calma engañosa

Nos acompañó Valeria por la mañana al banco. Entregué allí los giros que había sacado en Nueva York y abrí con ellos cuenta corriente. Al mediodía nos separamos. Resolvió ella dedicar la tarde a los preparativos de su viaje de dos o tres meses y vuelta. Necesitaba presentarse al consulado para la visa del pasaporte. Por nuestro lado, Deambrosis y yo nos fuimos por un suburbio a recoger el presupuesto de una imprenta que aceptaba trabajos en castellano. Regresamos al oscurecer y Valeria no estaba en el hotel. Dando vueltas en el cuarto, la estuve esperando más de una hora. Por fin se presentó sumamente nerviosa: temblaba casi de indignación, y explicó: acababa de ser víctima de un insulto, una canallada. Con la idea de evitarse el viaje, entrevistó a un viejo conocido, hombre de posibles, para proponerle un negocio: que le comprara una de sus casas en México, pagándole al contado en París. El sujeto le había declarado cínicamente: «No necesita vender su casa; yo le daré todo el dinero que necesite, a cambio, ya sabe usted…; yo siempre he sido su enamorado»…



Palacio del Ayuntamiento, París.

«—Figúrate, me encontré en el consulado con Fulano y Zutano —aquí los nombres de dos de esos artistas de mezcal y mole que caen por París…»

—No le pegué por no ensuciarme la mano… —y alargaba los brazos, se incorporaba sobre el sillón de la alcoba.

La apostrofé, exaltado:

—Tú tienes la culpa por andar haciendo esa clase de gestiones; arregla tú misma tus asuntos…; ya basta de andar derrochando tu dinero y tus energías. Ten más juicio, reflexiona, usa tu talento.

—Tienes razón, lo comprendo, soy una insensata…

No era posible discutir con Valeria; su buena crianza eludía las escenas. Un humorismo amargo era la máxima expresión de su enojo, si lo tenía. Y una necesidad de ahondar en el sentimiento y desmenuzarlo, en fríos análisis, era su tormento. Severa en sus juicios, solía faltarle caridad con ella misma. Y así como era generosa para reconocer la virtud ajena, resultaba también implacable para desnudar

toda bajeza.

—Figúrate, me encontré en el consulado con Fulano y Zutano —aquí los nombres de dos de esos artistas de mezcal y mole que caen por París, protegidos de algún general que en alguna parranda vulgar les hizo cantar hasta el amanecer...—. Acudieron a saludarme y les dije: «Imaginen mi desgracia, tengo que regresar a México.» Y exclamaron acordes: «¡Pero cómo!, ¡si debía usted estar contenta de volver a nuestra tierra, tan chula!» «Sí —clamé—, la tierra de los asesinos y los ladrones entronizados... También ustedes me dan asco.» Y los dejé atónitos.

—¡Maldita canallada! —comenté yo también—. Pero, en fin, ¿te dieron la visa?

—Sí, sin dificultad; mañana debo llevar los retratos, y eso es todo. Por cierto, Arturo Pani, lo conocí hace años, aquí en París, se portó muy gentil; a la puerta vino a dejarme; le dije que aquí te hospedabas tú también, y expresó maliciosamente: «¡Qué suerte tiene V...!»

—¡Que se vaya al diablo ese otro! —grité.

Y ella, tranquila, dominando ya sus nervios, empezó a hacer revisión de su vivir reciente. La *Révolte des Femmes*, de Gide, era su Biblia, su caso, y detalló:

—Me casé enamorada, es decir, ilusionada. Y acabé por asquearme: no hay nada que me repugne tanto como la codicia del dinero; necesitaba probarme a mí misma que podía seducir, abstracción hecha de la posición de mi padre. Luego, inesperadamente, la muerte de mi padre me dejó de albacea y beneficiaria principal de una fortuna. En cierto modo la había ganado, pues estuve siempre al lado de papá en sus dificultades matrimoniales; fui su predilecta porque supe darme cuenta de su bondad y de su genio... ¡Mi padre!... Tu generación no supo apreciarlo, veía en él un

porfirista más, pero él se formó solo, hizo estudios brillantes aquí mismo, en París…

—Y he aprendido a admirarlo —le afirmé—. Más aún, cierto amigo mío, muy entendido, me llevó una vez a la Columna, me estuvo haciendo ver sus ventajas, su impecable armonía; para aquel técnico, tu padre era el genio, el maestro… Y tú para mí, ya te lo he dicho, eres una de las estatuas, eres la patria que anda conmigo.

Entonces, cambiando bruscamente de la confidencia a la reserva, declaró:

—¡Pues se te va de entre las manos la patria!…

—¿Cómo es eso?

—Nada, ya lo ves, me embarco el día tantos…

Las llamaradas que un momento antes me provocara con el relato de las galanterías de sus conocidos volvieron a encenderse, y con ira mal contenida le solté las únicas palabras que habían de pesarme entre todas las que le dije:

—¡Está bien!, no será la primera vez que me encuentre solo y esté a gusto…

No pareció recoger el reto involuntario; sin duda su gran penetración, que veía en mí como dentro de un manantial iluminado hasta el fondo, advirtió que no era desdén mi desplante, sino desesperación de quien no puede alterar su destino. Y en tono que se hizo conmovedor, exclamó:

—No es justo, no es justo que yo también pese sobre ti; tu carga es ya demasiada; no te perteneces ni a ti mismo. Desde que estábamos en Los Ángeles, a ratos sentía que te destrozaba, te hacía jirones; tengo esa fatalidad: destrozo mi propia ventura.

Me ablandé:

—Pero es que también me hiciste mucho bien. A menudo

fuiste la única que conservaba la fe; la primera también que vio la necesidad de salvar la idea; la que decidió erguirse más firme en la adversidad. Y eso en los instantes en que tantos desertaban. Ahora mismo, esto de la revista fue tu idea; yo, por gusto, me dedicaría a mis libros; todo lo que es periodístico me repugna, me parece oportunismo; prefiero dedicarme a las cosas eternas fundamentales, aislado frente a lo Absoluto.

—¡Dime —reclamó de pronto—, dime si tú me necesitas, si de verdad me necesitas!

Pero como advirtiera en la pregunta la intención de tomarla como base de decisiones inmediatas, repuse:

—Te necesito hasta donde un ser puede necesitar a otro; me sentiría abrumado si me faltaras; pero fíjate que, en realidad, nadie necesita de otro, no necesitas tú de nadie; en lo esencial, lo fundamental, sólo de Dios necesitamos.

Mi intención era llevarla a que, independientemente de mí y de todo el mundo, reorganizara su vida y la asentara en bases firmes.

Y le rogué que en primer lugar compusiese sus asuntos familiares; aquella huida por el mundo sin dinero, o con poco dinero, acompañada de un niño y de un juicio que le iba siguiendo los pasos, necesitaba un término; era mejor que ella se lo diese voluntariamente, presentándose en México, afrontando la situación. Mientras no lo hiciese, no tendría calma para trabajar.

—Pues qué, ¿te parece tan mal eso que escribí en Burdeos?

—Me parece admirable; por eso mismo urge que arregles tu vida para que sea de verdad fecunda. En fin, regresa pronto; quizá no podamos sacar ni el primer número antes de que estés de vuelta. Y como mañana tenemos mucho que hacer —añadí—, es bueno acostarse.

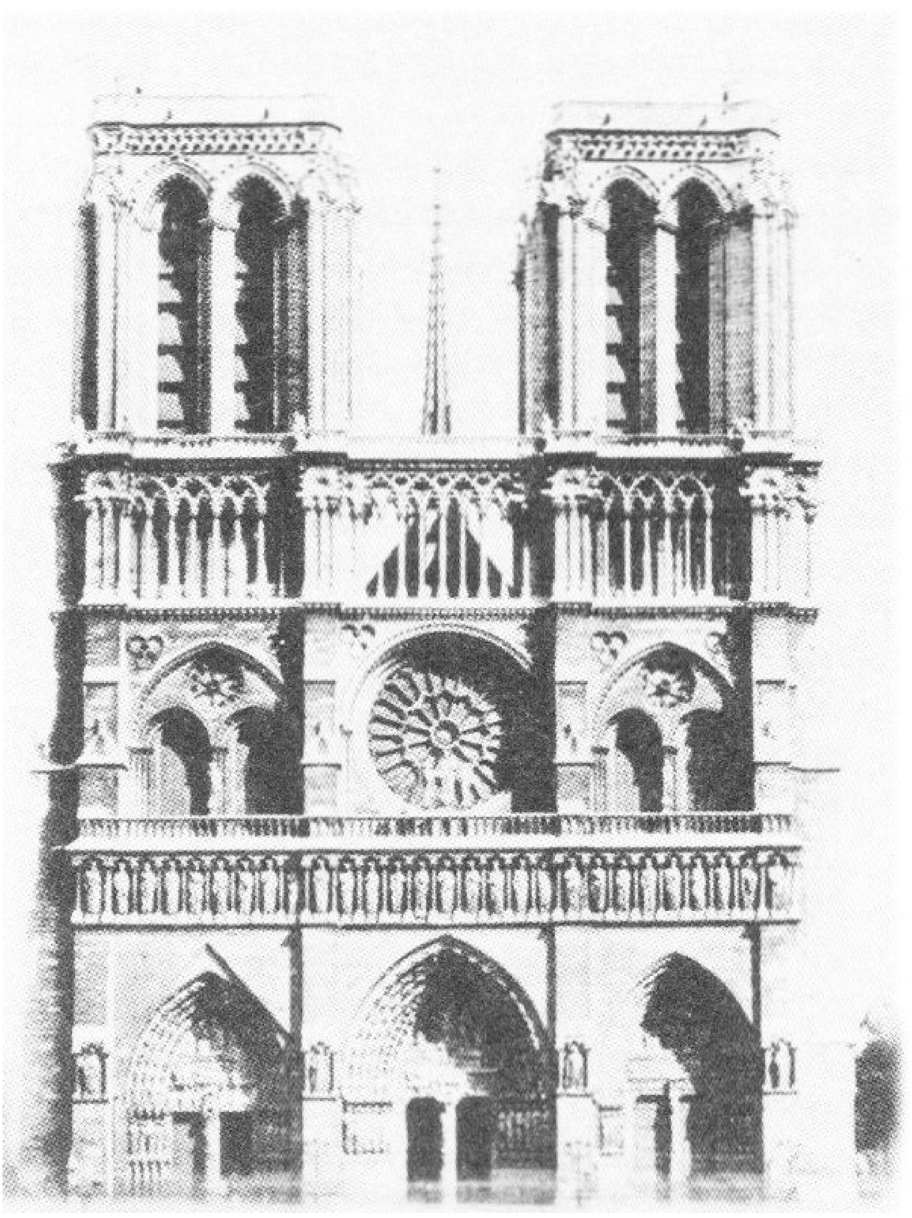
Eran las once, temprano para París. El día había sido intenso para todos y yo andaba por entonces agotado, casi enfermo; así es que caí en la cama y me dormí profundamente.

La catástrofe

Antes de la 7, penetró en mi habitación, se sentó en mi cama.

—He pasado mala noche, casi no he dormido —expresó—, y he reflexionado; he tomado resoluciones; no haré ese viaje a México; me quedaré aquí a vivir de bohemia, en la pobreza...

—Valeria, tú sabes, mejor que yo, que ya no hay bohemia, no hay más que pobreza; la bohemia es hoy cosa de *snobs* adinerados; y la pobreza no es para ti, ni se queda en el extranjero el que está pobre: ni permiso para trabajar dan al extraño en estos tiempos...



Nôtre Dame, París.
«Se ha dado un tiro en Nôtre Dame una dama de México…»

—¿Me puedes dar trabajo tú, en la revista? ¿No vas a pagar taquígrafa? ¡Pues yo lo seré!

—¿Y tú vas a vivir con los seiscientos francos al mes que gana una taquígrafa? ¿Y entre tanto tus asuntos

derrumbándose? No sería prueba de cariño retenerte. Si no tuvieras nada que defender, si fueras de verdad una bohemia, no los seiscientos francos, la mitad de lo mío sería tuyo; viviríamos como se pudiera, nos largaríamos, desde luego, de aquí, que no es tierra de pobres, y prescindiríamos de hacer la revista; pero no es ése el caso, puesto que no estás arruinada. ¿O lo estás? Dime la verdad.

—No quiero ir a México porque eso sería entregarme indefensa a mis enemigos; me arrebatarían a mi hijo, me pondrían en ridículo.

—En efecto, para seguir ese pleito no alcanza ningún dinero.

—¡Pues, para que veas, he decidido que mi hijo vuelva con su padre!

Sabía yo el esfuerzo que una resolución de ese género debía de costarle y me alarmé…

—¿Pues qué te pasa?, dime.

—Es que he decidido matarme para no estorbarle a mi hijo.

—¡Matarte! —repuse enojado—; si eso me lo dijera una tonta cualquiera, me preocuparía, procuraría disuadirla, pero lo dices tú y no puedo tomarlo en cuenta; no creo que hables en serio. Tienes salud, juventud, hermosura, genio, ¿qué más quieres?

—Ya te lo dije —insistió—, pero no tengas cuidado, no lo haré aquí en el hotel, no sería leal contigo hacerlo, te comprometería; me mataré lejos… —y sonrió sin amargura, como el chico que amenaza con echarse del balcón cuando no se le cumple un capricho.

Lo de un suicidio, en labios de ella, tenía la virtud de irritarme:

—No hables así, no puedo creerte, no es digno de ti; sabes lo que es eso, es cobardía frente a la vida, es deserción… No, no creo que lo hagas, no puedes decirlo en serio…

Me había levantado de la cama y empezaba a vestirme; sin decir más, se salió de la habitación.

—¿A dónde vas?

—Voy a tomar mi baño.

—Está bien, no tardes, tenemos mucho que hacer en la mañana; en media hora tocaré a tu puerta, bajaremos a almorzar.

Y asintió:

—Te espero. Me hallarás lista.

Sin embargo, no quedé tranquilo; antes de afeitarme bajé a ver a Deambrosis. Estaba leyendo el periódico.

—Bendito sea Dios que es usted madrugador —exclamé, y luego, suplicando—: Váyase al cuarto de Valeria con cualquier pretexto, métase, háblele tras el cancel mientras toma su baño, pero no se le despegue: amaneció con no sé qué ideas raras; hay que cuidarla mientras se le pasa la obsesión, el capricho.

Tocó Deambrosis y ella, despreocupada y afable, gritó:

—Pase, tome asiento; acabo de bañarme y estoy con usted.

Desde el baño trabó conversación con Deambrosis, según éste relataba más tarde.

Concluí de afeitarme y me reuní con Deambrosis; al poco rato salió Valeria de su tocador, más acicalada que otras veces, lindo el óvalo de la faz y sonriente; su largo, fino cuello recordaba un cuadro renacentista; el cuerpo, elongado y opulento, estiraba la seda de su traje negro, de gusto impecable.

—Ahora sí, cuando ustedes gusten —manifestó, y nos

dirigimos al bulevar.

Cosa rara en París, el día estaba despejado; hicimos a pie el trayecto a la Plaza San Michel. Allí abordamos el autobús. En el cruce del puente, Valeria, que iba a mi lado, pegada a la ventanilla, dirigiéndose a Deambrosis, que nos quedaba en frente, señaló una de las boyas amarradas al pretil y preguntó:

—¿Y eso para qué está allí?

Deambrosis entonces, como por intuición que se adelanta al peligro, expresó, añadiendo a la palabra un ademán despectivo:

—Eso es para los tontos que se echan al agua pretendiendo suicidarse… Ya eso pasó de moda; ahora los sacan chorreando baba, los ponen en ridículo, les dan una paliza en la comisaría y los echan a la calle…

Sonrió ella sin muchas ganas y no dijo más. Yo sentí pasar un escalofrío y reflexioné otra vez: No hay que dejarla sola un momento mientras le pasa la obsesión. Era el niño que quería lucirse, demostrando valor para un acto absurdo. ¡Qué bien había estado Deambrosis tomando la cosa por el lado del ridículo! Peor habría sido contrariarla. Era mejor no darse por enterado, hablar de otra cosa. Y ella misma se distrajo en la apariencia; habló de lo feos que eran los retratos de pasaporte. ¿Cuánto tiempo irían a tomarle para hacerlos? ¡Era un fastidio que los exigiese el consulado!

Dejamos el autobús en la Rue Royale, nos metimos por la Rue de la Paix, asomando a las vitrinas de diamantes y joyeles; nos detuvieron los cristales de Lalique en el escaparate que da a la columna Vendóme. Y penetramos al banco; retiré lo del pasaje de Valeria y dos mil francos más para los gastos corrientes. Con billetes en la mano, propuse:

—Nos divertiremos, nos daremos vacaciones, no

trabajaremos más mientras sale tu barco... ¿Cuánto tiempo? ¡Vamos a ver! Una semana; no, nueve días... ¡Qué poco!...

Ella asentía, bromeaba, parecía contenta. Decidimos almorzar juntos, pero como ella tenía que presentarse al consulado y retratarse previamente, y yo no pisaba consulados de mi país, se concertó, y aquí estuvo el mal, que mientras ella consumaba los trámites de la visa, Deambrosis y yo visitaríamos un almacén de muebles usados en busca de un escritorio y unos sillones. Vimos el reloj: eran cerca de las 11... una, dos horas, a la una en punto nos reuniríamos en uno de los cafés más conocidos del bulevar de los italianos.

Y a la puerta de la fotografía, por la Magdalena, nos separamos...

En largos recorridos, que el tráfico hace desesperadamente pausados, se pierden las mejores horas del día en las ciudades modernas. Sin embargo, a la una estuvimos en el lugar de la cita; ocupamos una mesilla sobre la acera, para quedar más visibles, y pedimos nuestro *vermouth*. Proyectamos un buen almuerzo; en seguida, con la visa firmada, pagaríamos el pasaje en la agencia. Y concluidas las obligaciones, dedicaríamos unas horas al Louvre, pues ya era un remordimiento tener tantos días de llegados sin asomar por sus galerías. Pasó un cuarto de hora y Valeria, que habitualmente era puntual, no aparecía. «Sin duda —pensamos— la han entretenido más de la cuenta, conversando en el consulado.» Así que cuando la espera llegó a la media hora me entró una súbita inquietud. ¿Se habría dirigido Valeria al hotel? ¿Deberíamos marcharnos en su busca? Pero, ¿si llegaba ella y no nos encontraba? Pasaron unos minutos más y ya no pude resistir: en taxi volamos al hotel. Interrogamos en la oficina: no estaba en su

cuarto; subimos al mío. Sobre mi mesa estaba una carta, un recado de breves líneas en que avisaba como la cosa más natural del mundo: «En este momento salgo a cumplir lo que te dije; no me llevo ningún resentimiento; sigue adelante con tu tarea y perdóname, ¡adiós!»...

Le extendí el papel a Deambrosis, que lo leyó sin decir palabra.

—No lo creo —expresé yo—, no puede ser, ¿cómo va a matarse dejando al hijo abandonado en Burdeos? ¡Si no tuviera hijo! ¡No es posible!... —y al decir esto pensé en la pistola que dos días antes había metido, delante de ella, a la maleta: violentamente registré.

—¡No está la pistola, Deambrosis! —clamé, y los dos nos pusimos pálidos.

Bajamos a comer algo en un restaurante inmediato, donde creímos poder hallarla. No estaba allí. ¿En dónde buscarla, dentro de la inmensidad de París?

Comimos y de prisa volvimos al hotel. Eran cerca de las tres. En la oficina me dijeron:

—Tiene usted llamado urgente del consulado de México.

—Nada tengo que ver con el consulado —dije a Deambrosis—: ¡Que se vaya a paseo!

Además, lo que menos quería en las circunstancias era que el consulado se enterase del estado de Valeria. Subimos a mi habitación; al cuarto de hora llamó el teléfono. Era el consulado: el cónsul en persona, Arturo Pani:

—Hace más de una hora trato de comunicarme con usted... ¿Ya sabe lo de Valeria?

—No, ¿qué? Es decir, temo algo, ¿qué sucede?

A Pani también le temblaba la voz, y balbuceó:

—Pues ya, ya, acaba de expirar; me lo avisaron de una

comisaría y quiero que vayamos juntos… Paso por usted en seguida.

—Sí, muy bien; lo espero. Muchas gracias…

Hay noticias dolorosas que nos fulminan: por ejemplo, que la hubiera arrollado un auto; pero aquella ejecución fría, deliberada, me produjo confusión, me dejó atónito, insensible casi. Al rato, el primer sentimiento fue de ira, como si todavía una intervención violenta pudiera deshacer lo hecho; segundos después, la consideración del mal irreparable me deprimió, me causó malestar de estómago, desesperación. Luego, ya en el taxi, hablando con Pani, la reflexión de lo que tenía que haber sufrido para llegar a una resolución tan terrible me causó enternecimiento, me soltó el caudal de lágrimas. Conmovido, Pani contaba:

—Estuvo a verme ayer tarde; me habló de vender, desde aquí, una casa que le quedaba libre; me ofrecí a gestionar la venta; luego declaró que no, que partía para México y le ofrecí pasaporte. Hace unas horas, antes de mediodía, me llamó por teléfono; me dijo con naturalidad, como si se tratara de tomar un tranvía: «En este momento, ingeniero, voy a pegarme un tiro.» Algo en el tono de su voz me alarmó y pretendí detenerla, diciendo: «Dónde está, dígame dónde está para ir a verla, quiero hablarle»… «No, no», repuso, y añadiendo: «¡Adiós, adiós!», se retiró del teléfono. ¿Qué iba yo a hacer? Pregunté a su hotel y me dijeron que había salido; usted tampoco estaba. Una hora después me avisó la policía: «Se ha dado un tiro en Nôtre Dame una dama de México… que dejó una carta para usted.» Y lo malo es que, figúrese usted, respondí: «¡Ah, sí, lo sabía, Fulana de Tal!» «¡Cómo —exclamó el comisario—, usted lo sabía!» Qué vamos a decir ahora —caviló el ingeniero.

En eso llegamos a la oficina de policía, inmediata al Hotel

Dieu. En el famoso hospital se hallaba el cadáver. El oficial que la recogió de una banca de Nôtre Dame nos trasmitió el relato del sacristán: «Había penetrado al templo, que se hallaba casi vacío; se había sentado frente a un altar; se quedó mirando fijamente un crucifijo, y sacando de la bolsa de mano un revólver disparó, bajo la teta izquierda, al corazón; nada más se había doblado, con la vista todavía fija en el altar.» El sacristán pidió auxilio; cuando llegó la policía, su cuerpo estaba exánime.

El comisario, bien vestido, afable, nos recibió en su escritorio; sobre su mesa estaba la pistola. «Es mía», dije señalándola. Pani me presentó: escritor mexicano, recién llegado a París, ex candidato a la presidencia, y comenzó a redactar su declaración. Vaciló al explicar lo del aviso telefónico; temía que le preguntasen: ¿Por qué ese aviso? ¿Qué relaciones tenía con la muerta? Pese a lo abrumado que yo me hallaba en ese instante, me salió lo abogado; sangraba el corazón, pero la mente estaba lúcida… Y aconsejé en castellano:

—Desista de pormenores, ingeniero; es natural que siendo usted cónsul ella le avisara; aténgase a lo que diga ella en la carta.

Nos habían dicho que en la bolsa de la muerta hallaron una carta rotulada: «Al cónsul de México.» En esa carta expresó lo usual: que no se culpara a nadie de su muerte, etc., etcétera. Las conversaciones de la víspera no interesaban a la policía… Se repuso Pani y confirmó: es ciudadana mexicana, aunque casada con extranjero; me dio ese aviso simplemente como cónsul de su país… Así constó en el acta.

En seguida declaré yo:

—Acababa de llegar a París.

—¿Y la señora cuándo llegó?

—Hace cuatro meses.

Y continuó el comisario:

—La señora fue su partidaria en las elecciones; era natural que al llegar usted a París viniese a verlo…

—Así es.

Luego, dirigiéndose al cónsul:

—¿Y qué parientes tiene más inmediatos?

Explicó Pani lo del divorcio, las dificultades con el chico que quedaba en Burdeos, la familia a gran distancia, en México…

—Entonces, si les parece —propuso el comisario—, daremos como causa aparente del suicidio perturbación mental momentánea, ocasionada por dificultades matrimoniales…

—Perfectamente.

Y a los corresponsales, que esperaban en la antesala, les pasó el comisario un boletín en ese sentido. Esa versión, la menos desfavorable para su memoria, y también, en el fondo, la causa remota de todo, circuló por el mundo. Pues a causa de haberse consumado el suicidio dentro de la catedral, los corresponsales, todas las grandes agencias de publicidad recogieron el suceso, lo divulgaron con sensacionalismo.

Quedaba la cuestión del entierro. Pani se portó con caballerosidad, con generosidad que me obligan. Ofrecí yo pagar el costo; en la bolsa tenía el importe del pasaje, con lo que casi bastaba, y Pani expresó:

—¿Por qué ha de hacer usted ese gasto? Usted no dispone de fondos en abundancia. Yo me hago cargo de todo por cuenta del consulado y pasaré la cuenta a la familia.

Comunicamos al comisario lo que convinimos y éste opinó que era menester, antes que nada, pedir instrucciones a la familia.

—Eso tomará varios días —explicó Pani—, aun haciéndolo por cable…

—No importa —insistió el comisario—; tenemos en la morgue un *frigidaire* que conserva íntegramente los cuerpos. Podemos esperar.

Y así se dispuso.

Ya al despedirnos, el comisario, tomando de la mesa la pistola, dijo ofreciéndomela:

—¡Es suya!…

—No, no la quiero conservar —expresé.

Suspirando el galante magistrado, observó:

—¡Ah!, tiene usted razón: *c'est un triste souvenir…*

Unos agentes nos acompañaron a recoger las maletas, los papeles de la muerta. En el hotel les presenté a Deambrosis, el compañero de viaje, expliqué, el que la recomendó, la instaló en Burdeos. Acompañados del hotelero penetramos al cuarto que había sido de Valeria: se hallaba en orden. Se abrieron las maletas por si había en ellas valores y no halláronse sino artículos de uso y papeles, que los policías entregaron a Deambrosis, en depósito. Así que se retiraron los oficiales y se despidió Pani, Deambrosis me alargó la carta que había hallado en su alcoba. Se despedía en ella Valeria de él: le daba las gracias por sus atenciones de Burdeos y por haberla ayudado en la corrección de sus escritos recientes. Y en una posdata, destinada, sin duda, a librarme a mí de toda nube de sospechas: «Uno de los motivos que me llevaron a desistir del viaje a México fue que no quise que nuestro amigo pagara el pasaje; no abusaré

más de su generosidad», etc., etc.... Oportunamente, Deambrosis logró publicar esta carta en *El Mundo* de Tampico. Ella no impidió que en México se aprovechara el escándalo de aquella muerte para divulgar oscuramente, veladamente, la versión de que yo le había gastado su dinero, luego la había impulsado al suicidio, dándole mi propia pistola para consumarlo…

Le rogué a Deambrosis que se fuera a cenar; necesitaba sentirme solo. Las diligencias policiacas habían concluido, pero empezaba el calvario de mi propia conciencia.

En el reino de la sombra

Oscureció rápidamente, y desde el balcón entreabierto el reflejo de las vidrieras comerciales adquiría tonalidades mortecinas; toda la ciudad, con sus luminarias incontables, fingía un vasto campamento en noche de funerales. Dentro del corazón, la sombra era más densa, sin chispa de vida, ni la minúscula estrella de una sola esperanza. Cuando mataron a Germán de Campo en México, cuando me fusilaron a Bouquet en Nogales, había sentido, junto al desgarramiento doloroso, el ímpetu de la venganza, que es por lo menos una razón para seguir viviendo y proseguir la lucha. Ahora, con la incomprensible deserción de ella, me faltaba el propósito. Era como si la patria misma se me hubiese ausentado, negándome. ¿Qué sería de nuestra revista, por ella concebida? ¿Para qué publicarla? ¿Para quién? Si ya no habría en todo el universo quien secundase mi actitud sin reservas. Y mañana, o dentro de varios años, ¿qué valdría, en ella, el regreso a la patria? Me consolaba que su cadáver quedase fuera de México y envidiaba igual suerte para el mío. Si por repugnancia de la situación reinante no había querido ir allá viva, ¿con qué derecho la embarcábamos muerta? Y sentía que mi lugar seguía a su lado, en la misma fosa que pronto iba a guardarla…

Una fatiga que me aflojaba los músculos, me desarticulaba los huesos, me echó en el sillón. Al rato, la cama me atrajo con voluptuosidad de tumba. Despacio me desnudé, con

esfuerzo, con tropiezos de enfermo. Refugiado bajo las colchas, me dediqué a examinar los papeles de la muerta, que Deambrosis me pasó fielmente. Enterarme de ellos, a mansalva, tenía aspecto de violación, casi de sacrilegio. Era el estupro de una alma ya indefensa. Pero ¿acaso no estaba yo lanzado en la pendiente del crimen? Rápidamente deshice envoltorios, abrí cuadernos de apuntes; lo puse todo en orden de fechas. Había correspondencia y notas recientes, más un diario comenzado en Burdeos, escrito apenas en diez o doce páginas. Las cartas eran en su mayoría de un confidente masculino. Por lo que decían, era fácil adivinar lo que ella había escrito para provocar ciertas tiradas de consejo sano, de elucidación erudita, ingeniosa, leal. Eran cartas de un hombre culto a una mujer superior, sin que faltase en ellas alguna cauta alusión, provocada por la coquetería femenina. Al mismo tiempo se referían a las peripecias de un lío judicial, seguido de una verdadera fuga por los caminos de Tamaulipas, después del rapto del niño, en avión; pero nada o casi nada respecto de los motivos íntimos, las desilusiones profundas que sin duda quebrantaron el ánimo de la gran desaparecida.



Máscaras y muerte, óleo de Jenson.

«Pero, ¿acaso no estaba yo lanzado en la pendiente del crimen?»

El diario resultó reservado, pero en el sentido de que no denunciaba su alma al desnudo. Fue escrito en los intervalos de una acción literaria intensa y contenía observaciones sobre libros y lecturas, poco o nada íntimos. Anotaba sus proyectos de escritora novel, sin que faltasen párrafos característicos de su estilo incisivo, estudiadamente sobrio, a la Gide, pero con no sé qué encanto lánguido, a la manera de esos Botticellis, de fino, firme dibujo y masa sensual ondulante. El tipo de ella también, sin llegar a la perfección de Simonetta, la recordaba, en los dedos y el cuello largos y cierta elegante sinuosidad de cuerpo con casta. En el rostro, el mismo gesto de melancolía y a ratos de angustia; un sello que ahora me parecía peculiar de la gente cuyo destino es

malograrse. Así y todo, Simonetta era una tonta que mató la tisis, en tanto que Valeria tenía un talento que llegaba al genio. Su retrato estaba sobre mi mesa; una de esas caras marcadas por el infortunio y la grandeza. Quizá por la grandeza que trae el infortunio; las ideas fluían de su frente, como de la letra del diario, firmes y claras, sin sombra de queja o lamento. «Acaso su pecado era de orgullo», pensé. Hay almas que ponen condiciones al destino. ¡También yo avancé parecida teoría en mi juventud! Ponemos condiciones a la vida que no nos dimos, que no la pedimos. ¿Existe el derecho de exigir o pactar? Y si descubrimos engaño, ¿acaso ello no nos libra del compromiso de seguir adelante? ¡De esta casta rebelde fue Valeria; en su vida social, en su vida familiar y, más recientemente, en su posición dentro de la política; en sus ambiciones dentro de la literatura! Caracteres cesáreos que por temperamento practican el «Todo o Nada» del clásico. Algo luciferino y reluciente se levantaba de la sombra y me la ponía delante, radiosa… «Mira, cobarde, mi ejemplo —clamaba el fantasma —. Mírame altiva, sonriente… Y tú allí en la cama de esta pocilga vil, esperando a que la vida te arroje el mendrugo, después de negarte el derecho a la dicha y el poderío… ¡Llora, es el recurso de los cobardes!»…

Pero no podía llorar. Leía y leía como si su trazo incisivo y claro fuese a develarme las intenciones recónditas de su vida y más allá: su secreto. ¿Tenía algún secreto? Nada denunciaba lo escrito… A ver, de pronto una sacudida sentimental me detuvo el pulso en las sienes… «Si Fulano hubiera querido»… Se refería a una relación contraída en su último viaje a México; citaba con fervor al sujeto, pero se comprendía que no llegó a intimar: sin embargo, una curiosidad celosa y urgente me hizo devorar las páginas que faltaban. ¿Era posible que nada dijese de mí? ¡Ah!, es claro,

allí estaba mi nombre, en la página de enfrente. Veamos: «Hoy he concluido el relato de la campaña vasconcelista. Lo he releído y lo encuentro bueno, sólo que me divierte pensar en que mis lectores van a creer que estoy muy enamorada de Vasconcelos»...

Un dolor agudo me torció la entraña... Con que era divertida su devoción por la causa que nos había unido, trivial, superficial el desenfreno amoroso de una época, el cariño profundo posterior... Pronto me pasó la pena; ahora nos hallábamos ella y yo más allá de la vida, en plano en que es posible mirarse frente a frente porque ya no interesan ni la pasión ni el engaño. Sin embargo, el recuerdo saltó a la noche en que había dicho: «Tú te entregas fácilmente; yo no puedo entregarme, no me he entregado nunca»... Quizá en aquella incapacidad para el candor del sentimiento y desconfianza de darnos como somos, aun a aquellos que no amamos, es lo que a ella le había faltado, no sólo para ser feliz en horas propicias, también para hallar equilibrio y asiento en la vida. Probablemente al darse cuenta del homenaje que me dedicara, una especie de pudor, quizá una íntima desconfianza del futuro, la había llevado a reflexionar: «No tomes en serio ni tu tarea de justicia, menos aún pasión deleznable.» Y si era así, ¡qué importaba! Lo que interesa es el grado en que uno quiere, no el grado en que lo quieren. Y yo la había querido con ardor, que el reconocimiento de su genio volvía sublime...

Seguí leyendo: páginas de comentario sobre Nietzsche. Allí estaba el veneno que había ingerido; ¿por qué no siguió con sus entusiasmos católicos de las semanas de Nueva York?... Y otra vez mi nombre, al final de un párrafo: «Si, como dice Nietzsche, lo que caracteriza al genio es sentirse identificado con todo lo grande con que uno se pone en contacto ya sea que lo engendre o que simplemente lo

adopte, entonces —concluía ella— Vasconcelos es un genio.»

Las últimas páginas del diario eran proyectos sobre la vida que se proponía hacer en París, escribiendo: «Necesitábamos —ella y yo— de soledad para el trabajo —por lo que convenía vivir separados—, aunque periódicamente nos reuniese la pasión.»

Ni una palabra que indicase propósitos suicidas recientes. Sin embargo, allí estaban sus cartas de Nueva Orleáns, en que anticipó su decisión… Era más de medianoche y no quedaba qué leer. Un frío como el que precede a la calentura me había estado atormentando; el cerebro me dolía fuertemente; los ojos irritados hacían daño al cerrarse y ardían de estar abiertos. Por dentro, los huesos se aterían. Apagué la luz, me cobijé sin esperanza de dormir cerré, sin embargo, los párpados, forzándome al reposo; el cuerpo tendido, «como ella, en su ataúd», pensé. Y ambicionaba un sueño sin despertar. Dulce es, sin duda, dejar la vida; por algo tienen esa faz de calma los muertos. Y soñé, entre dormido y despierto, soñé que íbamos ella y yo por una calle lluviosa; estaba oscura y hacía mucho frío, nos cobijaba malamente un paraguas y al caminar ella se estrechaba junto a mí… Un sobresalto me despertó. A poco dio la hora; eran las tres y tomé consuelo en la idea de que todo es noche en el invierno parisiense. Sí, pero no estábamos en el París del contento y la jácara. Ella estaba en la morgue, en el *frigidaire*, a no sé cuántos grados bajo cero, dentro del vestido negro que tan bien le sentaba por la mañana. ¡Qué fríos estarían sus huesos! Con razón los míos, contagiados, no hallaban sosiego. ¡Por más que me envolvía en las mantas, cerrado el balcón, apagada toda la luz como dentro de una tumba! Qué bueno que aquello fuese tumba y me dejasen en ella inerte para siempre. ¿A qué bregar más? Y algo dentro de mí era tan canalla que susurraba:

«Despertarás para volver a sentir la alegría del sol en el amanecer, la dulzura de los afectos, la dicha del simple estar, en tu ser menguado»…

Un rayo que aniquila, un rayo de maldición es todo cuanto merece la pobre vida que alienta en nosotros; rayo purificador… pero, «¿y los inocentes? —reflexioné—, ¿qué culpa tienen?, ¿qué culpa tenemos todos, Señor?» Y se me apareció Valeria, ya no terrible como en el fantasma soberbio de unas horas antes. Ahora sonreía como le sonrió al Cristo en el instante mismo del mortal disparo…

¿Quién sabe nada de nada?, clamó mi desesperación. ¡Ni quien acusa, ni quien absuelve, sino el autor de esta pesadilla sombría! Unos nacen para la dicha, la honra, el poder; otros perecen en la ignominia, el dolor. Condenarse unos, salvarse otros. ¿Qué sentido hay en esto? En todo caso el *ignis* eterno debe significar un aniquilamiento como el del leño en el fuego de la centella; después del incendio casi nada queda, y eso es lo que tiene de eterno el castigo, esa nada. Y eso lo merece el perverso. Un alma, nada más soberbia, como la de Valeria, soberbia y noble, estaba ya, sin duda, en el camino del Empíreo, por la virtud de aquella sonrisa de amor y de humildad que dedicara al Crucificado. ¡Ella que nunca pidió favor! Pero no, todavía no llegaba al Empíreo; estaba allá con su cuerpo, incapacitada de desatarse mientras no se cumpliese la divina voluntad que había violado. Quizá no alcanzaría paz mientras no se le diese sepultura. Desde el *frigidaire*, buscaba el calor de mis huesos de vivo, que por eso se enfriaban, para ayudarla a ella a pasar el trance…

En algún remoto campanario dieron las cinco de la mañana. Una hora más tarde empezaron a llamar a misa; debajo de mis balcones, los barrenderos arrastraron sus

escobas mecánicas. Y me fui adormeciendo. A las siete abrí de nuevo los ojos. Me levanté para asearme. A las ocho asomó, ya afeitado, Deambrosis. Entró como carga un nuevo día.

La espera

No salí de mi habitación. A las doce comí un poco de fruta; por la tarde pedí un té. Desde temprano, por hábito, me había vestido, pero la cama me reclamaba como si hubiese marchado leguas a pie. Tal como si toda la noche hubiese acompañado a la muerta por los pasos y tanteos que preceden a la liberación. Al anochecer de ese primer día del duelo empezaron a llegar al hotel almas piadosas y simples fisgones. El escándalo de prensa había sido colosal. El Colegio de Canónigos mandó cerrar Nôtre Dame unas horas, mientras exorcizaban el templo que el suicidio profanaba. «Esto —me explicó un amigo católico, que empezó a visitarme, el señor Lefebvre— no supone anatema del alma de la suicida. Usted sabe, un acto de contricción, a la hora de la muerte, basta; pero el exorcismo es ritual indispensable... Sirve para ahuyentar el espíritu maligno»... «Eso es —interpuse—; no se refiere al alma de ella. Me parece muy sabio, en general, y tratándose de ella, puedo asegurarle que no le hizo mal a nadie y que leía a Nietzsche, pero sentía a Jesús.»

La defendía delante de los extraños; pero en mi interior se sucedían oleadas de disgusto. ¿Para qué había hecho eso? Era una deserción. No tenía excusa. ¡Cómo había podido dejar al hijito, solo, en Burdeos! Aquí otra vez era yo el que no veía, no sospechaba, pero ella debió tener en cuenta: su eliminación restituía al chico al hogar paterno y a una

fortuna material considerable a la hora en que ella, arruinada, no podía educarlo. Sin embargo, mi dolor no llegaba aún al periodo de las excusas; condenaba, clamaba. Me acompañó una o dos horas el señor Lefebvre. A los fisgones, gentecilla que acudía a sonreírme y luego, en el consulado, hacía el elogio «de la situación», me negué rotundamente. A unos cuantos los recibió Deambrosis, que en estas horas agónicas me acompañó lealmente. A los corresponsales de los diarios de nuestro país, gente de chisme y perversidad, les rehusamos toda clase de informes. «¡Inventen lo que les dé la gana!», expresé. Con uno hice excepción: El «Muégano», de *El Universal*, que siempre hallé caballero, y me tomó un reportaje extenso.

Otra noche de somnolencia que no llegaba a producir reposo, entregada como estaba el alma al abrazo de la muerta, y un día más de espera y oscuridad. Me telefoneó Arturo Pani, para enterarme: había pedido autorización para que el entierro se verificara cuanto antes, a reserva de que más tarde, si la familia lo exigía, se trasladasen a México los restos. Aquella espera también a él lo tenía molesto... «Muy bien, ingeniero; estamos de acuerdo. Proceda según convenga y muchas gracias.»

Al anochecer de aquel segundo día me visitó Freyman, el ex pintor, el librero.

—Usted no sabe —contó— la parte que yo pude tener en esto. Imagínese que la vi, media hora antes, un cuarto de hora antes de que se matara.

—¿Y habló con ella?

—No, no me dio tiempo. Pasó por enfrente de mi librería; seguramente salía de aquí, del hotel, y se dirigía a Nôtre Dame ya con la intención de terminar. No sabía ella que estoy ahora establecido en donde usted me ha visto; hace

dos o tres años que no nos comunicábamos, de suerte que al principio ni debe haberme reconocido. Pero cuando yo la vi tuve el impulso de salir a llamarla. Me contuvo que ella volvió el rostro como si no me conociera o no quisiera verme. Y como habían ocurrido ciertas dificultades entre sus familiares y yo, me quedé cortado. Si llego a sospechar en las que andaba seguramente la detengo, le hablo, la invito a mi casa… ¿qué sabemos? Quizá todo hubiera cambiado si en aquel momento decisivo se encuentra un amigo, ajeno a sus preocupaciones del instante.

—Así es, así. ¡Qué desgracia!… —contesté.

Y me describió cómo la había visto, asomada a la vitrina de su librería, alejándose luego, vestida de negro y con un velo en la cabeza, como una dama que va a la misa…

—No estuve seguro de que era ella sino hasta que vi por la noche, en el diario, la noticia de su fin en Nôtre Dame. Comentando entonces en casa lo ocurrido, mi esposa me recordó algo que quiero que usted sepa, porque es conveniente que usted tenga todos los antecedentes de este caso que, andando el tiempo, puede llegar a crearle —no sé las circunstancias últimas— alguna preocupación, acaso algún remordimiento.

—Lo tengo —le dije—, lo tengo, porque en circunstancias como las que acaban de pasar una palabra tierna o una palabra dura pueden ser decisivas. Lamento no haber sido más cariñoso, más elocuente para convencerla; pero es que su resolución me parecía tan absurda, que más bien me enojaba cuando la proponía.

—Pues bien, lo que quiero contarle es esto: de joven fui una especie de protegido del padre de Valeria; dibujante de arquitectura, pintor joven, sabe usted, trabajé alguna vez en su oficina. Luego, cuando vinieron todos a Europa, me

hallaron casado, y tanto mi esposa como yo los acompañamos con fidelidad por todo París. Valeria estaba recién casada, pero le daba ya por las letras; me hizo llevarle al hotel una máquina de escribir; por cierto que conoció en esos días a una bohemia joven y, sin más, le obsequió la maquinita —sin ocuparse de la factura—; era así: despreocupada, acostumbrada al derroche; el padre le tenía debilidad. Una tarde fuimos todos a Nôtre Dame, revisamos los vitrales, admiramos las naves y Valeria subió con mi mujer a la torre. Inclinándose allí sobre el parapeto, estuvo Valeria mirando hacia abajo, y mi mujer dijo: «Éste es el sitio de los suicidas.» A lo que Valeria repuso: «¡Ay, qué mal gusto! Yo, en caso de hacerlo, me mataría dentro de la iglesia.»

«No le dio importancia mi esposa a aquel dicho, pero lo recordó al leer antenoche lo ocurrido. Y me dijo: "Cuéntaselo a V..." Es curioso, sí, curioso y terrible, cómo columbramos a veces, vagamente, los más decisivos acontecimientos de nuestro destino.»

El problema de la responsabilidad individual ocupó, esa tercera noche, todo mi insomnio. Si cada destino está dominado por una fatalidad a la que no se escapa, ¿qué objeto tiene entonces todo el esfuerzo de la cultura, ni qué mérito hay en el heroísmo, la santidad? Y, al mismo tiempo, si somos en alguna medida los forjadores de nuestra suerte, ¿por qué a tantos nos falta el poder de realización de lo más alto? Revisando la opinión de los grandes por el pensamiento, descúbrese que el que juzga por razón, como Aristóteles y ciertos teólogos, deduce que somos o debemos ser autores de nuestro destino, responsables plenamente; tal es, también, la doctrina que ha prevalecido en el mundo cristiano, en contra del fatalismo antisocial de los orientales, ¿pero hasta qué punto y dentro de qué límites es esto una

realidad? Cuando el que juzga es el vidente, descubrimos que, al revés del racionalista, subsiste en él la impresión de una catarsis, un sino, una fatalidad a la que nadie escapa. Reconocimiento de este elemento, quizá decisivo, nos lo da la propia y ortodoxa doctrina de la Gracia, la elección de la cual depende la fe misma, es decir, la llave de la salvación trascendental. La purificación por la piedad y el terror, catarsis aristotélica, se vuelve la misericordia de la revelación cristiana. El concepto de un Padre todo piedad y poder que vela sobre el destino de los buenos y de los malos, y aun demuestra cierta condescendencia por la travesura de aquellos actos en que no vamos contra los demás, sino que exponemos, jugamos a una carta, el tesoro de nuestra vida. De este género era el pecado de Valeria, menos odioso que las culpas de muchos que seguimos viviendo, engreídos de pequeñas virtudes o de ideales presuntuosos: por ejemplo, la pretensión mía de regenerar un pueblo, es decir, un destino colectivo más oscuro aún que el destino de una sola alma cualquiera…

Nuestra elección es libre y elegimos constantemente el bien, pero nos equivocamos a menudo en la estimación del bien. Los deseos y las pasiones nos desorientan, nos desvían del supremo bien, que es el divino; tal es, si no me equivoco, la doctrina ortodoxa derivada de santo Tomás, y ella también deja acción plena al ejercicio de la misericordia. Pero es esto lo esencial, el elemento divino de la misericordia, sin la cual nuestra vida entera es una pesadilla y el universo una inútil, ingeniosa relojería, echada a rodar con el fin de que algún genio del mal disfrute sádicamente con la ferocidad de las especies, la ineptitud, el dolor, la confusión de los hombres.

Una equivocación es el mal, dicen los tomistas, pero, ¿por qué unos nacen predestinados para el error, en tanto que

otros se establecen en el acierto y la virtud? ¿Se puede decir que todo sea cuestión rigurosa de mérito y de esfuerzo cuantificado? Resulta un puritanismo ramplón si negamos los dos elementos salvadores de la vida: el juego y la piedad; el juego que lleva al niño a romperse una pierna y a la madre a preferir al travieso sobre el circunspecto, porque tiene más necesidad de protección el primero. Y, en resumen, *some are born to sheer delight*, y otros para dolor y tristeza, como dijo el vidente William Blake; constantemente, el poeta, el visionario, en la avanzada de la exploración trascendental, iluminando las rutas que en seguida aprovechará el filósofo para su mapamundi rudimentario de los espacios, los acaeceres del más allá.



La Santa Faz, de Roualt.

«El concepto de un Padre todo piedad y poder que vela sobre el destino de los buenos y los malos»…

Al tercer día me eché a la calle en busca de aire menos contaminado; la vista de los lugares que habíamos andado con ella dejaba efecto de laceración; me faltaba vigor para la marcha, igual que un convaleciente, y pronto volví a mi encierro. Deambrosis me acompañaba a ratos; luego salía para atender los asuntos pendientes. Resolvimos que la revista seguiría adelante, nos ayudaría a cumplir con la muerta, dando a conocer sus escritos. El fin que se había dado restaba autoridad a sus opiniones, pero juzgado el caso más allá de la moral corriente y sus cálculos de debe y haber mezquinos, lo que había hecho adquiría un simbolismo. La muerte se ve grande cuando nos sorprende en rebeldía plena contra la iniquidad. Y ella no había transigido en su corazón ni un solo instante con la canalla dirigente de su patria. El fuego de los antiguos profetas había ardido en su alma, la había purificado. El asco de pensar que tenía que ver los rostros brutales, mendaces, hipócritas de tanto granuja ensoberbecido fue, sin duda, el impulso decisivo de su resolución terrible. Ya vendría la hora en que una generación despejada se diese cuenta del contenido heroico y desdeñoso de su despreocupado, elegante sacrificio. No era totalmente vil una raza productora de caracteres tales. No puede condenarse un alma que fue vaso del sacro, divino elemento que es la indignación provocada por la injusticia. Y ahora a mí me quedaba la misión de lanzar su insulto a la faz de los explotadores de la nación. Lentamente, la energía del combate iba reviviendo dentro de mí. No obstante que me doblegaba un quebranto como de quien ya nunca pudiese volver a enderezar ni la espina dorsal ni la voluntad del propósito. ¡Pues hay también lisiaduras del alma, no sólo del cuerpo!

Columbrando un porvenir de ásperos combates, librados en desolaciones de cementerio, me fui durmiendo, siempre

con frío en el tuétano: el contagio del *frigidaire* en que pasaba la muerta su última noche sin sepultura.

Enterramos el cuerpo

A las once de la mañana se presentó el agente de la funeraria. Era un sujeto de unos cuarenta años, bien afeitado, decente, ni bien ni mal parecido y con aire de pariente próximo que ofrece sus condolencias. Pronunció de tal modo, sin duda profesional: «*Je vous accompagne, Monsieur, dans votre chagrin*», llevándose al corazón la mano, que me dieron ganas de echarme en sus brazos para llorar. ¿Y por qué no ha de ser sincero en el momento dado un hombre de éstos, que todos los días atestigua el desgarramiento del corazón humano? Si no lo fuese no haría tan bien su papel, no lograría ni siquiera el éxito comercial. Por un instante el muertero se contagia del rostro atribulado de los deudos; pero a los mismos deudos, ¿cuánto tiempo les dura la congoja? Apenas una serie más de momentos. Pues ni para la alegría ni para la pena tenemos capacidad de perduración; pobres almas nuestras, con su conciencia que es un parpadeo entre abismos de olvido, sueño, muerte. Con su profunda delicadeza, el funeralista se limitó a expresarme su condolencia; luego, con Deambrosis, convino los detalles del entierro para ese mismo día, a las dos de la tarde. El cónsul Pani, con gran gentileza, insistió en que fuese presidido por mí el funeral; me destinó el coche que anuncié ocuparía solo, con Deambrosis. No quería testigos que aumentaran el chisme en torno de la infausta ocasión. Una hora antes de la partida del cortejo, la Prefectura expuso el cadáver en su féretro, descubierto el rostro, cubierta la caja

con las flores que compré de mañana en compañía de Deambrosis. Del fondo de mi baúl había sacado un viejo *jacquet*, pero tuve que comprar sombrero de bola. También Deambrosis compró uno. Nos asomamos a la capilla ardiente, pero no quise acercarme a verle el rostro admirable; era preferible conservar la visión de los momentos mejores. Deambrosis la identificó. Al lado del cuerpo rezaba Palmita Guillén. Unos cuantos mexicanos y una dama francesa llegaron a la hora de la partida. En el auto que nos indicó el funeralista trepamos Deambrosis y el que escribe. La carroza fúnebre inició la marcha, cortando camino para evitar las avenidas congestionadas. No pasó el cortejo de cinco automóviles. En el cementerio, distante del centro, estaba ya todo listo; en hombros de los empleados caminó el ataúd; detrás, nosotros. En silencio frío, sin discursos, y sin más bendición que el amor que del alma bajaba a su fosa, ocupó el sitio de los muertos una de las más grandes mexicanas de todos los tiempos.



La angustia, óleo de Edvard Munch.
«En seguida, las palas de los enterradores hicieron su oficio»

A indicación del funeralista avanzamos, dejando caer cada quien una flor sobre el féretro. En seguida, las palas de los enterradores hicieron su oficio. Al extremo de una calleja de sepulcros, las personas que nos habían acompañado me

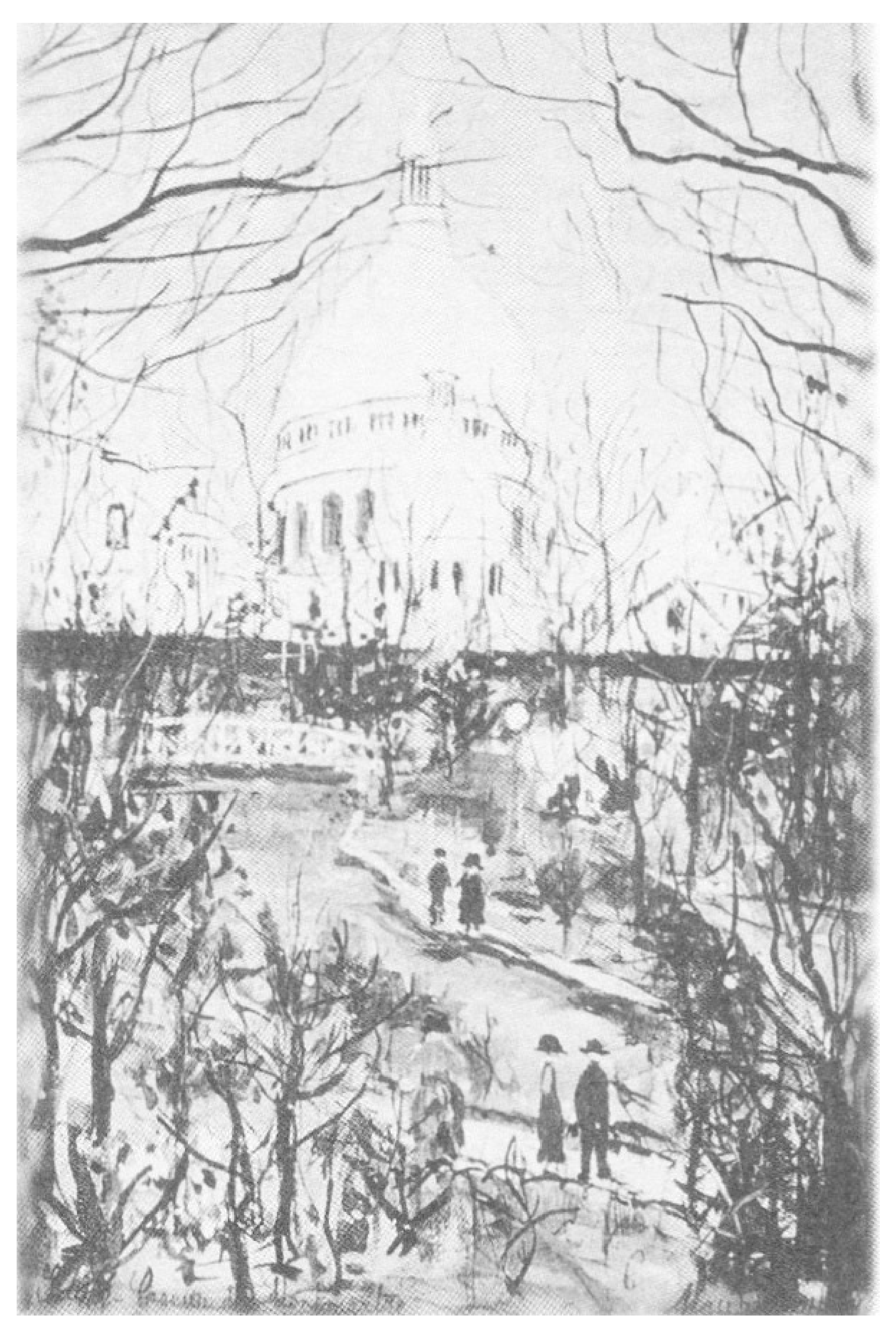
estrecharon la mano en silencio. Descubierta la cabeza, me despedí de cada uno, agradecido vivamente, mudo por causa de la congoja, que aprieta la garganta, distiende los ojos en el esfuerzo de reprimir el llanto. El último de todos, el funeralista, me tendió la mano sin decir palabra, se inclinó, y desde el fondo de mi corazón le deseé parabienes.

Esa noche dormí, por fin, profundamente. Su cuerpo descansó también bajo la tierra benigna. Para el reposo de su alma y la mía era menester otro rito, que empecé a madurar lenta y calladamente…

Convalecencia

En el hotel se nos pasaban las horas recibiendo visitantes. Poco a poco y según circulaban nuestras señas, fueron acudiendo los amigos, los simpatizadores y los curiosos. Escritores de la América española o de España, estudiantes de la Federación Latino Americana que empezaron a hablar de la organización de una conferencia. Y aunque pospuse la fecha, mientras recobraba el ánimo, acepté, porque ello serviría de antecedente a la edición de la revista. Los venezolanos, como de costumbre, fueron los más adictos, y estando dominada por ellos la Confederación, no había que temer de las intrigas que, a través de los comunistas, sin duda intentarían los pensionados del petrorianismo nacional en París. Seguimos empleando la mañana en recorrer los barrios más opuestos y la *banlieue* en busca del famoso departamento que no acabábamos de hallar a nuestro gusto. En la tarde, fatigado y urgido de soledad, me encerraba en mi cuarto. Deambrosis seleccionaba los visitantes; a unos cuantos íntimos los dejaba pasar, a los más los recibía él mismo, en funciones de secretario. Se habría cumplido una semana escasa de la muerte de Valeria y dos o tres días del entierro, cuando se presentó, arrollando estorbos, Charito. Cuando me di cuenta, ya estaba sentada frente a mí, en traje de calle sencillo, diciendo, de sus labios pintados, elocuentes: «Sal de esta tumba; vengo por ti… No, no te preocupes si no quieres presentarte en un restaurante, cenaremos en mi departamento; anda, necesitas escapar a este ambiente»…

Y la seguí, por instinto de salud y de cambio; también impresionado levemente por su interés amistoso; por su delicadeza de dejar pasar el tiempo antes de presentarse…



Sacré-Cœur, óleo de Utrillo.

«Seguimos empleando la mañana en recorrer los barrios más opuestos»…

Un taxi nos dejó a la puerta de antiguo edificio parisiense, dominado por la *concierge*, que, de noche, da acceso a todos los pisos, y a toda hora fisga en los asuntos de su clientela, bajo la máscara de indiferencia. En el tercer piso se detuvo el ascensor automático. Al final de un pasillo alfombrado abrió Charito su puerta, descorrió unas cortinas, atravesamos un pequeño vestíbulo y nos acogió una sala decorada con retratos y espadas en cruz, panoplias. Una *chaise longue*, dos o tres sillones y un taburete, una mesilla turca, constituían el mobiliario. En la chimenea, dos o tres retratos de mujer, al óleo y en marcos lujosos; además, una mascarilla de las que se toman sobre el rostro de los que acaban de fallecer. Dando órdenes desde el vestidor, en que cambió de traje, Charito mandó servir la cena. Una doncella de toca blanca escuchó respetuosa, preguntó cómo prefería el coctel... «Toma uno fuerte para que te enderece, Pitágoras», propuso ella, desde su alcoba, recordando el viejo apelativo de afectuosa broma... «*Vite s'il vous plait, Clarise*», añadió, acompañando otras órdenes en un francés que había mejorado notablemente, había dejado a mil leguas el mío, pero que, pese a su soltura, conservaba el acento meteco.

Apareció en vestidor claro y un chal sobre los hombros. Puso la doncella los cocteles sobre la mesita, que acercó a nuestros asientos. «*Attendez, Clarise*», ordenó Charito, y propuso: «Tengo arroz a la turca, sé que te gusta, ¿con vino blanco? ¿O quieres rojo?» Bebimos de un sorbo el bárbaro coctel, hecho, como lo dicen sus inventores: *to knock out a fellow...* para derribar un bebedor; sin embargo, hasta el coctel lo dulcifican, lo perfeccionan en Francia, a punto de que se hace agradable, inofensivo. El vino estaba, como de costumbre en Francia, delicioso, pero mi apetito perdido repugnaba el alimento; así que apenas probé bocado; pero bebí el vino blanco. La conversación de Charito desbordaba;

ya no era el relato de los viajes por el Sur, sino su vida con Gomarella, «feliz, no creas». Luego estuvo recordando los amores previos de Gomarella…

—Mira, allí está el retrato de la primera esposa de quien se divorció; más allá el retrato de la que amó sin casarse con ella; ese otro es de la que fue su pasión más firme.

—¿Y tú?

—Pues como yo fui la última, a mí me quiso más que a ninguna; también, figúrate tú, le alegré sus últimos meses, lo tuve en mis brazos al morir, y ahora, ya lo ves, guardo su memoria; todo lo he dejado como estaba cuando él vivía… Yo heredé sus bienes; pero fíjate que las otras lo habían abandonado.

La criada recogió el servicio; al rato apareció para despedirse: «*Bonsoir, Madame, Bonsoir Monsieur.*» «*Bonsoir, Clarise.*»

—Ahora sí, estamos solos; no espero a nadie, no temas que nos interrumpan; quédate aquí a dormir, en esa *chaise longue*, si no quieres hacerlo en mi alcoba. ¿Qué vas a hacer a tu cueva? Debieras cambiarte de hotel. Yo te ayudaré a buscar casa.

—Gracias, Charito, gracias; por lo pronto tengo citas que atender, trabajo.

—Es verdad, tú siempre ocupado; esta mañana me habló Pachequito; dice que ya te tiene una imprenta que da mejores precios que la que tú habías visto; fía de Pachequito, es un buen amigo, se portó bien con Gomarella, es muy leal y te quiere a ti también; te admira, no le tengas prevención, no seas indio, no hay que ser rencoroso. *La vie c'est la vie*, hay que tomarla como viene, ¡qué caramba!, no somos perfectos…

—Tienes razón, no le guardo rencor a Pachequito; le

rogaré que colabore con nosotros.

Y volvió a enfrascarse en los recuerdos de Gomarella, en su pasado remoto y en sus disposiciones finales.

—Me dejó todo lo que tenía.

—¿Y ya habrás dado cuenta de todo?

—No te creas; el efectivo, sí; más de trescientos mil francos, pero no ha sido mi culpa. Figúrate que en Niza, dirigiendo el auto que él me compró, tuve un accidente.

—¿Mataste a alguien?

—No, nada más lastimé a un transeúnte y he tenido que pagar una indemnización terrible. Pero me queda la casa de Niza y los derechos sobre este departamento; además, los derechos literarios de Gomarella.

—¡Eso será bien poco!

—Ya ves, no lo perdonas; nunca has querido admitir que era un gran escritor; tenía lo que no tienes tú, la *charme*; tú eres otra cosa muy grande, lo sé, pero distinta.

Según hablaba del muerto en aquel ambiente que se había creado para su propia idolización, una especie de remordimiento me perturbaba. Lo sentía presente, aunque invisible, y me decía: «Profanas mi rincón; abusas de que ya no puede mi brazo herir.» Ella, en cambio, despreocupada, volvía sobre el pasado, removía los objetos de arte, los libros, o se acercaba familiar.

—Anda, te presto unas pijamas para que te sientas a gusto. Me voy a bañar; si quieres te bañas tú también, un baño tibio te haría bien.

—No, gracias, muchas gracias; ve tú, haz lo que quieras.

Y se metió a una alcoba inmediata; empezó a desnudarse, interrumpiéndose para asomar y decirme, según me veía hojeando alguna bella edición, manoseando algún bibelot.

—Eso lo compró Gomarella en Italia… tal otra cosa es obsequio de Fulano.

Y atravesó la habitación, en cubrecuerpo de seda; luego, tras de la ducha, se exhibió desnuda, se llegó a mi asiento y poniéndome la mano sobre el hombro, preguntó sonriendo:

—¿Qué te pasa? Luego, es verdad que *vous l'avez dans la peau.*

Era la primera vez que se refería a la muerta; nunca habíamos hablado de ella ni volvimos a citarla; pero yo la sentía a mi lado, serena, muda. Y al lado de Charito vi a Gomarella, también tranquilo. Éramos, pues, cuatro y no dos en la sala. Pero Charito parecía no ver nada, y me daban ganas de callarla diciendo: «¡Que te oyen!»… Me contuve, porque no me hubiera entendido; hubiera creído que yo deliraba…

Me palpó la frente, las manos:

—Tienes frío —declaró—. ¿Quieres algo fuerte? ¿Un coñac, un *whisky*?

—No, nada; muchas gracias.

Corrió a la alcoba y me llamó un minuto después. En pijama, bajo sus colchas, propuso:

—Ya que no quieres acostarte, siéntate aquí, a mi lado; quiero leerte unas páginas maravillosas.

Y con su dicción clara, pero con voz que empezaba a sonar áspera, recitó en francés impecable la narración de un vuelo en avión a través de la noche, fantasía y realidad de un poeta aviador, un alma grande:

—¿Qué es eso? —pregunté—, suena magnífico…

—Ya sabía que te iba a gustar; pero, ¡qué bárbaro!, cómo se conoce que vienes de *Yankeelandia.* ¿No sabes lo que es esto? El premio literario del año, la novela de mi novio.

—¿Tu novio?

—Pues qué, ¿ya no recuerdas lo que te conté la otra noche? Me voy a casar; mi novio es el autor, mira —y señaló el nombre laureado—. Viene en camino, dentro de unos días estará en París; te lo presentaré... —y siguió leyendo con deleite.

«De modo —pensé— que, para ésta, Gomarella y yo y todo lo anterior es un pasado simplemente objetivo»... Su alma estaba tendida por entero hacia el futuro... Su destino ascendía con el autor de aquella noble literatura...

El pasmo me puso mudo. A los pocos minutos insistí, me despedí, deseoso de no verla más.

Su última recomendación, después de que hubo tocado los timbres eléctricos que abajo daban la orden de abrir...

—Dale cinco francos a mi *concierge* para que no ponga mala cara mañana, porque la levanto a deshoras...

«Y con todo —me dije ya en la calle—, no cabe duda que, como alma, es insignificante.» No la tiene, me dijo una vez, recordé... Y sin embargo, la elige el Hado para obsequiarle en serie golpes de brillante fortuna.

¡Oh, vida incomprensible! ¡Oh, Esfinge!...

Y cierta satisfacción de haber resistido a la carne a causa de instintiva fidelidad póstuma me llenó el pecho de calma.

Remuda sentimental

Así como los que han estado muy cerca de donde pega el rayo se quedan cierto tiempo ensordecidos, ciegos y desorbitados, pero luego recobran, con el masaje respiratorio y la vuelta al aire libre, la salud y el aplomo, para sacarme de aquella postración fue menester que aparecieran esas amistades providenciales que ni ellas mismas se dan cuenta del bien que nos hacen por la oportunidad del socorro. Y en aquel caso fueron chilenos mis salvadores. La primera que se presentó, sin hacer preguntas, sin husmear por el cuarto, sino simple y sencillamente con el afecto de los días antiguos, fue la escultora Laura Rodig, que acompañara a Gabriela Mistral en su viaje a México. Más tarde se había lanzado sola por el mundo atenida a su talento y a su gran corazón. Me instó, me comprometió a hacer mi busto, dándome la ilusión de que era yo quien la servía, dado que preparaba una exposición de personajes iberoamericanos. Y como no se prestaba mi sórdido cuarto para el modelado, me hizo trepar a su ático, por el rumbo del Observatorio. De mañana, mientras ella trabajaba el barro y yo posaba, entraban a conversar los amigos de la artista, escritores y pintores, bohemios de la colonia chilena o viajeros de paso por París. A veces se improvisaba el almuerzo en el estudio; otras ocasiones bajábamos a comer de a cuatro o más y se pasaba en esto la mañana. Una maravillosa mujer, linda y dulce, suave como un poema, delicada como una flor y tentadora como una sirena, era la atracción del círculo. El

marido, pintor joven y hombre muy distinguido, muy estimable, a cada momento se miraba obligado a cubrirla con el escudo de su amor, más invulnerable que todos los aceros. Se llamaba, si mal no recuerdo, Maruja. De sus ojos negros fluían la piedad y el consuelo. A la soledad de mi cuarto me acompañaba su imagen y me hacía llorar por la muerta que ya no podía enamorarse ni disfrutar del sol ni ambicionar la gloria. La amistad nueva me distrajo, me dio a la vez esa sensación de gratitud porque no me dejaba seguir adelante; las que más estimamos a la hora de los balances postreros son quizá aquellas que no se decidieron a amarnos y nos libraron de las terribles cargas y consecuencias de todo amor. Según pasaban los días, era más raro que lograrse un instante de soledad. Menudeaban las visitas por la tarde, placenteras muchas de ellas. La prensa de mi país, cargada de injurias y escándalo, no me llegaba; en cambio, empecé a disfrutar el tóxico de una popularidad afectuosa, gracias al interés de ciertos grupos hispanoamericanos del París cosmopolita.



Mujer durmiendo, óleo de André Derain.

«Una maravillosa mujer, linda y dulce, suave como un poema, delicada como una flor y tentadora como una sirena, era la atracción del círculo»

Comparable al dulce mirar de Maruja y al cariño sincero de Laurita fue la impresión de espiritual caricia contenida en el artículo del joven escritor chileno Labarca, que en seguida transcribo por gusto.

Se publicó en francés en la *Revue de L'Amérique Latine* del 15 de marzo del 31.

BREVE PLÁTICA CON M. JOSÉ VASCONCELOS

Plaza de la Sorbona. Ambiente de juventud que trabaja, que piensa, que cree en el porvenir...

Allá, en un hotel que hace frente a la estatua de un filósofo francés, Augusto Comte, ha descendido un filósofo de *chez nous* (de nuestra casa): el señor José Vasconcelos; hombre de Estado mexicano, profesor y apóstol y uno de los maestros que más han contribuido a la orientación espiritual de la joven generación de la América española; escritor cuyo nombre ha atravesado todas las fronteras —de México a Chile y pasando por la América Central—, y cuya aureola

de noble pensador ha brillado también en París, aun antes de su llegada.

Y en efecto, toda la juventud latinoamericana que habita la Europa esperaba al señor Vasconcelos para agruparse en su torno y aprovechar las lecciones que extrae de los libros y de la vida.

En verdad, Vasconcelos es considerado como uno de los tipos creadores de la nueva América, uno de los que mejor pueden ayudarla a encontrar su verdad, su ideal y el camino que a todo ello conduce. Se ha escrito de Vasconcelos que encarna el ideal totalizado, armonioso y preciso; él enseña la filosofía tonificante y exaltante de nuestros pueblos; «él representa una parte de la conciencia del mundo».

Cuando llego a su departamento, escucho el ruido de una máquina de escribir, atacada con ardor, y lamento tener que interrumpir la labor del escritor; pero es él mismo quien viene a abrirme la puerta, acogedor como de costumbre. La luz de su sonrisa es la misma de hace ocho años, última vez que lo vi, y toda su fisonomía refleja la flama interior que en ella vela en todo instante.

—¿De parte de *L'Amérique Latine*? —me dice—; encantado; en ese diario tengo viejos y buenos amigos.

Vasconcelos está acostumbrado a responder en forma precisa y se expresa sin vacilaciones. «He venido a Francia —nos dice— porque en París se goza todavía de la poca libertad que queda en el mundo.»

Esa sola frase basta para informar al periodista, que expresa:

—¿Entonces tiene usted muchos proyectos?

—Sí, y el principal consiste en ponerme desde aquí en comunicación con la América Latina.

—¿De qué manera?

—Principalmente por medio de una revista cuyo primer número aparecerá en abril. En esta revista, que aparecerá en español, estudiaré los problemas vitales del Nuevo Mundo; de una parte, la situación de los países latinoamericanos sometidos a la influencia de Estados Unidos; del otro, la situación de los países que rehuyen esa influencia.

—¿Cuándo salió usted de México?

—Hace un año, o poco más.

—¿Y regresará usted?

—Sí, algún día.

Y Vasconcelos habla de la actual situación de México con la autoridad a que tiene derecho, con la franqueza que sólo un hijo del país puede permitirse; sobre todo, un hijo como Vasconcelos, a quien sus enemigos podrán discutir, pero cuya sinceridad y patriotismo son totalmente respetables. Y lo veo sentado frente a mí, sereno y sin ninguna pasión; habla como un maestro, toma una hoja de papel y escribe una larga sentencia, sin vacilar. Leo lo que ha escrito; dos páginas en cinco minutos; y su claridad mental, su hábito de síntesis, me aparecen. Advierto también la práctica del escritor y la valentía del hombre de lucha en las frases

breves y cálidas que emplea sin ningún esfuerzo.

Rodeado de libros, revistas y cartas —en desorden sagrado—, acompañado únicamente de un bello retrato de mujer y en el pequeño cuarto de un modesto hotel, no se puede decir, sin embargo, que el señor Vasconcelos haya reducido su vida. Al contrario, acaso para él ha llegado el momento de la cristalización de todas sus experiencias y se puede esperar que el horizonte de sus obras será tan vasto como el que él ha soñado para la América española.



Vasconcelos.

«En verdad, Vasconcelos es considerado como uno de los tipos creadores de la nueva América»…

Leyendo estas palabras estimulantes me dolía pensar en los apuntes de mi *Ética*, abandonados en el fondo de maletas que constantemente cambiaban de sitio. Y el tiempo que todavía tenía que dedicar a la lucha estéril, estúpida, de la política mexicana; pero esa lucha era para mí un compromiso de honor, la única manera de rescatar el sacrificio de los que habían muerto por la regeneración de nuestra patria.

Y el primer bombazo resonó en la Sorbona.

¡Abajo Monroe!

No es tan fácil lograr un éxito de publicidad en París cuando se es menos que meteco, simple *sauvage mexicain*, y se carece de dinero para la propaganda, se está en pugna con los representantes diplomáticos del propio país. No estorban éstos, directamente, en una ciudad libre como París, pero envenenan el medio y corren la voz entre los compatriotas. Eran tiempos en que un simple espía del consulado podía retirar pasaportes, causar daños al imprudente que osase fraternizar con el desterrado. La gente bien, riquitos y profesionales acumuladores de sinecuras del gobierno, hacían eco a éste afirmando que, aunque yo era un «maestro» apreciable, como político era un desastre. Y yo no estaba para recibir sino a los que me visitasen como político. Todo esto explica que a mi antesala, frecuentada por sudamericanos, casi no acudiesen los compatriotas. Algunos que desempeñaban cargo oficial pretendieron acercárseme, y los despedí con prontitud y con menos piedad que la que merecen los apestados, que no son responsables de su mal y su contagio. En cambio, sólo un rufián podía estar con el ortiz-rubismo. Y los mexicanos honrados no estaban para viajes; sufrían en la cárcel o se perdían en el desengaño y el olvido, que son el patrimonio de la gente de bien en las dictaduras zafias. Además, casi no había estudiantes mexicanos en París. Apenas si en festividades públicas de segunda se veía alguna vez, en bailes de fantasía, el pantalón charro ajustado de alguno de los pensionados militares del

ejército que acababa de imponer en la presidencia a un nuevo pelele.

Por fortuna, en la Federación de Estudiantes Latinoamericanos dominaban mis venezolanos. En la Sorbona empezaron por negarles local para mi conferencia. Pero amenazaron y se impusieron y nos fue concedida una sala bastante espaciosa del edificio central. Y se anunció pomposamente que todos los pueblos latinos, inclusive el francés, hallábanse interesados en conocer mi plática sobre los métodos que emplea el monroísmo en contra de los latinos del Nuevo Mundo. En París había entonces minorías rebeldes procedentes de los países americanos en que el imperialismo hacía de las suyas: dictadura militar en Chile, dictadura en Argentina, provocada por intereses *yankees*, aparentemente. Y en ambos casos habían resultado proféticas determinadas advertencias mías ampliamente circuladas. Los alessandristas, que abundaban en París, se me acercaron en buen número. Con Alessandri en persona celebré más tarde algunas conferencias, pero no me pude entender con él; no aceptaba que la intervención *yankee* fuese un factor decisivo; sus hijos eran apoderados de grandes empresas y no estoy seguro de las relaciones suyas con la masonería y el poinsettismo; pero, entre sus amigos y partidarios, muchos me ayudaron y todos respondían al llamado de la conferencia. No pocos argentinos, sacados de su aislamiento y de su falsa superioridad por el vergonzoso pretorianismo que había echado abajo a Irigoyen, se aprestaron a colaborar. Los colombianos, renuentes todavía a reconocer que la entrada de los liberales al poder abría la puerta al monroísmo como enemigo interno y ya no sólo como coloso que devora Panamás, a pesar de todo, por su generosidad, por su espíritu de libertad, me ayudaron eficazmente. La protesta contra los regímenes de la dictadura atraía a todos. No estaba entonces América en el

periodo de coma en que hoy la vemos, indiferente a la suerte del vecino, decepcionada de la factibilidad de toda acción colectiva.

Con los republicanos españoles renové en esos días viejos contactos. Andaban en París, a la desbandada, fingiéndose los perseguidos, pero bien garantizados en realidad, a causa de sus contactos masónicos franceses.

César Falcón, el talentoso periodista peruano, metido en la política española de combate, se hospedaba en el mismo hotel que yo. Me reconoció una tarde y estuvimos platicando un par de horas. Luego me fue llevando, uno a uno, a Indalecio Prieto y Marcelino Domingo, etc., muy empeñados en ganarse amigos por América, pues el porvenir lo miraban negro y no eran por entonces capitalistas. Ellos y otros de menor cuantía, pero numerosos, presentáronse espontáneamente al acto de la Sorbona. Así es que no es de extrañar que el aspecto del salón fuese imponente, por la cantidad del público y por su calidad, compuesta no sólo de políticos, sino de altas personalidades de la literatura nuestra, como por ejemplo Teresa de la Parra, que rompió esa noche su aislamiento y se perdió entre el público. A tal punto que pude expresar: «Este París me gusta, porque aquí nos reunimos hispanoamericanos de Sur y Norte y en él hacemos patria chica común.» Luego, envalentonado por las ovaciones de salutación, pedí a los oyentes que me interrumpieran en medio de mi peroración, ya sea para requerir detalles y aclaraciones sobre cualquier afirmación, ya sea para rebatirla, si alguien la hallaba dudosa. Expuse el proceso de las últimas elecciones presidenciales de México; la caída de Obregón a manos de la venganza del pueblo y el uso que Morrow, el embajador *yankee*, había hecho de la confusión subsiguiente para consolidar el poder de Calles, su instrumento; la creación de

un partido oficial, iniciado con junta de generales con mando, enriquecidos todos en el gobierno y bajo el manto de una revolución proletaria; los asesinatos de mis partidarios; la del voto por medio de denegación, intervención directa de un ejército convertido en fuerza constabularia de la embajada *yankee*; el apresuramiento de los banqueros de Wall Street para publicar un cómputo fantástico favorable al candidato de Morrow horas antes de que terminase oficialmente la votación, y la esencia de los tratados de Bucareli, que nos obligan a pagar al *yankee* por las tierras expropiadas, sin que exista igual garantía para el mexicano. En tan cerrado cúmulo de hechos, cada uno de los cuales implica traición a la patria, nadie osó una interrupción; parecía que el público retuviese hasta el aliento para enterarse más ampliamente; pero estaban allí los comunistas en una galería distante, acechando su oportunidad. Se las dio el asunto de las tierras, y uno de ellos se alzó para preguntar que si yo estaba de acuerdo con el reparto, la colectivización de la propiedad raíz, o si creía en la tesis burguesa de la pequeña propiedad. Son tan estúpidos los comunistas, son tan gastadas y conocidas sus tesis, que cualquiera puede responderles al instante, pero el tono de la pregunta me irritó y, a mi vez, pregunté: «¿Quiénes son ustedes? Díganlo primero, para que el público sepa quién interroga.» Y como sospeché que el consulado de México había comisionado al grupito, añadí, señalando al que me interpelaba: «Por ejemplo, ¿usted de qué vive?»

Se creó al instante un tumulto que no es para describirlo. Aplaudió casi toda la sala, pero los de la galería comenzaron a vociferar. «Vivo de mi trabajo», gritaba en vano mi interruptor: las voces encontradas no dejaban oír. El presidente de la asamblea, un joven literato guatemalteco, sonaba inútilmente la campanilla. Se alarmó parte del

público; abandonaron unos cuantos tímidos la sala y pude seguir. Remató con un llamamiento a los franceses: que dejaran de vender Luisianas en el Nuevo Mundo, pedí. Aún podían hacer algo por la defensa de sus intereses culturales americanos, amenazados por el imperialismo *yankee*, que es vasallaje de una cultura inferior a la latina; un imperialismo que afecta a Europa, la excluye del continente.

Me aplaudieron al terminar. El presidente de la Federación me dio las gracias por haber sido huésped de los estudiantes. Todo esto último en medio de una gritería ensordecedora. No había necesidad de atravesar el salón; por una puerta lateral, que es la de los profesores, salí a la calle. La mayor parte del público salió también y más de veinte o treinta de los conocidos me siguieron al café, donde continuamos el comentario y la discusión.

Al día siguiente se supo que los debates se habían reanudado más violentos después de mi salida y que, alarmados los ujieres, habían apagado las luces, provocando con esto un desorden que costó la rotura de varios sillones y una que otra vidriera. En la calle, según marchábamos en dirección del café, se me acercó uno de los republicanos españoles, refugiado político, perseguido por la monarquía.

—¿Qué no encuentra usted muy peligroso —me dijo— desacreditar de ese modo un régimen como el de su país? Porque, al fin y al cabo, usted no me podrá negar que Calles es una gran figura del izquierdismo y, vamos, hay que estar unidos…

—Mire —le dije con calma—, yo no sé bien qué es eso del izquierdismo; yo, en política, lo mismo que en lo privado, no he tenido más norma que mi conciencia; pero si el izquierdismo no puede prescindir, no puede renegar de hombres como Calles y de situaciones como la mexicana

actual, entonces no estoy contra Calles ni contra la situación de mi país, sino contra el izquierdismo de todo el planeta, y lucharé hasta que a todos se los lleve el diablo…

En la confusión de las preguntas, los parabienes, perdí de vista al español y no le guardé rencor; era yo todavía, por entonces, de los ingenuos que creen que los hombres, en general, se mueven por razones de honestidad y de dignidad. No me daba cuenta aún de la clase de bicho que es el hombre de partido, el hombre de facción, cómplice de una mafia. Luego, en el café, se habló de los comunistas; quién los defendía como muchachos desorientados, pero sinceros; quién más los juzgaba con más dureza que yo. Poco más tarde logré identificar a los más ruidosos; eran mocitos cubanos de buena presencia, dedicados a la sociedad y compañía de damas *snobs* ricachas y solteronas, literatas inéditas, o bien adineradas que se editan a todo lujo, pero por su cuenta.

La Antorcha

El mes de abril nos halló instalados en el cuarto del rincón de unos altitos que eran parte de las oficinas de una imprenta de tercer orden del barrio de Montmartre. Pachequito había hecho el hallazgo de aquel establecimiento modesto, cuyo propietario había sido amigo de Gomarella, tenía algún dinero, buenas relaciones políticas y bastantes años encima. El té champaña de la inauguración de nuestro hebdomadario alcanzó los honores de ser mencionado en la prensa de Buenos Aires. Le dieron brillo personajes de las letras como Eugenio d'Ors y había hecho en él de madrina la bella chilena, con los de su círculo. Posteriormente pasaron por nuestra redacción Domingo, Indalecio Prieto, el general Queipo de Llano, antes de que nadie sospechara que tan pronto serían personajes de una nueva República española. Colombianos distinguidos como Eduardo Santos, de paso por París, trepaban generosamente al cuchitril en que despachábamos Deambrosis, una empleada catalana de a cuatrocientos francos y el que escribe. A las pocas semanas, mi hijo, que llegó acompañado de mi esposa, nos ayudaba a hacer los paquetes del correo y a ordenar la contabilidad en los ratos que le dejaban libres sus clases.

Aparte del material de la revista, me ocupó de nuevo la *Ética*. Llegó en esos días a París, con cartas de don Carlos Pereyra, el editor Aguilar. Mi plan original había sido editar la *Ética* y todos mis libros futuros por mi cuenta. Pero la

experiencia que empezamos a tener con los linotipistas franceses, encaprichados en que podían parar en español copiándolo, y las leyes de trabajo que vedaban el empleo de españoles, me determinaron a entregar otra vez mis libros a editores peninsulares. Y con Aguilar celebré un contrato ventajoso en apariencia. Sólo en apariencia, porque no hay garantía del tiraje mientras no se numeren los ejemplares, y esta suerte de arreglo no era aceptado por ninguna casa editora en castellano. De todas maneras, la posesión de un contrato que obliga al editor a pagarnos el libro que queramos entregar, al presentarse manuscrito, es buen estímulo de la producción. Y así fue como, por no perder la oportunidad y en tanto acababa de escribir la *Ética*, pergeñé un volumen de artículos y cuentos que salió en Madrid con el nombre de *Pesimismo alegre*. Un crítico madrileño corrigió: *Pesimismo heroico*, y lamenté no haber usado ese título.

Habíamos alquilado una pequeña casa en Sèvres, por el camino de Ville d'Aubray, y no me quedaba un minuto libre, dedicadas las horas de oficina a la revista, en la Rue la Condamine, y las de la noche al trabajo de la *Ética*. El almuerzo daba ocasión de hablar con algún amigo. La siesta la dormía en un sillón de la propia oficina, mientras trabajaba la maquinilla de la empleada y abajo trepidaban las rotativas.



Barrio de Montmartre, óleo de Utrillo

Se presentó una tarde el secretario de la embajada de México, un joven Quintanilla, a quien apreciaba por el recuerdo de la amistad que mantuve con su padre.

—Le traigo —me dijo— un saludo del ministro, que dice que a él no le importan las cuestiones políticas y es su amigo...

—Lamento mucho —contesté— no poder corresponder a esa amistad; no me merece el saludo ningún gobiernista...

—¡Ajajá!, ya sabía yo que así me iba a recibir, pero, en fin, usted me creerá si le digo que soy su simpatizador, aunque amigo de Ortiz Rubio, y que quiero comer o almorzar con usted.

Acabamos en que lo invité yo a almorzar en fecha inmediata. Durante la comida se aclaró que los de Ortiz Rubio querían deshacerse de Calles y al efecto deseaban acercamientos con la oposición, me ofrecían toda clase de ventajas si volvía a México.

—No entro en combinaciones turbias —contesté, y añadí—: Calles debe ser tirado por la fuerza si no queremos que después de él quede algo peor, o sea un callismo de segundones y de traidores…

Presenciaron por accidente esta conversación los argentinos Rosingana y Villarreal.

Sucedió que llevé a Quintanilla a un restaurante de mi barrio, famoso por el puchero argentino que servían los miércoles. Y al llegar, sin previa cita, a la misma fonda los dos argentinos, los invité a nuestra mesa. Villarreal era el subjefe de la agencia parisiense de *La Prensa*, de Buenos Aires, y como tal me liquidaba cada mes mil francos. Además, es Villarreal un crítico notable de pintura y un amigo simpático, y con frecuencia almorzábamos juntos. Rosingana era el agente de anuncios del diario *Crítica*, de Buenos Aires, a la sazón suspendido por la dictadura. Y en la misma imprenta en que se editaba *La Antorcha* contrató Rosingana con Guibour, el notable crítico de arte, la publicación de una hoja titulada *Crítica en París*, en la cual colaboramos todos en contra del régimen de Uriburu en Argentina.

Por la imprenta se presentaba casi diario Pachequito, en calidad de agente volante y colaborador esporádico. Y a menudo nos tomaba el pelo.

—¡Ay! —exclamaba, sentándose indolente al borde de alguna mesa de empaque—, estoy muy fatigado; anoche me desvelé mucho.

—¿Alguna parranda, Pachequito?

—No, fue únicamente una conversación literaria. En casa de la condesa de Noailles, ¿sabe usted?

—¡Ah!…

—Sí, no estábamos más Jean Cocteau y yo. La condesa,

tendida sobre su diván, alargando la mano, me dijo: «Oiga, Pacheco»...

Aquí estallaba irritado Deambrosis:

—¿Me quiere usted hacer creer a mí? ¿Cree usted que yo no sé que es más difícil ver a la condesa que al presidente de la República?...

—Bueno —replicaba con calma Pacheco—, eso será así para una persona sin relaciones. Usted se ha pasado ¿cuánto tiempo?, encerrado por allí en la provincia, ¿Burdeos? ¿Hendaya?... ¡No recuerdo!

—Pero usted, pero usted, ¿qué me quiere presumir? —tronaba Deambrosis...

Se hacían los dos de palabras y yo reía, los calmaba. Y a veces me ponía formal, como si tomara totalmente en serio lo que contaba nuestro amigo.

—¿Y Charito? —preguntó un día Pacheco—. ¿No le ha escrito?

—Sí, Pacheco, y por cierto que le manda saludos; sí, se casó, sí, con el conde, y me puso una carta lírica en que cuenta cómo se vistió en las viejas salas de un castillo del interior de Francia las ropas de las abuelas linajudas; abuelas por la vía colateral más turbia posible. Pero como me pedía consejos y sospeché que deseaba enseñar mi carta, le contesté a lo viejo tutor, abrumándola de recomendaciones, pidiéndole que demostrara que una princesa hispanoamericana podía llevar sin desdoro un título de Francia... ¡Ay, Pachequito, tenemos a veces que contribuir a la comedia del vivir!...

—¿Y por qué princesa? —interroga Pacheco.

Y respondo:

—Su padre era un coronel distinguido, creo que hasta

héroe de la oposición. ¿No equivale esto entre nosotros al principado?

Con puntualidad irreprochable salía la revista, aunque llena de erratas. Y era por demás: corregíamos dos veces una página y la tercera impresión contenía erratas nuevas; los linotipistas no sabían una palabra de español, pero, ¿dónde hallar otra imprenta? El dueño de la que ocupábamos se había hecho, además, amigo nuestro; una noche nos dio una cena en su casa, con platos que no acababan, cada uno mejor que el anterior, y vinos en serie, desde el jerez a los blancos, más una gama entera de rojos, cada vez más densos según se acercaba la hora del *foie gras* —un *foie gras* especial que Deambrosis recibía de la provincia y había sido el pretexto del convite—. Un doctor Gotchalk, creo que judío, viejo especialista médico y autoridad culinaria que ha dejado un libro famoso, actuó de maestro de ceremonias. Aprobó en general la obra de la dueña de casa, una belleza un tanto marchita, pero que era sabia en el menaje, salvo cuando intentó partir con el cuchillo el cilindro aplastado del *foie gras* que ocupaba sitio de honor en la mesa: «*No, un moment* —clamó Gotchalk horrorizado—: *ça ne se coupe pas.*» Y tomando una cuchara sopera distribuyó las raciones de la preciosa sustancia. Y la sinfonía de los tintos se prolongó con los quesos, superó a todo.

Las mañanas las pasaba nuestro propietario en la Bolsa. Tenía en las inmediaciones un pequeño despacho de cambios. Y un mediodía se nos presentó en la buhardilla que nos alquilaba. Regocijado el semblante exclamó:

—*Mes congratulations, Monsieur... Mes congratulations...*

—¿Por qué?

—Pues porque vengo de la Bolsa: el peso mexicano se ha derrumbado de dos por un dólar, cae a tres, a cuatro, no sé...

Han tenido que renunciar al talón oro... En fin, ahora sí regresará usted triunfante a su país, puesto que caerá el gobierno. Ningún pueblo tolera que le roben echando a la calle su moneda... Sí, nuevo gobierno...

Le agradecí sus buenos deseos, pero le dije a Deambrosis:

—No pasará nada; sólo a tiros se cae eso y no quieren oír hablar de tiros.

A las dos semanas llegó prensa de México. La catástrofe monetaria, el saqueo del oro, el robo de los particulares era señalado unánimemente como una medida genial del jefe Calles. Las Cámaras lo habían aclamado cuando declaró que *ya el oro, por decreto suyo, carecía de valor como moneda*; se apoderaron del oro de los particulares, lo cambiaron por papel depreciado y lo embarcaron para Estados Unidos...

En *La Antorcha* comenté: «Un pueblo que no sabe defender su voto tampoco logra salvar la bolsa; se merece el despojo y el puntapié posterior.» Acerca de este comentario me escribió el ingeniero Ortiz, mi compadre que representaba en la capital *La Antorcha* y había sido el tesorero de nuestro partido: «Han causado muy mala impresión sus juicios sobre la ley Calles, aun entre sus amigos banqueros, pues es evidente que la economía nacional va a beneficiarse con tipo de cambio bajo», etc., etc. Los amigos banqueros no eran otros que los restos del gómez-morinismo en el Banco de México. Naturalmente, estaban con la situación en turno. El mismo ingeniero Ortiz, mi compadre, afirmaba con convicción: «Una cosa es la técnica y otra cosa es la pasión política.» Otros, francamente fariseos, declaraban que estaba primero el interés de la patria que la fidelidad a un jefe vencido, y se sumaban al mal gobierno. Cuando, poco después, Inglaterra dejó de cambiar sus billetes de banco por oro, el servilismo clamó en México:

«Han imitado a Calles; hemos sido precursores.» Ni habían sido iniciadores, porque la confiscación del oro se las impuso la embajada *yankee* en beneficio del grupo argentífero de Estados Unidos, ni tenía que ver una cosa con otra. Pues entre la ley Calles y la política monetaria de Inglaterra había una pequeña diferencia notoria: Inglaterra dictó medidas para quedarse con el oro en casa; México echó fuera del país el oro de los particulares y el del gobierno, sacrificado a vil precio.

Pero el comercio mismo de nuestra nación, sin duda porque vive aterrorizado con la amenaza de los inspectores, logró convencerse a sí mismo de que le convenía al país la devaluación de su moneda en beneficio del cambio extranjero. A quien en realidad beneficiaba esa devaluación era a las grandes empresas *yankees* que pagan salarios en nuestra patria y que, por obra de la reforma monetaria, vieron reducidas a la mitad sus listas de raya, pues ellos seguían vendiendo en oro el petróleo, la caña de azúcar, el ganado, etcétera.

También para pequeñas venganzas me servía *La Antorcha.* Un día me pidió una colección la Biblioteca Nacional de nuestro país. Le contesté que teníamos en la redacción una serie reservada para la Biblioteca Nacional mexicana, pero que haríamos la remisión respectiva cuando, por cambio total del régimen, tuviéramos la seguridad de que no iba a ser robado nuestro obsequio. A una revistilla magazine de intelectuales gobiernizados que nos mandó canje, le respondimos, al devolverles el ejemplar, «que guardasen en casa esa inmundicia». Deliberadamente me aislaba, de esa suerte, de todo contagio con la peste, de toda posibilidad de comunicación y entendimiento con los rufianes.

Por lo demás, en la redacción raro era el día que

almorzábamos solos y, según ocurre en las grandes ciudades, era preciso recortar el círculo amistoso, resistir tentaciones de holgar para que no se nos fuera todo el tiempo en paseos y conversaciones. Por excepción nos uníamos a algún grupo de paseadores honestos. Roxana, la escritora chilena, se hallaba en París después de un viaje alrededor del mundo; nos visitó varias veces, hizo todo lo posible por ayudarnos colocándonos suscripciones, etc. Barbagelata, del Uruguay, se presentaba a conversar de cuando en cuando; también Alcides Arguedas, el excelente amigo boliviano que habiendo renunciado a la Legación en Bogotá se hallaba en París de cónsul y dedicado a su obra magna de *Historia de Bolivia.*

En su casa de la *banlieue* dio una comida Arguedas, en obsequio de escritores amigos; allí me encontré con Avilés Ramírez, el cronista nicaragüense, acompañado de una dama que llamaremos *Madame* Valvin. Regresamos en el auto de la francesa y se habló de la fiesta que preparaba el general Lyautey en los terrenos de la Exposición Colonial. Interrogado, contesté:

—No tengo invitación, no me mezclo con mi embajada.

—Verá usted —se quedó pensando la dama—. Es ya muy tarde para conseguir una a su nombre; pero haremos esto: yo tengo una invitación; vendrá usted con nosotros. Avilés entrará como periodista, usted en calidad de *Monsieur* Valvin —el nombre de la dama—. ¿Qué le parece?

—¿Cómo podría yo rehusar ese honor, señora?

Reímos y así se hizo. Pero hubo algo más. El gentío era enorme la noche de la recepción y los lugares inmediatos al foro estaban reservados para el cuerpo diplomático, etc., etc. *Madame* Valvin resolvió:

—Usted es ex ministro, le toca por derecho un lugar en las

sillas del frente.

Y abriéndonos paso, llegamos a donde estaba el gendarme.

—Abra usted sitio para el señor Ministro —ordenó *Madame* Valvin.

Y el gendarme, respetuoso, tendió un brazo, apartando a la humanidad común, a tiempo que levantaba el otro para saludar respetuoso:

«*Monsieur le Ministre*»...

Reteniendo la risa, ocupamos tres magníficos asientos. Y vimos una representación extraordinaria. Pelotones de caballería argelina evolucionaron, precedidos de sus bandas militares, que no tocan como entre nosotros valses y *jazz* o destrozan a Beethoven, sino trozos marciales, con juegos de trompetas que evocan el estrépito que derribó las murallas de Jericó. Una impresión de victoria en causa grande; uniformes rojos y blancos vistosos y un ímpetu guerrero que deja pasmo... Luego cantaron unas tahitianas deliciosas, que parecían mexicanas. Por último, bailarinas de la Ópera, rubias y gentiles, enlazadas con atletas nubios, de fuerza hercúlea y elástica, presentaron todo un *ballet.* Y pensamos: «¿Qué dirían en Estados Unidos de estas parejas de blanca y negro?»

Concluida la representación hubo servicio de *buffet* gratuito para todos los cinco o seis mil invitados. Bastaba con pedirlo para que sirvientes obsequiosos llenasen las copas o diesen botellas enteras de champaña, según vimos hacerlo en algunos grupos. Pero nosotros, a caza de lo exótico, fuimos a probar el agua de rosas y el té con almendra de los pabellones al estilo árabe.

Precedido de un silencio reverencial casi, atravesó Lyautey; alto, quemado por los soles africanos, hasta verse casi como un negro, vestido con manto de púrpura imperial,

seguido de un Estado Mayor brillante de oficiales negros. Era como un rey de estampa infantil. Además, el héroe de toda la Exposición, el padrino. Una de las más suntuosas torres de la improvisada ciudad era la torre Lyautey, y lo adoraban los franceses como el creador, el consolidador de su imperio africano.

Un militar más grande que Napoleón, si se considera el territorio que ha sabido ganar para Francia, y un patriota mucho mayor, si se reflexiona en que no mató un solo francés, pues no intervino jamás en guerra civil. Eso es un gran general, un mariscal, en pueblos civilizados y libres. Y los mismos que él había vencido, los negros de las colonias sometidas, allí estaban compartiendo con él sus triunfos, disfrutando como todos de la cultura francesa, sus libertades y sus ventajas. Grande y amable se siente Francia, cuando roto el oropel de las trivialidades del París de los extranjeros nos asomamos a su corazón heroico, lección generosa para las naciones. Viejo ya Lyautey y seguro de la inmortalidad, bien podía desentenderse de los partidos y de los políticos. ¡Se gastaba más pompa que el presidente de la República y, a diferencia de las figuras de partido, contaba sin reservas con el afecto nacional unánime!

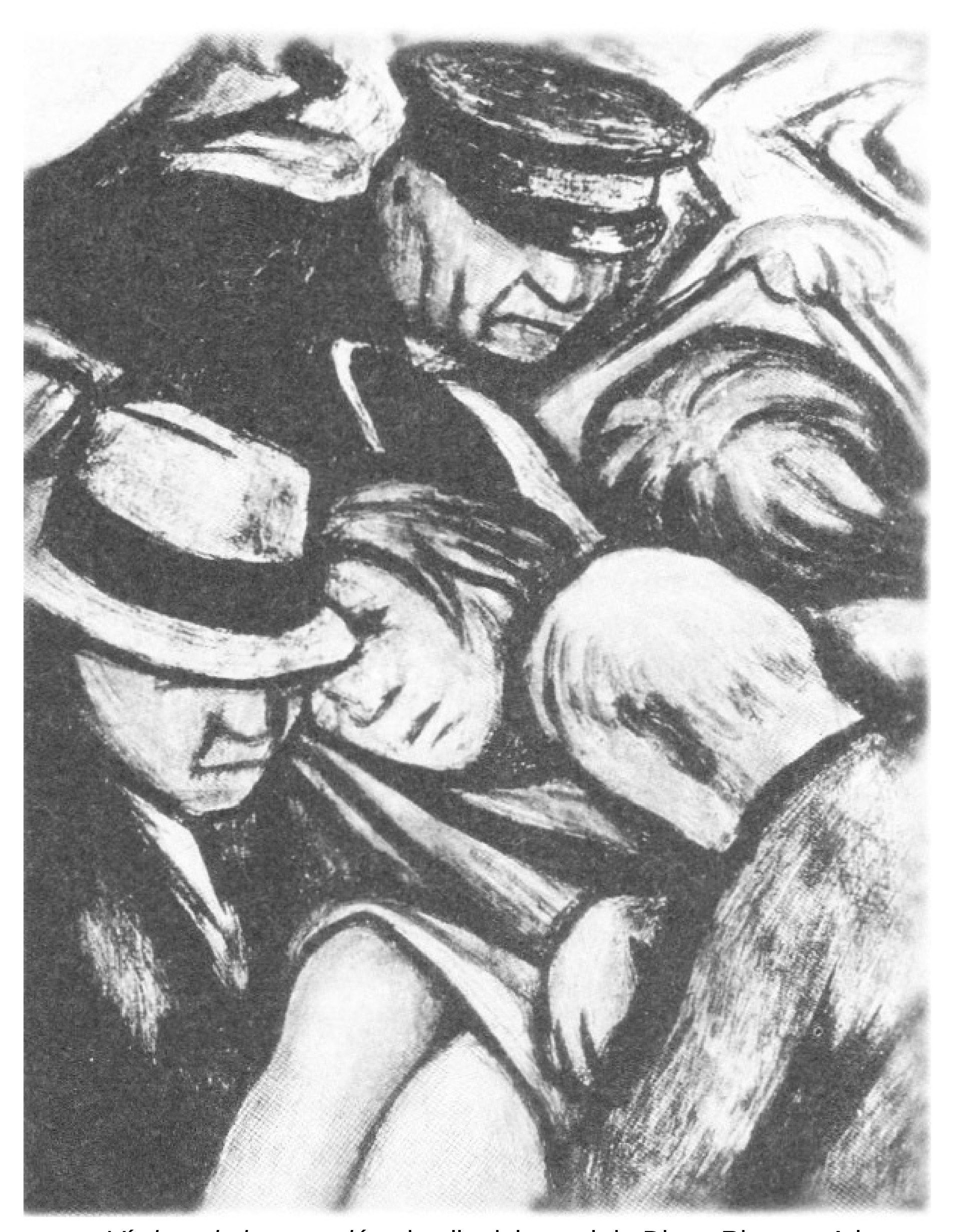
El rito final

Desde el segundo o tercer número, *La Antorcha* comenzó a publicar escritos de Valeria. El éxito de la serie político-narrativa lo pudimos apreciar por aumento de las ventas y por cartas de encendido elogio, suscritas por amigos cultos de San Salvador, de Colombia. «¿Quién es esa escritora extraordinaria?», preguntaban. Y partía el alma tener que callar, para no decir: «Era la conciencia de México, que prefirió hacerse pedazos a soportar la ignominia». Y esta impresión de que su suicidio era protesta del alma nacional me la confirmaban las noticias de suicidios y muertes que me llegaban de México. La hija del general Ibarra, sacrificado en Topilejo por la soldadesca que todavía disfrutaba altos grados en el ejército, se había suicidado también al convencerse de que los infelices tribunales no osaban abrir siquiera una investigación. El ejército se había apresurado a poner escolta en el sitio en que enterrara a sus víctimas, a pretexto de que el asunto era de su jurisdicción. No cabía duda, hay instantes en que únicamente los viles aceptan con resignación el deshonor de la patria. Y los viles hacían clamor que no dejaba oír la voz de los buenos. Y buenos había aún entre los pocos que andaban por Francia. Cueto, el buen muchacho artista que se había establecido en París con su esposa, me visitaba a menudo. Su esposa se afanaba con la ilusión de lanzar en el París artístico sus extraordinarias copias de cuadros famosos, hechas de bordado a máquina. Pero carentes de sentido económico, a

fuer de buenos artistas, habían empleado ambos la parte mayor de sus ahorros en pagar los derechos de propiedad de un óleo de Rousseau, el Aduanero, en vez de ponerse a copiar algún clásico de los que ya pertenecen al dominio público.

Había sido Cueto amigo de Valeria desde México, y siempre que nos quedábamos solos hablábamos de ella largamente. ¡El misterio de su carácter, la grandeza de su ingenio; su frialdad que escondía ternura! Me descargaba teniendo con quién recordarla y seguía preocupado con mi proyecto de oírle una misa en el lugar mismo en que se había matado. Y eso que me daba horror Nôtre Dame; procuraba no pasar por allí, salvo alguna vez por necesidad y sin voltear la mirada hacia el templo. ¡Pero sin prejuicio del imperativo que había de llevarme a rezar en él por la muerta! Y dejaba pasar los días como si cierto plazo fuera necesario para la terminación del embrujo en que habíamos caído ambos. A la vez, convencido de que era menester consumar una suerte de expiación purificadora. Y la ocasión me la dio el anuncio de la memorable función, presidida por el cardenal arzobispo, en que los coros del Vaticano fascinaron París cantando la *Misa del Papa Marcelo*, de Palestrina. A no sé cuántos francos la entrada, no había sitio para un oyente más, ni puesto de pie. Apretada masa humana se mantuvo más de una hora, suspenso el ánimo, recreada la mente, con la maravilla de una orquestación puramente vocal, en canto llano y en contrapuntos sublimes. La idea de que el contrapunto es el equivalente del silogismo en estética, pero con superioridad sobre el silogismo en lo que hace a la facultad de síntesis, se me afirmó esa mañana y decidí tomarla como una de las bases de mi obra futura. Prendidas todas las lámparas, el gótico edificio lucía en toda su magnificencia; sin embargo, no lograba vencer la

repulsión del estilo en ojiva. Esto me dio también tema para el capítulo sobre la superioridad del estilo basílica. Suelta la música el río de la conciencia. Un torrente de ideas y sentimientos enlaza con el desarrollo del ceremonial. Y aunque no pensase en concreto en la muerta, estaba ella dentro de mí, colaborando en mis reflexiones, hasta que llegué al pensamiento terrible del más allá. ¿En dónde estaba ella realmente? ¿Cómo estaba? ¿Deshecha nada más, como cualquier animal? ¿Sufriendo en la sombra? ¿Gozando de paz luminosa?



Víctima de la represión, detalle del mural de Diego Rivera: «A la irracionalidad del mal corresponde, no la lógica del castigo, sino el otro extremo del despropósito, el amor que perdona porque sigue amando»

Rasgaron el aire las quejas y clamores del *Kyrie*. Tiembla y sube la plegaria como el anhelo. Y no sé qué certeza súbita y clarividente nos dice que, así como se ilumina la sombra

con la luz de los cirios, milagro del ingenio del hombre, nada impide que el ingenio divino opere en la muerte una transfiguración en que el alma, vestida de figura corpórea tan sólo en la forma, subsiste suspensa sin fatiga en espacios fluidos, sutiles, eternos. Y la vi alzarse emparejada con una de las voces del coro; suplicante, pero encendida en flama benigna, dichosa con el hallazgo del ritmo que es camino de lo Absoluto. Le quedaban, sin duda, muchos ascensos que consumar, pero en el rostro, la certeza de la revelación le había puesto calma radiante. Y como si, por abajo, acabara de libertarse de un fuego devorador, vencida la prueba o, si se quiere, el castigo de las llamas que consumen las impurezas y en seguida lanzan a lo alto, redimida, el alma, como sale puro el oro de un crisol. Absorto la miré en su danza de fuego y luz, en ritmo de flamas que devastan pero alumbran la ruta. Y parecida a las figuras de esos cuadros teológicos que nos asoman a la serie de los mundos: en un abismo, el caos, el horror de la materia; medio, la brega del alma y las cosas, las otras almas, y arriba, la liberación, el éxtasis, la dicha. ¿Cómo se llega a tal solución salvadora? El rito sagrado lo va diciendo paso a paso, con lentitud noble.

El descenso del Cordero que salva, rescata los pecados del mundo y la piedad del *Sanctus* dan la explicación cabal del prodigio.

A la hora de alzar, cuando expresa el corazón su más secreto anhelo, sentí que lo esencial del mensaje cristiano es la revelación, la liberación del poder que posee la misericordia. No podía estar en ningún infierno un alma que pecó por exigirle a la vida un *maximum* de nobleza, por rebelarse frente a la ruindad y el crimen. Y aunque hubiese pecado gravemente, para eso estaba el amor del Padre en quien había confiado, muy distinto de la justicia rencorosa de Jehová…

No cabía duda: en el canto final de la misa, su danza tomaba el giro elegante del ascenso de los arcángeles. ¡Comprendí que estaba perdonada y que el perdón de ella era promesa del mío! Y en rápida, súbita serie de reflexiones, me dije: «A la irracionalidad del mal corresponde, no la lógica del castigo, sino el otro extremo del despropósito, el amor que perdona porque sigue amando.» En otros términos, que la inteligencia nos da cuenta de los procesos, las técnicas conforme a las cuales se mueve, se produce el suceso, no sus causas. Descubre el cómo, pero no el por qué. En la entraña misma del misterio está el por qué. Y no lo ilumina la razón; apenas a ratos el arte, ciencia del amor, lo aclara.

La sorpresa

La caída de la monarquía española sorprendió a los mismos que habían conspirado para derrocarla. Unas elecciones perdidas determinaron la abdicación del rey en acto caballeresco, sin precedente en historia distinta de la de España, que es toda ella una gesta de caballería. Los que sabemos la facilidad con que unas cuantas ametralladoras, bien emplazadas, ponen en fuga la más entusiasta multitud, admirábamos la nobleza de los oficiales que, en la noche decisiva, se negaron a disparar sobre el pueblo. Y gracias a esa magnanimidad, sin costo de sangre se ganó la república. Y los líderes refugiados en París saltaron de sus pensiones de quince francos diarios a los ministerios y la fortuna personal que pronto la mayor parte de ellos apañó sin escrúpulos. Ni sospechamos que tantos que parecían incorruptibles no sabrían corresponder, siquiera con su lealtad, a la España generosa que los elevaba a los más altos encargos.

No se despidieron de mí, no tuvieron tiempo; en Madrid los reclamaba la tarea de organizar un gran pueblo para la vida moderna. Por caduca se derrumbaba la monarquía y por corrompida, inútil, pero no porque se hubiese hecho responsable de crueldad. Habíamos palpado las libertades españolas bajo la monarquía y unos y otros encomiaban el gesto de los ministros que se negaron a seguir al rey desde que el pueblo lo había repudiado en una elección libre. Apenas si la inglesa, la extranjera que perdía corona, si no

patria, habíase resistido a la entrega del mando sin disputarlo. El abandono en que el Rey se vio resultaba justo castigo de sus liviandades. Y la nueva era se abría sin rencores. Hasta en tanto que la vanidad de jefes que no habían peleado en su mayoría no había sufrido, empezó a enderezar arrogancias que ofendían injustamente a los vencidos voluntarios, desilusionaban al pueblo, acostumbrado al trato llano de los antiguos nobles. Pero, por lo pronto, en todos los sectores dominó el optimismo. *La Antorcha* saludó a la república; recomendó a sus hombres. Hizo más: estuvo alerta, según puede verse en la colección respectiva, de la penetración del elemento judeoyancoide que creyó llegado el momento de hacer en España lo que había hecho en México, en tiempos de Juárez: imponer la reforma luterana por decretos gubernamentales y con precio de sangre. Abiertamente, *The New Republic, The Nation*, el *Times*, excitaban a los jefes republicanos para que no se quedasen a medias, para que libraran al pueblo de la opresión de la Iglesia. Todo aquello sonaba absurdo para un español, pero era claro para un mexicano; por eso comencé a señalar el peligro y al malquistarme con mis antiguos camaradas que, por el momento, escondían las uñas y resistían la presión extranjera. Contra Alcalá Zamora empezaron a coludirse todos ellos, porque era católico y porque en el viejo régimen había sido prócer y a la revolución había sacrificado posición, fortuna. Los otros, los que la revolución elevaba de la oscuridad de burócratas de tercera a ministros, el caso de Azaña, ésos eran los que el judeoizquierdismo azuzaba, adulaba, incitaba. Detrás de ellos vendrían los más peligrosos, conforme al ritmo fatal de todas las revoluciones; los que, como Largo Caballero, exagerarían el radicalismo para hacer olvidar que nada hicieron por traer la república, más bien se opusieron a ella, en los tiempos de

sus alianzas con el dictador Primo de Rivera.



José Ortega y Gasset. «Psicología de resentimiento nos atribuía Ortega y Gasset a los iberoamericanos»…

Mala gente había caído sobre la patria española, pero no lo advertíamos, no queríamos creer que aquellos hombres de antecedentes puros entregaran su patria a la influencia extranjera. Bien es cierto que habían subido al poder sin ponerse a prueba en la lucha. Y advertimos las corrientes que entraban a España para hacer en la vieja metrópoli la obra de destrucción consumada un siglo antes en las colonias. La generación escéptica del 98 había preparado el terreno, desconfiando de la savia nacional, presumiendo de europeos a fin de librarse del complejo de inferioridad que les creaba el ser españoles. Psicología de resentimiento nos atribuía Ortega y Gasset a los iberoamericanos, cuando en realidad desahogaba su propio complejo frente a los alemanes, los franceses. De todos modos, era oportuna la república; quizá lograría levantar de nuevo el orgullo nacional; ofrecería tarea a los intelectuales y veríamos a la

madre patria gobernada, como Francia, por sus hombres de pensamiento y no por soldados. Debimos prever que una generación negativa, escéptica y extranjerizante de ningún modo podía operar una transformación constructiva. Las envidias dividieron desde el principio a los ilustrados. Políticos de segunda, como Azaña, usurparon el papel que debió corresponder, por ejemplo, a Unamuno. Y lo peor es que Azaña no se limitó a hacer política, sino que en súbita hinchazón de vanidad, provocada por el éxito súbito inmerecido, empezó a presumir de intelectual; se puso a estrenar obras de teatro, soñando competir con los mejores, y adoptó el gesto del superhombre, reacción del resentimiento largamente comprimido sobre que tanto ha fantaseado Ortega y Gasset. Una buena frase acuñó Ortega y Gasset cuando habló del «gesto agrio de la república», el gesto de Azaña. Agrura de despechados que, seis meses antes, no se atrevían a hablar de la república como de un hecho próximo. No se atrevían tampoco a ningún plan en grande.

Mi *Antorcha* les dijo: «Cread una mística del momento histórico, pensad, obrad en imperio y reconquistaréis en América la hegemonía moral por lo menos.» Al contrario, se pusieron a imitar al callismo mexicano y a nuestra reforma, monroísta, sajonizante. Ni los rotarios dejaron de hacerse presentes. Los luteranos judíos de Estados Unidos, después de mediatizar a México del todo, se habían estrellado por el Sur de América. Y ahora contaban con librar en la madre patria la batalla que les daría el triunfo en todo el continente español. Para esta empresa, el México izquierdista, poinsettista y renegado era el aliado natural. Y empezaron los triunfadores de casualidad a mostrarse irreligiosos y anticlericales, cuando muchos de ellos la víspera comulgaban, y en la conspiración para el advenimiento de la

república contaron con el apoyo de innumerables curas. Y a los planes de reunificación hispánica respondió Araquistáin, recién aleccionado en México, que, en lo de adelante, España no era sino hermana, ya no la madre patria. Sonrieron en Washington los poinsettistas, que ya contaban con archivar el glorioso pendón de Isabel la Católica en las galerías del Instituto Panamericano. Más pequeño aún, De los Ríos hablaba de una política «reducida», «nacional», despreocupada de América y el África, disgregada en los nacionalismos peninsulares de catalanes y éuskaros. «Vuestro ideal es hacer de España una Suiza», dije más tarde, ya en España, y según advertía el programa educativo nuevo, compuesto de imitaciones caricaturescas de lo que yo había hecho en México, pero con las deformaciones que, también en mi propio país, habían introducido los protestantes.

En las murmuraciones de conspiradores de los cafés parisienses, los revolucionarios españoles, ahora ministros, habían hablado de los negocios que el rey hacía con el embajador norteamericano y en empresas como la telefónica. Y soñaban confiscarla. Pronto se vio, sin embargo, que con un simple cambio de embajador, la telefónica volvió a quedar inconmovible. Su protector ya no lo era el rey, sino algún ministro socialista. Y el hecho es que el judeoluteranismo capitalista se consolidó con el nuevo régimen. Y exigía más: reclamó ya no sólo los intereses, también las conciencias.

—¿De suerte —le dije a Martín Luis Guzmán, consejero de Azaña—, de suerte que van a empinar la república, metiéndola a hacer juarismo, llevándola a perseguir a los católicos?

—¡Pues, qué quieres! Entiendo que Azaña preferiría no

hacerlo, pero la presión es muy fuerte; sin embargo, no creo que se llegue a la expulsión de los jesuitas.

El riesgo de los jesuitas estaba en la gran fortuna que poseían, estimada en muchos millones de pesetas…

Paséabamos de noche por la Castellana. Me había trasladado a Madrid para concluir los arreglos de la edición, reparto de *La Antorcha* en España, ya no en Francia. Los precios españoles era mucho más bajos que los franceses y, además, deseaba vivir en país de mi lengua. Siempre he tenido la impresión de que son años perdidos para el disfrute natural de la existencia los que uno pasa, por necesidad, en el extranjero. Y el extranjero es primeramente allí donde se habla idioma que no es el propio.

Me hospedaba en el Nacional y estaba próximo a regresar a París. Un contrato largo de arrendamiento y pequeños asuntos pendientes me obligaban a permanecer en Francia hasta el fin del año. Mi hija y mi yerno esperaban su primer niño para salir rumbo a Europa a reunírsenos. Y quería que pasasen unos meses en París antes de marcharnos todos a España. Y como Deambrosis no estaba dispuesto a cambiar de domicilio, contaba con Herminio para el trabajo de la administración y redacción de la revista. En París los gastos nos estaban comiendo. Meses había que, en casa y negocio, gastábamos trece, catorce mil francos. Y las entradas eran lentas y cortas. En México la venta era mediocre y ya empezaban a hostilizar los envíos en el correo. Algunos suscriptores se retiraron a pretexto de que el tono de la publicación era apasionado. Hubieran preferido, sin duda, artículos de chisme literario parisiense, cualquier cosa que no les perturbase la digestión, no les hiciese subir al rostro el rubor. Pues cuando es toda una nación la que claudica, no es posible esperar que ni siquiera la palabra de la verdad

encuentre en ella apoyo. Lo lógico es que sea el justo el odiado, el acusado, el perseguido y, a la larga, el victimado. Al efecto me habían transcrito una conversación de dos o tres de los generales que acudían a Nueva York con la bolsa llena de dinero mal habido y altos cargos de la diplomacia o de la política: «A ese V… todavía tenemos que fusilarlo, y en el Estadio.» Este deseo era quizá más común de lo que a primera vista podría creerse. Nadie estorba como aquel que ha llegado a convertirse en remordimiento de los honrados y sonrojo de los pícaros. Y no porque se vea en él un peligro; tan sólo porque molesta es bienvenido quien lo elimine.

En Colombia tuvo *La Antorcha* aceptación mediana, pero enojó a los del nuevo gobierno por las revelaciones petroleras que comenzó a publicar en momentos en que se estrechaban los lazos con el gobierno de Hoover. Y era Mellon, el ministro del Tesoro *yankee*, el concesionario de las grandes explotaciones colombianas. En toda América hace falta una clase media acomodada, capaz de sostener ciertas opiniones. Los que tienen dinero se rinden al poderoso de la política o de los negocios; forman clase sin abolengo ni orgullo y no pasan de *parvenus* y descastados. Y los que poseen ilustración y criterio son tan pobres que no pueden sostenerse en actitud recta: el hambre los obliga a transigir con las situaciones turbias.

Precisaba, en consecuencia, prepararse para un largo exilio; reducir los gastos y conservar dinero en efectivo. Logré vender en poco más de ocho mil dólares la casa que procedía de mis ahorros del ministerio, perdiendo la mitad de su valor. Pero este dinero aseguró nuestra permanencia en Europa. Me hallaba en el Hotel Madrileño, acostado todavía, una mañana, cuando se me entregó un cable firmado «Herminio» y que decía: «Mujercita». Me avisaban el nacimiento de mi primera nieta, eliminando la posibilidad

de una errata de haberse usado la palabra «niña».

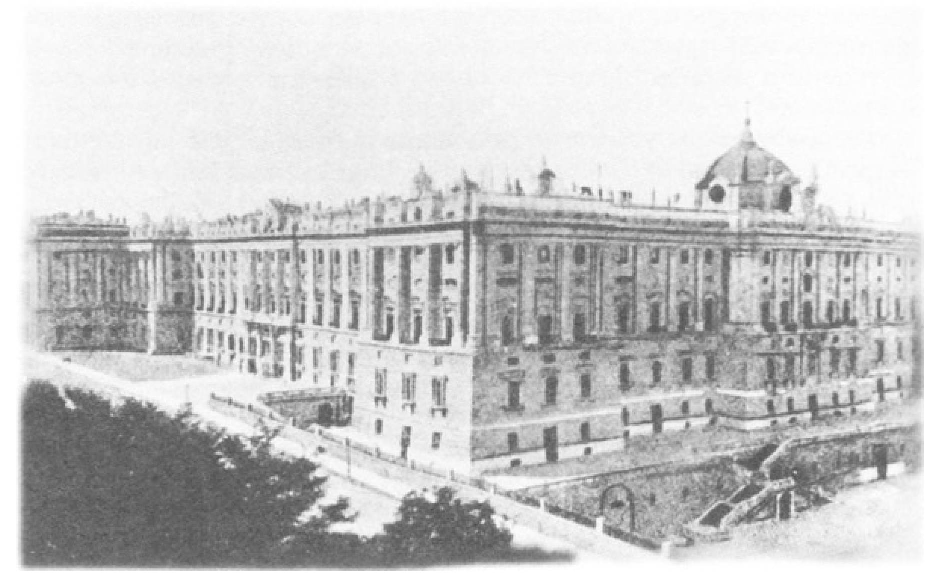
Era yo, pues, abuelo. La simple noticia no me dijo nada, me impresionó apenas; el amor nace del trato, lo que prueba cuánto tiene de circunstancial y simplemente humano, casi subhumano, aunque no lo advertimos y a pesar de que es la única fuerza que, parcialmente, por los menos, redime la mezquindad de lo humano. Por las ventanas de los sentidos entra el amor de Dios, dice en alguna parte la Biblia y se piensa: ¡Ay de los ciegos!, ¡ay de los sordos! ¡Injusta Naturaleza!

Nuevo peregrinaje

De París mandábamos los originales y en Madrid se imprimía *La Antorcha.* Inmediatamente mejoró la presentación, se eliminaron las erratas y se redujo a la mitad el gasto de imprenta. Martín Luis Guzmán, bien colocado en la nueva república, indiferente, por lo mismo, a la opinión de los tiranuelos de México, se aprestó a colaborar en mi publicación. Me pidió el trabajo de selección de versos y se lo di gustoso. Alegó que le daba yo cabida a muchas medianías de estilo anticuado, y él, en cambio, empezó a publicar composiciones de estilo enredado, algebraico, y de contenido obvio, inocuo, exactamente como en las matemáticas. Y le expresé: «En materia de poesía, cualquier escuela me es igual, porque ninguna me interesa. El poeta que realmente conmueve es el Dante y lo leo mejor en prosa castellana, eliminando el esfuerzo de la traducción.» Los poetas de aquella hora era estilistas y si hay algo tan malo como la retórica, tan cursi como el énfasis, ello es el estilismo, la preocupación, obsesión de la forma, enfermedad de impotentes.

La Antorcha se mantenía en el tono airado que exigían las circunstancias. Y no tardaron en alcanzarla los atropellos. El correo de nuestro país, regenteado por un borrachín, hermano del jefe máximo Calles, cínico en el derroche del dinero que escamoteaba, nos empezó a aplicar uno de sus artificios canallas: la pérdida, el desvío de los paquetes.

Natural es que llenase las páginas de la publicación de afirmaciones que parecen denuestos y no eran, en realidad, otra cosa que la escueta, estricta verdad. Y me ocupaba de personalidades, pero no porque les diese categoría de rivales, sino por el mal que hacían y el puesto que ocupaban. Y porque según destrozando la patria.



Palacio Real, Madrid

Por delante de nosotros, pues, se fue a España *La Antorcha*; detrás de ella fue mi hijo, que decidió inscribirse en una escuela de ingeniería famosa en toda Europa y que pronto iba a ser arrojada fuera de España. No convenía a la internacional judeoluterana que la enseñanza prosperase; pero, por lo pronto, mi hijo empezó en Madrid su carrera de ingeniería...

Y a propósito de la persecución religiosa, recuerdo una curiosa ocurrencia que demuestra cómo esa política fue impuesta a los republicanos desde fuera de España. De despedida almorzaba en París con dos escritores franceses de renombre, al tanto ambos de la situación española. Uno era católico; el otro, judío, librepensador. «Vengo de España —

expresé, dirigiéndome al católico— y sé que no existe el propósito de ahondar en la cuestión religiosa; no expulsarán a los jesuitas»... «Pues permítame que yo disienta —interpuso el judío—; tengo entendido que el viaje que en estos momentos realizan (habrá usted visto los diarios) Léon Blum y otros políticos de la izquierda francesa tiene por objeto imponer ciertas condiciones para el apoyo de la república.» Una de esas condiciones era la expulsión de los jesuitas, su expropiación. A las pocas semanas, los hechos dieron la razón al gran escritor judío, hombre, además, de puesto oficial en el gobierno francés.

A mediados de diciembre llegaron de México mi hija, mi yerno y la nietecita. En su canasta de sedas y encajes me la presentaron a bordo todavía del trasatlántico. Era pequeñita y no tenía otro lenguaje que el llanto y una sonrisita breve, luminosa, inteligente. Pronto la casa entera estuvo pendiente del ritmo de ese llanto y esa sonrisa. Es curioso cómo la fuerza de un amor nuevo arrolla, suplanta todos los demás y los supera. En el amor de un pequeñito se confunde todo lo que hay en el corazón de más profundo, según la biología, y de más alto, conforme al espíritu. Los animales quieren a su prole, y el hombre, además, encuentra en ese mismo amor la evidencia de un elemento divino del sentimiento.

El desamparo absoluto, entregado a merced nuestra, nos da un vislumbre del poderío sobrenatural que podría destruir y, sin embargo, se dedica con fervor a la salvación de cada hombre. Tal es, por lo menos, la concepción cristiana de lo divino; la relación del padre al hijo y ya no, como en el paganismo, la relación macho-hembra. Sobre este concepto añadí, en esos días, unos párrafos a mi *Ética*, cuyo texto paraba ya en poder del editor madrileño.

Vivíamos en Sèvres y una noche perdieron el tren mi hija

y Herminio. No teníamos teléfono; procuro librarme de esa molestia cuando no es indispensable. Al principio no nos preocupamos de los ausentes. Habían expresado el deseo de explorar el París nocturno; pero así que empezaron a correr los trenes de la mañana y ellos no llegaban nos entró una alarma que pronto alcanzó proporciones de angustia. A mediodía esperábamos a Gupta, el amigo hindú de México que se había establecido en París. Me halló Gupta con la pequeñita en los brazos; le dije lo que pasaba y se ofreció para regresar a París para preguntar en las comisarías. La niñita, muy tranquila, jugaba, dormía y esta indiferencia natural aumentaba mis temores. Imaginaba algún accidente horrible y a la pequeñita condenada a pasarse la infancia en el hogar de un par de viejos.

Me desgarraba no tanto la suerte que hubiesen corrido los padres, ya mayores y que después de todo habían hecho su vida, sino el abandono de la nieta. Y maldecía la vida, que es capaz de producir situaciones semejantes. Y la perversidad del engaño biológico, que nos lleva a engendrar sin garantía de la manutención del hijo hasta su pubertad, ni siquiera de su salud, su aptitud para la tarea ardua del vivir. Y fue una mañana de agonía; aunque mi esposa, con esa mayor conformidad que poseen las mujeres, me calmaba, se negaba a creer mis sospechas de catástrofe.

Al mediodía, muy tranquilos, se presentaron los papás. En la noche anterior habían gastado cuanto tenían, y en la mañana, después de dormir tranquilamente unas horas en un hotel, la habían emprendido a pie hasta la casa. Sorprende la prontitud con que en tales casos se olvida la congoja de las horas anteriores, se entrega el alma de nuevo a la confianza. Esa confianza que no sabemos si es la esencia del engaño, sin el cual no se sostendría la vida, o en verdad, la subconsciencia o superconsciencia de un poderío que vela

sobre los destinos con la solicitud con que los mayores atienden, socorren, sacan adelante al pequeñuelo de la infancia a la pubertad y a la juventud.

Para estar todos reunidos en Navidad, vino mi hijo de Madrid. Compramos vinos de lujo y Deambrosis puso el pavo trufado al estilo de su provincia adoptiva; su esposa y él nos acompañaron a comer. A medianoche, en el auto de segunda que habíamos adquirido, nos fuimos a San Severino, que dio un espléndido concierto de música antigua para la misa de gallo. Todo ese invierno París desbordó de buena música. En una sala nueva, Pleyel, o algo semejante, nos tocó escuchar de despedida parisiense un concierto de cantatas de Bach: un placer del espíritu. Casi ya no interviene en él la sensibilidad; tampoco la idea. Nada tiene que ver «la idea» con la estética; éste era otro tema que iba tomando cuerpo en mi mente y lo atesoraba para verterlo en la *Estética.* El juego puro de la melodía, con sus armonías y su médula, el ritmo, su encadenamiento, el contrapunto, he ahí los elementos de la estética, completamente distintos de la oposición sujeto-objeto, de la cual se derivan las ideas y las leyes del silogismo. El engrane de las formas musicales conducía más bien a un retorno armonioso y orgánico del compuesto sujeto y cosmos.

¿Cuándo se me daría disponer de unos seis meses para sentarme a escribir, por fin, la *Estética*? Por lo pronto, a fines de enero levantamos la casa; no quise perderlo todo, malvendiendo unos cuantos muebles, y cometí el peor yerro de cargar con ellos. En Madrid tuvo que mover Martín Luis Guzmán todo el ministerio para que dejaran de cobrarme sumas exorbitantes sobre cuatro palos viejos.

¿Y por qué no en vez de partir hacia otro destierro regresábamos a México? ¿Acaso la esperanza de una

revolución, que por otra parte los del gobierno declaraban imposible? Justo es decir que mis amigos no me engañaban al respecto. Unicamente Taracena me hablaba de sublevados y de correos a la sierra, y la verdad es que yo se lo agradecía. «Con uno que pensara en revolución —llegué a decirle—, yo seguiría predicándola.» Lo cierto es que no me daba cuenta de la profundidad a que habíamos llegado en materia de abyección política.

Al principio, la misma brutalidad de la represión demostraba que subsistía el ánimo de la lucha y la protesta. En *La Antorcha* se habían ido registrando los atentados gubernamentales más escandalosos. En cierta aldea de Guanajuato, un soldado faltó a una mujer; el novio mató al soldado; el Ministro de la Guerra mandó un destacamento que asesinó al joven, a su padre y a un vecino que pretendió hablar por ellos. En Tabasco, los católicos se metieron un domingo a su iglesia, a la misa. Bandas de rufianes dirigidas por el gobernador Canabal rodearon el templo, acumularon paja en la puerta, rociaron gasolina, prendieron fuego; achicharraron a unos fieles y a los que salían desaforados los cazaban entre risotadas. Después de esto, en la capital, los gobiernistas comenzaron a señalar a Canabal como posibilidad presidencial… «Era enérgico en la lucha contra el fanatismo». Era el maestro de los pretorianos.

Pero lo peor era que, a causa de fatiga pública y por obra de la propaganda sostenida, el pueblo perdía la conciencia de su servidumbre. La prensa, dominada por el oficialismo, no hacía sino la diaria alabanza de la revolución salvadora, gloriosa. Los más grandes criminales, los más idiotas jefes, veíanse aclamados como héroes, ensalzados como estadistas. El partido oficial manejado por rufianes, integrado con leva política, llega a convencerse de que representa las mayorías desamparadas y finge la democracia, celebrando elecciones y

plebiscitos entre los de la casta inmunda. Al principio la farsa repugna y todo el mundo la condena en silencio. Más tarde, la repetición de la ignominia, igual que toda repetición, engendra el hábito, agota la vergüenza y queda en pie el rito artero. El peligro mayor para el contagio moral de todo un pueblo es la perduración de las condiciones deshonestas, incalificables. Y la continua, sucesiva, implacable ascensión al mando de los descalificados, que no se contentan con hacer a su arbitrio, exigen, además, la pleitesía; se hacen pasar por ilustrados si son analfabetos; por generosos si son mezquinos, y de todo tiene cada uno. Y el pueblo que los soporta acaba de hallarles cualidades, a causa, quizá, del instinto de pudor que prefiere mentir revistiendo de honra al que manda antes de confesar la deshonra de obedecer al espurio.

En un día de *spleen*, hice para *La Antorcha* el mejor artículo de toda mi carrera de articulista, el que se llama: «Los constabularios.»

Desahogado así el deber penoso de apartar de nosotros el cieno, el ánimo se me despejaba y volvía a la reflexión de mis libros importantes. Los originales de la *Ética* quedaron terminados. Y para darme un descanso, y también para ver el asunto entero con mejor perspectiva, decidí no comenzar desde luego la *Estética*. Entre ella y la *Ética* lanzaría un libro que había tiempo deseaba componer: una novela, y ¿cuál mejor que la de las propias andanzas y pasiones?… Comencé a borronear el *Ulises criollo*.

Muy distante, imposible casi, se alejaba la tarea de la *Estética* y no dejaba de darme congoja pensar que, en espera tan larga, bien podía surgir un accidente o la misma muerte, que impidiera la consumación de la única obra por la cual bien hubiera dado todo el resto de mis empresas. Y estaba

todavía en el tiempo en que uno ama sus obras y pone ilusión en ellas; cree que representan ideas singulares, irreparables…

Dejamos a Francia entregada al derechismo bajo Laval, apoyado fuertemente por todos los escritores de primera fila, a excepción del pobre Gide, que cansado de sus vicios burgueses comenzaba a coquetear con los rusos del Soviet. En Alemania se levantaba Hitler. Un emisario suyo advirtió desde entonces a los franceses que, pese a las apariencias, no iba contra Francia; sí contra Rusia.

Madrid

Muy grato es Madrid al oído, por el castellano propio, claro, melodioso que allí se habla. Desde la estancia breve anterior del mes de septiembre, me había quedado regusto de todos los sentidos. En ninguna parte del mundo tienen igual esas mujeres de diabólica perfección sensual y de santa piedad, fácil, humana simpatía. Cierta jactancia instintiva compénsanla con su capacidad para la ternura; el pecado y el rezo en un mismo temperamento. ¡Ay del que caiga por allí con el corazón todavía un tanto virgen! A mí me seguía la obsesión de la muerta como un escudo, y también como un compromiso de llevar adelante mi lucha. Luego que nos instalamos me puse a trabajar. Un hijo de Martín Luis nos ayudó a Herminio y a mí en el despacho de *La Antorcha*. En manos de Herminio quedó la tarea de atender al relleno literario, y yo me encerré a corregir los manuscritos, luego las pruebas de imprenta de la *Ética*. El tomo *Pesimismo alegre*, a pesar de ser un refrito, se había vendido bastante bien, se le veía en todos los escaparates de librería. La imprenta de Aguilar quedaba a media cuadra de la casa que tomamos. Y en la imprenta, por concesión amistosa, empacábamos los envíos de *La Antorcha*. Para dirigir el primer embarque, bajé a los sótanos, me puse al habla con uno de los operarios más humildes de la editorial. «¿Cuál será la cuota postal para Puerto Rico?», inquirí de Hernando, el hijo de Martín, y el obrero, sacando rápidamente de la memoria, informó: «Para las colonias de América, tanto;

para las colonias de Europa… tanto más»…

Me pareció cruel preguntarle: «¿Cuáles eran las colonias de América, cuáles las de Europa?» Le agradecí que me hiciera sentirme en el siglo XVII, disfrutando un orgullo retrospectivo. Estreché la mano del embalador al despedirme y me dije: «He aquí un alma imperial»… Se merecía el ministerio de la nueva república, con mejor derecho que los enanos del patriotismo que en aquellos días forjaban la España Nueva, según el capricho de Léon Blum, el judío francés, y las sugestiones del *New Republic, The Nation* y el *Times* de Nueva York, los judíos de América.

Martín Luis Guzmán fue por unos meses el niño mimado de la República española. Escondió a Azaña en su casa cuando el león moribundo de la monarquía daba sus últimos zarpazos, y en gratitud y recompensa el Azaña ministro le mostraba consideración pública, le tenía de confidente y consejero. Pronto entró de lleno a los negocios y a la acción política. Con una mano administraba el diario famoso del partido gubernamental, *El Sol*, y con la otra firmaba memorándums para el despacho de uno o dos ministerios, donde se le atendía con premura. La oposición empezó a enconarse contra el mexicano intruso y no le valió adoptar la ciudadanía española. Una noche, un grupo de desconocidos propinó terrible paliza a uno que se le parecía. Y, sin embargo, no creo que Martín ejerciese influencia maléfica. Sus experiencias en lo de México y su talento hacían de él un moderado. El mismo Azaña lo era. Sin estar obligado conmigo en ninguna forma, me mandaba Azaña saludos a través de Martín. Y éste decía:



Puerta del Sol, Madrid

—Quiere conocerte Azaña, a ver cuándo vamos a verlo...

—A ver —contestaba yo, hasta que al fin, a los dos o tres meses y según salimos nosotros para una playa asturiana, dijo Martín:

—¡Ah, caramba!, ya te vas y no hemos ido a visitar a Azaña...

Y observé:

—¡Qué!, ¿es preciso que se consume esa visita?

Y así quedaron las cosas. Poco después, Azaña aceptó la orden de Calles de ponerme obstáculos en el correo para el despacho de mi revista. Al propio hijo de Martín le dijeron que no se hacían responsables de los paquetes de México, porque en la frontera los rechazaban. Pudo más la mafia que Martín...

Aliados internacionales defendían al jefe máximo de los mexicanos. No puede ligar, por el momento, a la misma causa el nuevo percance que sufrí, aunque más tarde quedé convencido. Con los honorarios de *La Prensa*, de Buenos

Aires, pagaba el alquiler de la casa. Mi reserva de efectivo se reducía rápidamente con tanto cambio de domicilio. Me habían dicho que era tradicional de *La Prensa* no despedir a sus colaboradores; por eso se cuida bien antes de nombrarlos. Sin embargo, inesperadamente recibí aviso de que suspendiera, hasta nueva orden, la entrega mensual contratada. La crisis obligaba a reducir los gastos, afirmaron galantemente; dejaban a salvo la estimación de mis capacidades. Confieso que me sentí deprimido por la pérdida económica y también por la preocupación de que habían aburrido mis escritos, habían bajado de calidad; de otra manera no se explicaba... Sólo más tarde me di cuenta de la extensión de la trama que apoyaba la dictadura irreligiosa de México, a la vez que coqueteaba con Rusia por medio de los frentes antifascistas.

En la religión estaba y está el secreto del rencor de los dos bandos: cristianismo y judaismo; pero todo esto no lo veía con claridad por entonces.

Paseando cierta noche con Martín por la carrera de San Jerónimo, se nos había pegado don Ramón del Valle-Inclán, muy cauteloso conmigo. Ya no era yo el representante de la revolución mexicana, ni siquiera el ministro guía... En artículo reciente había recomendado que se hiciesen murales en las escuelas, los edificios de la república, como lo hizo en México... —en una época gritaba mi nombre, ahora expresó; «el gobierno.» La consigna era no ponerse mal con Calles. También Domingo le había dicho a un amigo común: «¿Cómo hiciéramos para que Vasconcelos se reconciliara con Calles?; su puesto está en México»... «No ando buscando puesto —repuse—, y si aquí les estorbo, échenme, pero públicamente.» No se atrevían a tanto. En *La Antorcha* empecé a molestarlos. Mi comensal de París, Indalecio Prieto, se acercó a donde estábamos; ya no iba de boina;

lucía elegante fieltro británico; ya no comía en fondas de por Montmartre, habitaba un palacio; me vio y se hizo el desentendido... Don Ramón, no; don Ramón simplemente se mostraba prudente; si me divisaba, se acercaba, conversaba un instante. Y esa noche nos habló con su habitual desparpajo; analizó la situación, que empezaba a ponerse color de hormiga para los improvisados revolucionarios. Entre las instrucciones dejadas por Léon Blum estaba el destierro del crucifijo de las escuelas. Despertó la medida clamor nacional, y don Ramón decía:

—Vamos, en lo del crucifijo se podría ceder, porque, al fin y al cabo, el crucifijo es también de los protestantes...

«En pleno México estamos —pensé—; un protestante puede, libremente, manifestar su creencia, pero no un católico.»

En las librerías no se veían sino las pastas chillonas de las ediciones marxistas. El comunismo, que ya en Francia empezaba a ser archivado, hacía su irrupción en España. Lo combatieron al principio sañudamente los socialistas. Al mismo César Falcón no le valieron sus servicios de conspirador; se declaró comunista teórico, en su revistilla, y Prieto lo mandó expulsar, lo echó a la miseria en París. Pronto, sin embargo, la Internacional cogió del pescuezo a los socialistas, a los radicales, a los mismos liberales.

Tenían razón, por otra parte, aquellos venezolanos que después de una larga permanencia en México, exiliados por Gómez, regresaron a Panamá con el ánimo de preparar algún golpe contra el dictador vitalicio, y decían: «Es peor aún lo de México; en Venezuela manda un déspota; en México, el teniente de cada aldea es el señor de horca y cuchilla, el déspota.» Las noticias de los diarios asesinatos, consumados por el ejército en persona de conspiradores y en

inocentes, llegaban periódicas, con la regularidad de una observación meteorológica. A nadie asombraba ya que el ejército, sin turnar el caso a un solo juez, hiciese de polizonte y de magistrado, aprehendiese, juzgase, condenase, ejecutase, sin salir del cuartel. También en los cuarteles ventilábanse asuntos agrarios y chismes de criados; las oficinas de la zona militar en cada provincia despachaban más asuntos que el palacio de gobierno. El pretexto lo daba la tesis de la revolución perpetua de Trotsky; la realidad era un despotismo sangriento, aplaudido, apadrinado por liberales y protestantes de Norteamérica, imitado por los neorrepublicanos españoles.

Testimonios indiscutibles confirmaban el horror mexicano; la mafia internacional, en cambio, seguí vociferando contra la tiranía de Machado en Cuba, contra Mussolini, aun contra Vicente Gómez, jamás contra el militarismo mexicano. A Gómez lo hubiesen puesto a la altura de Calles si en vez de limitarse a perseguir a sus enemigos personales se dedica a perseguir católicos. Cada vez se hacía más patente que es religiosa y racial la lucha; de un lado los aprotestantados, los poinsettistas, los entregados al *yankee*, tipo Juárez, en México, y Azaña, De los Ríos, en España, y del otro lado los que aún creen en su raza. Una conversación con Martín me iluminó en lo que hace al sentir de los izquierdo-intelectuales más notorios de la primera época de la república. Se hablaba de la dominación que sobre el gobierno de México ejercía Estados Unidos, a través de amigos falsos como Morrow y de la posibilidad que presentaba la nueva república española para servir de punto de apoyo de un movimiento de emancipación cultural en el Nuevo Mundo. «Ah, pero nosotros no podemos meternos en eso», confesó Américo Castro, y expresó lo que después llamábamos en choteo, la «teoría del triángulo». «Verá usted

—afirmaba doctoralmente el técnico Castro, cuyo nombre, Américo, parece corresponder a la del Norte, no al Sur—: Verá usted, nosotros estamos colocados aquí en España en uno de los vértices del triángulo Madrid, Nueva York, Buenos Aires. Abarca el triángulo la península y todo el Nuevo Mundo, y nosotros tenemos compromisos tanto en el Norte como en el Sur; intereses en Hispanoamérica, desde luego, pero también tenemos intereses en Estados Unidos.» «¿Y qué intereses son ésos?», preguntaba cualquiera, «¿y cómo se pueden comparar con los de la América española?»... «¡Ah! —observaba don Américo—, es que usted no sabe, no está enterado, no juzga con técnica... Vea usted, en Estados Unidos hay trescientos mil estudiantes de español, repartidos en universidades que pagan excelentes estipendios a los profesores especializados en lengua, en literatura castellana. Nosotros, a través del Instituto Libre de Enseñanza, cubrimos esos puestos; ningún nombramiento se hace por allá sin consulta, sin visto bueno de nuestros representantes... No, no podemos nosotros mezclarnos en las disputas de ustedes los hispanoamericanos con los *yankees*, perderíamos una situación que nos ha costado largos años de tarea»...

El monopolio de cien o doscientos cargos de maestros de español significaba más para algunos de aquellos hombres que la reconquista moral de todo un continente para su patria.

Pero, ¿no es éste, después de todo, el criterio marxista? Primero los intereses materiales y abajo todas esas patrañas de raza, patria, cultura, meros subproductos de la evolución económica.

Posteriormente, la ayuda que todos estos izquierdos han recibido para sostenerse en el poder de parte de los

metodistas de Estados Unidos, ayuda más importante en hombres y recursos que la de Rusia misma, comprueba la fuerza de los lazos subterráneos que los ataban a Estados Unidos. Mi tesis, apenas sospechada entonces, de que era la de España una intervención *yankee* metodista idéntica a la que Gómez Farías y Benito Juárez patrocinaron en México, se ha aclarado, confirmado a la fecha. En los mismos Estados Unidos se reacciona hoy contra el envío de dinero y voluntarios a la guerra civil española. Pues lo que era propósito de romper la unidad latina, comienza a transformárseles en riesgo de quedar, ellos también, supeditados al judaismo.

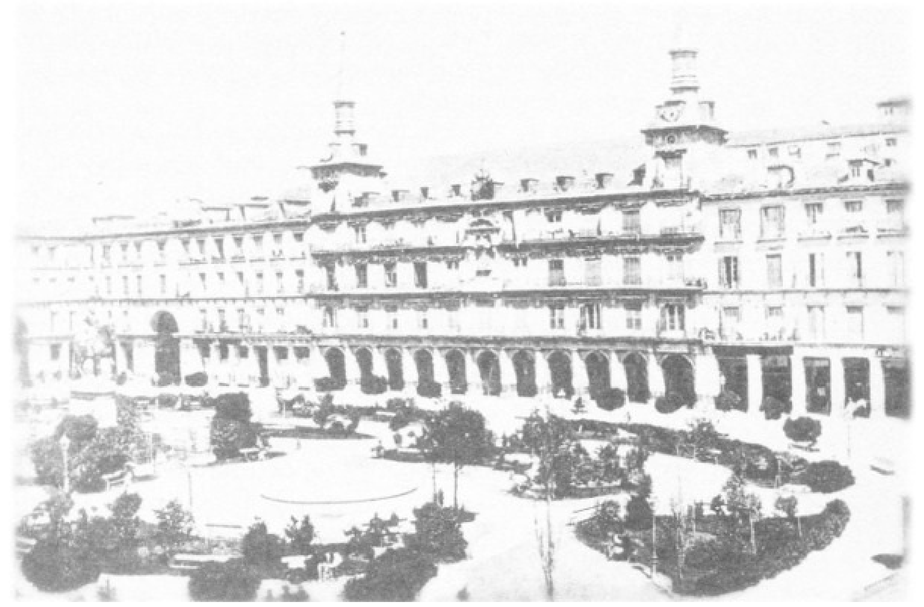
Malgré tout

Y por lo mismo que la raíz de lo hispánico se veía combatida y negada en su suelo nativo era placentero sentirse en Madrid. Las capas no contaminadas de la población mantenían los usos y hábitos rancios. La fuerza imperecedera de un concepto, un modo de vida, era bastante para derrotar la más poderosa intriga. La rebelión mental se me imponía en todos los órdenes: me daba temas para mi *Estética.* Por ejemplo, la capilla cerrada de los fenomenologistas germanizantes de Ortega y Gasset y Unamuno, el *dilettante* filosófico, divergentes en casi todo, coincidían en el propósito de asentar el pensamiento filosófico en la famosa angustia del danés protestante Kierkegaard. Un místico sin fe, o sea la negación de la mística. Y de aquella negación angustiada salía el sentimiento con que en vano se pretende llenar el vacío de las esencias abstractas de los Husserl, los Brentano.

Unamuno partía de la pobreza mental (parecida a la suya) del monje árido Kierkegaard para sostener, en su *Agonía del cristianismo* y en *El sentimiento trágico de la vida*, doctrinas de negación en estilo de lugares comunes trabajosos. Y Ortega, por su parte, comenzaba a descubrir a Bergson, lo leía en las traducciones alemanas, con veinte años de retraso. Los de segunda fila, como De los Ríos, seguían krausistas con retoques de Marx. Contra todos apunté: la esencia mística, el *sustratum* de la conciencia, no es angustia,

sino confianza, ¿y qué tiene que ver con Kierkegaard, el indeciso, la raza castellana afirmativa que tomó de san Francisco la alegría de sus místicos y de la savia ibera el ímpetu fervoroso de los conquistadores, los misioneros?

A nadie visité y nadie nos visitaba, excepción hecha de Díez Canedo, tan comprensivo y caballeroso en todas las circunstancias. Por su parte, mi editor Aguilar, aunque muy metido dentro de la olla izquierdizante en boga, me veía a menudo, me llevaba a excursiones y paseos. Corpus Barga me invitó para hablar en el Ateneo y acepté, pero advirtiendo: «Haré la defensa del catolicismo español ahora que le tira todo el mundo a nombre de los protestantes de ultramar». Y con esto quedó aplazada la conferencia, que es lo que yo deseaba. Viví, en suma, sin otro horizonte que el obstáculo.



Plaza Mayor, Madrid

El ambiente, en cambio, no lo podían destruir y seguía siendo delicioso. De mañana desayunábamos churros y melón, café. Es muy bueno el café que preparan en España, y

los churros superan a toda clase de *dougnuts* y roscas inglesas o *yankees*, por la sencilla razón de que están fritos en aceite de olivo, no en manteca de animales o vegetales. Y todo el mundo sabe que el melón de Valencia es arquetipo de la especie cucurbitácea, dulce, jugoso, aromático y abundante; pero la fama que no trasciende es la de un melón alargado, blanco por dentro y por fuera verde, que se da en las cercanías de Madrid: es incomparable. Todos los productos de la tierra gozan en España de una suerte de bendición. Nada iguala en excelencias a las peras aragonesas, ni las mejores de Francia. Y la fresa es tan abundante y lozana que no acaba uno de distinguir las calidades supremas de fresas, fresones, fresillas de Aranjuez. Y los espárragos se dan largos y blancos, gruesos y delicados en sus envases de vidrio, que envidia el propio Burdeos. Una granada española es grande, dulce, jugosa, con granos gruesos de oscuro rubí. En todas partes hay manzanas y nadie las come, a no ser por prescripción médica o porque no hay otra fruta en la mesa. Pero en España las manzanas de Asturias no llenan ni empalagan: deleitan en todos los tamaños y en sinfonía de sabores jugosos, delicados, incitantes. Y no hay nada mejor que las uvas y los higos de Andalucía. Los duraznos de la meseta se dan en gama de dulzor y aroma varios. Y de la almendra de Castilla se hacen los turrones y mazapanes que son el tesoro de las dulcerías de la carretera de San Jerónimo, únicas en el mundo.

Madrid tiene color. Esto se aprecia bien cuando se ha pasado una temporada en Francia, país de cielos nublados y de edificios grises. Una calle cualquiera de los barrios madrileños produce efecto de sinfonía clara; los muros se ven dorados; los árboles tienen un verde luminoso; el cielo es azul transparente. Abundan los tiestos con flores en los balcones y saledizos. Las tejas de aleros y techados se

conservan rojas; los más modernos edificios de las colonias lujosas conservan una gracia peculiar. Un soplo de vida en grande y a plena luz ensancha por doquiera la visión y explica la tradición pictórica nacional. Sin embargo, ya ni esto agradaba a los descastados. Azaña escribió en esos días para *Les Nouuelles Littéraires* un artículo dirigido contra la cruda luz madrileña, luz africana que «lastimaba sus sensibilidades de occidental». Echaba de menos las brumas parisienses y, acaso sin saberlo, se hacía eco de las trivialidades —españoladas— de Anatole France y otros antiespañoles.

Se celebró en esos días uno de los banquetes de la serie que cada año da Madrid en honor de los artistas, los hombres de letras de España y la América española. Creo que era en honor de Fioravanti, el escultor argentino. Me habían invitado, pero no puede concurrir. Y en los brindis se abordó el tema tan socorrido del idioma común, amenazado en este momento por las pretensiones autonomistas exageradas de los catalanes, los vascos, los gallegos; todo el mundo, por el momento, parecía contagiado del prurito de disgregación. Como si deshecho el imperio, en América, por la internacional metodista, no quedase ánimo para oponerse a la desintegración de la España peninsular. Y habló en elogio del idioma Unamuno, pero haciendo constar que su lengua materna era el vascuence. Y Valle-Inclán recordó que se expresaba mejor en su lengua propia, el gallego. Y dije yo en la peña del Henar: «Va a ser necesario que un mexicano venga a decir: ¡mi lengua materna es el castellano!»...

Famosa en todo el mundo es la cocina francesa, sobre todo en París, que es una cosmópolis. Y no negamos la suculencia de ciertos platos regionales franceses, ni la excelencia de las trufas y el *foie gras*, pero el servicio francés diario de la *côtelette* con papas y la ensalada resulta pobre comparado

con la fiesta española que es un puchero, un cocido, en las variantes que cada provincia introduce. Y los callos a la madrileña y los arroces y el garbanzo no los sospecha Francia, ni la variedad de mariscos, el calamar, el centollo, los langostinos, etc., etc. Los productos de tres mares se vierten a diario en el mercado madrileño. Y se puede pasar un año comiendo platos diversos de la más refinada y sana gula, según lo comprobábamos semana a semana los comensales de un círculo a que me ligó Bernabeu, mi amigo de México; asociación sin estatutos, de diez a doce caballeros que se juntaban, una vez a la semana, para comer sabroso.

A mediodía, la avenida que va de la Castellana a la Puerta del Sol, principalmente por el sector del Banco y la Granja del Henar, con sus mesas sobre la acera amplísima, da la impresión de un vasto salón al aire libre. Mujeres bonitas y población masculina vestida con lujo descuidado y garboso circula despreocupada; sin embargo, grave y llena de dignidad. En las mesillas se conversa o se leen los diarios. El jerez brilla en copas grandes; las botanas son de pequeños mariscos y aceitunas. Es lujo de ciertos cafés abrir botella nueva para el servicio de cada cliente. Ni en Francia existe vino comparable al Tío Pepe, un jerez que por entonces era el de moda. En material de vinos de mesa, tintos sobre todo, nadie iguala a los franceses, burdeos y borgoña y *châteaux* de la Provenza; pero en vinos de aperitivo, los mismos franceses ríndense al oporto y al jerez, vinos peninsulares. Las tertulias al aire libre de las mesillas se disuelven a las dos de la tarde. Sigue la comida abundante, luego la siesta y el trabajo se reanuda. De noche, otra vez los cafés reúnen a la población amiga de conversar y lucir. Los teatros empiezan tarde para que la gente disfrute la cena y la charla. Y todavía después de medianoche, a la salida de las revistas teatrales, en que nunca faltan mujeres soberbias, vuelve la

gente al café para comentar los sucesos del día entre sorbos de espeso, delicioso chocolate, con panecillos acanelados, ligeros, gustosos. Ninguna capital europea se divierte tan prolijamente como sabía hacerlo el Madrid de los años que precedieron a la guerra civil.

Al principio paramos en una pensión céntrica, muy agradable. Y dedicamos varias semanas a ver museos y frecuentar sitios famosos.

Y como la incomodidad principal de Madrid, o casi la única, y muy grave, es la del ruido nocturno, ya para establecernos rentamos un departamento alto, el más alto de todos, el ático. Tiene otra ventaja el ático; es barato porque no hay español que no prefiera el piso principal, que es el segundo, el más próximo al estruendo y ajetreo de la calle. «¿Qué tienen ustedes los extranjeros que siempre buscan el ático para vivir?», me preguntó Aguilar cuando le di parte de casa. «¡Ah! —exclamé—, ¿y cómo hacen ustedes los de aquí para dormir en primero, tercero o cuarto pisos, con ese ruido infernal de tranvías, voceadores, claxons, que de noche se agitan más que de día?» Y se alzaba de hombros, como diciendo: «¡Vaya una raza enclenque, delicada, que se anda fijando en el ruido!»...

Don Carlos Pereira y su esposa, la buena, talentosa poetisa María Enriqueta, nos habían ayudado con informes y sugerencias, consejos de toda índole, pero no hallamos casa vacía por la zona que ellos habitaban. Desde la terracita de nuestro ático podíamos contemplar la pradera de San Isidro, que tantas veces pintara Goya. En el bajo del Manzanares, a pocas cuadras, teníamos la capilla de San Antonio de la Florida, el patrono de las solteras que ambicionan marido, famosa por los murales soberbios que allí dejó el gran pintor español. A distancia mirábamos la sierra de tonos metálicos,

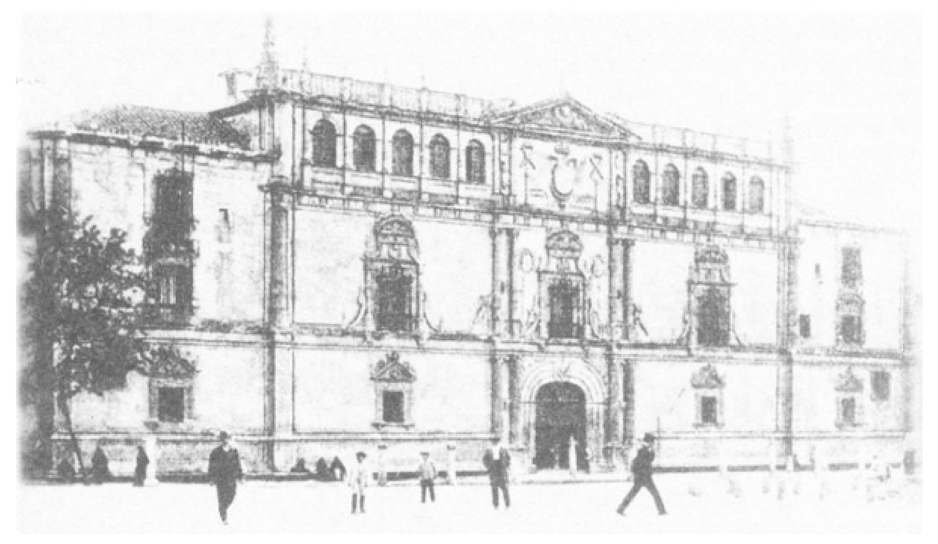
recortada sobre el cielo azul, envuelto el panorama en la atmósfera clara que Velázquez transportó a sus telas. «Vive en ambiente clásico, ambiente de Velázquez, el filósofo oaxaqueño», escribió uno de los cronistas que acudió a visitarnos. ¿Pero qué rincón de Madrid no tiene ambiente clásico? Muy cerca de nuestra casa, el hermoso parque del Oeste era el paraíso de los niños. Cada mañana llevaban allí a mi nietecita para que disfrutara del sol. La tuberculosis, amenaza de los niños de Inglaterra y de Francia, ya no es riesgo inminente en España.

Domingos españoles

Al principio, la república trajo alegría; multiplicó el modo y los sitios de diversión; parques y palacios que antes eran privados quedaron abiertos al público. El Palacio Real, cuyos interiores guardan tesoros de arte, se convirtió en museo y embobaba con su cuarto de mayólica, sus salas del Tiépolo, cargadas de historia. En El Pardo lucían tapices de Goya, y jardines como el de la Casa de Campo y el Retiro llenan el día de cualquier viajero. Se animaban los sitios públicos con grupos de muchachas vestidas de blanco, agarradas de las manos en rondas de bailadoras o cantando bajo la floresta. Cruzaban las calles grupos de excursionistas, que tomaban por asalto autobuses y tranvías para dirigirse al campo. Trenes enteros transportaban visitantes de un día a las aldeas y las sierras de Gredos y el Guadarrama.

Al mismo tiempo, ninguna metrópoli del mundo tiene en su radio mayor número de ciudades de arte incomparables: Ávila, Toledo, Segovia, Alcalá de Henares, El Escorial, o vergeles deliciosos como Aranjuez y La Granja, todo a menos de dos horas por carreteras modernas, seguras. Toda España es museo, pero en torno a Madrid se acumulan los tesoros. Al principio causa vértigo artístico pensar en las posibilidades de un domingo, un día cualquiera de excursión. Se va, para comenzar, a Toledo, pues se desconfía de la suerte, se teme que algo impida la prodigiosa ocasión ya inmediata. Perderla, teniéndola a mano, amargaría toda

una vida. En familia habíamos ido no sé cuántas ocasiones, de suerte que cuando llegó a Madrid Iso Brante Schweide lo dejamos que partiera solo y fijamos el siguiente domingo para una excursión a El Escorial. Nos acompañó una señorita mexicana, amiga de mi hija, Zelina Zubiaga, de Tampico, radicada por entonces en España. Buena conversadora, inteligente, agraciada, interesaba y hacía reír con el relato de sus aventuras iniciales en la península. Llegó a España con toda su familia para visitar parientes y después de una larga permanencia en Los Ángeles de California, donde se había apochado y se lo celebrábamos. Iso, que también es muy ocurrente, compitió con la mexicanita, todo sin perjuicio de un *lunch* al aire libre y la visita detenida de la iglesia y palacio, la biblioteca, el van der Velde y los Boscos que entretenían y agradaban la melancolía de Felipe II.



Universidad de Alcalá de Henares. «Al mismo tiempo, ninguna metrópoli del mundo tiene en su radio mayor número de ciudades de arte incomparables: Ávila, Toledo, Segovia, Alcalá de Henares»…

En Alcalá, en un hotel arreglado para el turismo, daban

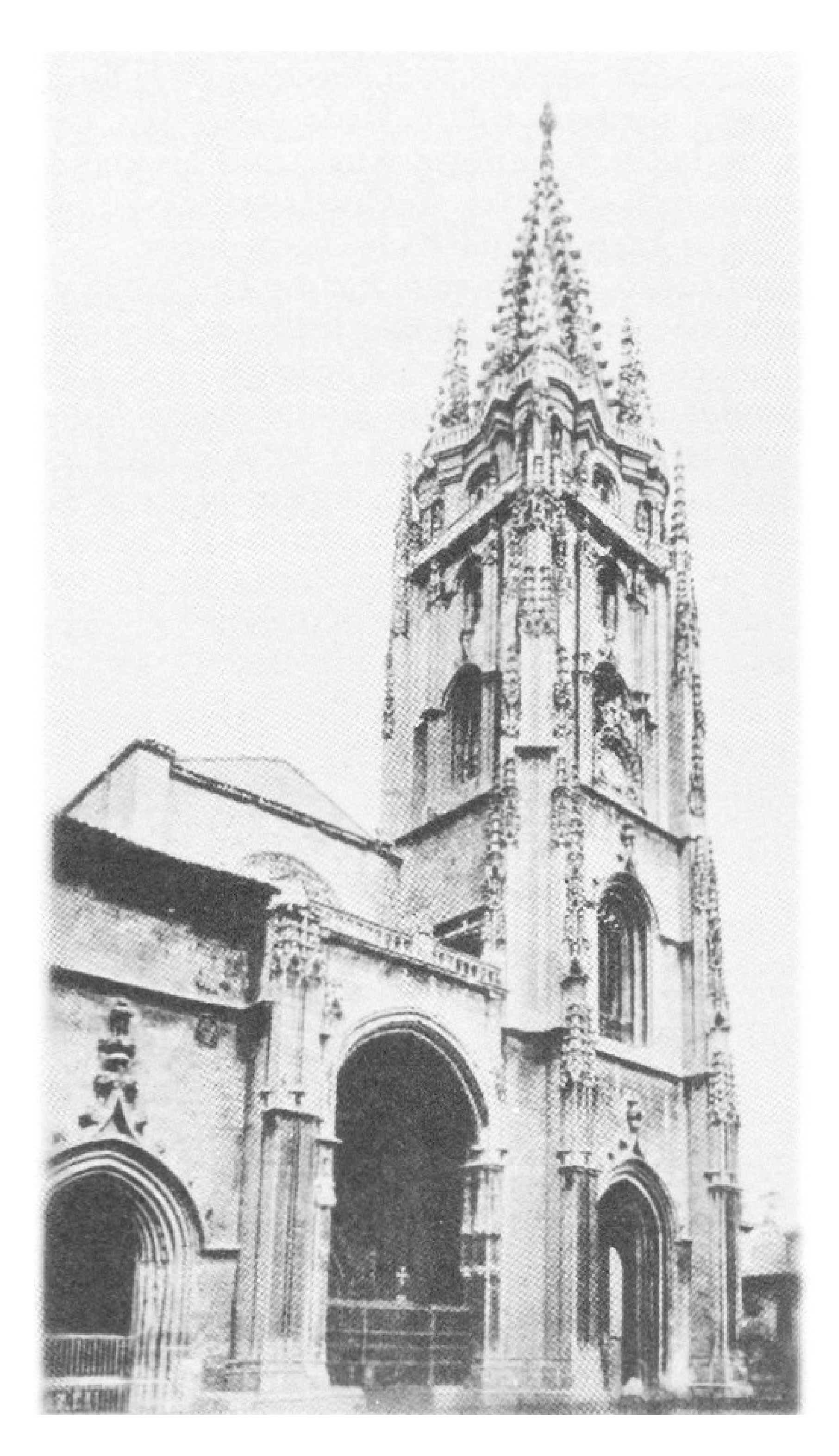
una comida tan buena y barata, con un vino tan delicioso, servido en jarra, que era la moda tomar el auto entre semana para almorzar en la fonda a la antigua. Y ya ni se asomaba el cliente a la fachada plateresca, tan reproducida, imitada en las ciudades de nuestra América. Caminando media hora más, para el *pousse café*, se estaba en Guadalajara y su patio plateresco, incomparable, que la guerra brutal ha hecho pedazos.

Segovia es un sueño, con su acueducto y La Granja y sus juegos de agua. Y los jardines de Aranjuez los más bellos del planeta: sin la geometría francesa y, sin embargo, con orden artístico en la disposición de las florestas; los prados con estatuas, las alfombras de flores abiertas. Esplendor de lo vegetal en su aristocracia. Y en la antigua mansión real un derroche de cuadros, mapas, estampas, tapices, cámaras de mayólica; ostentación de señorío que supera a todo cuanto las Cortes de otros imperios han dejado en Europa. Nobleza sin cortesanía la de los españoles, temperamento hidalgo, en el amo y en el plebeyo; fuerza sin la barbarie de los alemanes sin la escasez de los ingleses. Unicamente Italia, que todo lo supera, produce sensación parecida de humanidad grandiosa. Y en las fondas, los merenderos, un lujo alegre, claro, y abundancia de frutos y flores, despreocupación de una raza que sin estiramientos y con naturalidad realiza la distinción.

Asturias

Pero se vino encima el verano, y aunque a mí me hubiera bastado con la horchata madrileña para desafiar el más cálido clima, el contagio de ver que todo el mundo se ausenta, la ventaja de los baños de mar, el interés de la nietecita y la amistad de mi compadre José Rodríguez nos llevaron a pasar la temporada por Asturias, en el puertecito de Luanco. Previamente nos consiguieron nuestros amigos unos altos sobre la entrada de la bahía. Su población es de pescadores pero no carece de mansiones señoriales y de veraneantes burgueses, procedentes de Oviedo y de todo el interior de Asturias. En seguida nos acomodamos: el indiano es por allá viejo conocido. Mantienen la casta los españoles que han vivido en Cuba o en Argentina o en México, más uno que otro auténtico americano. Americano es en España el de la América española, no el *yankee*. El único percance que allí tuvimos fue la tifoidea persistente que agarró mi hijo Pepe al llegar; pero al fin logró vencerla y se repuso remando, nadando en la bahía y sus proximidades. Baños de mar, cómodos y sin riesgo, congregan familias con niños. Cocina asturiana de primera eleva a excelsitud las langostas que, en Nueva York, se comen hervidas, insípidas, inútiles para el gusto. El centollo, con sidra de manzana, es un plato que envidiarían los parisienses. Las empanadas de bonito, el pez deleitoso, las sardinas al horno, las legumbres lucientes, el panorama montuoso, el cielo azul, el mar imponente, todo predispone al disfrute sano. Se suceden las romerías y las

procesiones. Abundan hermosas mujeres y el tipo masculino es vigoroso. Imperan costumbres rígidas. El que seduce a una muchacha se casa con ella o sale del pueblo porque lo matan los hermanos, lo excluye la sociedad si no le satisface la honra. No hay en la comarca asilos para la infancia, pero no existen niños abandonados. La familia del difunto encuentra en seguida acomodo entre los parientes. Solidaridad cristiana, tradicional, presidida por el cura, que es hosco, pero virtuoso, y la hace de juez en los arbitrajes, de tercero en las divergencias de los pescadores y sus patronos. A las dos de la mañana suele tocar por las calles la campana que convoca a los marineros. Parten las lanchas a la pesca, bien remunerada, del bonito. Y no hay familia que no tenga algún deudo sacrificado al Cantábrico, uno de los más bravos mares del planeta. Y se comprende que de por allí saliera Elcano, el primero que hizo la circunvalación de que nos habla el maestro de geografía, y tantos otros que descubrieron, poblaron, civilizaron, por el Nuevo Mundo y por el Asia y la Polinesia. Recorrer en auto las playas, empinándose sobre los acantilados, deja en la mente estampas de lo que hay de más sublime en materia de conflictos de agua y rocas.



Catedral de Oviedo, España

Por el lado de tierra, las montañas ondulantes se cubren de grama; en los valles y en los prados florece la manzanilla. Por un camino que cruza serranías y asciende moderadamente hállase una gruta que contiene una pintura rupestre, tan notable casi como las de Altamira. En lo alto, el proyector eléctrico descubre, dibujado con maestría, un caballo y unas figuras simbólicas; vestigio de tiempos que escapan a la historia. Y así en todas partes, una acumulación de creaciones humanas, una superposición de verdaderas culturas, hacen del territorio peninsular museo y aposento del espíritu.

Tierras fecundas en frutos y en ingenio. ¡Cómo lamentábamos la estúpida ley arancelaria que nos había obligado a vender nuestro auto viejo de París porque los derechos valían lo que un coche nuevo americano!

La aldea asturiana

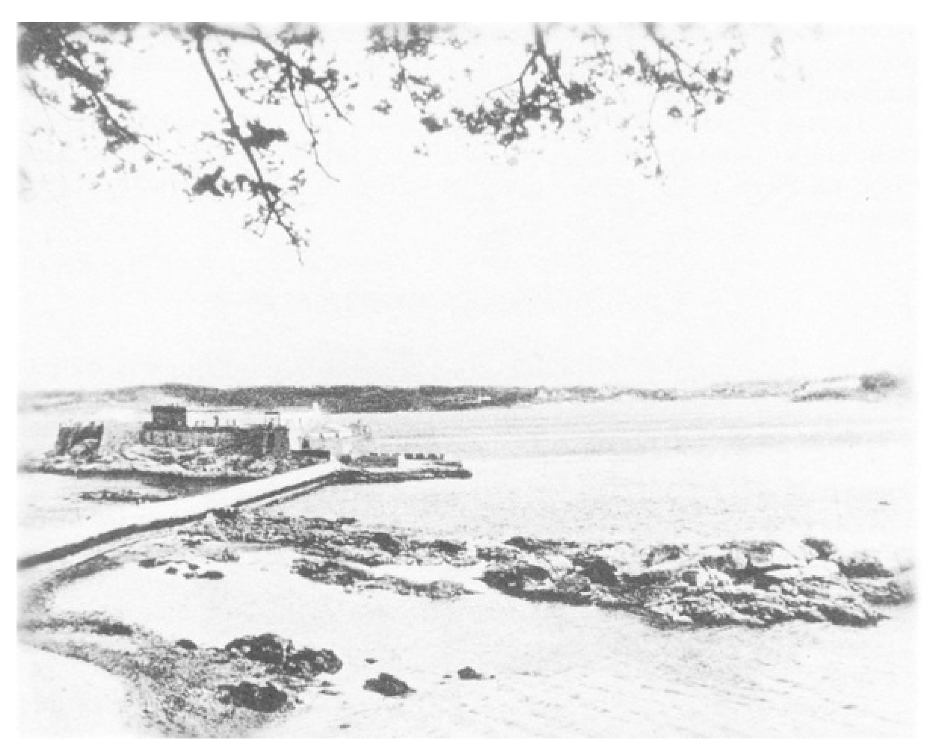
Con el término de la temporada de los baños concluyó nuestro contrato de arrendamiento. Regresan los veraneantes a principios de septiembre hacia Oviedo o hasta Madrid. Pero nosotros decidimos quedarnos en la provincia. En la aldea de Somió, inmediata a Gijón, alquilamos una buena casa con huerta muy extensa. Por módica mensualidad disponíamos del pomar y no sé cuántos perales. Empezaban a madurar las manzanas y nos tocó sembrar espinacas, pimientos, ajos y lechugas. No hay idea de la fertilidad de la tierra asturiana. Es negro el humus, llueve mucho en la comarca y los caños de riego están siempre desbordando. El que servía de lindero a nuestra finca nos daba a pescar angulas gruesas y largas.

Imaginamos que sería fácil explotar crías de gallinas y de cerdos para ayudarnos en los gastos. Herminio aparentó entusiasmarse con el trabajo agrícola. En realidad se sacrificaba. Con abnegación decidió acompañarme en la pobreza, desistir de su regreso a México y distraerse con las atenciones de una granja que, a la postre, no dejó pérdidas, tampoco utilidades. Compramos dos vacas: una holandesa de buena producción lechera y otra del país, serrana, que rendía poca leche, pero de una calidad suprema. La leche de la vaca holandesa la vendíamos: la de la vaca española era tan buena que todos nos convertimos a la moda *yankee* de beber la leche en vasos. Recién ordeñada o con reposo de

una noche, era sabrosa para el desayuno de los grandes y a toda hora para la nietecita. La cría holandesa, especializada en producir cantidad, no alcanzaba la calidad de una producción natural.

Mi compadre Rodríguez, el de la pensión de Durango, ya casado, con tres hijos, nos visitaba semanariamente. Nosotros lo veíamos en su café de Gijón cada vez que bajábamos al puerto, distante apenas media hora de nuestra casa. El café de mi compadre se hizo centro mexicano. A sus señas eran encomendadas las cartas de algunos fieles, como Enrique Vasconcelos, de El Paso: Castañedo, de California; o Taracena y los amigos de México. En general no nos llegaban sino malas noticias.

Cuando me di cuenta de que el derrocamiento de Ortiz Rubio, que debió ser la señal para levantamientos armados contra la pandilla que así se burlaba de sus propias obras, originó, al contrario, el alborozo público por la nueva presidencia incalificable, decidí suspender la publicación de *La Antorcha*. Era prostituir la palabra, expresé, usarla frente a situación que ya no era menester condenar, puesto que era patente su infamia. Lo único que procedía era la rebelión. Y puesto que ésta no venía, no quedaba a la minoría honrada otro recurso que el silencio despectivo ante tamaña vileza.



Playa de Gijón, Asturias

Nada perdí con suprimir *La Antorcha*. No me había creado sino antipatías. En Colombia, en Chile, en Argentina, los artículos contra los rotarios, aparecidos en *La Antorcha*, fueron reproducidos con júbilo por algunas publicaciones, pero en cambio me crearon enemistades que, más tarde en mi viaje por el Sur, habían de causarme daños efectivos. En Bogotá, para contestarme, iniciaron los rotarios la publicación de una revista. Por ella descubrí que mi buen amigo Luis Eduardo Nieto Caballero, alto masón, era también el jefe de los rotarios colombianos.

Se hizo polémica que no pasó de dos o tres artículos; más tarde, con generosidad ejemplar, Nieto Caballero hizo las paces conmigo. Pero quedó en pie contra mí el odio rotario, según lo comprobé poco después en Argentina.

En México, un grupo de los antiguos antirreelecionistas

aprovechó el ascenso del nuevo Ejecutivo para entrar otra vez en acción. Y olvidando que era yo el jefe del partido, sesionaron, tomaron acuerdos graves sin comunicarme siquiera que volvían a reunirse. Cuando reclamé este proceder en *La Antorcha*, me contestaron expulsándome del partido, a pretexto de que «había yo abandonado a mis partidarios» y *porque no me presentaba en México*, sin duda para acompañarlos a las antesalas presidenciales.

«¿Para qué me quieren en México —les contesté—, para hacer con ustedes la comedia de la oposición política después de que he predicado la rebelión armada?» Alessio Robles estaba detrás de todo esto y yo no lo quería creer. Nunca se comunicó conmigo ni contestó mis cartas después de que nos despedimos amistosamente en San Antonio. Cuando se amnistió no se lo tuve a mal, pero lo contradije públicamente cuando empezó a dar a entender que yo estaba de acuerdo en lo de entrar otra vez en actividad.

No me atacaba aún abiertamente, pero Arenas Guzmán lo hizo. Me dolió, me sorprendió la puñalada trapera, porque meses antes me había mandado Arenas Guzmán una novela suya con dedicatoria amable y la había yo comentado con afecto en *La Antorcha*. Lo creía mi amigo, aparte de correligionario. Su deslealtad, sin embargo, fue patente. Y como era de esperarse, la prensa toda tomó partido en contra mía. Y se hizo lugar común decir que yo ofendía a los amigos que me habían ayudado; que era yo un ingrato y un megalómano, nada más yo tenía razón y todo el mundo era para mí un rufián, estaba yo loco… etcétera, etcétera.

Recogió la gastada versión de mi locura Vito Alessio Robles, y la hizo publicar. Le contesté: «Comprueba constantemente la historia que a todos los Judas se les vuelve loco el Maestro.» Andaba yo por entonces en tratos

para dar conferencias sociológicas en una universidad argentina y el tono doctoral de mi sentencia me divirtió; se hallaba a tono con la profesión que estaba a punto de adoptar...

En la prensa de la capital de México podrá ver curioso el texto de las ingenuas negociaciones que los usurpadores del nombre del Partido Antirreeleccionista entablaron con el presidente Rodríguez. La contestación que éste les dio fue más varonil que la propuesta de ellos, pues alegó Abelardo Rodríguez: «¿Cómo quieren que desconozca el partido al cual le debo el poder?» Le pedían que suprimiera no sé qué cuotas de empleados en favor del partido gubernamental.

Y para nada me hubiera preocupado la traición de un grupo de correligionarios; tal cosa es frecuente en toda lucha. Lo que sublevaba era la actitud del público que, subconscientemente y llevado de su propia abyección, tomaba el partido de los desleales. En las hojas periódicas podía observarse el crecimiento de un odio en mi contra, desahogado ya en forma de burlas serviles, ya en forma de calumniosas apreciaciones. Y no siempre era nada más la instintiva perversidad de los viles el móvil de aquellos ataques. A menudo había intereses lastimados. Sin que pueda yo conectar directamente en lo personal a nadie, doy este caso notorio a la consideración del lector para que se explique de dónde proceden a veces determinados cambios del sentir de una sociedad que maldice y desprecia al mismo que la víspera ensalzó y consagró. La defensa del terreno situado frente a la Alameda, reservado por ley de Justo Sierra para la Biblioteca Nacional futura, me acarreó muchas enemistades. Y todavía en Somió me alcanzaron noticias curiosas. Una asociación de ingenieros había logrado obtener en arrendamiento, por cien años, una parte del lote para construirse un club o centro social. Naturalmente, este

fraccionamiento del terreno lo hacía inútil para la biblioteca y abría la puerta a los explotadores que, de tiempo atrás, le tenían echado el ojo al negocio. Pronto, al lado del pedazo cedido a la sociedad de ingenieros, empezó a levantarse una lujosa construcción de acero, negocio particular del señor Pani. En todos los órdenes triunfaban mis enemigos. Pero como era triunfo ilegítimo el suyo, no podían consolidarlo sin lograr antes mi desprestigio. Y recordé entonces la singular actitud del centro de ingenieros en cuestión durante la campaña presidencial del 29. Pues en tanto que a la sazón todo el elemento profesional del país se había abstenido de dar opinión o se había aliado a nuestros clubes, el centro de ingenieros rompió el acuerdo tácito de la cultura mexicana para declararse ortiz-rubista en banquete ruidosamente anunciado… «¡Ya les pagaron el servicio! —pensé—…, pero a costa, como siempre, de la cultura nacional.» Y si eso hacían profesionales, ¿qué se puede esperar de otros gremios?

Al consumarse la traición del grupillo antirreeleccionista, no hubo en el país club o sociedad que tomara mi defensa. Logró el gobierno desintegrar la oposición y divorciarla de quien era su jefe y debió seguirlo siendo, durante todo el periodo de la lucha, sin componendas con los usurpadores. La oposición ha pagado su delito, tal como lo preví, con la desorientación, fraccionamiento y desprestigio que hoy la persiguen… *No hallarán hombre honrado que les acepte candidatura en el futuro,* pronostiqué, y torné a resultar profeta…

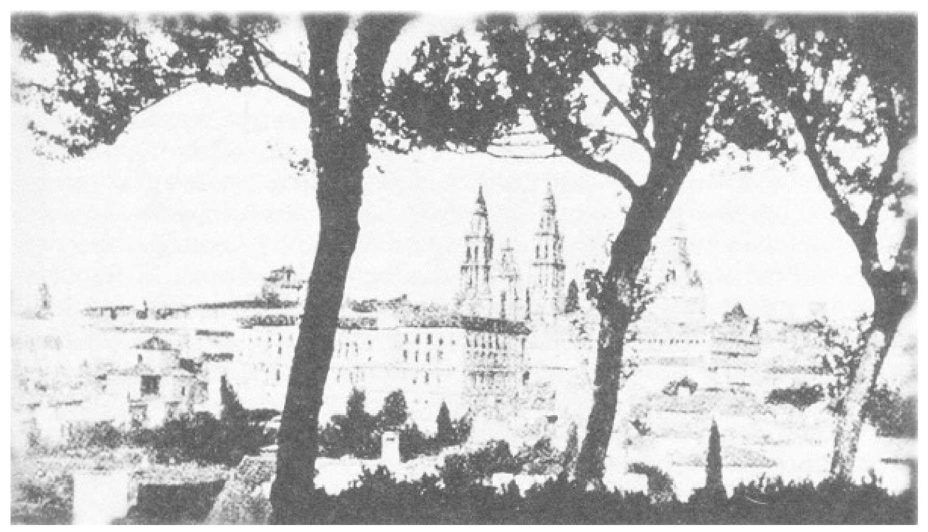
No faltó, sin embargo, un número limitado de voces nobles que hablaron en mi defensa y en contra de Vito Iscariote y los ex correligionarios del Anti que me llenaban de oprobio. Venciendo con presiones amistosas la resistencia de los diarios, publicaron declaraciones y artículos Andrés Pedrero y Alejandro Gómez Arias, creo que también el

excelente «Fígaro». Y, por último, Paco Zamora, que nunca fue mi partidario ni se hallaba afiliado a facción política alguna, dio a luz una graciosa parábola del hombre normal que cayó en la Isla de los Jorobados. Lo señalaron con burla los notables; el gobierno de los corcovas lo declaró peligroso, lo hizo vigilar y por la calle le silbaban los chicos, le arrojaban guijarros gritando: «¡Fuera ése que anda derecho!... ¡Que agache la cabeza! ¡Viva la Joroba!» Los que en coro me denigraban hacían el papel de los jorobados de la isla, declaró Zamora, y por una temporada se acalló la grita en contra del que se había desertado, había abandonado a sus partidarios y, lo que es peor, desde el destierro osaba murmurar contra la honra de los héroes de Topilejo y de Huitzilac, posesionados *ab aeternam* del mando de la Texas grande que es hoy nuestra patria.

Tromba española

Y lo que en España se gestaba no era menos desconsolador. En el café de mi compadre se observaba, como en reducción y miniatura, lo que en el resto del país inquietaba. En sus mocedades, mi compadre había sido anarquista y en toda época fue republicano activo. Al principio de la república tuvo influencia, pero no pidió nada para sí; contempló que otros, que en la lucha fueron neutros o adversos, se tomaban los principales puestos, se improvisaban radicales y veían de reojo a la vieja guardia. Hasta allí nada le importaba lo ocurrido, porque nunca ambicionó puestos públicos que en España, donde no había habido impudor administrativo, no dejaban dinero. Pero desde el ascenso al poder de los socialistas los negocios empeoraban y el hombre medio, el comerciante en pequeño, ya no podían vivir. Para ganarse votos, y sin escrúpulo alguno por el bien general, impusieron los socialistas reglamentos y exigencias de trabajo, tiranías sindicales que resultaban ruinosas. Por ejemplo, mi compadre sostenía su negocio con dificultad, la población flotante había disminuido, Gijón estaba muerto económicamente y he aquí que, de pronto, se exige a los patronos, chicos y medianos, aumento de salario, disminución de horas y, peor aún, elección de personal mediante arreglos con el sindicato. Un sobrino joven ayudaba a mi compadre, como mesero aprendiz, a medio sueldo. El sindicato exigió su separación. Lograda ésta, ya no tuvo medio de controlar, evitar los

pequeños abusos que, cínicamente y en sus propias narices, cometían los camareros, coaligados y autónomos, dentro del pequeño negocio; por fin, tuvo la fortuna mi compadre de vender su establecimiento, construido en veinte años de esfuerzos, perdiéndole. Y el comprador quebró a los pocos meses. A nadie sorprendió pues, que, al llegar el momento oportuno, gentes como mi compadre resultaran franquistas, antisocialistas, cualquier cosa menos la dictadura socializante de tan mala fe administrada.



Santiago de Compostela, Galicia: …«la Catedral, con su pórtico de la Gloria; luego las abadías, los palacios»…

Hallándonos en Somió, la aldea inmediata a Gijón, salió mi *Ética*, mal corregida, pero bien distribuida para la venta. Me produjo desde luego tres mil pesetas, o sea nuestro presupuesto de un mes y medio. *La Antorcha* cubría sus gastos y hubiera dejado utilidades sin las trabas que nos seguía poniendo el correo. Antes de la aparición de la *Ética* había circulado en España un libro que compuso mi compadre Rodríguez, con los documentos y opiniones sobre el asunto Elmore-Santos Chocano. Tituló el libro *Poetas y bufones*, incluyó en él un estudio referente al caso de

Jiménez de Asúa, el célebre penalista y personaje republicano. Toda esta publicidad y el empeño con que numerosos grupos españoles agasajan a los visitantes de América determinaba que a menudo nos llegasen invitaciones para visitar esta o la otra región española. Desistía de la mayor parte de esas oportunidades, porque no quería hacer gastos y porque me tenía tomado el tiempo la preparación del *Ulises* y el estudio de los temas de la *Estética.* También en esos días juntaba el material del volumen que titulé *La sonata mágica.* Pero de ciertas actividades públicas de la misma Asturias no podía eximirme del todo. Y así fue como acepté pronunciar el discurso de inauguración del monumento a Jovellanos en Puerto Vega. Después de esa fiesta concertamos una visita a Castropol, donde existía un simpático grupo intelectual dedicado al trabajo de difusión de bibliotecas y de intercambio con la América española. Presidía dicho grupo don Vicente Loriente, joven historiador cuyos padres habían hecho una modesta fortuna en la isla de Cuba. Me acompañaron, a Vega y a Castropol, Herminio y mi hijo. Temprano, en automóviles oficiales, nos recogieron comisiones compuestas del alcalde de Gijón, el diputado de la provincia y un simpático viejo conde, jefe de la familia de Jovellanos, que aún mantiene casa palaciega en la plaza más bonita del puerto. Y fue un domingo de fiesta conmovedora. En Luarca nos recibió el Ayuntamiento en pleno, al frente de centenares de vecinos con estandartes y músicas, todo a media calle bajo un sol espléndido. En larga fila de automóviles seguimos para Puerto Vega. El pueblecillo estaba decorado con arcos y guirnaldas, letreros de bienvenida. De todas las aldeas comarcanas habían llegado comisiones. Atravesamos a pie por calles que se parecen a las de la América española, salvo que a cada paso tienen alguna casa, alguna iglesia que es joya de arquitectura

artística. Se sirvió antes de la ceremonia un primer refrigerio de anchoas deliciosas de la región y otros mariscos, y sidra en abundancia. En plano cubierto de grama y a la orilla del acantilado que baten las olas, se elevaba el monumento cuyas mantas descorrió el alcalde. Era todo de mármol de pedestal y el busto. En una sillería inmediata nos acomodamos para escuchar oradores en prosa y en verso. Cuba y Puerto Rico, México también, estuvieron representados por señoritas que vestían los trajes de su nacionalidad. La que ostentaba el escudo mexicano en la roja falda era hija de un español que había hecho algún dinero en Tampico y por cariño a nuestro país se proclamaba mexicano con todo y su familia. En mi discurso hablé de algo que los hombres de aquella república masonificada, sajonizada, no podían tomar en cuenta ni como un sueño: la necesidad de construir la unión de los Estados de habla española en el mundo, el *Spanish speaking world* al lado del *English speaking world* todopoderoso en América. Pero la masa anónima sí entendía aquellas ideas y las aclamaba estrepitosamente. Concluido el programa, se nos llevó a un banquete en que hubo nuevos discursos. Al terminar la comida, a eso de las cinco, se regresaron los de Gijón y otros sitios, y Herminio, mi hijo y yo quedamos bajo la custodia del profesor Penzol, que esa noche nos hospedó en su casa y nos llevó al día siguiente a Castropol. Daba clases, Penzol, de literatura castellana, en una universidad londinense y se hallaba de vacaciones; pertenecía al grupo literario de nuestros amigos de Castropol. Al atardecer, volvimos al sitio del monumento, que es uno de los más bellos parajes de la tierra. Sentados sobre la grama, con las piernas sobre las peñas del precipicio, salpicados por la reventazón, estuvimos cambiando impresiones. Había leído, me dijo, años atrás mi *Pitágoras*... y esto nos llevó al recuerdo, al comentario de la

vieja tesis sobre el secreto de las armonías cósmicas. Luego cenamos en familia. Una hermana de Penzol, muy hermosa, era novia de Loriente; la esposa de Penzol era cubana de origen. El siguiente lunes llegamos a Castropol antes de mediodía. Recorrimos el lugar y sus alrededores de mar y ría incomparables. Loriente y sus amigos resultaron tan cordiales como Penzol y su familia. Dos o tres jóvenes gallegos de una sociedad literaria del burgo vecino, de Ribadeo, completaban el grupo y, además, una inglesa distinguida que pasaba sus vacaciones en Castropol y había vivido una temporada en Argentina. Se prolongó la tertulia gratamente. La casa de Loriente era espaciosa, ocupaba una manzana la huerta, y los salones eran como de un palacio; no sé cuántas alcobas y, al frente, un jardín desde cuya terraza se mira toda la extensión de la ría, con sus dos ciudades, sus barcos de vela y el pueblecillo de pescadores que está a la entrada. El altar de la capilla de la casa es de talla churrigueresca dorada y valdría una fortuna para cualquier museo de Norteamérica…

En la cena que nos sirvieron hubo platos exquisitos, langostas en escabeche, pasteles de pescados y un dulce de leche cortada que Herminio decía se estilaba también en Sonora. En la misma cena decidimos dar un salto al día siguiente a Santiago de Compostela, mientras llegaba el día señalado para la conferencia que me habían comprometido a pronunciar sobre las bibliotecas en Hispanoamérica. Años después, una monografía erudita y comprensiva de Vicente Loriente me sirvió de documento para el capítulo de mi *Breve historia de México* sobre los descubrimientos.

Aun siendo cada uno de procedencia un tanto diversa, advertíase en todo el círculo de Castropol una liga como de parentesco espiritual muy firme. Algo como la cadena de los mesmeristas, pero en plano infinitamente superior, nos

contagió también a nosotros al incorporarnos al círculo amigo. Se disfrutaba dentro de él cierto bienestar y confianza fundados en la estimación recíproca. Y provocaba en cada quien ese abandono y entrega de la personalidad por afecto, más que por complacencia, y porque el trato noble nos obliga dar de sí lo mejor de nuestra naturaleza. Al mismo tiempo, la gravedad en las maneras y la mutua estima evitan la familiaridad vulgar que degenera en juegos y chanzas pueriles. Buscando antecedentes de aquel amistoso concilio, nos llevaba el recuerdo a ciertas páginas de Lamartine y de la literatura romántica; literatura desdeñada de nuestra época estéril y cínica. Y nos convencíamos de que no es simple literatura la amistad noble que alegremente sirve al colega, si la ocasión se presta. Y nos convencíamos de que a menudo la literatura recoge estados de ánimo tiernos y nobles que existen en la cotidiana realidad y no necesita fingirlos…

Ni Herminio ni mi hijo habían estado en Santiago de Compostela, y yo, por mi parte, deseaba averiguar la impresión que me causaría una segunda visita, después de varios años de Europa. De suerte que, con gran regocijo, abordamos temprano la diligencia ordinaria, que es un autobús de asientos afelpados, muelles magníficos. Es muy fértil Galicia y de tierras bien labradas, subdivididas en exceso. La piedra berroqueña se usa en las aldeas para casas y cercados. Viñedos y hortalizas hacen horizonte y hay abundancia.

En Santiago seguimos el itinerario común: la catedral, con su pórtico de la Gloria; luego las abadías, los palacios, el hospital, los soportales. Herminio buscaba los rincones, las pensiones que se citan en la novela *La Casa de la Troya*, muy en boga por entonces. Por unas cuantas pesetas, en el hotel nos servían verdaderos banquetes dos veces al día.

Cenábamos, cuando se hizo oír un tumulto: corrieron al balcón los camareros. Y vimos pasar la reina de la belleza de aquel año; una maravillosa muchacha, sencilla y risueña, divertida de su triunfo, seguida de un cortejo juvenil. En el autobús del regreso nos tocó de compañera de viaje una joven más bonita, más interesante que la reina; tipo pálido, de ojos negros, cabello oscuro, bien torneada y larga de formas. Se mantuvo silenciosa y daba la impresión de vida interior reconcentrada y rica, en contraste de las que exteriorizan lo poco que tienen en el afán, el bullicio de la coquetería. Hay mujeres que nos provocan el deseo de una inmediata, fugaz aventura; otras hacen pensar en los tormentos y las glorias de una pasión violenta de la carne, y hay, por último, otras más raras y peligrosas que fácilmente podrían decidirnos a uno de esos compromisos de alma y cuerpo que duran lo que la eternidad. El destino se queda suspenso mirándolas y la atención en éxtasis. Una fuerza sobrenatural entra en acción, quisiéramos desprendernos de cuanto somos para renacer a la dicha y la libertad… Paró en Vegadeo la diligencia y la ideal desposada se perdió para siempre entre los vecinos que esperaban a sus familiares. A nosotros nos recibieron los amigos de Castropol y en lancha nos transportaron al salón de la conferencia, que estaba lleno de un público interesado en libros y en ideas. Les hablé de las bibliotecas que vi funcionar en Colombia y Ecuador…

Con exquisita atención, al día siguiente y antes de que partiera el auto que nos destinaron para el regreso, se nos llevó a la biblioteca del Ateneo local, dirigido por nuestros amigos. Allí, en un anaquel, señalaron: «Las obras suyas.» Prometí mandar otras más y nos despedimos, cargados de emociones puras, inmarcesibles.

En Somió empezaron las lluvias tercas, frías, combinadas de vientos, que obligan a condenar las ventanas de todo un

costado de las casas. Mi hermana Mela se hallaba con su comunidad, en una mansión gijonense, a media hora de nuestra casa. Los primeros disturbios que siguieron a la proclamación de la república habían obligado a las monjas a salir de Palencia y se hallaban refugiadas temporalmente en la propiedad de una señora de origen mexicano. Bajábamos del pomar cestos de manzanas y las mandábamos de obsequio a las hermanas, que procedían todas del antiguo convento de Tacubaya.

Y empezamos a descubrir las manzanas. No les hacíamos caso al principio, habituados como estábamos a la manzana norteamericana desabrida, igual toda en la buena presentación, escasa en el gusto. Pero probamos de un árbol, luego de otro, y nos sentimos maravillados. No había dos iguales, ni eran dos o tres las variedades, sino una docena por lo menos y todas sabrosas, jugosas; también de buena, lustrosa apariencia, ya rojas, ya doradas, o bien verdosas, pero a ninguna le faltaba esencia, casi personalidad. *La mass production* es sin duda contra natura. El sistema californiano, que llega a suprimir el tronco en beneficio del aumento de los frutos, logra número y pierde calidad. Lo mismo pasa, quizá, en todos los órdenes la producción natural. Los pueblos de aristocracia humana, pueblos de calidad como Francia, como España, nunca llegan a los cien millones de población. En cambio, en Estados Unidos, con sus ciento treinta millones, se están acercando prematuramente a la chinificación. Aumenta siempre la cantidad en perjuicio de la calidad. Y, aparte de todo esto, la calidad de España es cosa del ambiente y del suelo mismo. La gente aldeana de Asturias es como sus manzanas, penetrada de ancestrales virtudes, valiosa y noble. Da el extranjero una propina generosa y el chofer aclara: «La costumbre es el diez por ciento; creo que el señor se ha equivocado», y devuelven lo

que consideran un sobrante que no les corresponde... Contratamos un carrero joven, para una mudanza, en sesenta pesetas. A los pocos días vino a verme el viejo: «Mi hijo se ha equivocado; les cobró de más el otro día: lo usual es pedir a tanto por viaje; aquí están veinte pesetas, cobradas de más; ya reñí al mozo»...

Por vía de descanso, concurrimos a los conciertos sinfónicos que una sociedad filarmónica local ofrece cada año contratando notabilidades del violín y del piano y sinfónicas de primera, como la de Madrid. Acude con tal motivo al teatro una sociedad provinciana distinguida, vestida con discreción y elegancia. La ciudad sostiene dos diarios, varios colegios, un Ateneo con magnífica biblioteca, y no cuenta más de cuarenta mil habitantes. En el ciclo de conferencias de ese año hablé dos veces en el Ateneo. A estas ocasiones concurren personas de todas las clases sociales. Los intelectuales de oficio viven en Madrid, pero la provincia lee y se entera, invita constantemente a los directores del pensamiento y el arte y los escucha... El grupo del ballet que puso *El amor brujo*, de Falla, dio varias representaciones en Gijón antes de partir para ganarse la fama de París. A dos horas de camino por auto, en Oviedo, hay universidad de ilustre historial y enseñanzas modernas, periódicos, teatros, academias, museos. Constantemente la provincia manda a Madrid renuevos de arte y literatura, colabora con la metrópoli en el renacimiento que España ha estado consumando en todos los órdenes... Y sin embargo, por debajo de la evidente acción progresista, corrían odios de clases y ambiciones de supremacía que a los más confiados preocupaban. A todos convencían de que era inevitable el choque sangriento. El obrero estaba empobrecido por el paro de las minas de hulla; trabajado por la propaganda revolucionaria, a menudo desesperado,

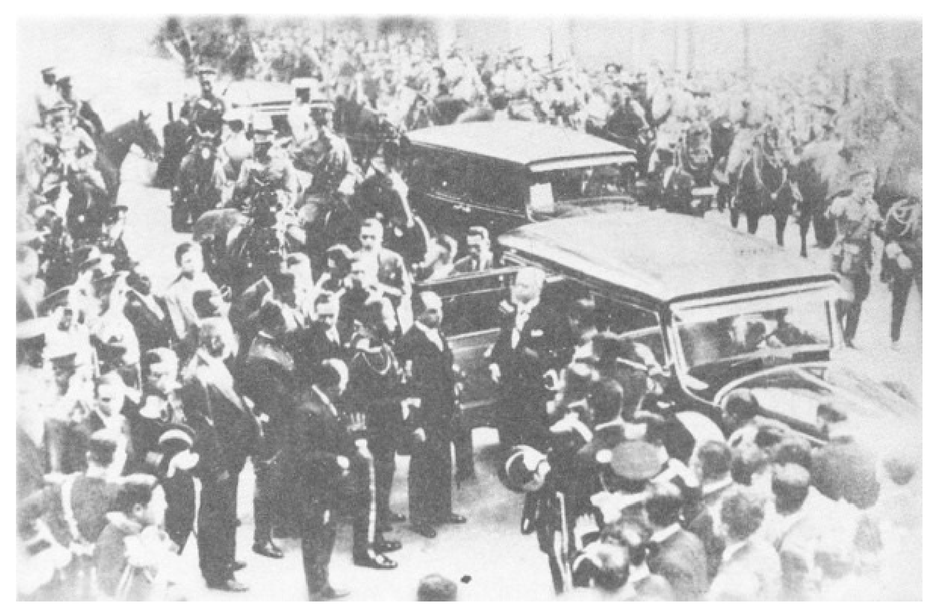
dispuesto a provocar el desastre.

La paz de la ignominia

México, en cambio, seguía en paz. La paz del cementerio, decíamos cuando el maderismo, del largo despótico periodo porfirista; lo que después ha venido puede calificarse: «La paz de la ignominia.» Dentro de ella me iba quedando solo en la protesta. Uno tras otro reñían conmigo, o me negaban, más amigos, según lograban acomodo en la iniquidad. Mis enemigos prosperaban y en los amigos ya no se podía confiar. Los pocos que seguían fieles vivían aplastados. Exige el vulgo que el vencido calle, porque el clamor inútil de su justicia inquieta estérilmente a la masa de los claudicantes. Crece el enemigo y se hace fuerte, hasta que uno comprende que el triunfo se aleja. Precisa entonces conformarse con asestar golpes, ya no a la cabeza, sino a los pies de barro que siempre tienen los monstruos. Con esto quiero decir que la lucha deja de ser superficial, personal y episódica, y se dirige ya no contra este o aquel tirano, sino contra toda la época que lo toma de símbolo. Además, contra los postulados sociales que sirven de base teórica a la iniquidad: el jacobinismo, el izquierdismo, el marxismo, doctrinas de falsedad, mediocridad y podredumbre. Sería menester ampliar el radio de la ofensiva y barrer con todo, más exigente mientras menos fuerza material hubiese a mano. Mejor es que aumente el enemigo, si la derrota es incontenible, y a mayor desesperación, mayor ambición. Pronto me hallé totalmente aislado en España; pero rehusé toda oportunidad de componendas. «Con entrar a la

masonería —me dijeron— se hace usted de posición en España.» Di las gracias. De México me escribían: la situación había cambiado, ¿por qué no rectificaba, cambiaba de táctica? En unas nuevas elecciones quizá… Había que olvidar el pasado. «Déjese de estar con que ayer fue jueves —me escribió un consejero—; póngase en lunes, el comienzo de la semana nueva.» Contesté: «En realidad, ocurre que ustedes se hallan devueltos al miércoles, antes del jueves de la promesa, sumergidos cada vez más en el fango.» Pues era peor aún que Ortiz Rubio el nuevo fantoche que el callismo elevaba a la presidencia. Uno que ante el pueblo no se habría atrevido a presentarse candidato, ni siquiera a diputado, que no habría resistido la crítica de un solo mitin, Abelardo Rodríguez, resultaba presidente por unanimidad de sufragios. Lo conocían en Arizona, su tierra de origen. Hablaba mal el inglés, pero peor el español, y se había hecho millonario como administrador, gobernador del Distrito Norte de Baja California, donde no hay otro asunto que garitos, casas de prostitución y un casino internacional. Compartiendo los ingresos con dos o tres presidentes ganó importancia. Durante la rebelión escobarista recorrió la frontera sobornando a jefes sublevados, contribuyendo así al triunfo del gobierno. Lo que le valió el ascenso a divisionario. Le tenía yo echado el ojo de tiempo atrás y llamó la atención que *La Antorcha* hubiese profetizado su ascenso a la presidencia. Es que sabía los lazos que lo ligaban con Calles. Además, una lógica de lo inicuo lo señalaba como el sucesor natural de toda aquella infamia. La dictadura va siempre de mal en peor y nunca en ascenso y mejoría. Pero lo que descorazonaba era ver la pasividad con que el país recibió la bofetada de tal ascenso al mando. No hubo un voto disidente en la Cámara que lo nombró presidente provisional, pero la Cámara, yo lo había dicho

Valeria, es la llaga del cuerpo de la patria. Pero los diarios, los escritores semiindependientes, comenzaron a hallarle virtudes… Ocultando sus antecedentes, saltando sobre ellos, le llamaban «Juan sin Miedo» porque dejó de usar el coche blindado de la presidencia. Por último, una poetisa que empezaba la pobre a abrirse paso en el periodismo después de un largo exilio le llamó el «presidente joven». Y como todo su mérito era cierta lealtad personal al que mandaba de hecho, a Calles, se publicaron ensayos elocuentes sobre la lealtad y se declaró que el nuevo gobernante era un maestro de moral. Al efecto, se le consagró nombrándolo profesor de ética del Colegio Militar de la nación. Delante de esta apoteosis, yo predije que llenaría la República de garitos. Y, cosa increíble, no me dejó quedar mal. El desplumadero elegante del Foreign Club fue la obra cumbre de aquella administración. Alternaban allí los altos mandatarios con *gangsters* de California en grandes partidas de ruleta y de *bridge*. Y al igual que en los casinos bajacalifornianos, en el de nuestra capital se contrataban los servicios de rubias norteamericanas profesionales —alta escuela de trata de blancas— con rumbas de toda la noche. Pero, de mañana, el presidente, antes de ir a Palacio, dictaba su clase de ética a los cadetes de la Academia Militar de la patria…



Pascual Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez.

«Pues era peor aún que Ortiz Rubio el nuevo fantoche que el callismo elevaba a la presidencia»…

Y los negocios florecían; hoteles de turismo, bancos y negociaciones de todo género eran la distracción privada del joven ejecutivo. Un valioso lote de terreno situado en la avenida Cinco de Mayo, si no estoy mal informado, fue denunciado, y la Secretaría de Hacienda lo tituló a la esposa del presidente progresista, aceptando en pago, a la par, bonos de la deuda agraria, que en el mercado valían seis centavos. Y allí está el suntuoso edificio moderno que todavía produce pingües utilidades al padre temporal de la patria. Dejó el poder y todavía los diarios divulgaron un retrato del provisional arizonense, dando guardia de honor, uniformado de divisionario, a los héroes de la independencia en la Columna de la Reforma, el día de la patria… Ciertos hombres de empresa suspiran todavía por la administración del afortunado pocho, porque, susurran, en su tiempo «los negocios prosperaban»…

Playas y sol

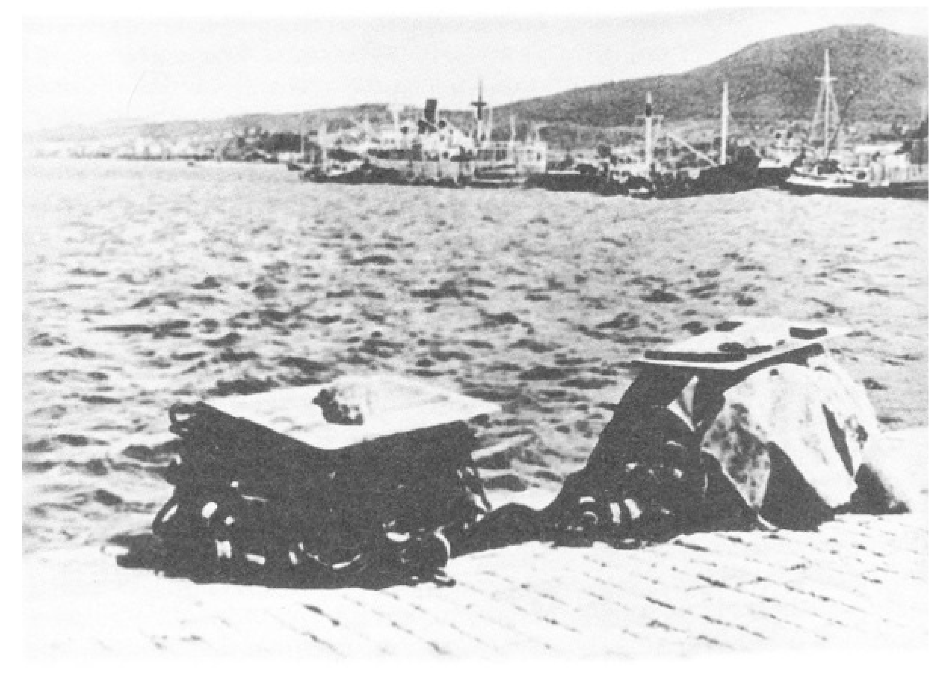
Concluido el semestre de arrendamiento obligatorio, dejamos la huerta de Somió por otra más barata y más cómoda. Estaba la primera en la zona baja y se inundaba fácilmente el terreno. La nueva casa, situada en la falda de las lomas que separan el valle del mar, era un encanto. Al mudarnos prescindimos de las vacas, pero teníamos leche de ordeña suministrada por la finca de que era parte la nuestra. Disponíamos de un *chalet* independiente, construido en viejo estilo rectoral —de los rectores de abadías—, con sala espaciosa en los bajos, bien ajuareada y un vestíbulo de distribución, con servicio higiénico, bodega para vinos, una alcoba, el comedor y una amplia cocina. Desembocaba ésta a un patio de servicio provisto de lavaderos, agua corriente y un hórreo legítimo de piedras gastadas y tablones antiguos, techo de teja. En los altos, la recámara sobre el salón de entrada era alegre y ancha, con vista magnífica sobre un jardincillo del frente. Y por el lado derecho se prolongaba en un balcón saledizo de madera labrada, en cuyos barrotes se enlazaba una parra. Desde allí se dominaba la vista reposante del valle y caserío de Gijón. Más distante aún, la faja luminosa de un mar azul. Las demás alcobas se repartían de uno y otro lado de un pasillo, con baño y lavabo de tipo moderno, agua fría y caliente a toda hora. La planta baja, por la salida del vestíbulo, daba acceso a una tabla de pasto que servía para ensayar el tenis. Un cerco de rosales y de ciruelos separaba la casa del pomar, cuyo producto era

nuestro y contaba con más de cincuenta manzanos finos y una docena de perales de buena clase. Limitaban el pomar, por el fondo, castaños gigantescos; a la derecha, el lindero lo formaban laureles frondosos. Y todavía del terreno de la finca grande nos cedieron un lote de hortaliza que sembramos de lechuga, espinacas, pimientos, frijol de varias clases, fabes asturianas, suaves y delicadas, y cebollas españolas que no tienen pareja en el mundo. Entre todos atendíamos el cultivo. Trabajando con el azadón una o dos horas diarias se da uno cuenta de la superioridad de tal ejercicio útil sobre cualquier deporte. Por esas fechas escribí unos párrafos contra el deporte y la ventaja de los trabajos manuales útiles. La azada y el lagar, en vez de la estupidez implícita en la tarea del deportista, dedicado a poner una pelotita o pelotota dentro de ciertos cuadros convencionales. Y eso que todavía no presenciaba los estragos del futbol en Argentina. ¡Toda la población esclava del juego de apuestas, casi desleales!

Rápidamente se vino encima el verano. Los originales del *Ulises* se hallaban casi concluidos y empecé a aprovechar los servicios de Taracena para colocar el libro, por entregas, en algún periódico de América. Gestionó Taracena cuanto pudo y al fin halló en La Habana una proposición aceptable; a un diario de México, que pagaba mal, le dio una copia al carbón. Los periódicos adinerados de México no citaban mi nombre, en aquellos tiempos, como no fuese para infamarlo.

Con las vacaciones llegó de Bélgica mi hijo Pepe. Acompañado de un amigo, Angelín, muy relacionado con los pescadores de la costa, a menudo atravesábamos el monte cubierto de laureles, salpicado de quintas con pomares, y después de subir bajábamos a las playas salvajes, por el sitio en que está la poza del cura, así llamada porque en ella se ahogó un sacerdote. Y puede ahogarse cualquiera,

según lo comprobamos metiéndonos en sus aguas tranquilas, no muy profundas, perfectamente claras, pero de traidoras corrientes, bordes resbalosos. Angelín, dotado de paciencia, se estaba horas con la caña tendida, pescando. Nosotros, más impacientes, cazábamos con gancho los pulpos en los hoyos de las peñas que descubre la baja marea. Luego del almuerzo dábamos fin a las famosas empanadas de bonito, también de carne entomatada, todo con vino blanco chacolí de las vascongadas o con sidra asturiana, que no es allá el menjurje artificialmente inyectado de gas que se nos manda a América, sino la fermentación directa del jugo de la manzana, con burbuja natural y color ambarino, sabor que provoca a beber por botellas, sin efecto alguno desagradable.



Gijón, Asturias: «Otras veces nos bañábamos en la playa de Gijón, muy concurrida durante el verano»…

Otras veces nos bañábamos en la playa de Gijón, muy concurrida durante el verano, muy pintoresca, bien cuidada

y atractiva por el tipo gallardo de las mujeres. Hay en ellas vigor de raza y refinamiento, casta que les angosta las coyunturas y les deja cimbrante el talle. En el trato resultan ellas y ellos un tanto ásperos, pero de buena disposición, tal como sus montañas, rugosas, pero nunca desprovistas de algún chorro de agua cristalina y sana.

El correo, ya por jurisprudencia, traía malas noticias. Nos comunicábamos con grupos cada vez más reducidos. Enrique Vasconcelos, en El Paso, mantenía una agencia de ilusiones. Y de México nos escribían Taracena, Pedrero, Azuela, Armendáriz, Escamilla, Méndez Rivas. Con mi compadre Ortiz tuve que romper, porque se estuvo sentado y mudo mientras en la camarilla que se decía el Partido Antirreeleccionista se me calumniaba y se me expulsaba; creo que votó también mi expulsión; luego pretendió justificarse conmigo, diciendo que «yo también había cometido muchos errores». No me decía cuáles eran esos errores. Y me limité a expresarle que hallaba incompatible nuestra amistad con su actuación entre mis enemigos. Lo cierto es que todo el país quería su comodidad, procuraba adaptarse a la situación y sentía enojo por lo que calificaba mi testarudez, mi ambición, mi obstinación. Cada uno de los que claudicaban necesitaba justificarse ante sí mismo su apostasía, buscando en el jefe defectos y faltas. Y como somos hombres y no dioses, ¿quién es aquel de quien no se pueden escribir o pensar infamias? Lo único que me consolaba en lo personal y me dolía como patriota era ver la clase de sujetos por los cuales el país me cambiaba. Mi triunfo moral era evidente para cualquiera que mañana comparase lo que pude hacer, de acuerdo con antecedentes notorios, y lo que hacían mis rivales de una hora, rivales oscuros que una vez fuera del poder, y salvo la huella de algún crimen, no dejaban detrás memoria. Una última

desazón produjo la lucha de aquellos días, y fue la disputa agria que sostuve con quienes me urgían a que volviese a la patria, pero no a provocar rebeliones, sino para incorporarme a una oposición menguada que comienza por reconocer, legalizar el atropello y luego pide, por favor, que haya honestidad y progreso. Era aquello como sacar de la cárcel rateros, darles el mando y pedirles que moralicen al pueblo, contesté una, otra vez.

Pero el planteo de la cuestión puede verse en mi respuesta a la carta abierta de Teófilo Olea y Ley va, persona estimable en todos sentidos; sin embargo, equivocada a mi juicio. Me censuró Teófilo Olea que no hubiera permanecido en México después de la derrota del 29, porque, decía, «con mi deserción», la oposición había quedado maltrecha, disuelta. La tesis de mi deserción ganaba terreno. Hay instantes en que la oposición misma se hace cómplice de la mentira, la perversidad de todo un régimen. Deserción era seguir atacando la iniquidad desde el destierro; pero después de que en México se habían agotado todos los medios pacíficos y no habían dado resultado los medios armados. ¿Querían, entonces, que entrara cantando *mea culpas*, quien tenía por deber alzar hasta el último una bandera de rebelión, único recurso que le queda a un pueblo burlado? ¡Querían que yo también me sumase a las filas de esa oposición que comienza por aceptar como legítimo un gobierno que sólo lo es de hecho! Y todo, ¿para qué? ¿Para que los amigos disfruten de unos cuantos empleíllos de segunda? ¿Y los que murieron exigiendo la salvación del país?... ¿En dónde tenían la cabeza, pregunté, los que me condenaban por seguir los pasos de todos los que han significado algo en la lucha por la justicia? ¿Pues no prefirieron desterrarse Sarmiento, Montalvo y Madero antes de transigir con Rosas, con Veintimilla o con Porfirio Díaz? ¿En dónde estaba el criterio

de los que llamaban desertor al intransigente, y patriotas y valientes a los que echaban velo sobre los abusos, en nombre de una oposición futura, manchada desde el comienzo con la ingratitud para las víctimas? Afirmaban que era cobarde estar atacando al gobierno desde París. ¿Y qué riesgos corrían los que iban a manifestar su oposición a las antesalas de los usurpadores, a pedir por merced los derechos que no habíamos logrado conquistar por el voto ni la fuerza? Bien sabían, por otra parte, que si mi revista se editaba en Europa era porque, siendo fundamentalmente dedicada a censurar la política *yankee* en México, no hubiera sido ni posible ni leal editarla en Nueva York o en Texas. Y en cuanto a editarla en México, me declaro vencido con sólo que se me presente una hoja que, en la misma época, haya podido publicar, en México, la mitad de lo que publicaba la mía. El absurdo de todos estos ataques no me hubiera inquietado si no fuese porque los sentía respaldados por toda una corriente menguada, una avalancha de derrotismo nacional que pretendía arrastrarlo todo en su caída. Contesté, pues, primero en *La Antorcha*, y ya que no hubo *Antorcha*, en una hojita que a escondidas editaba Taracena, titulada *La Verdad*. Contesté que no era la patria lo que yo atacaba en *La Antorcha*, porque la patria es el honor de los hombres de bien, y que si todos me abandonaban, si todos se sumaban de hecho a la situación imperante, entonces tendría derecho de proclamar que en última instancia la patria se refugia en la conciencia del último hombre honrado capaz de mantener en pie su protesta. Eso fue *La Antorcha*. Eso era yo entre mis conciudadanos. Y emplazo a las conciencias dignas para que digan mañana si tenía o no razón y si es o no es verdad que, a veces, la jactancia es el único punto de apoyo válido de quien siente que la tierra misma se le niega bajo los pies y está obligado a salvar un ideal. Todo esto y otras claridades

expuse en las correspondencias que salieron en *La Verdad*, y me dejaron, según se dijo en la época, sin amigos. Ni los que habían estado conspirando contra Ortiz Rubio resistieron la tentación de intentar otra vez la vía pacífica con el pretexto de que había dejado el mando Ortiz Rubio, cerrados al hecho de que la nueva situación era todavía más vergonzosa. Y de espaldas a tanta iniquidad, me hubiera dedicado en España a mis libros y a mi huerto, si no fuese porque el dinero empezaba a faltarnos y no hay posibilidad en Europa de que un americano se gane por allá la vida. Desde el principio volví los ojos a Argentina. Sería aquel país mi refugio, quizá indefinido, quizá definitivo…

La despedida española

Costaba trabajo dejar Asturias en aquel otoño, pródigo en rosas. Los rumores de la guerra civil todavía no inquietaban seriamente los ánimos. Unas elecciones generales dieron el triunfo a las derechas, lo que demostró hasta qué punto había disgustado la arrogancia, la ineptitud constructiva de los izquierdistas. En Argentina, el gobierno usurpador de Uriburu había dejado el sitio a la administración del general Justo, que cubría las fórmulas democráticas, había sido reconocida aun por los radicales. En las universidades del Sur contaba con algunos amigos. Y me servía de embajador ante ellos don Fernando Robles, un joven escritor mexicano que trabajó por mi candidatura en Nueva York; luego, en la derrota, no quiso regresar a México, prefirió establecerse en Argentina. Con cartas mías se había presentado a Alfredo Palacios. Por méritos propios se había abierto paso en la carrera del periodismo porteño. Y me comunicó Robles que el doctor José Peco, decano de la Facultad de Ciencias Sociales en la Universidad de la Plata y hombre independiente y generoso, me garantizaba alrededor de dos mil pesos por unas conferencias que debían darse antes del fin de año. Largamente deliberamos Herminio, mi compadre Rodríguez y yo, acerca de la conveniencia de emprender un traslado tan remoto. Pues no era justo dejar a Herminio en España, sin cosa que hacer, ni era fácil cargar con toda la familia. Por otra parte, en estos casos es la cuenta del banco la que decide. Contábamos con lo necesario para vivir un

año más en España, pero al final no tendríamos ni para los pasajes de regreso al Nuevo Mundo. Ayudas amistosas no nos faltaban. El mismo Gómez Morín se hubiera puesto en movimiento, si lo ocupamos, y por otro lado, en Sinaloa, Miguel Ángel Beltrán estaba próspero y repetidas veces ofreció sus servicios. Pero todos hablaban de ayudar para el regreso a la patria. Nos trataban como si fuésemos náufragos que es preciso repatriar. «Para eso —pensamos—, allí está el consulado.» Ninguno habló de contribuir para sostenernos en el mismo plan de lucha abierta y de prédica de rebelión armada contra el régimen. Al contrario, la mayoría de nuestros amigos opinaba que debería figurar otra vez como candidato en las elecciones que ya se aproximaban. ¡Y eran los mismos hombres que consumaron la imposición electoral del 29 los que invitaban al pueblo a nuevas elecciones! Y antiguos correligionarios, convertidos en cómplices de la farsa, alegaban que, de no presentarme candidato, renunciando previamente a mi actitud rebelde, daba pruebas de falta de tenacidad y de tenerle miedo a la lucha. En suma, le puse cable a Robles, diciendo: «Acepto y me embarco antes de un mes.»



La Coruña: … «mi hija, mi nieta y yo deberíamos tomar el trasatlántico de La Coruña»

Perdimos parte de la renta que se había pagado por el semestre. Derrochamos un poco más en paseos y excursiones de despedida. Me tiró una mañana el tranvía

eléctrico de Gijón, me torció un pie, y el traumatismo me provocó un ataque de reuma o de gota, que me trajo cojeando casi dos meses. Así y todo, hicimos una excursión a Salamanca y Ávila. Estuvimos, en seguida, una semana en Madrid, visitando a los más amigos. Y la granada se partió una vez más. Con fondos suficientes para dos años de gastos en Bélgica, mi hijo partiría acompañado de su madre. Y Herminio, mi hija, mi nieta y yo deberíamos tomar el trasatlántico en La Coruña. Lo que más me consolaba era no separarme de la pequeñita. Se había retardado un poco en hablar, pero no en ingenio, que se le manifestaba despierto. A señas se expresaba cabalmente y a veces inventaba palabras. Se nos perdió una vez dentro de la huerta. En pos de ella gritábamos: «¿Dónde estás, Carmelita?» Detrás de un árbol salió su vocecita: «Aquí está-toy.» Confundiendo el «estás» de nuestra pregunta con el «estoy» de la respuesta, combinó «estatoy». La llamamos una temporada Tatoy.

Daba pena dejar los árboles cargados de fruta madura. De mañana, antes del desayuno, la pequeñita y yo nos instalábamos debajo de un ciruelo de reinas claudias verde y oro, tiernas y dulces… «Una, una», gritaba, y se las comía una tras otra. Temiendo por su salud salían los papás, la reñían, y los dos escapábamos con rumbo del comedor.

Nuestro propietario, un médico distinguido, el doctor Tinturet, viéndonos comer manzanas a todas horas, preguntó:

—¿Han vivido ustedes una temporada en Alemania?

—No, doctor, ¿por qué?

—Pues porque en una revista médica reciente he leído que hay ahora por allá una moda, una teoría nueva que consiste en curarlo todo con una dieta de manzanas.

—No, doctor; aunque la dieta esa me parece muy sabia,

debo confesarle que la ignoraba y nos comemos las manzanas porque nunca las habíamos probado tan buenas como las de Asturias.

Lo cierto es que, a pesar de la humedad y salvo el traumatismo a que ya me referí, nunca me molestó el artritismo en Asturias, gracias, sin duda, a las manzanas. De otra teoría médica oí hablar por esos días, como también de boga alemana: hacer dormir al paciente; ponerlo a ayunar para aumentarle el sueño y dejarlo dormir todo el tiempo posible. Decididamente, la medicina está en marcha; todo aquello de los sueros lo están enterrando, remplazado con la dietética.

Pasamos la última semana en Gijón, enfiestados a diario con las despedidas. Todo el Club de los Excursionistas gijonenses, capitaneados por el poeta popular Pachín de Melas, nos visitó un domingo por la tarde, nos cantó coros asturianos, compartió con nosotros la sidra y las empanadas. El Centro Asturiano local me dio cartas para el Centro Asturiano de Buenos Aires, institución poderosa en aquella metrópoli. Mi compadre Rodríguez no se resignaba a vernos partir. Sus hijos, su esposa, nos hacían compañía. También Muñiz, un español de México, y Angelín con su familia. Era como arrancarse de una patria. Los ojos se humedecían de pensarlo. Poco más de un año dichoso quedaba atrás. Me dolía, asimismo, perder la tranquilidad en que ya comenzaba a cristalizar mi *Estética*. En el cambio de vida, en el tumulto bonaerense, ¿cuándo podría sentarme a terminarla?

Muy de mañana salimos de Gijón, despedidos por Angelín, acompañados de mi compadre Rodríguez, que nos siguió hasta Oviedo. En Oviedo se parten los caminos. Mi esposa y mi hijo tomaron el rumbo de la frontera con Francia; mi hija, Herminio, la nietecita y yo tomamos el

autobús de La Coruña. Por el costado, a través de la vidriera que empañaba la bruma, veo por última vez el rostro de mi compadre, surcado de lágrimas que no ocultaba. Era lo más probable que no volveríamos a vernos; varias veces la vida nos había reunido, luego nos separaba con distancias enormes; pero el juego absurdo tiene un límite fatal en la vejez y en la muerte. ¿Qué pensamientos amargos llevarían por el otro lado mi hijo y mi mujer, aislados en Europa, sin amigos, condenados a un ostracismo que debería durar, por lo menos, un par de años? Y a nosotros, ¿qué pruebas nos estaban reservadas en la tierra nueva, pero competida y extraña?

Resbaló el autobús por las calzadas sombrosas, nos asomó a panoramas de mar y tierra, de una belleza apacible y húmeda, risueña y verde. En Castropol, nuestro querido Loriente estaba esperando con sus amigos. Nos acompañó en el almuerzo. Y al otro lado del río, en Galicia, comenzamos a sentirnos en tierra extranjera. Llovía cuando llegamos ya de noche a La Coruña. Un hotel abrigado, cómodo, brindó reposo a los cuerpos, alivió la melancolía de las almas. De mañana nos presentamos a la agencia de los vapores alemanes. Contábamos con camarotes privados en un buen mastodonte marino de clase turista única. Estaría a la vista a las tres, nos dijeron. Podíamos almorzar en tierra las jaibas famosas, con buen vino gallego.

Un reportero del diario local nos buscó en el hotel. Habló con Herminio, que le dio tal cuenta de nuestras opiniones acerca de lo que pasaba en México que, temeroso sin duda de disgustar al consulado mexicano local o por solidaridad de la mano zurda, se abstuvo de repetir una sola palabra, prefirió no dar cuenta de nuestro paso por el puerto. «No olvide que hay una España que lo quiere —había dicho Loriente—, y no conceda importancia a estos políticos

menguados.» Así era en verdad. Y sin pena ni gloria vimos que se perdía, entre las montañas verdeantes, el caserío apretado de La Coruña. Soplaba desatada galerna con lluvia; el oleaje azotó según su costumbre. Uno a uno, los viajeros empezaron a desaparecer del salón, en dirección de los camarotes. Mi hija María cayó de las primeras. A fin de hacerle compañía, Herminio bajó con ella y pronto empezó a sentirse mal. Les quité a la niña y subí con ella a cubierta. No se podía estar; todo lo empapaban la lluvia y la reventazón de unas olas gruesas, altas, que golpeaban implacables bajo la borda. Nos refugiamos en el salón de la cantina. La mesita del servicio subía sobre nuestros pechos, luego bajaba, parecía hundirse, arrastrándonos. La chiquilla estaba a mi lado, triste y callada, como si supiese la inutilidad de todo queja. De reojo, para preocuparla menos, la observaba. Se fue poniendo pálida, más de lo que era naturalmente. Y de pronto echó por la boca un chorrito, claro, espumoso. ¡La náusea la había vencido! Saqué el pañuelo y empecé a limpiarla. Vino el mozo, limpió la mesa, le dijo algo en alemán… Ella no chistó, se quedó derechita, triste. Por distraerla, pedí un *ginger ale*. Y volviéndome a la niña: «Con eso se te va a quitar el mareo.» Sirvieron la bebida gaseosa; la probó la niña y dijo: «No me gusta, pica.» Y volvió a entregarse a su muda, desconsolada reflexión que partía el alma…

Cumplía apenas dos años, y en un solo día, o poco más, había visto deshecha su casa de Somió, abandonada la huerta en que reclamaba, «una, una», en su media lengua, las ciruelas. Una parte de la familia, el tío, la abuela, habían desaparecido. Abajo acababa de dejar a los padres, en cama, sufriendo. En torno, unos cuantos desconocidos hacían equilibrios detrás de las mesillas de un navío que era juguete del imponente Cantábrico. Y a su lado, el abuelo, envejecido,

desamparado, como ella, frente a los elementos. Largo rato estuvimos así, ambos mudos y pensativos.

Y sumergido en divagación profunda, imaginé que desvivíamos un siglo. Y en mi nieta sentí a mi abuela paterna, dejando España en su bajel antiguo, y cuando, levantada la expulsión de algunos españoles, pudo regresar a su Oaxaca natal, niña aún, en compañía de sus familiares. Y el lazo de las generaciones ató su nudo en mi conciencia de modo tan estrecho que, por un momento, no distinguía si aquel pequeño ser que viajaba a mi lado, entrañablemente querido, era en verdad mi nieta o era la abuela, extraída del pasado. Lo que quizá era, me dije al final, es otra futura abuela, que crearía otra cadena de destinos por las tierras jóvenes y ya corrompidas de nuestra desventurada América española... El oleaje, con su golpe de ritmos cósmicos, era como una réplica del ritmo que en el tiempo del hombre desarrollan las generaciones, inútil o, por lo menos, incomprensible, insondable...

Notas

[*] Historiador. Su libro más reciente es *Atonalisco, Nayarit: crónica documental.* <<

[1] José Emilio Pacheco, «Inventario», *Proceso*, núm. 286, 26 abril 1982, pág. 50. <<

[2] *Memorias*, Cosío Villegas, Mortiz, México, 1976, págs. 135-136. <<

[3] Lorenzo Meyer, t. 12 de la *Historia de la Revolución Mexicana*, El Colegio de México, 1978, págs. 101-102. <<

[4] *The Situation in Mexico*, informe del 11 de mayo de 1929. <<

[5] J. Meyer, *La Cristiada*, y sobre D. Morrow; Stanley Ross, «Dwight Morrow and the Mexican Revolution», en *The Hispanic American Historial Review*, XXXVIII, 4, 1958, págs. 506-528. <<

[6] Archivos de Romain Rolland. <<

[7] Editora librera, 1958, pág. 47. <<

[8] *La epopeya vasconcelista*, Jus, 1964, *La tragedia vasconcelista*, Jus, 1965. <<

[9] José Emilio Pacheco, «Inventario», «Los desaparecidos de Topilejo», *Proceso*, 11 febrero 1980, núm. 171, pág. 50. <<

[1] 52 000 trabajadores al año, de 1924 a 1928. (Dato del Departamento de Emigración Norteamericano.) <<

[2] Léase en el apéndice de *Red Mexico*, del capitán McCollugh, la opinión oficial de los católicos acerca de

Toral. Este libro está prohibido en México, por ser el relato fiel de la persecución religiosa. <<

[3] Véase sobre este particular lo que dice Ernest Gruening, ex editor de *The Nation*, en su obra *Mexico and its Heritage*. <<

[4] Véase la edición de *Excélsior* o de *El Universal* del 2 de septiembre de 1928. <<

Índice